LLUVIA DE MARZO

Santuario



Athalia's

Lluvia de Marzo:
Santuario

por
Athalia’s

Miércoles 6 de marzo: Olor a Hogar

Hacía exactamente un año, Kaiden abandonó su casa. Salió por la ventana, con su hermano pequeño a cuestas, y echó a correr hacia el bosque. Lo hizo por necesidad. Lo hizo para salvarle la vida a Luka.

Habían pasado muchas cosas desde entonces. Milagrosamente, habían sobrevivido: un chico de catorce años, un niño de tres, solos contra un mundo mucho más hostil de lo que la gente creía.

Había ladrones y asesinos ahí fuera, pero también otras muchas cosas. Había monstruos y cazadores, y durante meses aquellos dos hermanos fueron la presa de ambos. Todos los demonios a los que Kaiden había aprendido a odiar parecían acechar en cada sombra… y todo aquello que una vez fue su familia, su credo, se volvía contra él.

El mundo se deshizo como el papel mojado, y el muchacho pensó que él también se desharía. No obstante, los restos de aquel papel, de aquel mundo, volvieron a unirse. Tenía otra forma, otra textura. Todo era diferente, pero seguía adelante, así que también lo hizo Kaiden.

Había pasado exactamente un año. Abandonó su casa el día 6 de marzo de 2001. Ahora era 6 de marzo de 2002, y el viaje, por fin, había acabado. Eso es lo que sintió cuando el coche giró por la carretera, vieron la casa, y, a sus puertas, a su nueva familia.

«Ya está», pensó con lágrimas en los ojos. «Se acabó».

Y era un final muy, muy dulce.

}.{

Todo estaba preparado. La casa estaba limpia y amueblada. Lluvia la había visitado y revisado a fondo, y estaba conforme con el resultado. Era una buena casa. Ahora el coche de su padre, gris y de líneas rectas, se acercaba por la calle desde el lateral de Liétor. Los chicos estaban a punto de llegar.

La muchacha miró atrás una vez más, observando la fachada, la forma que tenía. Respiró hondo varias veces y se volvió hacia su madre.

—No entiendo por qué estoy nerviosa —confesó, llevándose la mano a la nuca—. No soy quien cambia de hogar, no soy quien ha arriesgado tanto…

Sandra sonrió, moviendo ligeramente el carro de Océano, que estaba medio dormido.

—Pero lo estás —respondió—. Y es normal. Los quieres mucho.

—Sí, quiero que sean felices. —Lluvia bajó la mano y se frotó el brazo—. Y quiero pensar que aquí lo serán, que por fin dejarán de dar vueltas.

—Esa es la idea, cielo. Ya está.

El coche se detuvo frente a ellos. Vieron a Charles guiñarles un ojo, y después girarse hacia el asiento trasero para decir algo. Allí, sentado muy recto, Kaiden las miraba.

}.{

—Bienvenidos a casa, chicos —dijo el hombre con una gran sonrisa, y el muchacho sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

A su lado, Luka apoyó las manitas en su regazo para acercarse a la ventana. Él también

sonreía, contentísimo.

—¡Rain! —exclamó, saludando efusivamente, y Kaiden hizo un esfuerzo por no echarse a llorar delante de todo el mundo.

Con expresión contenta, Lluvia se acercó a la ventana y le devolvió el saludo:

—¡Bienvenidos! —la oyeron a través del cristal—. Imagino que ha sido un viaje duro.

Charles no les pidió que salieran ya. Lo hizo él, rodeando el coche para ir a besar a su esposa, y Kaiden se sintió un poco tonto por quedarse paralizado. Era una casa. Era su familia. Y, por encima de todo, *era Lluvia*. Así que le hizo un gesto a la chica para que se apartara, y abrió.

Luka salió disparado, pasándole por encima, y se abrazó a la muchacha.

—*Troich*, eres como una garrapata —comentó Kaiden.

Evidentemente un tanto incómoda, ella se agachó para devolverle el abrazo, pero luego alzó la cabeza y miró al mayor de los hermanos, y lo hizo sonriendo de un modo que provocó un vuelco en su pecho.

Carraspeando, Kaiden también salió, poniendo los pies en aquel nuevo suelo, delante de aquella nueva casa. Sentía un raro picor en los brazos, pero ya reconocía aquella sensación.

—Pues… ya está —dijo—. Ya hemos llegado.

—Y no eres una ilusión —bromeó ella con guasa—. Aunque quizá debería tocarte para asegurarme.

—Si quieres…

Algo en su interior murmuraba «sí, por favor», esa vocecita que quería abrazarla y no soltarla en una semana. Por lo visto, Luka no era la única garrapata.

}.{

Lluvia dejó ir el aire lentamente, preparándose. Para otra persona, aquello era algo fácil, pero no para ella. No era el contacto físico, en realidad no; era el olor. Desde que era niña, se había visto desbordada por los olores, y un abrazo la rodeaba del de una persona. A menudo se sentía saturada por él, sobrepasada.

No obstante, era un poco diferente con Kaiden. Puede que la abrumara de todos modos, pero aun así… le gustaba. Así que se preparó, y después, separándose un poco de Luka, fue hacia el mayor de los hermanos para estrecharlo entre sus brazos.

Su olor, pensaba, era olor a *hogar*.

}.{

Kaiden sintió el abrazo de Lluvia, todo su cuerpo entró en tensión y después se derritió. Se movió sin pensar y la estrechó a su vez, apoyando el mentón en su hombro. Era pequeña, poquita cosa… al menos, comparada con él. Y le gustaba abrazarla. Le gustaba tenerla cerca. Le gustaba su compañía, su voz, y el modo en que sonreía.

Se le llenaron los ojos de lágrimas otra vez, así que los cerró con fuerza. Movió la cabeza y frotó la mejilla contra su cuello.

Y así, por fin, todo hizo *clic*.

Estoy en casa.

Miércoles 6 de marzo: Pastel de chocolate

La casa era de dos pisos, y tenía una bonita fachada de color amarillo pálido, con puertas y ventanas arqueadas. El pequeño porche tenía tres escalones, y había un par de plantas en los muros. Kaiden se hacía una idea de quién las había puesto ahí.

—Es bonita, ¿verdad? —dijo Charles, acercándose—. Solo la había visto de pasada. Ha estado deshabitada durante algunos años.

—Es de Santuario, ¿no? —preguntó el muchacho.

—Claro. Pero hablaremos de los detalles después. Por ahora, es mejor que la exploréis. Yo entraré el equipaje.

Aquello fue lo que dijo, pero, conociéndolos, les pasó un par de mochilas. Eran las que Luka y Kaiden llevaban siempre consigo; la del niño era pequeña, fácil de llevar, y contenía una manta, una muda de ropa, una botella de agua y algunas barritas de cereales. La del chico era bastante más grande, aunque ya no llevaba una de montañero; parecía del colegio, pero en lugar de estar llena de libros, llevaba cargadores, dinero, otra manta, algo de ropa, una caja llena de clips…

Sin querer soltar del todo a Lluvia, Kaiden estiró el brazo y se colgó la mochila al hombro. Solo llevaba lo esencial en ella, lo necesario si tenían que echar a correr. Pero no era algo que quisiera hacer en un futuro próximo. Nunca más, esperaba.

—¿Nunca os han dicho que parece que hayáis sobrevivido a un apocalipsis zombie? —comentó la chica, restándole importancia—. Llevando lo más importante como kit de supervivencia.

A Kaiden le gustaba que lo viera así, incluso si era una broma. No se sentía como si estuviera loco.

—Así, cuando lleguen los zombies sabremos qué hacer, ¿verdad, *troich*? —le dijo a su hermano, que sonrió, colgándose su propia mochila.

Lluvia sonrió con picardía.

—No sé yo —replicó—. Quizá en el fondo tendría que echar un vistazo, a ver si es verdad que lleváis lo suficiente. ¡Tengo un libro que explica específicamente qué llevar en caso de apocalipsis!

«Cómo no», pensó el muchacho con ternura, porque Rain podía ser muy *friki* de los zombies y los desastres.

—Vale —aceptó con un encogimiento de hombro—. Vamos dentro y lo compruebas.

Ella rio, divertida, y asintió con la cabeza.

—Ah, he traído pastel —dijo, y luego puso un mohín, torciendo los labios—. No es de queso, pero… ¡Es de chocolate! Creo que eso es incluso mejor.

—¡Pasteeeeel! —exclamó Luka, levantando los brazos.

—Ya la has armado —comentó Kaiden—. A ver quién lo mantiene distraído hasta la hora de cenar.

—Oh, pues… No lo sé, no caí en ello —respondió ella, alzando las cejas—. Pensé que un trocito pequeño no hacía daño a nadie. Además, me siento bastante orgullosa de mi obra de arte.

—¿Lo has hecho tú?

—¿Acaso lo dudas? —preguntó Sandra, riendo desde el porche—. Vamos, todos adentro.

Vamos a comer un poco de ese pastel tan rico y luego a ver la casa, ¿os parece?

El recibidor era amplio, entraba la luz por las ventanas inferiores y tenía un pequeño aseo. Al lado estaba la cocina, donde los esperaba una mesa con cuatro sillas y el pastel de chocolate casero. Les habían preparado ya una pequeña vajilla, sencilla y básica, pero suficiente para dos… y sus invitados. Había horno y fogones, y el fregadero estaba frente a la ventana que daba a la calle.

Después de satisfacer la imperiosa necesidad de dulces de Luka, exploraron el resto de la casa. Charles y Sandra se quedaron en la cocina; aunque no lo dijeron, prepararon la cena. Entre tanto, Lluvia acompañó a los chicos.

El salón comedor era grande y tenía un sofá lounge, una segunda mesa más grande, unos armarios y estantes, y también un televisor de tamaño considerable. Desde allí se veía el jardín. Era espacioso, con abundante tierra y caminos de piedra, y ya había algunas plantas, posiblemente recién plantadas. Kaiden no tenía ni idea de cómo mantenerlo así de bonito.

Las escaleras eran anchas y giraban al subir, como las de la casa de Helen y Talya. Arriba había un baño completo y tres dormitorios. El chico no sabía en qué iba a ocupar tantas habitaciones, al menos hasta que comprendió que una de ellas era para él, y otra para Luka. Era lo bastante mayor para dormir solo. La idea no le hizo mucha gracia.

Todo estaba amueblado. Eran muebles básicos y utilitarios, pero dispuestos con buen gusto. Había ropa de cama en los armarios, toallas en el baño, cortinas en las ventanas, y algo de decoración aquí y allá: un paisaje colgado en la pared, un reloj en un estante, un muñeco electrónico en el cuarto que sin duda iba a ser para Luka.

—Joder —masculló Kaiden finalmente, con las manos en los bolsillos y mirando las puertas abiertas de dos de los dormitorios, los suyos.

—Malhablado —replicó Lluvia, y aunque lo dijo en broma, estiró la mano y le frotó los labios—. Jabón en la boca.

El muchacho se quedó helado y la miró, pero ella ya se había vuelto hacia las puertas, una junto a la otra, abiertas y dando a las habitaciones que serían de cada uno. Con curiosidad, Luka entró de nuevo en una. No desapareció de su vista; si podía evitarlo, nunca lo hacía.

—Sé que se hace raro —dijo la chica finalmente, volviéndose hacia Kaiden—, y puede que os cueste adaptaros, al principio… pero poco a poco se sentirá como vuestra casa.

—Es raro —aceptó él—. Es… No lo sé. Es una casa grande, y es nuestra. Y todavía no sé las condiciones con las que viene.

Pero no recelaba. Sabía que estaba en Santuario, y mientras así fuera, estaría a salvo… más o menos. Quizá nunca dejaría de estar alerta, o de tener miedo, pero al menos estaba en Liétor, sabía que había una residencia cerca, y que el mundo sobrenatural, el que habían enseñado a odiar y erradicar, le guardaba las espaldas.

Lluvia lo miró, ladeando la cabeza.

—Bueno, tendrás que estudiar y prepararte para tus gastos cuando seas lo suficientemente mayor —comentó.

—Cualquier oportunidad es buena para sacar el tema de los estudios, ¿no?

Ella compuso un mohín y cruzó los brazos.

—No estoy obsesionada ni nada por el estilo, ¿vale? —dijo.

—Ya, ya… —respondió Kaiden, que ya llevaba meses siendo su alumno y sabía que le encantaba estudiar—. *Troich*, ¿vas a hablar con Yves?

—*Tha* —asintió Luka, que sacaba la tablet de su pequeña mochila.

—Vale. No te alejes mucho, ¿vale?

—¡*Tha*!

Lo de relajarse y adaptarse a las nuevas situaciones se le daba mucho mejor que a él, supuso Kaiden. Sacudió la cabeza y le hizo un gesto a Lluvia.

—Bueno… ¿Vamos a, ya sabes, mi nuevo cuarto?

—Claro —respondió ella—. Cuarto de chico, uuuhhh… —Sacudió las manos de una manera exagerada—. ¿No se supone que reacciona así?

—Espero que no.

Kaiden le cogió esas manos por un momento. Luego, sintiéndose tonto, le soltó una y entró en la habitación.

Miércoles 6 de marzo: Hijo de Santuario

El dormitorio tenía una cama grande contra la pared y un armario negro. Había estanterías aquí y allá, una cajonera, y frente a la ventana, que daba al jardín, un escritorio. Kaiden suponía que le daría mucho uso, con Lluvia como profesora.

—Está… ya sabes —musitó—. Está muy bien. Supongo que has metido mano en todo.

—No tanto como me gustaría —rio ella, yendo hacia la ventana—. Pero algo hice. Oh, donde sí me entrometí mucho fue en el jardín.

—Y espero que sigas haciéndolo, porque es muy bonito como para estropearlo. —Kaiden se acercó y se puso a su lado, ambos mirando hacia ese patio con la tierra recién removida y las flores recién plantadas.

—Claro que lo haré, tengo que ayudarte a entender lo que necesitan.

—Vale. ¿Qué has plantado?

—Tienes *Cymbopogon citratus*, o conocida como «citronela». Es la que se usa para los mosquitos. Puedes coger una poquita en verano y ponerla cerca de la cama, para que no te piquen. Es lo que hago yo. —Lluvia sonrió de ese modo encantador y luminoso que hacía que se le parara el corazón—. También tienes *Viburnum tinus*, vamos, laurel salvaje. Es fácil de cuidar y tiene unas flores blancas muy monas.

—Vale. ¿Tienen nombre propio o…? ¿Tengo que hablarles?

—Es bonito ponerles nombre, si quieres —respondió ella, riendo—. No es como si las plantas literalmente hablaran, son muy básicas, es… de alguna manera, sé lo que necesitan. Y claro, puedes hablarles, o incluso cantarles. Al fin y al cabo, van a coger tu dióxido de carbono.

Kaiden no sabía nada de plantas, excepto que necesitaban tierra, agua y sol, y no tenía ni idea de en qué cantidad. Apenas recordaba la palabra «fotosíntesis».

—Ahá —musitó—. Sí, vale. Tendrás que ayudarme. No pienso cantarles.

—No hace falta —replicó Lluvia, ladeando la cabeza—, pero puedes hacerlo cuando esté yo delante para escuchar. Sería divertido verte.

La chica tendió la mano y le tocó la frente con los dedos. Kaiden la observó.

—Fijo que frunces el ceño —dijo ella.

—Seguro. No creo haber cantado en la vida.

—Eso lo hace todavía más divertido. —Lluvia rio, como si le encantara la idea, y el muchacho se sintió tonto—. ¿Cuándo probamos?

—Joder, Rain. No pienso cantar.

—¿Por qué no? No seas soso.

—Canta tú.

—El día que lo hagas tú.

Kaiden compuso una mueca. Ahora quería oírla cantar, pero él no pensaba hacerlo. Se moría de vergüenza solo de pensarlo.

—¿Me vas a aprobar la mochila? —preguntó, intentando cambiar de tema a algo que pudiera manejar.

—Oh, claro —asintió Lluvia, sin molestarse en absoluto—. Déjala ahí, que eche un vistazo como buena cotilla que soy.

En un año no había dejado que nadie metiera mano en su mochila, daba igual cuál fuera, la

que llevaba al escapar de casa, la que robó en el bosque, la que le regaló Charles. Era su salvavidas, su seguro. Lo más esencial con lo que podía echar a correr.

Pero no quería echar a correr. Y más aún, no quería poner un límite con Lluvia. Era su amiga. Más que eso, mucho más, pero procuraba no ponerle nombre a ese sentimiento que lo calentaba por dentro. Daba igual: Rain podía hacer lo que quisiera. Confiaba en ella. Y porque confiaba, se descolgó la mochila y la dejó sobre la cama, haciéndole un gesto para que le diera una vuelta si quería.

—Voy a buscar la maleta —le informó—. Tu padre la querrá subir luego y todo eso, pero creo que soy capaz de llevar mi propio equipaje.

Ella lo miró con una sonrisa.

—¿No quieres estar delante? —preguntó—. Voy a ver tus cosas íntimas, Kai.

—Lo más íntimo son los calzoncillos. Además… —La miró con fijeza—… confío en ti.

Kaiden no lo había comentado con aquella intención, pero le gustó ver que se ruborizaba.

—Te… Te ayudaré a subir el equipaje —dijo Lluvia—. Cuando estemos guardando tus cosas, miraremos tu kit de supervivencia.

—No tienes que hacerlo. Solo llevamos un par de maletas.

Todavía se sorprendía al pensar en ello. El equipo de boxeo y las dos bicicletas llegarían en unos días, le habían dicho, con una camioneta. No cabían en el coche. Incluso así, habían llenado dos maletas con ropa y calzado, regalos que habían recibido desde que Santuario los encontró hacía medio año.

Lluvia tenía razón, suponía el chico. Tendría que pagar por todo aquello. Les habían salvado la vida, y los habían protegido, alimentado y vestido. Durante los últimos meses, Santuario se había ocupado de ellos, y seguiría haciéndolo, porque aquel era su cometido: proteger a los dotados, proveer para ellos, darles un lugar seguro donde vivir en paz.

Salvo que Kaiden no era un dotado, y por tanto, nada de todo aquello le pertenecía.

—Eres, desde este momento y hasta el fin de tus días, un hijo de Santuario.

Movió bruscamente la cabeza, recordando aquellas palabras que habían calado tan hondo, que significaban tanto, pero que parecían tan irreales.

—Vamos, si quieres —dijo, centrándose, y fue hacia la puerta.

Miércoles 6 de marzo: Citronela

Ambas maletas eran nuevas, aunque la de Luka era más pequeña. En todo caso, no pesaban demasiado: solo contenían ropa, y la del niño también algún juguete. No fue complicado subir el equipaje a las habitaciones.

El pequeño parloteaba con la mirada clavada en la tablet, pero alzó la vista para mirar a su hermano con atención cuando entró.

—Hola, Yves —saludó Kaiden en voz alta—. Dejo tu maleta aquí, *troich*. Luego ordenamos, ¿vale?

—*Tha* —respondió él con una gran sonrisa.

—Estoy aquí al lado.

—*Tha*.

Luka se levantó y fue hacia él, pero solo para darle un rápido abrazo y volver a su tablet, con su profesor de programación, electrónica y todas esas cosas que hacían que a Kaiden le diera vueltas la cabeza. Se frotó la nuca y fue al otro dormitorio, el que iba a ser suyo… No, el que ya lo era.

—Parece que alguien está enganchado a las tecnologías —comentó Lluvia, yendo tras él—, y otro alguien no sabe ni por dónde pillarlas.

—Totalmente cierto —confesó el chico.

—Pareces un viejo de cien años en el cuerpo de un adolescente.

Entonces, la muchacha le puso un dedo en la nuca, y él se estremeció.

—Bonito cuello —dijo Lluvia, y el escocés volvió la cabeza, sorprendido y avergonzado.

—Um. Gracias.

Su respuesta la hizo reír. Mientras Kaiden subía la maleta a la cama, la joven continuó:

—¿Sabes? No solo es bonito tu cuello.

—¿Ah, no? Bueno, es una bonita casa.

Lluvia se movió. Cuando él alzó la vista, la vio cruzada de brazos y con una ceja levantada.

—Eres tonto del todo.

El chico frunció el ceño.

—Ya lo sé —respondió—. ¿Por qué, esta vez?

—Oh, no —negó su amiga, y después se acercó y sopló muy cerca de su cara—. Perdiste la oportunidad.

—La opor… ¿De qué?

—¿No vas a sacar lo que hay en la maleta? Hay que ordenar. ¿Por colores? ¿Por tamaño?

Él la observó. Puede que fuera tonto del todo, pero detectaba perfectamente un cambio de tema, y lo dejó pasar.

—Vale —dijo—. No sé. La ropa interior en este cajón, las camisetas en ese… Zapatos y pantalones en el armario.

No había tanto que guardar, y no tardaron demasiado. Kaiden dejó que Lluvia organizara a su gusto, poniendo en orden las prendas, y después dejó la maleta a los pies de la cama, preguntándose si la volvería a llenar. Esperaba que no.

—Hmm… ¿Qué te parece si cogemos un poco de citronela y la ponemos en ambos cuartos? —propuso la muchacha después—. Huele muy rico.

—Claro, vale. Tú primero.

—Entonces, primero vamos a coger un pequeño macetero. De hecho, dejé un par de vacíos en el patio, y…

Lluvia lo cogió de la mano para bajar al jardín.

—Vamos a ver… —dijo, yendo hacia la citronela.

Eran las seis de la tarde y el sol ya había bajado mucho. El cielo estaba teñido de rojos y naranjas, salpicado de nubes dispersas, y las temperaturas eran bajas. Sin pensar, Kaiden se quitó la chaqueta —de tela vaquera fina— y la puso sobre los hombros de Lluvia.

}.{

Lluvia dio un respingo y sintió que se le calentaban las mejillas. El olor del muchacho la invadió con aquel gesto, envuelta en su chaqueta. Y sería diferente si fuera otra persona, pero él, aquel olor, la hacía sentir bien.

—Gracias —musitó—. ¿Tú estás bien?

—Tranquila, no cojo frío fácilmente —respondió él con seriedad.

—V-vale.

La muchacha tosió, disimulando el vergonzoso tartamudeo, y puso una maceta en las manos de Kaiden. Él, con expresión aturdida, la sujetó como si fuera algo precioso y muy frágil, aunque era un tiesto pequeño y de plástico.

—Sujeta esta primero —pidió Lluvia.

Después se agachó frente a la citronela, cerró los ojos y la ayudó a crecer, transfiriéndole su propia energía. Cuando la hierba maduró lo suficiente, la muchacha tomó unos cuantos tallos, poniendo mucho cuidado, y los trasladó a su nuevo hogar entre las manos de Kaiden.

—Joder —masculló este cuando la vio terminar, y lo hizo con un jadeo, como si hubiera estado conteniendo el aliento.

Ella sonrió, un tanto azorada.

—¿Te impresiona mi habilidad? —preguntó tímidamente.

—Pues claro que me impresiona. ¿Y a quién no? Has hecho crecer una planta, *zas*, siete segundos.

—Bueno. —Lluvia rio por lo bajo—. Si te digo la verdad, después de algo así me da sueño.

—¿Sí? —Lo vio fruncir el ceño, concentrándose—. ¿Por qué? ¿Qué le haces realmente?

—Dar mi energía.

—Así. —Kaiden parpadeó—. Tal cual.

—Sí, le doy mis fuerzas para que crezca.

El chico sacudió la cabeza.

—Es increíble.

—No te creas —musitó ella—. Hay gente con mejores habilidades que la mía.

—No empecemos otra vez con eso, porque no es verdad. Tu habilidad es increíble. Siete segundos y el tallito se ha convertido en esto. —Kaiden señaló la planta de citronela, que había crecido y se había multiplicado.

—Lo sé, lo sé… Es… no lo sé, me… Supongo que me hubiera gustado nacer con la misma habilidad que mi padre, eso es todo.

El chico resopló. Sujetó la maceta con una mano, y con la otra le revolvió el pelo.

—Como si lo necesitaras —respondió.

Ante el ataque, Lluvia cerró los ojos con fuerza y compuso un mohín.

—Eeeehh, mi pelito —se quejó.

—¿Qué le pasa? —preguntó Kaiden, que, como sabía perfectamente la respuesta, comenzó a pasarle los dedos por los mechones para volver a peinárselos, y ella lanzó un suspiro.

—Hmmm… Eso… Más sueño.

—¿Tienes mucho?

—Si sigues así, me puedo llegar a dormir de pie.

Por seguridad, él se detuvo.

—Espera a después de cenar, por lo menos —propuso—. Podrías quedarte. Si quieres, y eso. A dormir, quiero decir.

—Fiesta de pijamas, ¡yay!

—Vale. —Kaiden tenía las orejas rojas cuando se frotó la nuca y se dio la vuelta—. Pues… fiesta de pijamas.

Miércoles 6 de marzo: La Cena

Luka no había tocado su maleta, pero era normal. Todavía tenía cuatro años, y perdía la noción del tiempo cuando estaba hablando con Yves. Kaiden lo dejaba estar; formaba parte de su aprendizaje, parte de él, suponía. Pero se despidió de su amigo cuando su hermano volvió a la habitación, y juntos, con Lluvia, abrieron su equipaje y guardaron sus cosas. Lo hizo con entusiasmo, y abrió y cerró los cajones más veces de las necesarias, comprobando si había aparecido algo nuevo en ellos. El muchacho se prometió que le dejaría sorpresas de vez en cuando.

Si es que podía. Primero tendría que conseguir el dinero para hacerlo. Le habían dicho que todos sus gastos estarían cubiertos, pero ¿qué significaba eso, exactamente? Lo sabría al día siguiente… con suerte. Había muchos detalles que ultimar todavía. La casa solo era un primer paso.

La cena estaba lista a las ocho. Charles y Sandra pusieron la mesa del comedor con la sencilla vajilla sin estrenar, y Luka, sonriendo como un ángel, encendió la televisión sin tocar el mando y puso dibujos animados.

El menú contaba de varios platos. Había gambas al ajillo, tortilla de patatas, croquetas, pulpo a la gallega… Kaiden no sabía si había visto tantos platos juntos alguna vez, y no sabía por dónde empezar. Lluvia, por el contrario, estaba emocionada; incluso se frotó la boca y el mentón, como si estuviera empezando a babear, y él apretó los labios para no reír.

—Oh, qué pasada… —musitó la chica—. Gambitas, ricas gambitas, y pulpo, ¡me muero!

—Parece que es un éxito —rio Sandra—. Mejor que un elaborado plato único, ¿verdad? Son sobre todo platos españoles, para que empecéis a acostumbraros.

—Gracias —respondió Kaiden—. A ver, espera… Era… *Gra… cias* —repitió, pero esta vez en español.

—Muy bien —asintió Lluvia, mirándolo con una ceja alzada—, aunque tenemos que mejorarlo mucho. —Él abrió la boca para responder que no había tenido mucho tiempo para escuchar el cassette que le dio Charles, pero no pudo—. Ahora, por favor, vamos a comer. Quiero tener esas gambitas cerca de mi boca.

Con un resoplido, el chico pinchó una y se la acercó a los labios. La muchacha sonrió ampliamente. Inclinó la cabeza para tomar el bocado.

—¡Hmmmm! —suspiró de placer, cerrando los ojos—. Oh, qué delicia.

—Tenemos el aprobado —comentó Sandra, y Charles, riendo, le dio un ligero beso.

—Que aproveche —dijo el hombre.

—Más que un aprobado, ¡es un diez! —matizó Lluvia—. Vamos, vamos, hay que atacar. —Ella también pinchó una gamba, pero esta vez para dársela a Kaiden—. Toma, prueba, es lo mejor del mundo. Bueno, parte; la comida es lo mejor del mundo, en general.

—Lo sé, te gusta la comida —aceptó él, y luego, un poco turbado, se inclinó para aceptar el bocado.

—La comida de España es buenísima —continuó ella—, y saludable, o eso dicen.

El muchacho no sabía mucho sobre si era saludable o no. Para él, verduras y frutas eran saludables, y cereales llenos de azúcar, no tanto. Pero desde luego aquellos platos estaban buenos, y era una forma interesante de comer, picoteando de todos a placer.

La cena se alargó durante una hora, con una breve interrupción de Océano, que lloriqueó en busca de atención y estuvo en la falda de su hermana un rato antes de dormirse. Pronto los platos estuvieron casi vacíos, y las panzas, muy llenas.

—Bueno, ha sido una buena primera cena en casa, ¿verdad? —preguntó Charles con una sonrisa.

—Eh… sí —asintió Kaiden—. Pero creo que debería…

—Mañana.

—Yo… Bueno.

El hombre desvió la atención otra vez, y el muchacho se recordó que debía ir paso a paso. Al día siguiente, cuando hubieran descansado y dormido apropiadamente en aquella nueva casa, empezaría a estudiar las condiciones.

Lo cual le recordaba…

—Um… —musitó.

Lluvia lo miró, captándolo en el acto, y sonrió.

—¿Podemos hacer una fiesta de pijamas? —preguntó.

—¿Qué, es la primera noche y ya te quieres quedar con los chicos? —dijo Charles, y había una cierta broma por debajo de sus palabras.

—Oh, vamos, precisamente por ser la primera —insistió la chica, poniendo su mejor expresión de buena chica, y su padre se echó a reír.

—De hecho, pensábamos decirte —comentó Sandra, mirando a Kaiden— si querías que nos quedáramos hoy. Podemos repartirnos las camas, no falta espacio.

Él se sintió turbado. Se frotó el estómago, notando la tensión treparle por los hombros. Estaban pensando en ellos, siempre.

—No quisiera molestar —masculló.

—No es ninguna molestia —respondió Sandra—. Tenemos la bolsa preparada en casa, solo por si acaso. Iré a buscarla mientras Lluvia se ocupa de los niños y Charles y tú fregais los platos.

—¡Bien! —exclamó Lluvia, encantada—. Ocuparme de los niños no es ninguna tarea, es peor fregar los platos.

—Siempre estáis a tiempo de cambiaros —comentó Charles.

—No, gracias. —Lluvia le sacó la lengua, y su padre lanzó una risilla.

Miércoles 6 de marzo: Fiesta de Pijamas

Kaiden fregó los platos con Charles. Habían provisto la casa con jabones y estropajos, también; posiblemente no quedaba ningún detalle por arreglar, y eso lo ponía un poco nervioso.

Se daba cuenta de que no recordaba lo que era estar tranquilo en su propia casa. También era consciente de que aquella elección, vivir por su cuenta y no en la residencia, era la acertada. Y era gracias a Lluvia, en buena medida.

Sandra regresó en poco tiempo. Se distribuyeron las habitaciones. Ella y Charles dormirían con Océano en el cuarto de invitados, y Lluvia, en teoría, en el de Luka. «En teoría» era la clave, porque no era la primera vez que iban a dormir bajo el mismo techo… o en la misma cama.

Eran apenas las nueve y media. Los adultos se habían retirado, y Luka, acurrucado en la cama contra la pared, tenía la Game Boy en la mano y los ojos vidriosos y entrecerrados. Se estaba quedando dormido. Lluvia, vestida ya con su sencillo pijama rosa, le acarició el pelo con suavidad.

—Creo que va siendo hora de dormir, ¿eh? —le dijo.

—Nnnnooooo… —respondió el niño con infinita lentitud.

—Venga, *troich*, a dormir —insistió Kaiden, que estiró un brazo junto a la chica y empujó la Game Boy contra el pecho del niño, cuyos ojos se cerraron en el acto.

—Pues nada… —rio la muchacha por lo bajo—. Buenas noches. Debería ir yendo yo también.

—No tienes por qué. —Lo dijo rápido, sin pensar demasiado, solo porque no quería que se fuera todavía—. Es decir… no sería la primera vez que te quedas y eso.

Lluvia lo miró, y se la notaba azorada. Kaiden se sintió un tanto incómodo. No dejaba de ser cierto, pero tampoco dejaba de resultar turbador meterse en la cama con la chica que, sin lugar a dudas, le gustaba.

—Lo sé… —aceptó ella—. ¿Debería?

—¿Por qué no? Es una cama grande y eso. O sea, si te apetece. Si quieres hablar, o… o revisar el kit de supervivencia, o… jugar a algo… o dormir aquí. Te puedo acariciar el pelo… o… algo…

Cuanto más hablaba, más tonto se sentía, así que calló con las orejas ardiendo. Algo debió notar ella, porque el modo en que lo miró era claramente divertido.

—Dame mimos —exigió, y se acercó para rodearlo con sus brazos.

—Ah, bueno. ¿Es…? A ver. ¿Así está bien? —preguntó Kaiden, recostándose contra el cabecero de la cama, llevándola consigo.

—Sí, claro, así está bien.

Lluvia se apoyó en su pecho con completa confianza, sin recelo, sin, al parecer, sentirse abrumada. Avergonzado por lo mucho que le gustaba que así fuera, el chico le pasó un brazo por la espalda y comenzó a acariciarle el pelo, como ella quería.

—No me suele gustar estar así —recordó la muchacha en voz baja—. No me… suelo sentir a gusto. Pero contigo es diferente.

—Bueno. Mmm. ¿Por qué?

—Piensa. Y que no paren los mimos.

—Que no paren los… Caprichosa.

Naturalmente, no dejó de hacerlo. Suspiró, apoyando la cabeza en la pared, y continuó acariciando el pelo de su amiga. Esa era la clave, suponía, que eran amigos. También él se sentía bien con ella, mejor que con nadie. Aunque a veces se pusiera nervioso, o se avergonzara, estar con Lluvia era estar en casa.

}.{

Esperando a que Kaiden se diera cuenta, la chica se preguntó si era tonto o se lo hacía. Quizá, como le pasaba a ella, temía estropear la amistad que los unía.

Podría ser más directa, pensaba, pero entonces ¿qué pasaba si la rechazaba? Eso no le preocupaba especialmente, pero sí que su relación se malograra, que nunca volviera a ser igual. Si pudiera decirle lo que sentía de verdad, pero estando segura de que nada cambiaría a peor…

Esperando, con las suaves caricias en su pelo, el peso de su brazo en la espalda y el olor a hogar que la envolvía, Lluvia comenzaba a quedarse traspuesta.

—Kai… —musitó.

—¿Mhmm? —respondió él, la exhalación vibrando en su pecho como un ronroneo.

Quizá fue el momento, o el hecho de estar medio dormida. La cuestión es que lo dijo.

—Estoy enamorada de ti…

Las caricias se detuvieron. También lo hizo la respiración contra su mejilla. Unos segundos después:

—¿Rain…?

Pero Lluvia ya no lo oía. Se había dormido.

Jueves 7 de marzo: Sueño

Lluvia sintió un contacto en el mentón, una suave caricia que la instaba a levantar la cabeza.

«Oh, mierda, oh, mierda». Pensó. «¿Qué he hecho?».

Se mordió el labio inferior, pero se alzó para mirarlo, nerviosa.

—Ho-holaaa… No dije nada… Bueno, sí. Bueno, no. Sí…

—Ssshhh…

Kaiden la atrajo contra su pecho una vez más, estrechándola entre sus brazos. Sus dedos rozaron su garganta. Sus labios acariciaron los de Lluvia, ligeramente.

Ruborizándose, la muchacha pensó que se moriría ahí mismo. ¿Estaba pasando de verdad? No, no podía ser, no… Kaiden no era tan… ¿O sí? No, se dijo, definitivamente no. ¿Verdad?

—¿Kai…?

—Rain…

Sus labios volvieron a tocarse, muy ligeramente, como un aleteo.

No, estaba claro que no era real. Lo cierto es que no le importaba. A la mierda, pensó, no era de verdad, ni aquellos besos, ni haberse declarado, nada. Así que lo rodeó con sus brazos y lo besó a su vez.

Hubo un ronroneo contra su pecho, grave y profundo. Él la abrazaba, le devolvía el beso, hundía los dedos en su pelo. Pero también hubo una voz.

—Rain…

—Hmmm, ¿qué?

—Es hora de levantarse. Tienes que ir a clase, ¿te acuerdas?

—Pero si aún es de noche… y se está muy bien así. Anda, cállate y sigue.

—Rain, no es de noche. Ya son las seis. El autobús pasa por la residencia a las siete.

—Oh, venga ya… Esto es un sueño.

Lluvia resopló y se frotó los ojos con fuerza. La luz estaba encendida, y Kaiden, todavía sentado contra la pared, todavía rodeándola con un brazo, la miraba con expresión indescifrable.

—Me temo que no —dijo con aquel inglés de fuerte acento.

Frotándose de nuevo, la chica suspiró. Ahora lo entendía. Había estado soñando, pero estaba muy despierta. Y ahora lo tenía delante, después de… todo. Apartó la mirada, y preguntó:

—¿He hecho algo raro esta noche?

No recibió respuesta de inmediato. Kaiden la observó durante unos segundos, con los labios apretados, y luego pidió:

—Define «raro».

Lluvia abrió bruscamente los ojos. No, no, se dijo… No era sonámbula ni nada así.

—¿Qué he hecho?

—Bueno… A ver. Igual no lo oí bien. Probablemente.

—No me jodas, no. No…

Saltó de la cama, con el corazón desbocado y un peso en el pecho que no debería estar ahí.

—No —insistió.

Kaiden se puso de lado, con una pierna doblada, acercándose un poco.

—Rain, tranquila —le dijo.

—No —espetó Lluvia, y la bola en su pecho comenzó a crecer—. No me digas que esté

tranquila, no puedo estar tranquila. No me jodas. No quería… Sí quería, pero no quería… No realmente…

Sentía un raro hormigueo en los brazos y ganas de vomitar. Casi sin aliento, jadeó:

—Era un sueño. En el sueño estaba bien… Aquí no…

No podía respirar.

Kaiden se levantó de un salto y la agarró de los hombros.

—Rain, mírame —ordenó con firmeza.

Ella no quería hacerlo, no entonces, no así, pero lo hizo. Alzó la vista, intentando tomar aire, y lo miró a los ojos.

—Respira. —El muchacho lo dijo con más suavidad, y comenzó a masajearle los hombros—. Respira. No pasa nada. Respira conmigo.

Le cogió la mano para ponerla en su propio pecho. Lluvia notó el lento movimiento: inhalar, exhalar, poco a poco, profundo y controlado. La chica comenzó a recuperar el control. Él tenía razón. Ni siquiera sabía lo que había dicho o hecho, de todos modos, así que cerró los ojos.

—Sí… Sí.

Kaiden esperó unos momentos, solo respirando con ella.

—¿Mejor? —preguntó con suavidad.

—Creo.

—De acuerdo. —Los dedos estrecharon su mano contra el pecho del chico un momento más, y después la soltó.

—¿Qué… dije? —preguntó ella al final.

—¿Qué tienes miedo de haber dicho? —inquirió él.

Lluvia agachó la cabeza, angustiada.

—Podría cambiar nuestra amistad —intentó explicar—, y no quiero que lo haga. No quiero perderte.

—Rain. No me voy a ir ni nada. No me… vas a perder.

—Hay personas que no llevan bien esas cosas, que no pueden ver con los mismos ojos al otro y se jode la amistad.

—Joder, Rain, dímelo de una vez.

—Esto no va a ser como en mi sueño. —Lluvia, prediciendo ya un desastre, sacudió la cabeza—. Pero mira, a la mierda, sí. Total, luego me voy a clase, y…

Una parte de ella se preguntó por qué no podía dejar de hablar tan mal, pero… eso le pasaba cuando estaba nerviosa. Y lo estaba, mucho. Y Kaiden solo la miraba, serio y con paciencia.

—Mira, Kai —se rindió, resuelta a llegar hasta el final—. Estoy enamorada de ti y ya, ¿vale? Creo que es obvio, pero no quieres verlo, porque no será por señales.

Jueves 7 de marzo: Confusión

Kaiden no pudo guardar la compostura por más tiempo. Le dolía todo el cuerpo. Dio un paso a un lado, empezando a andar por la habitación, y se frotó el pecho.

No había oído mal. Llevaba toda la noche pensando que lo había hecho, porque no era posible, pero ahora lo había repetido con tanta claridad… El chico no había pegado ojo y se sentía aturullado.

—¿Desde cuándo? —preguntó, y se sintió idiota—. Joder, qué pregunta más imbécil.

—Sí, lo es —asintió Lluvia, y se cruzó los brazos—. No lo sé, no me puse a contarlo, solo ocurrió.

—Joder. ¿Por qué no me lo habías dicho?

Otra pregunta estúpida, lo supo en cuanto salió de su boca. ¿No lo acababa de hacer? ¿Y era eso todo lo que él podía decir?

—Precisamente porque no me apetecía una charla así, en la que mis sentimientos están tan expuestos.

Algo se le estaba escapando, pensó. Algo que no estaba entendiendo.

—Joder, Rain. —Kaiden se frotó la cara—. Ve a vestirte. Dame un minuto.

—Voy a darte más que eso. —El chico la miró; Lluvia levantó la mano y después se frotó la frente—. Porque lo necesito, quiero digerir lo que he hecho. Me cambiaré y me iré, y…

Se quedó callada, pero no hacía falta decir más. Él apretó los labios.

—Rain. Un minuto —pidió.

Ella asintió, rendida, aunque era evidente que no quería. Si prefería dejarlo definitivamente como estaba o no dejarlo en absoluto, eso Kaiden no lo sabía. Lluvia se frotó el brazo con nerviosismo, y él, lentamente, se sentó en el borde de la cama. En su inocencia de siempre, Luka seguía dormido, sin enterarse de nada. Fuera de la habitación se oyeron ruidos, pasos, voces que hablaban bajo; Sandra y Charles se habían levantado.

En lugar de ir a cambiarse, Lluvia se quedó allí. No lo miraba, pero permanecía de pie a un lado, sin hacer nada. Eso era incluso peor, pero obligó al chico a calmarse un poco, a recuperar la compostura. No podía dejarse llevar por los nervios, ni por la confusión, ni tampoco por la explosiva, atemorizada esperanza.

—Rain —dijo finalmente—. ¿Quieres sentarte?

Ella sacudió la cabeza.

—No, perdón —respondió—. Iré a cambiarme. Te veo luego.

—Rain. Siéntate.

La chica boqueó. Luego, por fin, se puso junto a él en la cama, y Kaiden se apoyó en las rodillas y le cogió la mano con cuidado. Porque, a pesar de tener la cabeza vuelta del revés y un nudo en el estómago, ella era su familia, y tocarla, estar con ella, era lo más natural.

A su lado, la muchacha apretó los labios. Parecía angustiada.

—Rain —la llamó con cuidado, pero Lluvia no volvió a mirarlo.

—¿Sí?

—Rain…

Le tocó el mentón. Ella respiró profundamente. Lo intentó. Con un miedo más que evidente, alzó la vista para enfrentarse a sus ojos, y Kaiden frunció el ceño, completamente perdido.

«Por Dios, ¿pero por qué?». Kaiden no era empático, ni se consideraba especialmente inteligente, pero se daba cuenta de lo asustada que estaba. ¿Cómo podía ser?

—¿Pero qué te pasa? —preguntó en voz baja—. ¿De qué tienes tanto miedo? ¿De verdad nunca lo habías notado? ¿Charles no te lo dijo?

—Mi padre no se implica tanto —musitó Lluvia—. Da espacio a las personas. Supo lo que yo sentía, pero nunca me dijo nada, ni le pregunté sobre ti. Además, con todo lo que has vivido, ¿cómo vas a tener tiempo para esto? Para sentir algo así. Necesitabas… Necesitas una familia, no una chica adolescente enamorada.

—Rain, *eres* mi familia.

—Lo sé, Kai, lo sé. Perdóname.

—Per… ¿Por qué?

—Porque sé que necesitas una hermana, y seré tu hermana. Con tiempo.

Kaiden comenzó a dejar de estar tan confundido, y le dieron ganas de reír. No lo hizo.

—Tengo un hermano ya, muchas gracias —replicó.

—No, ya, lo sé… Yo… —Desconcertada, Lluvia hizo una pausa—. No entiendo. Lo siento.

—Yo empiezo a entenderlo. No tienes ni idea. Ni la más remota idea.

—Cielos, Kaiden, recházame ya.

—¿Por qué demonios te voy a rechazar, *amaideach*, si llevo enamorado de ti prácticamente desde que te conozco?

Jueves 7 de marzo: Sorpresa

Lluvia se quedó boquiabierta. De todas las respuestas posibles, aquella no se le había pasado por la cabeza. Había imaginado toda clase de rechazos, con sus respectivas razones, pero ¿aquello? No. Movió la mano y sin pensar le dio un pellizco en el brazo. Kaiden dio un respingo a su lado. Luego se pellizcó a sí misma.

—Duele —comentó con sorpresa—. Es real.

—¿Ahora debería pellizcarte yo? ¿Es alguna clase de ritual español o algo?

—¿Qué? No. No es… No, no puede ser real. Sigo durmiendo.

—Estás despierta, y yo también. ¿Has… entendido lo que te he dicho?

Lluvia se ruborizó. Azorada, apretó los labios, mirándolo a los ojos como hacía con muy pocas personas.

—Sí… —aceptó, porque estaba muy claro.

—¿Entonces…?

—No sé, no esperaba ser correspondida.

—¿Por qué demonios no? Y esta no es una pregunta estúpida. No lo entiendo. Es asquerosamente evidente.

—¿Disculpa? ¡*Yo* era asquerosamente evidente! ¿Tú? Parecías un chico solitario que quería cariño, una familia.

El truco en ver a Kaiden avergonzado no estaba en el color de sus mejillas, sino en que se le enrojecían las orejas y hundía la cabeza entre los hombros, como en aquel momento.

—Suena como si fuera un niño perdido —masculló.

—Bueno, eras un niño perdido.

—Joder, Rain.

—Es verdad, dos críos que no tenían adónde ir, que lo habían perdido todo.

—Ya, ya, ya. —Kaiden se frotó el pecho—. Vale, lo que quieras. Pero soy plenamente capaz de enamorarme, y era muy claro. Eres… desde el principio… la persona que me es más… cercana.

—¿Acaso te diste cuenta de lo que sentía yo?

—Claro, porque era evidente que sentías algo más que compasión y simpatía por el niño perdido.

Lluvia lo miró con una ceja alzada.

—Claro, como era evidente que un chico con otras preocupaciones iba a sentir algo más que cariño. Eres idiota… —Ella suspiró—. Y yo también.

Kaiden quiso replicar algo, pero no pudo.

—Somos idiotas —aceptó—. Unos más que otros.

Bajó la vista. Todavía tenía cogida la mano de Lluvia, y le acarició los dedos. Ya estaba todo dicho, suponía, todo a la vista. Sintiéndose torpe, esperanzado y honrado, todo al mismo tiempo, la besó en la palma.

La chica sintió un calor intenso por todas partes. Se le sonrojaron las orejas, igual que a él antes, pero solo porque toda su cara se había vuelto roja y ardiente.

—Ah —se le escapó.

—Mmmm… ¿Lo siento? ¿Está… mal? ¿No debería… eh…?

—Hmmm. ¿Sí? No te he pedido ser mi novio.

—Eh… No.

Lluvia rio, azorada, pero ya no tan nerviosa como antes.

—Bueno, no puede ser peor que la confesión —dijo—. Al menos sé que para esto tengo un sí. —Así que le estrechó la mano, y vio el modo en que su mirada se ablandaba—. Vale. Entonces, Kaiden, ¿quieres ser mi pareja?

}.{

El corazón le dio un brinco y comenzó a latir desenfrenado contra sus costillas. Se llevó la mano al pecho, apretando los labios. Siempre había querido a Lluvia, pero lo cierto es que no había pensado en ello. ¿Para qué? No era más que un templario. Ex templario. Lo que fuera.

No quería decirle eso. No quería hacerla partícipe de sus miedos y sus traumas, no más de lo que ya lo había hecho. Aquello era absurdo. Había sido su amiga a pesar de todo su pasado, incluso a pesar de aquel… *evento*.

Todavía recordaba el pánico, y caer al vacío al pensar que se había acabado todo, que no volvería a hablar con ella, que no serían amigos. Kaiden no había vuelto a pasar por nada semejante, aunque todavía tenía pesadillas, pensamientos intrusivos, y a veces le costaba salir de la cama.

Lo habían superado juntos. Lluvia seguía siendo su amiga. Lo había apoyado desde el día en que lo conoció, en aquella conversación en el tren, hacía ya una eternidad —o eso parecía—. Luego habían seguido hablando, cada vez más, a través de la tablet de Luka. Y luego, con el tiempo, se habían visto cara a cara.

Kaiden se sorprendió al pensar que en realidad hacía menos de dos meses que había podido verla así, que había podido tocarla, pero ya formaba parte de él como muy pocas cosas lo habían hecho en su vida.

Después de la sorpresa, la confusión y la esperanza, aquel parecía un paso natural. La quería, joder. Y ella… ella también a él. Y la esperanza, que no se apagaba, seguía ardiendo en su estómago, convertida en otra cosa.

¿Cuál era la pregunta? *Ifrinn, tha*, quiso responder, pero algo se lo impidió, una idea tan lejana pero tan arraigada que lo dejó aturdido un momento. Pero solo uno.

—Espera ahí.

Se levantó de la cama y se agachó junto a la mochila, que nunca estaba demasiado lejos. Ahora sus propias reservas tenían sentido.

—¿En serio, Kai? —preguntó Lluvia, atónita, detrás de él.

—Solo un momento, joder. Tiene que estar por aquí.

Oyó el rumor de la ropa y supuso que se había echado en la cama de nuevo. Al menos estaba más tranquila. No le gustaba pensar que le había provocado aquel… ataque. Aquel terror. Pero estaba mejor. Estaba mejor porque sabía que se querían.

Notó un vuelco en el estómago. Aquellas debían ser las mariposas de las que la gente hablaba. Esperaba que no se fueran nunca.

Encontró la joya en un bolsillo interior, casi olvidada, y se volvió sobre sus rodillas para encararse a la cama.

—Eh —la llamó por lo bajo, acariciándole el brazo, y Lluvia volvió a incorporarse para mirarlo, sonriendo.

—¿Hm?

Kaiden le ofreció el broche, dos corazones y una corona. La plata estaba envejecida, y le dio

un poco de vergüenza, porque no lo había pulido… bueno, nunca.

—¿Qué es? —preguntó la chica—. O sea, sí, es un broche, pero…

—Se llama *luckenbooth*. Es un símbolo escocés. Es lo único que…

Pensó en su madre cuando todo iba bien. En su sonrisa al darle aquel recuerdo. Se lo había dado su propia madre, y ella se lo daba a él, para que se lo pusiera a la chica que quisiera. En aquel momento, creía que era para su prometida, pero lo cierto es que el broche nunca fue para Lauren.

—Bueno, ya sabes —continuó—. Lo único que conservo de Escocia.

Lluvia lo miró con lástima. Habían hablado algunas veces, y la chica sabía que añoraba algunas cosas. Añoraba aquella pertenencia, suponía Kaiden; los paisajes, la comida, el clima. Añoraba el único hogar que había conocido.

—Algún día podrás volver sin miedo —aseguró, pero el muchacho sacudió la cabeza, restándole importancia, porque no la tenía: ahora tenía otro hogar, y otra familia.

—Da igual. Es algo que me dio mi madre, para que se lo diera a una chica. A… ya sabes. La chica con la que fuera a estar. Así que…

—¿Estás seguro? Quiero decir… No dudo de lo que sientes, es solo que es lo único que…

—Es para ti. Creo… Bueno. Supongo que en el fondo siempre ha sido para ti.

Con una sonrisa azorada y feliz, Lluvia lo abrazó. Siempre le sorprendía que lo hiciera, pero nunca que él quisiera estrecharla y no soltarla jamás. Kaiden respiró hondo y después la rodeó con sus brazos. Aspiró su olor.

—Supongo que eso responde a tu pregunta y eso —musitó.

—Supongo que sí —aceptó ella, riendo—. Me hubiera servido un «sí».

—Vale, joder. Sí. Quiero ser tu pareja, obviamente.

Jueves 7 de marzo: Noticias frescas

La noticia de aquella relación no llegó de nuevas para los padres de Lluvia.

—Bueno, cielo —dijo Sandra con simpatía, acariciando la cabeza de su hija—, sospecho que Océano es el único que no lo sabía.

La chica se ruborizó intensamente.

—Oye, ¡no vale! —exclamó, azorada—. Ni siquiera sabía que…

—¿Qué, que estabas enamoradita? —preguntó su madre, sonriendo—. Vamos, cariño.

—No, yo… Yo no sabía que él estaba enamorado de mí. —Lluvia compuso un mohín, y Kaiden, sentado a su lado en la mesa, hundió la cabeza con las orejas muy rojas—. Que yo lo estaba era obvio para todos.

—Y él también. —Sandra miró al chico—. Lo siento, pero no eras muy discreto.

—No, no lo era —aceptó él—. No sé.

—¿Eh? ¡No! —se quejó la muchacha—. No es verdad, no se le notaba.

—Se le notaba —dijo su madre.

—Algo se notaba seguro —masculló Kaiden al mismo tiempo.

}.{

La discusión se alargó todo el desayuno. Incluso Luka se metió por medio, diciendo *tha, tha*, pero el chico no creía que entendiera de qué iba el asunto. Lo hablaría con él más tarde.

Ese «más tarde» llegó muy pronto. Eran casi las siete, y Lluvia tenía que coger el autobús frente a la residencia.

—Yo me quedo con vosotros un rato —dijo Charles.

Kaiden asintió, aunque preferiría que su… novia… no se fuera tan pronto. Pero iba a clases, y era importante que así fuera.

—Lo que tiene que hacer es ir pronto al instituto —replicó Lluvia, señalando al chico con un mohín, y él rodó la mirada.

—Ya, ya, ya. Anda, largo, no llegues tarde.

Ella sonrió y asintió.

—Sí, nos vemos después. ¡Estudia!

Pero cuando la muchacha movió la mano a modo de despedida, Kaiden se la cogió sin pensar. Sintiéndose muy tonto y muy observado, se inclinó para besarla en la mejilla. Le ardían las orejas.

—Adiós —se despidió.

Y ella se sonrojó… intensamente.

—A-adiós —respondió ella, y se fue muy, muy azorada, con su madre y su hermano.

Charles se llevó una mano a la cintura, sonriendo.

—Cómo crecen los niños —comentó, y Kaiden gruñó por lo bajo.

—Este… ¿Está bien y eso? Que yo… en fin…

—Kaiden, no tengo nada que objetar. Sois lo bastante mayores, creo yo, para tener una relación sana sin que los padres de nadie se metan en medio.

—Vale. Gracias.

—No me las des. Ya era hora, chico. ¿Qué tal si arreglamos la cocina, hacemos las camas y

luego vamos a ver el pueblo? Tienes que empezar a familiarizarte con él.

Aunque no quería, Kaiden asintió.

}.{

El autobús recogió puntualmente a los alumnos de Liétor —eran solo cinco en aquel momento— y prosiguió con su recorrido. Hubo varias paradas antes de llegar a San Pedro, después de casi una hora, y entonces continuó hacia el oeste, perdiéndose por carreteras de tierra hasta que por fin los árboles se abrieron ante un complejo de tres edificios y un enorme terreno rodeado de una alta reja que, desde luego, hacía dudar a los que paseaban tan lejos de cualquier población.

Había mucha vigilancia en los alrededores a aquella hora, porque resultaba muy difícil explicar las varias docenas de alumnos que iban entrando a través de los portones abiertos. Algunos, no obstante, esperaban fuera, normalmente a sus amigos.

Al bajar del autobús, Lluvia se desperezó. Era un viaje tedioso, pero se decía que pronto lo haría con Kaiden. Le costaría estar a gusto yendo al instituto, no solo por estudiar, sino por dejar a Luka con gente que… en definitiva, que no eran él.

Alejó esos pensamientos y vio a Silvia y Pablo, que esperaban en la entrada como cada mañana.

—Eh, buenos días —saludó, acercándose con una sonrisa.

—No sabía si vendrías a clase —fue lo primero que dijo su amiga, una muchacha de su edad, telequinética y con cierta facilidad para pincharla.

Muy digna, Lluvia cruzó los brazos con un mohín en los labios.

—No voy a faltar —replicó—, sabiendo que van a vivir aquí para siempre.

Kaiden y Luka debían entender la importancia de labrarse un buen futuro, y ella tenía que ser un buen ejemplo.

—Bueno, ¿pero nos vas a contar qué tal ha ido ese primer día o no? —insistió Silvia, riendo.

Pensar en ello hizo sonrojar a Lluvia.

—B-bien —tartamudeó—. Bueno, les ayudé a colocar las cosas, les gustó la casa…

—Estarás contenta de verlos —musitó Pablo, que era muy, muy tímido, y a veces hablaba tan bajito que costaba de oír.

—Lo cierto es que sí —admitió la muchacha—. Tengo ganas de que los conozcáis. Luka es un niño adorable, y Kaiden es… Kaiden es…

—¿Guapo? —propuso Silvia con una sonrisa picarona—. ¿Sexy? ¿Fuerte?

—Bueno, sí, bueno…

Lluvia rio. Sí, puede que fuera todo aquello, pero destacaba por otras cualidades. Era amable y dulce, tal vez un poco hosco, pero era parte de su encanto, igual que su timidez.

—Kaiden —continuó— es la mejor persona que he conocido.

—Aaawwnnnn… —Ronroneando, Silvia le acarició el brazo.

—Renunció a todo lo que era y siguió adelante. ¿Sabéis? Lo admiro mucho. Deseo que lo conozcáis, os encantará.

—Ya nos encanta, ¿verdad, Pablito?

Pablo sonrió tímidamente.

—Hola, mis chicas —saludó alguien por detrás.

Alguien les palmeó la espalda a las dos muchachas, y el chico, que les sacaba algo más de una cabeza en altura, les guiñó un ojo. Lluvia dio un respingo y respondió con una sonrisa. Sí, definitivamente quería que se conocieran. Kaiden se llevaría bien con sus amigos, estaba segura;

eran todos buenas personas. Tenía suerte de rodearse de gente que valía la pena.

—¿Qué hay? —preguntó.

—Sin ganas de entrar —respondió Valentino, que, aunque tenía también quince años, podría comprar alcohol sin que le pidieran el DNI—. ¿Has contado ya qué tal ayer, que nos abandonaste?

—¿No ves el charco de babas a sus pies? —preguntó Silvia, y el chico se echó a reír.

—¡Me hieres, Lluvia! ¡Babear por otro!

La muchacha se sonrojó, resoplando.

—Oh, calla —replicó—. Ya sabemos que eres gay, no te pongas celoso. Hazlo cuando conozcas a Kai y sepas que no puede ser tuyo.

—En primer lugar, sabiondilla, yo no soy gay. En segundo lugar, ¿por qué no? Igual él sí lo es.

—Bueno, quizá sea bisexual, peeeero… —Lluvia se llevó las manos al pecho y exhaló, encantada—. Es mi novio, así que no puede ser tuyo.

Hubo un momento de sorpresa generalizada. Luego, Silvia soltó un chillido, se le echó encima. La cogió por sorpresa, y la inundó el olor de su amiga. Se mareaba con esas cosas, pero sabía que no era con mala intención.

Lluvia sabía que no era culpa de nadie, que era algo suyo, propio. También le pasaba con los ruidos o las luces. Pero sus amigos conocían sus límites. Probablemente aquel abrazo había sido involuntario, porque Silvia retrocedió de inmediato.

—Perdón —se disculpó, y luego volvió a gritar, dando brincos—. ¡Por fin! ¡Pero cuenta cómo ha sido eso, por Dios!

Jueves 7 de marzo: Solos

Charlos los llevó a conocer Liétor. No era un pueblo grande: tenía menos de mil quinientos habitantes, y muchos de ellos vivían dispersos por la periferia, en los cortijos más distantes. Impresionaban sus paisajes —descansaba contra un precipicio—, más que su arquitectura, pero era un buen lugar.

La residencia llevaba allí tanto tiempo que el robusto edificio de las afueras, junto a las «extrañezas» que sucedían a su alrededor de vez en cuando, formaban ya parte de la cultura local, y a nadie le preocupaba demasiado una súbita, inexplicable ventolera, o que por alguna razón los jardines de ese «hotel» fueran más verdes que ningún bosque de los alrededores.

Aparte de eso, el pueblo tenía lo necesario: había donde comprar el pan o la verdura, la carne, productos de limpieza, todo lo básico era de sobras accesible, incluso para un chico de quince años que vivía en una de las casas más alejadas.

—Mañana vendrá el supervisor desde Madrid —le explicó Charles mientras paseaban de vuelta a casa—. Es la persona que va a explicarte todas esas condiciones que tienes tantas ganas de conocer.

—Ya —gruñó Kaiden—. Y no puedes, ya sabes… hacerlo tú.

—Yo me dedico a buscar niños extraviados, chico. Esto está fuera de mi jurisdicción. Pero no tienes que preocuparte, ¿vale? El señor Mendoza solo te va a contar el dinero que recibiréis cada mes…

—¿Dinero? ¿Por qué?

—Bueno, los gastos de la casa están cubiertos, pero necesitas una mensualidad para comprar comida, productos de limpieza, ropa… invitar a mi hija al cine…

—Joder.

—Preferiría que eso esperara un par de años, al menos, si no te importa.

—¡Joder, Charles!

El hombre se echó a reír. Habían llegado ya a la casa, notó Kaiden, y subió a Luka al muro del pequeño porche. El niño sonrió.

—¿A qué hora vendrá? —preguntó el chico.

—Estate listo sobre las nueve. De todos modos, volveré esta tarde, si quieres.

—No hace… —Kaiden respiró hondo—. No hace falta. Estaremos bien. Te llamaré si pasa… algo.

—¿Y por la noche?

—Estaremos bien.

Charles sonrió y le puso la mano en la cabeza.

—Llama —pidió—. Sin que pase nada, solo llama.

—Vale.

—De todos modos, probablemente Lluvia se acerque cuando vuelva de clase.

La idea lo calentó por dentro. Sería propio de ella, suponía, bajar del autobús y correr a verlos. Kaiden asintió.

Unos minutos después, los chicos se quedaron solos en el porche, y el muchacho sintió la súbita tensión, casi como una náusea, treparle por el pecho.

—Bueno, *troich* —dijo—. ¿Vamos?

—*Tha* —asintió el niño, que saltó a sus brazos y de vuelta al suelo.

La casa parecía un poco menos acogedora ahora que no había nadie más. Había muchas ventanas, y muy amplias, y Kaiden todavía no conocía todas las entradas… o las salidas. Se frotó el cuello.

«Contrólate», se reprendió.

—Adivina qué, *troich*. —Su hermano lo miró—. Vamos a cocinar. Uff, a ver si lo conseguimos, ¿eh?

No recordaba la última vez que lo había hecho. En Carcassone había un cocinero, aunque fue pinche cuando Lluvia hizo el pastel de queso. Apenas pisaba la cocina en aquellos pocos meses con Helen y Talya. Y antes de eso, en aquellos meses de huida, casi nunca había tocado los fogones, aunque entraran en casas sin ocupar. Habían vivido de latas y ensaladas durante mucho tiempo.

¿En Escocia? En Escocia tenía catorce años cuando huyeron. Hacía sándwiches y calentaba sobras en el microondas. No era una buena forma de empezar. No obstante, vio que había de todo en la nevera, así que *algo* tendría que apañar. Era una cuestión de orgullo.

El orgullo le sentó bien, pero no se dejó llevar por él. No hizo nada complicado. Preparó una ensalada e hizo pollo a la plancha, y consiguió que no se tostara demasiado, ni estuviera flojo de especias, aunque no estaba seguro de lo que le había echado en primer lugar.

Puso la mesa para dos —su propia mesa, su propia vajilla— y ayudó a Luka a sentarse. Él se puso a su lado y comenzó a cortarle la carne en trozos más pequeños.

—¿*Troich*? —lo llamó mientras tanto, y su hermano atrapó un poco de pollo con los dedos, se lo metió en la boca y se volvió a mirar a Kaiden—. Glotón. Bueno, nos has oído esta mañana y eso, hablando con los padres de Rain.

—*Tha*.

—Sabes que ahora no es solo nuestra amiga. Es mi novia.

—*Tha*.

—¿Sabes lo que es una novia?

Luka alzó la cabeza para asentir, pero luego pareció pensárselo mejor y negó con fuerza. Si hubiera sido un perro, Kaiden podría haber oído el golpeteo de sus orejas. El pensamiento lo hizo sonreír.

—¿Tú quieres a Rain? —le preguntó.

—*Tha*.

—Mhmm. Yo también. ¿Y te gusta que pase tiempo con nosotros?

—¡*Tha*!

—¿Sabes decir algo aparte de *tha*?

Luka se echó a reír.

—¡Nooooo! —respondió.

Era difícil mantener una conversación seria con él; por supuesto, solo tenía cuatro años. Suspirando, dividido entre un cierto miedo, la vergüenza y la diversión, dejó los cubiertos y le acarició la espalda a su hermano pequeño.

—Luka —dijo con suavidad, y él lo miró con los ojos muy abiertos—. La verdad es que solo quiero saber si estás bien con esto de que Rain y yo seamos novios. ¿Cómo lo hacemos? ¿Tú qué opinas? —Por supuesto, el niño no opinaba nada, porque no terminaba de entender sus dudas—. ¿Te ha parecido raro esta mañana cuando nos hemos, eh, dado un beso?

—No —respondió el pequeño.

Kaiden le acarició el pelo.

—Si tienes dudas o algo te parece raro, ¿me lo dices? —continuó, y su hermano asintió con la cabeza—. Vale. Acuérdate, ¿eh? Puedes contármelo todo. Ahora come, *troich*, que se enfría. ¿Está muy soso?

Riendo, Luka respondió:

—*Tha*.

Después de comer y fregar los platos —juntos, entre salpicones y accidentes—, eran apenas las dos. Exploraron la casa de nuevo. Esta vez abrieron todos los cajones y armarios, comprobaron todos los detalles que les habían dejado. Y Kaiden comprobó cada ventana, cada puerta, incluyendo la que salía del patio trasero hacia el campo de más allá.

Pero también hizo otras cosas. No sabía nada de decoración, pero cogió su libreta —uno de los primeros regalos de Charles— y anotó lo que imaginaba en los estantes y en las paredes. Pensó en cuadros, pósters, tapices o estatuillas. Pensó en libros, en películas… y en videojuegos. Con el hermano que tenía, eso estaba claro.

Aquello era una declaración de intenciones. Quería que aquella fuera su casa, de los dos. No volverían a huir. Le dijera lo que le dijera el supervisor a la mañana siguiente, aquello sí iba a funcionar.

Había acabado la tercera ronda de la tarde y estaba recogiendo los platos fregados cuando la vio llegar a través de la ventana, corriendo hacia el porche. Sonrió.

«Joder, Rain». Y sonó el timbre.

Jueves 7 de marzo: Vuelta a casa

A Lluvia le faltaba el aliento cuando llegó a la casa y llamó al timbre. Había bajado corriendo desde la residencia —no llegó a entrar, se limitó a escribir a sus padres en el autobús y marcharse en cuanto puso un pie en la calle—, y ahora estaba exhausta y hambrienta.

—¡Kaaaai! —llamó—. ¡Lukaaa!

Se oyó el alegre grito del niño dentro:

—¡Raaaaaain!

Y luego la puerta se abrió, y ahí estaba su novio, mirándola con los ojos muy abiertos y las orejas encendidas. Detrás estaba su hermano, encantado.

—Rain.

Él también dijo su nombre, pero lo hizo en voz baja, como un jadeo. Lluvia amplió la sonrisa al ver a sus chicos… bueno, debía admitir que más todavía al ver a Kaiden, pero la razón era evidente.

—Ya estoy aquí —anunció—. Ah… No pregunté siquiera, vine directa, espero que eso no esté… mal.

—¿Mal? ¿Estás enferma?

—¿No? —se sorprendió ella—. ¿Por qué? Bueno, hambre sí tengo… ¿Puedo secuestrarte la cocina?

Kaiden sacudió la cabeza.

—Eres increíble. Entra. Dame la mochila.

Ella obedeció, pero advirtiendo:

—Pesa. ¿Qué tienes para que os haga de meriencena?

—Merienc… No sé. Creo que hay pan y crema de cacao. Puedo hacerlo yo.

—¿Solo? Vale, deja que vea qué tienes en la cocina…

Entró y le dio un beso en la mejilla. Kaiden se quedó inmóvil, observándola, y Lluvia pasó a su lado, acarició la cabeza de Luka y siguió adelante.

}.{

El nombre, aunque inventado, era apropiado. Más que una merienda, la chica les preparó la cena: hizo pizza casera.

De nuevo en modo pinche, Kaiden se dedicó a seguir sus instrucciones, y aprovechó para entender cómo funcionaba el horno. Dudaba que lo fuera a utilizar en un futuro próximo, pero nunca se sabía.

—¿Qué tal habéis estado? —preguntó Lluvia mientras la pizza se hacía, apoyándose en la encimera.

—Mañana vienen a hablar de las condiciones —explicó el chico; era mejor eso que comentar las tres revisiones de la casa y las ventanas.

—No será muy duro. Te dirán que tienes que estudiar y mantener el secreto y blablablá, supongo.

—Imagino. Eso no me importa. Mucho. Me preocupa el dinero, la seguridad y eso.

—No creo que sea preocupante, tampoco.

Ella se apoyó en su pecho. Kaiden aspiró con fuerza, y luego, con cuidado, le pasó un brazo

sobre los hombros.

—Um… —musitó—. ¿Sabes? Me… Ehem. Me gusta que hagas eso.

La muchacha alzó la cabeza y sonrió con timidez.

—Me alegra —respondió—. Tú… también puedes. Apoyarte en mí, y… hacer cosas de novios.

Kaiden carraspeó.

—No sé si sé mucho sobre eso —confesó—. Mi única relación no fue para nada como esto.

—Yo nunca he tenido una relación. —Lluvia puso un mohín.

—Mmm. —Le acarició el pelo—. ¿Nunca te ha gustado alguien ni nada?

—Hmmm, sí, bueno… Me gustaba alguien. Pero era platónico.

—¿Quién?

—Oh, lo conoces —rio la chica, un poco azorada—. Era Antonio. Sí, lo sé, muy mayor… Nunca me gustó nadie de mi generación, no congeniaba de esa manera. Quizá por la edad, quizá… porque te esperaba a ti.

—Joder, Rain.

Kaiden movió los hombros, avergonzado y encantado al mismo tiempo. No le molestaba que hubiera habido alguien, o conocerlo. Anthony no era un mal tipo, suponía.

—Es la primera vez que me enamoro de alguien —confesó Lluvia—. Y no sé muy bien cómo manejarlo.

—Bueno. Ehem. Creo… que lo estás haciendo muy bien.

—¿Tú crees? —rio ella—. Porque creo que no. En clase pensé en besarte en los labios al llegar, pero no me atreví.

«Joder». Kaiden tragó.

—¿Quieres? —preguntó en voz baja, quizá más ronca de lo que había pretendido.

Lluvia apartó la mirada en el acto. Tenía las mejillas muy rojas.

—Sí —confesó—. ¿Y tú?

El chico no pensó que debería responder. Movió la mano y le tocó el mentón. Ella lo miró a los ojos, aunque era otra cosa que no le gustaba.

—¿Eso es que sí?

La muchacha se mordió el labio inferior, y Kaiden, movido por ese gesto, inclinó la cabeza y se lo besó. La notó dar un respingo, con la cara caliente. Con los ojos entrecerrados, vio que Lluvia cerraba los párpados, y sus labios se amoldaron a los de él, suavemente.

El muchacho no pensó que pasaría, pero se encontró con un leve gruñido en el pecho, no de malestar sino de todo lo contrario. Era la primera vez que besaba a alguien, y era a ella. Su Rain. Ladeó la cabeza, saboreándola poco a poco, estrechándola contra sí, y solo se separó, apenas un poco, cuando pensó que la cabeza le flotaba por falta de aire. Ella se apartó también, tocándose los labios y apoyándose en la encimera. Kaiden carraspeó. Lluvia dio un salto.

—¡La pizza! —exclamó, y fue hacia el horno.

Jueves 7 de marzo: Fotografías

Lluvia no se quedó a dormir esta vez. En cierto modo, Kaiden lo veía completamente normal, y por diversas razones. Primero, porque tenía que ir a clase al día siguiente, también, y madrugar más por estar más lejos de la parada del autobús parecía injusto. Y segundo… porque no podía evitarlo para siempre.

Aquella noche, cuando Charles vino a recoger a su hija, Luka y Kaiden se quedaron solos otra vez.

Eran las nueve, y allí donde las luces estaban apagadas, la casa estaba completamente a oscuras. El chico nunca había tenido miedo a la oscuridad, pero de pronto le resultaba… amenazante. Era una estupidez, y lo sabía.

—Eh, *troich* —llamó a su hermano—. ¿Qué tal si nos bañamos y nos vamos a la cama?

—*Tha*.

El baño principal estaba en la segunda planta; la bañera parecía nueva, y las cortinas eran lisas y blancas, sencillas. Mientras Luka se quitaba la ropa, Kaiden fue a por su pijama, y se desprendió de la camiseta de manga larga. Vestido solo con los pantalones de chándal, ayudó al niño a meterse en la bañera y encendió el agua.

Charles le había explicado cómo funcionaba el calentador, y que podían tomarse el tiempo que quisieran, pero aun así el pequeño estuvo limpio en seguida, con el pelo reluciente y empapado.

Había un secador en el armario junto al lavamanos. Kaiden no tenía mucha idea de cómo secarle el pelo, pero hizo lo que pudo, porque no lo pondría a dormir con este mojado.

Eran las nueve y media cuando arropó a Luka en su cama, en aquella nueva habitación con colcha de unicornios y un enorme oso de peluche junto a la mesita de noche.

—¿Cansado, *troich*? —preguntó, y su hermano negó—. Claaaro. ¿Hacemos una foto para Rain?

—*Tha* —respondió el niño, sonriendo, y Kaiden sacudió la cabeza.

Se sentó junto a Luka, y este se apoyó en su hombro y miró hacia el teléfono cuando él lo cogió y trató de enfocar, estirando el brazo.

—¿Estás contento, *troich*? —le preguntó en voz baja.

—*Tha*.

—¿Te gusta la casa?

Luka sonrió ampliamente. Kaiden atrapó aquella sonrisa con la cámara.

—*E* bonita —respondió el niño.

—Sí que lo es.

El chico bajó el brazo y estrechó a su hermano pequeño.

—Es nuestra —le recordó—. Lo sabes, ¿verdad?

Luka lo miró, asintiendo. Kaiden no sabía si lo entendía del todo, pero aquello era algo bueno. El niño no tenía dudas, y hacía mucho tiempo que no le preguntaba cuándo volverían a irse. Lo abrazó, quizá con más fuerza de la debida, pero Luka solo se rio.

—Anda, *troich*, a dormir —dijo, y se levantó para volver a arroparlo.

—¿Kai?—lo llamó, y al chico se le encogió el corazón.

—Voy a hacer cosas antes de acostarme. Tú duérmete, ¿vale? No te voy a dejar solo. ¿De

acuerdo? —Le acarició el pelo a su hermano—. Si tienes miedo, estoy ahí, al otro lado de esa puerta. ¿Vale?

—Vale.

Luka parecía inseguro, pero se acurrucó. Lo miró salir de la habitación. Kaiden, con el corazón en un puño, dejó la puerta abierta.

}.{

Eran las nueve y cuarentaitrés minutos cuando llegó la fotografía. En ella se veía a los dos hermanos contra la almohada de una cama pequeña. Luka vestía un pijama de cuadros rojos y naranjas, y estaba apretado contra el brazo de Kaiden; este se había olvidado, no por primera vez, de ponerse una camiseta.

Era un contraste siempre interesante. El pequeño sonreía a la cámara con alegría y entusiasmo, aunque con el sueño en los ojos. El mayor, en cambio, estaba serio, con el ceño fruncido por la concentración y por no poca vergüenza. No se sentía muy cómodo con las fotografías.

En aquel momento, Lluvia estaba repasando los apuntes del día por última vez, así que lo dejó para ver el mensaje. La imagen era tierna al principio. Luego, se preguntó si Kaiden era consciente de lo que hacía cuando enviaba aquellas fotografías. ¿O acaso era tonto del todo y lo hacía sin querer? Sonrojada y riendo, sacudió la cabeza.

—Eres un desastre… —musitó.

No, en realidad conocía la respuesta. Solo quería enseñar a Luka, grabar aquella sonrisa, y decirle que estaban bien.

[21:49] Lluvia: Muy cuqui la foto, Luka sale adorable y… sobado. Por otro lado, tu.
[21:49] Lluvia: Si. TU.
[21:50] Lluvia: ¿De nuevo sin camiseta?
[21:50] Lluvia: Y ahora somos pareja, ¿es alguna clase de segunda intención?
[21:50] Lluvia: Nah, sé que no, eres tonto.
[21:51] Lluvia: Sales muy guapo.
[21:51] Lluvia: Los dos.

La respuesta tardó un par de minutos en llegar, y era otra fotografía. Esta vez se veía a Kaiden de nuevo, pero se había puesto jersey, chaqueta y bufanda, y solo se le veían los ojos y el revuelo pelo castaño. Lluvia rio de nuevo. Daba igual lo que llevara puesto, le seguía pareciendo adorable, incluso así. Era tierno, pensaba, y la hacía sonreír.

[21:55] Lluvia: ¿Ahora vamos de puritano?
[21:55] Lluvia: No cuela.
[21:55] Lluvia: Enseña carne, lo exijo.
[21:55] Kaiden: No hay manera de tenerte contenta

La muchacha se desperezó y se acomodó frente a su escritorio, pensando en lo equivocado que estaba. No, a ella cualquier cosa la ponía contenta.

[21:56] Lluvia: Oh, si, soy terriblemente difícil de complacer.
[21:56] Lluvia: Tendrás que hacer más fotos.

Lo siguiente que llegó fue otra fotografía. Se había quitado la chaqueta y la bufanda, y en la imagen se le veía haciéndose una fotografía en el espejo.

[21:59] Kaiden: Me voy a la ducha adios
[22:00] Lluvia: ¿En serio? Jo, Kai, al menos hazte fotos después de la ducha

La chica apretó los labios en cuanto le dio a «enviar». Quizá se había pasado, pensó, pero es que… imaginar su cuerpo mojado era demasiado para sus pobres hormonas. Tal vez no era buena idea, tal vez estaba siendo malvada. Así que a cambio…

[22:05] Lluvia: Si lo haces mandare una foto de vuelta :D
[22:05] Lluvia: Posando como me digas

Al fin y al cabo, era Kaiden. ¿Qué era lo máximo que podía pedir? No era un muchacho pervertido como ella.

Jueves 7 de marzo: Primera Noche

Kaiden no había visto todavía los últimos mensajes de Lluvia. Se desnudó y se metió en la ducha, sintiéndose idiota. ¿Había intentado coquetear o algo? No estaba del todo seguro. Ella bromeaba y lo pinchaba con su descuido —no era más que eso, ¿por qué iba a hacerlo si no?—, y él había intentado… ¿qué? ¿Decirle que ahora estaría desnudo y mojado?

«Joder», pensó, y encendió el agua.

Se duchó en apenas cinco minutos. Estaba acostumbrado a hacerlo deprisa. Salió con el pelo mojado, y apenas se había puesto los calzoncillos cuando cogió el teléfono con la firme idea de pedir perdón por su estupidez. Y vio el mensaje de Lluvia.

[22:00] Lluvia: ¿En serio? Jo, Kai, al menos hazte fotos después de la ducha
[22:05] Lluvia: Si lo haces mandare una foto de vuelta :D
[22:05] Lluvia: Posando como me digas

«Joder», pensó de nuevo, con un tenso calor en el pecho y mariposas en el estómago. «Es que es preciosa, me cago en todo».

[22:07] Kaiden: de verdad quieres una foto recien salido de la ducha?

Solo por asegurarse de que no fuera una broma. Sin seguir vistiéndose, se sentó en el borde de la bañera. Ya era tarde, no obstante. Quizá se había ido a dormir. Era muy prudente con la hora de acostarse.

Pero la respuesta llegó casi de inmediato. Debería haberlo supuesto.

[22:07] Lluvia: POR FIN!
[22:07] Lluvia: Digo si.
[22:08] Lluvia: DAME.

«Joder».

[22:08] Kaiden: Segura segura?

Aunque envió aquel mensaje, salió de Invisibilia y entró en la cámara. Se miró al espejo. Sintiéndose completamente idiota, se envolvió las caderas con la toalla y se hizo la fotografía así, todavía mojado, prácticamente desnudo. Avergonzado, y extrañamente emocionado, miró de nuevo la conversación con su novia.

[22:08] Lluvia: Daaameeeee.
[22:08] Lluvia: Estoy esperando
[22:08] Lluvia: Me haces sufrir
[22:09] Lluvia: :(

}.{

La imagen llegó acto seguido. Ahí estaba Kaiden… en toda su gloria. El pelo todavía mojado se le pegaba a las mejillas y el cuello; lo llevaba un poco largo. No se había secado demasiado, y la toalla descansaba precariamente alrededor de sus caderas. La imagen se perdía tras la pica. Estaba ceñudo, sujetaba el teléfono con dedos crispados y parecía muy avergonzado.

«Oh, dios mío». Boquiabierta, Lluvia se quedó mirando la imagen.

Claramente que escondería aquella foto. No había que enviar cosas como aquella y todo lo demás, pero… era Kai. Su Kai. Y la fotografía era solo para ella.

Lluvia se abrazó al teléfono y se tiró sobre la cama, rodando. Apretaba los labios para no gritar. ¿Por qué era tan guapo?

[22:10] Lluvia: AAAAAAAAA!
[22:10] Lluvia: Que guaaappoo
[22:10] Lluvia: Me mueeero!
[22:12] Kaiden: Joder rain no es tampoco gran cosa si un poco mas y es como estoy cuando hago ejercicio en verano nada demasiado nuevo solo es agua y una toalla
[22:12] Lluvia: Calla, no sabes :(
[22:13] Lluvia: Tengo el novio más guapo de todos
[22:13] Lluvia: Guaapoo!
[22:14] Kaiden: no soy guapo solo estoy mojado y ahora me voy a secar y vestir

La muchacha no pudo contener la risa. Lo adoraba. Le hubiera gustado estar allí, con él, pero no era posible. Al menos, todavía no.

[22:15] Lluvia: Si, no vayas a ponerte enfermo
[22:15] Lluvia: Kai
[22:15] Lluvia: Gracias ♥
[22:18] Kaiden: estás en la cama?
[22:18] Lluvia: Aja.
[22:19] Kaiden: me mandas una foto?

Era cierto, pensó la muchacha, se lo había prometido. Bueno, tenía que salir guapa.

«O todo lo posible, para ser yo», pensó.

}.{

Lluvia tardó tanto tiempo en responder que Kaiden pensaba que se había dormido. Eran ya las diez y media cuando el chico, que se había vestido, había abierto la cama y había revisado su mochila —una costumbre que estaba intentando quitarse—, recibió la fotografía.

Se le disparó el corazón. Era una imagen tierna, hogareña. Lluvia yacía en su propio lecho, con el pelo desparramado en la almohada, la cabeza apoyada en ella y una sonrisa en la boca. Kaiden sospechaba que había pasado un rato posando; eso sería propio de ella. No obstante, no le hacía falta. Solo con ser ella misma…

«Joder». El chico acarició la imagen sin pensar, y después sacudió la cabeza.

[22:33] Kaiden: gracias
[22:33] Kaiden: y ahora duermete

Después de despedirse de Lluvia para dejarla dormir, el muchacho se quedó sentado frente a la ventana de la habitación durante unos minutos. El silencio le produjo malestar. Se levantó y revisó todas las ventanas de la casa, comprobó que la puerta del jardín estuviera cerrada, y la del comedor, y también la de la entrada.

Eran las once y media cuando se metió en la cama, y las doce y cuarto cuando abrió los ojos, desorientado y con el corazón desbocado. Llevaba la navaja en la mano.

«Joder».

Ni siquiera recordaba haber llegado a dormirse, mucho menos haber tenido una pesadilla, pero a menudo despertaba armado y a punto para defenderse. Quizá había oído algo.

¿Algo?

Le dolía el estómago. Se levantó y se asomó al cuarto de Luka, que estaba profundamente dormido. Comprobó su ventana, que estaba bien cerrada, y comprobó que estuviera bien. Después revisó el resto de habitaciones por enésima vez. Por supuesto, no había nada extraño. Nadie había entrado. Nadie sabía que estaban allí.

Se detuvo en medio del pasillo, escuchando el silencio y notando la oscuridad de la casa. No había nada. Estaban bien. Estaban a salvo. Y se dio cuenta de que no estaba tan asustado como en aquellos primeros meses… o los últimos, incluso.

Había pasado un año desde que salió por la ventana, huyendo con su hermano a cuestas. Y estaba muy, muy lejos de Escocia.

No, ya no tenía tanto miedo. Eso era algo bueno. Pero todavía se tensaba ante los ruidos, ante la oscuridad o ante la noche. Le asustaba dormir. Le asustaba hacerle daño a la gente.

Puso una silla frente a la puerta de Luka y pasó la noche allí, como le había prometido, sin llegar a dormirse del todo. Todavía le quedaba mucho por mejorar.

Viernes 8 de marzo: Supervisor

Charles y el señor Mendoza llegaron a las nueve menos cinco. Para entonces, Kaiden ya estaba preparado y nervioso. Los dos hermanos estaban vestidos y desayunados, y Luka jugaba con su Game Boy mientras el mayor comprobaba por tercera vez lo que había en la nevera y los armarios de la cocina.

Sonó el timbre, y el chico tenía el corazón desbocado y el estómago revuelto. Mientras iba hacia la puerta, se metió la mano en el bolsillo. Rozó la navaja que su abuelo le había regalado hacía ya tantos años, pero no la cogió. Tomó el teléfono y desbloqueó la pantalla. Tenía la fotografía de Lluvia en primer plano. La observó un momento, respirando hondo. Ella lo tranquilizaba más que un arma.

Bajó el aparato y abrió la puerta.

—Buenos días, Kaiden —saludó Charles con una de sus sonrisas fáciles, simpáticas.

—Buenos días —dijo el supervisor.

El señor Mendoza era un hombre de estatura media, delgado y serio, con el pelo bien peinado y expresión escrutadora. Llevaba traje y un maletín. Al chico no le gustó nada. Por supuesto, tampoco le habría gustado si llevara camiseta y vaqueros. De entrada, no le gustaba nadie.

—Bienvenidos —respondió el muchacho, y carraspeando les cedió el paso—. ¡*Troich*, tenemos visita!

—¡Rain! —chilló el niño desde el comedor.

Luka vino corriendo, pero cuando vio al desconocido se quedó quieto, con los ojos muy abiertos y expresión desconcertada. Kaiden entendía perfectamente su decepción y su susto, así que se dio una palmada en el muslo para llamar su atención, y el niño se acercó para agarrarse a su pierna.

—Este es Luka —lo presentó—. Es un poco tímido y eso.

—Ya me lo han dicho —respondió el señor Mendoza, en un inglés un tanto torpe—. Un placer, Luka.

El niño no respondió. Lo miraba con desconfianza, y Kaiden no lo forzó a nada. Pidió a los hombres que entraran y los llevó al comedor. Ofreció agua, zumo, galletas o té; aceptaron lo último.

En cinco minutos estaban todos sentados a la mesa, con té negro, el bote de miel, bolsitas de azúcar y un plato de galletas. Luka estaba sentado en el regazo de su hermano, pero se estaba tranquilizando.

—El señor Mendoza habla inglés —explicó Charles—, pero de todos modos voy a estar aquí como intérprete si hace falta, ¿de acuerdo?

Lo que significaba que el hombre no hablaba con soltura, pero no podía decirlo delante de él, así que Kaiden asintió. De todos modos, lo prefería. El acento del empático era fuerte y vibrante, pero el muchacho estaba acostumbrado, incluso le gustaba, y confiaba en él.

—Sé que tienes ganas de conocer las condiciones —comenzó el supervisor, abriendo su maletín—. Eso ya dice mucho de ti.

—Gra… ¿Gracias? —respondió el chico.

—En mi informe consta que has recibido el beneplácito de un especialista para vivir por tu cuenta como tutor legal de tu hermano. Eres consciente de ello.

Pensó en Étienne, y también en Charles. Se revolvió un poco, incómodo.

—Sí.

—Sabes que la casa está en propiedad, y Santuario se ocupa de los gastos recurrentes.

—Sí.

—El lunes iremos a poner por escrito tus datos, como tu dirección, tu identidad… Tendrás tu carné, y abriremos una cuenta corriente. Se te ingresarán trescientos euros cada mes para comida, ropa u otros gastos que puedan surgir.

—Que se me… —Kaiden intentó traducir aquella cantidad a libras y sintió que le daba vueltas la cabeza—. ¿Qué?

El señor Mendoza miró a Charles, pero este rio.

—Lo ha entendido —le dijo en español, divertido—, pero tiene problemas para concebir tanto dinero. Las circunstancias no han sido favorables.

—Comprendo —asintió el supervisor, y volvió a mirar a Kaiden, regresando a su vibrante inglés—. Estoy seguro de que sabrás gestionarlo, aunque durante un par de meses se revisarán tus movimientos y tus gastos, para comprobar que sepas manejarte.

—Sí —musitó el chico—. Sí.

—Aparte de eso, Carlos Aldana será tu contacto de emergencia en caso de cualquier eventualidad. Yo voy a pasar un par de semanas en la residencia y te haré visitas regulares y sin… ¿Cómo es?

—Sin preaviso —explicó Charles—. De vez en cuando vendrá a ver cómo te va, pero sin avisarte antes. Para que sea una visita… más natural.

«Incómoda» sería la palabra que el chico hubiera elegido, pero no lo dijo. Todo aquello parecía lógico. Tenían que comprobar que era capaz de cuidar de sí mismo y de Luka.

—Después volveré a Madrid —continuó el señor Mendoza—, pero tendrás mi contacto si necesitas alguna consulta, y volveré de vez en cuando.

—Sin preaviso —adivinó Kaiden.

—Sin preaviso. Aparte de eso, hay una serie de deberes con los que tienes que cumplir, como ya debes suponer.

—Claro. ¿Qué tengo que hacer?

—Para empezar, aprender español.

Kaiden sintió que le quemaban las mejillas.

—Charles… Carlos me dio un cassette cuando supimos que vendríamos aquí —explicó—. Pero no he tenido mucho tiempo.

—Muy bien. Buscaremos un profesor para este verano; sería ideal que pudieras comunicarte en español para septiembre.

—Tengo que ir al colegio, ¿verdad?

El hombre sonrió ligeramente.

—No creo estar diciéndote nada que no hubieras supuesto ya —comentó—. Eres un muchacho muy inteligente.

Eso no es lo que le decían cuando era niño, recordaba Kaiden. Pero comenzaba a pensar que realmente no era tan tonto.

Viernes 8 de marzo: En definitiva…

Kaiden le enseñó la casa al señor Mendoza, que pareció satisfecho al ver que la conocía bien tan poco tiempo después de su llegada. Apuntaba en su pequeña libreta cada pocos minutos, pero el chico no sabía lo que era, y no se atrevió a preguntar.

Las camas estaban hechas y todo estaba limpio, lo que gustó al supervisor. Le preguntó por sus primeras noches, y Kaiden fue todo lo sincero que pudo.

—No ha sido perfecto —confesó—, pero estamos mejorando.

Le dijo que había estado frente a la habitación de Luka, y se excusó diciendo que habían pasado juntos mucho tiempo. El señor Mendoza no lo regañó: estaba claro que el chico hacía lo posible por normalizar su situación.

Se quedaron a comer, lo que fue un pequeño desastre, porque Kaiden hizo poco las salchichas y tostó demasiado el pan. Por lo menos, la ensalada le quedó bien. Durante la comida ultimaron algunos detalles, y escucharon las propuestas de Charles.

Cuando los hombres se fueron, el muchacho estaba agotado. Se puso a limpiar, y después hizo una lista con toda la comida y productos de la casa, y planeaba apuntar lo que gastara para saber lo que tenía que comprar. ¿Cuándo recibiría el dinero? ¿Y cuánto gastaría en la compra? ¿Sería suficiente para ahorrar? Le dolía la cabeza.

Cuando se quedó sin nada que hacer, se sentó en el sofá, solo cinco minutos, se dijo, mientras Luka parloteaba con Yves, cuya imagen artificial estaba en el televisor. Cuando sonó el timbre a las seis de la tarde, Kaiden despertó desorientado y con la navaja en la mano.

—Joder, Rain —masculló al ver a su amiga a través de la mirilla, y después abrió la puerta —. Hola.

}.{

Ella sonrió y saludó con una mano.

—Hola —respondió, y después lo señaló—. ¿Cómo ha ido?

—Buff. Pasa. ¿Te preparo un bocadillo o algo? Y te lo cuento. ¡*Troich*, es Rain!

Se oyó el chillido por segunda vez en un día, y Luka llegó corriendo, con una enorme sonrisa, comprobó que era ella y luego se tiró.

—Quieeeeto… —Kaiden lo agarró antes de que llegara a abrazar a Lluvia y lo levantó en brazos—. Un besito. A Rain no se la achucha así como así, ¿recuerdas?

La chica lo miró con pena. Sabía que para Luka era normal ser así de cariñoso y efusivo. No le gustaba la idea de cortarle las alas. Sonrió, culpable, y dijo:

—No pasa nada, es normal en él —aseguró.

—Sí que lo es —aceptó Kaiden—, pero también es normal para ti que no te guste. Así que llegamos a un punto medio, ¿verdad, *troich*?

—*Tha* —respondió el niño—. *O shieto*.

Luka estiró los brazos, pero no para abrazar a Lluvia, sino para apoyarse en sus hombros y darle un entusiasta beso en la mejilla.

—No, no pidas perdón por eso —pidió la chica, sintiéndose incluso peor, preguntándose por qué demonios no podían gustarle los abrazos y ya.

¿Serviría ponerse algo en la nariz? ¿Y por qué con Kaiden era diferente? Quizá, suponía, al

cabo de un rato se acostumbraba al olor. Lluvia sacudió la cabeza y le devolvió el beso en la frente. El niño sonrió ampliamente, y entonces besó también a su hermano, que cerró un ojo y le revolvió el pelo.

—Al suelo, que pesas —le dijo, bajándolo, y Luka se echó a reír—. Eso. ¿Bocadillo? Igual puedo hacer una ensalada o algo. Se me dan de miedo, por lo visto.

—Lo que debería hacer es enseñarte a cocinar variado y saludable.

—No recién salida del bus de vuelta del cole. Deja que intente cuidarte, joder.

Eso hizo que se sonrojara. Lluvia apartó la mirada con timidez.

—No —insistió—, voy a cuidaros yo.

—Tengo que aprender a apañarme. Trae.

Kaiden le cogió la mochila y la dejó junto a la mesa de la cocina.

—Que no —replicó Lluvia, yendo tras él—. ¡Me gusta cocinar! ¡Déjame a mí!

—Joder, Rain, eres cabezota. Dame un beso y me lo pienso.

Puff, al chico se le pusieron las orejas rojas como tomates, pero mantuvo la expresión seria y ceñuda de siempre. Ella se quedó sorprendida. Apretó los labios, avergonzada, pero se dio ánimos y sí, fue a por un beso. Era su novio, y al fin y al cabo. Eso estaba bien.

Kaiden casi no parecía ni esperárselo. Se tensó y luego se relajó. La cogió de los hombros con delicadeza y le devolvió el beso, suavemente. Después suspiró.

—Haces conmigo lo que quieres… —masculló.

Con las mejillas calientes, Lluvia hizo un mohín.

—Oh, cállate —replicó—. Eres tú quien me suele dominar.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre, pero no lo dejo ver. —Azorada, la chica fue a la nevera—. Cuéntame cómo te ha ido mientras preparo algo, yyy… mañana te traeré un libro de recetas que hay por casa.

—No sabría por dónde empezar a leer un libro de recetas. Además, igual soy yo el que sube a la residencia.

—¿De veras? ¿Quieres ver mi bonito cuarto en persona? —bromeó Lluvia, y lo vio hundir la cabeza entre los hombros.

—Eso también. Deja que te… a ver.

Kaiden le habló de las condiciones que le había contado el supervisor, y que pudo repasar en los papeles que le había dejado. Trescientos euros mensuales, visitas sin preaviso, Charles era su contacto de emergencia… Tenía que ir al colegio en septiembre, fuera como fuera, y aprender español de aquí a verano.

—Tu padre ha propuesto aprendizaje por inmersión, y luego un profesor o algo que me enseñe… bueno, ya sabes, a pulir —terminó—. Hemos quedado que iré… iremos, en realidad… un par de veces a la semana a la residencia, y está prohibido hablarnos en inglés.

Lluvia le dedicó una pícara sonrisa. Cuando respondió, lo hizo en su lengua nativa:

—¿Entonces debería hablarte solo en español? ¿Decirte lo mucho que te quiero solo en este idioma?

Kaiden la miró con el ceño fruncido. Obviamente, no entendía casi nada, y contestó en una mezcla de gaélico escocés e inglés que sonaba mucho a «a este juego yo también sé jugar».

—Oh vamos, eres quien tiene que aprender español —replicó Lluvia, pero lo hizo en inglés para entenderse—. Espera, ¿qué te parecería esto? Tú me enseñas tu lengua y yo la mía. No literal.

—No lite… —Kaiden carraspeó y sacudió la cabeza—. Claro, por qué no. ¿Te… interesa?

Ni siquiera a los escoceses les gusta el gaélico escocés.

—Claro que me interesa —respondió ella con una sonrisa—. Es conocer más sobre ti.

—Joder. Bueno, sí, claro. Podemos hacer eso. De vez en cuando, cuando… quieras, te traduzco frases o algo. No sé enseñar.

—Hmmm, por lo que sé hay que aprender varias cosas para entender del todo un idioma. Gramática, escucha activa… se aprende mucho al escuchar.

—De ahí lo de ir a hacer inmersión en la residencia. A bañarnos bien en español.

—Es un idioma seductor. Mira, escucha… —Lluvia carraspeó y se acercó, poniéndose de puntillas para hablarle al oído en su lengua—. Te amo.

Kaiden no sabía de qué iba, pero tosió levemente.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

—¿Qué crees? —sonrió ella, ladeando la cabeza.

—No sé si sé.

—Oh, vamos, algo debes sospechar. —Lluvia le acarició la nariz—. Vamos, tontito.

—Que… que tú… Joder.

Lo que dijo, el chico lo dijo en gaélico. La chica se llevó las manos a la cintura.

—Eh, eso no vale —rio.

—No, lo sé. Hasta que me enseñes español, así va a tener que ser.

Esta vez, ella le apretó la nariz.

—Te dije «te quiero» —tradujo.

—Ja. Qué casualidad.

—Oh, vamos, te dije si sabías qué había dicho.

—Sí. Y yo dije «mira, no tengo ni idea, pero te quiero, así que ya está dicho».

—¿Puedo darte un beso? Tontorrón.

Kaiden resopló, y luego bajó la cabeza para besarla él.

Viernes 8 de marzo: Tercera Noche

Lluvia llevaba hasta el pijama para quedarse con ellos aquella noche. Los planes no habían variado mucho: ya que había que *sumergir* a los chicos en el español, al día siguiente después de desayunar se irían juntos a la residencia, y pasarían el día allí.

Les preparó sándwiches vegetales, y cenaron en el sofá, viendo la televisión. Después de eso, obviamente, había que estudiar un poco y hacer deberes. Eran algo más de las nueve cuando Luka se quedó dormido con la cabeza sobre la mesa. Había estado practicando las letras. Él también quería aprender.

—Esto es muy nuevo para él —confesó Kaiden en voz baja, acariciándole el pelo.

—Y para ti, pero os acostumbraréis —sonrió Lluvia—. No es de los idiomas más difíciles.

—Oh, cállate, solo de ver cómo cambian los verbos según el tiempo me duele la cabeza.

Ella rio.

—No te preocupes —dijo—, poco a poco. Oh… —La chica comenzó a acariciarle el pelo y la nuca—. Suavito.

—Suav… —Kaiden carraspeó—. Mmm, supongo que sí. Es el jabón.

—Es el mismo que uso yo, pero en tu pelo se siente mejor, quiero decir… es… suavito, esponjoso. Pelo de nube.

Ella siempre lo hacía sentir… atractivo. Y era una sensación rara.

—Gracias —masculló, y no solo por los piropos.

—Hmmm, es la verdad. No hay que agradecer la verdad. —Lluvia lo tomó de la mano esta vez, y continuó—: Eres la persona más bonita que he conocido, por dentro y por fuera.

—Eso será porque no te conoces muy bien a ti.

La chica puso un mohín, pero estaba ruborizada.

—Es igual cómo me perciba a mí —replicó—. Yo sé cómo te percibo a ti.

—Ya, ya, ya.

Lo hizo antes de pensarlo. Inclinó la cabeza y la besó en los labios. Fue algo natural, un gesto breve, cariñoso, pero en cuanto se dio cuenta sintió que se le encogía el estómago y le aleteaba el corazón.

—Um… —La miró, inseguro, pero la sonrisa encantada de la muchacha le dejó claro que no estaba especialmente molesta—. Vale. Creo que… voy a acostar al crío. Tú…

}.{

Lluvia solo pensaba en aquel contacto, aquel dulce beso que había sido tan breve. Dio un respingo, despistada.

—¿Eh? ¿Yo? ¿Sí?

—Que, bueno. Que qué quieres hacer. Puedes darte una ducha, si quieres, o cambiarte, o quedarte aquí un rato, o… ¿Dónde quieres dormir?

—Oh, sí. —Se puso en pie, todavía azorada—. Sí, iré… Iré a ducharme y ponerme el pijama.

Quería dormir con él… en su cuarto. Eso estaba mal, ¿no? Quizá no era tan grave cuando no eran novios, pero ahora… Si lo hacían, pensó mientras él le recordaba dónde estaban las toallas y el jabón, ¿pasarían las cosas que leía en esas novelas que era demasiado joven para leer?

—Tómate el tiempo que necesites —le dijo Kaiden—. Voy a buscar al crío y a meterlo en la

cama.

Lluvia asintió automáticamente, sin pensar. Era una pervertida, se decía. Kai era puro, y en cambio ella…

Se golpeó las mejillas y fue a buscar su pijama y lo necesario. Se daría una ducha bien fría, para quitarse aquellas ideas de la cabeza.

Usó primero agua fría, y después la reguló para no congelarse. Era marzo, y la temperatura aquella noche era de unos cinco grados. Por suerte, la casa, entre otras cosas, tenía calefacción.

Salió con el pelo mojado y las ideas un poco más claras, pero se le enturbiaron de nuevo cuando entró en el cuarto de Kaiden y se lo encontró de espaldas y quitándose la camiseta.

«¿Por qué, Kaiden, por qué?». La ducha fría era para evitar pensar en ciertas cosas, y ahora tenía su espalda desnuda justo delante. La chica no pudo evitarlo: se quedó callada, embebiéndose de la imagen. La cicatriz que lucía en el omoplato no la desmejoraba en absoluto. Resultaba incluso… atractiva.

«Ay, mierda, ¿qué me pasa?».

Entonces él se volvió, con la ropa en la mano, y al verla se puso un poco rojo.

—¿Ya estás? —preguntó—. Qué gilipollas. Claro que estás.

—¿Qué? —Mierda, se dijo, ya estaba empanada otra vez, y sacudió la cabeza desviando la mirada—. Sí, eh… Sí. Bonita espalda.

Viernes 8 de marzo: Cicatrices

«Joder, Rain», pensó, avergonzado, y bajó la vista a la prenda que todavía tenía en las manos. No se la puso. Lo cierto es que quitarse la camiseta le resultaba muy natural, quizá por la cantidad de ejercicio que hacía durante el día desde que tenía memoria. No le daba vergüenza ir medio desnudo… aunque sí que ella lo encontrara atractivo.

—Sí, seguro —gruñó Kaiden.

—No es irónico. A mí me gusta. Y la marca te hace atractivo, como… No lo sé. Hosco, rudo…

El chico apretó los labios y se llevó la mano al hombro, pero sabía que no llegaba a tocarse la cicatriz. Tampoco se la podía ver. No sabía ni cómo era.

—¿Se nota mucho? —preguntó.

—Sí —respondió ella sencillamente, alzando la mirada—. Pero a mí me gusta. Bueno, ya, sé que es raro que parezca seductora una cicatriz, y ni siquiera sé cómo…

—Seductora… —Kaiden resopló, y, sin saber muy bien qué hacer, volvió a girarse para dejar la camiseta en su sitio—. Me tiraron un cuchillo.

—¿Te tiraron un…? ¿Por qué?

El chico respiró hondo. Miró hacia la puerta, por detrás de Lluvia. No se oía nada. Luka debía seguir dormido.

—Nos encontraron, una vez —explicó en voz baja—. Después de meses, nos encontraron, cuando todo parecía ya tan… bien.

—¿Antes de mi padre?

Kaiden asintió. Luego se sentó en el borde de la cama. Sentía algo muy parecido a las náuseas.

—Habíamos pasado el verano bastante bien, y nos íbamos a una ciudad grande. Para dormir a cubierto en sitios abandonados y… robar cosas, ya ves. Estábamos tranquilos. Era como si lo peor hubiera pasado ya. Le estaba preguntando a Luka qué quería cenar, y él decía que cereales, como de costumbre. Y entonces Lauren me reconoció.

—¿Te… buscó? Hm.

—No sé si me estaban buscando allí o qué. Ella salía de un templo. Una abadía. Y me vio, joder, me reconoció en el acto, y llamó a otros. Cuando escapábamos, me lanzó el cuchillo. Lo llevé clavado hasta que salimos de la ciudad, y para entonces estaba más preocupado por Luka que por mi espalda. Había utilizado su poder y estaba… muy mal.

Lluvia se encogió, desviando la mirada.

—No sé… qué decir —confesó.

—No hay mucho que decir. Solo… No sé. Es una anécdota. —Kaiden se lo pensó un poco más—. Supongo que es la razón por la que me cuesta tanto estar en paz. Porque cuando tengo la sensación de que todo va a ir bien, entonces…

—Lamento oír eso. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

Oírla hablar así, tan solícita, tan dulce, hizo que las náuseas remitieran un poco.

—Rain, ya lo haces —respondió en voz baja—. Cada día.

—No siento que…

Sin terminar la frase, Lluvia lo abrazó. Kaiden suspiró y la rodeó con sus brazos. Apoyó la

mejilla en su hombro y aspiró su olor. La estrechó con fuerza.

—Estoy bien, ¿vale? —dijo, y estaba seguro de que era, por lo menos, razonablemente cierto —. Estoy bien aquí, contigo.

—No os va a pasar nada malo.

—No, lo sé. —O al menos es lo que se decía a sí mismo—. Lo sé. ¿Estás…? Mmmm. ¿Estás bien así?

—¿Eh? Sí, bueno… sí.

Aquello sonaba poco convincente, así que se enderezó para mirarla. Lluvia estaba sonrojada.

—Es solo que… Bueno —musitó—. Estás… Noto tu piel, y este no es momento de pensar nada salvo en ti y en tu bienestar.

Kaiden tardó unos momentos en darse cuenta de que aquel abrazo contaba con más piel desnuda de lo normal. Le ardieron las orejas y carraspeó, con un aleteo en el estómago.

—Estoy bien. Contigo estoy bien.

La muchacha sonrió con una timidez deliciosa. El aleteo se convirtió más bien en un bandazo.

—Entonces —dijo—, ¿puedo pedirte un beso sin sonar muy egoísta?

—Joder, Rain. Puedes pedir eso siempre que quieras. No quiero, mmmm… agobiarte ni nada.

—No me agobias. —Lluvia compuso un mohín—. Y si lo hicieras, te lo diría.

—Mmm. Vale.

Y la besó.

}.{

Lluvia le devolvió el beso, y sin pensar le acarició la espalda desnuda. No debería estar disfrutando de eso… Pero se corrigió: sí debería, ¿no?

Kaiden le rodeó los hombros con un brazo, atrayéndola, y después le acarició la nuca con los dedos mientras sus labios acariciaban los de ella, suavemente. Al separarse para recuperar el aire, la chica se mordió el labio inferior.

—Vale… —jadeó—. Sí… Esto está… muy bien.

—Mmmm… —Él le rozó los labios otra vez—. Perdón. Em. Sí.

—Quizá… deberíamos seguir en la cama.

Se arrepintió en cuanto lo dijo. No, no, no, eso quizá sonó mal… sí, debió sonar fatal. Pero Kaiden, tras mirarla unos largos segundos, ladeó la cabeza.

—Supongo que sí. ¿Te quedas… conmigo?

A lo mejor no sonaba tan terrible como le había parecido.

—Sí… Sí, claro —respondió a media voz.

El chico depositó un último beso en sus labios y dio un paso atrás. Lluvia se revolvió el pelo con nerviosismo, pero fue hacia la cama de Kaiden, abriéndola y tumbándose.

«Calma, respira, calma. Todo está bien».

Él la miró mientras lo hacía. Luego se puso la parte superior de pijama se sentó a su lado y apagó la luz de la habitación, pero encendió la de la mesita de noche.

—No, apágala, por favor —pidió ella—. Me gusta estar a oscuras.

—Mmm. Está bien. Pues no te veo.

La apagó. Lluvia lo notó echarse a su lado en lugar de quedarse sentado.

—Lo sé —asintió la muchacha—, pero los demás sentidos se agudizan. ¿Lo pensaste así?

—Me gusta verte dormir. Pero supongo que oírte también está bien.

Ella se ruborizó. Dio las gracias por que no pudiera verla ahora. Después, alargó los brazos y se apoyó en su pecho, ahora bien cubierto por el pijama. Kaiden le rodeó los hombros y le acarició el pelo.

—Parecemos un matrimonio con hijo —se le ocurrió a Lluvia, y rio.

—Joder, Rain. Sí… Supongo que sí.

—Solo míranos, es lo que parece.

—Te conservas muy bien para tener un hijo y eso.

La chica rio de nuevo, divertida, y lo golpeó en el pecho.

—Idiota. —dijo, y él le cogió el puño entre sus dedos.

—Sí, sí. Cierra los ojos.

—Lo haré. —Lluvia se acomodó mejor—. Sobre todo si puedo oír el latido de tu corazón. Con los ojos cerrados me da la sensación de que lo oigo mejor; sé que no tiene nada que ver, pero es lo que siento.

—Joder, Rain.

Aquel corazón se había acelerado, golpeando bajo el oído de la muchacha. Kaiden comenzó a acariciarle el pelo, pausadamente, para ayudarla a dormir.

Sábado 9 de marzo: Pesadillas

A Kaiden le gustaba pasar la noche con Lluvia. Le gustaba sentirla dormida a su lado, o como ahora, sobre su pecho. Le gustaba acariciarle la cabeza y la espalda, enredar los dedos en su pelo, escuchar su respiración y saber que se sentía a salvo.

Pero no le gustaba dormir con ella. No es que le diera vergüenza, o le preocupara ser vulnerable, obviamente. Le daba *miedo*. Lo asustaba casi tanto como un ruido al otro lado de la ventana.

Todavía tenía pesadillas, y a menudo. Soñaba que los encontraban, o soñaba que sin querer hacía daño a Luka… o a Lluvia. Le costaba sacarse aquello de la cabeza cuando la tenía en sus brazos y le pesaban los párpados. No podía cabecear estando con ella.

Cuando despertó aquella mañana no sabía qué hora era, pero no había amanecido. No estaba armado: seguía con un brazo alrededor de su espalda, una mano en su cabeza. No obstante, tampoco sabía en qué momento había cerrado los ojos, o lo que había hecho mientras tanto. Sintió pánico.

Todavía no estaba despejado cuando le sacudió el hombro. Le costaba respirar. ¿Le había hecho daño? ¿Estaba *muerta*? En aquella oscuridad, creyó ver manchas de sangre.

—¿Rain? Rain. ¡Rain!

Ella dio un respingo, sentándose muy desorientada.

—¿Qué? ¡¿Qué pasa?! ¿Qué ocurre?

—¿Estás bien? ¿Estás bien?

Sus dedos alcanzaron el rostro de su novia y le acariciaron las mejillas. Lluvia puso sus manos en las de él.

—¿Sí…? —musitó—. ¿Ha pasado algo?

Kaiden abrió la boca, pero no supo qué responder. Más despejado, bajó para tocar su cuello, sus costados, su estómago. Pero estaba bien. No estaba herida. No estaba…

«Soy un imbécil», pensó, y fue súbitamente consciente de lo que había pasado.

—Lo… Lo siento. Joder. Lo siento.

Saltó fuera de la cama, furioso consigo mismo y con todos los músculos en tensión. Joder, joder, joder, pensaba. Joder.

}.{

Lluvia se frotó los ojos y encendió la luz de la mesita, todavía desorientada.

—¿Kaiden? —lo llamó—. ¿Qué pasa?

Él no respondió, y la chica necesitó un momento más para orientarse.

—Oh… —musitó al entenderlo, y se puso el pelo detrás de la oreja—. Kai, ven aquí, por favor. Vuelve a la cama.

Kaiden se detuvo, con las manos en las caderas, dándole la espalda, de pie en medio de la habitación. Respiraba hondo y cada vez más lentamente, hasta que dejó escapar un profundo suspiro.

—Lo siento —repitió, ahora con voz más controlada, y retrocedió hasta sentarse en el filo del lecho.

—No, no tienes que pedirme perdón —aseguró ella, apoyando una mano en su espalda—. De

hecho, es bueno que al menos hayas dormido, aunque sea un poco. Necesitas descansar, y tenemos que pensar qué podemos hacer para arreglar esas pesadillas. Supongo que tiempo y paciencia.

—No sé lo que he soñado —confesó él a media voz—. No sé cuánto he dormido. De pronto me he despertado, y… tenía miedo. No quiero hacerte daño.

—No vas a hacerme daño, nunca lo has hecho. —Lluvia inclinó la cabeza, intentando mirarlo a la cara—. Voy a abrazarte. ¿Me dejas?

Kaiden resopló. Cerró los ojos un momento, y después los abrió con un suspiro, mirándola.

—Sí —respondió—. No tienes que pedirme permiso.

No obstante, ella creía que debía. En aquel momento, el chico era vulnerable, su mente sacudida por aquellos sueños terribles. ¿Qué menos que preguntar? A Lluvia le hubiera gustado, si fuera al revés.

Tampoco sabía qué otra cosa hacer por él, salvo apoyarlo tanto como pudiera. Así pues, se acercó un poco más y lo abrazó. Él le cogió el brazo y ladeó la cabeza, recostándola en su hombro.

—Todo está bien, ¿vale? —dijo la muchacha—. Estoy bien. Luka está bien. Y tú.

—Sí —suspiró Kaiden—. Estamos bien. Y vamos a seguir.

Sábado 9 de marzo: Desayuno

Con el súbito y no del todo agradable despertar de aquel sábado por la mañana, era difícil volver a dormirse. De todos modos, eran personas madrugadoras. Pasaron un rato en la cama, hablando y abrazándose sin más, y después comenzaron a moverse. Kaiden se dio una ducha temprana, y luego, mientras Lluvia preparaba el desayuno, fue a despertar a Luka.

El bendito no parecía estar teniendo problemas para adaptarse. Dormía bien, comía bien, se entretenía, y estaba reconociendo bien la casa. No se alejaba mucho de su hermano, claro, pero el chico no sabía cuánto de aquella proximidad era del niño y cuánto era suya.

Luka sonrió, contento al verlo. Lo bañó, le cambió la ropa, y se dijo que tenía que poner su primera lavadora. Hacía buen día.

Bajó con su hermanito muy cerca, pero cuando llegaron a la cocina y vieron a Lluvia, el pequeño correteó hasta ella. No se tiró a sus piernas, no obstante. En eso también estaba mejorando.

—Raaaaiiin —dijo, muy contento, y estiró los brazos.

La muchacha dejó las tortitas a un lado y se inclinó para abrazarlo. Que lo hiciera, con las dificultades que tenía, siempre derretía el corazón de Kaiden. Luka, encantado, le dio un sonoro beso en la mejilla.

—¿Qué tal? —preguntó Lluvia—. ¿Has dormido bien?

—*Tha* —respondió el niño—. *Mi guta* mi cama.

—Y el espacio seguro que también —repuso el chico, acercándose, y su novia rio.

—Me alegra. Poco a poco podréis decorarla más a vuestro gusto. El cuarto siempre lo he considerado un santuario dentro de Santuario.

—Hmmm. ¿Sabes qué, *troich*? Hoy vamos a ver el cuarto de Rain por fin.

—¡Yaaay!

Pero ella puso un mohín, diciendo:

—No es la gran cosa, la verdad, pero es mi rinconcito.

—Seguro que que está bien y eso —repuso Kaiden, y luego, inseguro, se inclinó para darle un beso; ella se lo devolvió con una sonrisa encantada en la boca.

—Oh, las tortitas… —recordó de pronto—. ¿Qué tal si, mientras acabo, os preparáis el té?

—Claro. ¿Tú qué vas a beber?

—Lo mismo, al final me he acostumbrado.

Kaiden alzó las cejas con cierta sorpresa y no poco placer. Se inclinó una vez más para darle un último beso, y llevó a Luka de la mano hasta la tetera eléctrica para preparar el té.

Después de desayunar, Kaiden puso la lavadora mientras Lluvia se ocupaba de los platos, estuvieron practicando frases sencillas de español durante un rato, tendieron la ropa, y después salieron de casa. Tras haber recorrido aquellas calles solo una vez, el chico no se sentía lo bastante confiado para orientarse solo. La muchacha fue la que guio el paseo.

Eran las diez y media cuando llegaron a la residencia.

—Pasamos de refilón cuando tu padre nos llevó a dar una vuelta —comentó, observando la fachada del enorme edificio, que mostraba ángulos rectos y una aburrida y monótona sencillez que evitaba que los escasos transeúntes miraran dos veces—. Solo me la señaló desde la otra

calle y dimos media vuelta.

—Era más importante que vieras tu hogar —respondió Lluvia con una sonrisa—. Ahora verás tu… segunda casa.

—Podría haberlo sido. La primera, quiero decir. Podríamos haber acabado en la residencia y ya está.

Pero no lo habían hecho, y coincidían en que no era lo mejor para ellos. Estrechó la mano de Luka, pensativo. Sí, tener su propia casa era lo mejor, en muchos sentidos. No solo por la independencia, sino porque… porque así era como se probaba a sí mismo que podía.

—Vivir en una residencia no es tan guay —le advirtió Lluvia, riendo—. Compartes piso con mucha gente. Preferiría vivir en una casita como tú, peeeero… Vamos, sí, y… ¡Hora de español!

—Buff, cállate.

Cogió la mano de la chica y fue hacia la puerta. No tenía ninguna gana de hacer una *inmersión*.

}.{

La recepción era pequeña y discreta, con puertas a los lados. Parecía muy poca cosa, pero formaba parte del engaño. La mujer que había detrás se llamaba Marta; era bajita, regordeta, rubia, con gafas y la energía de un pequeño sol.

—¡Hola, guapa! —exclamó, y lo hizo, naturalmente, en español—. Vaya, por fin vamos a conocerlos. ¡Qué nervios! Llevo muchísimo tiempo esperando este momento.

—Lo sé —respondió Lluvia con una sonrisa—, y además son adorables. Voy a hablar despacio para que ellos puedan entenderme también. Tienen que aprender el idioma.

—¡Uy, claro, por supuesto, que hablan inglés! *Hellooooo, how are youuuu?*

Kaiden carraspeó.

—*That's not…* —musitó—. *You don't have to… Hi. It seems we need to go through an immersive experience or stuff, and so…*

—Lluvia, socorro —pidió la recepcionista, con los ojos muy abiertos; su inglés era muy limitado.

La chica movió la mano para restarle importancia.

—Habla en español, hay que forzarlos —respondió Lluvia, y le tiró la mejilla a Kaiden, que carraspeó—. ¿Verdaaad?

—*Right.* ¿Sí?

—Eso es, di que sí y sonríe. —Ella tiró de nuevo, pero lo hizo con más suavidad—. Aaaah, eres adorable.

—*Come on now, I don't…* Yo… ¿no… entender?

Marta rio entre dientes.

—Es monísimo —dijo—. Y el pequeñín también. Me mira como si me lo fuera a comer. Hola, guapo. ¿Llamo a tu padre, o subís?

—Luka no tendrá problemas para aprender el idioma —supuso Lluvia—, al ser tan pequeño es más fácil. —Revolvió el pelo de los dos, y el niño sonrió, mirándola con adoración—. Sí, vamos a subir. —Pero primero miró a los chicos, y dijo—: *Ah, yes. She is Marta, and she isn't proficient in English, so… you two need to improve your Spanish a lot, got it?*

—*Right…* —masculló Kaiden—. Sí. Aprender. *I feel stupid.*

Sábado 9 de marzo: Inmersión

Lluvia los llevó a un breve tour por la residencia, aunque el sistema era muy parecido a cualquier otra, puesto todas funcionaban más o menos igual. Más allá de la recepción estaban las escaleras y ascensores, el comedor, un gran salón de estar para todo el mundo, y, al fondo, el jardín que ocupaba una buena cantidad de terreno rodeado de altos muros.

Aquella residencia tenía tres plantas. La primera y la segunda eran de habitaciones, que podían tener hasta tres camas. El tercer piso era para familias, donde se encontraban los semi apartamentos, que unían dos o más dormitorios, un cuarto de baño y un salón-comedor con algunos electrodomésticos de cocina.

Fue a uno de esos apartamentos a los que Lluvia los dirigió tras un pequeño paseo. En cuanto la puerta se abrió, oyeron la voz de Charles.

—¡Bienvenidos! —saludó en español—. Ahora voy.

—Ya estamos aquí con la inmersión —respondió su hija, divertida, y después hizo un gesto hacia los chicos, diciendo—: Pasad, *come in*.

Ellos obedecieron. Era evidente que Kaiden estaba más incómodo que Luka.

La puerta daba a un pequeño recibidor, y este se abría al que debía ser el salón comedor. Era amplio, de madera oscura, amplias ventanas y buen espacio. La «cocina» estaba en un rincón, y constaba de microondas, una pequeña nevera, cafetera, y una tetera eléctrica.

Charles apareció por un lateral. Llevaba a Océano en brazos, y lo mecía con suavidad. Sonrió con simpatía.

—Tu madre ha tenido que salir hace apenas media hora —explicó—. Por lo visto, han encontrado a un trío de cervalos donde no debían, y se los mandan para tranquilizarlos y encontrarles un hábitat protegido. Estará ocupada en los establos hasta después de comer, probablemente, pero vendrá luego.

—Oh… —se lamentó la chica—. Qué pena. Pero es bueno que vaya ella, todo irá bien si está allí —aseguró con una sonrisa—. Lástima que no verá la cara de sufrimiento de Kai.

Miró al muchacho, divertida. No estaba entendiendo nada, y se notaba la frustración en su ceño. Era gracioso, en parte, pero también le daba lástima. Sin pensar, le acarició el rostro, y él se relajó.

«Mi pobre chico», pensó.

—¿Crees que realmente será útil una inmersión total? —preguntó—. Si no entiende nada de nada…

—Lo mejor será que les repitamos las frases en inglés, para que se vayan acostumbrando —propuso Charles—. Entre eso, las lecciones que seguro que ya les estás colando, y el cassette, debería ser suficiente para que tuvieran unas bases en verano.

—Espero… —Lluvia le tocó la nariz a su novio—. Vale, Kai, escúchame bien. Voy a decir las cosas dos veces, una en español y otra en inglés. Y veremos qué se te va quedando.

Lo repitió, como había dicho.

—*That would be nice… thanks* —dijo el muchacho—. Gracias.

Oh, había algo que la conmovía hasta lo más hondo al verlo intentarlo. Le apetecía acariciarlo sin parar.

—Eso va también por ti, ¿vale, Luka? —Lluvia se agachó para ponerse a la altura del niño—.

¿Te parece bien aprender español?

Como antes, repitió las palabras, y el pequeño asintió con vehemencia de aquel modo tan especial que tenía, en amplios movimientos que sacudían su rubio pelo. Claro que no era raro que dijera que sí.

Lluvia le acarició la cabeza, y continuó:

—Eres un buen chico. Entonces, ¿queréis ver toda la casa? Bueno, casa, piso…

—Sí —respondió Kaiden con un español profundo y espeso.

}.{

El semi apartamento tenía tres dormitorios, todos a lo largo del pasillo que salía del salón. El primero era el de Sandra y Charles, un espacio sencillo, con una cama doble dominando la estancia y muebles claros. Delante estaba el cuarto de baño, y al lado de este, la habitación que sería de Océano, y que ahora estaba llena de juguetes y trastos que esperaban poder organizar antes de que el niño cumpliera los diez años, al menos.

La habitación restante era la de Lluvia. Kaiden supo que aquel espacio era muy de ella. Tenía un mobiliario claro y una cama baja pero grande, y había mariposas, luces y plantas por todas partes. Todo allí era blanco, verde y luminoso, y aun así tenía un aspecto cálido y hogareño que contrastaba con los dormitorios en los que él había pasado la mayor parte de su vida.

Recordaba su propio cuarto, allá en Escocia. Sobrio, de muebles rectos y escasa decoración, un lugar donde dormir y estudiar, pero poca cosa más. Aquella habitación, en cambio, era parte de un hogar.

—Bonito —logró decir con un torpe español, aunque sabía que esa palabra no alcanzaba a describirlo.

Lluvia rio. Parecía divertida por sus esfuerzos.

—¿Verdad? —dijo, primero en español y después en inglés, y los empujó con suavidad para sentarlos en la cama—. Es muy cómoda, y además siempre huele a flores, ¡hmph!

—*So strange* —masculló con ironía.

No tenía ni idea de cómo decirlo en otro idioma, pero su novia lo ayudó.

—No sé qué me pasa —confesó ella después—. Cada vez que intentas hablar español me emociono y…

Aunque lo repetía dos veces, Kaiden se sentía idiota intentando captar el sentido de cada palabra. Se frotó la sien.

—¿Y… qué? —logró decir.

—Y me apetece abrazarte, acariciarte, besarte… No lo sé, me llena de felicidad y… no puedo explicarlo.

—*Fuck*, Rain.

—Es verdad, no lo sé —rio ella, y estaba un poco avergonzada—. Es muy raro, ¿no?

—No. *It is… I feel…* —Suspiró, sintiéndose estúpido.

—Vamos, tú puedes. Dilo en inglés, si quieres, y te lo traduzco.

Lluvia se sentó frente a ellos, en la alfombra a los pies de su cama. Eso lo avergonzó un poco, y también lo llenó de ternura. Eso siempre le pasaba cuando la tenía cerca. Sin pensar, se inclinó para besarla en los labios. Ya encontraría las palabras… en otro momento.

Lunes 11 de marzo: Échame de menos

El sábado por la tarde volvió Sandra, cansada pero llena de anécdotas sobre el establo, que albergaba y protegía una buena variedad de críptidos heridos, enfermos o con problemas de conducta. El domingo, el señor Mendoza se unió a ellos para comer, y fue otro acento, otra persona a la que intentar entender.

Al acabar el fin de semana, el muchacho estaba mentalmente agotado y muy frustrado, pero se metió en la cama con el walkman y el cassette que Charles le había regalado en Carcassonne, y continuó el aprendizaje.

Eran las tres de la madrugada. Kaiden oía más que escuchaba la conversación entre dos mujeres. El vocabulario era muy básico, y la pronunciación, lenta y un tanto exagerada, pero el chico estaba seguro de estar entendiendo, por lo menos, de qué iba.

Escuchaba con solo un auricular puesto, así que detectó en seguida un movimiento. Se sentó, completamente alerta, con la mano bajo la almohada para coger la navaja. La puerta de su cuarto estaba entreabierta, pero se abrió un poco más, y Kaiden vio el contorno de su hermano asomarse casi con timidez.

—¿Estás bien, *troich*? —le preguntó, sacando las piernas por un lado de la cama, y el niño entró en la habitación.

Luka se acercó, casi sin hacer ruido. Iba descalzo. Le estaba cogiendo el gusto, y el chico tenía que comprobar cada cinco minutos que llevara los calcetines, por lo menos, porque el suelo estaba muy frío.

Su hermanito llegó hasta él. Por impulso, Kaiden lo cogió de los brazos y lo sentó a su lado en la cama. Era justo lo que Luka quería, porque se acurrucó contra su costado, y el mayor lo abrazó.

—¿Estás bien? —insistió en voz baja.

—*Engo* miedo —confesó el niño.

—Vale. ¿Has oído algo?

—No.

—¿Has visto algo?

—No…

—¿Has tenido una pesadilla?

—No…

Kaiden no preguntó nada más. Étienne le había explicado que los miedos de Luka eran muy profundos, pero carecían de forma. Era muy pequeño para entender realmente lo que habían pasado; para él, de la experiencia solo quedaban súbitas, inesperadas olas de un terror sin nombre.

Pero, por Dios. Qué mayor era su hermanito, pensó, que al tener miedo se levantaba e iba a buscarlo. No se había quedado acurrucado bajo las sábanas. No había gritado ni se había puesto a llorar. Había salido de la cama y había ido a buscar… seguridad.

Era difícil sentirse un fraude cuando tenía la confianza ciega de alguien tan vulnerable.

—¿Estás mejor? —le preguntó.

—*Tha*. ¿*Podo domí* aquí?

—Claro. ¿Quieres oír el cassette conmigo?

—*Tha*.

Se echó de espaldas, con su hermanito acurrucado contra las costillas. Echó la manta sobre ambos y le acercó el auricular a la oreja. Era demasiado grande para esa orejita tan pequeña, pensó. Luka lo sujetó para oír mientras Kaiden ponía el play y la conversación continuaba.

El niño estaba dormido en menos de cinco minutos.

—¿Sabes, *troich*? —susurró el mayor—. Creo que lo estamos haciendo bien.

No se durmió profundamente, pero cabeceó más que en otras noches, y lo hizo sin pesadillas. Eso también era un éxito.

—Realmente no soñó nada, le dio miedo estar solo —le explicó a Lluvia aquella mañana, mientras él preparaba el desayuno y ella viajaba en el autobús—. Étienne dijo que era normal. La transición de empezar a dormir solo va a ser una mierda, pero es la cuarta noche que pasamos aquí, así que lo está haciendo muy bien, creo.

—Ha habido alguna noche en que ha podido dormir solo, así que está bien —respondió su novia al otro lado del teléfono—. Es importante que no le queden traumas, y la psicología es un campo muy difícil. Eso te incluye a ti.

—Estoy bien. Estoy haciendo tortilla.

—Ya, y yo estoy en el bus del instituto. La salud mental es importante para los dos. No te olvides de cuidarte a ti mismo.

—Joder, Rain. Sí, sí, vale, me cuido, me estoy cuidando. Estoy bien.

—No, no lo estás. —Lluvia suspiró—. ¿Hoy has tenido pesadillas?

—No, creo que no. No me he despertado con… ya sabes. Armado y eso.

—Quiero pensar que poco a poco los miedos quedarán atrás, al sentir la seguridad que os rodea.

—Sí. —Kaiden se detuvo un momento para frotarse los ojos—. Yo también. No me… gusta esto. Lo de tener miedo. Lo de saltar cuando oigo un ruido en la ventana o creo ver una sombra en el pasillo. Me hace sentir como un loco.

—Con lo que viviste, muy bien estás.

—No es… —El chico titubeó—. Supongo que sí.

—Creo que Luka fue quien te mantuvo más cuerdo.

—Completamente. —Kaiden lo dijo en serio, con sencillez—. Si no lo hubiera tenido, no sé. No habría seguido adelante, supongo.

Si no lo hubiera tenido, respondía una pequeña parte de él, en aquel momento seguiría estudiando para ser un templario y no conocería a Lluvia. Se le cerró el estómago.

—Bueno, he terminado la tortilla. Más o menos. Parecen huevos revueltos.

—Oh, tranquilo, a mí me pasa lo mismo —rio Lluvia—. Siempre hago huevos revueltos, así que cuando veo que no va a salir nada decente, pongo mantequilla y eso.

—Mierda. Si lo hubiera sabido antes… Ahora ya da igual. Voy a quitarle la consola de las manos al crío para que coma algo antes de que vengan tu madre y el supervisor. Nos vamos a Albacete. Yuju.

—Oh, vamos, será guay. Solo échame de menos y listo.

—Ya te echo de menos. Ya podrías venir tú. Contigo… Bueno. Me siento mejor.

Ella se quedó callada. Kaiden puso la tortilla deshecha en el plato, y este en la mesa.

—Ay, no —musitó su novia al final—. No me digas eso. Ahora me siento mal por ser una buena alumna.

—Échame de menos y listo —replicó él.

—Eso también lo hago ahora —suspiró ella—. Quiero tocar ese pelito nube.

—Bueno, esta tarde y eso. Cuando, digo, si vienes a cenar.

—Claro que iré, como siempre.

—Vale. A ver si esta vez puedo hacer algo yo. No sé. Unas hamburguesas.

—Uuuhhh, mimos. Me parece bien, lo que me haga mi marid… mi novio estará bien.

Kaiden sintió que le quemaban las orejas, las mejillas y hasta las puntas de los dedos. No se le había escapado en absoluto lo que había dicho. Carraspeó.

—Vale. Pues haré hamburguesas —continuó con cierta timidez.

—Va-vale —tartamudeó Lluvia, obviamente avergonzada de lo que casi había dicho—. Ya… Ya vamos llegando. Nos vemos después, ¿sí?

—Sí, claro. Ehm. Nos vemos luego.

Lunes 11 de marzo: Nueva identidad

A las nueve menos diez, Kaiden y Luka estaban sentados en el porche, esperando el coche. Llevaban las mochilas. El chico sabía que no deberían, pero se sentía mejor así. Cambiaría, con el tiempo, estaba seguro.

El coche llegó cinco minutos después. Conducía Sandra. Era raro verla sin Océano.

—¿Listos para un paseo a la ciudad? —preguntó la mujer.

—No —confesó Kaiden, pero ayudó a Luka a subir al asiento trasero y se puso con él, puesto que en el lugar del acompañante estaba el señor Mendoza, que saludó con un cabeceo.

—Vamos, no será tan grave. Ni siquiera os llevaremos al centro comercial; eso se lo dejo a Lluvia.

«Uff», pensó el chico.

—El señor Mendoza os llevará al banco —continuó Sandra, y el coche comenzó a moverse —. Mientras tanto, yo iré a hacer unas compras.

—¿Para los…? Eh…

—Cervalos. Sí. Llegan mañana y estamos ultimando los detalles. ¿Lluvia te enseñó las fotografías? Son bonitos, ¿verdad? Como ciervos, pero más grandes.

La mujer hablaba con suavidad, pero se notaba su entusiasmo. Involucró a Luka hablándole de inzas y unicornios, emocionándolo con su animal mitológico favorito, y al señor Mendoza le contó que habían pasado tres semanas persiguiendo a un xan que se había escapado del establo, y lo acabaron encontrando en casa de una vecina que le había dado de comer. La mujer, de avanzada edad, creía haber encontrado a un gato excepcionalmente grande, y estaba lo bastante ciega para no darse cuenta de que era verde.

El viaje duró una hora que se hizo muy corta, y entonces llegaron a Albacete.

El banco en realidad no parecía tal cosa. Luka, Kaiden y el señor Mendoza esperaron ante un portal de la zona antigua hasta que una mujer mayor les abrió la puerta con una sonrisa.

—Todo listo —dijo, lo que fue un saludo bastante peculiar.

Los guio, caminando con pasos muy cortos, hasta el entresuelo, donde les cedió el paso y después se marchó.

La sala en la que se encontraron carecía de ventanas y se veía antiguo, pero los muebles eran claros y modernos, y había buena iluminación. Era un contraste extraño, pensó Kaiden, que comenzaba a estar tenso.

Miró hacia las puertas del fondo y se preguntó si habría una salida trasera, o alguna ventana. Pero posiblemente estaría rejadas. Le dolía el pecho, pero sujetó la mano de Luka con firmeza, y el niño, notando su preocupación, se apretó contra su pierna.

Un hombre llegó por el fondo del pasillo. Vestía camisa y pantalones de raya, pero no parecía tan rígido como el señor Mendoza.

—Bienvenidos —saludó en español, con una sonrisa amable, y después cambió al inglés—. Me alegra conoceros, chicos, soy Manuel Sánchez. Kaiden, ¿verdad?

El desconocido le tendió la mano, y el muchacho, con el ceño fruncido y muy alerta, se la estrechó. Después el hombre saludó al supervisor, y le dio una piruleta a Luka, guiñándole un ojo.

—Lo tenemos todo preparado —explicó, haciéndoles un gesto hacia la mesa entre las dos puertas—. Solo tienes que rellenar algunos datos y poner algunas firmas. En unos días te enviaremos las tarjetas pertinentes. También necesitaremos que rellenes los papeles del pequeño.

—Vale. Gracias.

Con el corazón desbocado y sintiéndose un poco abrumado, Kaiden se sentó, con la mochila entre las piernas y Luka en el regazo, y abrió la carpeta. En lugar de mirar por encima de su hombro, el hombre se puso a hablar con el señor Mendoza. Lo hacían en español, de modo que el chico entendía menos de la mitad, y no parecía una conversación demasiado especial. Hablaban del clima.

—Vamos allá, ¿eh, *troich*? —dijo en voz baja, y Luka se apoyó en su hombro—. Vamos a ver.

En el primer documento ya constaba su dirección, su número de teléfono, usuario de Invisibilia y fecha de nacimiento. Solo tenía que completarlo con su identidad.

Había valorado cambiársela por completo, pero, por lo visto, los peligros de conservar su nombre eran escasos, en especial si cambiaba el apellido. Kaiden Bane, nacido el 14 de febrero de 1987, era muy fácil de rastrear, pero ya le había pedido ayuda a Yves, y estaba claro: «Kaiden» era un nombre relativamente común, sobre todo en Estados Unidos, y el apellido que tenía en mente… bueno, no era muy corriente, pero nadie podría relacionarlo.

En menos de diez minutos, ya estaba todo hecho. Con su nueva identidad, nueva firma y primera cuenta bancaria, Kaiden Aldana era ciudadano español desde que era niño, pero conservaba un fuerte y extraño acento que nadie sabía ubicar.

Lunes 11 de marzo: El lenguaje de las flores

En el colegio, Lluvia cursaba las asignaturas comunes como matemáticas o lengua, pero también historia sobrenatural, críptidos y dotados, y las clases prácticas que separaba a los alumnos según sus poderes para permitirles profundizar y hacer uso de sus dones.

La muchacha compartía aquellas prácticas con otros dos chicos con sus mismas cualidades, aunque de edades muy dispares, y también un mago muy joven que estaba comenzando lo que llamaban «el viaje de la magia».

Era la última hora antes del fin de las clases, y estaban en el jardín, donde era más fácil para ellos. El profesor, un hombre alto y muy tranquilo, caminaba con pasos lentos entre sus alumnos, observando sus trabajos. Los educaba desde que llegaban, siendo muy pequeños; conocía a Lluvia desde los cinco años. Sus instrucciones se limitaban a poner un solo límite: hacer lo que quisieran con las plantas en un radio concreto. Por lo demás, el maestro Almeida se limitaba a dar consejos y apreciar la creatividad y el buen trabajo de sus alumnos, a los que llamaba «brotos».

La muchacha usaba aquellas clases para hacer crecer diferentes plantas, darles cierta forma… pero poco más. Controlaba bien su poder, aunque, como era natural, consumía sus energías. Lo cierto es que no necesitaba más prácticas.

A veces veía su propio poder como si fuera el de una abeja. Hacía crecer y brotar aquellas flores, y aceleraba el proceso para que dieran fruto antes. Conectaba con ellas, además. El arte floral, el *ikabana* japonés, le resultaba muy fácil.

Fue al carrito donde el maestro Almeida disponía distintas semillas y pequeños brotes para que los usaran a placer, y cogió de lo que más le gustaba. A Lluvia le encantaba hacer crecer girasoles; quizá podía llevar pipas a los chicos. Aunque era una pena, por otro lado, ya que solo podía recolectarlas cuando la flor moría; era el ciclo natural del girasol, pero era una lástima que fuera tan corto.

No, decidió al final. Plantaría las semillas, pero no las aceleraría hasta recoger su fruto. Prefería que hubiera flores. ¿Y si le regalaba un girasol a Kaiden? Y otra clase a Luka, sí. Así verían lo divertido que podía ser el colegio.

Flores con un mensaje, se dijo. Sería divertido verlos intentar adivinar el significado de cada una. Pensativa, Lluvia fue hacia el jacarandá, un árbol cuyas hojas parecían helechos y que resultaba más llamativo por su cantidad de flores púrpuras. Aquel en concreto era especial porque el maestro Almeida lo había nutrido y ayudado a crecer durante meses, y el árbol había ido doblando algunas de sus ramas hasta formar dos baldas que, protegidas del sol y la lluvia, contenían casi dos docenas de libros de botánica. Lluvia cogió uno sobre el lenguaje de las flores y comenzó a trabajar.

Para Luka llevaría una camelia blanca, bonita y pura como él, que representaba la inocencia y el amor puro. Eso es lo que veía en el niño. Para Kaiden tuvo más problemas, porque tenía mucho que expresar. Al final, no obstante, preparó un arreglo floral —no un ramo, como muchos pensaban, sino una maceta con buena tierra donde las plantas siguieran creciendo— con claveles para representar la seducción, girasoles amarillos para reflejar el amor, y finalmente una dalia violeta, que indicaba un intenso afecto que crecía cada día.

Hasta que no hubo acabado, Lluvia no se dio cuenta de que su profesor estaba inclinado a su

lado, observando su trabajo y esperando a que saliera de aquel foco de atención en el que a veces se sumergía.

—Qué bonito, querida —dijo el hombre con una sonrisa afable.

—Ah —jadeó ella, dando un respingo, y después sonrió, azorada—. Gracias. Quería hacer algo personal.

Lluvia se sentía culpable, a veces, cuando entraba en aquel mundo que era solo suyo. Era como si la absorbiera, y no existía nada más. Nadie parecía culparla, no obstante, ni tampoco se sorprendían.

—Mhmm, ya lo veo —respondió el profesor—. Están contentas.

Sonrojándose, la muchacha volvió a mirar a sus flores.

—Espero que sigan igual cuando estén en su nuevo hogar —dijo—. Tenía pensado darlo como regalo para Kaiden y Luka.

—¿Son buenos con las plantas?

—No, creo que no, pero estoy ahí para enseñarles, y los ayudo a cuidar de las que ya tienen.

—Si estás ahí para ocuparte, entonces estarán muy bien. —El profesor le puso la mano en el hombro, solo un momento—. Es la hora de acabar, Lluvia.

—¿Ya? —La chica miró sus flores—. Bueno, realmente solo falta que les ponga un poco de agua, y asegurarme de que la tierra es lo bastante buena.

—Muy bien, te dejaré unos minutos mientras los demás recogen.

—Vale, gracias. ¡Acabo en nada y limpio todo!

Cumplió con su palabra: aseguró la tierra, regó bien, y después hizo unos mimos a sus flores antes de limpiar y recoger. Llegó al autobús justo a tiempo.

Lunes 11 de marzo: Aldana

Lluvia llegó a casa de los chicos como los otros días, alrededor de las seis de la tarde. No disponían de mucho tiempo para estar juntos entre semana, pero era mejor que nada. Al menos, eran prácticamente vecinos.

Cuando llamó al timbre, en esta ocasión Kaiden tardó un poco en abrir, pero cuando lo hizo tenía la mirada enternecida.

—Rain —saludó, y sin pensar estiró los brazos para cogerle los tiestos de los brazos.

Ella sonrió, encantada de verlo.

—Holi —respondió—. Traigo amigas nuevas.

El chico parpadeó y bajó la vista a las flores que tenía entre manos.

—Ah. Para eso son.

—¿Uh? Bueno, son para decoración, y para expresar un mensaje.

—¿Qué mensaje? Pasa.

—Tendréis que descubrirlo. —Lluvia entró y se puso de puntillas para besarlo en la mejilla —. ¿Cómo ha ido vuestro día?

Kaiden suspiró. La miró un momento y después le devolvió el beso, aunque un poco más cerca de los labios.

—Papeles firmados, identidad nueva, y han llegado las bicis y el equipo de boxeo —explicó, cerrando la puerta con el pie y yendo hacia el comedor para dejar las plantas, con mucho cuidado, sobre la mesa.

—¿Ya llegó todo eso? ¡Qué guay! —Lluvia lo miró, emocionada—. ¡¿Y tu DNI?! ¡Quiero verlo!

—Bueno, el DNI no está todavía, pero ahí está mi copia de los papeles y eso. ¡*Troich*, como te estés subiendo a la bicicleta sin que yo esté delante…!

Se oyó una risita viniendo del jardín. La puerta estaba abierta.

—Oh, vamos, pareces un padre gruñón —dijo la chica, dándole un tironcito a su mejilla—. Vamos afuera a ver qué hace.

—Lo vamos a encontrar sentado en su bici —auguró Kaiden.

En efecto, así era. Luka bajó de un salto al verlos y puso su mejor cara de inocencia.

—¡Rain! —exclamó, y corrió hacia ella para recibir un beso.

Lluvia suspiró y se lo dio, pero después se agachó para ponerse a su altura y decirle:

—Vamos a ver, Luka. ¿Sabes por qué Kaiden no quiere que subas solo a la bicicleta?

—Me *podo caé* —respondió el niño.

—¿Y qué ocurre si te caes?

—Hace pupa.

—Y estoy bastante segura de que no quieres hacerte pupa, ¿a que no? —Al niño también le tocó un tirón de mejilla—. Así que ahora, por ejemplo, puedes subir, y cuando seas mayor lo podrás hacer solo, porque sabrás montar muy bien.

Luka sonrió y miró a Kaiden con esperanza. Él rodó la mirada y le hizo un gesto para que procediera. El pequeño saltó, se subió a su bici con ruedines y trató de poner los pies en los pedales. Como le costaba un poco acertar, su hermano lo ayudó. La muchacha los miraba, sonriendo.

—Realmente parecéis padre e hijo más que hermanos —comentó, y Kaiden alzó la vista.

—Ya. Y tú pareces su madre.

Eso la hizo sonrojar, pero, envalentonada, respondió:

—P-puede, sí… ma-maridito.

—Joder. —El chico se enderezó, con las manos en la cintura, y luego le dio un empujoncito a Luka para que empezara a pedalear en círculos por el jardín.

Riendo, Lluvia fue a sentarse a la sencilla mesa que había en el patio, solo para verlos. Kaiden la observó un momento.

—Bueno, eso, que la copia de los papeles y tal… —insistió, y luego carraspeó y se centró en el niño, yendo a evitar que se estampara contra la pared.

—Ajá —asintió ella—. ¿Quieres que los vea? Pensé que estabas aquí entretenido.

—Uy, sí, lo estoy. Y todavía no he montado el saco de boxeo. Lo pondré en la habitación y eso.

Lluvia sonrió.

—Chico ocupado —dijo—. Entonces ¿dónde tienes los papeles? No me digas que te has quitado el nombre de Kai, eso me pondría muy triste.

Él se encogió de hombros.

—En la mesa del comedor.

—Noooo… —se quejó la chica—. No pienso llamarte de otra manera que no sea Kai.

Se levantó y entró de nuevo. La carpeta estaba junto a las flores, y era sencilla, de cartón. Contenía fotocopias de varios papeles, donde se veían los datos de Kaiden, que por fin tenía una identidad. Esta no solo le servía para ser un ciudadano español más, sino que también lo protegería de aquello que todavía lo seguía persiguiendo.

La historia que había detrás de aquella identidad era vaga, pero suficiente. Había nacido en Estados Unidos, y se había mudado a España siendo solo un niño. Sus padres habían fallecido, y la custodia la tenía su abuelo materno, que viajaba mucho, razón por la que no estaba nunca en casa.

Según aquella nueva historia, que solo existía para los ojos que no pertenecían a Santuario, aquellos dos chicos eran Luka y Kaiden Aldana.

Lluvia no pudo evitarlo: se echó a reír. Dejó los papeles donde estaban y salió de nuevo. No dijo nada, sencillamente fue hacia el chico, que ya tenía las orejas rojas, y se acercó para besarlo en la boca.

—Aldana, ¿eh? —ronroneó.

—Parecía apropiado —masculló Kaiden—. Bueno, igual no es el apellido más común, pero es antiguo, bastante usado en latinoamérica, varios miles en Estados Unidos, y…

—Y es mi apellido —lo ayudó Lluvia, riendo—. Me gusta. Es bonito que hayas pensado en él.

—No iba a quedarme con Bane. De todos modos, no sé. Sois… Bueno. Sois mi familia.

—Sí, sí que lo somos.

La muchacha sonrió. Kaiden se inclinó para besarla otra vez.

—Pues nada —dijo luego—. Ya está, es oficial. Somos… ¿Quiénes somos, *troich*?

—*Adana* —respondió el niño.

—Pues eso.

Miércoles 13 de marzo: Paseo

Kaiden dedicó la mayor parte del martes a entrenar. No había tenido demasiado tiempo de hacerlo hasta entonces, y todo su cuerpo añoraba el ejercicio.

Por supuesto, también escuchó el cassette —a veces ambas cosas a la vez—, jugó con Luka, hizo tortilla para comer —y esta vez salió bien— y evitó que el niño pasara demasiadas horas frente a una pantalla, por mucho que adorara sus «juguetes».

Por la tarde, como el resto de los días, Lluvia fue a verlos. Estudiaron, hicieron deberes, cenaron, y después la chica tuvo que irse. Y Kaiden se dijo que era el último día que no la acompañaba a casa.

El miércoles por la mañana, aquella decisión era más difícil de mantener, pero era un día importante: hacía una semana que habían llegado… bueno, así sería por la tarde. Y tenían que estar listos para valerse solos. Era hora de salir a dar un paseo.

Parecía una cosa tan tonta, tan mundana, pensaba mientras ayudaba a Luka a vestirse. Salir a pasear. Ir a comprar el pan, tomar un poco de sol, saludar a los vecinos. Ni siquiera sabía si tenía vecinos; había algunas casas, pero ignoraba si estaban habitadas.

Había revisado el mapa de Liétor dos veces. Sabía que había varios lugares de culto, pero también —todos se lo habían confirmado— que no había presencia templaria en ellos. No la había habido desde finales del siglo XIX.

Cuando abrió la puerta a la calle, se sorprendió al darse cuenta de que no se había sentido así, tan a salvo, desde antes de escapar. Nunca había podido estar seguro de que no había Templarios en alguna parte. Quizá en Bélgica, con Helen y Talya, pero para entonces había otras preocupaciones. Y desde luego *no* se había sentido a salvo en Carcassonne.

Pero allí, bueno. Era el lugar donde Lluvia había pasado toda su vida, donde Charles y Sandra se habían asentado para formar una familia. Eso tenía que significar algo.

—¿Qué, *troich*? —dijo—. ¿Vamos?

—*Tha* —respondió su hermanito, con la mochila colgando de los hombros.

—¿Te acuerdas de las frases?

—Holaaa —saludó el niño en español—, soy *novo*.

—Nada mal. Eres un cabroncete listo, ¿verdad?

—*Tha*.

Kaiden había intentado memorizar algunas frases útiles. Un saludo, una advertencia de que apenas sabía español, esa clase de cosas. Pero sabía que tenía que esforzarse mucho en aprender la lengua cuanto antes, sobre todo de cara a los…

Hizo una pausa. ¿Cómo llamaban a las personas que no pertenecían a Santuario? Los que carecían de poderes eran «naturales», como él, pero ¿y los que no tenían conexión con la organización, tuvieran o no algún don? Tendría que preguntarlo.

Sacudió la cabeza. Estaba retrasando lo inevitable.

—Vamos a dar un paseo, *troich* —dijo.

Le ajustó la chaqueta a Luka. Eran las nueve y media de la mañana y había una temperatura de once grados. Hacía fresco, pero el clima en Escocia era bastante más frío, así que no era nada nuevo. Cogió la mano de su hermano y finalmente salieron de casa.

Kaiden comprobó dos veces que la puerta estuviera bien cerrada antes de echar a andar hacia el pueblo. Tardaron diez minutos en llegar. Liétor tenía aproximadamente mil seiscientos habitantes, pero ni de lejos estaban todos en las calles aquella mañana. De hecho, había poco movimiento.

Era mejor así. Sin soltarse de la mano, los chicos exploraron aquellas calles, observaron las tiendas. El muchacho comenzó a memorizar dónde estaba todo… y procuró contener las náuseas cuando pasaron frente a la ermita.

Se alejaban de ella cuando sonó el teléfono, y el corazón de Kaiden se disparó, primero por el susto, y después al pensar que era Lluvia. Pero no.

—*Senior* Mendoza —saludó, intentando hablar en español.

—Kaiden —respondió el hombre al otro lado, aunque continuó en inglés—: ¿No estáis en casa?

—Eh… No, hemos ido a… ¿Debería avisar? ¿Cuando salgamos?

—En absoluto. Me parece muy bien que estéis fuera. Venía a traerte la tarjeta y el DNI.

—¿Cómo? ¿Ya? ¿Tan pronto?

—Trabajamos deprisa. Preferiría no dejártelo en el buzón.

—Ah, sí, claro. Eh… Volvemos en seguida, o… —Tenía delante una cafetería, y le quedaba dinero en la cartera—. Si está por aquí, podría, eh, invitarle a algo.

Creyó oír una especie de risa a través del teléfono, pero, puesto que no había visto reír a su supervisor, era difícil de saber.

—Eso me encantaría —respondió el hombre.

En veinte minutos estaban los tres sentados en la cafetería, en una mesa del rincón, junto a una ventana con vistas a la puerta. Pidió el señor Mendoza: un café con leche para sí mismo, un zumo de melocotón para Luka, y un té negro para Kaiden. No era el mejor té que había probado, pero no se le ocurrió quejarse.

Cuando recibieron las bebidas, el supervisor le dio un sobre, y el muchacho sacó las dos tarjetas. Una era su carné de identidad, donde ya rezaba, con completa normalidad, Kaiden Aldana. Sintió calor en el estómago al verlo. También vio su fotografía, lo que lo hizo sentir incómodo. Si la imagen con su nueva identidad llegaba hasta sus padres… ¿lo reconocerían? Solo había sido un año.

«Y cuántas cosas han pasado», pensó.

Dejó el DNI a un lado y cogió la tarjeta bancaria.

—Puedes asociarla ya, si quieres —le ofreció el señor Mendoza.

—Gracias. Solo un momento.

Cogió el teléfono y abrió Invisibilia. Asoció los datos y contraseña de la tarjeta, y allí, bajo su perfil, pudo acceder a la función del banco. Allí estaban sus doscientos cuarenta euros; había retirado sesenta el lunes, para tener dinero encima.

—Joder —masculló, y se arrepintió en cuanto lo hizo—. Lo siento.

—No te disculpes. Es bastante normal que estés un poco sobrepasado. Si necesitas ayuda…

—No.

—… estoy seguro de que Carlos estará más que dispuesto a darte una mano. ¿Se dice así?

—Echarte. Sí. Lo sé. Pero estoy bien. Sé hacer cuentas. Tengo anotado lo que tenemos en casa, y yo… un día de estos voy a ir al supermercado. A mirar y eso.

Tenía que tomar nota de los precios para calcular las compras. Debía cuidar mucho el dinero.

A pesar de eso, cuando llegó la cuenta, pagó Kaiden. Se sintió… bien. Mayor. Capaz.

Sábado 16 de marzo: Fin de semana

Los chicos salieron también el jueves y el viernes por la mañana. No eran paseos largos, pero se familiarizaron con el pueblo y se dejaron ver por los vecinos, suponía, algo que lo ponía nervioso. Entraron en tiendas y supermercados, aunque Kaiden solo compró unas golosinas y un cartón de leche. No necesitaban mucho, todavía. Estaban aprendiendo.

Antes de mediodía ya estaban de nuevo en casa. El chico cocinaba platos sencillos con un éxito aceptable, y comían frente al televisor. Por la tarde, alternaban estudios y ejercicio. Luka escribía cada vez mejor, y su hermano mayor… bueno, se centraba en el español, que le parecía un idioma increíblemente difícil.

Sobre las seis, Lluvia estaba siempre allí, para hacer deberes y preparar la cena, y los chicos la acompañaron a la residencia después. Hacía frío y era tarde, pero el muchacho se sintió bien al saber que podían hacer aquel trayecto con normalidad, ida y vuelta, a cualquier hora. Eran *capaces*.

El viernes, la chica no se marchó, no obstante, sino que se quedó a dormir. Eso, suponía Kaiden mientras la veía dormida en sus brazos, formaba parte de la nueva rutina. Al chico le gustaban la rutina. Le gustaba cómo se estaba sintiendo.

Suspiró y miró la hora de su reloj de muñeca, moviéndose lo más justo. Ya eran las ocho y media. Tenían que estar en la residencia para las diez. Iban a recibir… visitas.

«Joder». La idea le provocaba un peso en el estómago. Quizá por eso había dicho que sí.

Se inclinó, rodeando a Lluvia por los hombros con un brazo, y la besó lentamente en el hombro.

—Rain —la llamó en voz baja.

—Hmmm… —se quejó ella, apretando los párpados—. Un poco más.

—Son las ocho y media.

En parte para despertarla y en parte porque se moriría si no lo hacía, Kaiden la besó de nuevo, en el hombro, en el cuello, en la mandíbula.

—No voy a querer irme si sigues así… —musitó Lluvia.

—No sé, puedes escribir a tus amigos y decirles que otro día…

No lo decía en serio, naturalmente. No tenían que levantarse por aquella cita; lo hacían porque —maldito fuera el fin de semana— tenía que continuar con su inmersión española. Ella también lo sabía, y por eso suspiró, moviéndose para abrazarlo. Kaiden quiso ronronear como un gatito.

—No… —dijo la chica—. Tenemos que ir.

—Eso me parecía. —Su novio la besó en el cuello otra vez, porque le gustaba el modo en que se estremecía, completamente roja.

—Pero si sigues así no voy a moverme, lo juro.

Kaiden bajó la cabeza como para besarla otra vez, pero se contuvo. En lugar de eso, la observó unos momentos y después le acarició los labios con los suyos. La soltó y se levantó de la cama. Suspirando con lentitud, ella también lo hizo.

—Vale —dijo, resuelta—. ¿Preparado para una larga sesión de español?

—No —confesó el muchacho—. Pero vamos allá.

}.{

A las diez menos cuarto estaban en la residencia, y habían subido al semi apartamento. Kaiden ya parecía perdido en apenas diez minutos, pero lo cierto es que estaba mejorando rápidamente. Había terminado con el cassette que Charles le había regalado antes de empezar el viaje a España, y el hombre le prometió otro antes de que acabara el día.

A las diez y media llegaron los amigos de Lluvia. Conducía uno de los hermanos mayores de Valentino, el que posiblemente le había enseñado a hablar como si quisiera ligar con todo lo que se mueve. Aparte de eso, era un buen hombre.

—Os recojo a las ocho —les advirtió sin bajarse del coche—. Hola, Lluvia, un placer verte.

La chica saludó con la mano, sonriendo.

—El placer es mío —respondió—. Gracias por traerlos.

—Ya te puedes ir, pesado —le dijo Valentino, palmeando la puerta del coche, y su hermano, riendo, le levantó un dedo y se marchó—. Bueno, preciosa, ¿cómo estás?

Lluvia alzó una ceja. Conocía de sobras la manera de hablar de su amigo. A veces parecía que lo hacía adrede, solo por bromear.

—Bien, y feliz, porque por fin puedo presentaros a Kai y Luka —explicó.

—¿Y dónde están los afortunados? —preguntó Silvia—. Tenemos muchas ganas de verlos.

La muchacha movió la mano para señalar a los dos hermanos que esperaban junto a la puerta.

—El pequeño, rubio y adorable es Luka —explicó Lluvia, y lo hizo en español, porque seguían con la inmersión—. Y ese chico tan apuesto, Kai.

—¡Por fin! —Silvia se acercó a ellos y les tendió la mano—. Es un placer conoceros, aunque, bueno, es como si ya lo hiciera. Nos han hablado muchísimo de vosotros.

Kaiden debía estar entendiendo menos de la mitad, pero de todos modos le cogió la mano y le dio un ligero apretón antes de soltarla. La chica se agachó para hacer lo mismo con Luka, que la miró, fascinado. Lluvia rio, un poco culpable.

—Estamos intentando una inmersión al español —explicó—. Por norma general lo repito todo. —Miró a los chicos y lo hizo de nuevo en inglés.—. ¿Verdad?

—Tenemos que… *aprander* —respondió Kaiden en un torpe castellano.

—Ay, qué *acentaco* —rio Silvia.

—Es de lo mejor que tiene —asintió Lluvia—. Bueno, tiene muchas cosas buenas —matizó, sonrojándose—. Pero su acento es algo que… digamos que me gusta mucho. Y su voz. Y su cara, y su pelo nube, y… dejémoslo ahí.

—Sí… —Su amiga sonrió con picardía—. Mejor dejémoslo ahí.

Valentino se echó a reír, e incluso Pablo, siempre callado, lanzó una risita. Kaiden tardó unos momentos en darse cuenta de qué iba el tema.

—*Fuck* —masculló, metiéndose la mano en el bolsillo; tenía las orejas rojas.

Sábado 16 de marzo: Amigos

Los amigos de Lluvia eran buena gente, Kaiden podía aceptar eso. En realidad los conocía un poco: la chica había hecho videos y fotografías para presentárselos, así que ya reconocía bastante bien a la chica de pelo negro, una telequinética muy alegre que disfrutaba pinchando a Lluvia, o a Pablo, el hipnótico de baja estatura y mirada esquiva, o Valentino, que aparentaba dieciocho, se creía muy guapo y controlaba la electricidad.

Nunca había hablado con ellos, claro, pero se esforzaron en incluirlo. Como su novia, repetían las cosas casi siempre, aunque en ocasiones se distraían contando anécdotas o cotilleos. Eso era normal. Kaiden no se molestaba. Escuchaba, y aprendía.

Tampoco dejaron de lado a Luka, que era mucho decir. Parecía otra vida, pero recordaba a Lauren tratando a su hermano con condescendencia, como a un animalito al que hay que aguantar. Aquellos chicos, en cambio, jugaron con él, se alegraron —posiblemente con exageración— al verlo hacer sus cosas con la tablet, y Valetino le prometió enseñarle a ir en bicicleta sin ruedines.

—Eh —se quejó Kaiden en inglés—. Será mejor esperar a que sea un poco mayor, coño.

—Uy, lo siento, no te he entendido —respondió el muchacho, en español y con una amplia sonrisa—. Tendrás que hablar en mi idioma, chato.

Algo en Valentino le recordaba a Mike. No se parecían en nada, salvo que ambos eran rubios, y puede que más grandes de lo que deberían para su edad, pero Mike era serio y tímido, mientras que Valentino era extrovertido y guasón. Aun así…

Quizá era la camaradería. Aunque uno fruncía el ceño y parecía contrito, habían llegado a desarrollar una amistad que le permitía, aunque con reparos, bromear con Kaiden, a veces con más brusquedad de la debida. Valentino, no obstante, era un desconocido que se sentía en la misma libertad que darle un empujón juguetón o hacer bromas a su costa.

Al menos era poco probable que le partiera una costilla al darle un codazo. Aun así, el muchacho no se sentía cómodo.

Por lo menos, el tiempo de las bromas y la charla era intermitente. No se reunían solo para pasar el rato. Siendo amigos de Lluvia, estaban sentenciados a pasar parte de aquel tiempo haciendo deberes o estudiando. Kaiden no se libró: seguía teniendo tareas de varias asignaturas y además ejercicios de español.

Era un día muy frío y llovía, así que no salieron al jardín. Comieron abajo, en una mesa grande, con los padres de Lluvia y el pequeño Océano, y después vieron a algunos niños reuniéndose en un rincón de la sala de estar. Eran siete u ocho, y los acompañaban dos monitores que se ocupaban de distraerlos y ayudarlos con los deberes.

Había quince adultos viviendo en aquella residencia de manera más o menos contínua, pero solo cinco menores de edad, incluyendo a la propia Lluvia, y únicamente dos menores de cinco años: Océano y una niña, Margarita. No obstante, era común que los padres trabajadores llevaran allí a sus hijos, en lugar de buscar niñeras con la experiencia o capacidad para cuidar de un niño de Santuario.

—¿Por qué no vas a conocer a los demás? —le preguntó Charles a Luka, inclinándose hacia él, pero el pequeño se levantó solo para cogerse a la pierna de su hermano.

—Tranquilo, *troich*, que solo son críos —aseguró Kaiden—. No muerden. Mucho.

—No creo que esa sea forma de quitarle el miedo —comentó Lluvia, haciendo un mohín—. Pero creo que sería buena idea si entraras con él.

—¿Y asustar a esos otros críos?

La chica alzó una ceja.

—¿Pero qué te piensas que eres? —se quejó—. ¿Un zombie?

—Uy, sí —respondió él, rodando la mirada—. Cuidado que te muerdo.

—Qué miedo, paciente cero.

Kaiden se inclinó y le dio un rápido, ligero mordisco en la mejilla. Se oyó el silbido de Valentino.

—¡Que hay niños delante! —exclamó, riendo.

Al chico no le gustaba el modo en que hacía bromas sobre cualquier cosa, pero Lluvia, acostumbrada, solo parpadeó, confusa, y después dijo:

—¿Qué pasa? Ah, ya sé, celos.

—Estoy muy celoso —asintió Valentino—. Anda, ven aquí y dame un besito…

—Noooo. Y no creo que Kai quiera, tampoco.

—Lo siento, Kaiden —dijo el chico con una sonrisa—, pero no eres de mi tipo.

—¿Qué? —masculló él, que no entendía su humor.

—No tiene que serlo —repuso Lluvia con un mohín—. Y no tienes ojos en la cara, Kaiden es del tipo de cualquiera.

—Joder, Rain… —masculló su novio, y Valentino se echó a reír.

—¡Ay, el amor! —exclamó.

Al final Luka no fue con los demás niños, pero la idea estaba plantada. No podía ser malo que socializara, eso estaba claro, y allí había otros críos como él, quizá no con el mismo poder, pero dotados de todos modos. Océano era todavía muy pequeño, pero era probable que pronto comenzaran a dejarlo en la guardería, también.

A Kaiden no le gustaba la idea, así que la ignoró por un tiempo.

Terminaron con los deberes y demás estudios. Comieron dulces a montones y vieron una película. Pronto, no obstante, el hermano de Valentino vino a recoger a los amigos de Lluvia, y fue el momento de que se fueran.

Silvia se despidió con entusiasmo —ha sido un verdadero placer, decía—, y Pablo solo con una tímida sonrisa. Pero como Kaiden estaba ocupado mirándolo, no se esperaba el manotazo en la espalda. Cuando llegó, ya tenía la mano en el bolsillo y la navaja entre los dedos.

—Espero que nos veamos otra vez —dijo Valentino con una gran sonrisa.

—¿Sabes lo que tengo en la mano? —replicó el chico con sequedad, sorprendiéndolo.

—¿Qué? No.

—Si no quieres averiguarlo, no vuelvas a hacer eso.

Valentino alzó las cejas con sorpresa. Luego, riendo con bastante menos fuerza que otras veces, levantó las manos y fue a despedirse de Lluvia. Kaiden respiró hondo y soltó la navaja.

La muchacha se despidió con una sonrisa, pero, cuando el coche se fue, se acercó a Kaiden.

—¿Ha pasado algo? —preguntó.

—Me ha sorprendido, eso es todo —replicó él, sin querer hacerlo—. No puede acercarse por la espalda a alguien así como así.

—Hmmm… No, bueno, él no lo sabía. —Lluvia se mordió el labio inferior, y Kaiden, sin pensar, estiró la mano y se lo tocó para evitarlo—. Cuando no quiero que una persona me haga algo, intento avisar. Valentino no lo hizo con mala intención.

—No, ya lo sé. Es un tipo simpático. Y ruidoso. La buena noticia, supongo, es que estaba lo

bastante relajado para que me cogiera por sorpresa… y también, imagino, para no… ya sabes. No defenderme.

—Me alegra oír eso. —Lluvia alzó la mano y le acarició la mejilla—. Poco a poco.

Kaiden suspiró, inclinando la cabeza contra su palma. Giró un poco para besarla.

—¿Te vienes a dormir esta noche? —preguntó.

—Claro. Nunca me han puesto pegas en casa, pero preguntaré, aún así.

—Vale. Vamos.

Sábado 16 de marzo: La Conversación

Cuando Lluvia consultó con sus padres, hubo un intercambio de miradas muy elocuente.

—Empiezo a pensar que deberías llevarte una maleta con algunas cosas —comentó su madre con una sonrisa guasona.

La muchacha se sonrojó, poniendo un mohín.

—Ya, ya… —aceptó—. Sé que paso mucho tiempo con ellos, lo sé…

—El romance, lo entiendo. Sois muy monos.

Kaiden carraspeó, revolviéndose en su asiento.

—Vosotros fuisteis igual, seguro —dijo Lluvia, y sus padres, mirándose con una sonrisa soñadora, se dieron un suave y familiar beso.

—Bueno, evidentemente, puedes ir —continuó Charles después de despejarse—. Confiamos en ti… en los dos. Sois chicos maduros y responsables y sabéis lo que es mejor, ¿verdad?

—Joder, Charles —masculló Kaiden, que ya se veía venir por dónde iba.

El hombre le guiñó un ojo y después, con naturalidad, puso una caja de preservativos sobre la mesa. Su hija, bastante menos natural, deseó que la tierra la tragara en el acto. Miró a Kaiden, boqueando, y luego a sus padres, al suelo, adonde fuera. Le iba a dar algo.

—Por el amor de… —musitó.

—¿El vuestro? —adivinó Sandra con una sonrisa paciente—. Vamos, chicos, seguro que habéis dado clases sobre salud sexual. ¿Kaiden?

—Ya sé cómo funciona —replicó él, con las orejas muy rojas y la cabeza hundida entre los hombros—. Nosotros… Nosotros no…

—Eso está bien. No es algo con lo que haya que precipitarse.

—Joder.

—Exacto.

—¡Aaaahh! —gritó Lluvia, tapándose la cara—. Por favor, esto es ultra humillante, mis padres dándome… Ay, por favor. ¡No nos incitéis a hacer estas cosas! ¡Sois mis padres!

—Uy, preferiríamos que no lo hicierais —rio Charles, que estaba disfrutando con la incomodidad de los chicos—, pero sucederá tarde o temprano.

—Están en la edad —suspiró Sandra.

—Sin duda, lo están. Y lo de dormir juntos varios días a la semana…

—Desde luego, es inevitable.

—Así que, mal que nos pese… pñorque nos pesa muchísimo… hay que tener esta conversación.

—¿Y qué va a ser…? —preguntó Lluvia con nerviosismo.

—Bueno, tenemos que estar seguros de que sabéis lo que se hace, cómo se hace, y las consecuencias de hacerlo —respondió su padre.

—Dios mío. —Kaiden se frotó la cara.

La chica respiró hondo, y dijo:

—Las consecuencias son fáciles… Un hijo no deseado en estos momentos. Cómo se hace, creo que no es necesario. En clase lo explican, y… hay libros, y…

—La práctica —asintió Sandra sabiamente.

—No… No me… No me refería a eso.

Ningún adolescente querría pasar por aquella conversación, Lluvia estaba segura. Ni uno. Apreciaba que sus padres fueran así de comprensivos, pero… no.

—Lo sé, cielo. —Sandra y Charles se miraron un momento—. Bueno, Lluvia, ¿tú sabes cómo se pone uno de estos? —preguntó el hombre, señalando la caja.

La chica negó. No iba a mentir.

—No me hagas practicar con un plátano, por favor —suplicó.

Charles parecía tener ganas de hacerlo, pero al final miró a Kaiden.

—Kaiden, ¿sabes…? —comenzó.

—Sí —interrumpió el chico—. Sé cómo se pone un preservativo. No voy a dejar preñada a tu hija, por Dios. Joder, ni siquiera la he visto… eh… —Parecía que le iba a salir humo por las orejas—. Sí. Sé ponérmelo.

—Bien —musitó Lluvia, tocándose el cuello—. Bravo, bien. ¿Algo más?

—Solo el recordatorio de que hagáis las cosas con cabeza —dijo su madre—. Pero confiamos en vosotros. Cielo. —Sandra le cogió la mano—. Cariño, mírame.

A ella le costó sacar el valor de donde fuera para hacerlo. Estaba nerviosa, y aquella conversación era tremendamente humillante.

—¿Sí? —preguntó.

—Sabes que puedes contarnos lo que sea, ¿verdad?

Oh, eso lo entendía perfectamente. Sabía que siempre podía contar con sus padres. Lluvia sonrió, asintiendo.

—Lo sé.

—Bien. —Sandra le dio un apretón y le guiñó un ojo—. Eso es todo. Anda, ve a prepararte una bolsa.

Domingo 17 de marzo: ¿Tú qué dices?

El domingo fue parecido al sábado, salvo que los amigos no vinieron. Los chicos fueron a la residencia, y hubo inmersión de español y algo más de estudio. Aquel día no llovía, así que pasaron un rato con las plantas de Lluvia, y luego, a mediodía, se dispusieron en el salón del semi apartamento con sus padres.

—Quédate aquí, ¿vale? —le dijo Kaiden a su hermano, acariciándole la cabeza—. Bajo a por platos y vuelvo.

Luka lo miraba con los ojos muy abiertos, muy serio, pero asintió con solemnidad. Charles le hizo un gesto, y el niño se sentó en el sofá, con la tablet apagada en las manos. Sí, el chico lo entendía; tenía que ayudarlo a ser más independiente.

—Subo en un minuto —le aseguró luego a Lluvia.

—¿No quieres que vaya contigo? —preguntó ella con una risita—. Cuatro manos son mejor que dos.

—No, pon la mesa o algo. Haré dos viajes. No hago ejercicio suficiente últimamente.

Se inclinó para besarla en la mejilla antes de salir. Fueron tres viajes escaleras arriba y escaleras abajo, pero trajo los platos y postres para todo el mundo, como le habían indicado. Cuando regresó por última vez, Lluvia comentó:

—Tendré que incluir en los estudios «correr como un perrito» o «hacer algo con obstáculos».

—¿No se supone que el del ejercicio soy yo? Solo tengo que coger la rutina.

—Sí, por eso. ¿Con quién estudias, tontito?

—Contigo, y no me dejas saltarme un solo día.

—De ahí querer añadir ejercicio a la rutina. —Lluvia le apretó la nariz con un dedo, y él la frunció.

—¿Eso es que tú también te unes a esa rutina? —inquirió.

—Claro, qué remedio. *Fiti-fiti*, que le dicen.

Kaiden encogió un hombro.

—Vale —dijo—. Pero yo me encargo de eso.

—Está bien, maestro —rio Lluvia, poniéndose el pelo detrás de la oreja, y el chico se inclinó para besarle el lóbulo.

—Venga, chicos, que sois muy monos —llamó Charles, divertido—, pero la comida se enfría.

—Ehem —carraspeó Kaiden—. Perdón.

Ruborizándose, la muchacha golpeó suavemente el hombro del chico y fue a sentarse. Él la siguió. Pronto estaban todos comiendo, hablando del día y de la semana que les esperaba. Kaiden pensaba en el momento correcto para introducir un rato de ejercicio, en especial si Lluvia se unía.

Quizá podría hacer una rutina por la mañana, entre las tareas de casa. Después, a las seis, podrían hacer algo suave, que no fuera demasiado cansado, antes de la cena. Eso era razonable, supuso.

—Ah, por cierto —dijo Sandra, y el chico prestó atención a la conversación—. He hablado con un amigo y se me ha ocurrido algo. Luka, cielo, te gustan mucho los unicornios, ¿verdad?

A Luka le brillaron los ojos. Era irónico, pensaba Kaiden; su hermano pequeño tenía un

animal mitológico favorito, pese a haber nacido en un mundo donde estos eran considerados engendros demoníacos. De eso iban los cuentos que el niño había oído… cuando era muy pequeño, al menos: de unicornios que se comían a valientes guerreros y violaban vírgenes.

Viéndolo así, Kaiden se preguntaba cómo había salido tan inocente. O cómo él no estaba más loco. Recordaba muchas de aquellas historias, más gráficas cuanto mayor se hacía, hasta convertirse en casos considerados reales y no meros cuentos moralizantes.

—¿Tú qué dices? —le preguntó la mujer, alzando la vista hacia él—. ¿Por qué no os venís conmigo al establo mañana?

El chico tardó un momento en entender cómo habían pasado de unicornios al establo. Cuando lo hizo… Puede que no fueran *sus* animales mitológicos favoritos —no estaba seguro de tener nada semejante—, pero estaba seguro de que sus ojos también hicieron chiribitas. Siendo francos, nunca había visto un críptido *vivo*… al menos, en directo. Lluvia se rio al verlo, y le dio un tironcito de la mejilla.

—Estás igual que Luka —comentó.

—No es verdad —se quejó él.

—Oh, ya lo creo, os saco una foto y compartís mirada.

Sería lo único que compartían, pensó el chico, y sacudió la cabeza para inclinarse y darle un rápido beso a su novia. Lluvia dio un respingo, sonrojándose.

—¡Ataque gratuito! —exclamó.

—Y tengo más, no sé, si te has quedado con la duda.

«Vaya imbecilidad», pensó Kaiden, mortificado.

—En fin —masculló, con las orejas rojas—. Yo, eh, sí. Si pudiéramos… Gracias.

—Bien —sonrió Sandra—. ¿Por qué no venís a eso de las ocho?

—Igual podemos venir antes —supuso Kaiden—. Así despedimos a Rain, ¿eh, *troich*?

Luka sonrió ampliamente. No le importaba madrugar.

Lunes 18 de marzo: ¿Lo echas de menos?

El lunes, los chicos llegaron muy temprano a la residencia, a tiempo para despedir a Lluvia cuando cogía el autobús. Ya habían desayunado, pero se sentaron con Sandra y Charles hasta que ella estuvo lista para ir a trabajar.

Fueron andando hasta el establo, a apenas quince minutos de la residencia, pero más hacia el norte de Liétor, adentrándose en el campo. La mujer no los dejó preocuparse mucho por el camino o los potenciales peligros: les habló de la fauna y la flora, y de las protecciones que había alrededor de su zona de trabajo.

—Para empezar, los edificios y el terreno circundante son propiedad privada —explicó—, lo que ya ayuda mucho. Hay una valla metálica alrededor de todo el perímetro. Aun así, también tenemos una barrera ilusoria que hace que nadie vea nada raro al otro lado. Nos la revisan cada mes. No está mal, ¿eh?

La valla era exactamente eso: una alta red de metal y unos cuantos postes de hierro. La puerta era del mismo estilo, así que no había nada que destacara.

Un minuto después de haber atravesado la entrada, llegaron al primer edificio, un pequeño puesto de guardia donde la mujer de seguridad los saludó. La acompañaban dos perros, y otro vino corriendo a olfatearlos. Kaiden se preguntó si estaban entrenados para detectar Templarios, y si lo reconocerían como uno de ellos.

«Basta ya», pensó, y extendió la mano para ofrecérsela al animal.

El perro lo olisqueó, tocó sus dedos con la nariz y luego fue a hacer lo mismo con Luka, que lo miraba con los ojos muy abiertos y un cierto temor. Era un animal muy grande. No obstante, para cuando el cánido regresó con la guardia, su hermano lo miraba con ojos esperanzados.

—¿*Podemo tené* un *perito*? —preguntó.

«Ay, joder».

—¿Qué tal si primero nos acostumbramos a nuestra nueva vida, *troich*? —respondió Kaiden, revolviéndole el pelo.

Todo el mundo pudo ver la decepción en aquellos enormes ojos azules, pero Luka asintió. El chico se sintió miserable por no poder darle un perro en ese mismo instante, pero no era tonto del todo. Ni siquiera había hecho su primera compra por su cuenta. ¿Cuánto costaba un perro? ¿Y mantenerlo? ¿Estaba preparado para tener y educar uno? Eran demasiadas dudas para lanzarse a la aventura sin pensar.

Cuando siguieron por el camino de tierra, Luka miró atrás con añoranza y sacudió la mano.

—¡*Soraidh*! —se despidió en escocés.

—Te gustan los perritos, ¿eh? —dijo Kaiden.

—*Tha*. Guapo.

—Sí que son guapos. Y tienen los dientes muy grandes.

—*Tha*.

Sonriendo, Sandra le acarició la cabeza al niño.

—¿Sabes qué? —comentó con afecto—. A ellos también les has parecido muy guapo.

Luka se echó a reír y saltar de contento. Kaiden miró a la mujer.

—¿Es en serio? —le preguntó en voz baja.

—Más o menos —respondió ella—. Vendría a ser una especie de «este humano está bien, me

gusta». ¿Valorando lo de adoptar un perro?

—¿Cómo voy a adoptar un perro? Acabamos de llegar.

Sandra sonrió.

—Una de las cosas que más me gustan de ti —dijo— es la buena cabeza que tienes. Aunque a veces me encantaría verte actuar como un adolescente normal, con caprichos y rabietas. ¿Siempre has sido así? Antes de esto, me refiero.

El tema se tocaba siempre con mucho cuidado, pero la mujer lo hacía sin miedo. No le preguntaba por su vida como templario; al menos, no directamente. Quería saber sobre su vida como chico, como niño, sobre sus padres y sus amigos.

—Supongo —aceptó Kaiden de mala gana—. O sea, quizá cuando tenía la edad de Luka y eso, pues era más caprichoso o algo, no sé. No me acuerdo. Luego empiezas el colegio y…

Se quedó callado, pero Sandra lo entendió.

—Empiezan a convertirte en soldado —adivinó con voz muy suave—, en lugar de dejarte ser un niño.

—Supongo que sí.

—Kaiden, me gustaría hacerte una pregunta. No quiero que la tomes mal.

—¿Si me gustaba?

—No. —Sandra rio—. No exactamente. Si lo echas de menos. Lo que entiendo, que no es mucho, es que tienen una estructura firme. Un orden. Las cosas muy claras.

—Supongo.

—Desde niño sabías lo que se esperaba de ti, y lo que ibas a hacer. Y ahora todo es incierto. ¿Añoras esa seguridad?

Kaiden suspiró. Seguían caminando por la carretera de tierra, y Luka lo miraba como si entendiera la pregunta… pero el chico estaba seguro de que no recordaba nada de antes de huir, así que ¿cómo podía acordarse de los Templarios?

—Creo que lo hacía, al principio —confesó—. Cuando Charles nos encontró y no sabíamos dónde íbamos a parar. Que si la residencia, que si el piso, que si el avión. Nos adoptan, no nos adoptan, nos quieren, no nos quieren, Bélgica, Francia, Inglaterra. Creo que sí, que me… no sé. A ver. Me sentía un poco…

—Desamparado —supuso Sandra, y el chico asintió.

—Pero al final las cosas se han calmado. Se han, eh, asentado. Y supongo… quiero… quiero creer que ya está. Que este es el final. ¿No? Igual no sé qué va a ser de mí en el futuro, pero al menos no creo que vaya a terminar, no sé, solo en el mundo sin un lugar al que pertenecer o algo.

—Mhmm. ¿Solo tu futuro?

Kaiden hizo una mueca y la miró.

—No soy como vosotros —le recordó, y Sandra alzó una ceja, sonriendo.

—¿Sabes Tania, la mujer de antes? —preguntó.

—No sé. ¿La guardia?

—Sí. Ella tampoco es «como nosotros», Kaiden. Ni sus padres. Está menos conectada con el mundo sobrenatural que tú, pero aquí está, porque una vez hizo un amigo y él, un cambiaformas asentado en Galicia, la introdujo en Santuario. Lo que quiero decir es que ser un chico natural no significa mucho. Santuario está lleno de ellos. Van al colegio, tienen trabajo y familia.

El muchacho sacudió la cabeza.

—No, lo sé —aseguró—. Lo sé. Es que no sé qué voy a… tener que hacer *después*. Cuando me haga mayor y eso. Porque no siempre voy a estar viviendo de Santuario, ¿no?

Sandra rio por lo bajo y le acarició la espalda. Lo hizo con la simpleza, la naturalidad de una

madre, y Kaiden se sonrojó como un niño.

—Bueno, por fin algo normal, chico mayor —dijo, divertida—. Todos, dotados o no, nos hacemos las mismas preguntas a tu edad. Eso también forma parte de la adolescencia.

—Joder.

—Sí, eso también suele estar en la mente adolescente.

—¡Sandra!

La mujer se echó a reír y le palmeó el hombro con afecto.

—Ya hemos llegado —anunció, y Kaiden se distrajo en el acto.

Lunes 18 de marzo: Establos

El establo no parecía distinto a cualquier otro, suponía Kaiden, aunque nunca había pisado uno. Había tres edificios grandes, donde Sandra le dijo que estaban las distintas cuadras, y desde allí se veía un corral y lo que parecía ser un campo de pasto.

En la distancia, el chico lo que veía eran animales de cuatro patas que correteaban, pastaban o se acostaban a la sombra de los árboles. Pero el corazón se le disparó cuando vio a uno de ellos —creyó que era un caballo, pero se parecía más a una cabra— extender las alas y saltar por encima de la barrera de madera.

De inmediato, un hombre corrió hacia el animal, regañándolo, y lo acompañó de vuelta al corral.

—Esa es Papaya… ella eligió el nombre, no nosotros… con su amigo Héctor —explicó Sandra—. Pero nuestro destino está un poco más hacia allá. ¿Vamos?

—Sí… Sí, claro.

Se sintió muy ruin, pero sujetó a Luka de la mano, solo por si acaso, porque no sabía si allí había animales peligrosos. Sandra no los llevaría a un lugar con peligros, ¿verdad? Pero no podía evitarlo. Había pasado cuatro años estudiando la fauna críptida desde el punto de vista de los Templarios.

Se odió por acordarse.

Los nervios crecieron mientras caminaban rodeando uno de los edificios, hasta dar con otro pasto salpicado de árboles dispersos. Se acercaron a la valla de madera, y la mujer se apoyó en ella con gesto casual, miró a lo lejos y alzó la mano a modo de saludo.

Había varios animales en la distancia. Kaiden observó detenidamente, y se dio cuenta de que eran caballos. Uno de ellos, un ejemplar de un color blanco inmaculado, corcoveó y trotó hacia ellos. El chico esperaba —con temor y esperanza al mismo tiempo— ver el cuerno brotando de su frente, pero no. Parecía un caballo normal y corriente.

El animal llegó hasta ellos y puso el hocico contra las manos de Sandra, que sonrió y le acarició el morro y la frente. Llevaba una cabezada, pero parecía más decorativa que útil. Parecía estar hecha de seda, o tal vez raso, era negra, y estaba adornada con cristales de colores.

—Este es Samyuzi—los presentó la mujer—, aunque todos lo llamamos Sam. Deja que te quite esto.

Sandra desabrochó los botones que sujetaban la cabezada y después la retiró. Kaiden sintió que se le encogía el estómago. Allí estaba el cuerno, apareciendo como si siempre hubiera estado ahí: brotaba del centro de su frente, medía al menos cuarenta centímetros, y era completamente liso.

El jadeo de Luka tenía poco de miedo y mucho de admiración. El chico pensó que chillaría, pero no lo hizo; se apretó contra la pierna de su hermano, y Kaiden vio que tenía los ojos desorbitados y clavados en el animal, que movió una pata y alzó la cabeza con orgullo, como mostrando el cuerno en todo su esplendor, y después la bajó.

—Tranquilo, Kaiden —dijo Sandra con voz suave—. No va a haceros daño.

—No, ya lo sé —respondió él, recordándose que todo lo que sabía era mentira—. Lo siento. Lo… —Titubeó y miró de nuevo al caballo… no, al unicornio—. Lo siento.

Había amabilidad en los ojos oscuros de aquel animal, si es que tenía sentido. Sacudió la

cabeza de nuevo, y después acercó el hocico hacia él. Le olisqueó el pelo y la mejilla. Kaiden sintió un vuelco cuando le rozó la cara con la punta del cuerno. Estaba frío, y era suave como el metal.

—Le caes bien —explicó la mujer—. Dice que eres una buena persona.

—¿Sí? ¿Seguro?

Sintió el roce del cuerno una segunda vez, y después los belfos del unicornio en la sien. No se puso tan tenso cuando la criatura volvió a bajar la cabeza y acercó el hocico a Luka, que estiró la mano, completamente fascinado, para acariciarlo.

—Hola —saludó su hermano pequeño—. Qué *uapo*.

«Joder».

—Sí que es guapo —respondió Kaiden—. Y qué majo, ¿eh? Deja que lo acaricies y todo. ¿Quieres que te suba?

— *Tha*.

Lo levantó hasta sentarlo en la valla, sujetándolo para que no se cayera. Le pareció un poco absurdo, teniendo en cuenta que se había visto obligado a dejarlo solo en las copas de los árboles más de una vez.

Sonriendo, Luka extendió ambos brazos para acariciar la crin, el hocico y el cuello del unicornio, que se puso de lado para dejarse hacer. Kaiden sintió un retortijón cuando su hermano le tocó el cuerno con tranquilidad. El niño no estaba asustado en absoluto, pese a que era un animal inmenso, con duros cascos, cornamenta, y unos dientes que podían romper huesos, si se lo proponían. No, Luka no vivía con miedo.

—A veces me gustaría ser como tú —comentó el mayor.

—¿*Po* qué? —preguntó su hermano.

—Solo porque sí. —Sintiéndose tonto, Kaiden estiró la mano y, con más reparos, acarició el cuello de Sam—. Gracias.

Sandra se unió a las caricias, y el unicornio movió la cabeza ligeramente, mostrando su satisfacción.

—Dice que «de nada» —explicó la mujer.

—Sí. Eso me parecía.

Lunes 18 de marzo: Más que hablar

A Sam le gustaron los chicos. El pequeño era absolutamente delicioso, todo lleno de admiración, y tenía unas manos cuidadosas y agradables. Los niños a menudo eran un poco torpes y bastante brutos. El mayor estaba tenso y recelaba, pero el unicornio sabía muy bien quién era y de dónde venía, así que no se lo tenía en cuenta; de todos modos, era igual de cuidadoso que su hermano, pero de un modo menos reverente, como con… remordimientos.

Caminó con ellos siguiendo la valla. Sandra, su intérprete, les transmitía sus pensamientos, esos que los humanos no podían oír. Les habló de la ilusión de la cabezada, y de por qué la usaba incluso en el establo.

—Me gustan las cosas brillantes —tradujo la mujer, divertida, con la mano alzada para indicar que hablaba en lugar de Sam—. Y me queda bien, ¿no es verdad?

El mayor resoplaba. Era evidente que no se le daba muy bien reír. Al unicornio le gustaría cambiar eso. Su gente siempre se había visto atraída por las personas tristes, así que Sam sentía mucha ternura por el muchacho. Sí, le gustaría verlo divertirse.

Les ofreció montar sobre su lomo, porque sabía que a los chicos disfrutaban de la velocidad, el aire en la cara, el movimiento entre sus piernas. Algunos animales no querían llevar jinetes, pero a él le gustaba.

—Uy, no —repuso Kaiden de inmediato—. Yo no… A ver. O sea, yo no sé montar.

—¿No sabes sentarte? —preguntó Sam a través de Sandra—. Lo siento por ti, debe ser duro.

—Joder. Claro que sé sentarme, no te digo…

—Entonces no hay problema. ¿O es que tienes miedo? —El unicornio, muy ufano, manoteó a su lado de la valla y lo miró con guasa—. ¿Te asusta el gran y atractivo críptido? ¿Te asusta mi cuerno, chico?

—Me asusta que se me caiga el crío si te pones a hacer eso a la buena de Dios.

Sam corcoveó, relinchando de diversión.

—Me gustas, chico —dijo, y no por primera vez, estirando la cabeza para frotarle la mejilla —. Quizá algún día, entonces.

}.{

Hasta el lunes durante el recreo, Lluvia no pudo reunirse con sus amigos para conocer a fondo su opinión sobre Kaiden. Podía escribirse por separado con todos —y lo había hecho—, pero no era lo mismo, así que los cuatro se reunieron cuando dieron las once, para intercambiar opiniones.

—A mí me parece monísimo —aseguró Silvia—. ¡Y cómo te mira!

A Lluvia, eso le encantó.

—¿Me mira diferente? —preguntó, mordiéndose el labio inferior—. Digo… ¡Me alegra que te parezca mono! Lo es, adorable y espachurrable, sobre todo cuando frunce el ceño, todo ¡hmmmph!

Imitó el profundo ceño de su novio, y su amiga se echó a reír.

—Sí que lo frunce mucho —tuvo que decir—. Pero es buena gente, se le nota.

Pablo musitó algo, pero lo hizo en voz tan baja que era difícil de entender. Silvia, que estaba ya acostumbrada, le puso una mano en la espalda y la movió como si girara una rueda. El chico

rio tímidamente y lo repitió más alto:

—Es m-muy atento, con todo el mundo, creo. No sé. Se fija. Fue a buscar más palomitas, y no, eh, no pi-pierde de vista a Luka ni nada.

—Oh, qué va, está hermandado —sonrió Lluvia—. El día que vaya a la escuela, adivinad quién lo pasará peor.

—Kaiden —dijo Silvia con seguridad.

—Los profesores —fue la seria respuesta de Valentino.

La primera chica alzó la mano y le apretó la nariz, haciéndolo sonreír.

—No, ellos no —replicó—. Tú. Será tu peor día y tu peor pesadilla si eres tan tonto.

—¿Yo qué he hecho? —rio el chico.

—Meterte con mi pobre Kai. —Lluvia puso un mohín.

—¿Yo? Si el chico me cae bien. Da un cague tremendo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —Valentino sonrió como un niño con una piruleta—. Casi me atraviesa con la mirada cuando nos despedimos. Creí que moriría calcinado.

—Oh, eso… —La chica se mordió el labio inferior—. No lleva bien el contacto sin aviso.

—Pues habrá que enseñarle, ¿no?

—Ojito, pesado —le advirtió Silvia.

—No me mires si luego te estampa contra el suelo —replicó la otra chica, y Valentino, que disfrutaba con el reto, se echó a reír.

}.{

Los chicos pasaron un rato con Sam, pero después acompañaron a Sandra en sus tareas. No solo se trataba de hablar con los críptidos, sino también de asegurarse de que tuvieran todo lo que necesitaban. Eso significaba llenar los comederos y bebederos, limpiar las cuadras, o ayudar a los *inquilinos* a darse un buen baño.

Kaiden podía hacer esas cosas. No oía a los animales, pero sí a las personas, y si Sandra decía que había que poner un kilo de manzanas en el cubo, él era plenamente capaz de hacerlo. No le tenía miedo a la escoba, a la manguera ni a la carreta.

Luka no se separaba de su lado, así que el chico mantenía un ritmo más pausado. Le daba algunas zanahorias para dejarlas en las bandejas, y le pedía que sujetara el recogedor mientras él empujaba el polvo, el pelo y la hierba seca con la escoba. No obstante, su hermano se distraía fácilmente con los animales. Lo quería tocar todo, lo quería abrazar todo, y Kaiden lo sorprendió hablando en voz baja con cualquier cosa que tuviera orejas, bastante más de lo que hablaba con las personas. No supo cómo sentirse al respecto, salvo que definitivamente necesitaban un perro, si eso llevaba a Luka a hablar más.

El sutil contacto en la espalda lo hizo saltar como un conejo. Se giró, agarrando la escoba con las dos manos, y vio que el caballo —uno normal, sin ilusión que cubriera alas, cuernos o colmillos— estiraba el cuello para mordisquearle la ropa.

—Hola, chico —saludó—. ¿Qué pasa, quieres más zanahorias? Pues no sé yo. Me han dicho que solo tres.

Estiró la mano. El animal le olisqueó la palma, pero al verla vacía volvió a insistir con su ropa. Turbado, Kaiden le palmeó el cuello.

—Lo siento, chaval, no puedo oírte —confesó, acariciándolo—. Soy más sordo que una tapia. Pero preguntaré si puedo darte otra chuche. ¿Qué, *troich*, tú qué opinas?

—*Tha* —respondió el niño, sonriendo, y se puso de puntillas para acariciarlo también.

Lunes 18 de marzo: Planes

Cuando Lluvia llegó a casa, puntual a las seis como cada tarde, Kaiden sintió el familiar vuelco en el estómago y un aleteo en el pecho, y le resultó muy natural inclinarse para darle un beso al abrir la puerta.

—Hola, *brèagha* —saludó, y le cogió la mochila—. Trae. ¿Cómo ha ido?

La chica ya estaba roja, con una sonrisa en los labios.

—Hola —respondió—. Ah, bien. Pero eres tú quien tiene cosas interesantes que contarme.

—Nah. Fuimos al establo y eso, con tu madre. Luka se lo pasó pipa. ¡*Troich*!

Ante la llamada, el niño salió disparado del comedor para buscar el beso de Lluvia. Ella se lo dio, naturalmente, y después entró en la casa.

—La primera vez que se va es para contarlo —aseguró—, y más con mi madre haciendo de traductora.

—Bueno, primero, los perros. Luka está enamorado. Y luego el unicornio.

Mientras preparaban la meriendacena, como solían llamarlo, Kaiden le contó los sucesos de la mañana: las conversaciones, el trabajo. También le habló del miedo inicial. No le gustaba, pero tampoco lo quería esconder. Prefería ser sincero.

—Ya sé que no pasa nada —aseguró mientras ponía la mesa—, pero no sé. Son muchos animales, y yo no… No sé.

—No te preocupes —respondió Lluvia, y se acercó para tirarle de la mejilla—. Tus sentimientos son totalmente normales.

—Supongo. —Kaiden titubeó—. Gracias.

—No me las des —rio la chica—. ¿Lo habéis pasado bien, entonces?

—Ya ves. Hemos, no sé, hablando un rato con Sam… el unicornio… y luego hemos trabajado. Me ha gustado eso. Y Luka no ha callado ni debajo del agua, ¿verdad, *troich*?

El niño sonrió y fue a abrazarlo, pero no dijo nada.

—A ver si vas a tener también conexión con los animales —bromeó Lluvia.

—Son bonitos —respondió Luka.

—Ahora quiere un perro —advirtió Kaiden.

—*Tha*.

—Hmmm… Quizá aún es pronto para eso —razonó la muchacha—, pero quizá cuando seas mayor y puedas hacerte cargo, ¿no?

Luka asintió con vehemencia, sacudiendo un pelo rubio que era ya demasiado largo.

—Tengo que llevarlo a que se lo corten —comentó Kaiden, pensando en voz alta.

—Y tú también —repuso ella, tocándole las puntas del cabello—. Un recorte no te vendría mal.

—¿Adónde vas tú cuando tienes que hacerlo y eso?

—A la ciudad. Hay un lugar que me gusta mucho. Si queréis, podemos ir cuando tengamos tiempo.

La idea de ir a Albacete centro no le resultaba nada atractiva, pero sabía que pasaría tarde o temprano.

—No sé —musitó Kaiden—. Quizá podemos ir el sábado. A cortar el pelo, y, bueno, igual a comprar alguna cosa. O al cine.

—Claro —sonrió Lluvia—. Suena bien, ¡los tres de paseo!

El chico resopló y se inclinó para besarla en la mejilla. Comenzó a hacer cuentas, intentando imaginar lo que podía costar y cuánto podía permitirse.

A las nueve, como solía suceder, la meriendacena estaba terminada, los platos, fregados, y todo el mundo listo. No era el día más frío de marzo, pero trece grados en la calle se notaban, así que Kaiden ajustó la chaqueta de Luka y, sin pensar, hizo lo mismo con la de Lluvia al otro lado.

La chica se ruborizó, azorada.

—¿Oh? —musitó, y él encogió un hombro.

—No quiero que cojas frío.

—Ya, lo veo. —Riendo, ella continuó—: Siempre eres muy atento. ¿Cómo he conseguido un novio así?

—Siendo una buena persona que se preocupa por los demás y tiende su mano cuando la necesitan. Te mereces algo más, pero, bueno… tienes que apañarte con lo que hay.

Alzando una ceja, Lluvia le dio un tirón en la mejilla.

—Idiota —dijo con toda claridad—. Tengo lo más bonito del mundo conmigo.

Aunque sabía a lo que se refería, Kaiden señaló a Luka, que tenía los párpados caídos y cara de sueño. Por supuesto, la chica rodó la mirada.

—Ese pequeñín va contigo en *pack* —repuso—, pero me refería a ti.

—Ya, ya, ya. No sabes lo que dices.

Se inclinó para besarla. Lógicamente, ella se lo devolvió.

—Oh, sí que lo sé —contestó, no obstante—. Y no deberías acompañarme: Luka está muerto de sueño.

—Pero quiere despedirse de Rain, ¿no, *troich*?

—*Tha* —respondió el niño.

—Podemos hacerlo en casa, un adiós con un besito y eso —insistió Lluvia.

—Son las nueve de la noche, hace un frío del copón y está oscuro como la boca de un lobo. Te acompañamos a casa.

—No me voy a morir por el camino, ¿sabes? —rio la chica, y Kaiden hizo una mueca.

—No, ya lo sé. Este es tu pueblo y te lo conoces. Pero me da igual. No me gusta.

—Oh, vamos… Hoy es el último día que me acompañas, no quiero que Luka pasee por ahí tan tarde y con sueño. Podéis resfriaros los dos, y yo estoy bien.

El chico podía admitir ante sí mismo que tampoco le gustaba llevar a su hermano por ahí a esas horas. Estaba cansado y solo quería meterse en la cama. No obstante, tampoco quería dejarlo solo. Posiblemente, se dijo, ni siquiera debería.

—Tú también puedes resfriarte —le recordó a su novia—. Además, nos viene bien, ya sabes, pasear.

—No, no me discutas más. —Ella resopló, testaruda, y él supuso que la batalla estaba perdida—. Último día. A partir de mañana voy y vengo sola. Sé un chico responsable con Luka, tiene que dormir.

—Ahí, donde duele —masculló Kaiden.

—Claro, si no, no vas a hacer ni puto caso… digo… ni caso.

El chico le pasó una mano por la espalda.

—¿Nerviosa? —preguntó—. Dices palabrotas cuando estás nerviosa.

Poniendo un mohín, Lluvia respondió:

—Sí, no me gusta discutir.

—Joder, Rain. No estamos discutiendo. —Para calmarla, se inclinó y la besó—. Pues mañana

vendremos a verte antes de que cojas el bus.

—Eso es demasiado pronto.

—Solo tenemos que estar aquí a las siete. Y tengo planes.

—¿Qué planes? —preguntó Lluvia, alzando las cejas.

—Bueno, le dije a tu madre si, no sé, si necesitaban ayuda o algo. En el establo, quiero decir. Total, solo tengo que ocuparme de la casa y del *troich*… hasta que vaya al colegio, ya lo sé…

—Si habláis en español sería muy bueno para ti y para Luka. Además, así tomáis aire fresco. Es buena idea, sí.

Ya estaban llegando a la residencia. Viéndola, Kaiden suspiró.

—Pero no sé si ir los dos —continuó con cuidado— o comenzar a… ya sabes. A dejar que Luka socialice.

—Es mejor que le preguntes qué piensa él, y si quiere hacer nuevos amigos.

El chico sonrió de medio lado. Ya lo había pensado. El problema era que costaba extraer respuestas de su hermano, a quien todo le parecía bien.

—*Troich* —lo llamó, y Luka lo miró con los ojos entrecerrados—. ¿Quieres hacer amigos?

—¿*Tha*?

—¿Quieres ir al establo?

—¡*Tha*!

—¿Quieres quedarte mañana en la residencia?

—*Tha*.

—¿Quieres ir a la luna?

—¡*Tha*!

—Ya ves. Esta fue más o menos la conversación que tuvimos cuando le hablé de, ya sabes, que éramos novios. No sé cuánto es en serio y cuánto lo dice para molestar, ¿eh, *troich*?

Lo levantó en volandas y comenzó a hacerle cosquillas. Luka se carcajeó. Observándolos, Lluvia pensó en las opciones.

—Entonces… —aventuró— … es llevarlo al lugar y ver sus expresiones.

—Sí —suspiró Kaiden, sosteniendo al niño un poco más—. Es la idea. Así que, bueno. Vendremos mañana, y estaremos un rato con los otros críos y eso.

—Sí, eso es bueno —aceptó la chica, sonriendo—. Ahora… id a casa, tenéis que descansar.

—Ya, ya.

El muchacho se inclinó, con su hermano en brazos todavía, para besarla en los labios. Luka rio entre los dos.

Martes 19 de marzo: Niños

Aquella noche, entre un cabeceo y el siguiente, Kaiden soñó que Luka desaparecía. No que los Templarios llegaban, no que intentaban asesinarlos, ni que él mismo se armaba y le hacía daño sin querer. Simplemente, su hermano no estaba en ninguna parte, no importaba cuánto lo llamara y lo buscara.

Despertó desorientado y con el corazón en la garganta, y lo primero que hizo fue comprobar que Luka seguía en su cama, acurrucado. Se había destapado durante la noche, así que Kaiden lo arropó. En lugar de irse, se sentó a los pies de la cama, y poco a poco comenzó a tranquilizarse.

Por la mañana, el chico no estaba seguro de haber dormido otra vez, pero despertó al niño a las seis para cambiarlo, lavarle los dientes y darle el desayuno. A las siete menos cinco estaban en la puerta de la residencia para despedir a Lluvia. No le contó su pesadilla… al menos, no todavía.

Sandra y Charles los invitaron a desayunar una segunda vez. Después, la mujer se dispuso a irse.

—¿Queréis venir hoy también? —preguntó con una sonrisa—. Nos vendrían bien esas cuatro manos extras.

Kaiden resopló.

—Esta vez no —respondió, y miró a Charles—. Queríamos, um… No sé, conocer a otros críos y eso.

—Oooh… —ronroneó el hombre, que sonrió—. Claro. Se reúnen sobre las ocho, aunque algunos llegan un poco antes.

A las siete y cuarenta minutos, había cuatro niños menores de cinco años reunidos en la recepción. Charles animó a Kaiden y a Luka, y fueron a sentarse cerca. Inseguro, su hermano pequeño se sentó en sus rodillas, observando, mientras llegaban otros padres con unos gemelos, y el monitor, un joven de unos veinte años, anotaba cada criatura que dejaban a su cargo.

—Está bien, *troich* —susurró Kaiden, acariciándole la espalda al pequeño—. No son más que niños, igual que tú. No pasa nada, ¿no crees?

Luka asintió, pero no se acercó a ellos.

}.{

Luka nunca había tenido demasiado trato con otros niños. Antes de todo aquello, antes de llegar al bosque y comenzar su viaje, estaba casi siempre en casa. Sus padres solían estar ocupados entre las misiones y los entrenamientos, y no lo habían llevado al parque. Kaiden lo hizo, alguna vez, pero las clases, los deberes y los trabajos para subir nota le dejaban poco tiempo. En cuanto al abuelo, Luka siempre había sabido que era mejor no molestarlo.

Por supuesto, él no se acordaba de todo esto. Su primer recuerdo era del abrazo de su hermano mientras tenía mucho, mucho sueño. O quizá fueran los gritos por algo que no recordaba. O las galletas de una amable señora que vivía sola.

Luka no sabía lo que era un recuerdo y lo que era su imaginación. En aquel momento, no era algo que se planteara ni que le preocupara. Tenía cuatro años, se sentía a salvo en el regazo de Kaiden, y no estaba seguro de cómo acercarse a otros niños. Recordaba a Curtis, que era más pequeño y muy tímido, pero ¿había tenido otros amigos antes de él? ¿Y después?

Daba lo mismo. En su fuero interno, el pequeño sentía que no debía acercarse a ellos, porque se irían en algún momento. Siempre se iban.

No le importaba. Seguía teniendo a Kaiden, y seguía teniendo a Lluvia, y a los padres de esta, y al pequeño Océano, que solo se sentaba y ponía caras raras pero era muy mono. A Luka le gustaba su familia. En su cabeza, volver a cambiar de casa, de ciudad, de país, no significaba perderlos, porque habían estado ahí ya en otros cambios.

Pero en esta ocasión su hermano le acarició la espalda un rato mientras observaban a los demás niños, algunos soñolientos, uno de ellos llorando débilmente porque quería volver a la cama, y cuando los pequeños se fueron con el monitor, Kaiden le revolvió el pelo a su hermano y lo levantó.

—Venga, *troich*, vamos a jugar —dijo.

—¡Vale! —respondió Luka, sonriendo.

Pero aquel día «jugar» no implicaba salir a hacer ejercicios, ni tampoco hablar con Yves, coger la Game Boy, o que su hermano le hiciera cosquillas o le enseñara a esconderse. Siguieron a los niños hasta una sala anexa que tenía suelo blando, muebles pequeños y muchos juguetes.

Kaiden y Charles hablaron en voz baja con uno de los monitores mientras Luka observaba. Eran siete niños de su edad e incluso más pequeños, pero a él eso no le importaba mucho. Había espadas de madera, como la que Lluvia le había regalado en ese lugar donde todos hablaban como Étienne, y muchos muñecos y animales de plástico.

—Eh, *troich* —lo llamó su hermano, y Luka lo miró de inmediato—. ¿Por qué no vas a jugar un rato? Anda, tira.

El niño torció los labios y fue a buscar su mochila, pero no la llevaba. Kaiden le revolvió el pelo.

—Ya, no llevamos la tablet y eso —dijo—. Tendrás que apañarte con lo que hay. No me dirás que te faltan juguetes, ¿no? Puedes jugar con cualquier cosa de las que hay aquí. No veas.

—Mmmm. Vale.

Luka lo abrazó primero, y Kaiden se arrodilló para aceptar un entusiasta beso en la mejilla.

—Largo a jugar.

Riendo, el niño corrió unos metros. Después se detuvo, pensativo, mirando alrededor; no se acercó a los demás, sino que fue hasta un rincón, desde donde podía ver la puerta y a su hermano, y examinó una caja llenas de grandes piezas que, al parecer, tenían que encajar entre sí.

}.{

Mientras su hermano cogía un puzzle para niños, el chico sentía que se le revolvía el estómago. Había notado el modo en que se había puesto, con la puerta a la vista. Aquel era un lugar desconocido, y Luka tenía muchas de las manías de Kaiden.

«Por Dios, ¿pero por qué no puedo ser normal?», se preguntó.

—Tranquilo —rio el segundo monitor, un hombre de unos cuarenta y sonrisa afable—. Es normal que no vaya corriendo a conocer a los demás. Es algo tímido, ¿no?

—Antes no lo era —confesó el chico—. Antes, bueno… Igual no se acercaba a hablar, y no jugaba con otros críos, pero saludaba y eso.

—Bueno, eso lo sigue haciendo.

El monitor tenía razón. Puede que no fuera cosa de Luka, pero la niña que vivía en la residencia, Margarita, se acercó para decir hola y ofrecerle un juguete, y su hermano pequeño estaba respondiendo con curiosidad, con interés y con una sonrisa. Kaiden se sintió un poco mejor.

—Vale —musitó.

Martes 19 de marzo: Ya estaba yo preocupado

Los chicos pasaron la mañana en la residencia. Kaiden permaneció cerca de la sala durante todo el tiempo, sin perder de vista a Luka, aunque sabía que no debería estar haciéndolo. Pero ¿y si su hermano se volvía y no lo veía? Así que se quedó, con permiso de los monitores, y estudió el ritmo de aquellos niños.

Eran todos menores de cinco años, así que su mañana pasaba por jugar, dibujar, pintar, que les leyeran cuentos… y un rato, para sorpresa de Kaiden, de aprender a leer y escribir. Definitivamente, pensó, aquello le vendría bien.

Eran las doce cuando los monitores comenzaron a organizar a los niños para llevarlos al comedor. Era un buen momento para volver a casa, supuso el chico, y llamó a Luka esperando y temiendo al mismo tiempo que no quisiera irse.

Pero el pequeño no opuso ninguna resistencia. En cuanto le hizo un gesto, el niño se despidió de los demás con alegres movimientos de las manos y corrió hacia él, sonriendo, para abrazarse a su pierna.

—Eres un cabroncete mimoso —comentó Kaiden—. ¿Vamos a comer?

—*Tha*.

—¿Tienes hambre, *troich*?

—¡*Tha*!

—Igual podemos hacer pasta, ¿qué te parece?

—¡*Tha*!

—¿Te ha caído mal alguno de los críos?

Luka levantó la cabeza y abrió la boca en el mismo gesto que hacía cada vez que asentía. No obstante, se quedó pensativo. Luego, mirando a Kaiden como si no lo hubiera entendido, respondió:

—Noooo.

El chico resopló, súbitamente aliviado, y lo agarró para subírselo al hombro como un saco.

—¡Menos mal! Ya estaba yo preocupado.

}.{

Las clases terminaban a la una y media, y se abrían las puertas del comedor. Como el colegio estaba a cierta distancia de San Pedro, el pueblo más cercano, la mayoría de los alumnos se quedaban allí. Puede que la comida no fuera como en sus casas, pero lo cierto es que no estaba mal.

Aquel no era como otros institutos. En cien kilómetros a la redonda solo había setenta y cuatro dotados de entre cinco y dieciocho años, y catorce niños naturales. En total, eran menos de cien alumnos en un rango de edad muy amplio, de modo que ni las aulas ni el comedor estaban precisamente masificados.

Lluvia revisó el teléfono cuando estaba en la cola del autoservicio. Se oía el murmullo de las conversaciones y la música que salía de los altavoces. Tenía un mensaje:

[13:29] Kaiden: pausa para comer?

La chica se emocionó, sonriendo. Comer mientras hablaba con su novio era la mejora manera de pasar el tiempo antes de volver a las clases de la tarde.

[13:32] Lluvia: Oh, sí, no tan rico como seguramente vayas a comer tú… pero sí
[13:32] Lluvia: ¿Qué tal el día? :)
[13:32] Kaiden: pues el troich ha estado con los crios toda la mañana y ahora estamos comiendo
[13:33] Kaiden: no es la gran cosa pero no esta mal

El mensaje venía acompañado de una fotografía. Kaiden estaba sentado, con su hermano en el regazo, y estiraba el brazo para hacerse un *selfie* en el que se veía también parte de la mesa y un plato de pasta con tomate. Lluvia sonrió. Aquellas fotografías eran… eran su hogar, suponía, su otra familia, aquella que elegía.

La muchacha se llevó la mano al pecho, avergonzada por su propio rubor, por el vuelco que le daba el corazón cuando los veía.

[13:34] Lluvia: Estáis adorables
[13:34] Lluvia: No se como lo hacéis
[13:34] Lluvia: Pero siempre salís muy bien
[13:34] Lluvia: Awww, quiero daros un besito
[13:36] Kaiden: el cabroncete sale siempre guapo
[13:36] Lluvia: ¿Eres consciente de que hablé en plural?
[13:37] Lluvia: Lo eres, ¿no?
[13:37] Kaiden: ya si bueno pero el cabroncete es el que sale guapo yo no hago gran cosa
[13:37] Kaiden: como van las clases?
[13:38] Kaiden: tienes ya tu comida?
[13:38] Lluvia: Que evidente cambio de tema
[13:38] Lluvia: Sí, tengo la comida
[13:39] Lluvia: Las clases… aburridas sin ti
[13:39] Lluvia: ¿Cómo van a ser? :O
[13:41] Kaiden: joder rain

Martes 19 de marzo: Un día de Luka

Comieron macarrones con tomate, y después fregaron los platos. A Luka le gustaba ponerse de pie en la silla para ayudar a Kaiden: le pasaba los platos y los cubiertos, y el chico los enjabonaba y los enjuagaba, y luego ambos lo secaban todo.

Al niño siempre le había gustado participar en todo lo que su hermano hiciera, desde antes de tener memoria, así que, cuando Kaiden se puso a limpiar la casa, Luka lo fue persiguiendo, le sujetaba el recogedor y frotaba los bajos de los muebles con un trapo. Solo se detuvo a las cuatro, cuando su hermano lo sentó en el comedor con un vaso de leche, unas galletas y su tablet.

—Intenta no meterte con la tele esta vez, ¿vale? —le pidió.

Luka sonrió ampliamente. Había encendido el televisor por error en alguna ocasión, y se distraía cambiando el canal, el volumen o el idioma, algo que en teoría no debería poder hacer. Pero, por supuesto, hacía muchas cosas así. Esa era su habilidad.

El niño no lo entendía del todo. En cierto modo, era como si tuviera un tercer brazo. No podía verlo, pero sí podía tocar cosas con él. Desde su perspectiva, se limitaba a alargar ese tercer brazo y apretar el botón para encender cualquier cosa que fuera… electrónica.

Y aun así era mucho más que eso. Era un lenguaje nuevo que él entendía de manera instintiva. Era ver el mundo de otro modo, con otras formas y luces que se superponían a la realidad.

Era demasiado complicado para entenderlo del todo. Luka, por ahora, se limitaba a seguir los ejercicios y los juegos de Yves, su mentor y su mejor amigo.

Dejó que ese tercer brazo se estirara mientras cogía el vaso de leche con las dos manos, y encendió la tablet. En pantalla hizo aparecer Invisibilia, y de ahí pasó a la recurrente conversación con la IA. Quien la viera no entendería nada, por supuesto; no estaba escrito en alfabeto convencional, sino con una mezcla de símbolos que solo exteriorizaban lo que Luka leía más allá de ellos, en aquel código instintivo que conocía desde que tenía memoria.

[14:49] Yves: Hola, Luka :)
[14:49] Yves: ¿Preparado para jugar?

Sonriendo, el niño utilizó aquel tercer brazo para transmitir sus ideas desde su mente hasta la pantalla. No necesitaba teclear.

[14:49] Luka: ¡Sí!

Su amigo inició una llamada y comenzó a darle instrucciones, influyendo la tablet para mostrar los ejercicios. Eran solo juegos: programar un pixel para ir de una esquina a otra, o recorrer un laberinto con una línea que iba creciendo, o encender varias aplicaciones. No se trataba tanto de conocer sus limitaciones como de enseñarle a controlar su poder.

Luka recordaba solo vagamente el incidente de Hexham, o el de la farmacia en Tow Law. Solo sabía que había tenido mucho miedo, y después había estado muy cansado. No obstante, le habían dicho que su don tenía que ser utilizado a conciencia, y dentro de unos límites. Por eso Yves le daba esos ejercicios.

Pasó varias horas practicando, mientras Kaiden estudiaba en la mesa, detrás del sofá. Él

también tenía deberes, pero eran cosas diferentes, algo que Luka no entendía en absoluto. No importaba. Estaban juntos, así que daba igual.

Eran como las seis cuando sonó el timbre. El niño y su mentor ya reconocían el sonido y la hora. Yves mostró una imagen en pantalla, una carita sonriente.

—¡*Aios*! —se despidió Luka, y apagó la tablet para levantarse de un salto.

Cuando llegó corriendo al recibidor, Kaiden ya había abierto y le estaba dando un beso a Lluvia.

—Tendría que hacerte una llave o algo —mascullaba su hermano.

—No me importa esta forma —respondió ella, riendo por lo bajo—, así puedo recibir una bienvenida directa. Hola, Luka.

La chica se agachó, sonriendo, y el niño corrió a su lado. Se puso las manos atrás, porque sabía que no le gustaba mucho que la estrujara, y le dio un beso en la mejilla.

—Hola, Rain —saludó alegremente.

—¿Cómo estás? ¿Lo has pasado bien hoy?

—¡*Tha*!

La besó de nuevo y luego fue a abrazar a su hermano. Kaiden resopló y le revolvió el pelo.

—Anda, vamos a llevar a Rain a hacer sus deberes y eso, ¿no? —dijo.

—*Tha*.

A Luka le gustaba aquella nueva vida. Le gustaba hacer tareas, jugar con Yves, estar con Kaiden, y luego pasar un rato con Lluvia. Le gustaba la meriendacena, y quedarse medio dormido mientras los oía hablar en voz baja, muy cerca el uno del otro. Había una… paz en verlos así, en vivir así. Era como estar en casa.

Aquella noche apenas se dio cuenta de cuando la chica se marchó. Esta vez la despidieron en la puerta, y luego Kaiden llevó a Luka a su cuarto, lo ayudó a cambiarse y lo metió en la cama.

—¿Kai? —preguntó el niño, medio dormido.

—¿Sí, *troich*?

—¿Nos vamos?

Hubo una pausa. Su hermano le acarició el pelo y lo arropó.

—No, Luka —respondió con suavidad—. No nos vamos.

—Mmm. Vale.

Y comenzó a creérselo.

Viernes 22 de marzo: Mike

Eran las cuatro y dos minutos cuando Mike salió del colegio y se quedó en la calle, rodeado de niños y adultos, con la mochila a los hombros y las manos en los bolsillos. Padres y abuelos recogían a sus hijos. La escuela estaba en el centro de Bruselas, y se camuflaba bajo la apariencia de un colegio para ricos, lo que explicaba por qué cualquier aplicación de fuera de Santuario era rechazada.

De hecho, tenía bastante mala fama en la ciudad, precisamente por ser una institución elitista y todo eso, pero mejor eso que descubrir a los ciento veinte niños dotados, ¿no?

Eran las cuatro y seis minutos cuando Sonja llegó a su lado. Mike y su hermana se llevaban dos años, así que iban a clases diferentes. El chico le ofreció la mano, y la niña, tras pensárselo, se la cogió y sonrió.

Solo hacía un año, no hubiera ni soñado en hacer eso: en acompañar a su hermanita de la mano hasta casa, en tener sus delgados y frágiles dedos entre los suyos. Porque él era un dotado, igual que ella, pero no controlaba el viento como Sonja, sino que lo suyo era tener una fuerza que, hasta hacía muy poco tiempo, era incapaz de controlar.

Mike rompía cosas constantemente. Rompía huesos como si fueran ramitas. Un pequeño apretón, y *crac*. Toda su vida había tenido un miedo atroz a su don. Después de la muerte de sus padres, no solo tuvo miedo, sino que además lo odió, porque no le había servido para proteger a su familia.

De eso hacía ya tiempo. Ahora tenía una familia distinta: dos madres, dos hermanos pequeños a los que tenía que cuidar y proteger. Por cuánto tiempo seguiría siendo así, no obstante, el niño no lo sabía.

No hablaron mientras caminaban hacia casa. Aunque Sonja se sentía segura con él, y Mike tenía una mejor autoestima desde hacía un par de meses, ambos eran muy tímidos y callados, así que no les salía natural eso de conversar. No importaba, no obstante. Se llevaban bien, y eso era lo importante.

Mientras caminaba, el chico cogió el teléfono y revisó los mensajes. El corazón le brincó cuando vio que uno era de Kaiden.

[15:54] Kaiden: no me llamas, no me escribes…
[15:54] Kaiden: no se tio me siento solo

Mike resopló y rio por lo bajo. Sonja lo miró, y el niño le enseñó la pantalla para que viera las palabras del que podría haber sido su hermano. La pequeña sonrió con dulzura, con añoranza. Sí, echaba de menos a Kaiden, y también a Luka. Todos los echaban de menos.

Bueno, tuvo que corregirse, todos no. Durante un tiempo, su madre Éléna había estado muy contenta: había preparado pasteles y galletas, había comprado regalos y había preparado excursiones en familia. Estaba pletórica.

Luego dejó de estarlo.

Mike sacudió la cabeza.

—¿Le mandamos un video? —le preguntó a Sonja, y esta asintió en silencio—. Vale, a ver.

Su móvil era viejo y muy robusto, capaz de aguantar al menos un poquito de fuerza accidental, y no lo había estropeado durante semanas; estaba contento por ello. Encontró la

aplicación de video, puso la cámara delantera y le dio al botón de grabar.

—Tú tampoco llamas o escribes, ¿eh? —se quejó—. Aquí estamos, volviendo a casa. Hemos salido del colegio hace nada. Siempre escribes justo a la hora, tío. Cuando escribes, que no lo haces nunca, tsk. Aquí está Sonja. Luego si quieres te mando un algo con Curtis. Está muy grande. ¿Cómo estáis vosotros y tal? ¿Qué tal la casa nueva? ¿Está guapa?

Kaiden respondió con una fotografía de él y Luka. El niño sostenía la Game Boy con una sonrisa, y Mike recordó que se la había regalado él, y le había encantado. Era un buen crío. Le hubiera gustado que se quedara… que se quedaran los dos, en realidad.

Todavía se sentía culpable por lo que había pasado con Kaiden, al principio. Le había tenido mucho miedo y le había hecho daño, pero luego las cosas habían estado muy bien. Eran buenos amigos.

—¿Mike?

El chico dio un respingo y soltó la mano de Sonja, preocupado, pero ella lo miraba sin entender, con ojos sorprendidos y desamparados. No le había hecho daño, entonces, solo señalaba la puerta. Habían llegado a casa.

—Me has dado un susto de muerte —musitó Mike—. Vamos, adentro.

Supo que algo iba mal cuando su madre Talya los recibió en la entrada. Estaba ojerosa desde hacía algún tiempo, y en las últimas dos semanas había dormido en el cuarto de Luka y Kaiden, no con su esposa. La mujer sonrió, pero era evidente que algo iba mal.

Mike no estaba sorprendido. Llevaba mucho tiempo sabiendo que aquello pasaría. Sin decir nada, se acercó para abrazar a su madre.

}.{

[17:42] Mike: Mis madre se divorcian

Kaiden no se molestó en teclear. Volvió al perfil de usuario del chico, apenas un niño que ya había perdido a una familia, y golpeó el botón de llamada. Sonó solo una vez.

—No hacía falta que llamaras —masculló Mike, evidentemente incómodo.

—¿Puedes hablar? —preguntó Kaiden con seriedad.

—Sí. Ha sido muy corto, solo para, ya sabes, informarnos y eso. Lo han puesto muy bonito, que estas cosas pasan, que no es culpa de nadie… Ahora tienen que hablar con sus superiores, con los agentes sociales, porque, claro, son familia adoptante, y tienen tres hijos, y hay que pensar… quién… se queda… con…

Mike comenzó a llorar. Desgarrado, el chico comenzó a caminar por el comedor bajo la atenta mirada de Luka, que lo observaba gravemente y con los ojos muy abiertos.

—Lo siento —dijo el muchacho—. Lo siento mucho.

—N-no digas eso. No es cu-culpa tuya. No ha-has hecho nada.

Pero sí lo había hecho. Si no fuera por su llegada a Bélgica, aquella familia seguiría unida. No obstante, Kaiden no insistió. Aquello no se trataba de él, sino de Mike.

—Ya tienes casi once años —razonó—. Seguro que puedes escoger.

—S-sí, me han dicho… Me han dicho que soy lo bastante mayor para tomar e-esa decisión. Pero Sonja no. Y Curtis tampoco. Y yo… Y-yo no… no…

«Joder, joder, joder».

—Tú te quieres ir con Talya —adivinó en voz baja—, y casi seguro que Helen se queda a Curtis.

—Creo que sí… Creo que… Creo… No sé. No lo sé. No quiero que pase. No quiero.

—Ya lo sé, chaval, pero pasa. Es jodido. ¿Por qué no vamos los dos al patio y te pones a pegar algo?

Mike lloraba, pero rio.

—¿Todo lo arreglas igual? —preguntó.

—Perdona, pero es que todo se arregla igual. Arreando al patio.

Kaiden no podía ayudarlo con aquello. No sabía cómo iba a funcionar el divorcio, ni quién tenía más *derecho* a quedarse con qué niño. ¿Se tomaba en cuenta la opinión? ¿El poder? ¿La relación? ¿El trabajo? Al menos Mike podía elegir… y elegía a Talya, porque la idea de quedarse con Helen le resultaba imposible, después de todo.

Eso también era culpa suya, pensó el chico, pero no lo dijo, solo empezó a indicarle una rutina, y el chico, con una risa húmeda y llorosa, le dijo que era difícil entrenar con el móvil a la oreja.

Sábado 23 de marzo: Viaje en autobús

—Es solo un niño, y está asustado —explicó Kaiden aquella noche mientras abría la cama para su novia—. Joder. Ni siquiera sé cómo lo estarán llevando los otros. Curtis es un pequeñajo, pero estas cosas se notan igualmente. Se quedan. ¿Y Sonja? Es una cosita frágil. Y Mike tardó un buen rato en dejar de llorar, cojones.

Lluvia se sentó a su lado de la cama, estirando las piernas.

—No hables como si tú no fueras un niño —bromeó, intentando restarle importancia a aquel asunto—. Pero no, no es un proceso fácil. Tampoco lo fue tu camino hasta el presente.

—Ya, bueno. Pero me siento responsable.

—Hmm, tarde o temprano explotaría, quiero decir… ahí hablábamos de moralidad. Es algo muy importante en una pareja.

Distraídamente, el chico comprobó que la ventana estuviera bien cerrada.

—Supongo —aceptó—. Pero creo que de no ser por mí, por mi pasado, no habrían peleado. Seamos francos, todo el mundo odia a los Templarios. Talya no es una excepción.

—No, claro, pero así como no todos los Templarios son malos, tampoco nosotros somos todos buenos.

Kaiden notó un tirón en el estómago y se volvió hacia ella con las manos en las caderas.

—Eres increíble —comentó—. La única persona que conozco capaz de decir que no todos los Templarios son malos.

—No conocen nada más. Si supieran la verdad, no todos se aferrarían a la idea que tienen.

—Eres increíble.

El chico se acercó y se inclinó para besarla en los labios. Seguía sintiendo mariposas en el estómago cuando la tocaba, pero no se ponía nervioso. Aquello era como respirar. Ella se ruborizaba, y era adorable, pero reía y le devolvía el beso con afecto.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó Lluvia—. Es un pensamiento lógico.

—Ya, bueno, pero la mayoría no lo ven así.

Como Helen. Kaiden respiró hondo y sacudió la cabeza.

—Está por ver cómo terminan —masculló—. Con quién se va cada niño. Joder. Es una familia rota, y me siento responsable.

—No hay nada que puedas hacer, y no sirve lamentarse —respondió ella, alzando las cejas —. Lo que sí puedes hacer es brindarle todo el apoyo que puedas y ayudarle a desahogarse.

—Ya, ya, ya. Eso intento. Eso voy a intentar. —El chico se sentó a su lado y le acarició la espalda—. Será mejor que nos acostemos y eso. Mañana hay que madrugar.

Y sufrir, pensó, porque no solo iban a hacer inmersión en la residencia.

—Claro —sonrió su novia—. Intenta no darle muchas vueltas al tema.

—Ya, ya, ya…

Se levantaron temprano, como habían planeado, y estuvieron frente a la parada del autobús a las nueve y diez. Luka llevaba su pequeña mochila, con la Game Boy, una manta y unas horquillas. Kaiden, por el contrario, llevaba su cartera en un bolsillo, y el teléfono en la otra.

Era una cuestión de principios, una prueba de su propia convicción. No obstante, sentía un ligero picor en la espalda, echando en falta el peso de su kit de supervivencia ahora que iban a

hacer un viaje, por corto que fuera.

—Iba a decir si teníais ganas de pasear —comentó Lluvia a su lado—, pero no estoy muy segura…

—Estamos aquí, ¿no? —repuso Kaiden, encogiendo un hombro—. Y vamos a Albacete.

—Normalmente, uno se pone feliz, pero sé que vuestra situación no es fácil.

—Luka está feliz, ¿verdad, *troich*?

Su hermano pequeño sonrió, cogido de su mano.

—¿Y tú? —insistió la chica.

—Bueno. Yo, um… Vale, ahora mismo echo de menos mi mochila. Pero no pasa nada. Esto es bueno, salir y eso. Nos vamos a la peluquería y al cine. Ya tengo el presupuesto preparado.

Ella lo miró, preocupada.

—Bueno —aceptó—, de acuerdo. Veamos cómo va el día.

—Irá bien —aseguró Kaiden, y le cogió la mano.

El autobús llegó unos minutos después, y los tres chicos subieron y se sentaron, Lluvia junto a la ventana, su novio al lado, y Luka en sus rodillas. El muchacho supuso que era ya demasiado mayor para estar en la falda, pero ¿qué podía decir? No pensaba sentarlo solo… ni irse él… ni tampoco quería que lo hiciera Lluvia.

El viaje fue francamente largo, así que era una suerte que el niño se hubiera llevado la Game Boy. En cuanto a los mayores… bueno, Kaiden se tensaba en cada parada, pero eso fue todo. Procuró mantener el tipo, y lo consiguió bastante bien.

—Qué lejos está la puñetera ciudad, ¿no? —masculló más de dos horas después, mientras seguían en la carretera.

Lluvia, que había pasado el rato mirando por la ventana, se volvió hacia él.

—Ah, sí, un poco —aceptó—. Pero al final te acostumbras. Es entretenido mirar fuera.

—Te entretienes con nada.

—Hmmm, puede que sí. Me quedo pensando en tonterías, como si viera una película en mi cabeza.

—¿Sí? ¿De qué va la peli de hoy?

—Lo de hoy es pensar si voy a cortarme el pelo y cómo me quedarían diferentes cortes —rio la chica—. Nada especial.

—Mmm.

Kaiden le echó un vistazo. Desde que la conocía, la había visto con la misma media melena, más o menos. Era un peinado que le quedaba bien. Por supuesto, no tenía ni idea de esas cosas.

—¿Te lo quieres cortar… más? —preguntó.

—Quizá sí. ¿Te gustaría? Quiero decir… —Lluvia apartó la mirada de nuevo, y tenía las mejillas un poco sonrojadas—. Hay gente que tiene preferencias. Pelo largo, corto… ¿La tienes?

—No —tuvo que admitir él—. Me… O sea, me gustas como sea.

La chica se tocó el pelo, azorada, y después volvió a mirar a su novio.

—¿De verdad?

—Pues claro. —Kaiden hundió los dedos en su cabello, acariciándolo con cuidado—. Corto, largo, me da igual. Tienes un pelo bonito. Y tú, a ver… tú eres bonita igual.

Sonriendo, Lluvia respondió:

—Entonces sí, me cortaré el pelo con vosotros, es más cómodo.

—Sí que lo es.

El muchacho no tenía mucha imaginación, pero intentó verla sin su media melena. No pudo, pero no era una sorpresa. Encogió los hombros y luego, tentativamente, le pasó un brazo por la

espalda para atraerla y besarla en la sien.

—Coño, si ya hemos llegado —comentó, y la ciudad, por fin, apareció al otro lado de la ventana.

Sábado 23 de marzo: Corte de pelo

El autobús todavía tardó un rato en dejarlos, pero finalmente bajaron a la calle en pleno centro de la ciudad de Albacete. Lo primero que Kaiden pensó era que allí todo parecía rojo, de ladrillo. Lo segundo, que debería haber puesto más ahínco con el español, porque no se sentía capaz de defenderse en aquella enorme población llena de tráfico. Y lo tercero, bueno… lo tercero que pensó fue que en realidad podía defenderse de lo que fuera, aunque no usara las palabras adecuadas.

—Bueno —masculló, con Luka cogido de la mano y un nudo en el cuello—. Es grande.

—Es una ciudad —repuso Lluvia, alzando las cejas, y después sonrió—. Pero no os preocupéis, ¡sé manejarme! No nos va a pasar nada. Confiad en mí.

—Puff. Ya lo hacemos.

Le acarició la espalda. Las cosas eran radicalmente distintas a como lo habían sido en Escocia, en Inglaterra… o en Bruselas, ya puestos. Tenía libertad, teléfono, y una cuenta en el banco. En el peor de los supuestos —y no quería pensar en ello—, estaba plenamente capacitado para llevarse a su hermano y a su novia, ponerlos a salvo y comunicarse con Yves, para empezar.

—¿Qué, *troich*, con ganas de cortarte el pelo? —le preguntó a Luka, y el niño rio.

—Noooooo —respondió.

—¿Cómo que no? ¿Tú te crees? No quiere cortarse.

—Oh, quizá porque le gusta ese pelito largo —comentó Lluvia, revolviéndole la rubia melena al niño—. Quizá solo hay que hacerle las puntitas.

—En una semana me veo comprando gomitas y cositas, ya te digo.

—Me gusta, le haré moñitos. ¿Quieres que te haga peinaditos, Luka?

Sonriendo, el pequeño se apoyó en su costado. Aquellas imágenes, pensó Kaiden, le encantaban. Era muy natural pasear con ellos. No se sentía… raro.

}.{

La peluquería era un local pequeño y discreto de una calle poco concurrida, esa clase de lugar que uno se pregunta cómo lo hace para mantenerse a flote, porque no pasa nadie por su acera.

Naturalmente, eso no significaba que no lo conocieran. Era una de las cuatro peluquerías de Santuario ubicadas en Albacete.

—Pero bueno, si es Lluvia —saludó el peluquero, un hombre fornido y de aspecto recio pero que sonreía como un niño—. ¡Dichosos los ojos!

La chica respondió moviendo las manos y con una sonrisa igual.

—Me alegra verte —dijo, acercándose—. Hoy traigo nuevos clientes.

—¡No me digas! —El hombre miró con curiosidad a los chicos, cogidos de la mano y con aspecto incómodo—. Bienvenidos. ¿Nuevos por la zona?

Kaiden titubeó.

—Ya ve —musitó en un muy vacilante español.

—¿Sabes, Kai? —comentó Lluvia, mirándolo divertida y cambiando a inglés—. Nuestro encantador peluquero es de Santuario, así que… relájate.

—No, ya lo sé. Ya lo sé.

—Un chico tenso, ¿eh? —El hombre, cuyos idiomas eran el castellano y el gallego, y solo

chapurreaba el inglés, se movió con soltura, dejó el viejo ordenador y rodeó el mostrador para acercarse e intentar comunicarse—. Los lugares nuevos eh, asusta un poco. ¿Por qué no sientas con el niño y yo trabajo con mi clienta favorita?

—Oooh, soy la favorita —bromeó Lluvia, riendo—. Ya verás, Kai, me va a dejar muy guapa.

—No creo que eso sea posible. Joder, espera, no. Es decir…

Riendo, el peluquero sacudió la mano, tocó el brazo de la chica y apartó uno de los sillones para ella. Lluvia rio, siguiendo las indicaciones. Había entendido lo que Kaiden quería decir.

—Es que es un encanto —comentó en español, sentándose—. Aunque estuviera con ropa horrenda y cara de sueño, o medio muerta, creo que me vería igual.

—¡El amor de los jóvenes!

Mascullando algo, el muchacho llevó a Luka hasta los asientos de la entrada y se volvió, observando los rápidos movimientos del peluquero, que comenzó a prepararlo todo para su trabajo.

}.{

Kaiden no perdió detalle de lo que hacía aquel hombre, no porque no se fiara —aunque ayudaba—, sino porque no lo conocía, y ya está. Pero parecía ser bueno en su trabajo. Escuchó las indicaciones de Lluvia, le lavó el cabello y después comenzó a cortar como ella le pedía. Se lo secó al final, y lo que quedó fue mucho pelo negro en el suelo, unos mechones que enmarcaban sus mejillas, y una corta melenita que dejaba la nuca al descubierto.

El muchacho se encontró deseando dar un mordisquito a esa nuca.

Lluvia suspiró algo, evidentemente satisfecha y sin saber lo que le pasaba por la cabeza a su novio, y le hizo un agradecido comentario al peluquero antes de volverse hacia los chicos con una gran sonrisa.

—¿Os gusta? —preguntó en inglés.

—¡Guapa! —exclamó Luka, y además lo hizo en español.

—¡Oh, gracias! —Cogiendo la oportunidad al vuelo, Lluvia siguió hablando en el mismo idioma—. Has aprendido muy bien la palabra. ¿Quieres ponerte guapo también? Un flequillo bonito, un peinadito.

Kaiden no entendió la mitad, pero su novia lo repitió en inglés. La inmersión no se acababa, suponía, aunque estuvieran en la ciudad.

—Vamos, *troich* —lo animó, y lo llevó hasta el lavadero donde el peluquero ya estaba poniendo un sillón más alto para el niño—. Eh… gracias.

Sonriendo, Lluvia se acercó a ellos.

—Verás que es muy divertido —dijo en español, repitiendo siempre en inglés—. Y, además, el champú huele a nata.

Kaiden sentó a su hermano y le sujetó la mano mientras el hombre le lavaba el pelo con mucho cuidado. No perdió detalle, porque estaba claro que Luka iba a dejarse el pelo largo, y tenía que saber cómo limpiárselo hasta que fuera lo bastante mayorcito para hacerlo solo.

Lo cierto es que el niño no cambió demasiado. Miraba con recelo las tijeras y no quería que le cortaran mucho, así que el peluquero le arregló las puntas y se lo escaló un poco, nada especialmente notable, pero el resultado era un niño que parecía más angelical que antes.

—Qué guapo estás —dijo Lluvia, y besó en la frente al crío, haciéndolo sonreír como si le hubieran regalado el mundo—. ¿Qué piensas, Luka? ¿Te gusta?

—¡*Tha*!

—Te enseñaré a cuidarte bien el pelo, y así siempre lo tendrás bonito.

—¡Vale!

A Luka se le escapó un rápido abrazo. El peluquero rio y dijo algo en español, pero Kaiden reconoció muy bien las palabras «hermana» y «océano». Lluvia sonrió hacia él, respondió algo y después se volvió hacia su novio.

—Entonces, ¿qué va a ser, maridito?

—Joder —masculló él, avergonzado—. Ehm. Yo… Bueno, cortar. Un poco.

La muchacha estiró la mano y le acarició la mejilla. Su contacto, pensaba Kaiden, era a la vez emocionante y relajante. Le cogió los dedos y se los estrechó.

—Vale —asintió Lluvia—. Un poco, entonces.

Su principal experiencia con la peluquería eran las tijeras de su madre durante sus primeros años de vida, y después un barbero que se lo dejaba muy corto. Se le olvidaba volver hasta que el pelo le tapaba los ojos.

Aquella ocasión fue bastante diferente. Con mucha pericia y no poco estilo, el hombre —Eloi, se llamaba, descubrió aquel día— le cortó aquel pelo demasiado largo, pero no tanto. Los mechones rebeldes quedaron cubriendo su cabeza y sus orejas, y algunos rozaban sus sienes y su frente con cierta gracia. Observándose al espejo, Kaiden alzó la mano y tentativamente se revolvió el pelo. No empeoraba.

Como Eloi estaba con los últimos retoques, Lluvia cogió a Luka en brazos —el niño se agarró a su cuello igual que hacía con Kaiden, y eso le pareció tiernísimo— y se acercó a su novio, ladeando la cabeza.

—Oh, sí, qué bien te ha dejado —comentó.

—¿Sí? ¿Te gusta?

—Sí, estás guapísimo.

—Pff. Es diferente. Tú… estás muy guapa. No sé.

—Cómoda, me gusta tenerlo así. En verano será muy fresco.

—Mientras no sea demasiado frío ahora.

Kaiden se levantó finalmente y les besó la frente a los dos. Luego sacudió la cabeza.

—Bueno, um… Pues ya está. —Miró a Eloi—. ¿Cuánto, eh…? ¿Cómo era?

Lluvia, por supuesto, rodó la mirada.

—Voy a pagar yo —dijo, riendo, y se volvió hacia el peluquero—. ¿Cuánto te debo, Eloi?

El chico abrió la boca para protestar, pero se lo pensó mejor. En lugar de eso, cogió a Luka para que su novia tuviera los brazos libres, y se dijo que todavía tenían que ir al cine, y allí ella no iba a sacar el monedero.

Domingo 24 de marzo: ¿Me lo puedo quedar?

Las emociones del fin de semana no terminaron el sábado al regresar a casa. Desde luego, Lluvia tenía más planes preparados. Kaiden le había hablado de su mañana en el establo, pero se había dejado el detalle de que había rechazado montar a Sam.

La chica sabía montar desde antes de andar, posiblemente. Era normal, con una madre como la que tenía. Había dos razones por las que no tenían animales en casa: sus padres viajaban mucho, y al fin y al cabo era una residencia. Pero Lluvia siempre había tenido relación con una u otra bestia, sobre todo cuando era más pequeña y Sandra se la llevaba a los establos para vigilarla si Carlos tenía una misión.

Así que… sabía manejarse con los animales, y estaba claro que la experiencia en los establos había sido positiva y divertida para los dos chicos. Valía la pena repetir.

Eran las diez cuando llegaron. Esta vez, Kaiden tenía una mochila, pero porque en ella, además de lo más esencial en su kit de supervivencia, llevaba comida y merienda. Pasarían el día entero allí.

—Hola, chicos —saludó Sandra al verlos llegar—. Me alegra veros por aquí. He avisado a unos cuantos amigos para que no os aburráis, pero no voy a poder estar con vosotros mucho tiempo, hay un pequeño imprevisto y estamos hasta arriba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó su hija de inmediato, preocupada—. Quizá podamos ayudar.

—Oh, no, vamos a recibir a alguien y hay que preparar unas cuantas cosas. Vosotros pasadlo bien. ¿Quieres que os deje a Munin para algún mensaje puntual? ¿O ya os apañais?

—No, mama, si hay que trabajar, trabajaremos, ¿verdad? Pasar tiempo con animales y además ayudar.

Sandra rio y le acarició el pelo a su hija. La había visto con el nuevo corte la noche anterior, cuando los chicos pasaron antes de ir a casa, pero todavía parecía sorprendida por el cambio.

—Me gusta cómo te queda —confesó.

Lluvia dio un respingo y sonrió, azorada.

—Gracias —musitó—. Es cómodo.

—Ya lo creo. Y muy fácil de peinar, ¿no es verdad?

—Ni siquiera tengo que peinarme.

—Ya me parecía. —Sandra alzó la vista y le guiñó un ojo a Kaiden—. Como otro que yo me sé.

El chico se encogió de hombros.

—¿En qué ayudamos? —preguntó.

—Qué chicos tan buenos tengo. —La mujer cabeceó—. Vamos un poco cortos de manos, así que si podéis poner la comida de la última fila del establo C, sería estupendo, y tenemos que limpiar las cuadras de la segunda fila del establo B. Y si luego os sentís con ganas, Lori, Brownie y Cachivache se sentirían muy decepcionados si no os pasarais para que hicieran ejercicio.

Riendo por lo bajo, Lluvia asintió.

—Vale —dijo—, déjanoslo a nosotros. Quizá no seremos rápidos, pero estará todo hecho.

—Sois mis héroes.

Sandra besó a su hija en la frente, y luego hizo lo mismo con Kaiden, que se ruborizó y tartamudeó y Luka, que aprovechó para darle un fuerte abrazo. Se marchó momentos después, y

con cierta prisa.

—Sea lo que sea que viene —comentó el chico—, parece grande.

—Sí, es faena —aceptó Lluvia—, pero, ey, trato de primera mano con nuevos amigos. Luego son muy agradecidos.

—Sí que lo son. ¿Qué, *troich*, vamos a trabajar?

—¡*Tha*!

Tampoco aquella era la primera vez que la chica colaboraba en las tareas del establo, y sabía dónde estaba todo. Barrieron el heno sucio, fregaron los suelos, los secaron y pusieron nueva paja con la que acomodar a sus inquilinos.

Cuando terminaron con aquella parte de los deberes, Luka los esperaba en el pasillo, entre las dos puertas, y tenía un gato en brazos. No parecía un gatito doméstico, precisamente, pero aguantaba con mucha paciencia pese a su expresión de mal humor.

—Si es que le gusta todo —comentó Kaiden—. El jueves metió en casa un saltamontes y le quería hacer una casita en un cajón. Ahora verás, pedirá si nos lo podemos quedar.

—¿*No* lo *podemo quedá*? —preguntó el niño, esperanzado pero riendo.

Lluvia rio, divertida.

—Es normal —repuso—. Creo que todos a su edad queremos un amigo, peludo o no, ya me entiendes.

—Supongo —aceptó su novio—. Lo siento, *troich*, pero el gato se queda donde está. Es un gato de establo y le gusta cazar ratones por aquí.

Luka frotó la mejilla contra la cabeza del gato, que entrecerraba los ojos con paciencia, pero se le oía ronronear… un poco. La chica se agachó para ponerse junto al niño.

—Cuando llegue el momento de tener un nuevo amigo —dijo con solemnidad, sonriendo—, iremos a buscarlo, y será aquel que necesite más ayuda y mimos. Puedes tener otros, como este pequeño, pero necesitan ser libres. Puedes jugar y tocarlos si se ofrecen, puedes venir siempre que quieras, pero este es su hogar, y como tienen hogar, no necesitan otro. Por eso, el día que uno vaya a casa, será porque necesita una familia.

—Mmmm.

Luka frotó la cara contra el gato una vez más, pero después lo soltó. Acto seguido, besó a Lluvia en la mejilla. Ella se lo devolvió.

—Kai —dijo entonces, volviéndose hacia el chico—. Tienes que hacer números, ya sabes, para tener un nuevo amiguito.

Kaiden la observaba en silencio, muy serio. Le hizo un gesto para que se acercara. Sorprendida, Lluvia lo hizo, preguntándose si había dicho algo malo. Su novio la atrajo un poco más y la besó en la boca, rápido y con fuerza.

—Te quiero —soltó sin preámbulos.

Cogida por sorpresa, sin esperárselo, ella solo pudo sonrojarse y tartamudear:

—Ah… Y-y y-yo también a ti.

Domingo 24 de marzo: Cachivache

Después de la limpieza y poner heno, agua y chucherías en la última fila, los chicos estaban cansados y se recogieron para comer a la sombra de unos árboles, cerca de uno de los cercos. Al otro lado de la valla pastaban vacas, algo que sorprendió a Kaiden, que no esperaba algo tan normal. No obstante, Santuario no parecía diferenciar unos animales de otros, salvo porque a aquellos que otros consideraban mitológicos, ellos los llamaban «críptidos».

Eran las dos cuando Sandra los encontró y se sentó a hablar con ellos y picar algo.

—Habéis hecho un gran trabajo —aseguró—. ¿Vendrás en otras ocasiones a echar una mano, Kaiden?

—Sí, claro —respondió el chico, aunque con cierta inseguridad, y ella le sonrió.

La mujer se marchó poco después, poniendo rumbo a Albacete, no sin antes pedirles que no se olvidaran de la última tarea. Esta trataba de «llevar a Lori, Brownie y Cachivache a hacer ejercicio», que era, en última instancia, la razón de aquella visita a los establos.

Eran las tres cuando entraron de nuevo, y Lluvia, que ya conocía el camino, llevó a los dos hermanos hasta el pony: Cachivache, de pelaje blanco y trenzas en el pelo, comenzó a olisquear bolsillos como un loco. Era difícil tenerle miedo, porque no llegaba al metro y medio de altura y tenía una simpática sonrisa en el hocico.

—¿Qué pasa, guapo? —saludó la muchacha, acariciándolo—. Hoy vamos a presentarte a dos personas muy especiales.

Con los ojos desorbitados de emoción, Luka se acercó, pero mantuvo las manos quietas. Incluso se las agarró a la espalda. Kaiden estaba muy orgulloso de él.

—O sea que este es… No sé ni cómo se pronuncia —confesó el chico—. *Katshibatshe*.

Lluvia se echó a reír… aunque apretó los labios para que no sonara demasiado. Su novio rodó la mirada.

—Sí, eso, sí… —respondió—. Llamadle Cachi, mejor, más corto para vosotros. Dame la mano, Luka —dijo luego, ofreciéndole la suya al niño—. Vamos a acariciarlo un poco para que te tenga confianza.

—*Tha* —susurró el pequeño, fascinado, y le brillaron los ojos cuando comenzó a acariciar el cuello de Cachi.

—A él le gusta tanto como a ti —aseguró Lluvia con una sonrisa—. Además, seguro que quiere llevarte a pasear pronto. Le gusta mucho estirar las patas, ¿sabes?

A Luka no le gustaba andar, pero el modo en que asintió hizo que pareciera que comprendía perfectamente la sensación. Kaiden sacudió la cabeza.

—¿Qué hay que hacer para… prepararlo y eso? —preguntó—. Porque no vamos a subirlo al caballo a pelo. ¿No?

—No, sería una locura, sobre todo para tu entrepierna.

Lo dijo con una ceja alzada y expresión seria, y el chico, resoplando, sacudió la cabeza y se inclinó para darle un fuerte beso en la boca.

—Me refería al crío, pero tampoco quiero que su entrepierna lo pase mal. Qué peligroso es esto de montar…

Los preparativos para un caballo —por pequeño que fuera— pasaban por un buen cepillado y ponerle una manta sobre el lomo y una silla tamaño infantil. Lo último eran las bridas.

Para cuando llevaron a Cachi hasta el picadero, Luka ya estaba ansioso, saltando de un pie al otro, incapaz de estarse quieto. No, desde luego no tenía miedo.

—Bueno, *Katshi*, ¿vas a estar bien? —preguntó el muchacho, cogiendo a su hermano por debajo de los brazos para levantarlo.

—Hoy vais a montar un rato vosotros —explicó Lluvia—, para ver cómo os movéis y tomar yo las riendas, después… os dejaré solos.

Kaiden resopló. Sentó con cuidado a Luka a lomos de Cachi, que se quedó quieto. En el acto, el niño se abrazó al cuello del pony como si le fuera la vida.

—Solo hay que coger las riendas y llevarlo por ahí, ¿no? —supuso el chico.

—Sí, más o menos —asintió ella—, pero no, Kai. Vas a montar. Luka, mira. —Lluvia le cogió las manos al niño para ayudarlo a colocarlas en posición—. No te vas a caer, confía en mí.

—*Tha* —respondió el niño, muy concentrado.

Kaiden dio un paso atrás y dejó que su novia se ocupara, pero no perdió detalle del modo en que enseñaba. Luka cogía las riendas a la vez que la chica, y pronto Cachivache estaba caminando de un modo muy tranquilo, muy fluido, y Luka se reía.

«Joder», pensó. «Pues esto está bastante bien».

Sonriendo, Lluvia acarició el pelo del niño, enseñándole también a frenar. El pony estaba muy acostumbrado al contacto de los más pequeños y era muy sensible a sus estados de ánimo, así que se detuvo en el acto, moviendo alegremente la cola. En eso parecía un perro.

Luka musitó algo en escocés —parecía algo así como «qué guay», pero Kaiden no lo había oído bien— y volvió a abrazarse al cuello del animal.

—Te voy a dar unas chucherías —anunció la chica—. No le des muchas, solo cuando creas que se porta muy bien, ¿vale?

—Vale —asintió el niño felizmente, y Lluvia le puso las golosinas en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Crees que puedes venir con nosotros? Mientras estás ahí, montado, y yo ayudo a Kai a subir a un caballo.

—*Tha*.

Luka parecía haber nacido a lomos del pony. Se sentaba muy estable sobre la silla, y movió con mucho cuidadito las riendas hacia un lado para hacerlo girar mientras le decía:

—*Amos con* Kai, ¿vale? *E* ese *dahí*.

—Muy bien —sonrió Lluvia, y volvió con Kaiden, tocándole la tripa—. ¿Estás listo, chico guapo?

—Mmm. Tengo, no sé, una proposición.

—¿Indecente?

El muchacho apretó los labios para evitar que se le saliera el corazón por la boca. Iba a matarlo un día, seguro.

—Eso lo guardo para casa —respondió, muy serio.

—Lo sé, solo te tomaba el pelo. —Lluvia le sacó la lengua—. Dime, te escucharé, juzgaré y veré si me parece bien o no.

—Vale. ¿Cuánto hace que no ves a Brownie? En plan, en serio, salir con ella y eso.

—Bastante, ¿por qué?

—Porque me gustaría verte montar, y a ti te gustaría, creo, dar una vuelta de verdad con ella.

La chica se acercó un poco más. Lo miró a los ojos, algo que no hacía a menudo, y le apoyó un dedo en el pecho.

—Kai, mi vida, cariño, cosita… —murmuró, alzando una ceja—. ¿Te da miedo la idea de

montar?

Él resopló y rodó la mirada.

—No —replicó, cogiéndole la mano—. Pero me gustaría verte a ti.

—Y lo harás, pero… primero quiero que subas tú, conmigo, sobre Lori.

—¿No vas a sacar a Brownie? Joder.

—Claro que voy a sacar a Brownie, cuando estés preparado para ir solo por aquí. Si eres como Luka, no vas a tardar nada.

Kaiden suspiró y miró a su hermano, que daba vueltas en círculo con el pony. Era fácil fiarse de Cachivache. Pero después bajó la vista y miró la hora. Eran más de las cuatro. En apenas tres horas caería el sol.

—¿Estás segura? —insistió.

—Kaiden, cuanto más alarguemos esto, menos tiempo tendremos.

—Joder. Largo a buscar a Lori o a quien quieras. Yo vigilo al enano.

Domingo 24 de marzo: Lori

Lori era una yegua mansa y robusta de pura raza española y pelaje tordo, gris salpicado de blanco, a la que le gustaban las manzanas y pasear. No se asustaba con facilidad ni era la clase de caballo que quiere correr todo el día. A sus quince años, era maternal, paciente y muy tranquila.

Cuando Lluvia la llevó al corral, las cosas seguían bien. Luka montaba muy contento a Cachivache, y, aunque había perdido las riendas un par de veces, Kaiden se las había vuelto a acortar. No era difícil, pensaba el chico. Por supuesto, aquel era un pony, y lo que venía con su novia… no. Pero debía admitir, pensó mientras las veía llegar, que era guapa.

La chica lo miró, ladeando la cabeza.

—¿Nervioso? —le preguntó.

Él hizo una leve mueca y respiró hondo. Puede que un poco, pero se dijo a sí mismo que no había ninguna razón. Solo era un animal grande. Su principal preocupación era asustar a Lori, o a cualquier otro, más que otra cosa.

—He sobrevivido seis meses en el campo sin ayuda —enumeró—. He pasado la vida entrenando, o sea que puedo tener un equilibrio aceptable, agilidad, fuerza, no sé. He luchado contra putos templarios, joder. No voy a matarme cayéndome de un caballo. Solo me preocupa molestarla o algo.

—No la vas a molestar, es una cosita mansa y adorable —sonrió Lluvia—. Mira, voy a enseñarte a subir, ¿vale?

Su novia le dio algunas indicaciones. No parecía difícil. Colocarse en un lado, pie en el estribo, empujar, pasar la pierna por encima. Dio un respingo cuando la chica le puso unas golosinas en el bolsillo.

—Lo mismo que le dije a Luka —indicó, tocándose el labio inferior—. Con lo ágil que eres dudo que necesites una escalerita o un empujón, pero si quieres, voy a buscar.

—No, creo que lo tengo. Hola, guapa. —Kaiden palmeó el cuello de Lori, que movió las orejas para escuchar—. Sí, eso, que eres guapa. Voy a subir, ¿vale? Ten paciencia, que es la primera vez.

El muchacho hizo lo que le habían mandado, y de pronto se encontró sentado a más de metro setenta de altura.

—Vaya —masculló.

Lluvia dio una palmada, sonriendo. Acarició primero a Lori, y después la mano de Kaiden, que intentó relajarse un poco.

—Muy bien —dijo—. ¿Qué tal te sientes?

—Alto. ¿Siempre has sido tan pequeña?

Ella cruzó los brazos con un mohín, y respondió riendo:

—Tonto. Vale, voy a explicarte lo más importante.

En apenas diez minutos, Kaiden tenía unas nociones básicas de monta, y, con su novia cogiendo la cabezada de Lori, ya estaba caminando. Luka, que parecía muy suelto, montaba a Cachivache a su lado, y el pony comenzaba a ir muy deprisa para la salud del muchacho.

—Bueno, *troich*, ¿qué dices? —comentó—. Estamos montando a caballo.

—¡*Tha*! —exclamó el niño, encantado—. *E divertito*.

—Ya lo creo. ¿Qué tal si Lluvia va a buscar su caballo y nos ponemos los tres?

—¡*Tha*!

La chica rodó la mirada.

—No hace falta que me lo digas más veces —aseguró, divertida—. Me quería asegurar de que estabais bien antes de ir a por Brownie.

—Me bajo y vigilo al crío —respondió Kaiden, y tiró muy suavemente de las riendas, frenando a Lori.

—Míralo, ya es un experto —rio ella.

—No es difícil. Y Lori se porta bien, ¿eh, chica?

Palmeó el cuello de la yegua, que siguió inmóvil, muy tranquila. Era definitivamente una buena opción para los novatos. Luego bajó la vista, mirando al suelo. Cuando bajó del caballo, puede que no fuera elegante, pero sí fue impresionante. En lugar de volver a utilizar el estribo para apoyarse, bajó de un salto y sin soltar las riendas.

Cuando se giró, Lluvia lo miraba con una ceja alzada y los brazos cruzados.

—Oh, sí —rio—. Ya veo lo atlético que eres, suertudo.

Kaiden encogió un hombro, se inclinó y la besó en los labios.

—Siempre podemos entrenar, si quieres ser más atlética —respondió.

—Nah, eso te lo dejo a ti, soy demasiado vaga.

—Vale. La opción está ahí cuando quieras.

Ella sonrió y alzó la mano, acariciándole la mejilla.

—Ahora vengo con Brownie —dijo.

Era verdad, Lluvia no era deportista, comparándose con Kaiden, pero eso no significaba demasiado. Estaban bien así, sin necesidad de compartirlo todo. El chico sacudió la cabeza y prestó atención a Luka, que daba vueltas con Cachivache.

—Lo va a marear —le comentó a Lori en tono confidente—. Pero lo lleva bien, ¿no crees?

Domingo 24 de marzo: Brownie

Brownie era uno de los pocos caballos que habían nacido en el establo. Por aquel entonces la chica tenía once años, eran las vacaciones de verano y había acompañado a su madre en el trabajo. No la dejaron presenciar el parto, claro, pero Lluvia fue testigo de los primeros brincos de la pequeña yegua castaña, y le puso su nombre.

La muchacha había estado ahí cuando comenzaron a adiestrarla, y la visitaba a menudo. Era natural que se hicieran amigas. No podía decir que fue la primera en montar a Brownie, pero sí la tercera. En muchos sentidos, habían crecido juntas, incluso cuando, sobre todo en los últimos tiempos, los deberes, la escuela y las amistades no permitían que Lluvia la visitara tan a menudo como antes. Sencillamente, no disponía del mismo tiempo que cuando era niña… pero iba a visitarla tanto como podía, a ella y al resto de animales del establo que tan bien conocía.

Cuando la chica llegó a la cuadra, la yegua ya movía la cabeza y las patas, excitada. La había olido y la había oído, y tenía muchas ganas de ver a su amiga.

—Holaaaaa —saludó Lluvia, corriendo a abrazarse a su cuello y frotar la cara contra la amplia mejilla del animal—. ¿Cómo estás?

Aunque no tenía la misma habilidad que su madre, la muchacha podía adivinar lo que Brownie sentía e incluso pensaba. Había pasado mucho tiempo entre aquellos animales: sabía leer su lenguaje corporal. Era fácil adivinar que la yegua estaba contenta por la posición de sus orejas, el ligero temblor en su cuello, el movimiento de su cola. Brownie se frotó contra ella y después apoyó la cabeza en su hombro.

—Te cuidan bien, ¿verdad? —continuó la muchacha—. Bueno, eso es obvio, aquí a todos os cuidan muy bien. —Sacó una rodaja de zanahoria de la bolsa que llevaba en el bolsillo y se la acercó—. Aunque nadie te mima tanto como yo.

Brownie aceptó la golosina acariciando la palma de su mano con los belfos, siempre poniendo mucho cuidado. Su cuadra estaba limpia, y tenía el comedero y el bebedero lleno, pero estaba claro que quería salir a correr. Con solo cuatro años, era una yegua llena de energía.

Sonriendo, Lluvia la acarició de nuevo.

—¿Qué, te apetece salir?

Comenzó los preparativos, que eran más para sí misma que para Brownie. Estaba claro que saldría disparada a la menor oportunidad, pero la chica todavía necesitaba una buena silla y unas riendas a las que agarrarse.

Cuando regresó al picadero, lo hizo ya a lomos de su amiga, que temblaba entre sus piernas por las ganas de echar a correr, pero mantenía un paso enérgico. En seguida vio a sus chicos. Luka seguía montando a Cachivache, que ahora trotaba con delicadeza. No lo hacía solo: Kaiden corría junto al pony, con una mano en su cabezal y sujetando las riendas de Lori en la otra.

La muchacha los observó un momento, divertida, y después preguntó:

—¿Os lo pasáis bien?

—¡Ya ves! —respondió el chico, que comenzó a frenar y contuvo a los dos animales; luego la miró, y ladeó la cabeza—. Es hasta más guapa que en las fotos. Y quedáis muy bien juntas.

Riendo, Lluvia se inclinó para abrazarse al cuello de Brownie.

—Sí, y tiene muchas ganas de moverse, así que… Si no os importa, haré que se canse un poco y volveré.

—Por favor. —Kaiden le hizo un gesto hacia el resto del corral—. Vamos a ver a una amazona en acción, *troich*.

—No, para nada. —Lluvia rio, tomando mejor las riendas—. No soy ninguna experta, en nada me superaréis los dos. —Después se acomodó—. Vale, chica, vamos a correr un poco, ¿hm?

Brownie no necesitó un toque de los talones en los costados: solo con esas palabras, salió disparada.

}.{

Como de costumbre, Lluvia decía que no, pero lo cierto es que montaba como si hubiera nacido sabiendo hacerlo. Se movía con la yegua, ligeramente inclinada sobre su cuello para enfrentar la fricción del viento, y dejaba que Brownie corriera a placer dando vueltas alrededor del cerco.

Kaiden las observaba con atención, notando la sincronía que había entre las dos. Puede que la chica no supiera hablar con su montura de mente a mente, pero era como si se comunicaran de todos modos.

—Conectar con otros así tiene que ser guay, ¿eh? —comentó a nadie en particular.

Luka, sentado a su lado sobre Cachivache, se inclinó para abrazarlo, y el muchacho se acercó un poco más para permitírselo sin que se cayera.

—¿Qué, vamos a correr también? —le preguntó.

—*Tha*.

—Vale, pero no mucho. No puedo alcanzar esas velocidades, chico.

Volvió a coger el cabezal del pony y las riendas de Lori, y luego comenzó a trotar. Los animales se pusieron a su velocidad rápidamente.

Domingo 24 de marzo: Aprender a montar

Lluvia galopó con Brownie durante veinte minutos, hasta que sintió que estaba más relajada, y sin duda bastante cansada. Ella misma también lo estaba. Puede que Brownie hiciera la mayor parte del esfuerzo, pero nadie podía decir que montar a caballo no fuera agotador.

—Kai —llamó después de regresar al paso y recuperar una postura más erguida—. Tengo una idea.

Él también redujo el ritmo de su carrera, con el aliento apenas un poco acelerado, su pecho subiendo y bajando más deprisa de lo normal, y después la miró con atención.

—¿Qué tal si subo a Luka conmigo, y tú vas con Lori? —inquirió la chica.

—Mmm. ¿Tú qué opinas, *troich*? —Kaiden miró a su hermano—. Si vas con Lluvia, seguro que te llevará a correr antes de que nos vayamos.

El niño miró con pena a Cachivache y le acarició la crin, pero estaba claro que la idea de correr le resultaba muy atractiva.

—Igual *Katshi* puede ir con una correa o algo —propuso el mayor, volviendo a mirar a Lluvia—. Se puede, ¿no? Las he visto. Esas cuerdas tan largas.

La chica asintió.

—Al menos así podrás montar un rato, y Luka se sentirá muy alto.

—¿Has oído, *troich*? Vas a ser alto.

Diez minutos más tarde, Cachivache ya no tenía silla, y las riendas se habían cambiado por un cabezal atado a una larga cuerda que estaba en manos de Luka. El niño estaba sentado delante de Lluvia, a lomos de Brownie, y Kaiden, de nuevo, trepaba a la espalda de Lori con bastante agilidad.

—Pues ya estoy aquí otra vez —le dijo a la yegua, palmeándole el cuello—. A ti como que todo te va bien, ¿eh?

—Es una buena chica —rio Lluvia—. Así que sí, todo le va bien.

—Ya se nota. Qué paciencia. Bueno, maestra amazona, ¿qué hacemos?

Aquella sencilla frase la hizo sonrojar intensamente. A Kaiden le gustaba ver sus mejillas encendidas.

—No me digas eso —masculló su novia—. No lo soy en absoluto. Pero simplemente vamos a correr un poquito, no mucho, solo para que Lori se ejercite un poco y Brownie se duerma a gusto, y…

Lluvia sacudió la cabeza. El chico la miraba fijamente.

—¿Qué he dicho esta vez? —preguntó—. ¿Maestra amazona?

—¡K-Kaideeen! —se quejó ella, avergonzada.

El muchacho palmeó el cuello de Lori y tocó sus costados con los talones para acercarse a Brownie.

—¿Es por la maestra, o la amazona? —inquirió, lleno de curiosidad.

—Por el concepto en sí.

—Mmmm. Vale. Maestra amazona.

Lluvia boqueó, azorada. Se mordía el labio inferior de una forma adorable cuando le hizo un gesto para que comenzara a andar, y Kaiden, decidiendo no torturarla más… por ahora… le indicó a Lori que procediera. La yegua comenzó a caminar, y en el acto Brownie se puso a su

altura, contenta de moverse y hacer ejercicio.

—*Katshiiii* —llamó Luka, encantado, mirando al pony que andaba alegremente junto a ellas —. *Uapo*.

—Te gusta, ¿eh? —comentó Lluvia, y lo besó en la cabeza de un modo casi maternal—. Tal vez tengamos que venir más a menudo aquí.

—¡*Tha*!

—Se lo está pasando pipa —asintió Kaiden—. Podríamos, no sé, venir los domingos. Echar una mano, montar un rato.

—Claro, a mi madre le vendrá bien la ayuda.

—También sigo pensando en venir por las mañanas. Yo no tengo clases. ¿Tú qué dices, *troich*? ¿Quedarte con los niños en la residencia un rato?

El niño torció los labios, pensativo.

—*Tha* —asintió al final.

—Aprovecha mientras puedas —replicó Lluvia, y Kaiden compuso una mueca.

—Ya, ya, ya. Tienes unas ganas de que me toque ir al cole contigo…

El sol llegó al horizonte no mucho tiempo después, y con su marcha vino el frío. Tuvieron que dejarlo pronto, para la decepción de Luka… y también la de su hermano, que había disfrutado más de lo que esperaba de montar a caballo.

Sí, pensaba, le gustaría repetir, y a menudo.

Entre los tres limpiaron a los animales, los cepillaron y los llevaron a sus cuadras. Los atiborraron a zanahoria y manzana antes de dar por concluido el día.

Eran las siete y media cuando llegaron a la residencia. No valía la pena que los tres volvieran a casa, puesto que al día siguiente era lunes, y Lluvia no podía quedarse a dormir.

—Bueno —suspiró Kaiden—. Esto ha estado bien. Hasta me duelen un poco las piernas.

—Las agujetas te van a atacar bien —rio Lluvia—, pero te acostumbrarás.

—Eso siempre. No sé. Quizá la próxima vez nos echemos a correr, ¿eh, *troich*?

—¡Vale! —exclamó el niño.

—Vaya par. —La chica rodó la mirada—. Anda, id a casa. Es tarde y tenéis que descansar.

Kaiden asintió y se inclinó para darle un suave beso en la boca. Ella se ruborizó, pero sonreía.

—Buenas noches —dijo.

—Hasta mañana, maestra amazona.

—¡Kaiden!

Estaba muerta de vergüenza. Él casi sonrió. Se inclinó para besarla una última vez.

Martes 26 de marzo: Guardería

El lunes por la mañana, los dos hermanos llegaron a tiempo para despedir a Lluvia antes de que subiera al autobús, y después desayunaron con Charles y Sandra. Kaiden ya había hablado con Luka: le había dicho dónde estaría, y lo que haría, y por cuánto tiempo.

Cuando comenzaron a reunirse los demás niños y los dos monitores, el pequeño lo miró muy serio, le dio un fuerte abrazo y se unió a los demás.

—Es duro cuando se hacen mayores, ¿eh? —comentó Charles con afecto, y le palmeó la espalda—. No te preocupes. Océano y yo lo estaremos vigilando, ¿vale?

—Vale —asintió Kaiden—. Sí, vale. Todo va bien. Esto es algo bueno.

—Sí que lo es.

Procuró controlar el errático, dolorido latido de su corazón cuando se marchó con Sandra. Aquello era definitivamente bueno, a más niveles de los que quería admitir. Era una preparación, solo para empezar, porque en septiembre tendría que ir al instituto, y Luka todavía no tenía edad. Pero era, sobre todo, permitir que Luka socializara, hiciera amigos y se relacionara con otros niños de su edad.

Sí, era bueno. Pero eso no lo hacía más fácil.

Llegaron al establo en poco tiempo. Era un día fresco y algo ventoso, aunque hacía sol y había pocas nubes dispersas en el cielo.

—¿Limpias mientras yo saco a los animales? —propuso la mujer.

—Claro, sí.

Ya había varias personas haciendo exactamente eso, pero era fácil alternar las cuadras. Sandra se llevaba a un caballo, pony, unicornio, pegaso… o cosas que Kaiden no sabía catalogar… y él se quedaba para tirar el heno sucio, barrer, fregar y echar nueva paja. Para cuando la mujer volvía, ya estaba poniendo la comida.

Hicieron lo mismo con cuadras más grandes, que eran la habitación de grupos más numerosos. Cinco, seis, siete vacas, cabras, ovejas… y eso suponía más trabajo de limpieza, claro.

Al chico le vino bien el trabajo, pero no lo alargó mucho. Había dejado a Luka solo por dos horas cuando decidió que ya no podía más. Se despidió de Sandra, pero antes de marcharse pasó a saludar a Cachivache, a Lori y a Brownie. No obstante, solo encontró a la mansa yegua torda, cerca de la valla de un cerco.

—Igual mañana vuelvo a primera hora o algo —masculló, ofreciéndole un trozo de zanahoria —. Ale, disfrútalo, y saluda a los demás de mi parte.

Kaiden debía admitir que volvió a la residencia más deprisa de lo que debía, pero al menos no lo hizo corriendo. Eso ya era algo.

Cuando llegó, sintió que se deshacía un nudo que no había admitido que tenía en el pecho. Vio a Luka jugando con unos soldaditos de madera y dos niños más, y tuvo la sensación de que ya estaba, que todo iba a estar bien.

}.{

El martes, Kai lo despertó temprano. El sol no había salido todavía. Luka estaba acostumbrado, porque se levantaban siempre muy pronto. Al fin y al cabo, tenían que ir a ver a

Lluvia.

No le molestaba madrugar. Era un niño obediente. Hacía lo que le mandaban cuando se lo mandaban, y sabía que era querido y protegido. Estaba aprendiendo a escribir, y practicaba con su poder sin miedo. Jugaba mucho con Yves y con Ahti, los amigos que tenía en las pantallas y los altavoces.

Luka era feliz. A veces se despertaba por la noche, súbitamente asustado por algo que no entendía bien, pero sabía que no debía hacer ruido, así que se deslizaba en silencio por la casa hasta encontrar a Kaiden y se acurrucaba con él.

Rara vez tenía miedo durante el día, y cuando sucedía solo tenía que mirar alrededor y ver a su hermano, y sabía que todo iba a ir bien mientras lo tuviera cerca.

Aquella mañana, no obstante, Kai no estaba a la vista, y Luka sintió un súbito frío en el estómago. Estaban los otros niños, y los dos mayores que jugaban con ellos y les ponían ejercicios de dibujar letras, pero Kaiden no. Luka echó un segundo vistazo alrededor. Había desconocidos en las mesas lejanas de aquel salón. No estaba Charles. No veía a Océano.

Aunque había personas a las que conocía un poco, sintió que estaba solo, y que era peligroso. Y cuando se quedaba solo ante el peligro, únicamente podía hacer una cosa.

}.{

Kaiden llegó a la residencia con un agudo dolor en el pecho, pero mantuvo la compostura cuando entró. Charles lo miraba con un enorme remordimiento.

—Estará bien —aseguró el hombre—. No puede haber ido muy lejos. No ha salido. Lo siento, Kaiden.

—No pasa nada. —El chico se sorprendió de la serenidad de su voz, y notó que el latido de su corazón se ralentizaba, que recuperaba el control—. Se habrá escondido en alguna parte donde se sienta seguro.

—Eso pensé. He intentado encontrarlo, ya sabes… —Charles se tocó la cabeza, y aunque su poder no venía del pensamiento, Kaiden lo entendió—. Pero hay demasiada gente, y hay mucho nerviosismo con esto. Los monitores están destrozados.

—No es culpa suya. Luka puede ser escurridizo como una anguila.

El hombre lo llevó hasta el rincón del salón donde los niños habían estado escribiendo y jugando. El monitor mayor se acercó deshaciéndose en disculpas. Nunca se les había escapado un niño.

Kaiden comenzó a sentirse incómodo. Fue muy consciente de su edad —apenas quince años — por el contraste con el modo en que lo trataban: como al tutor legal de un niño de cuatro. Lo trataban como a un adulto. Y, como un adulto, tuvo que alzar las manos y poner un poco de calma:

—No pasa nada. ¿De acuerdo? Nadie de aquí está entrenado para vigilar a un niño como Luka. Estará bien. Se habrá escondido en un lugar donde se sienta seguro hasta que yo vaya a buscarlo, eso es todo.

Revisó los baños de la planta baja, pero no estaba allí. Era una opción demasiado evidente, y había demasiado movimiento. No, en realidad Kaiden sabía dónde encontrarlo. Sin pararse a comprobar el comedor, la cocina o los armarios de aseo, subió a la tercera planta y fue hacia una puerta concreta: la de los Aldana. No obstante, el semi-apartamento estaba cerrado, lo cual era lógico, porque Charles estaba buscando a Luka y había dejado a Oceáno con la recepcionista.

Kaiden miró alrededor, estudiando las demás puertas, hasta que encontró una que no era de un apartamento sino de un armario de la limpieza. Se acercó y dio dos golpecitos.

—Eh, *troich* —llamó con suavidad—. Soy yo.

Abrió y se agachó. Dentro estaba oscuro, pero oyó el sutil movimiento, y en seguida Luka salió de detrás de un carrito. Su hermanito se acercó para echarle los brazos al cuello, y Kaiden suspiró, abrazándolo.

—Ya estoy aquí, *troich*. Ya está.

Martes 26 de marzo: Miedo

Luka estaba tranquilo cuando llegaron a casa. No había estado nervioso, en realidad. Kaiden no lo atosigó a preguntas: se comportó con normalidad, lo bajó, hicieron un poco de broma al respecto, y después se lo llevó.

Al llegar, le quitó el abrigo y fueron al comedor, y allí se sentó con él en el sofá mientras el niño ya estiraba las manos hacia la tablet.

—¿*Troich*? —lo llamó, y Luka lo miró con curiosidad—. ¿Quieres contarme por qué te escondiste?

—No *tabas*.

—No, no estaba. Estaba en el establo, ayudando a Sandra. Ya te lo dije, ¿verdad?

—*Tha*.

—Entonces…

Kaiden aguardó. Su hermano se balanceó un poco, torciendo los labios, respirando hondo. Buscando las palabras, suponía. El chico le cogió una mano y comenzó a acariciarle la espalda.

No le dijo que no estaba enfadado, porque ya lo sabía. Nunca se había enfadado con Luka; tampoco es que le hubiera dado razones. No le dijo que lo había asustado, porque no quería presionarlo más. Solo esperó, y al final, el niño dijo:

—Tenía *medo*.

—Mhmm. ¿Qué es lo que te asustó?

—No sé.

Silencio. Kaiden le frotó la nuca.

—Vamos, *troich* —pidió—. Habla conmigo. Por favor.

No era algo que dijera a menudo, y Luka lo sabía. Lo notó tragar saliva.

—Me da *medo tar* solo, *poque*… *poque* si *toy* solo, no… no *podes*… no *podes potegeme*.

—¿De qué? ¿De qué te protejo, *troich*?

—No… No sé… Del abuelo.

«Joder, joder, ¡joder». El chico intentó mantener la calma.

—¿Te acuerdas del abuelo?

Luka tragó saliva e hizo un movimiento ambiguo con la cabeza. Posiblemente no se acordaba con claridad, pero Kaiden entendió que los gritos, el abuso de sus primeros años había hecho más mella que la huida. Si estaba solo, el niño sabía que tenía que estar callado y escondido, no porque los Templarios lo buscaran, sino porque el abuelo se enfadaba.

—¿Te acuerdas de cuando gritaba? —preguntó, y Luka asintió lentamente—. Ya. ¿Y te acuerdas…? —Tragó saliva—. ¿Te acuerdas de que te pegara?

—No. *Poque* tú me *poteges*.

Pero no siempre lo había hecho. La última vez que su abuelo levantó la mano para golpear a Luka, él había estado presente. Las luces habían parpadeado, una bombilla había explotado y todo había quedado al descubierto. El hombre tiró al niño al suelo, y lo pateó.

Kaiden nunca, jamás se olvidaría de aquello, sobre todo porque no hizo nada por evitarlo.

—Eso es —asintió, no obstante, y atrajo al niño para sentarlo en su regazo y revolverle el pelo, haciéndolo sonreír por fin, aunque débilmente—. El abuelo ya no está, *troich*. No está, ni volverá a estar. Nunca más te va a gritar.

Luka asintió y apoyó la cabeza en su hombro. Luego, no obstante, se enderezó otra vez.

—¿Kai?

—Dime, *troich*.

—No… *nosotos*… ¿escapamos del abuelo?

«Joder». Kaiden respiró hondo.

—Sí —simplificó, porque Luka tenía solo cuatro años—. Quería hacerte daño. ¿Te acuerdas?

—No sé. No.

—Bueno. Quería hacerte daño, y yo no iba a permitirlo. Porque te protejo, ¿verdad?

—*Tha*.

—Así que nos escapamos del abuelo, y ahora estamos aquí, muy, muy lejos de él. Tenemos casa y familia y estamos en otro país, ¿eh? Y el abuelo no te va a encontrar aquí. Estás a salvo. Y si te dejo con los niños y eso, es porque sé que vas a seguir estándolo. ¿Vale?

—Vale.

—¿Confías en mí?

—*Tha*.

—Bien.

Luka lo abrazó otra vez, y esta vez se quedó un rato así, quieto, tranquilo, seguro. Kaiden lo estrechó, le acarició la espalda, mantuvo la compostura… pero una bola caliente en su pecho comenzó a crecer y crecer. Y no era miedo. No era ansiedad.

Era purísimo odio.

Martes 26 de marzo: El rostro del miedo

Hicieron las tareas de casa, prepararon la comida, fregaron los platos, y por la tarde practicaron letras y español. Cuando Luka se quedó en el comedor, jugando con Ahti e Yves en la pantalla del televisor, el chico sentía aquella bola en el estómago, pesada y muy caliente, y se fue al dormitorio para golpear el saco de boxeo, para desahogarse con él.

Ni siquiera oyó el timbre cuando Lluvia llegó. Parpadeó, mirando al hora, porque escuchó a su hermano en las escaleras:

—¡Kaiii! ¡*E* Rain!

—¡No habrás abierto la puerta tú solito!

Pero no, la puerta estaba cerrada, y Kaiden se dijo que de esa semana no pasaba: le daría una llave a Lluvia. Aunque para eso tenía que hacer una copia. Mientras abría, intentaba recordar dónde estaba el cerrajero en el pueblo.

—Perdona —se disculpó al abrir—. Estaba arriba y no oí el timbre.

Frente a él, la chica negó con la cabeza, sonriendo.

—No pasa nada —respondió—. Siempre podía llamar por teléfono.

—Ya, pero lo siento. Trae.

Kaiden le cogió la mochila, como solía hacer, porque pesaba bastante. En todos los colegios llevaban una cantidad ingente de libros, por lo visto.

—No tienes que pedir perdón —insistió ella, levantando las cejas—. A no ser que haya pasado algo.

El chico negó, pero eso no era del todo cierto.

—Anda, *troich*, vuélvete con Yves —dijo, revolviéndole el pelo al niño, que rio, abrazó a Lluvia brevemente y luego regresó al comedor—. Algo.

Lluvia lo miró, ladeando la cabeza.

—¿Quieres, no sé, un zumo? —ofreció Kaiden—. Mientras, bueno… te pongo al día.

—Puedo hacer té mientras me cuentas qué ha pasado.

—Hagamos el té y vayamos arriba. No estoy seguro de ser capaz de mantener la voz baja.

Unos minutos después, los dos estaban en el dormitorio. Lo primero que hizo Kaiden fue golpear el saco de boxeo, y con bastante ímpetu, la rabia hirviendo en su pecho.

—Se ha escabullido en la guardería —explicó con seriedad.

Lluvia dejó el té en la mesita y se sentó en la cama.

—¿Te ha dicho por qué se fue? —preguntó.

—Ha dicho que se dio cuenta de que yo no estaba, así que no podía protegerlo —respondió, y golpeó de nuevo, más fuerte—. Cuando no estoy, tiene que estar callado y quieto, así que se ha escondido hasta que volviera.

—¿Por qué piensa eso? ¿Lo sabe? ¿O se siente confuso al respecto?

Kaiden apretó los puños. Miró con furia el saco, casi viendo una cara en la superficie. Ajustó la postura y golpeó dos veces.

—Lo piensa… —Lo hizo de nuevo— … por el hijo de puta… —Y otra vez— … de mi abuelo.

—Entonces tiene una imagen clara de su miedo… —comentó Lluvia, pensativa—. En parte creo que eso es bueno, porque es superable. Mejor que uno sin rostro.

El chico golpeó repetidamente el saco, centrado en el movimiento, el impacto, la respiración,

pero escuchaba. Ella siempre le traía un poco de paz, un poco de calma. Aun así, aquella vez no encontraba el alivio.

—El muy… desgraciado… le gritaba por todo. Por hablar… por reír… por llorar… por jugar. Por todo. Todo el tiempo. Era un amargado de mierda que solo sabía gritarle a un niño de un año, de dos, ¡de tres, joder!

Recordaba volver del colegio viendo a su abuelo gritando por algo. Recogía a Luka y se lo llevaba a alguna parte. A veces tenía que taparle los oídos. Pero mientras estaba en clase, oh, entonces Kaiden no podía protegerlo.

Tres años así. Su hermano todavía se acordaba, quizá no mucho, pero se acordaba.

—Me he pasado todo este tiempo… —gruñó, golpeando sin parar, imaginando que golpeaba a su abuelo— … rezando para que no recordara lo que había pasado. Que no recordara por qué, cuándo, cómo. Y no lo hace. No se acuerda, porque para él aquella noche, aquella puta noche ¡no era más que lo mismo de siempre!

—Kaiden. —Lluvia hablaba con mucha calma—. Es mejor que lo recuerde. Ahora sabe de dónde viene su miedo y entenderá, poco a poco, que no le puede alcanzar, no aquí.

—Ya lo sé. ¡Ya lo sé! Es lo que le he dicho. Que el abuelo no puede encontrarnos. Que si lo dejo en un sitio es porque sé que estará a salvo y que no pasa nada. Que está bien. Que está a salvo. Pero joder, Rain.

—¿Qué?

—¡Que tiene cuatro años y tiene miedo a su abuelo!

Kaiden golpeó con fuerza, y sintió que estaba desenfocado. Un centímetro más allá y habría resbalado hasta la pared. Dio un paso atrás y comenzó a respirar. No podía descentrarse. Qué absurdez, se dijo, si se hacía daño por aquello.

—Está asustado del hijo de la gran puta de su abuelo —masculló—. Ese cabrón. Ha pasado un año y lo que traumatiza a Luka no es haber huido de casa por la noche o haber viajado por media Escocia o haber robado o pasado hambre, no, no, lo que lo despierta de noche es el miedo de hacer ruido y que el abuelo le grite.

—Sigo pensando que es mejor eso —insistió Lluvia con calma—, tener miedo a una persona que está lejos de su vida, y no un trauma que no tenga vuelta atrás. Y ven. Deja de golpear, por favor.

—Sí.

Ella tocó la cama, y él se sentó a su lado. Sin pensar, se inclinó y apoyó la frente en su hombro, buscando esa paz, intentando dejar atrás esa rabia. No estaba siendo fácil. Para Luka era algo bueno, pero para él era ponerle una cara concreta a un enemigo que siempre había sido múltiple y difuso. Todos los templarios de pronto eran su abuelo.

Lluvia le acarició el pelo con lentitud, y algo tan sencillo le produjo un estremecimiento que no tenía nada que ver con el miedo ni con la rabia.

—No hay nada de qué preocuparse —aseguró la chica—. Está a salvo, y tú también. No van a llegar aquí. Y Luka sabrá defenderse. Además… yo también puedo protegeros.

Aquella idea lo hizo sonreír, solo un poco, de medio lado.

—De eso estoy seguro —respondió sin levantarse—. Las plantas no son para tomar a broma.

—Pues claro que no —replicó ella con orgullo—. Pueden parecer inofensivas, pero son una buena defensa.

—Igual un día me tienes que poner al día de las cualidades defensivas que tienen. Para saber y eso.

Miércoles 27 de marzo: Contingencia

Kaiden no tuvo valor para volver a dejar solo a Luka al día siguiente, pero sí para hablar a fondo con él.

—Esto es lo que vamos a hacer a partir de la semana que viene, ¿vale? —le dijo aquella mañana mientras iban hacia la residencia, bien abrigados y cogidos de la mano—. Vamos a ir a la guardería casi todos los días, porque es algo bueno y así haces amigos, ¿eh?

—*Tha* —respondió el pequeño con una sonrisa.

—Como si te hablara en chino, ya lo sé. Luka.

Kaiden se detuvo y se agachó frente a él. El niño abrió mucho los ojos y se puso serio, como siempre que lo llamaba por su nombre. El chico le acarició el pelo.

—Algunas veces me iré —le dijo con cuidado—, y otras estaré cerca.

Quiso decirle que siempre estaría a salvo, pero era una promesa difícil de cumplir. La vida no siempre sería segura.

—Si tienes miedo o ves un peligro y yo no estoy —indicó en su lugar—, quiero que busques a Charles o Sandra. Si no están, entonces dile a uno de los monitores. Si no los ves, puedes ir a la recepción y decírselo a Marta, la recepcionista, ¿verdad?

—*Tha*.

—Bien.

Le acarició la frente, y se preguntó si era excesivo conseguirle un teléfono para llamar en caso de emergencia. Sacudió la cabeza y se levantó de nuevo.

Se quedó cerca aquella mañana, mientras veía a su hermano jugar con los demás niños. Los monitores estuvieron nerviosos durante un rato, hasta que Kaiden se alejó y comenzó a entrenar en el jardín. Entonces se calmaron un poco. No les gustaba estar siendo vigilados… sobre todo después de lo sucedido.

Pero el chico no los culpaba. Tendría que haberlo previsto. Tendría que haber preparado planes de contingencia. Tendría que haberle explicado a Luka qué hacer si tenía miedo. Pero, joder, ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

Eran casi las doce cuando le pidió a Marta boli y papel —y lo hizo en español— y comenzó a tomar notas. Debería haberse traído una libreta. Debería llevar algo además de sus bolsillos.

Como había demasiados «debería» y «tendría», comenzó a apuntarlos todos. Le iba bien, lo ayudaba a organizar sus propias ideas. Pero le iría mejor ponerlo en común con Lluvia.

Después de apuntarlo todo, llamó a Etiénne para explicarle lo sucedido con Luka, solo porque sentía que era su obligación. Aquel era, al fin y al cabo, el terapeuta que había dado el visto bueno para que vivieran solos.

Lo primero que hizo el hombre fue reírse.

—Todos estábamos tan concentrados en lo demás —comentó—, en los meses sin adultos, sin ayuda y sin casa. Nunca se me ocurrió ahondar en las figuras concretas. Se refería a vuestros padres como *tus* padres, y jamás pensé, ninguno lo hicimos, en mencionar al abuelo.

—Joder, no se me ocurrió ni a mí —gruñó Kaiden, avergonzado y enfadado consigo mismo.

—Pero Lluvia tiene razón. Esto es algo bueno.

—Lo sé. Le he dado algunas, no sé, algunas instrucciones o algo así, para cuando tenga

miedo. No sé si puedo evitar que lo tenga.

—Es bueno que los niños se sientan seguros. Muy posiblemente, se siente seguro al saber qué hacer en caso de no estarlo. Es una buena idea. Siempre has sabido manejar bastante bien a ese crío, ¿no te parece?

—No lo suficiente.

—Y siempre has tenido por costumbre culparte a ti de los males del mundo.

—Cállate, joder.

—¿Cómo van las pesadillas?

—Bien. No. Mejor. Eso.

—Bien. Porque no solo tienes que preocuparte por Luka. Lo sabes, ¿verdad?

—Ya lo sé.

—De acuerdo. Me gusta que me llames. Hazlo de vez en cuando.

—Vale.

—Y habla con Charles de todo esto, también.

—Ya lo he hecho, esta mañana y eso. Opina, bueno, opina lo mismo. Que muy bien hecho, buena idea, blablablá. Está avergonzado por haber perdido al crío. No debería estarlo.

—Posiblemente esté un poco saturado y sienta que no está a la altura de todo lo que se le pide.

—Ya. Sandra está con los preparativos de no-sé-qué llegada al establo, y Charles tiene que cuidar de Océano y ahora encima estar atento a Luka. Igual no debería ir a…

—Ni se te ocurra.

—Joder, vale.

—Que quieras ir a, básicamente, trabajar, y dejar a tu hermano en la guardería, es de las mejores decisiones que puedes tomar. Y lo sabes, en el fondo.

—Sí, sí, ya lo sé.

—¿Cómo va el español?

—De pena.

Etiénne volvió a reír. Kaiden se daba cuenta de que sonaba mucho más relajado al teléfono, posiblemente porque estaba en su casa, aislado, a salvo de las emociones de todo el mundo.

—Bueno, tienes tiempo para practicar —repuso el hombre.

—Oh, no, no tengo tanto. Tengo hasta junio para avanzar todo lo que pueda, porque entonces me van a poner un profesor privado para español, y luego Rain va a estar dándome la tabarra para prepararme para septiembre. Qué verano.

—Bueno, nadie dijo que esto sería fácil.

—No, está claro que no.

—Pero, igual que Luka quedándose en la guardería, esto es algo bueno.

—Ya, ya, ya…

Viernes 29 de marzo: Viernes en familia

El viernes fueron a la residencia, como el resto de los días, para ver a Lluvia subir al autobús y despedirla apropiadamente. Se quedaron a desayunar con Sandra, Charles y Océano. Lloviznaba en la calle y el bebé estaba medio dormido.

—Cuando llueve, siempre se queda como amodorrado —comentó su madre, acariciándole la cabeza, pero,, aunque era un gesto de ternura, tanto ella como su esposo parecían preocupados.

—¿Qué pasa? —preguntó Kaiden.

—Que se queda amodorrado cuando llueve —repitió Charles.

—¿Vale?

—Puede que no sea nada. Pero, chico… —El hombre rio—. Hay que tener mil ojos cuando lidias con niños que pueden o no ser dotados. No sabes por dónde van a salir.

—Supongo que es diferente cuando no te lo esperas —comentó Sandra—, cuando tienes una familia natural y lo de las habilidades es cosa de la ficción. Arriesgado, seguro, pero más tranquilo.

—Hasta que te lo encuentras en la cara —replicó Kaiden—. Entonces, de tranquilo, nada.

—En eso tienes razón. —La mujer se inclinó para besar en la cabeza a su hijo—. Me gustaría quedarme —le dijo a su marido—, pero vamos con prisas. El nuevo inquilino llega la semana que viene y estamos ultimando los detalles.

—Es toda una experiencia, ¿eh?

Sandra se quedó unos minutos más, hablando sobre ese inquilino. Por lo visto, era joven y muy peligroso, así que tenían que prepararle un espacio aislado. Lo llamaban burüka, y Kaiden no tenía ni idea de qué era eso.

—Cuando llegue y podamos respirar un poco más, quizá podamos ir a la biblioteca, y te enseño algunos libros interesantes sobre críptidos —comentó la mujer—. Hay mucho que puedes aprender ahí, si te interesa.

—Claro. Tengo mucha faena aprendiendo, de todos modos. Pero hoy me voy. Luka y yo vamos de compras, ¿eh, *troich*?

—¡*Tha*!

—¿Necesitáis compañía? —preguntó Charles, y Kaiden lo miró.

—No —respondió—, a no ser que te apetezca sacar ahí fuera al amodorrado niño para ver si se despierta. No tienes que, ya sabes, preocuparte tanto por nosotros. Estamos bien.

El hombre sonrió.

—Sí —dijo—, sí que lo estáis.

Eran las nueve en punto cuando los dos hermanos estaban en el supermercado de Liétor. Era la primera vez que iban así, juntos, solos, no a por un regalo, o a visitar a la tienda de recuerdos. Era comprar comida y productos de limpieza.

Joder, pensó Kaiden. Ni siquiera recordaba haber acompañado a sus padres a hacer la compra… o a su abuelo. Pensar en él le revolvió el estómago. Apretó la mandíbula y se centró.

—¿Qué, *troich*, quieres subir?

—¿Vale?

El chico abrió la bandeja del carro y levantó a su hermano para sentarlo en ella. Se preguntó

si cuatro años eran mucho o poco para aquello, pero ¿qué más daba? Le cabían las piernas. Cuando lo tuvo bien puesto, lo besó en la frente y empujó el carro.

—Entiendo esto de sentar a los críos dentro —comentó—. Así no metes las manos en todas partes, ¿eh, *troich*?

—Nooooo.

Kaiden lo besó otra vez y luego le dio la libreta.

—A ver, enséñame lo que tenemos que comprar.

Luka abrió y le enseñó la página con la lista. Era muy básico: algo de pasta, carne, varias verduras… El chico hizo un poco de teatro al leer, buscar y coger las cosas, y poco a poco el carro se fue llenando. Intentó controlar la entrada de marranadas, pero no rechazó los cereales de miel para Luka o la napolitana de chocolate para Lluvia. Y luego, con cierto reparo, compró levadura para hacer pancakes. No tenía ni idea, pero sabía que a su novia le encantaban.

Cuando pasaron por caja, Kaiden se alegró de haber sido capaz de calcular bastante bien lo que iba a costarle. No había superado los ochenta euros.

La siguiente parada fue el cerrajero, que le prometió una copia de la llave de entrada en una hora, así que los chicos pasearon un rato y volvieron a recogerla.

Eran las once y media cuando Luka se puso a jugar con Yves, y Kaiden a reorganizar la lista de la compra, tomando nota de lo que ya había rellenado. Comieron a la una. Después de fregar los platos, era hora de estudiar. Se sentaron en la mesa de la cocina, con los papeles delante.

—Bueno, empiezas tú, ¿vale, *troich*? —propuso Kaiden, que tapó las respuestas al ejercicio porque así, de paso, él también practicaría.

—¡*Tha*!

—¿Qué es esto? —El chico señaló el dibujo de un animal.

—¡Perro!

—Vale, ¿y en español?

—*Peuo*.

—Muy bien. Los animalitos te los sabes todos, ¿a que sí?

—*Tha*.

Kaiden le revolvió el pelo y continuó con el ejercicio. Descubrió, con mucha resignación, que Luka conocía el doble de palabras que él, la pronunciaba bastante bien, y casi sabía escribirlas.

}.{

Como siempre, Lluvia llegó a Liétor cerca de las seis, y corrió a casa para ir a ver a sus chicos. Aquellas dos horas eran preciosas para todos; solo hacían deberes y comían algo, pero valía la pena.

Cuando llamó al timbre, oyó las voces al otro lado de la puerta:

—¿*Quen* eeees? —preguntó Luka bien alto.

—No sé, ¿quién crees? —bromeó ella.

—¡No sé! ¡*Contasenia*!

—¿Contraseña? —Lluvia se lo pensó un momento—. ¿Luka y Kaiden son muy guapos?

Se oyó la familiar risa del niño.

—¡Kaaaai, *e* Rain! —exclamó.

—¡Vale, puedes abrir!

La voz de Kaiden llegó desde más lejos, así que posiblemente estaba en la cocina. La puerta se abrió, y Luka sonrió, contento de ser lo bastante mayor para abrir la puerta él solito. La

muchacha se agachó para darle un abrazo, porque sabía que le encantaban. Ya apenas notaba su olor; al menos, ya no se sentía abrumada como antes. Pasaba mucho tiempo con los chicos.

—¿Cómo estás? —le preguntó, y Luka, agarrándose a su cuello, la besó en la mejilla.

—*Be* —respondió—. *Hemo* ido a *compá*.

—¿Ah, sí? ¿Qué habéis comprado? Dímelo en español, a ver si puedes.

Mientras el niño intentaba recordar las palabras y las balbuceaba con torpeza, Lluvia lo cogió en brazos, cerrando la puerta tras de sí. Cuando llegaron a la cocina, Kaiden estaba frente al fuego y les echó una mirada, primero sorprendida, luego llena de ternura.

—Bueno, cómo te miman, ¿no, *troich*? —dijo.

—*Tha*.

Sonriendo, la chica se acercó para besarlo en los labios.

—¿Qué cocinas, guapo? —preguntó después, y él hizo un gesto para señalar el plato de tortitas a un lado, y la sartén en el fuego; Lluvia amplió la sonrisa—. Eh, eso me encanta. ¿Me estáis mimando?

—Se intenta. No sé si estarán muy buenas, pero es la primera vez, ¿vale? Tuve que pedirle a Yves la receta. El capullo se dedicó a llenarme la pantalla de sonrisitas.

Lluvia lo besó en la mejilla. Después hizo lo mismo con Luka, y lo dejó en el suelo.

—Gracias —dijo.

—Pff. Espera a ver si son comestibles, anda. Y hay algo al lado.

—¿Hm? ¿Algo al lado?

Kaiden soltó la espátula solo para levantar un trapo y descubrir la pequeña llave —la de aquella casa, comprendió la chica— que había debajo, con un sencillo llavero en forma de gatito.

—No había un caballo —se disculpó.

Ella rio por lo bajo.

—¿En serio lo dices en ese tono? Es perfecto así, gracias. —Lo besó de nuevo, y el chico se inclinó para devolvérselo—. Al fin y al cabo, yo sería un gato si fuera un animal.

—¿Y eso quién lo dice?

—Oh, lo pensé yo. ¿No estás de acuerdo con ello?

Kaiden se lo pensó seriamente. Puesto que en realidad no sabía mucho de animales, respondió:

—Si eres un gato de los que se puede estar tocando todo el rato, me vale.

Domingo 31 de marzo: A correr

Cuando llegaron al establo el domingo por la mañana, las yeguas y el pony ya estaban en el picadero más pequeño, sin equipar, aunque las sillas, mantas y cabezales estaban a un lado; Sandra debía haberse ocupado de prepararlo todo para ellos. Brownie trotó hasta la valla en cuanto olió a Lluvia. Se la notaba genuinamente contenta de ver a su humana favorita.

La chica rio al verla tan feliz, y se acercó también. La yegua se detuvo y dejó que le acariciara la cabeza.

—¿Cómo estás, grandullona?

Ella se movió alegremente y le frotó la mejilla con los belfos en una forma de beso.

—De verdad que te adora —comentó Kaiden, llegando junto a ellas.

—No te preocupes, no tardarán en verte igual —aseguró Lluvia, sonriendo.

—Ah, no, si no… o sea, me da igual. Es bonito de ver.

Los demás ya llegaban, Cachivache dando brincos como un potrillo, Lori con mucha serenidad. El chico extendió la mano, le acarició el cuello a Brownie, después al pony, luego a la otra yegua.

—¿Qué, *troich*, con ganas de mont…? —Se detuvo al ver que Luka ya se había metido por debajo de la valla y abrazaba a Cachi—. Sí, ya veo.

Riendo, Lluvia dijo:

—A veces es difícil de creer que su habilidad esté conectada con la tecnología y no los animales.

—Qué me vas a contar. Es que le gustan todos. La lagartija de ayer, iba loco por cogerla. Menos mal que se escabulló.

—Es tierno. Y tiene suerte de que tenemos muchos animales cerca, ¿hm?

—Me lo veo pasándose media vida aquí y media vida rodeado de ordenadores. ¿A que sí, *troich*?

—*Tha*.

Luka le hizo una trenza a Cachivache. No intentaba subirse a su lomo, por lo visto le bastaba con acariciarlo y hablarle al oído.

—¿Por qué no montamos a Brownie y Lorie? —propuso Kaiden—. Y al crío con alguno de nosotros, no sé.

Lluvia sonrió, divertida, y lo pinchó diciendo:

—Claro, me parece bien, pero recuerda las agujetas.

—La única manera de evitar las agujetas es insistiendo hasta que se rindan.

La segunda vez que Kaiden montó a lomos de Lori, lo hizo con más soltura y confianza. No era difícil. La yegua era muy tranquila, y respondía a las indicaciones con facilidad. Posiblemente, lo peor era responder a una situación de crisis, pero eso no sabría cómo hacerlo hasta que sucediera. Quizá buscaría información al respecto.

Con Lluvia como maestra amazona —y se aseguró de recordárselo—, aprendió a trotar, moviéndose con su montura en lugar de rebotar, y luego comenzó a galopar. Lori no era tan rápida como otros caballos, le advirtió su novia, pero la experiencia fue increíble: el viento, el movimiento, la velocidad.

«Y eso dentro de un cerco», pensó al tirar de las riendas y palmar el cuello de la yegua.

—¡Joder! —exclamó.

—Te veo emocionado —rio Lluvia, poniendo a Brownie a su lado, con Luka sentado delante —. Me alegra, es bonito verte así. A los dos: felices, sintiéndoos a salvo.

—Es difícil no sentirse a salvo aquí. Ni siquiera gruñen los perros. Y lo de correr está muy bien. —Kaiden volvió a acariciar a Lori—. Joder, um. Dame al crío. Te toca a ti. Y quizá luego podemos montarlo en *Katshi* un rato.

Y quizá otro día, pensó, podrían salir a pasear los tres. ¿A qué edad era bueno dejar que Luka montara solo al pony?

Lluvia le echó una mirada divertida.

—Claro —respondió—. Es hora de volver con papi.

Kaiden resopló con el nombre, pero estiró los brazos, y Luka pasó de un caballo al otro sin ningún miedo. Papi, hermanito, en aquel momento ya no sabía muy bien dónde estaba la diferencia.

—¿Has oído, Brownie? —llamó la chica a su yegua—. Es tu momento de gloria.

—Adelante, amazona —le dijo Kaiden, y se las ingenió para conseguir que Lori diera unos pasos atrás para dejarles espacio.

—¡Kaiden! —exclamó Lluvia, riendo con timidez—. Eres realmente cruel cuando te pones.

—Lo sé, será cosa de familia. Amazona.

Su novia le sacó la lengua, y después indicó a la yegua que se echara a correr. Y lo hizo. Estaba claro que a Brownie le encantaba.

—¿Te lo pasas bien, *troich*? —le preguntó a su hermano en voz baja.

—*Tha*.

Kaiden le acarició el pelo. El niño se apoyaba en su pecho, girando la cabeza para ver las vueltas que montura y amazona daban en los límites del cerco.

—Aquí estamos bien, ¿eh? —musitó Kaiden, y Luka lo miró.

—¿*Tha*?

—Eso digo yo. *Tha*.

Domingo 31 de marzo: En una caja

Cuando se acercó mediodía, los chicos dieron un buen baño a los tres caballos, los cepillaron bien y les dieron abundantes golosinas para recompensar el buen trabajo y ejercicio. Después, también ellos se fueron al comedor común, donde varios de los trabajadores ya estaban comiéndose sus bocadillos o el contenido de sus tuppers.

Luka miró con anhelo uno de los perros, que dormitaba a los pies de su dueño, pero no intentó acercarse. Ya era algo, suponía Kaiden. Lo sentó en su regazo, porque el asiento era muy bajo para él, y abrió las fiambreras que Lluvia había preparado la noche anterior. Había arroz con pollo, ensalada, y de postre unos vasitos con cranachan, un postre escocés que hizo sonreír al chico.

—Me gusta hacer esto —comentó la muchacha con una sonrisa—. Es… No lo sé, como cuando van las familias por ahí a pasar los domingos, ¿sabes? Las típicas que salen en la tele.

—Bueno, en la tele no salimos desde hace tiempo —respondió Kaiden—, pero es bonito. A mí también me gusta. Pasar tiempo juntos, hacer cosas, no sé. Visitar sitios.

Lluvia lo miró de un modo extraño, parpadeando con confusión. Su novio recordaba las noticias, aquel video, el llanto falso de su madre. Luego la chica sacudió la cabeza.

—¿Verdad? —dijo—. Luego vienen los deberes y obligaciones, peeeero este ratito es agradable.

—Vamos, ni que te molestaran los deberes.

—Tampoco es que sea mi gran diversión —replicó Lluvia con un mohín—, pero se aprende.

—Y te gusta aprender.

—Sí… Y a ti, ¿verdad?

—¿Hay una respuesta correcta a esa pregunta?

Bromeando, Kaiden se inclinó hacia ella para besarla en el hombro. Ella dio un respingo y rio.

—Bueno, puedes decir que no, pero en el fondo sé que sí —respondió—. No eres tonto del todo. A veces.

—¿En serio? No sé, ya veremos qué dicen los profesores, ¿no?

Lluvia alzó una ceja y le dio un golpe en el hombro. El chico respondió inclinándose de nuevo y dándole un pequeño mordisquito en la oreja. Se sintió un poco estúpido por ello. No obstante, ella se ruborizó y lo miró con los ojos desorbitados, tocándose el oído.

—Oh —musitó.

—¿Qué? ¿Me he, eeeh… pasado?

—No… Me cogió de sorpresa.

—Vale… ¿Debería avisar? No sé. Te voy a mordisquear la oreja.

Ella rio por lo bajo.

—No, no hace falta que avises —respondió.

—Vale. —Kaiden volvió a morder el lóbulo, y se sintió atrapado con las manos en el tarro de las galletas cuando Sandra se sentó frente a ellos—. Eh… Hola.

Lluvia se sonrojó. No obstante, los momentos de mayor vergüenza por hacerse carantoñas delante de sus padres parecían haber pasado. Se puso el pelo detrás de la oreja y rio con timidez.

—Hola —saludó a su madre, y ella alzó una ceja, divertida.

—¿Hay algo para mí? —preguntó—. Me muero de hambre. Ya casi hemos acabado de preparar las cosas para el nuevo inquilino, pero esta madrugada han llegado otros seis.

—Claro que hay para ti —repuso su hija—, puedes comer cuanto quieras. Siempre hago mucho por lo mismo, sobre todo sabiendo que estás aquí. —Hizo una pausa, acercándole la fiambrera a Sandra—. Espera, ¿otros seis?

—Sí, tenemos que hacer turnos para cuidarlos. Están muy necesitados, pobrecitos. ¿Queréis conocerlos? Igual podéis ayudar. A Luka le encantarán seguro. —La mujer le guiñó un ojo al niño, que sonrió.

—Por supuesto —asintió Lluvia—. Ayudaremos en lo que haga falta.

Sandra estiró un brazo, cogió la mano de su hija y se la besó.

—Qué chicos tan buenos tengo —dijo.

Los nuevos inquilinos eran seis perros. Tenían los ojos cerrados y no podían levantarse. Eran desgarradoramente pequeños.

—Tienen apenas unos días de vida, puede que una semana —explicó la mujer, palmeando el brazo del hombre que estaba allí, velando a los cachorros—. Laura… ¿Te acuerdas de Laura, Lluvia? Los encontró en una caja junto al contenedor, cerca del ayuntamiento. No sabemos de dónde han salido, pero suponemos que son una camada indeseada que… bueno, los han abandonado en cuanto han podido.

—Joder. —Kaiden tenía la voz estrangulada—. Pero… Vivirán, ¿no?

—Haremos lo posible para que así sea.

A su lado, Lluvia se frotó el brazo.

—Pobrecitos… —musitó—. Ayudaremos en lo que podamos. Me encantaría llevarlos todos a casa.

—Ojalá —rio Sandra—. El tema de los animales siempre ha sido difícil en la residencia. Bueno, por ahora hay que cuidarlos. Hay que darles de comer cada dos horas; Hector ha dado el biberón a uno, ¿verdad?

—Y a por el segundo —respondió el hombre.

—¿Queréis echar una mano? Es muy fácil. Así acabaremos antes.

—Claro —asintió Kaiden—. Claro, sí. Um, ¿Luka puede…?

—Claro que sí. Es un niño muy gentil, ¿verdad, Luka?

Sandra se agachó junto al corral donde estaban los seis cachorros, apiñados entre mantas en busca de calor y contacto. Según les había contado, todavía eran sordos y ciegos.

—Me da que se va a enamorar —rio Lluvia—. Quizá sería hora de pensar en tener uno, ¿no?

—Ahora mismo los quiero todos —masculló Kaiden, entre avergonzado y enfadado, y llevó a su hermano hasta la mujer; tenía los ojos muy abiertos y las manos en la espalda—. Vamos a ver cómo podemos ayudar, ¿eh, *troich*?

Se sentaron fuera del cerco, y Sandra, con mucho cuidado, cogió a uno de los cachorros, envuelto en una pequeña manta, y se lo pasó al chico, que lo tomó entre sus manos sintiéndose muy torpe. Era un animalito de pelaje negro y marrón que temblaba entre sus dedos.

Lluvia se acercó, mirándolo con una sonrisa en los labios, y Kaiden se sintió un poco menos torpe.

—A ver —musitó—. *Troich*, ¿quieres tocarlo?

Luka fue muy gentil al acariciar la suave cabeza del cachorro. El chico lo dejó tocarlo y examinarlo, y, cuando Sandra le dio la botella con fórmula para perros, lo ayudó a sostenerla en el ángulo correcto. Kaiden se limitó a sujetar al animalito, que comenzó a beber en cuanto encontró el biberón.

—Pobrecillos, joder —masculló, incapaz de evitarlo.

—No, ahora son felices —aseguró su novia—. Tienen comida y mimos.

—Supongo que sí.

Le hizo un gesto, moviendo la cabeza hacia el perrito, por si ella también quería tocarlo.

—¿Has cuidado, ya sabes, uno de estos alguna vez? —quiso saber.

—He cuidado bebecitos, sí —rio Lluvia—. Venía aquí a menudo.

—Joder. ¿Hay algo que no sepas hacer?

—Poca cosa —respondió Sandra con orgullo, y le pasó a su hija otro cachorro, este blanco apagado.

—Ay, míralo qué bonito. —La chica lo cogió con mucho cuidado, pero la experiencia le permitía atender al perrito a la vez que conversaba—. Bueno, Kai, he tenido la suerte de nacer en el lugar adecuado. Eso me da bastante ventaja.

—Suertuda.

Héctor se marchó poco después, pero Sandra se quedó con ellos y los ayudó a alimentar y limpiar a los cachorros. A Kaiden le costaba soltarlos cuando los tenía en las manos. Eran tan frágiles, tan vulnerables, que solo quería tenerlos encima y protegerlos de todo. ¿Quién era tan desalmado para abandonarlos así?

Se quedaron la mayor parte de la tarde. Los alimentaron de nuevo a las cuatro, y otra vez a las seis, justo antes de irse. Luka tampoco quería separarse de los cachorros, pero el sol estaba declinando y empezaba a ser hora de volver a casa.

—Podéis volver en otro momento —propuso Sandra con una sonrisa—. Aunque sé que no es que sobre el tiempo. Mi niña estudia mucho.

—No me necesitan para volver —rio Lluvia por lo bajo—. Son libres de hacerlo cuando quieran.

—Yo, um… —musitó Kaiden—. Sí, supongo que volveré. Y podemos venir los domingos y eso. O hasta el sábado.

—No creo que a mi madre le moleste la ayuda. —La chica entonces alzó una ceja—. Quizá deberías trabajar aquí.

—¿Yo? —Él abrió la boca para negar, luego la cerró, y después miró a Sandra.

—No veo por qué no —dijo la mujer—. Tienes unas manos bien dispuestas.

—No sé hablar con los animales.

—Ni falta que hace. Creo que es una buena idea, y seguro que un dinerito extra te gustará.

—¿Cómo, cobrar más?

Sandra rio y le acarició la cabeza igual que a un niño. A veces, con aquella familia, era así como se sentía: joven, inexperto, y protegido. No le había pasado ni siquiera con sus propios padres.

La idea de trabajar en el establo, pensó, no le desagradaba nada.

Lunes 1 de abril: Familia

El lunes por la mañana, Kaiden recibió una notificación en Invisibilia informando de un nuevo ingreso en su cuenta. Sintió un vuelco en el estómago cuando abrió el apartado bancario y examinó el número. Tenía cuatrocientos veintinueve euros, y unos treinta en efectivo. No sabía muy bien qué hacer con tanto dinero. Eso sin contar, pensó, en trabajar en el establo.

No era tonto del todo, y sabía que era menor de edad, así que un trabajo era entre comillas al menos hasta los dieciocho. Pero como sus gastos se reducían a la comida y la ropa, en realidad no necesitaba mucho. Ya recibía bastante dinero solo por ser un huérfano dentro de Santuario, así que no necesitaba que le pagaran más. Le gustaba sentirse útil.

Lo hablaría con Sandra. A la mañana siguiente volvería al establo, y ya verían condiciones, deberes, esa clase de cosas. Aquel día, no obstante, era para estar en la residencia, vigilar a Luka —que no lo necesitaba— y quizá entrenar un poco.

Viendo que su hermano estaba perfectamente, jugando con otros críos, Kaiden se fue al jardín a hacer ejercicio. Aquello también formaba parte de una buena rutina… que, por desgracia, le quitaba bastante tiempo de estudiar, y su nivel de español no parecía mejorar.

Bueno, tenía un par de horas cuando Lluvia llegaba a casa. Ella hacía sus deberes… pero se aseguraba de que él también tuviera. Y bastantes. En aquel momento, Kaiden había terminado —aunque con dificultades— la lectura de un cuento en español, había respondido algunas preguntas tipo test y otras de respuesta corta, y su maestra estaba corrigiéndolo. Entre tanto, el chico la observaba, con el mentón en la mano.

—¿No te supone, no sé, un problema? —preguntó entonces.

Lluvia alzó la vista entonces, mirándolo con confusión.

—¿Por qué? —dijo.

—No sé. Estudias la mayor parte del día, entonces tienes tus deberes, pero gastas el tiempo en ponerme y corregirme a mí.

—No me supone ningún problema —rio la chica por lo bajo—. Me organizo para que me dé tiempo a todo.

—Ya, lo sé, es que… No sé. No descansas mucho. Vienes corriendo desde el autobús hasta aquí, luego te vuelves a casa para dormir, y vuelta a empezar.

—Sería mejor si pudiera quedarme aquí, pero… entonces no vería a mi familia. —Lluvia compuso un ligero mohín—. Aunque apenas lo hago, si lo pienso.

«Joder». Kaiden se inclinó y le pasó un brazo por los hombros para besarla en la mejilla.

—Lo siento.

—No, no quería que sonara… Perdona. —La chica apartó la vista, y él se sintió un poco peor —. No veo tanto a Océano y se me hace extraño, eso es todo.

—Lo sé. Quieres mucho al pequeñajo.

—Sí. Pero tengo que hablar con mis padres, tenemos que organizar algo… Tal vez debería realmente vivir aquí, si tú… quisieras, y…

—A ver, para.

Con el corazón encogido, Kaiden le puso un dedo en los labios, y después se los besó con lentitud. Notó que ella se sonrojaba, y le acarició la mejilla.

—Aaaahh… —musitó Lluvia, devolviéndole el beso—. Sí… Eso.

—Me gustaría que vivieras aquí y eso —dijo el muchacho con seriedad—. Pero… ¿Y tú? O sea, con el colegio y eso, realmente verías muy poco a tus padres y a Océano. Yo los veo poco, y eso que voy cada mañana.

—Por eso digo que tendríamos que organizar una salida con ellos.

—¿Como algo regular? ¿Los sábados y eso?

—Eso es —asintió la chica.

—Supongo que estaría bien. Hacer algo todos, con tus padres y demás. Ahora mismo Charles no tiene ningún viaje, y lo de Sandra se acabará pronto, ¿no?

—Diría que sí.

—Igual podemos pasar los fines de semana en la residencia, con ellos. Enteros, quiero decir. Y con Océano.

—Eso me gustaría.

—Mmm. —Kaiden la besó en los labios otra vez—. Lo hablamos el sábado que viene.

—Pero sobre lo de vivir aquí…

—Joder, Rain. Me encantaría. No sé qué dirán tus padres, pero ya tienes llave, y unos cajones, y un cuarto si quieres estar sola. Has decorado casi toda la casa por tu cuenta antes incluso de que llegáramos, y nos preparas la cena casi cada día. Es como si ya lo hicieras.

Viéndolo así, Lluvia se sonrojó.

—Pu-puede que sí —musitó.

—No sé. Yo, bueno… Si Charles y Sandra están de acuerdo…

—A mí me gustaría. La verdad es que paso mucho tiempo aquí. No sería tan raro, ¿no?

—No, supongo que no. Pero tendrías que madrugar un montón.

—Pero no tendría que andar todas las noches de vuelta a casa.

—Sí, eso es verdad. Podrías llegar y ya está. Darte una ducha, ir a dormir pronto. No sé.

Podían hacerlo al revés, pensó Kaiden. Hasta ahora, Lluvia dormía en casa todos los viernes y sábados. Quizá podían quedarse los tres en la residencia esos días… o solo ella, si faltaba sitio en el semi apartamento… y el resto del tiempo, estaría con ellos.

Mientras le daba vueltas, Lluvia se movió un poco y se acomodó en él, entrecerrando los ojos. El chico se recostó en el sofá y la apoyó en su pecho.

—Me has cambiado mucho la vida, ¿sabes? —rio su novia.

—Bueno, igual sí. Pero tú también. —Kaiden hizo una pausa—. ¿Y te gusta?

Ella asintió con la cabeza.

—Nunca pensé que podría estar tan unida a una persona —confesó—. No es que no lo esté a mis amigos, pero… no así.

—Mmm. Podría decir que yo tampoco, pero en mi caso eso no significa mucho. Pero eres… eres como… como una… parte de mí. No sé.

—Somos familia.

Lluvia se acurrucó un poco más, y Kaiden la abrazó.

—Sí —murmuró—. Supongo que sí.

Martes 2 de abril: Investigación

Los chicos llegaban puntualmente a las siete menos cinco los días entre semana para ver a Lluvia subiendo al autobús. Kaiden se envalentonaba últimamente, se inclinaba y le daba un beso tan dulce, tan familiar, que a Charles le picaba el pecho sin siquiera tener que abrir su poder. Eran como las piezas de un puzzle, como si su destino fuera encajar el uno junto al otro. No era algo que el hombre viera todos los días.

«Qué caprichoso es el destino», pensó, observando a través de la ventana.

—Son adorables, ¿verdad? —comentó Sandra, que caminaba por el salón mientras mecía a Océano.

—Completamente —respondió él—. Lluvia está abrazando a Luka. Tengo que hablar con ella sobre eso. No sé si lo hace por compromiso, porque ya sabemos cómo es con el contacto.

—Solo con los extraños.

—Aun así. Siento que hace una eternidad que no tenemos una de esas charlas de control.

—Sospecho que la estamos posponiendo.

Charles se lo pensó un momento, y después se echó a reír. Posiblemente era cierto. Solía sentarse con su hija para hablar de lo que sentía y sus problemas, pero no lo habían hecho en las últimas semanas. En parte era porque Lluvia estaba siempre corriendo de allá para acá para pasar tiempo con sus chicos, pero en parte, eso lo sabía, era porque intuía hacia dónde terminaría yendo una de aquellas conversaciones.

Era su niña, y tenía quince años… pero también era responsable, meticulosa, perfectamente capaz de cuidar de sí misma y tomar sus propias decisiones. Una de ellas no tardaría mucho en llegar: irse a vivir con su novio.

Sandra se acercó, con Océano ya dormido de nuevo en sus brazos, y besó a su marido en la mejilla. Charles sonrió y giró la cabeza para devolvérselo en la boca. El autobús ya se estaba yendo, y los dos chicos se dieron la vuelta para entrar en la residencia.

—Va a querer hablar de dinero —dijo Sandra.

—¿De dinero? Pensaba que ya era un tema cerrado.

—Oh, no. Lluvia propuso que trabajara en el establo, y yo le dije que lo hablaríamos. Y los dos sabemos que Kaiden no es de posponer conversaciones.

En efecto, el muchacho se sentó con ellos para desayunar en el comedor, e introdujo el tema del trabajo. Lo hizo con esa expresión, ese tono que decía «este tema es muy incómodo, pero prefiero hablarlo como una persona adulta en lugar de callarme como un niño». A Charles le hacía sonreír, aunque a veces también le daba un poco de lástima.

Kaiden nunca había sido un niño. No lo había conocido en su infancia, pero dudaba que hubiera sido un chico que saltara por ahí, fuera caprichoso o hiciera travesuras. Lo imaginaba serio ya, un poco tímido, centrado en sus deberes. Sospechaba que no había conectado con nadie, ni siquiera con sus padres, hasta que llegó Luka.

Como parte de la investigación sobre el chico para entregársela a la Asamblea, Yves había buscado toda la información posible sobre su familia. No había sido fácil, sobre todo porque debían tener mucho cuidado, pero se habían hecho una idea aproximada de cómo era la vida familiar de los Templarios. La conclusión era: casi inexistente.

Por lo que habían podido averiguar, Bertha y Oghan Bane eran miembros activos de su… comunidad, lo que significaba que pasaban largos periodos de tiempo en misiones por todo el globo, cazando críptidos o dotados. No eran rastreadores, sino —y Charles odiaba aquella comparación— algo como agentes, igual que él, salvo que su misión era *matar*.

Así pues, Kaiden había tenido poco trato con sus padres. Se había relacionado más con su abuelo, Cadogan Knight, un templario senior del que había muy poca información reciente. Según lo que Yves había podido averiguar, terminó muy malherido en una misión, antes de que su primer nieto naciera; pasó varios meses en el hospital, y al salir ya no estaba capacitado para continuar con sus labores.

Él sí era un rastreador… y era el que había movilizado las fuerzas templarias para perseguir a Luka y Kaiden por Escocia e Inglaterra. Casi los había atrapado en dos ocasiones.

Recordaba al hombre, mayor pero fuerte, muy serio, con mirada afilada. El chico decía que se parecía a su padre, pero Charles no estaba de acuerdo: se parecía mucho a su abuelo. No se lo había dicho.

Por lo que Yves sabía —e informaba regularmente a Silvia, que a su vez se lo contaba a Charles y ahora al supervisor Mendoza—, la búsqueda seguía en activo más de un año después, todavía centrada en Gran Bretaña. A Cadogan no se le había ocurrido que sus nietos habían huído del país.

—¿Tú qué opinas?

—¿Qué? —El hombre dio un respingo, perdido en sus pensamientos, y Sandra rio y se inclinó para besarlo en la mejilla.

—Como técnicamente no puede trabajar por contrato —resumió su mujer—, en buena medida por ser menor de edad, he pensado en pagarle dos euros por cada hora que ayude en el establo.

—Son, no sé, tres horas dos veces a la semana —explicó Kaiden—. Porque los domingos realmente no voy a, ya sabes…

—Las horas que sean —repuso Charles, centrándose—. ¿Qué serían, doce euros? Tal vez quince.

—El tontito está debatiendo para reducirlo —respondió Sandra—. Se me ha ocurrido dejarlo en diez a la semana.

—Como la paga de Lluvia.

—Eso pensaba. Parece apropiado. Es poquita cosa, pero…

—Es que no hace falta —masculló el chico, visiblemente incómodo—. O sea, es porque quiero. Me gusta ir a ayudar y eso. Me gusta el movimiento, cuidar a los animales, no sé.

—Kaiden. —Charles le puso la mano en el hombro y le dedicó una sonrisa comprensiva—. ¿Te importa sí…?

Hizo un gesto de su pecho al de él, y el chico hundió la cabeza entre los hombros y asintió. El hombre abrió su poder, solo un poco, para alcanzar las emociones del muchacho. No sintió nada que no hubiera previsto. Vergüenza, inmerecimiento, también incomprensión; pero lo que le hizo sonreír fue la ilusión. Puede que tuviera sus propios ingresos, pero la idea de ganárselo le hacía sentir útil, válido. Así pues, Charles le palmeó la espalda.

—Diez entonces —dijo.

—Pero… —masculló Kaiden—. Pero…

—Mira, chico, no es que sea un sueldo. Es una compensación por ayudar a aligerar las cosas en el establo. Y aunque no fuera así, la verdad es que te lo mereces por el esfuerzo que estás haciendo.

—Pero yo… ya cobro… O sea, ya me envían dinero. Ayer…

—Ya lo sé. Esto va a ser para ti, no solo por existir, sino por ganártelo. ¿Vale?

Kaiden abrió la boca y la volvió a cerrar. Luego, avergonzado, suspiró.

—Vale —musitó—. Eh… Gracias.

—¡Al fin! —exclamó Sandra—. Ahora será mejor que me vaya. ¿Te vienes conmigo, o hoy te quedas?

—No, no. Voy. O sea, iré en cuanto Luka esté ya con los críos y eso.

—Yo me ocupo —dijo Charles—. Luka estará bien conmigo un rato, ¿verdad? ¿Me ayudas a darle de comer a Océano?

—¡*Tha*!

El pequeño, cuatro años y siempre dispuesto a recibir un abrazo, sonrió. A veces, el hombre sentía un agudo pinchazo en el pecho al pensar en unos padres decidiendo asesinar a aquel niño con sonrisa de ángel, su propio hijo.

Por supuesto, de esa decisión no quedaba constancia. Los pocos informes digitales que Yves había recabado indicaban que se había intentado tratar el tema lo más discretamente posible. Solo unos pocos entre los Templarios parecían saber que Luka era un niño dotado. La misión oficial era «eliminar al vástago», y no mencionaba a Kaiden. Cadogan era el que movía todos los hilos, incansable como un sabueso.

Oghan no estaba involucrado, y el último informe de sus actividades databa del marzo anterior. Era como si hubiera desaparecido. ¿Y Bertha? Había sido parte activa de la búsqueda durante dos meses. En mayo, no obstante, fue llamada a Aberdeen… y desde entonces solo habían encontrado un registro al respecto, un e-mail enviado en diciembre:

> *Bertha sigue resistiéndose a confesar sus pecados. Tal vez hablar con su padre la anime a encontrar la paz antes de la ejecución de su sentencia.*

Cadogan había abierto aquel mensaje a principios de enero. No había respondido.

Martes 2 de abril: Un día con Charles

Antes de irse, Kaiden se agachó para hablar con Luka. Lo hizo en voz baja, así que el hombre se centró en despedirse de su esposa sin soltar a Océano. El niño tenía un poco de fiebre. Habían llegado a un punto en que ya no les preocupaba demasiado que así fuera, porque sucedía casi cada día.

Aunque era raro antes de los dos años, era posible que su hijo estuviera desarrollando su habilidad. Fiebres, malestar y eventos extraños eran muy comunes. Con Lluvia, las enredaderas habían comenzado a trepar hasta su ventana, y las plantas simplemente parecían crecer hacia los lugares donde ella pasaba más tiempo, por lejos que estuviera de la tierra. Sandra lo había tenido más fácil: sus padres solo necesitaron unos días para detectar que no balbuceaba con amigos imaginarios, sino que hablaba con los animales.

En cuanto a Charles, bueno… su caso había sido un poco diferente. Había llegado a los nueve años sin dar muestras de poder, así que, como cualquier natural de Santuario, había asistido a dos meses de pruebas de activación, un procedimiento de descarte que le enseñaba, al menos de manera rudimentaria, a activar habilidades durmientes.

—¿Charles? —llamó Kaiden, levantándose, y el hombre le sonrió.

—Dime.

—Bueno, um… A ver. Si Luka se asusta o algo, eh, le he dicho que te busque a ti primero. ¿Está bien?

—Por supuesto. —Le guiñó un ojo al niño, que le cogió la esquina del jersey—. Me ofendería que no lo hiciera.

—Si por lo que sea no estás o no lo ves o… Da igual. Hemos planeado un par de tácticas, ¿vale? *Troich*, no te olvides.

—No —respondió el niño—. *Chals, monito, Mata*.

—Más o menos. —Kaiden respiró hondo—. Bueno, eh, entonces me voy. Volveré sobre las doce o así.

—Muy bien —asintió Charles—. Nosotros estaremos bien.

El chico se marchó con aspecto de perro apaleado. Era algo que esperaba que cambiara con el tiempo. Poco a poco, los incidentes desaparecerían, los recuerdos quedarían atrás.

—Bueno, Luka, ¿me ayudas, entonces? —preguntó—. Tenemos que conseguir que Océano coma un poco. *Comer* —repitió en español, y el niño asintió de aquel modo tan intenso, arriba y abajo con tanta fuerza que su pelo volaba—. *Muy bien. Vamos a sentarnos, ¿vale?*

Le habló en castellano, con frases cortas y sencillas, y le gustó ver que Luka lo entendía bastante bien. Se sentaron de nuevo a la mesa, después a Océano en su trona, jugaron al avión y a lo que hiciera falta para que su enfurruñado y febril hijo comiera algo.

Fue un proceso largo, pero Luka se involucró como si aquel fuera su propio hermanito pequeño y supiera que tenía que cuidarlo. Era un pensamiento muy dulce. Había aprendido de Kaiden a ser un cuidador, y quería mucho a Océano. Los quería a todos, suponía Charles.

Cuando el pequeño hubo comido lo que parecía prudente, su padre lo tomó en brazos y lo comenzó a acunar con cuidado. Luka se quedó pegado a su pierna, moviéndose con cierta incomodidad al cabo de un minuto.

—¿Qué, quieres ir a jugar? —le preguntó en español, y señaló con un gesto a los niños de la

guardería, ya vigilados por los monitores—. Ve. Pero acuérdate de saludar. Acordarse. *Remember*. ¿Verdad?

—Acordarse —repitió Luka—. *Okay*. Um, ah… Vale.

Charles rio, consiguió acariciarle la cabeza y dejó que se alejara hasta los demás críos. Muy cortésmente, el niño saludó primero al monitor más cercano, que se lo devolvió con entusiasmo y mucha paciencia; después, Luka se acercó a Margarita y comenzaron a poner muñecos en la casita de madera.

—Bueno, cariño —suspiró el hombre, acariciando la espalda de su hijo—. Si miro por la ventana, ¿veré lluvia? Apuesto a que sí.

Fue hacia las puertas acristaladas que daban al jardín interior, y en efecto, allí estaba. Llovía con ganas, además. Charles lanzó otro suspiro, preocupado, y acunó a Océano.

—Ya veo. ¿Sabes, cielo? Esto puede ser peligroso. Son muchas veces de fiebre justo cuando llueve o hay niebla. ¿Y sabes por qué los niños como tú tienen fiebre tan a menudo? Porque unos poderes que no pueden controlar.

Lo besó en la cabeza y se sacó el teléfono del bolsillo. Anotó una nueva entrada en su conversación privada: el día, la hora, la temperatura y el clima. Y deseó estar equivocado.

Kaiden regresó a las doce, como había prometido. Luka todavía lo dejaba todo en cuanto lo veía, pero eso no era algo malo. Adoraba a su hermanito, y eso era todo.

Se quedaron un rato por allí. El chico se ofreció a cuidar de Océano para que Charles descansara, un gesto tan tierno que el hombre quiso derretirse ahí mismo.

—Eres un tesoro —dijo, riendo—. No hace falta. Ahora está dormido, así que comeré, socializaré un poco, que falta me hace, y a seguir. No tienes que preocuparte por mí.

—Bueno. Si tú… A ver, si necesitas ayuda…

—Lo sé. Cuento contigo.

Kaiden asintió, y después se marcharon.

Charles subió a Océano a casa. Hizo algunas llamadas rutinarias, leyó informes y pidió que le trajeran la comida. Socializó a través del teléfono, hablando con Silvia, Antonio e Isabel, una de sus compañeras.

Eran las seis y media cuando Sandra llegó a casa, visiblemente cansada, y esta vez lo hizo con una venda en la mano.

—Por Dios —jadeó Charles, levantándose de un salto.

—No es nada —aseguró ella de inmediato—. No, eso no es del todo correcto. Podría haber sido malo, pero estábamos preparados, así que me he puesto el antídoto de inmediato.

—Antídoto. ¿El nuevo inquilino?

—Me ha mordido. Acaba de llegar y está muy asustado. No consigo que se abra a mí, que me permita entrar. No me escucha.

Sandra suspiró y se frotó la cara. Sí, parecía cansada. Charles se acercó, pasándole un brazo por la espalda, y la llevó al sofá para que se sentara. El moisés de Océano estaba al lado, y a la mujer le vino bien acercar la mano sana y coger la de su hijito, que volvía a estar dormido.

—Al final no hemos tenido otro remedio que ponerlo en la cuadra de aislamiento —explicó —. No podemos ni ponerle el cabezal, lo quema. Tampoco podemos sacarlo al cerco, porque a veces estas criaturas pueden generar alas, y solo nos faltaba que echara a volar y se nos escapara. Es muy peligroso.

—Estás haciendo lo que puedes, Sandra —respondió Charles, y se puso detrás del sofá para comenzar a masajearle los hombros—. No todos los críptidos están dispuestos a dejarse ayudar.

—Lo sé. Tenemos todas las seguridades posibles, y solo nos queda esperar. Con el tiempo, la

calma y la comida, con suerte, comenzará a abrirse.

—Esperemos que sí.

—Ahora, maridito mío, ¿por qué no me cuentas qué tal tu día? Necesito relacionarme con algo que no sean cabras.

Charles rio, consciente de que Sandra no hacía distinción entre socializar con animales y con personas, y le hizo un recuento detallado de lo que había pasado durante el día.

Eran las nueve y su mujer dormitaba en el sofá cuando el hombre miró la hora y contó los segundos. Cuando llegó a diez, la puerta se abrió. Puntual como un reloj, su hija llegó a casa.

Miércoles 3 de abril: Aislamiento

A Kaiden le gustaba el trabajo en el establo. Solo eran dos o tres horas, pero no paraba. Fue a ver a los cachorros nada más llegar, y ayudó a limpiarlos y darles de comer. Después pasó por las cuadras de Brownie y Lori, que todavía no habían salido, para darles unos trozos de manzana. Cachivache estaba ya en el cerco grande, correteando entre animales que no eran ponis, ni de lejos.

El chico comenzó el trabajo a fondo. Le dijeron que limpiara la cuarta cuadra de la primera fila, y lo hizo: barrer, fregar, poner heno limpio. Después hizo lo mismo con la sexta cuadra. Después, la primera de la segunda fila.

Aunque hacía bastante frío, Kaiden había dejado su chaqueta en un rincón del comedor e iba con la camiseta de manga larga y otra de tirantes debajo. Moverse le venía bien para combatir la temperatura, y además, se sentía más libre sin tantas capas. Tampoco es que el frío le preocupara especialmente. Era escocés.

Cuando algunos trabajadores más frioleros que él se aseguraron de que a Kaiden no le molestaba, le pidieron que llevara una carreta tras otra de estiércol a la pila, donde era tratado debidamente para ser utilizados en los campos de más al norte.

Llevaba tres vueltas cuando oyó el golpe, tan fuerte que creyó que un edificio se derrumbaba. Tenía los puños alzados para defenderse y todo el cuerpo en tensión, listo para lo que hiciera falta. No obstante, no había nada. El último establo estaba a varios metros, uno de los cercos más grandes a un lado, y al otro, solo una caseta, poco más grande que un remolque, con un cerco mucho más pequeño detrás.

El golpe se repitió, estridente, metálico, potente, y Kaiden sintió que se le encogía el estómago. Sin pensarlo, dejó la carreta y corrió hacia el edificio. La puerta era corredera. Había un par de cabezales y una cuerda colgando de una pared. Al fondo, a solo dos metros, estaba la cuadra; la luz entraba por una ventana al otro lado, pero era escasa.

—¿Hola?

El impacto se oyó mucho más fuerte. Algo golpeaba la puerta de la cuadra.

—Eh, eh, calma, chico, ya está.

Kaiden se acercó un poco, intentando acostumbrarse a la oscuridad. Se oyeron pasos, los cascos contra el cemento, moviendo el heno del suelo. Un resoplido. Otro golpe, *bang*, contra el metal. El chico vio al caballo a través de los barrotes de la puerta, dando vueltas nerviosamente en su cuadra.

Se volvió hacia las paredes y encontró el interruptor. Encendió la luz, ambarina y más suave de lo que había esperado, y volvió a mirar al animal. En efecto, un caballo, con el pelaje negro, y una larga y oscura crin que se sacudía con cada brusco movimiento de su cabeza.

—Está bien —le dijo con voz calmada—. Tranquilo. ¿Qué haces ahí? ¿Estás herido, chico?

Desde luego, no lo parecía. El animal lo miró de medio lado, con un ojo castaño que parecía rojizo. Con absoluta premeditación, la bestia levantó una pata y volvió a golpear la puerta. Quizá estaba allí por su temperamento.

—¿Qué, de mal humor? —preguntó—. Pues mira, me has dado un susto de muerte, pequeño cabroncete. ¿Qué son estos golpes? ¿No te gusta estar aquí solo?

Kaiden no era tonto del todo. Sabía —Sandra se lo había explicado— que los animales tenían

distintos grados de comprensión de la lengua humana. Los caballos, le había dicho, eran susceptibles al tono de voz y, como los perros, aprendían ciertas palabras e incluso frases. Sabía que aquel animal no entendía todo lo que decía, pero algo tenía que quedarse, ¿no? Así que se acercó con cuidado, metiendo una mano en la riñonera de plástico, sacó un trozo de manzana y con cuidado lo apoyó entre los barrotes.

Cuando apartó la mano, el caballo acercó el hocico, olfateó y después atrapó la comida con los belfos.

—¿Está bueno? Sí, ¿no? Lo siento —se disculpó Kaiden, llevándose un dedo a la sien—. Sordo como una tapia, así que no lo sé si me estás contestando o algo. Sandra dice que es como un muro. Pues nada, yo soy el más grueso y el más denso que te vas a encontrar. Ya estás más tranquilo, ¿eh?

Siguió hablando mientras sacaba otro trozo de manzana y lo ponía en el mismo lugar. El animal lo cogió con el mismo cuidado. Estaba quieto, de medio lado, masticando con lentitud, pero no perdía de vista al chico. Sin hacer movimientos bruscos, Kaiden se acercó un poco más a la puerta, quedando justo delante.

—¿Qué hay, chico? —dijo en voz más baja—. No sé por qué estás aquí. Igual estás malo. ¿Tienes algo contagioso, chaval? Porque me pareces muy sano, aunque nunca se sabe. Le preguntaré a Sandra, a ver qué pasa contigo. ¿Qué, quieres otro poco de manzana? Bueno, es el último. No sé ni si deberías estar comiendo, joder.

Pero cogió un tercer trozo de la riñonera, y luego, tentativamente, estiró la mano a través de los barrotes. No era la primera vez que le daba comida a un caballo.

El animal se movió con lentitud. Sus belfos ni siquiera le tocaron la palma cuando cogieron la manzana.

—Está bueno, ¿eh? —comentó Kaiden con suavidad—. ¿Tienes comida ahí dentro, o te lo has acabado ya? Déjame ver.

Se inclinó junto a los barrotes para ver el comedero y el bebedero de al lado. Se le pusieron los pelos de punta cuando notó un sutil roce en la mejilla. Lo estaba olisqueando.

—Hola a ti también, guapo —le dijo, levantando la mano, y le tocó la quijada.

Sucedieron muchas cosas al mismo tiempo. Un golpe en el suelo, un grito de advertencia, un aguijonazo en la cara. Kaiden saltó hacia atrás con un jadeo de sorpresa, y el dolor súbitamente estalló en su mejilla.

Miércoles 3 de abril: Pesadilla

—¡Joder!

—¡Oh, Dios mío! ¡Kaiden! ¡Maldita sea! ¡Trae el antídoto!

—¿Me ha pegado un mordisco el muy cabrón?

—Estate quieto, deja que te vea.

Las manos de Sandra estaban heladas cuando le sujetó el mentón. Kaiden se dio cuenta de que estaban fuera, y alguien cerró la puerta del pequeño edificio. En el interior resonó un golpe contra el metal.

—¿Pero qué cojones le pasa a ese bicho? —se quejó el chico, y siseó cuando los dedos de la mujer apretaron en su mejilla—. ¿Qué? ¿Estoy sangrando? No puedo creer que me haya dado un bocado.

—Kaiden, no te muevas, ¿de acuerdo? El antídoto…

Sandra se quedó callada. Él ladeó la vista para poder mirarla.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué antídoto? O sea, no me digas que ese animal tiene la rabia o algo. Solo es un mordisco, ¿no? No me ha dejado sin media cara.

—Kaiden.

Ella parecía tan sorprendida que el chico se soltó de su mano para tocarse la mejilla. Siseó por el dolor, pero volvió a tocar la herida. No parecía grave… al tacto, al menos. Se miró los dedos y solo vio un poco de sangre.

—No creo que sea grave, pero necesito un espejo, e igual, no sé, lavarla o… Sandra, por Dios, ¿por qué me miras así?

La mujer lo observaba con creciente sorpresa.

—No te ha quemado —dijo.

—¿Que no me ha qué? —se sorprendió Kaiden, con los ojos desorbitados—. ¿Esa cosa *quema*?

—Es… Puede hacerlo. Se considera una quemadura venenosa, porque… Eso da igual. Pero no te ha quemado, ni te ha envenenado. Espera, vamos dentro, hay que limpiártelo. Todo está bien, ¿de acuerdo?

El chico estaba seguro, pero ver tanta angustia en sus ojos lo hacía dudar. La siguió en silencio, con el corazón desbocado y el dolor pulsátil en la cara, hasta una sala junto al comedor, donde había tres camas, un fregadero y un armario bien surtido de vendas, tiritas y medicinas.

La mujer le ordenó sentarse, y luego fue a buscar agua, jabón y un paño. Kaiden se colocó al borde de una de las camas, y cuando ella se acercó, dejó que le limpiara la mejilla. El dolor estaba menguando.

—¿Qué hacías ahí? —le preguntó Sandra mientras trabajaba.

—Eh… Lo siento —se disculpó el muchacho—. Yo solo… A ver. Oí un golpe y pensé que podía haberse roto algo, o alguien haberse hecho daño, o yo qué sé. Cuando entré, no sé, solo vi a un caballo. Me dio un susto de muerte con esas coces, así que se lo dije, y luego le di un poco de manzana. No sabía qué estaba haciendo ahí solo.

—Está en aislamiento por una razón.

—¿Está enfermo?

—No.

—¿Se lleva mal con los otros animales?

—No lo sabemos. Por lo pronto, es muy agresivo… como has podido ver. No podemos hablar con ella, no nos deja, así que tenemos que apañarnos como podemos.

—¿No os…? ¿Es una yegua?

—Es una pesadilla.

Kaiden tardó unos momentos en darse cuenta de que Sandra estaba siendo literal. La miró, aturdido.

—¿Uno de esos caballos come-sueños con las crines y los ojos de fuego? —preguntó, para estar seguro, y cuando vio que la mujer sonreía supuso que su herida no era ni de lejos tan grave como había pensado al principio.

—Las pesadillas *pueden* tener las crines de fuego. Más o menos. En realidad, depende de su estado de ánimo, que suele ser bastante combativo. Son animales complicados, Kaiden, y muy peligrosos.

Sandra suspiró y le secó la herida con mucho cuidado. Después se alejó para poner el cuenco con agua en la pica.

—Su mordisco y su quemadura… es decir, cuando te queman con su crin, por ejemplo… provocan fiebres, debilidad y delirio —explicó, y levantó una mano todavía vendada—. Esto me lo hizo ayer. Ya no duele, y me puse el antídoto de inmediato. Pero a ti no te ha, digamos, inyectado. De hecho, te ha mordido muy flojo para lo que podría haber hecho.

La mujer tomó un espejo de mano y se lo acercó. Dubitativo, Kaiden lo cogió para mirarse. Giró la cara y movió la cabeza con lentitud, examinando la herida. Limpia ya, era como si se hubiera clavado las uñas en la mejilla, nada más: cuatro pequeños arcos que en poco tiempo estarían cubiertos por costras. Alrededor tenía la piel un poco roja, pero suponía que era normal después de todo.

—Pues… Pues no sé —musitó el chico.

—Esa es la cuestión, no sabemos. —Sandra suspiró y le acarició el hombro—. Me alegro de que no te haya pasado nada. Qué susto me has dado.

—Qué me vas a contar.

—¿Por qué no te quedas aquí un rato, antes de irte?

—No, no, seguiré trabajando. Estaba en pleno viaje con…

—Kaiden, quédate aquí, o en el comedor, o sentado en alguna parte donde alguien pueda ver si estás bien. Solo por si acaso. ¿Vale?

Supuso que estaba preocupada, así que el chico asintió. Se fue al almacén de aparejos, donde una mujer joven le dedicó una comprensiva sonrisa y le indicó cómo ayudar a limpiar las sillas y los arneses. Aquello también contaba como trabajo, ¿no?

Miércoles 3 de abril: Buena idea

Como cada día, a las once sonó la campana en la escuela, y el profesor de critozoología dio por terminada la clase. Era hora del descanso.

—¿Alguien más tiene problemas para memorizar todos los críptidos acuáticos? —preguntó Valentino, tirado sobre su pupitre y visiblemente agotado—. Yo este examen lo suspendo.

—No vas a suspender —rio Lluvia—. Siempre podemos hacer un estudio colectivo, hago unas fichas y nos vamos preguntando.

—Siempre tienes respuestas, hasta para esto. Me voy a morir. Dame un besito.

Lo cierto es que a la chica no le apetecía, pero no iba a negárselo… sería raro, ¿no? Y no era la gran cosa, así que sacudió la cabeza y le dio un ligero beso en la mejilla, sin entender realmente por qué. Valentino se echó a reír.

—Ay, Lluvia, eres blandita —suspiró Silvia—. ¿No ves que solo lo hace por molestar?

—¡Disculpa! —se defendió el chico—. Eso no es cierto. Muero por besitos.

—Literalmente no creo que vivas de besos —replicó Lluvia, ladeando la cabeza con confusión—. Pero… si tanto necesitas cariño, tenemos que buscarte una pareja adecuada.

—Claro, como tú estás cogida…

—Oh, para ya —pidió la otra chica, y se volvió hacia su amiga con una gran sonrisa—. ¿Te ha escrito ya tu maridito?

Lluvia se sonrojó intensamente.

—N-no c-creo que…

—¿Que os vayais a casar al día siguiente de que cumpláis dieciocho? Bueno, yo sí.

Ella sacudió las manos, azorada, y replicó:

—M-me refería a qu-que no creo que me haya escrito, e-está ocupado con… con mi madre y eso.

—Si tan segura estás… ¿Qué, vamos a comer algo? Venga, vago.

Silvia agarró la oreja de Valentino y lo obligó a levantarse. Solo por si acaso, no obstante, Lluvia miró el teléfono. Su amiga tenía razón: Kaiden había escrito.

[10:58] Kaiden: Mi primera herida de guerra

Debajo del mensaje había una fotografía en que se le veía con la cabeza ligeramente girada, enseñando unos pequeños arañazos en su mejilla.

Puede que aquel solo fuera un mensaje tranquilizador, compartir una anécdota, pero a Lluvia se le puso la piel de gallina. Intentó controlar su respiración, la preocupación, el súbito miedo, pero no pudo. Pulsó el botón de llamada. Su novio tardó solo dos tonos en responder.

—¿Rain? —preguntó, extrañado—. ¿Todo bien?

—Nooooo —replicó ella—. Nada bien. ¿Cómo ha pasado?

—Por… Joder. Rain, no quería asustarte. Solo es un arañazo. Ya ves, no está ni inflado. Estoy bien. Rain. No debería haberte enviado esa foto. Solo es una broma.

—¡Debías! —Lluvia suspiró—. ¿Cómo ha sido?

—Me he encontrado con un bicho con mala leche. Me pilló desprevenido. Estoy bien. Tu madre ya me ha revisado, curado, vuelto a revisar, y prohibido el trabajo duro.

—A veces pienso que eres tonto del todo —resopló la chica.

—Joder. Lo sé. Lo siento. Pensaba que era un caballo, no una bestia come-sueños con mala leche. Se comió la manzana con toda tranquilidad.

Lluvia se preguntó si Kaiden era consciente de lo que estaba diciendo.

—Perdón —dijo—. ¿Qué? ¿Has estado con una pesadilla?

El muchacho al otro lado guardó silencio un momento. Sí, al parecer, era consciente.

—Ay, Dios —suspiró—. Yo no lo sabía, ¿vale? De verdad, Rain. No me ha pasado nada. Estoy bien. Siento… Siento preocuparte así. Joder.

—Ahora sí que no me creo que solo te haya hecho eso. ¿Cómo?

—No sé. Me puse a hablarle, le di trozos de manzana, yo qué sé. Cuando intenté ver si tenía comida, coge y me muerde, la muy cabrona.

—Es que… son… Tienen un temperamento un tanto especial. Has sido más afortunado de lo que crees, la verdad.

—Eso me han dicho. Pero ya ves, no parece ni un mordisco. Estoy bien.

—Ya… Estás planteándote volver con la pesadilla en algún momento, ¿verdad?

Kaiden se quedó callado unos segundos.

—Bueno, no lo había pensado, pero gracias por la idea y eso —respondió al final.

—¿Estás de broma? —Lluvia suspiró—. Y pensar que voy a ser yo quien vaya a causar esto…

Él resopló de aquel modo que parecía una risa callada. Era difícil de decir si iba en serio o no.

—Estoy bien, ¿vale? —insistió—. Y, ya sabes, voy a seguir estándolo. Todo va bien. Siento haberte preocupado. Y gracias.

Lluvia sacudió la cabeza, pero su novio no podía verla.

—Cuando vuelva a casa lo revisaré en persona —advirtió, riendo—, y puede que te dé un tirón de oreja, así que no me de las gracias.

—Acepto el tirón y lo que quieras.

Jueves 4 de abril: Biblioteca

Al día siguiente, Kaiden no fue al establo, pero tampoco se quedó pululando cerca de la guardería. Le pidió indicaciones a Charles, que no parecía muy seguro, y después se fue a la biblioteca. Era un salón no muy grande, más un despacho para leer que un centro de conocimiento, pero había diversas estanterías y había carteles señalando la temática de cada una.

Armado con el teléfono móvil y la página de wordreference.com abierta, el muchacho comenzó a buscar. Dejó estar los estantes de ficción y se centró en las enciclopedias. Tradujo los títulos en los lomos hasta que dio con algo escrito por Sandra Aldana. Sorprendido, cogió el volumen. No sabía que hubiera publicado nada.

El chico estaba preparado para una densa y difícil lectura, pero en seguida comprendió que aquel libro no estaba hecho para exhaustivas investigaciones sobre criptozoología. En la primera página se leía la dedicatoria:

Para mi esposo, el amor de mi vida,
pero sobre todo para mi hija.
Que este libro sea siempre tu guía
cuando te enfrentes a lo nuevo y lo extraño.
Nunca tengas miedo,
pero ármate de conocimiento.

El libro era un manual con ilustraciones y explicaciones muy simplificadas, tanto que a Kaiden no le resultaba difícil entender la mayoría de los textos. Exponía los rasgos comunes de varias docenas de criaturas, algunas muy comunes, y otras… otras oscuras, seres que podían asustar a un niño pequeño.

Sandra hablaba en aquellas páginas de dragones y fénix, por supuesto, y también de unicornios, un gran felino llamado «saryx», el molusco metrêk y un insecto parecido a una mariposa pero que no lo era. Y entre medias, introducidos con naturalidad pero con ilustraciones igual de realistas, estaban el cerbero, el hirilün y la pesadilla.

El libro detallaba los rasgos de aquella última criatura. La mujer no había intentado proteger las sensibilidades de nadie con aquellas descripciones.

Las pesadillas, también llamadas «burükan», son animales muy bonitos, sin duda. Parecen caballos, ¿no es verdad? Pero con algunas diferencias. Muchos de ellos pueden desarrollar cuernos en la frente, y algunos incluso alas. Sus dientes son afilados, y, ¡ay!, su mordisco duele mucho.

¿Ves su ondulada crin? Aunque el pelaje es negro, su largo cabello puede volverse castaño, rojo… e incluso de fuego. ¡No lo hagas enfadar, o te vas a quemar!

Las pesadillas no son malas. No van a venir a comerse tus sueños, oh, no. No quieren pelear contigo, solo hacer su vida. Pero no debes hacerlas enfadar. Tienen mucho carácter, ¿lo ves? Así que si ves una, ¿qué debes hacer? Pues aquí te lo explico:

No hagas movimientos bruscos.

No la mires directamente.

Habla con ella, muy suavemente. El idioma no importa: la emoción en tu voz le dirá

todo lo que necesita saber.

No te acerques, pero tampoco huyas. Rodéala y sigue tu camino, mi niña, y verás que no pasa nada.

El texto no decía nada más. Sandra no había querido mencionar el tema del veneno, pero era suficiente para una niña encontrándose con una de ellas. Kaiden se recostó en el asiento, observando la ilustración de aquel caballo de ojos rojizos y crines de fuego, con la boca abierta y enseñando sus afilados dientes. La bestia parecía a punto de comerse a alguien, y aun así, la descripción era un mensaje de calma.

El chico suspiró. No había descubierto nada que no supiera ya: las pesadillas no eran desconocidas para los Templarios. No obstante, le gustó contrastar la información, asegurarse de que sabía lo que era verdad. Puede que todavía no supiera si realmente provocaban malos sueños, o si se los comían después, pero al menos sabía lo que podía esperar si volvía a encontrarse con esa bestia… o si iba a verla.

¿Lo haría? No estaba seguro. Era un peligro, ¿a quién quería engañar? Pero Kaiden recordaba el sutil roce de los belfos en los dedos. Había comido de su mano. Igual sencillamente no debería haberse acercado tanto.

Se frotó la cara.

«Ya veremos», se dijo, y comenzó a leer el resto de entradas del libro, solo por volver a disfrutar del contraste, de discernir la verdad de Santuario y la mentira de los Templarios.

Sábado 6 de abril: El otro «yo»

La casa estaba a oscuras. Kaiden dejó a Lluvia en la cama y se levantó para comprobar que Luka seguía durmiendo. Todo iba bien, pero él tenía un mal presentimiento. Descalzo, buscó en la otra habitación y en el cuarto de baño. Nada. Bajó las escaleras. El recibidor estaba bien, la puerta firmemente cerrada. Nada en la cocina. Nada en el comedor.

Se acercó a la salida al jardín. Estaba muy oscuro ahí fuera, tanto que al principio creyó que lo que veía era su reflejo en el cristal. No obstante, había algo diferente en él. Llevaba sus mismos pantalones de chándal, la misma camiseta de tirantes, pero aquel Kaiden del otro lado tenía la mirada acerada y un cuchillo en la mano.

El chico bajó la vista, y vio que él también lo llevaba. No sabía cuándo lo había cogido. No era su navaja, ni el cuchillo de caza, ni tampoco uno de la cocina. Era casi ornamental, y en la hoja había un lema en latín. Lo reconocía bien, porque lo había estudiado a fondo desde que era niño. Significaba «lucharás contra el mal».

Cuando alzó la vista de nuevo, frente a él no había ya una puerta cerrada. El otro Kaiden vestía ahora un traje negro y flexible, hecho para facilitar el movimiento. Estaba de caza.

Apretó el cuchillo y cuadró los hombros.

—Aquí no pintas nada —increpó—. Estás a tiempo de largarte.

Su enemigo giró ligeramente el cuerpo, retrocedió solo medio paso. No huía: se preparaba para luchar. Kaiden aspiró con fuerza. Ya no estaba en el comedor, ni en el jardín. No estaba en casa. El espacio era oscuro a su alrededor, donde la ropa de su rival lo camuflaría mejor.

—Pues que así sea —masculló el chico.

También tomó posición de combate. Su enemigo no sonrió. Él tampoco. Se oyó el tic-tac de un reloj. Tic, tac, tic, tac, tic… Y atacaron.

Kaiden despertó con el corazón latiendo deprisa y todos los músculos en tensión. La realidad lo bombardeó en un instante: el cuerpo de Lluvia entre sus brazos, la ligera luz del amanecer a través de la ventana, la habitación que ya conocía tan bien, la respiración de la chica contra su pecho.

No estaba armado. No sintió pánico. No tuvo miedo de haberle hecho daño en sueños. Lo que hizo que su estómago hirviera no fue temor. Fue rabia, una muy parecida a la que sintió al darse cuenta de que el monstruo bajo la cama de Luka era su abuelo.

Cerró los ojos con fuerza y respiró hondo, pero, como la otra vez, no consiguió calmarse. Abrió los párpados otra vez, besó a Lluvia en la frente y se levantó sin hacer ruido. Salió de la habitación, comprobó que su hermano estaba dormido. Después se aseguró de que todo fuera bien en el otro dormitorio, el baño, las escaleras, la puerta. Fue a la cocina, al comedor.

Su reflejo en la puerta del jardín era exactamente eso, su reflejo. No llevaba un arma ni su expresión era distinta a la que tenía —tensa, ceñuda, rabiosa—. Respiró hondo, abrió, y salió fuera.

Hacía frío y humedad, y el cielo estaba salpicado de nubes. La luz era muy débil todavía. Apenas eran las seis.

¿Por qué estaba tan furioso? Solo había sido un sueño, otra pesadilla sobre los Templarios. Salvo que en aquella ocasión no era una sombra imprecisa con la que él se enfrentaba, para descubrir que había hecho daño a un ser querido. Tampoco era su abuelo, con el que llevaba

tiempo esperando soñar. No era un enemigo que tenía que derrotar, no exactamente.

Se había visto a sí mismo. Mejor dicho… el templario en el que se habría convertido, de no ser por Luka, por Lluvia, por todo lo que había pasado. Era un soldado, frío, sin corazón. Era un arma, un asesino. Era su pasado, y podría haber sido su futuro.

Eso es lo que lo hacía enfadar. Ese «yo» alternativo era aquello que más odiaba. Odiaba la idea de haber crecido entre templarios, preparándose para ser uno de ellos. Odiaba esa parte de su pasado, de su vida.

—Mala suerte —masculló—. Nunca voy a ser esa persona. Jamás.

Intentando liberar tensiones, comenzó a entrenar. No empezó con una suave rutina de estiramientos. Lo hizo a golpes, a patadas, e imaginó a ese «otro yo» recibiendo cada impacto. Puede que no fuera bonito, ni siquiera saludable… pero le sentó bien.

}.{

Cuando Lluvia abrió los ojos, no notó el calor, el familiar olor de Kaiden. Movió la mano, buscándolo al otro lado de la cama, pero nada. Se sentó lentamente, frotándose los ojos. No se preocupó demasiado, porque sabía que su novio no dormía bien. Se levantó tras unos momentos y se acercó a la ventana. En efecto, allí estaba el chico, en el jardín, golpeando el aire con brazos y piernas, y con mucho entusiasmo.

La muchacha se preguntaba si podría descansar algún día, dormir larga, profundamente. Por ahora, al menos, ya no tenía pesadillas como antes. No habían desaparecido, pero ya no despertaba lleno de pavor, temiendo haberle hecho daño a alguien. Ya era algo.

La puerta se abrió un poco más a su espalda.

—¿Rain? —preguntó Luka en voz bajita.

—Buenos días, Luka.

Lluvia se volvió y fue hacia él para besarlo en la frente. El niño sonrió.

—¿Kai?

—Está abajo, haciendo sus entrenamientos. ¿Te parece que hagamos el desayuno y le damos una sorpresa?

Luka alzó las cejas y asintió con ganas.

Kaiden los encontró en la cocina minutos después, con expresión sorprendida, las mejillas sonrojadas por el ejercicio y, como solía suceder, la camiseta fuera, aunque en el jardín estuvieran a apenas siete grados de temperatura.

—Buenos días —saludó.

Lluvia alzó la mirada. De inmediato tosió, azorada, pensando que si no se centraba en la cocina, se quemaría… literalmente… solo por verlo de aquella guisa.

—Buenos días —respondió.

Luka corrió a abrazar a su hermano.

—Sí, sí, hola, *troich*. Joder, qué pronto estáis levantados. ¿Qué hora es?

—Tú eres quien se levanta temprano, no nosotros —rio Lluvia.

Kaiden resopló, acercándose, y se inclinó para besarla en la mejilla.

—Voy a darme una ducha —dijo—. ¿Nos vamos luego a la residencia?

—Claro —respondió ella con una sonrisa—. Después de desayunar.

—Vale.

La besó otra vez, más cerca de los labios, y después se marchó escaleras arriba. Estuvo listo en apenas cinco minutos, con el pelo mojado aunque, por suerte, con un jersey para cubrir piel y evitar el frío.

Sábado 6 de abril: Sábado de residencia

Eran las nueve y media cuando los chicos llegaron a la residencia. Para entonces, Sandra ya se había ido, pero prometía volver a comer con ellos.

—La semana que viene bajará el volumen de trabajo —explicó Charles en español, pero repetía palabras en inglés si hacía falta… y hacía—. Tiene unas ganas locas de tomarse unos días. Y me ha encomendado que revise tus heridas de guerra, chaval.

Kaiden rodó la mirada, pero dejó que el hombre lo tomara del mentón y examinara su mejilla. La costra había empezado a desprenderse… o se la había arrancado al rascarse, no estaba seguro.

—Tu hija lo hace cada tarde —replicó, no obstante.

—A este paso se nos hará doctora, ¿verdad? —respondió él con una sonrisa.

La chica dio un respingo, azorada por la mención, y dijo:

—No me veo siendo doctora, pero sí me gustaría relacionarme con algo que pueda ayudar con las curas. Tal vez herbología y sanidad, o…

—Herbología tiene sentido —contestó Kaiden, y Charles lo soltó—. O sea, eres médico pero con plantas. Es lógico.

—Me gusta —rio Lluvia—. Pero también me gustaría utilizarlas para sanar a mis compañeros, ya sea por un atracón con una buena infusión o lo que sea necesario.

—¿Estamos imaginando a Valentino con retortijones o…?

Ella volvió a reír, divertida ante la imagen. Era evidente que Kaiden tenía sentimientos encontrados con Valentino.

—Lo cierto es que no —confesó—, pero podría ser.

En aquel momento, Océano levantó un brazo y emitió un sonido que era entre un gorjeo y un sollozo. Su llanto rara vez era estridente.

Charles fue rápidamente hacia el moisés y lo cogió con cuidado. Lluvia, en cambio, fue hacia la ventana para comprobar el clima, como sus padres le habían explicado. Kaiden se puso al lado y también miró. No llovía, pero había nubes cubriendo el cielo. Cogió la libreta que había junto a la cuna del niño, y él mismo apuntó la hora y el tiempo.

—No tiene fiebre —dijo Charles—, pero está incómodo, ¿eh? Sospechamos que es sensible a los cambios en el clima. Está por ver si… Bueno. Si los provoca.

—Me preocupa que sea así —respondió su hija—. No es una habilidad que se pueda controlar fácilmente, como la mía o la tuya.

—Ya. —El hombre suspiró—. Bueno, ya lo tenemos todo anotado. ¿Por qué no hacemos algo? ¿Qué queréis hacer? ¿Jugamos al parchís?

—Claro —rio Lluvia—. Es un buen juego para pasar el rato.

—Y además no puedo hacer trampas. Eso siempre ayuda.

}.{

Sandra llegó sobre las dos, después de varias partidas al parchís, a la oca y hasta al UNO. Había sido una mañana en familia, pero no era lo mismo sin ella.

La mujer entró cargada con dos bolsas y expresión cansada.

—¡Al fin! —exclamó—. ¿Dónde está mi niña?

Lluvia se levantó de un salto al oír la puerta y fue a recibir a su madre. Se detuvo un momento al verla, y después corrió a ayudar.

—¡Ey! ¿Cómo vienes tan cargada?

—Bueno, he pensado que igual apetecía cambiar el menú.

Sandra abrió una de las bolsas, de la que salió el inconfundible olor de la comida china. Lluvia se quedó boquiabierta.

—Qué… ¡bueno! —exclamó—. Eres la mejor.

Se lanzó a abrazar a su madre, que rio, correspondiendo lo mejor que podía. Kaiden apareció para cogerle las bolsas y llevarlas al salón.

—Hacía tiempo que no te mimábamos como te mereces —comentó la mujer, acariciando la espalda de su hija—. Pasan muchas cosas, ¿eh? Ya era hora.

—Es cierto, están pasando muchas cosas —musitó Lluvia—. Pero por ahora todas son positivas, ¿verdad?

—Claro que sí. Anda, vamos a comer. No sé tú, pero yo me muero de hambre. Oh, y traigo fotos.

—Ve con papá, nosotros ponemos la mesa y nos cuentas qué tal ha ido.

Sandra sonrió y besó a su hija en la frente.

La mesa estaba a medio poner. Kaiden continuó mientras Charles se volvía e iba a besar a su esposa.

—Has pensado en todo —comentó.

—Lo intento.

Observándolos, Lluvia sonrió. Sí, desde que los chicos habían llegado, ella estaba cada vez más cansada, pero no podía evitarlo: quería pasar tiempo con todo el mundo, por poco que fuera.

—¿Has probado alguna vez este tipo de comida, Kai? —preguntó.

—Qué va —negó su novio, sacudiendo la cabeza—. No es que no sepa lo que es, claro.

—No lo decía por eso. Es que cuando tomas un tipo de comida diferente, siempre es muy emocionante.

—Huele bien. Esto… —Kaiden titubeó—. Esto está lleno de nuevas experiencias y eso.

—Y las que faltan.

Él sonrió de medio lado, aquel gesto tan leve, un poco tímido que tanto lo caracterizaba. El chico se inclinó y la besó en el hombro. Lluvia se sonrojó ante un gesto tan sencillo, tan familiar, y tardó unos momentos en darse cuenta de que Kaiden seguía hablando.

—Vale, ¿ponemos platos o…? ¿De la bolsa?

—Eh… sí, platos, mejor.

Terminaron de poner la mesa, que incluía palillos además de cubiertos. Luka estaba con los ojos abiertos como naranjas al ver a Lluvia comer con ellos, pero fue incapaz de utilizarlos apropiadamente. A Kaiden le costó cogerles el truco.

Mientras comían, Sandra les enseñó las fotografías de los cachorros. Seguían creciendo a buen ritmo, lo que era todo un éxito, porque perros tan jóvenes y sin su madre tenían un pronóstico de vida muy bajo.

—Incluso con vigilancia, comunicación, la fórmula, todos los cuidados que podemos darles… —La mujer suspiró—. No siempre es suficiente.

—Vosotros sabéis bien lo que hay que hacer —replicó Lluvia—. No dudé de que pudierais con ello. Y los cachorros parecen fuertes, con ganas de vivir.

—¡Desde luego! Comen con ganas. Hay uno que menos, pero… estamos haciendo lo posible. Bueno, ¿qué habéis hecho esta mañana? ¿Qué tal la noche? ¿Tenéis deberes?

La mujer estaba llena de preguntas, de interés. A veces, los trabajos de sus padres los llevaban lejos de casa, durante días e incluso semanas. Charles en ocasiones había tenido que marcharse meses.

A pesar de todo, siempre estaban interesados en lo que pasara en la vida de Lluvia: preguntaban por sus amigos, por sus hobbies, los estudios o sus poderes. Siempre estaban ahí para ella, para arañar los pocos minutos de que dispusieran a su lado. Con importantes trabajos o no, siempre estaban ahí.

—Estuvimos jugando al parchís y al UNO —explicó la chica, riendo—. ¿Sabes? Podríamos hacer algo cuando acabemos de comer. ¿Una peli, quizá?

—Me parece estupendo —sonrió Sandra.

Sábado 6 de abril: Negociación

Después de comer, pusieron una de las películas favoritas de Lluvia, la Bella y la Bestia, en español pero con subtítulos en inglés, para que todos pudieran seguirla… y aprender, de paso. Como tantas otras cosas, era la primera vez para Kaiden. En su casa no había demasiadas películas… ¿O era porque él no las había pedido? Al fin y al cabo, Luka había tenido acceso a la televisión desde siempre.

Claro que para eso había estado el propio Kaiden para facilitarle las cosas. No era algo en lo que pensara a menudo. Tampoco le gustaba pensar en cómo habrían tratado al niño, cómo habría estado, de no ser por la presencia de un hermano mayor dispuesto a cuidarlo.

Su abuelo ya había sido apartado de las misiones cuando él nació, ya estaba herido, amargado. Ya no era un templario de pleno derecho. Y aun así, Kaiden no podía recordarlo tratándolo como había tratado a Luka. Era algo que le costaba mucho aceptar.

Dio un brinco cuando Luka saltó a su lado, jadeando, con la vista clavada en la pantalla, y el muchacho vio que la Bestia tenía a Gastón agarrado por el cuello y planeaba tirarlo al vacío.

«Joder con las películas de niños», pensó.

Cuando acabó, su hermanito aplaudió con entusiasmo.

—Parece que a alguien le ha gustado —comentó Lluvia, sacando ligeramente la lengua, y comenzó a hacerle cosquillas.

—Eso parece —dijo Kaiden, sujetando al niño de la cintura para que no rodara fuera del sofá, aunque la chica se detuvo en seguida—. Está guay.

—Me alegra. Pasar tiempo en familia es de las mejores cosas que hay en el mundo.

Charles sonrió al oírla y le acarició la cabeza. Sandra también lo hizo, después besó a su marido y cogió a Océano del moisés, levantándose para pasearlo un poco. El niño, apoyado en su hombro con los ojos entrecerrados, miró a su hermana y movió la mano en lo que parecía un saludo.

—Te adora —comentó Kaiden.

—Como yo a él —rio Lluvia por lo bajo—. ¿Qué pasa, grandote?

Se acercó para coger la manita de su hermano.

—¿Quieres tenerlo un ratito? —le preguntó su madre.

—No, no… Debes haberlo echado de menos este tiempo fuera.

Sandra rio. No obstante, besó a Océano en la cabeza y luego se lo tendió a Lluvia. El niño se dejó llevar. Estaba bien con su madre, pero también con su hermanita.

—Ah, pe-pero mama… —La chica la miró, alzando las cejas—. Pero… ¿Estás segura?

—Cielo, podemos compartir al niño —aseguró ella, divertida—. ¿Qué tal si voy a por palomitas y ponemos otra película?

—Yo voy —repuso Kaiden, levantándose.

Lluvia asintió y frotó la mejilla contra la de Océano. Lo echaba de menos, se le notaba.

Mientras bajaba a la cocina, el chico pensó en la idea de que su novia viniera a vivir con ellos. Era una posibilidad, y, no iba a negarlo, le gustaba. Pero había muchos contras en ese plan: alejarla de su hermano era uno de ellos.

No obstante, Kaiden no era tonto del todo, así que tenía algunas ideas en mente.

Cuando regresó, con un cuenco de palomitas enorme, vieron La Sirenita, y después volvieron

con los juegos de mesa. Eran pasadas las ocho cuando Charles besó a todo el mundo, incluso a los chicos, para completa vergüenza de Kaiden, y bajó a buscar la cena para todos.

El muchacho se inclinó y besó a su novia en el hombro.

—¿Rain? —llamó en voz baja.

Ella estaba sonrojada cuando lo miró.

—¿Sí? —musitó.

—¿Quieres quedarte a dormir aquí? —propuso—. Nos lo estamos pasando bien y eso.

Lluvia boqueó, pensándolo un momento.

—Creo que no tenemos sitio para todos —respondió.

—Ya. Podemos irnos Luka y yo. O podemos quedarnos en el sofá. Te recuerdo que pasamos meses durmiendo en el campo.

—Os dejaré mi cuarto a vosotros, y yo dormiré en un saco de dormir que tenemos por ahí.

—No. Qué burrada.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Porque es tu casa y tu cama. Solo… A ver. —Kaiden respiró hondo—. Solo quiero que estés con tu familia, bien y eso. Yo estoy bien en el sofá, y el crío, ya ves. —Señaló a Luka, que estaba despatarrado en el suelo, mirando su tablet.

Pero ella, que era testaruda como pocos, negó con la cabeza.

—No voy a dejar que os quedéis en cualquier lado —repuso—, así que no. Usaréis mi cuarto.

—Eres muy cabezota. —Kaiden le acarició la sien con los nudillos—. Dame ese saco.

—No voy a caer porque me hagas mimos —respondió Lluvia, frunciendo los labios—. No. Vais a dormir juntos en mi cuarto, en mi cama.

—En tu cuarto, en el saco. Te dejo al crío. Por favor.

—Está bien… Iré a buscar almohadas.

El chico la besó en la mejilla. Luego, con lentitud, en los labios.

—Gracias. Te ayudo.

Domingo 7 de abril: ¿Cuál es tu favorito?

Los chicos durmieron en la misma habitación, aunque no en la misma cama. A Charles le parecía prudente y muy maduro por su parte; Kaiden se quedó en el suelo, envuelto en el viejo saco de dormir de Lluvia, y solo se levantó a las tres y media para salir al comedor y volver a entrar una hora después.

No es que eso lo ayudara a dormir mejor. No quería ser la clase de padre que pone la oreja en la puerta de su hija, pero, vaya, Lluvia era su niña. No se levantó ni se dedicó a escuchar a hurtadillas, pero digamos que le costó conciliar el sueño… o mantenerlo, en todo caso.

El hombre salió del dormitorio a las seis y media, para encontrar al chico de nuevo en el comedor, estirándose frente a la ventana. Kaiden lo miró y saludó con un gesto, y Charles le dedicó una sonrisa.

—¿Sigues con problemas para dormir? —preguntó en voz baja, acercándose.

—No tantos como antes —respondió él, volviéndose de nuevo—. Sueño menos. Doy cabezadas de un par de horas. No sé. He comprobado la puerta un par de veces. Lo siento.

El empático rio y se acercó para acariciarle la espalda. Quiso darle un poco de calma, pero se contuvo. Era muy cuidadoso con su poder. Aquel muchacho ya no era el chico aterrado que había conocido en Tow Law, y no necesitaba empujoncitos.

—¿Y Luka? —preguntó.

—Duerme como un tronco casi siempre. Se despierta a veces, viene a buscarme, ya está. Hoy no ha dejado de cambiar de cama. Ha despertado a Lluvia una vez, creo.

—¿Lo hace mucho? ¿Lo de ir contigo… con vosotros a dormir?

—De vez en cuando. Hoy no sabía quién le gustaba más. —Kaiden se encogió de hombros —. Niños.

—¿Eso te molesta?

—Pff, no. Sé que adora a Lluvia. Yo también.

Charles sonrió. Luka se comportaba como un niño normal. Se despertaba asustado de noche y buscaba el calor y la seguridad de sus padres… aunque no fueran exactamente sus padres.

—¿Qué dices, vamos a buscar el desayuno y despertamos a la patrulla? —propuso.

—Mmm. Vale.

Eran las siete y cuarto cuando volvieron con un abundante desayuno, y las ocho cuando toda la familia estuvo duchada, cambiada y comiendo. A las nueve comprobaron el tiempo —había amanecido un tímido sol en un cielo de escasas nubes— y decidieron que era un buen día para que Océano visitara el establo por primera vez.

—Hace mucho tiempo que no voy —confesó Charles mientras caminaban—. No sé si sabré montar.

—Tranquilo, eso no se olvida —respondió su mujer—. Aunque puede que te caigas una o dos veces.

—Vaya, gracias, cielo.

Eran las diez de la mañana cuando llegaron. Hacía demasiado tiempo, pensó el hombre; desde el segundo embarazo de Sandra, cuando supieron que Océano estaba en camino. Antes de eso, los tres iban a menudo a cabalgar, hacían rutas por la zona o pasaban el día en el campo.

Bueno, por ahora tenían que cuidar de su hijo. Pero estaba siendo un buen día, el niño no sonreía pero miraba a todas partes con ojos curiosos, lleno de admiración.

Primero se pasaron por el comedor, donde Charles pasó un rato saludando a viejos conocidos, Sandra poniéndose al día, y sus chicos se quedaron fuera, con los más pequeños, como si ocuparse de ellos fuera lo más natural. El hombre los miró a través de la puerta abierta, y sonrió.

}.{

—Seguro que luego nos llevan a ver a los cachorros, ¿eh? —comentó Kaiden, revolviéndole el pelo a Luka.

—*Tha* —respondió él, contento—. *Mi gutan*.

—Y a ellos también les gustas, y eso que todavía no te pueden ni oler. ¿Cuál es tu favorito?

—*Totos*.

—Eso no vale, todos son bonitos pero tienes que elegir uno.

Lluvia le echó una pícara mirada, alzando una ceja.

—Uno, ¿eh? —dijo.

—Sssh, cállate —masculló Kaiden—. Solo que diga el que le gusta más o algo. Es hablar por no callar. ¿Y a ti cuál te gusta, a ver?

—Ya, hablar por no callar… ¿A mí? El pequeño me parece adorable, por eso de que come menos… Me despierta ternura y ganas de cuidarlo más que a los demás.

De los seis cachorros, cinco estaban en buenas condiciones, pero el sexto, de un pelaje grisáceo y apagado, parecía el más débil. Kaiden hizo una mueca. También tenía una cierta debilidad por ese pequeñajo, pero Sandra decía que quizá no sobreviviría.

—Ya —asintió—. Es muy mono. Ojalá, ya sabes… aguante.

—Tiene que hacerlo —replicó Lluvia, frunciendo los labios.

—Eh. —El chico la cogió de la mano y la besó en la palma—. Nos ocuparemos de que así sea, ¿vale?

Ella asintió, poniendo una media sonrisa en sus labios.

—Sí —aceptó—. Si pudiéramos venir más y ayudar…

—Igual puedo traer al enano los otros días, el lunes, jueves y eso, pero prefiero que esté en la guardería. Tampoco creo que podamos ir, ya sabes, por las tardes. No hay tiempo.

—No, no hay tiempo, y yo…

Se quedó callada, pero Kaiden intuyó lo que no estaba diciendo. Le acarició el pelo.

—He pensado en algo —comentó.

—¿Hm? ¿Qué?

El chico encogió un hombro.

—Te lo enseñaré mañana —respondió misteriosamente.

Lunes 8 de abril: Pensando pensamientos

La rutina era la que era: después de las clases, Lluvia iba —casi corriendo— hasta la casa de los chicos, y pasaba un par de horas con ellos, cenaba, y después volvía para, por lo menos, saludar a sus padres y hacerle carantoñas a su hermano antes de dormir.

Y vuelta a empezar.

El ritmo normal de un chico dotado ya era difícil. El viaje de ida y vuelta al colegio solía ser largo, y el tiempo y las energías que utilizaba en ir a casa cada día le estaba pasando factura. La alternativa, no obstante, tampoco le gustaba. Había pasado mucho tiempo comunicándose con los chicos solo a través del teléfono. ¿Cómo iba a volver a hacerlo, si vivían en el mismo pueblo?

Así pues, Lluvia bajó del autobús a las seis, preparada para cruzar todo Liétor —apenas veinte minutos, pero ya era tiempo perdido—, y vio que habían venido a recogerla. Kaiden estaba allí, cerca de la entrada de la residencia, sentado en su bicicleta y con los brazos cruzados sobre el manillar, vigilante y esperándola.

La chica se quedó unos instantes helada. El chico ladeó la cabeza, observándola, y luego hizo un gesto de saludo. ¿Qué hacía ahí? ¿Y dónde estaba Luka? ¿Era aquel el secreto? Lluvia sacudió la cabeza y se acercó. Lo primero que hizo fue abrazarlo, sin importarle la bicicleta de por medio.

—Hola a ti también —dijo él, rodeándola con sus brazos, y apoyó los labios en su hombro para respirar hondo.

—Hola, chico guapo —sonrió la muchacha, azorada—. ¿Has venido solo?

—Todavía no me fío de soltar al crío en la calle, así que está entretenido con Yves. ¿Qué te parece? ¿Te fías de que, ya sabes, te lleve a casa?

Lluvia le acarició la mejilla. Kaiden entrecerró los ojos y reclinó el rostro contra su palma.

—Me preocupa que esté solo —confesó la chica, y él la miró.

—Joder, Rain. No sé si te puedo querer más.

Aquella mirada y aquellas sencillas palabras hicieron que sus mejillas se encendieran.

—¿Eso a qué viene? —musitó, y se apresuró a ponerse en la parte de atrás de la bicicleta—. Anda, vámonos, corre, no quiero que esté solo.

—Bueno, en primer lugar… no es la primera vez. Y en segundo lugar, no está solo, está con Yves. Más o menos. Está bien, te lo aseguro. Agárrate, ¿vale? Solo he llevado a Luka ahí detrás.

Lluvia obedeció, aferrándose a su cintura con fuerza, con la mejilla apoyada en la espalda de su novio. Resopló, porque seguía muy, muy avergonzada. Él no la pinchó por ello. Kaiden comenzó a pedalear. Se tambaleó un momento, pero después la bici comenzó a rodar fácilmente.

El paseo de veinte minutos a través del pueblo se convirtió en poco más de cinco sin tener que hacer nada salvo abrazar a su novio. Era un cambio notable, pero cuando el chico frenó y apoyó los pies en el suelo, Lluvia pensó que se le había hecho demasiado corto.

—Ya estamos —anunció Kaiden—. ¿Qué? ¿Qué tal?

Ella bajó con cuidado y lo miró.

—Rápido, pero… —respondió—. ¿Tú estás bien?

El muchacho encogió los hombros.

—Perfecto. Esto de ir en bici, no sé, está guay. Tú no te cansas, ¿no?

—No —negó Lluvia, riendo—. ¿Cómo me voy a cansar? Me llevas.

—Bien. Es lo que pensaba. Te puedo ir a buscar y llevar cada día. A mí me viene bien, hago un poco más de ejercicio y eso. Cuando Luka termine de entenderse con el manillar, pues se viene también.

La muchacha no entendía cómo podía pensar tan mal de sí mismo, cuando era lo más dulce, lo más tierno que había conocido nunca. Quería estrujarle las mejillas hasta hacerlo explotar… no literal, por supuesto. Pero es que era demasiado encantador.

—Igual… —Kaiden hizo una mueca y suspiró—. Igual es algo que puedo seguir haciendo cuando yo también vaya a clase.

Realmente el impulso de estrujar era demasiado intenso.

—No es mala idea —aceptó Lluvia.

—Mmm. Bueno, verás que no ha pasado nada.

El chico bajó de la bicicleta y fue a abrir la puerta.

—*Troich,* ya estamos —saludó al entrar en el recibidor, y se oyó un gritito.

—¡Kaiiii! ¡Raaainnn!

El niño llegó corriendo desde el comedor, todo ojos y abrazos.

—Hola, ¿has estado bien? —preguntó Lluvia de inmediato, preocupada, y Luka la miró con sorpresa.

—*Tha* —respondió—. *Toy* con Yves.

—Es un niño perfectamente capaz de quedarse solo un rato, ¿eh? —comentó Kaiden, revolviéndole el pelo a su hermano—. Igual ayuda que hemos hablado de protocolos de emergencia. Qué fino suena. Vamos, dónde se tiene que esconder si lo necesita.

—Me alegra —suspiró Lluvia—. Me alivia mucho saber eso.

—No te preocupes. —Su novio la besó en la cabeza—. Anda, dame la mochila. Descansa un poco. Tienes como quince minutos extras. Qué guay, ¿no?

Martes 9 de abril: Más tonto de lo que me gustaría

A Luka le gustaba la guardería. Le gustaba estar con niños de su edad, o vigilar celosamente al más pequeño, que solo tenía dos años. Se parecía a Océano, pero era un trasto que gateaba y trastabillaba por todas partes, y los monitores estaban siempre pendientes de él porque era fácil que se escabullera en los lugares más insospechados. Luka sabía lo que era esconderse, así que siempre adivinaba dónde se metía el pequeño Lucas. Además, le gustaba su nombre, era divertido porque sonaba casi igual.

También le gustaba Margarita, que era muy callada, como él, pero compartía todos los juguetes y los juegos. Era muy buena. Y luego había otra niña, a la que encontraba rara, porque era muy charlatana, y el niño pensaba que le hablaba en otro idioma. No sabía que en su casa, a Sheila le hablaban en catalán, y era la primera lengua que chapurreaba.

Pero hay palabras que son internacionales, y cuando la niña hablaba de «papa» y «mama», los demás, incluyendo a Margarita, se lanzaban a contar cosas sobre sus padres, sobre los mimos, las regañinas, el pam-pam y las cosquillas.

Y Luka se quedaba callado, desconcertado, porque no estaba seguro de saber lo que era un padre.

}.{

Aquella mañana, lo primero que hizo Kaiden fue visitar a los cachorros. Todavía no era su hora de comer, pero se sentó con Joel, el cuidador de aquel momento, para coger con mimo a dos de los bebés y arroparlos en su regazo.

—Te gustan los perros, ¿eh? —dijo el hombre con una sonrisa.

—Bueno, claro —masculló el chico, encogiendo un hombro.

Acarició la cabeza de uno de los perros, el de pelaje gris, el que comía poco y se movía menos. El otro era negro y marrón, y decían que podría parecer un rottweiler de mayor, pero por ahora no se parecía a nada salvo a una ratita ciega y sorda. Había algo muy tierno en una criatura tan indefensa.

«Venga, enano, tira adelante», pensó, y no por primera vez.

Ya se acercaban a las dos semanas, más o menos, así que pronto comenzarían a abrir los ojos y alzar las orejas. Sandra le había dicho que si llegaba el mes, todos sobrevivirían, y empezaría el periodo de socialización. Entonces se hablaría de adopción.

Kaiden había intentado hacer números, pero sabía muy poco del cuidado de perros. De las responsabilidades, se hacía una idea; había que sacarlo a pasear, darle juguetes y enseñarle dónde hacer sus cosas. ¿Pero cuánto costaba la comida? ¿Y el veterinario? ¿Y tenía que pagar veterinario perteneciendo a Santuario? Le costaba pensar así, en los beneficios de estar donde estaba, pero lo hacía de todos modos. Necesitaba contemplar todos los ángulos que se le ocurrieran.

Suspiró, levantó a los cachorros y besó a cada uno en la cabeza antes de dejarlos juntos y arropados en lo que ya parecía un nido.

—¿A qué hora hay que darles de comer? —preguntó.

—En una media hora.

—Vale, pues vuelvo entonces. Si está bien y eso.

—Claro, chaval. Hasta luego.

—Hasta luego.

Kaiden pasó aquella media hora limpiando un par de cuadras. Después regresó para ayudar a dar el biberón a los cachorros. Para entonces eran poco después de las diez, así que limpió una cuadra más, y después se dedicó a empujar la carreta con heno o estiércol, lo que hiciera falta.

Eran las doce cuando se despidió de todo el mundo, con extrañeza y un poco de vergüenza porque reconocieran su nombre, se ajustó la chaqueta y se dispuso a marcharse.

No era tonto del todo, pero lo cierto es que a veces lo era más de lo que le gustaría. En lugar de en la salida, se encontró frente al edificio aislado. No se oían golpes esta vez, no obstante, así que se preguntó si la pesadilla seguiría ahí dentro.

Cuando abrió la puerta y vio sus brillantes ojos en la cuadra, al otro lado de los barrotes, comprendió que sí.

—¿Qué hay? —preguntó—. ¿Te acuerdas de mí? Porque yo sí me acuerdo de ti, cabrona. Vaya un bocado me pegaste. Encima que te traigo chuches. —Se oyó el golpe, *clang*, contra el metal—. ¿Qué, dando patadas otra vez? Ya te vale. ¿Eso es que no quieres manzana? —Silencio —. Me parecía.

El chico encendió la luz y metió la mano en la bolsa del interior de la riñonera. Sacó un trozo de fruta. Esta vez no se lo dio directamente; no se fiaba tanto. Pero dejó el pedazo entre los barrotes, y el animal se lo comió.

—¿Rico? —Kaiden observó—. ¿Sabes? Me han dicho que en realidad tu dieta… al menos, en parte… es de carne. Y aquí estoy yo, dándote manzana. Lo siento, chica, pensaba que eras un caballo la mar de normal y resulta que no. ¿O eres un macho? Te tratan de *ella*, pero yo qué sé. Tampoco tienes nombre. Bueno, perdona, lo tienes, pero no se lo quieres decir a nadie. Mal hecho.

Dejó otro trozo de manzana entre los barrotes y observó a la pesadilla comérselo. La ventana que había al otro lado era pequeña y no podía abrirse, y estaba junto a otra puerta corredera. Debía dar al cerco contiguo, que tenía vallas altas y densas. No se podía ver lo que había dentro. Aquel lugar estaba claramente preparado para animales con problemas… o que podían darlos.

—Me han dicho que te encontraron sola por ahí —continuó, dejando otro poco de fruta—. Yo también he estado solo. Más o menos. Cuidando de mi hermano pequeño, ya ves, pero solos los dos, corriendo por ahí, sin padres, sin adultos, sin ayuda. No fue fácil, pero aquí estamos. Y tú también, y, ¿sabes qué te digo? Que no es un mal cambio.

Esta vez, acercó la manzana con la mano. El animal lo observó unos momentos, con la cabeza ladeada. Lo oyó rascar el suelo con un casco. Luego, no obstante, tomó la fruta con los belfos, sin hacerle daño.

—Igual estás asustada —dijo el chico—. Y cabreada. Pero, oye, aquí quieren ayudarte, ¿vale? Así que empieza a hacer un poco de caso, que no pierdes nada.

Le dio el último trozo, y decidió que ya se había arriesgado suficiente.

—Hasta otro día, mal bicho. Compórtate un poco para variar, ¿quieres?

Cuando salió del pequeño edificio, se encontró de frente con Sandra. Se sintió con un niño pillado con las manos en la masa. Carraspeó, incómodo, y la mujer alzó una ceja; por lo menos, sonreía.

—¿Qué quieres que te diga? —masculló—. Es que me da pena, joder.

Martes 9 de abril: Incógnitas infantiles

A las doce y media, Kaiden recogió a Luka en la residencia. El niño dejó a los demás sin despedirse, solo para correr hacia él y abrazarlo.

—Bueeeeno, yo también te he echado de menos, *troich* —le dijo, revolviéndole el pelo—. ¿Nos vamos a casa? ¿Qué opinas? Hoy voy a intentar hacer comida sana.

—Vale.

—¿Verdura con patatas?

—*Tha*.

—Como si te digo pan y agua.

Riendo, Luka repitió:

—*Tha*.

—Anda, vamos, glotón. ¿Cómo te ha ido en la guardería? ¿Haciendo amigos?

—*Tha*.

—¿Algo más?

El niño necesitó pensárselo unos momentos antes de decir:

—He jugado *co* la casita de *muniecah*.

—Ah, qué bien. ¿Con Margarita?

—*Tha*.

Sacarle anécdotas a Luka era un ejercicio de paciencia y perseverancia. No parecía tener la necesidad de hablar demasiado, salvo cuando había animales de por medio. Otra razón para adoptar a uno de los cachorros. O dos.

«Dios, ¿puedo ocuparme de dos?», se preguntó.

En veinte minutos llegaron a casa. Kaiden puso la comida en el fuego, se dio una ducha rápida y después regresó. Comenzaba a dársele relativamente bien; al menos podía dejar las cosas haciéndose mientras se ocupaba de otras tareas.

El plato no era de verdura con patatas, pero sí un salteado que ya venía cortado y envasado. El chico solo tuvo que hervirlo, y después darle unas vueltas en una sartén. Fácil, y estaba bastante bueno. Desde luego, Luka no se quejaba.

Después de comer, dejó al niño en el sofá, para que se entretuviera con Yves, y él se puso con la limpieza de la casa. Estaba ocupándose de una mancha en la puerta del jardín cuando Luka lo llamó de un modo extraño, dubitativo:

—¿Kai…?

—¿Qué pasa, *troich*?

—¿Eres mi papa?

Se le cayó el trapo. El chico parpadeó, con una bola en la garganta, y se giró lentamente. Su hermano seguía mirando la tablet, como si no hubiera dicho nada, pero estaba claro que esperaba una respuesta.

—No —respondió Kaiden con cuidado, y fue a sentarse con él—. ¿Por qué?

—Mmmm. —Luka abrió y cerró la boca un par de veces, como buscando las palabras—. Fanny dice que el papa *é* el que te cuida y te *quere*. Tú me cuidas y me *queres*.

—Eso es verdad.

—*Tonses* no tengo papa.

Parecía un poco triste ante aquella idea. Al chico no le gustó nada que se diera cuenta de que era huérfano.

—No te acuerdas mucho de ellos, ¿no? —musitó, y Luka lo miró—. Nuestros… Es igual. Bueno, yo te cuido y te quiero, eso está claro. ¿Sabes qué más, ya sabes… es un padre?

—Mmm. El papa *també regana*. Y a *vese* se enfada. Tú no te enfada.

—Bueno, es que no me das razones, chico. Vale, vamos a ver. Un padre…

Kaiden también intentó buscar las palabras, bajo la atenta mirada de su hermano, pero lo cierto es que no las encontró. Su propio padre había sido una figura de fondo en su vida. Amable, serio, trabajador, pero poco implicado. Por Dios, lo había criado su abuelo materno. ¿Qué había hecho Oghan por cualquiera de sus hijos?

El muchacho sacudió la cabeza, desconcertado, sin saber qué decir, cómo expresarse.

—¿De dónde viene esto, *troich*? —preguntó—. ¿De la guardería?

Luka torció los labios. Luego se acercó, apoyándose en su costado, y Kaiden lo abrazó y acunó.

—*Seila* habla de su papa y su mama, y los *otos també*. Los *reganan*, y les hacen *cosquiyas*, y les cantan, y *quentan quentos*. Tú no eres mi papa, pero haces *ezo*. Me cuidas, y me *poteges*, y me *queres*.

Eran más palabras de las que el niño solía decir de un tirón, y el chico lo apreciaba. Le acarició el pelo con suavidad. Valoró la posibilidad de decirle que eran huérfanos. También la de dar marcha atrás y decir que sí, que era su padre, aunque fuera mentira. Al final, no obstante, dijo:

—Sabes que soy tu hermano.

—*Tha*.

—Y sabes que los dos tenemos el mismo padre.

—*Tha*.

—Y que él ya no está. Ni volverá a estar.

—*Tha*.

—Vale. Entonces, *troich*… no sé. ¿Tú quieres que sea tu papá?

Luka se apretó contra su costado. Cuando respondió, lo hizo con tanta timidez que Kaiden supo que entendía perfectamente la diferencia, y que sabía reconocer la necesidad de tener un padre como los demás niños.

—*Tha*.

Con el corazón encogido, el muchacho estrechó al niño, lo besó en la cabeza y le acarició el pelo.

—Bueno, pues nada —musitó—. Me ha salido un hijo. ¿Eh, *mo mhac*?

Luka rio temblorosamente. Luego se alzó sobre las rodillas para rodearle el cuello con los brazos y besarlo en la mejilla. Tenía lágrimas en las pestañas y una enorme sonrisa en la boca.

«Joder», pensó Kaiden. Si siempre había sido como si aquel niño fuera suyo más que de sus padres, se había vuelto algo definitivo. No solo era el tutor legal de Luka: a cualquier nivel, era también su padre.

—Ya ves —suspiró el chico aquella tarde, apoyado en la puerta que separaba el comedor de la cocina mientras Luka se reía a mandíbula batiente de algo que Yves había puesto en la tablet.

—Imagino que todos los niños necesitan una figura paterna —comentó Lluvia junto a él—. O más que paterna… Ya sabes, familia, estructuración y eso. ¿Personas de autoridad? No sé cómo decirlo.

—Supongo que sí. Sabía lo que estaba diciendo, solo… no sé. Quiere ser un poco como los

demás, quizá.

La chica asintió.

—No tenéis una situación fácil… —aceptó, desviando la mirada, pero Kaiden se encogió de hombros.

—¿Sabes?

—¿Hm?

—Tarde o temprano te va a tocar a ti.

Lluvia parpadeó, completamente perdida.

—¿A mí? —preguntó, sin entender.

—Vamos —la animó Kaiden, echándole una mirada—. Si a mí me cae la preguntita de si soy papá…

Por fin lo captó. La chica se ruborizó, dando un respingo, y exclamó:

—¡No es lo mismo! Contigo estuvo durante todo el proceso, y…

—Ya, ya, ya… Ya lo verás.

Miércoles 10 de abril: ¿Qué he hecho?

En el establo había cuatro personas con el mismo poder que Sandra, aparte de ella, aunque en distintos grados: Sofía, por ejemplo, presentía los mensajes de los animales, más que oírlos en su cabeza, mientras que Jorge oía las voces colectivas y no solo las individuales, algo que la propia Sandra no era capaz de hacer.

Pero ninguno de los cinco quería acercarse a la burüka. El temor a las pesadillas —las que aquella bestia podía provocar si se lo proponía, no la raza— era un factor; otro era que el animal se negaba a escuchar, mucho menos a comunicarse. Lo cierto era que Jorge no sabía relacionarse con animales si no podía hablar con ellos.

No ayudaba nada el carácter de la criatura, que golpeaba las paredes, daba vueltas y amagaba mordiscos a cualquiera que se acercara demasiado. Era un problema ponerle la comida, y todos temían el momento de limpiar su cuadra. No podían ni abrirle la puerta trasera para que estirara las patas y tomara el sol en el corral de altas verjas.

Cada mañana, dos se marchaban —hacían la guardia de noche— y tres se echaban a suertes quién se iba a ocupar de la burüka. Aquel día le había tocado a Sandra.

El regreso de Kaiden a la caseta de aislamiento la había avergonzado. El muchacho sabía lo que tenía delante, y había recibido un mordisco en la cara. No obstante, regresaba y… ¿qué? Hablaba con la pesadilla, y le daba fruta. Era muy dulce por su parte, y también muy valiente.

—Bueno —suspiró frente a la puerta—. Parece que tengo mucho que aprender de este chico.

Respiró hondo y compuso una sonrisa. Abrió, y la recibió la penumbra del otro lado.

—Hola, bonita —saludó con amabilidad, encendiendo la luz—. ¿Cómo has pasado la noche? Me han dicho que has estado bastante tranquila.

Habló con ella con suavidad, sin mirarla directamente, mientras limpiaba por fuera de la cuadra, solo para que se acostumbrara a su presencia. La criatura la seguía con la mirada, pero al menos ni manoteaba ni daba coces a las paredes. Era una mejora.

Por costumbre, Sandra compuso un mensaje y comenzó a transmitírselo, aunque sabía que la pesadilla no escuchaba. No era empatía, pero se le parecía: la mujer enviaba una versión muy simplificada de «soy un amigo, no te quiero ningún mal»; en definitiva, amistad. No le resultaba fácil, pero era parte del trabajo, y muchos animales solo se comunicaban mediante mensajes aparentemente simples como aquellos.

Tardó unos minutos en darse cuenta de que algo había cambiado. Alzó las cejas, sorprendida, y miró a la burüka. Las barreras que protegían su mente de cualquier intento de comunicación… no estaban.

}.{

Cuando Sandra se le acercó con expresión seria, Kaiden pensó que había hecho algo mal.

—¿Qué? —jadeó—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué he hecho?

—¿Qué? —La mujer dio un respingo y alzó las cejas—. Nada malo, creo. ¿Qué has hecho?

—No lo sé. ¿Qué pasa?

Sandra sacudió la cabeza.

—Quiero que me digas lo que le has dicho a la burüka —pidió—. La pesadilla.

—La pe… Pues… Pues no sé. ¿Por qué?

—Kaiden, podría ser importante.

Totalmente perdido, el chico intentó recordar.

—Le he dicho que… A ver. Que preguntaría por qué estaba ahí, y que vaya bocado. Le dije que dejara de hacerse la dura, que aquí la ibais a cuidar y eso. Que entendía que estaba asustada y cabreada, pero que iba a estar bien. No sé. Tonterías.

—Puede que no. O puede que esté viendo lo que no es.

—Sandra, no entiendo nada.

—Lo sé, lo siento. —La mujer rio y se echó el pelo hacia atrás; lo llevaba largo y negro como el de su hija—. De acuerdo, acompáñame y hablamos mientras trabajamos, ¿vale?

—Vale.

Sandra lo llevó con los cachorros; era su hora de comer. Y mientras les daban los biberones, intentó explicar:

—A ver, sabes que yo hablo con los animales, ¿no?

—Sí.

—No es como hablamos nosotros. Pueden entender el lenguaje hablado o no, nuestro idioma o no; ellos se comunican con un sentido distinto. Telepatía, para entendernos, ¿de acuerdo?

—Vale…

—Las criaturas con ese sentido extra, también pueden, digamos, cerrarlo. Como taparse las orejas. Dejas de recibir.

—Como el poder de Charles. Lo abre y lo cierra como quiere.

—Exacto. —Sandra sonrió—. Sí, exacto. Es como si la mente de un animal fuera una casa. Para comunicarme, llamo a la puerta, pero él decide si me abre o no. ¿Me sigues?

—Ya. Y la pesadilla no te abre.

—No me *abría*. Esta mañana… No diré que me ha contestado, pero al menos ha abierto. Ha *recibido* mis mensajes.

Kaiden parpadeó, observándola. Parecía emocionada por el éxito. Pensándolo bien, tenía sentido. Todos allí temían no ser capaces de normalizar la situación de la burüka; ya era una bestia lo bastante peligrosa sin estar encerrada y aumentando su mal humor.

—Eso es bueno, ¿verdad? —se aseguró.

—Es buenísimo. Con esto superamos cualquier posible barrera lingüística, y poco a poco podemos construir un vínculo, hacerle ver que no queremos hacerle daño. Podemos decirle por qué está aquí, con quién, y cuál es su destino. Incluso si no responde, que esté escuchando es una mejora increíble. ¿Ves qué bien?

Con alegría, Sandra cogió a uno de los cachorros y lo besó en el hocico. El perro estiraba sus patitas como una rana, moviendo la cabeza sin saber de dónde había venido el ataque. Kaiden apretó los labios, con una sonrisa cosquilleándole la boca, y bajó la vista al animalito que él mismo tenía en las manos. Era el negro y marrón, el que un día parecería rottweiler.

—Necesitan nombres —comentó sin querer.

—Los tendrán —aseguró la mujer—. Quizá Lluvia, Luka y tú queráis hacer los honores.

—Pff, yo no tengo mucha idea.

—Vamos, ¿por qué no? Será divertido. Quizá el domingo que viene. Ya empezarán a abrir los ojos.

Kaiden se encogió de hombros, dejó al cachorro en su regazo y estiró el brazo para coger el gris.

—Se lo diré al crío —respondió—. Um. ¿Sabes qué?

—¿Mhmm?

—Me preguntó si era su padre.
Hubo un momento de pausa.
—Ya veo —dijo Sandra al final—. Debió ser una conversación interesante.
—Ya ves. Sabe que no lo soy y eso, pero…
—Pero tienes un hijo.
—Eso parece.
—Qué bien te conservas, papá.
—¡Puff! ¡Cállate, joder!

Miércoles 10 de abril: No das tanto miedo

Cuando Kaiden se acercó a la caseta de aislamiento aquel día a las doce, lo hizo con permiso de Sandra. Tal vez sus visitas no significaban nada para la burüka —probablemente no, se decía el chico—, pero tampoco hacían daño.

—Buenas, tú —saludó al abrir la puerta y encender la luz.

El caballo negro estaba al otro lado de los barrotes, girando hacia un lado y mirándolo con un ojo rojizo y atento. Tenía las crines casi negras, notó Kaiden, que ahora sabía que a más rojo, más intensa la emoción. Estaba apagada.

—¿Qué hay? —preguntó, a sabiendas de que no podría contestar aunque quisiera—. Me dicen que has empezado a escuchar. Joder, ya era hora, ¿no? También he preguntado, ya sabes, y por lo visto vienes de Francia. O sea que no entiendes ni jota de lo que te estoy diciendo.

El chico puso un trozo de manzana entre los barrotes.

—Claro que tampoco lo entenderías aunque te hablara francés —continuó—. Por lo visto, como que no os relacionáis mucho con los humanos, pues lo de las lenguas como que no. Da igual, ¿sabes? Solo me alegro de que estés haciendo caso, para variar. Al menos algo. ¿No quieres fruta? ¿Prefieres otra cosa?

Colocó un trozo de zanahoria al lado de la manzana, pero la pesadilla no se movió. Siguió observándolo de medio lado, con la cabeza ligeramente bajada, el cuello arqueado. Kaiden sintió un pinchazo en el pecho.

—Eh —musitó—. Estar sola tanto tiempo tiene que ser una mierda. Y además se supone que no duermes, ¿no? Hasta que te hagas mayor. O sea que son muchas horas aquí, aislada. Qué putada. Mira, ten. Te gustaba la manzana, no me jodas.

Cogió la fruta, y esta vez se lo ofreció con la mano. No negaría que el corazón le latía con fuerza contra el pecho, y que tenía miedo de que le diera un mordisco, pero, igual que la vez anterior, la criatura lo observó un momento y después movió la cabeza para tomar la manzana con los belfos.

—Eso es —dijo—. Está bueno, ¿no? ¿Qué, debería traerte pollo o algo? No tengo ni idea de tu dieta. Sandra te ha puesto ya de comer, pero no pienso asomarme, que es así como me diste un bocado. No se me olvida. —Pese a sus palabras, cogió otro trozo de manzana y se lo acercó entre los barrotes—. Sigue así, ¿vale? Escucha cuando te hablan. Verás que la gente es maja, te lo digo yo, y en nada vas a salir de aquí. Por lo menos a tomar el sol, que falta que hace, ¿no?

Habló un rato más, sin un tema fijo. Sobre el trabajo, sobre Luka y Lluvia, sobre español, escocés, inglés y las cuatro palabras que había aprendido de francés. Le fue dando trozos de manzana y después de zanahoria.

Se le disparó el corazón cuando la pesadilla apoyó el morro en su palma y se quedó así. Notó su resoplido sobre la muñeca. Tragó saliva, en tensión, y acercó lentamente la otra mano.

El animal no se movió cuando Kaiden le acarició el hocico.

—Hola —musitó, sintiéndose tonto, humilde y un poco asustado—. Tienes las crines castañas. Cojones, cómo cambian de color. Eso es bueno, ¿no? Ya no estás tan apagada. No entiendes nada, pero supongo que te sienta bien tener compañía. Me gustaría poder quedarme más, pero no puedo. Les diré que te visiten a menudo, ¿vale? Las cosas van a mejorar pronto.

Se sorprendió al notar que le costaba separarse, pero tuvo que hacerlo. Se despidió,

prometiéndole de nuevo que todo iría bien, y después salió de allí. Resopló al cerrar la puerta.

—Pues no das tanto miedo —masculló.

Era casi la una cuando llegó a la residencia. Charles estaba en la sala de estar, paseando a Océano en su carrito, y al verlo le guiñó un ojo. Hablaron unos minutos, y después Kaiden fue a buscar a Luka.

—Llego tarde, *troich* —le dijo.

El niño sonrió y lo abrazó con fuerza. Con timidez, mirándolo con cierta aprensión, musitó:

—Hola, papa.

«Joder, joder, joder». El corazón se le subió a la garganta y amenazó con asfixiarlo. El chico le revolvió el pelo al pequeño y después lo estrechó. Era la primera vez que lo llamaba así. Supuso que no sería la última.

—¿Por qué no os quedáis a comer? —propuso Charles.

—Tengo faena en casa y me quiero dar una ducha —respondió Kaiden—. Pero, bueno, otro día. Si quieres y eso, pues podemos quedarnos un día a la semana o algo.

—Eso no suena mal.

Antes de irse, el chico le hizo unas carantoñas a Océano, que lo miraba seriamente.

—Hoy ha lloviznado un poco —comentó—. ¿Está bien?

—No se ha molestado —respondió su padre—. Eso no es indicativo de nada, pero sí un alivio para todos. He puesto una petición para que lo examine un experto, pero tardarán un poco en darnos una respuesta, ya no hablemos de visitarnos. Esto puede ser un poco lento.

Kaiden recordaba su propio proceso de entrada a Santuario: los cambios de casa, los viajes, posibles adoptantes, residencias. Pero era normal. Había que cumplir con muchos pasos.

—Pero no le puede, ya sabes, pasar nada, ¿no? —preguntó.

—Bueno —suspiró Charles—. ¿Sabes lo que me contaste que pasó en aquel invierno? Cuando se fue la luz.

—Sí. Luka se quedó medio tonto durante unos días, con fiebre y tal.

—Sería más o menos lo mismo, en el peor de los casos. Por eso controlamos la temperatura tres veces al día.

El chico asintió. Recordaba con pavor el estado en que su hermano había quedado hacia el final de su viaje, con un hálito de vida que él no había podido proteger. No obstante, la extenuación del invierno que Charles le recordaba había sido algo diferente. Era, según lo veía, el cansancio de sobreesforzarse, conscientemente o no.

Sí, Océano estaría bien. Kaiden sacudió la cabeza y le acarició el pelo al niño.

—Nos vemos mañana, tú —le dijo, y el bebé lo miró como si lo entendiera.

Viernes 12 de abril: Está decidido

—¿Qué plato más o menos sencillo les gusta a tus padres? —preguntó Kaiden en el tono más casual que fue capaz de encontrar, que no era mucho, puesto que su nueva idea le ponía los nervios de punta.

Lluvia lo miró, divertida, y el chico, sabiendo que lo habían pillado, encogió un hombro y siguió fregando los platos de la cena.

—¿Por qué? —inquirió su novia—. ¿Vas a invitarlos a comer como un buen anfitrión? Porque podría ayudarte en la cocina.

—No es lo mismo si los invito a comer y cocina su hija.

—¿Por qué? Puedo darte la receta y hacerlo todo tú, hm.

—Ah, bueno… Pero tiene que ser… A ver. Yo con la cocina, lo más justo, ya lo sabes.

—¿Por qué no los sorprendes con algo de Escocia?

—Porque en realidad tampoco sé cocinar nada escocés. Aunque, bueno, no es mala idea, no sé. Podría buscar algo.

—¿Verdad? ¿Por qué no le preguntas a Yves? Él sabe mucho de todo.

—Vive en internet, eso no vale.

—Tiene esa pequeña ventaja de no ser humano —rio Lluvia—. Así que puedes preguntarle por alguna receta sencilla y rica. Aunque no sé si está del todo familiarizado con el concepto del sabor…

Kaiden titubeó.

—Pues no sé —tuvo que admitir—. En realidad no sabemos mucho de él, ¿no? Salvo Luka. Luka está al tanto de todo.

—Cierto. Para mí, Yves no era… Quiero decir, soy de plantas y…

—Y como que eso de una inteligencia artificial suena a chino.

—La verdad es que sí.

El chico resopló y se inclinó para besar a su novia en el cuello.

—Son las nueve —dijo—. Igual podríamos ver algo en la tele, que no la usamos casi nada, antes de… —Entonces su bolsillo comenzó a vibrar—. Joder. Teléfono.

Lluvia movió la mano para animarlo a atender y después salió al comedor para estar con Luka, y posiblemente para darle cierta intimidad al muchacho. Kaiden suspiró.

—Joder, qué suerte tengo —masculló.

Vio el nombre en la pantalla y se le encogió el estómago.

—Eh, Mike —saludó—. ¿Cómo va?

—Todo bien —respondió el niño al otro lado, pero se arrepintió en el acto—. No, lo siento. Igual es tarde por ahí.

—Solo estaba fregando los platos. ¿Qué pasa?

—Bueno, eh… No sé, creí que…

—Mike.

—Ya, vale, lo siento. —Mike suspiró—. Ya está todo organizado.

—¿Lo de tus madres?

—Sí. Sonja y yo nos… nos vamos con mamá Talya.

—Ya.

Kaiden se apoyó en la encimera. Todos sabían que aquello iba a pasar. El divorcio llevaba en marcha desde hacía semanas, y el cabo suelto era la custodia.

—Éléna se queda con Curtis —adivinó, intentando pronunciar el nombre tal y como ella lo quería, no como se lo habían dicho a él.

—Estaba claro. Es el pequeño y lo adora.

—Ya. —El chico titubeó—. Pensaba… A ver. Pensaba que tú eras su favorito.

—No últimamente. Nunca ha llegado a entender que no vemos las cosas igual. Que yo no… No soy capaz de verlo como ella, ¿sabes?

—Entiendo.

—Tampoco es que yo quiera quedarme. Con ella, quiero decir.

—¿Y la casa?

—Se la queda Éléna. Talya, Sonja y yo nos iremos en verano. Vamos a vivir con sus padres en Turquía. Ya está todo hablado.

—Es un cambio importante. ¿No podéis quedaros, no sé, por ahí?

—Lo han… bueno, lo hemos pensado mucho. Pero realmente Talya no tiene familia aquí. Solo tiene… tenía a Éléna. Así que…

—Es muy duro. Joder. Lo siento.

—Sabes que no es culpa tuya.

—Mike, por favor. Los dos sabemos que sí lo es. Si no fuera por mí…

—Ya está bien, joder, Kaiden. No es culpa tuya que Éléna no sepa ver más allá, ¿vale? Yo… Yo he… Yo he podido, ¿no?

—Y te lo agradezco.

—Pues cállate de una vez. No es culpa tuya. La verdad, prefiero… Prefiero… Joder. Lo siento, pero prefiero las cosas así. Prefiero que haya pasado, ¿sabes? Porque me imagino haber pasado toda la vida con ella, y la clase de imbécil en que me habría convertido. Me da náuseas.

Kaiden respiró hondo.

—¿Sabes? —comentó—. Hace nada tuve una sensación como esa. Un pensamiento, o algo. Una pesadilla. Me vi a mí mismo tal y como sería si, bueno, si siguiera con los Templarios.

—Qué asco.

—Sí. Bastante. Pero no son más que ideas, sueños, cosas que ya no van a pasar, ¿no? No vas a ser un imbécil, ya me aseguro yo de eso.

Mike resopló y rio al otro lado de la línea.

—Eres un capullo —le dijo con guasa, y Kaiden sonrió de medio lado.

—Ya. ¿Sigues tus ejercicios?

—Sí, pesado.

Domingo 14 de abril: Bruma

El domingo por la mañana, Lluvia, Kaiden y Luka fueron a la residencia para desayunar con sus padres, y después irse todos juntos al establo. Hacía un buen día. Aunque las temperaturas máximas previstas eran de dieciséis grados y había algo de humedad en el ambiente, hacía sol y había pocas nubes.

El chico sintió un retortijón al ver que Sandra y Charles estaban en el comedor, con Océano en un moisés portátil, y a la mesa junto a ellos estaba el señor Mendoza.

«Vaya, hombre», pensó.

Hacía cuatro días que había hablado con él por teléfono, aunque había sido una conversación breve… ¿Y cuánto desde que lo había visto por última vez? Más de una semana. Sabía que su supervisor había estado en Madrid unos días, pero, claramente, había vuelto.

A su lado, Lluvia le puso una mano en la espalda y le dedicó una sonrisa. Kaiden encogió un hombro.

—Pues nada —suspiró, y fueron hacia la mesa—. Ey.

—Buenos días, Kaiden —saludó el supervisor.

—Hola, chicos —dijo Sandra—. ¿Qué queréis tomar?

—Cualquier cosa va bien —repuso Lluvia—. ¿A qué debemos la visita, señor Mendoza?

—Solo una visita regular —respondió el hombre—. Sabía que los chicos iban a venir a tomar algo y después os vais todos. ¿Es correcto?

—Sí. —Kaiden apartó una silla para su novia—. Nos vamos al establo a pasar el día y eso.

—Hay unos perritos que necesitan atención —explicó la chica, sentándose—. Gracias, Kai. Y, además, a Kaiden parece gustarle mucho el lugar, ¿verdad? Y a Luka, por supuesto. Él y los animales son casi uno.

—Eso tengo entendido —asintió el hombre, tomando su taza de café—. Parece que tienen un horario apretado, estos chicos, ¿verdad?

El muchacho sentó a su hermano. Se sentía como un espectador, salvo que el tema del espectáculo era él. No le gustaba, pero, claro, el trabajo del señor Mendoza era averiguar cómo le iba, y no siempre le preguntaría directamente.

—Entre las compras, las tareas de casa y pasar tiempo en el establo —dijo Charles, divertido —, la verdad es que el mayor casi no para. Y el pequeño está socializando. ¿Verdad que vas a la guardería, Luka?

— *Tha* —respondió el niño, sonriendo, y Lluvia tomó la mano de Kaiden, que se la estrechó con suavidad.

—¿Qué, se quiere venir? —propuso el muchacho.

—Oh, no, no, creo que un establo no es lugar para mí —respondió el supervisor—. Soy un hombre de ciudad. Pero me quedaré mientras desayunáis, si no tenéis inconveniente. Cuéntame cómo te va.

—Sabe que hablamos hace nada.

—Pero no es lo mismo, ¿no te parece?

Kaiden compuso una mueca, pero finalmente se sentó y comenzó a hacer recuento de los sucesos de los últimos días, incluyendo a la burüka, pero no el tema de la paternidad. De eso ya habían hablado.

El supervisor se quedó con ellos una media hora, hasta que comieron unas tortitas y el té con miel. Para entonces eran pasadas las nueve y se pusieron en marcha. El día seguía bastante bien, Océano estaba satisfecho en la calle, y, cuando llegaron a la entrada, Luka abrazó al perro de guardia y le susurró que iban a ver «a los pequeñitos».

La primera parada, por supuesto, fueron los cachorros.

Dos de ellos tenían los ojos abiertos, y se tambaleaban sobre sus patitas.

—Vaya —se sorprendió Lluvia, acercándose—, cómo crecen de rápido.

—Ya tienen como dos semanas, ¿no? O algo más —supuso Kaiden, agachándose junto a la cama, y uno de los cachorros fue directo a sus rodillas—. Hola, enano. Mira, Luka.

Con los ojos muy abiertos, el niño se sentó en el suelo, estirando los brazos. Los perritos eran torpes todavía, pero esos dos, por lo menos, se movían con ganas, y eso parecía animar a otros a hacer lo mismo.

De inmediato, Lluvia cogió al que era sin duda su debilidad: el más pequeño, el gris, el que seguía quietecito y solo lloriqueó un poco al notar su contacto.

—Está engordando —comprobó Kaiden, y su novia suspiró de alivio—. Menos mal, ¿eh?

—Sí… —respondió, acariciándolo con cuidado—. Menos mal.

—Sí. ¿Cómo lo quieres llamar?

—¿Eh? —Lluvia dio un respingo, alzando las cejas—. ¿Cómo quiero llamarlo? N-no lo sé, no había pensado en… en ello.

—Pues piensa. Tu madre dijo que podíamos colaborar en eso de ponerles nombres. Para finales de mayo o así dice que ya se hablará de adopción y eso, y tendrán que tener un nombre, aunque luego se lo cambien. No podemos hablar de ellos como «el gris que no come» y «el matón de la camada».

Ante sus palabras, Lluvia rio por lo bajo.

—No, supongo que no —aceptó, y miró mejor al cachorro, ladeando la cabeza—. No lo sé… Leí una vez un libro en que a un caballo le ponían Bruma, por su color. Me gusta cómo suena.

—Bruma. Español. Está guay. ¿Qué, pequeñajo, te vale Bruma? —Kaiden lo acarició entre las orejas, y el perro movió la cabeza y lanzó un débil gañido—. Supongamos que eso es un sí.

—Creo que te dirá lo mismo con cualquier nombre —rio su novia, divertida.

—Entonces igual deberíamos llamarlo Luka.

El niño alzó la cabeza y las cejas. Después se echó a reír. Lo había captado. A la chica, en cambio, le costó unos momentos más.

—¿En serio? —dijo al comprenderlo, golpeando suavemente el hombro del muchacho.

—¿Qué? Es verdad —repuso este—. ¿Tú qué dices, cómo llamamos a un cachorrito, *troich*?

—*Cuilean* —respondió él con seguridad.

—No jodas, hombre. No podemos llamar «cachorrito» a un cachorro.

—Sería raro cuando dejara de ser uno —comentó Lluvia.

—¿Lo ves? —insistió Kaiden—. Hay que pensar en otro. Y que no sea *cù*. —Miró a su novia —. Eso es «perro», tal cual.

—He encontrado a alguien peor que yo para poner nombres.

—Pff. —El chico se inclinó y la besó en la sien—. Anda, pon más.

Lluvia tenía definitivamente un talento especial para poner nombres. Junto a Bruma, fueron saliendo Joy y Rush, ambos en inglés, pero después pasaron a nombres con significados españoles: Reina, Coco, y por último Rayo.

Domingo 14 de abril: Presentaciones

Sandra fue yendo y viniendo, pero, en general, todos pasaron la mañana con los cachorros, animándolos a moverse un poco más. Era un buen momento, decía la mujer. Después, a mediodía, fueron al comedor con el resto de los trabajadores. Allí solía haber ruido, conversaciones animadas por las varias mesas y a través de ellas, y no era el lugar más iluminado.

—Quiero ir a saludar a alguien —le dijo Kaiden a su novia en voz baja, inclinando la cabeza —. ¿Quieres, ya sabes, venir?

—Iría contigo donde fuera, aunque sea estar con una pesadilla —rio ella—. Tienes un gusto un tanto especial con los animales.

—Pff, no da tanto miedo. Ya lo verás. —Se giró para hablar con Luka—. ¿Te quedas aquí un ratito? No te separes de Charles. Yo vuelvo en seguida, ¿vale?

El niño lo miró con los ojos muy abiertos, pero asintió con solemnidad. Lluvia estiró el brazo para acariciarle la cabeza, sonriendo.

—No tardaremos —prometió.

Su padre los despidió sin preocupaciones, acunando a Océano en su carrito, y siguió charlando con un par de amigos. Hacía amigos en todas partes.

—Es tremendo lo sociable que es, ¿no? —comentó Kaiden cuando salieron fuera.

—Su poder ayuda bastante —respondió Lluvia, encogiéndose de hombros—. En eso no he salido a él, te lo aseguro.

—Bueno, pero sabes hablar con la gente. Mira lo que has hecho conmigo.

—Supongo que se llama «empatía».

—No tiene que ser un superpoder ni nada. —El chico la observó—. ¿Estás bien? Era un poco caótico ahí dentro.

Lluvia asintió.

—Con el tiempo te acostumbras al ruido y a las personas —explicó, riendo—. Solo necesito recargarme. Pilas nuevas. —Cogió la mano de su novio—. Estoy bien, gracias. Ahora es el momento de ver a tu extraña amiga.

—Bueno, pff, tanto como amiga…

Unos minutos después, estaban en el edificio de aislamiento.

—Ya está dando coces —masculló Kaiden cuando se acercaron y se oyó un fuerte golpe metálico—. ¿Ya estás dando coces? ¿Pero qué te pasa?

El chico abrió la puerta corrediza con confianza y encendió la luz ambarina. Ahí estaba la burüka, al otro lado de los barrotes de su cuadra, girando y observándolos con unos ojos brillantes que pasaban ligeramente del castaño hacia una especie de granate. Tenía las crines rojizas, oscuras.

—Eres un bicho muy peleón —se quejó el muchacho—. Ya, ya, está oscuro y te aburres como una ostra.

Sin perder detalle, Lluvia se frotó levemente el brazo.

—Sería más fácil si pudiera entendernos —comentó.

—Ya —suspiró Kaiden—. Pero creo que algo capta. ¿Verdad que sí, peleona? Mira. Ahora pórtate bien, ¿eh? No me dejes mal delante de mi novia.

Le ofreció un trozo de manzana, metiendo la mano entre los barrotes. La pesadilla observó durante unos momentos, y luego, mansa como Lori, cogió la comida con los belfos.

—Porque estoy delante —comentó Lluvia con una risilla—, si no, no me lo creería. Sabes que esto no lo consiguen ni personas con habilidades, ¿verdad?

—Qué dices —resopló Kaiden—. No es tan difícil. Tu madre ya puede hablarle. Al menos escuchas, ¿eh, tú? ¿Lo ves? Otro que necesita nombre. Empieza a no gustarme tanto decir «mal bicho» o «cabrona». No me ha vuelto a morder.

—Por lo que entendí, empezó a abrirse después de verte a ti —le recordó la chica, alzando una ceja—. Pero sí, tal vez deberías preguntarle si quiere uno.

—No creo que nos entendamos a ese nivel. Además, aunque lo hiciera, ¿cómo me lo va a decir?

—Ayuda de mi madre. O comunicación por movimiento; dos coces es sí, una, no… No sé.

—Mira, tú, te invitan a dar coces, ¿qué te parece?

Kaiden le ofreció otro trozo de fruta a la pesadilla. Cuando esta lo cogió de su mano, el chico estiró la otra para acariciarle la frente. Notaba un cosquilleo en los dedos al hacerlo, como una tensión, una expectación. Pero la burüka no parecía tener ganas de darle otro mordisco.

}.{

Lluvia sacó el teléfono. Desactivó el flash y el sonido e hizo una fotografía así, con el chico acariciando a la pesadilla, un animal cuyo contacto podía llegar a ser fatal, si se lo proponía.

—¿Tus padres dicen algo? —preguntó Kaiden, pero ella negó, guardando el móvil.

—No, solo capturaba el momento —respondió.

—No jodas, ¿has hecho una foto?

—¿Tú qué crees?

Kaiden resopló y giró la cabeza para mirarla.

—Siempre me pillas por sorpresa —masculló—. Anda, ven aquí. Y tú —dijo, volviéndose hacia la pesadilla—, pórtate bien, ¿eh?

Lluvia se acercó con una sonrisa. El chico le cogió la mano, le puso un trozo de manzana en la palma, y se la acompañó hacia los barrotes. La muchacha cerró los ojos un momento, mordiéndose el labio inferior; controló el nerviosismo, el temor, y después miró a la criatura.

—Hola… y eso —musitó.

La pesadilla observó unos segundos, sin moverse.

—Venga, chica —pidió Kaiden.

Al cabo de un instante, la burüka inclinó la cabeza y rozó la mano de Lluvia con los belfos, llevándose la fruta. El corazón de Lluvia dio un vuelco. No se consideraba tan valiente como su novio; sabía lo suficiente sobre aquella criatura para entender lo que hacía su mordisco, o el mero contacto de su crin. No obstante, el animal se limitó a coger la comida y apartarse para masticar tranquila.

—Ya ves —dijo Kaiden—. Menuda tensión, ¿no?

—No eres consciente, ¿verdad? —rio la chica—. No realmente. O eres tonto del todo, pero de verdad. Eres demasiado intrépido, pero te ha salido bien.

—Eh, era tu mano, no la mía. —Como la pesadilla los miraba otra vez, Kaiden le ofreció otro trozo de fruta, y esta vez le acarició el morro—. Pues no sé, pero es una bestia guapa, ¿no? ¿Te has asustado?

—Me daba miedo lo que pudiera pasar, sí, pero confiaba en ti.

Kaiden sonrió ligeramente, de medio lado, en aquel gesto que era tan propio de él. Se inclinó

y besó a su novia en la mejilla, y después en el hombro.

—Gracias.

Martes 16 de abril: Hastiada

El martes amaneció un Liétor cubierto de niebla. Era la primera vez desde que los chicos habían llegado, y el paisaje resultaba incluso tenebroso. Por supuesto, Kaiden no se asustaba con facilidad. La niebla no le era desconocida, de todos modos.

—¿Qué hay? —saludó al entrar en la cuadra de aislamiento—. ¿Cómo has pasado la noche, guapa?

Se acercó y puso los dedos entre los barrotes, con cuidado. La pesadilla movió la cabeza y se los rozó con los belfos, buscando fruta.

—Me han dicho que igual te gustaría más esto —comentó, y sacó de la bolsa un trocito de pollo—. También me han dicho que mejor no me arriesgue, que tienes dientes muy afilados. Pero vas a tener cuidado, ¿no? Más te vale.

Trató el tema con tiento. En lugar de darle la carne con las manos, la dejó entre los barrotes, y dejó que la burüka lo atrapara y lo devorara. Sí que parecía disfrutarlo.

—Pues sí, eres carnívora. ¿O es omnívora? Porque fruta y verdura también comes y todo eso. Oye, me dice Sandra que sigues prestando atención.

El chico comenzó a limpiar por fuera de la cuadra. Sabía que otros trabajadores sentían una cierta aprensión ante la idea de ocuparse de la pesadilla, y a él no le importaba. Entendía que tuvieran miedo. No era tonto, sabía que era peligrosa.

Pero también Kaiden lo era… lo podría ser, en todo caso, si se lo propusiera. No solía alentar aquellos pensamientos, pero sabía que, si quisiera, podría *matar* a varias personas antes de que lo atraparan. Tenía el entrenamiento suficiente, y tenía su confianza.

Claro que cualquier hijo de Santuario podía tener más de una y más de dos víctimas, si se diera el caso. Demonios, la mitad de los críptidos de aquel establo podían matar con solo un mal gesto. Lo que la burüka tenía era mala fama.

—El domingo les pusimos nombre a los cachorros —explicó—. Chica, va siendo hora de que tú también tengas uno. Sé que por aquí la costumbre es llamar a los, bueno, a todo el mundo por su raza hasta que cada uno diga lo contrario, pero es que no dices nada. Tendrías que empezar a planteártelo, ¿sabes? Lo de hablar, y decirnos cómo te llamas. Bueno, a mí no vale la pena, pero a Sandra y eso, no sé. Además, no me digas que no se te harían las noches menos largas si hablaras con alguien. No sé muy bien cómo va, salvo que es una especie de telepatía, pero digo yo que… ¡Eh!

Dio un respingo cuando la pesadilla golpeó la puerta. La miró, ceñudo.

—¿Qué te pasa? ¿No te ha sentado bien el pollo? Tranquila, joder. Seguro que tienes maneras más amables de decir que prefieres un puñetero trozo de manzana.

Se acercó para darle fruta, pero se detuvo en seco cuando la criatura volvió a golpear. La burüka giró sobre sí misma, resoplando como un caballo embravecido, y después pateó la pared. El sonido fue más amortiguado, menos metálico, pero igual de fuerte.

—¿Pero qué te pasa? —repitió Kaiden, cogido por sorpresa—. ¿Qué es? —Otro golpe contra la puerta—. Joder, pedazo de animal, ¿por qué estás enfadada?

Cuando dio un paso más, la pesadilla hizo algo que no había hecho hasta entonces: gruñó —un sonido parecido a un relincho muy grave y vibrante— y le enseñó los dientes. Eran definitivamente afilados. Al chico no le extrañó que le hubiera marcado la cara como lo hizo.

Sintió la tensión en los brazos, los hombros y en el estómago, esa clase de sensación justo antes de una pelea. Respiró hondo. No estaba asustado; al menos, no en ese momento.

—Vale —dijo con mucha calma—. Está bien. Termino de limpiar y me voy. No pasa nada.

La criatura golpeó la puerta tres veces más, resoplando y gruñendo, pero al final se retiró al rincón más alejado, en las sombras, y se quedó inmóvil. Tenía las crines negras cuando Kaiden volvió a mirar, y la cabeza gacha, el hocico casi rozando el suelo.

—Nos vemos mañana, ¿vale? —se despidió suavemente—. Te traeré fruta esta vez. Nada de pollo para la señorita.

Cuando se marchó, oyó un nuevo impacto metálico, y se frotó la nuca.

—¿Pero qué coño le ha pasado? —masculló, perdido.

}.{

La pesadilla daba vueltas en su pequeña celda. Giraba sobre sí misma y en todas partes había muros y oscuridad. El chico había dejado encendida una luz, pero de todos modos estaba oscuro, triste, apagado.

La criatura volvió a girar y pateó la puerta. El sonido metálico que reverberaba con cada impacto era placentero. Era el ruido de su rabia. Sabía que los humanos brincaban con preocupación cuando lo oían. Que se preocuparan. Que se asustaran.

Estaba harta. La lengua de los hombres era demasiado complicada, pero había aprendido, ¿no es verdad? Entendía bastante de lo que el chico le decía. Entendía su calma, incluso su chanza. Sabía que él tampoco dormía, que había estado perdido, y que había algo, un entendimiento tácito que no sentía con otros humanos.

Pero estaba *harta*.

Oyó las ruedas de la puerta que había al otro lado de su celda, y la voz de la mujer, suave y amable. La pesadilla no estaba de humor para suavidad, para amabilidad, o para el sutil contacto en su mente, delicado como la caricia de una madre que ella no había tenido. Furiosa, hastiada, compuso el mensaje con rabia, con ira y con peligro, y lo empujó con fuerza contra la humana:

‹¡Dejadme en paz!›.

}.{

Kaiden llegó a la residencia a las seis menos cuarto, y esta vez no lo hizo solo.

—¡Muy bien, *troich*! —exclamó, revolviéndole el pelo a su hermano, que sonreía con orgullo, sentado en su bicicleta—. Eres un campeón, chico. A este paso te podré quitar los ruedines en dos días.

No lo pensaba seriamente. El equilibrio de Luka todavía dejaba un poco que desear, en especial sobre ruedas. Además, primero quería buscar información al respecto.

Bajó de su bici y ayudó al niño a hacer lo mismo. Dejaron los vehículos contra la pared, y el chico comprobó la hora. Cinco minutos y cincuenta y un segundos. Sacó una barrita de chocolate del bolsillo y partió un trocito para dársela a Luka.

—Contigo quería yo hablar.

Kaiden alzó la cabeza y vio a Sandra saliendo de la residencia.

—Eh, hola —saludó el muchacho—. ¿Qué haces ya por aquí? O sea…

—He salido un poco antes para estar un rato con todos mis chicos —respondió la mujer—. Además, quería hablar contigo, y esta es una buena hora, ¿no te parece?

—Vale. Sí, claro. ¿Qué ha pasado?

Casi preguntó «qué he hecho», pero se contuvo. No tenía por qué ser eso.

—Esta mañana dijiste que la burüka estaba rara —comentó Sandra.

—Bastante. ¿Has averiguado lo que le pasaba?

—Pues sí. Me da lástima, pero no puedo evitarlo, también me saca la sonrisa.

—¿Qué, resulta que el pollo no le gusta?

—Oh, no, el pollo le gusta. Bueno, en realidad no lo sé, no me dijo tanto.

—Que no te…

Kaiden se enderezó y la miró con atención.

—¿Te ha hablado? —preguntó—. Por fin, ¿no?

—No ha comunicado mucho —advirtió la mujer—, pero sí lo suficiente. Kaiden, cielo. La pobre no entendía que no puedes oír.

—Que no puedo…

El chico tardó unos momentos en comprender. Perdió el aliento. La idea no lo hizo sonreír; más bien sintió como si su estómago se hundiera.

—Estaba hablándome —musitó—, y se enfadó porque no le estaba haciendo caso.

—Más o menos. Se lo he explicado, y sé que me ha oído, pero de todos modos creo que sería bueno que hablaras con ella mañana. —Sandra le puso la mano en el hombro—. Por la razón que sea, Kaiden, le gustas mucho. Y eso es algo precioso, porque las pesadillas no suelen formar vínculos como nosotros.

—Ya. Vale, sí. Hablaré con ella.

—Bien. ¿Te importa si me quedo con vosotros hasta que llegue Lluvia?

—Joder, claro, quédate. ¿Y Charles y Océano?

—El niño está durmiendo, y el padre asesorando a un agente novato que no sabe cómo acercarse a una mujer.

—¿Es peligrosa?

—No, solo es que tiene un pequeño *tilín* con ella, y se pone a tartamudear.

Kaiden resopló y sacudió la cabeza. Miró hacia la carretera y vio que el autobús ya se estaba acercando.

—Por cierto —dijo Sandra—, se acerca San Jorge. Es una festividad que le gusta mucho a Lluvia, ¿lo sabías?

—Me lo ha dicho. Ya estoy trabajando en ello. El viernes voy a comprar lo que falta.

—Debí suponerlo.

Miércoles 17 de abril: No puedo oír

Kaiden visitó a la burüka en cuanto llegó al establo, solo porque necesitaba aquella conversación… por unilateral que fuera.

—Hola, chica —saludó; la vio al fondo de la cuadra, solo una sombra en la oscuridad, y resopló—. Casi ni se te ve. —Encendió la luz, pero eso tampoco ayudó mucho—. Sé que ayer estabas enfadada. Pero también sé que has hablado con Sandra.

Se acercó. La pesadilla levantó un poco la cabeza y lo observó con ese ojo rojizo y encendido. Tenía las crines negras, pero no de un negro profundo, sino que parecían estar cambiando a rojo oscuro.

—Lo siento —se disculpó el muchacho—. ¿Eso lo entiendes? ¿Los remordimientos? Porque, de verdad, lo siento. No puedo oír. No puedo, y no hay nada que pueda cambiar eso.

Puso cuidadosamente una mano entre los barrotes. La burüka se movió en su cuadra, avanzó un poco y ladeó la cabeza, acercándose.

—En realidad no sé cuánto entiendes, ¿sabes? —comentó Kaiden—. Sé que estás aprendiendo inglés y eso. O sea, de oírlo. Y supongo que pasará lo mismo con el español, lo que oigas por aquí. Pero no sé hasta qué punto estás entendiendo lo que digo. No sé si… Joder, no des coces.

Pero no era una coz. La pesadilla pisó con fuerza dos veces y después resopló.

—Imagino que es frustrante —aceptó el muchacho—. Igual me estás diciendo algo y yo aquí, sordo como una tapia, pero no puedo evitarlo, ¿vale? Así que… No te enfades, ¿quieres? —La criatura pisó una vez—. En serio, de verdad, no quiero que te cabrees, joder, ¿qué hago yo para…? —Y entonces se acordó—. Espera. ¿Qué dijo Rain? Dos para sí, una para no.

Cuando la burüka pisó dos veces seguidas, golpeando el suelo con el casco, Kaiden resopló.

—¡Joder! —exclamó—. ¡Pues claro que sí! ¡Eres muy lista, vaya!

Ni siquiera lo pensó. Estiró el brazo en el interior de la cuadra y le acarició el hocico. La pesadilla avanzó un poco más y bajó la cabeza, dejándose hacer.

—Sí que eres lista —musitó Kaiden—. Joder, mucho. Me alegra que ya no estés enfadada. Y gracias, no sé, por entenderme. Me siento tonto. ¿Te parece si me pongo a limpiar ya?

La criatura pisó una vez y apretó la cabeza contra su mano. Sintiéndose muy humilde, él la siguió acariciando unos minutos más.

—Pues nada, que resulta que estaba enfadada porque estoy sordo como una tapia. Ahora lo ha entendido. Hasta habla con tu madre. Más o menos. Sandra dice que es seca y escueta, pero ya es algo, ¿no?

Kaiden encogió un hombro y dejó el último plato en su sitio. Después se secó las manos.

—Vaya —respondió Lluvia en voz de chanza—, entonces se parece a ti.

—Venga, hombre. ¿En serio?

—Lo parecías, al principio. —La chica entrecerró los ojos, recordando—. Tuve suerte de conectar rápido contigo.

Kaiden resopló y se apoyó en la encimera, junto a ella.

—No podría haber sido de otra manera —comentó en voz baja.

Lluvia sonrió, azorada. Le puso una mano en la mejilla y respondió:

—Tal vez. Sea como sea, me alegra cómo ha resultado todo. Y además, parece que has hecho una amiga.

—No sé si diría tanto. Por lo menos, no sé, parece que le caigo bien. Lo cual es raro, pero no me voy a quejar.

—Lo que ha ocurrido es muy especial, más de lo que piensas.

—Supongo. —Kaiden tocó la cintura de su novia, le acarició la espalda después—. Las cosas van bien, ¿no? Después de todo… Joder. Van bien.

Lluvia asintió.

—Ahora solo tienes que pensar en qué harás, es decir, en qué querrás trabajar, y dedicarte a ello.

—¿No puedo quedarme en el establo para siempre? —El chico hizo una mueca—. No, ya lo sé, solo estoy ahí para echar una mano ocasional, pero realmente no sirvo.

—¿Por qué no? Si realmente quieres, puedes plantearlo.

—Supongo. Sí, supongo que sí. Me gusta trabajar con los bichos.

Pero todavía le quedaba mucho tiempo para tener que tomar aquella decisión. Apenas había puesto un pie en el modo de vida de Santuario. Tenía mucho que aprender… y mucho que estudiar. Pero eso, se dijo, no se lo diría a Lluvia. Le gustaba demasiado ponerlo a hacer deberes.

—Hablando de bichos —comentó, y cogió el teléfono—. He hecho un par de fotos para ti.

—¿Ah, sí? ¿De qué? ¿Los cachorritos?

—Por supuesto.

Kaiden encendió el móvil, entró en la galería y pasó un par de fotografías de Luka antes de llegar a la imagen de la camada, seis cachorros de pelajes marrones, blancos, grises y negros. Bruma estaba acurrucado en la manta, con los ojos cerrados todavía, y en compañía de Reina, que era un poco más grande, y de Coco, que tenía ya los párpados abiertos y se alzaba sobre sus patas con resolución.

—Joy ya ve —explicó el chico—, así que ya van tres. El jodido de Rayo intenta correr y todavía no sabe ni estar de pie.

—Cómo crecen… —suspiró Lluvia—. El tiempo pasa rápido, ¿verdad?

—Joder, qué me vas a contar.

Domingo 21 de abril: Visita canina

El domingo amaneció un día soleado y con buena temperatura. El pronóstico máximo era de veinticuatro grados, aunque a las diez, frente a la residencia, estaban como a dieciocho, lo que tampoco estaba mal.

El teléfono de Lluvia recibió un mensaje. Era Silvia, avisando de que estaban a punto de entrar en Liétor, de modo que llegarían en unos minutos. La chica le enseñó la pantalla a Kaiden, sonriendo.

—Pronto tendremos compañía —dijo—. ¿Te sientes preparado para recibirla?

—Bueno, aquí estamos, ¿no? —suspiró él, sintiéndose menos resignado de lo que expresaba —. Pero como se pongan a hablar español cerrado para que no entienda nada, alguien recibirá.

La respuesta de su novia fue darle un tirón en la mejilla.

—Sería bueno que aprendieras —le recordó.

—Ya, ya, ya, estoy en ello, ¿no? El viernes fuimos a comprar y los tenderos se enteraron de casi todo. Más o menos.

Ella rio.

—Tienes un acento muy divertido —aseguró, y Kaiden hizo una mueca.

—Te burlas de mí. Qué bien.

Se inclinó para robarle un beso como castigo por sus bromas.

—No me burlo —insistió Lluvia—. Me gusta tu acento, de verdad. Es fuerte.

—¿Sí?

El muchacho le dijo cuatro monerías en escocés, solo para desconcertarla, justo cuando el coche se detenía frente a ellos. Lluvia, incluso sin entender sus palabras, lo tomó del rostro apretando sus mejillas para darle un ligero beso en los labios.

—Me gusta —dijo—. Me puedes maldecir, que aun así me gustaría.

—Bueno, eso no lo voy a hacer.

El primero en saltar del coche fue Valentino, con una gran sonrisa.

—¿Hay besito para mí? —fue su saludo, y Kaiden rodó la mirada.

—Y ya está aquí —suspiró.

Los chicos habían venido a pasar el domingo, pero también a visitar a los perritos. Lo cierto es que Lluvia contaba delicias de los bebés, así que ¿quién podía resistirse? Fueron todos al establo, incluyendo a Charles, Sandra y Océano, que los dejaron ir por su cuenta cuando llegaron.

—Entonces… —aventuró Kaiden—. Voy a presentaros a los chiquitines.

Cuando entraron en el edificio ya comenzaron a oírse los gañidos y agudos ladridos del más revoltoso de los seis. Para cuando llegaron a su cuadra, Rayo trastabillaba hacia ellos con toda la intención de morder cordones y recibir caricias.

—Pero bueno —rio Valentino—, ¿y este quién es? ¿Se pueden coger?

Silvia, que ya se agachaba para comérselo a besos, se volvió a erguir.

—Con cuidado, son chiquitines —respondió Lluvia—. Creo que aún no han comenzado realmente a socializar. ¿Qué dices, Kai?

—Tu madre dijo que a las cuatro semanas, pero a este le da igual —contestó su novio, que

agarró a Rayo y lo puso del revés y del derecho entre sus manos.

—El más revoltoso sería ideal para Valentino —bromeó la chica, y Kaiden, con guasa, se giró y le pasó el cachorro al muchacho.

—Oye, ¿y esto por qué? —se quejó él, pero cogió al perro.

—Porque tenéis personalidades afines.

Rayo comenzó a lamerle la nariz a su posible nuevo humano.

Se sentaron alrededor de la camada. Rush, algo celoso de no recibir atención, comenzó a morder los zapatos de Valentino. Joy era torpe pero graciosa, y quería olisquear a todo el mundo. Coco, claramente rottweiler, miraba con ojos serios, sin involucrarse en juegos ni en persecuciones, salvo cuando Rush trató de molestar a Bruma y a Reina, los únicos que todavía tenían los ojos cerrados.

—Es un cabroncete vigilante —comentó Kaiden, cogiéndolo para acariciarle la cabeza y dejar que le mordisqueara los dedos.

—Debería haberse llamado «Kaiden» —comentó Lluvia—. Es igualito que tú.

—Sí, seguro. ¿Qué, Coco, tienes cara de escocés?

El perro le mordió la nariz cuando se lo acercó, pero no le hizo daño. Lo volvió a soltar, y el cachorro, tras echar un vistazo alrededor, se le sentó en el pie.

—Son todos tan monos —ronroneó Silvia.

—Sí, pero Coco en concreto es protector, como Kai con Luka —insistió la otra chica, alzando una ceja, divertida.

—Sí que es un pequeño guardián —aceptó Kaiden—. Se la pasa vigilando a esos dos. ¿Será el mayor?

—Si no lo es, lo parece.

—Igual sí. Bueno, toca biberón, y hoy hay muchas manos para vosotros, pequeñajos. De hecho… —El chico miró alrededor—. Joder. Que somos seis.

—Toca a uno por perro —respondió Valentino—. Yo ya tengo el mío.

Martes 23 de abril: Un poco de sol

—Hola, guapa. ¿Qué tal la noche?

Kaiden se acercó a la cuadra y metió la mano entre los barrotes. La burüka apoyó la cabeza contra su palma, y el chico le acarició la frente y el morro con suavidad. A su espalda, Sandra se quedó en la entrada, apoyada en la puerta abierta con una sonrisa en los labios.

La mujer tenía conocimiento de las pesadillas, pero solo había estado cerca de una en dos ocasiones. Había una residencia situada en un castillo, y en los bosques circundantes había una manada de ellas. Ocasionalmente, sobre todo si tenían un miembro muy malherido o enfermo, dejaban que los residentes se acercaran para tratarlas; el resto del tiempo no se molestaban si observaban desde lejos, pero no eran comunicativas, y sí muy territoriales.

Lo que sabían de ellas era que podían ser agresivas, pero sobre todo con miembros de su propia especie, en lo que parecían peleas por el liderazgo; las crías no dormían, e, irónicamente, el líder del grupo era el que más lo hacía; nunca se había observado el ciclo reproductor de las pesadillas, ni habían podido observar su fisonomía lo bastante de cerca como para discernir quién era macho y quién era hembra.

En definitiva, había muchas cosas que no sabían. Allí tenían una oportunidad increíble para aprender más sobre las pesadillas, aunque solo fuera para acomodar a su inquilina hasta que llegara su madurez —algo que, por otro lado, tampoco sabían cuándo sería—.

La burüka era un poco más comunicativa cuando Kaiden estaba delante, lo que tampoco era decir mucho. Por lo visto, solía bastar que el chico hablara, y ella escuchaba… con algún comentario ocasional cuando Sandra estaba delante.

Le gustaba estar delante, no solo para hacer de intérprete, sino porque también ella podía forjar un vínculo con la pesadilla, animarla a hablar un poco más, a responder preguntas.

Aquella mañana, Kaiden limpió por fuera de la cuadra, hablando sobre los cachorros, sobre todo. Reina había abierto ya los ojos, explicó, así que solo quedaba Bruma, que era el más lento… o puede que el más vago, dijo en broma, aunque todos sabían que no lo era. Cuando terminó la limpieza, miró a la mujer un instante, respirando hondo, y luego fue hacia la cuadra. Sandra dio un paso y cerró la puerta del pequeño edificio.

—Bueno, chica —suspiró Kaiden—. Voy a abrir, ¿vale? Así será más fácil ponerte la comida y eso. ¿Tú qué opinas?

La burüka no habló con Sandra, sino que golpeó el suelo dos veces. Era fascinante, pensaba la mujer; por lo visto, la idea había sido de Lluvia, y funcionaba como una comunicación rudimentaria que no necesitaba intermediario.

Cuando el muchacho abrió la reja de la cuadra, Sandra sintió lástima. La pesadilla manoteó con una alegría vibrante, un intenso alivio. Llevaba mucho tiempo encerrada, pero lo cierto es que sus opciones eran limitadas. Sin la promesa de que no escaparía, no podían dejarla salir, no si querían preservar el secreto y la seguridad de todo el mundo.

La burüka se acercó a Kaiden, y él, que también había notado el estremecimiento de sus músculos y el brusco y alegre movimiento de su cabeza, le rodeó el cuello y se lo acarició.

—Joder —masculló el chico—. ¿Y tú eres todavía una cría? No me lo creo. Eres *enorme*. ¿Cuánto más tienes que crecer? —Se volvió—. ¿Cuánto más tiene que crecer?

—Por lo que sabemos, las pesadillas pueden alcanzar los dos metros de altura en cruz —

explicó la mujer—. Hasta los omoplatos, quiero decir. Aunque la mayoría se quedan entre el metro ochenta y noventa.

—Joder. ¿Cuánto mide ya? ¿Sesenta?

—Metro sesenta y cuatro cuando la recogieron en Francia, pero parece haber crecido un par de centímetros desde que llegó.

—Joder.

Era bonito ver cómo le acariciaba el cuello y, poco a poco, hundía los dedos en su crin. Lo hacía con cuidado, pero también con confianza, con seguridad. Kaiden no era tonto en absoluto, eso Sandra lo tenía más que claro. Era muy consciente de su entorno, de los riesgos. Si algo pasaba, reaccionaría deprisa y sin ponerse nervioso.

La mujer tenía el antídoto y materiales de cura en la bolsa, pero lo cierto es que no había habido más accidentes con la pesadilla. Nada que lamentar, en todo caso, aunque había abollado un poco la puerta trasera.

Sandra sintió que se derretía cuando el chico besó la quijada de la criatura.

—¿Sabes qué? —le dijo a la burüka—. Voy a hacer otra cosa. Y tú más vale que te portes bien, ¿eh? No vayas a sacar alas ni nada de eso. Esto es una cuestión de confianza, ¿vale?

Kaiden le palmeó el lomo y después rodeó a la criatura. La pesadilla lo observaba con atención, pero sus pensamientos fueron hacia Sandra, que sintió que su corazón se disparaba al recibirla.

‹No me enseñaron a hacer eso›, le dijo la criatura.

‹¿Las alas?›, preguntó la mujer.

‹No todos pueden, ni tienen la necesidad›.

‹Comprendo. Aun así, vayamos paso a paso, ¿de acuerdo?›.

No obtuvo respuesta, pero no era de extrañar. Cuando Kaiden abrió la puerta trasera de la cuadra, la burüka se olvidó de Sandra. La criatura manoteó y estiró la cabeza, casi sorprendida por la luz y la ausencia de una barrera que le impidiera pasar.

—Venga, chica —la animó el muchacho, saliendo al cerco trasero—. ¿No quieres un poco de sol? Ven aquí.

La pesadilla tardó unos momentos en seguirlo. Cuando salió con él al claro día de abril, todo su cuerpo se estremeció, y se puso a brincar por todo el corral como un potrillo contento. Puede que fuera grande, oscura y malhumorada, pero seguía siendo una cría.

Sonriendo, Sandra sacudió la cabeza y comenzó a limpiar la cuadra. Si todo iba bien, no tardarían mucho en poder llevar a la burüka a un lugar más cómodo.

Martes 23 de abril: Sant Jordi I

El día de San Jorge no se celebraba igual en Castilla-la-Mancha que en Cataluña, pero los amigos de Lluvia sabían lo mucho que le gustaba aquella fecha, y todos los años lo celebraban a su manera, por poco que fuera.

El primer año, Valentino le había regalado una rosa, pero en las siguientes ocasiones, como aquella mañana, le daba una flor falsa, ya fuera de tela, de metal, o, como aquel año, de cristal coloreado.

Silvia le solía regalar libros: de romance, de ciencia ficción, de terror, sobre todo… aunque de vez en cuando añadía un detalle bromista. En aquella ocasión, por ejemplo, el libro era una novela gráfica de ciencia ficción, e iba acompañado de un pequeño volumen infantil sobre educación sexual.

—No sé, tengo la impresión de que te puede hacer falta, como ya haces vida de casada… —comentó con guasa.

Lluvia se sonrojó intensamente.

—¡No es…! —masculló, y después suspiró, apartando la mirada—. No hemos hecho nada. Nada de ese tipo. No estamos… ¡No es el momento! Además, no podría, sabiendo que Luka podría oírnos o encontrarnos o…

—Pues va a ser un matrimonio muy largo, ¿eh? Porque ese niño, desaparecer, lo que es desaparecer, como que no.

—No, claro que no, tampoco quiero eso.

El último en darle su regalo de San Jorge fue Pablo, que había empezado a hacer papiroflexia como una manera de controlar los nervios, y siempre le daba un ramo de rosas de papel. Aquella vez eran quince de distintos colores.

—Vaya… Es genial —musitó Lluvia, con los ojos muy abiertos ante el nivel de detalle—. Cada día eres mejor en esto, ¿lo sabías?

Su amigo sonrió tímidamente y se encogió de hombros, contento y avergonzado a partes iguales.

—Un segundo —pidió la chica, moviendo los dedos hacia sus amigos—. Voy a daros lo vuestro…

Había comprado un libro para cada uno, pero lo cierto es que eran el mismo: el volumen, no muy grande, trataba sobre el cuidado de los perros, porque sabía que todos se habían enamorado de uno u otro cachorro. Tenía tan claras aquellas futuras adopciones que incluso había puesto los nombres en la etiqueta del envoltorio: Valentino y Rush, Joy y Silvia, Reina y Pablo.

Junto a cada libro iba también un marcapáginas hecho a mano en forma de rosa; no los había hecho ella, por supuesto, porque se consideraba bastante torpe… y además no tenía tiempo.

—Ay, qué bonito —ronroneó Silvia—. ¡Ay, qué bonito! Esto es una indirecta. ¿Y ahora qué pasa si alguno de nuestros padres no quiere? Nos vamos a morir de pena.

—¿Por qué no van a querer? —respondió Lluvia—. Son adorables y encantadores, se enamorarán en cuanto los vean. Tengo fotos y videos para el chantaje emocional.

Su amiga rio y le frotó el brazo con afecto.

El viaje en autobús, como solía, fue largo, pero la muchacha se entretenía mirando fuera,

pensando en sus cosas, o en lo que haría aquella tarde… o en el novio que la esperaba.

Allí estaba cuando el bus se acercó a la residencia. Kaiden estaba sentado en su bicicleta, con los brazos apoyados en el manillar, y Luka, con una pequeña mochila a la espalda, se había sentado en el suelo para toquetear su tablet.

Sandra estaba allí. Solía estarlo, últimamente, a veces con Océano y a veces sola, porque le gustaba saludar a su hija y comentar con Kaiden alguna novedad del establo. Le estaba yendo bien.

Lluvia bajó del transporte con una sonrisa, colocándose bien la mochila. Aquella, sin duda, era una bienvenida por todo lo alto.

—Ey, hola —saludó.

—Hola, cielo —respondió su madre, que en aquella ocasión no llevaba a su hijo.

Luka se levantó a toda prisa, y mientras se abrazaba a su cintura, se le escapó:

—¡Mamaaa!

Lluvia se quedó paralizada. ¿Cómo? ¿Cuándo? El niño alzó la mirada, con los ojos muy abiertos, y compuso una expresión avergonzada. Era evidente que no lo había pensado antes de decirlo.

Lluvia se esforzó por obligar a su cerebro a reaccionar. No debería dejar ver la… sorpresa. Que no se notara nada. No quería traumatizar al niño por quedarse colgada como un jamón.

—¿Qué tal estás? —consiguió decir, devolviéndole el abrazo y componiendo una sonrisa.

Intimidado, el pequeño sonrió y musitó:

—*Ben*. Yves dice hola.

Mientras tanto, Kaiden observaba, con la cabeza ladeada y… ¿era eso una sonrisa guasona? Era difícil de decir, porque solo levantaba, y apenas, una comisura de los labios, pero estaba claro que pensaba en aquella conversación, no hacía tanto, en que había augurado que «la preguntita» le iba a llegar muy pronto a su novia.

—¿Oh? —rio Lluvia—. Hola, Yves. ¿Me oye? No entiendo muy bien cómo funciona su oído…

—*Ara* no *ta* —respondió el niño sabiamente, y le enseñó la tablet apagada.

—Es siempre complicado, lo de Yves —comentó Sandra.

—Sí, lo imagino —aceptó su hija—. Y extraño para él, quiero decir… ¿No se sentirá solo ahí?

—*Ta* Ahti —repuso Luka—. Y yo.

Lo cierto es que Lluvia no sabía si un niño era la mejor compañía para una IA, y tampoco conocía a Ahti, no directamente. Pero suponía que estaba bien. Tampoco entendía mucho sobre el tema, así que se limitó a sonreír.

—Anda, os dejo —dijo Sandra—. Cuando vuelvas a casa tendrás tu regalito.

Su hija la miró, con los ojos muy abiertos.

—¿En serio? —preguntó.

—Cielo, ¿cómo es posible que te sorprendas cada año? —rio su madre.

—Jolín —se quejó la muchacha, sonrojándose y apartando la mirada.

Sandra rio y se acercó para besarla en la frente. Hizo lo mismo con Kaiden, que pareció un tanto azorado, y con Luka, que aprovechó para darle un abrazo antes de dejarla marchar.

—Bueno —suspiró el chico—. Ale, a la bici, *troich*.

—¿Ya se hace todo el camino solo? —preguntó Lluvia—. Vaya, en nada sin ruedines.

—Ya ves —respondió él mientras su novia se ponía detrás—. Eso le digo yo, que en nada… ¿Por qué crece tan deprisa?

—Oh, qué va, sigue siendo tu bebecito.

—Bueno, y el tuyo, por lo visto.

Lluvia boqueó, nerviosa. Después lo golpeó en el brazo. Con aquella media y socarrona sonrisa, Kaiden giró la cintura para poder besarla rápidamente en la cara.

—Agárrate —le dijo.

Martes 23 de abril: ¿Te molesta?

El viaje se alargó algunos minutos más, sobre todo porque Kaiden pedaleaba con cuidado para vigilar a Luka. Pero el niño se las apañaba bien, y no se alejaba demasiado. El tiempo extra y la baja velocidad le permitían al chico hablar por encima del hombro en lugar de centrarse en el camino y llegar cuanto antes, lo cual tampoco era un mal cambio.

—¿Cómo te ha ido en clase? —preguntó.

—Bien —respondió Lluvia, apoyándose en su espalda—. Estuvo entretenido. Los chicos me han hecho regalos; uno me ha traumatizado un poco.

—¿Qué te han hecho?

—Me han dado un librito sobre educación sexual, ¿sabes?

Kaiden perdió el manillar un momento y la bicicleta se bamboleó. El chico carraspeó, cogido por sorpresa.

—Ya veo —masculló.

—Me dijo «es que sois como un matrimonio, así que… ». —Lluvia suspiró—. ¿Lo ves? Tú también te pusiste nervioso.

—No, si te parece. Primero tus padres dándonos condones y ahora esto. Joder.

Mientras tanto, él ni siquiera había visto a su novia en ropa interior. Eso era raro.

—Es como si todos dieran por hecho que ya… —continuó la chica—. Le dije que cuidando de Luka y con sus miedos, no es algo que pueda plantearse uno.

—Joder. Ya. Sí. ¿Tú…? —Kaiden boqueó, sintiéndose idiota—. A ver. ¿Lo… piensas y eso?

—¿No hemos hablado ya de esto? Sí, claro que lo pienso, a veces.

—Ya, bueno. Es que no me dices lo que piensas, y uno tiene imaginación, ¿sabes?

—Bueno —rio Lluvia—, tampoco tú me has compartido tu imaginación.

—No. Si te interesa, tú primero.

—Creo que es un tema a hablar en casa, con Luka entretenido.

Kaiden echó un vistazo y vio al niño pedaleando tranquilo a poca distancia. A pesar de eso, gruñó y cabeceó.

—Ya, bueno —aceptó—. De todos modos, casi hemos llegado, y tus regalos van primero.

Lluvia rio, azorada.

—Gracias —musitó—. Me hace ilusión, ¿sabes? Es la primera vez que celebro este día contigo.

—Esperemos que haya unos cuantos más.

Kaiden frenó suavemente frente a la puerta, aquella casa que ya sentía como suya. Su novia lo besó en la mejilla antes de bajar, con una sonrisa.

—Los habrá —prometió.

El chico encogió un hombro, contento con esa idea.

—Vamos, *troich*, hay que darle el regalo a… —Hizo una pausa significativa—. Rain.

Lluvia se quedó atrapada en aquel espacio de silencio, recordando lo que Luka había dicho. El niño rio y corrió hacia la puerta. Cuando Kaiden abrió, salió disparado escaleras arriba.

—Nada, ya me ocupo yo de las bicis —dijo.

—¿Qué? —musitó su novia, volviendo a la realidad, y él la miró.

—Te ha dado fuerte, ¿no? ¿Quieres que hable con él?

—Es… Supongo que no lo esperaba, no en realidad.

—Te avisé. Joder. Debería haberlo hablado con Luka.

Pero la chica negó, preguntando:

—¿Para decirle qué?

—Que lo pregunte primero. Yo qué sé.

—Simplemente no pensé que realmente me viera como una madre. Quiero decir, tú eres su cuidador, ¿no?

La vio apartar la mirada, insegura. Kaiden gruñó, se acercó y la abrazó con fuerza, sin pensar.

—Luka te adora —aseguró en voz baja—. Estaba claro que esto iba a pasar. Pero… Necesito que lo pienses y me lo digas. ¿Te molesta?

—No —respondió ella, alzando la vista de nuevo hacia él—. No me molesta, claro que no… Es solo que no me esperaba que pudiera verme así. No paso tanto tiempo como quisiera con vosotros.

—Que no pa… —Kaiden sacudió la cabeza y dio un paso atrás, intentando no abrumarla—. Pero si vienes cada día. Y pasamos juntos todos los fines de semana. Y te quedas a dormir. Joder, Rain, yo veía menos a mis padres.

—La verdad es que tus padres no son un buen ejemplo.

—Ya, pero eran mis padres, así que tú, que pones más esfuerzo y más afecto, con quince años o con treinta, pues mira…

Verlo así debió hacerle gracia, porque la chica rio por lo bajo.

—Sea como sea —dijo—, no, no me molesta. ¿Por qué iba a molestarme?

—No lo sé. Porque tienes quince años, al fin y al cabo.

—Y tú —replicó su novia, alzando una ceja.

—Ya, ya, ya. ¿Por qué no te pones cómoda mientras guardo la bicis?

—Te ayudo…

—Per…

Lluvia ya tomaba el manillar de la bicicleta de Luka.

Martes 23 de abril: Sant Jordi II

Sacudiendo la cabeza, Kaiden fue con ella, cruzando la casa hasta el patio trasero para aparcarlas. Luego le cogió la mochila a su novia, y le hizo un gesto hacia la mesita, con cuatro sillas alrededor y una maceta encima.

—¿Que vaya a sentarme? —preguntó la chica.

—No, joder. Bueno, sí, también. Pero ese es tu primer regalo.

Riendo, la muchacha fue a sentarse y cogió la maceta con cuidado. Había un pequeño rosal de pitiminí, con rosas blancas y algunas de ellas abiertas.

—Gracias —musitó—. Qué bonitas se ven.

—No ha sido fácil escondértelo —confesó.

«O mantenerlo vivo», pensó, pero eso no lo dijo. Había llegado a hablar con la planta, diciéndole que no se hiciera notar mucho. Se había sentido un idiota.

—No —aceptó Lluvia, acariciando los pálidos pétalos de la flor y mirando a su novio, divertida—, no debió ser fácil, ni cuidarla, y está muy sana.

—Te escucho cuando me hablas de las plantas, ¿sabes?

—Sé que me escuchas.

Kaiden se acercó y se apoyó en la mesa para inclinarse y besarla suavemente en los labios.

—Feliz… espera. *San Joudi*.

Lluvia sonrió ampliamente.

—Feliz Sant Jordi, Kaiden —respondió—. Gracias. También tengo vuestros regalos. Están en la mochila.

—Vale. Ve a buscarlos y yo voy a buscar el segundo, y al crío, que también tiene algo.

Por sorpresa, la chica lo tomó del rostro y le dio un fuerte beso.

—Guapo.

—Joder, Rain —masculló él—. Ven aquí.

La besó a su vez, quizá más flojo, pero sin duda más largo. Cuando se separaron, su corazón estaba acelerado, y Lluvia sonreía.

—Sí, voy a… —musitó la chica—. La mochila.

—Vale, sí. —Kaiden carraspeó, frotándose la nuca—. Ahora vuelvo.

Entró en el comedor, un poco avergonzado, y subió las escaleras de dos en dos. A medio camino se encontró con Luka, que traía su regalo, y se apresuró a ir al dormitorio y coger el segundo presente para su novia.

Esta vez, el niño no corrió al grito de «mama», pero fue hacia ella de todos modos y la abrazó con fuerza antes de ofrecerle el papel doblado con todo su entusiasmo. Lluvia, con un par de paquetes sobre la mesa, cogió a Luka para sentárselo en el regazo y aceptó el presente.

—A ver… —musitó, desdoblándolo, y Kaiden se apoyó en la entrada, mirando.

Era un dibujo, claro. Puede que no fuera un artista, pero el crío le ponía toda su buena voluntad. En aquella ocasión era la imagen de un jardín lleno de flores y un árbol al fondo.

—Es muy bonito, Luka —dijo la muchacha, frotando la mejilla sobre la coronilla del niño, que sonreía—. Gracias. Incluso un árbol.

—*Tha*. Son rosas.

—Me gusta mucho —asintió Lluvia, y lo besó en la cabeza—. Sabes que tengo algo para ti

también, ¿no?

Sorprendido, él la miró, y la muchacha señaló el paquete envuelto con papel de unicornios.

—Eso es tuyo —le indicó—. Cógelo.

Luka se volvió para mirar a Kaiden un momento, pero después regresó al frente y cogió con reverencia el regalo. Era ligero y fácil de desenvolver. El chico sonrió al ver la tapa. Era un libro de animales, pero venía con sorpresa.

—¡Ala! —exclamó el niño cuando abrió una página al azar y acarició lo que parecía piel de elefante.

—¿Te gusta? —preguntó Lluvia—. Hay muchos animales, y con texturas, no reales, ¡pero parecidas!

—Qué *onito*.

Fascinado, el crío acarició otra muestra, esta de un león, y después de un tigre. Kaiden pensó que, en comparación, su propio regalo para ella, el libro que todavía tenía en las manos, era muy pobre.

Lluvia rio y se volvió hacia su novio.

—Coge el tuyo, anda —dijo.

—No hacía falta —repitió el chico, pero, por supuesto, se acercó y se sentó a su lado, cogió el paquete y le ofreció el que él traía.

—Tampoco hacía falta por tu parte, y aun así lo hiciste.

—Bueno, sé lo que te gusta este día.

Kaiden bajó la vista y abrió lo que evidentemente era un libro. Resopló al ver el título en español, pero el tema era indudablemente de artes marciales. Tenía ilustraciones y fotografías, y el lenguaje no parecía particularmente complicado. Además, mezclaba con palabras japonesas y chinas.

—Joder, Rain —masculló.

Su novia sonrió.

—Te gusta mucho entrenar —dijo—. Pensé que era buena idea.

—Es genial. Quería investigar sobre las artes marciales desde un punto de vista menos, eh… ya sabes. Templario. Ver las raíces y todo eso. Esto es genial.

—No te he leído la mente, lo juro, no es mi habilidad.

Kaiden resopló, apretó el libro contra su pecho y se inclinó para besar en la frente a su hermano, y en la boca a su novia.

—Gracias, *mo ghraidh* —musitó.

Ella lo miró, cohibida, imaginándose lo que había dicho, pero de todos modos preguntó:

—¿Qué…? ¿Qué significa?

El chico se encogió de hombros.

—Mi amor —replicó en un torpe español.

—Suena muy bien —sonrió Lluvia, azorada—. ¿Puedo…? ¿Puedo abrir el mío?

—Joder, claro. Aunque no es gran cosa.

El libro para su novia era un delgado volumen con varias historias cortas de zombies, la mayoría con finales trágicos, aunque algunos con esperanza. Al menos, eso había leído en la sinopsis.

Puede que no fuera mucho; desde luego, a Kaiden no se lo parecía, viendo cómo había pensado en los regalos para él y para Luka. Pero a Lluvia le brillaron los ojos cuando vio lo que era.

—¡Me encanta! —exclamó.

—Oh, bueno. —El muchacho se frotó la nuca, un poco avergonzado—. Bueno. Son relatos cortos y eso.

—A veces es mejor corto que no largo sin motivo —rio Lluvia—. Muchas gracias. Me encantará leerlo.

—Vale. —Kaiden movió su propio libro—. A mí también. Y está claro que al crío igual.

Viernes 26 de abril: ¿Qué hacen los adolescentes?

Era viernes por la noche, así que Lluvia se quedaba a dormir. Luka conectó a Yves con el televisor, y este puso una película estrenada en enero —aunque no saldría en video hasta al cabo de un tiempo—. «Aventuras en Alaska» trataba sobre un dentista que descubría que era adoptado, y viajaba hasta un pueblecito perdido para reclamar su herencia biológica: una manada entera de perros de tiro.

La historia era divertida, y los animales, encantadores, hasta el más pillo. El niño aguantó despierto hasta casi el final, cuando finalmente Kaiden lo vio con los ojos cerrados y apoyado en el hombro de Lluvia.

—Y se rindió —comentó en voz baja.

Incapaz de contener una sonrisa, la muchacha musitó:

—Eso parece… Aunque tiene mucho aguante para su edad.

—Igual ayuda que se queda frito a cualquier hora y en cualquier lugar. Termínala mientras voy a acostarlo.

Lluvia alzó una ceja.

—Claro… —respondió—… papi.

Kaiden compuso una mueca.

—Vuelvo en seguida, mami —replicó él, y se inclinó para coger cuidadosamente al niño en brazos, que no se despertó en ningún momento.

En cinco minutos, Luka ya estaba en la cama, y el muchacho regresó para ver el final de la película con Lluvia. En cuanto se sentó, su novia se apoyó en su pecho, con los ojos entrecerrados, y él le rodeó la espalda para acariciarle el brazo, lentamente.

—A veces pienso que no hacemos cosas de nuestra edad —comentó ella—. Aunque luego… ¿Qué hacen ellos?

—Si te digo la verdad, no me acuerdo —confesó Kaiden—. ¿Qué hacen tus amigos? Silvia y eso.

—No gran cosa. A veces quedamos para estudiar, otras para ir al centro comercial… Nada más. Pero no estoy segura de si eso es lo habitual o no. Y, desde luego, no eres el más apropiado para decir lo que hace un adolescente. Creo que es ahora cuando estás comenzando a tener una vida.

El chico suponía que tenía razón. Incluso antes de escapar, su vida era muy sencilla. Estudiar, sí, pero también entrenar, cuidar a Luka, y obedecer ciegamente. Solo algunas cosas habían cambiado, pero estaba contento así.

—Pues nosotros estudiamos —repuso—, y nos has llevado al centro comercial, así que… somos adolescentes normales.

Sabía que no era verdad, que no había demasiados adolescentes cuidando de niños pequeños y siendo independientes. No obstante, tampoco era tonto del todo, oía cosas, veía —un poco— la televisión, y tenía una cierta idea de lo que significaba tener su edad. No le interesaba demasiado lo de romper normas razonables y tener bruscos cambios de humor.

Por supuesto, Lluvia también había notado la falsedad de sus palabras, porque lanzó una risita y se separó, solo un poco, para poder mirarlo a la cara.

—Sí, sobre todo normales —replicó, y después le dedicó un lento, coqueteo parpadeo que

hizo que su estómago se encogiera—. ¿Qué tal si me das un beso?

—Mmm. Vale.

Kaiden no se hizo de rogar. Besarse no era algo tan raro, pero le daba vergüenza verla así, tan cerca, y pidiéndolo. Con las orejas calientes, el chico se inclinó para acariciarle los labios con los suyos, lentamente, y ella se lo devolvió rodeándole el cuello con los brazos.

«Joder», pensó el muchacho, rodeándole la cintura para atraerla hacia sí, para estrecharla en su abrazo y besarla de nuevo con un estremecimiento.

Cuando se separó de nuevo, con la respiración agitada, Lluvia rió por lo bajo.

—No está mal —dijo en tono bromista—, pero se podría mejorar.

—Se mejora con la práctica —respondió Kaiden, las orejas muy rojas y expresión muy seria.

Ella sonrió, alzando una ceja. Le encantaba cuando hacía eso, cuando sonreía con confianza, bromeando, incluso tentándolo. También le encantaba, joder, la Lluvia tímida y sonrojada. No estaba seguro de que hubiera *nada* que no le gustara de su novia.

Notando su turbación, la muchacha estiró una mano y le acarició la oreja.

—¿Me estás proponiendo que sigamos practicando? —preguntó, casi con inocencia, y Kaiden tragó saliva.

—Claro. ¿Qué opinas?

—¿Qué crees que opino si digo «vamos a la cama»?

Por la conversación, aquellas palabras tenían un excitante y muy adolescente sentido. Por cómo era su novia, podía significar otra cosa.

—Que tu opinión depende de si quieres o no seguir practicando —respondió.

Lluvia se echó a reír y lo besó en la punta de la nariz, un gesto tan inocente y tan familiar que él sintió que se relajaba un poco.

—Sí —replicó su novia—, quiero seguir practicando, pero en la cama, gracias.

—Vale. Vamos.

Sábado 27 de abril: El Despertar

Cuando despertó aquella mañana de sábado, Kaiden se vio bombardeado por las sensaciones y los recuerdos. No sabía qué hora era, pero sabía que entraba un poco de luz entre las rendijas de la persiana, y que el cuerpo desnudo de Lluvia estaba pegado a su costado.

Sintió un escalofrío, pero era caliente y espeso. Cerró los ojos, los abrió de nuevo y buscó el perfil de su rostro en la penumbra. Estaba profundamente dormida todavía… lo cual no era de extrañar. Él había dormido durante horas, algo increíblemente raro, y sin pesadillas, no que pudiera recordar, al menos. Habían terminado agotados.

El corazón le dio un vuelco y latió desenfrenado contra sus costillas. Bajó la cabeza y apoyó los labios en la frente de Lluvia, y aquel gesto tan normal, tan natural, lo tranquilizó un poco. Lo habían disfrutado. Los dos. Eso era lo que más le importaba, saber que ella lo había… pasado bien.

«Dos veces», recordó, con las orejas ardiendo y una sonrisa cosquilleándole los labios. «Joder».

El muchacho se limitó a disfrutar de aquellos minutos de calma, de silencio y de recuerdo, hasta que las siete de la mañana dieron las ocho, y entonces, respirando hondo, besó a su novia… con cariño, pero también con insistencia, porque era hora de despertar.

}.{

Lluvia estaba muy a gusto descansando después de todo, pero inevitablemente despertó. Al menos fue agradable, tenía que admitirlo. Agotada y dejando escapar una risilla, comenzó a devolver los besos, hasta que su novio le dio uno más largo, consciente ya de que había dejado de dormir.

—Buenos días —saludó el muchacho.

—Sí, buenos días. —Finalmente, la chica entreabrió los ojos a la penumbra de la habitación —. ¿Cómo estás? ¿Agujetas? —bromeó, y él lanzó un resoplido.

—No. Pero he dormido… mucho.

—Eso es bueno. —Sonriendo, Lluvia levantó la mano y le acarició la mejilla, y él ladeó la cabeza para besarla en la palma.

—Tú… ¿Cómo estás? —preguntó después.

—Cansada, vaga, pero feliz. —La chica rio—. Es… raro, ¿no? Quiero decir, hemos estado muy juntos, muy… literalmente pegados. Se sintió muy bien, no sé, es… No puedo quitármelo de la cabeza.

—Entonces… Vaya, que te ha… Lo has disfrutado y eso. ¿Te hice daño?

—Claro que no. —Convirtió la caricia en su mejilla en un pellizco y un tirón—. Qué tontería más grande.

—Joder, Rain, sé que muchas veces la primera vez… y eso.

—No, no me dolió —aseguró Lluvia—. Fue maravilloso, algo que hay que repetir en algún momento.

Kaiden resopló y la besó apasionadamente.

—Tenemos que levantarnos —masculló el chico a desgana—. Joder.

—Sí, eso, joder —rio la chica, y después se sentó, desperezándose, dándose cuenta de un

detalle importante—. Ah, mierda, hostias, des…

Tosió, consciente de su desnudez —aunque todavía llevaba la falda arremangada—, y se levantó a toda prisa.

—Ducha —informó—. Adiós, ah, ¡hasta ahora!

Un poco avergonzada, preocupada por que un niño se levantara de la cama y la viera correr por los pasillos, se apresuró a recoger su ropa y salir disparada.

—¿Debería silvarte? —preguntó Kaiden en voz alta desde la cama.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó ella desde fuera—. ¡Y tápate la espada, es solo mía!

En la habitación, el chico sintió el borboteo en la garganta y en el estómago, y dejó escapar una grave, entrecortada carcajada.

Cuando Lluvia salió de la ducha, el niño ya estaba tomando un vaso de leche.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó el chico al verla llegar; los anchos pantalones de deporte le colgaban de las caderas y había olvidado, no por primera vez, ponerse una camiseta.

«A ti», pensó la muchacha. Apretó los labios y se sintió un poco… pervertida. Sacudió la cabeza, sonrojada, y apartó la vista.

—C-cualquier cosa —respondió, y después tosió ligeramente, componiendo una sonrisa—. Buenos días, Luka.

—Hola —contestó el niño, con el labio blanco de leche—. ¿*Tas* bien?

Lluvia dio un respingo y movió las manos con evidente nerviosismo.

—Sí, claro, sí, por supuesto —aseguró, cogiendo una servilleta para limpiarle la boca cuidadosamente—. Sí, ¿por qué?

El niño, que no obviaba el detalle de que parecía estresada, la observó unos momentos y luego estiró los brazos con gesto interrogante. La chica se sintió un tanto aliviada. Sería cierto que los niños tenían un radar con los padres ocupados. Suspirando, se acercó para abrazarlo, riendo por lo bajo.

—¿Solo vas a tomar leche? —preguntó.

—*Tha* —respondió Luka, apoyándose en su hombro.

—Desayunaremos bien cuando lleguemos a la residencia, con tus padres —explicó Kaiden, sirviéndole un zumo.

«Mierda», pensó Lluvia. «Mis padres».

¿También tendrían un radar? No, no, su padre como mínimo sabría en el acto que había algo diferente. Se frotó el pecho, nerviosa. ¿Cómo iba a mirarlos a la cara? Era algo normal, se recordó, algo natural. Es más, ¿no habían sido ellos los que les dieron los preservativos en primer lugar?

—Claro —musitó.

Le echó una tímida mirada a su novio. Él captó su inseguridad. Cuidadosamente, le acarició la espalda.

—Puedo hablar primero con ellos y eso —se ofreció—. Si quieres.

No obstante, ella negó.

—No, eso sería más raro aún —respondió—. Me alegra que al menos no sepa leer la mente y vea el claro «quiero repetir esta noche».

Se arrepintió en el acto. No quería decirlo en voz alta.

Kaiden la observó detenidamente, en silencio, durante unos segundos.

—Vale —contestó con lentitud—. Entonces supongo que no nos quedamos a dormir en la residencia.

Lluvia apartó la mirada, azorada.

—Si quieres repetir, es mejor volver a casa, sí —respondió.

—Vale. Pues nos volvemos.

Kaiden encogió los hombros y se giró para servir otro vaso de zumo. No obstante, se notaba que tenía las orejas rojas.

Sábado 27 de abril: El empático observador

Los chicos llegaron a las nueve y media, y a pie. Hacía un buen día. Por costumbre, Charles apuntó la temperatura, la hora y el clima: sol, cielo despejado, 24º. Después siguió la estela de su mujer, que ya había bajado a la recepción; con Océano en el carrito, Sandra se inclinó para besar a su hija en la mejilla, y después hizo lo mismo con los chicos. Todos formaban parte de la misma familia.

—¿Qué hay? —saludó el hombre, acercándose con una sonrisa.

Al verlo, Lluvia se quedó paralizada. Eso y el rubor de sus mejillas le dijeron todo lo que tenía que saber. No necesitaba su poder para entender lo que había sucedido aquella noche.

—Toca excursión —consiguió decir su hija, reponiéndose rápidamente y sonriendo como si no pasara nada—. ¿Cómo estáis vosotros?

Divertido, y algo preocupado, Charles rio y fue hacia ella para abrazarla.

—Todo bien, Océano ha dormido como un tronco —respondió, y después bajó la voz—. ¿Estás bien?

El rubor en la chica empeoró. Tenía la cara caliente y adorable.

—Sí, de verdad, sí —musitó, cohibida—. Me alegra que Océano haya… haya dormido bien.

—Mhmm. ¿Necesitas algo? ¿Quizá hablar con tu madre?

Su hija boqueó.

—¡No! —exclamó—. ¡No, por favor, no!

Charles no pudo evitar reír. No parecía dolorida ni incómoda… salvo por la vergüenza, claro. Cuando Sandra le echó una mirada interrogante, él sacudió la cabeza, aunque la informaría más tarde.

—¿Vamos a comer? —preguntó, soltando finalmente a la chica, y revolvió el pelo de los otros dos—. Seguro que estáis famélicos.

Lluvia se frotó el brazo, incómoda, y el hombre se alejó para dejarla respirar, besando a su mujer y poniéndose a hablar con Luka, al que todo le iba siempre bien.

Fueron al comedor, pero tras unos momentos de deliberación, se sentaron en una de las mesas del jardín. Definitivamente hacía buen día, lo suficiente para desayunar fuera.

Aquellos días eran muy preciados para él. Antes incluso de la llegada de los chicos, el tiempo que disponía para disfrutar de su familia era reducido. Su propio trabajo lo llevaba lejos a menudo; Sandra se iba en menor medida, pero de vez en cuando también sucedía, a veces durante largas semanas. Por eso aquellas ocasiones eran tan especiales. Y no le molestaba en absoluto que hubiera dos personas más con ellos.

Charles recordaba una conversación con su hija, hacía ya meses, antes de que los chicos tuvieran un destino claro. Mientras Luka y Kaiden intentaban adaptarse a una familia belga, Carlos le mencionó a Lluvia que no podía quedarse con todos los cachorritos que encontraba.

«Bueno, pero estos sí», tuvo que admitir.

Sacudió la cabeza, distraído, y volvió a prestar atención a la conversación que fluía en aquella luminosa mañana primaveral.

—¿Has pensado en lo que te dije ayer? —preguntaba Sandra, y Kaiden, con una mueca, sacudió la cabeza.

—No sé —replicó; se volvió hacia la muchacha para ponerla al día—. Se ve que la pesadilla

le dijo que ellas no tienen nombre ni nada hasta que se hacen mayores, pero que, bueno… ¿cómo fue?

—«Si es el chico el que decide uno, me podéis llamar así» —tradujo la mujer con una divertida sonrisa.

—Menos quejarte y más pensar en un nombre —replicó Lluvia, alzando el dedo—. Te ha dado ese honor, acéptalo.

—Mira, tengo cuatro opciones: Trom-laighe, Sgáil, Shadow, y Sombra. Uno significa «pesadilla», y las otras tres… pues sombra, porque cuando se enfurruña se queda en un rincón y se funde con las sombras. Soy un básico, y un idiota.

—Hablas con alguien que se llama «Lluvia» —respondió ella, alzando una ceja—. Pero me gusta «Sombra», en español. Suena bien.

—¿Ah, sí? —se sorprendió Kaiden—. Sombra. Tengo que aprender a pronunciarlo bien. Las erres españolas son muy raras.

—No son raras, suenan como un ronroneo.

—Ya, pero no soy un gato. A ver. Rrrr. Brrrrr. Bbrrrrra.

El muchacho siguió practicando sus erres, algo que le venía bastante bien. Su español estaba mejorando, pero algunas cosas le resultaban confusas, o difíciles, y a veces tenía algún qué otro problema para construir las frases. Pero se hacía entender. En poco más de un mes, pensó Charles, ya se hacía entender. Orgulloso de sus chicos, se volvió para hacerle el avión a Luka, que rio y le siguió el juego.

Como hacía un buen día, pasaron la mañana paseando por el pueblo. Kaiden explicó que habían ido a comprar el día anterior a aquel supermercado, que de esa jardinería venía el rosal de pitiminí. Cuando pasaron frente a sus puertas, asustó a Luka hablándole de las momias bajo el convento de San Juan. Lo hizo con naturalidad, y, cuando el niño lo miró con ojos brillantes, le prometió que un día irían a verlas.

Lo interesante de aquella conversación no era que supiera más de los monumentos de Liétor que el propio Charles, que había vivido allí toda su vida; eso era normal, puesto que lo primero que había hecho el muchacho era investigar. No, lo verdaderamente revelador fue que hablara de templos y santuarios con aquella soltura, sabiendo que allí, al menos, no había templarios de los que preocuparse.

El hombre se preguntó si le gustaban las iglesias, si significaban algo para él, más allá de que fuera un lugar concurrido por… su antigua gente, de algún modo. Ni siquiera estaba seguro de si era católico, o si la fe, como el credo, no era más que una imposición de la que también se había liberado.

Sábado 27 de abril: Llamada indeseada

Eran las dos y media cuando sonó el teléfono. Charles se obligo a apartar la mirada de los niños —Luka intentaba enseñarle a Océano a contar hasta cinco, se reía con cada éxito y corregía muy amablemente cada error— y mirar la pantalla. Sintió un vuelco en el pecho cuando vio el nombre.

—¿Cielo? —preguntó Sandra en voz baja.

—Es Silvia —respondió—. Vuelvo en seguida.

Hizo un gesto de tranquilidad hacia los chicos mayores. Kaiden, en especial, lo miraba con el ceño fruncido y preocupación en los ojos. Y miedo, también. Miedo a que alguien decidiera que no encajaba tampoco allí.

El hombre se levantó y fue al dormitorio, acercándose al balcón mientras descolgaba.

—Hola, Silvia —saludó—. Perdona, estaba con la familia.

—Siento molestarte en sábado —respondió su superior—. Sabes que no lo haría si no fuera importante.

—No, no, lo sé. —No pudo contener un suspiro—. Lo sé.

—Lo siento, Carlos. Sé que no es un buen momento, con lo de Océano, pero se te dan bien los críos, y este podría ser peligroso.

—Vale. —El hombre se frotó la cara—. Vale. Dime.

}.{

Charles había salido del comedor con una sonrisa tranquilizadora pero la preocupación en los ojos y el teléfono en la mano. Kaiden sabía sumar dos y dos. Mínimo, aquello era por trabajo. ¿Máximo? Eso sí que prefería no pensarlo. Toda clase de ideas le llenaron la cabeza, ideas oscuras, posibilidades, planes de contingencia. Las hizo a un lado y se centró en Lluvia. Mirándola, le acarició la espalda. Eso siempre lo hacía sentir mejor.

Ella lo miró, interrogante, y Kaiden sacudió la cabeza.

—Bueno, ¿qué quieres hacer esta tarde? —preguntó.

—Lo que quieras, no tengo preferencia —sonrió su novia.

—Oh, va. Algo.

—Algodón, que es más largo.

Como estaban hablando en español —al fin y al cabo, era sábado de inmersión—, Kaiden tardó un rato en captar el chiste.

—Oh. Oh, *fuck* —masculló—. Entiendo.

—¿Sí? ¿Lo entendiste? —El modo en que lo miró hizo que el chico se sintiera honrado—. ¡Estoy orgullosa!

—No era tan… *I mean*, es una broma de palabra.

—Las mejores bromas de todas.

—Ya, siempre te hacen reír.

Lluvia asintió y estiró una mano para acariciarle la nariz. El chico bajó la cabeza para besarle los dedos.

—¿Tú qué querrías hacer? —preguntó su novia.

—Bueno, ya paseamos, así que…

Kaiden se detuvo cuando Charles volvió a entrar en el salón. Su sonrisa había desaparecido. Parecía cansado. Sandra se levantó para ir a su encuentro y le dio un tierno beso, presintiendo su estado de ánimo antes de que hablara.

—Parece que hay un problema —suspiró el hombre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lluvia, preocupada.

—Ha habido un incidente en Italia —explicó él—. Me voy mañana. No es grave, pero me necesitan. —Miró a Sandra, que estaba seria, escuchando con atención—. Pedí un tiempo libre de viajes mientras vemos lo de Océano, pero es un chico asustado. Una joven nos ha informado de que su amigo por correspondencia, natural, está crecientemente angustiado con un potencial poder que acaba de desarrollarse.

—Por supuesto, hay que ayudarlo —asintió la mujer—. ¿Mañana? Ve a hacer la maleta. Haré unas llamadas para tener unos días, e iremos viendo.

—¿Qué tal si…? —propuso Lluvia tras morderse el labio inferior— ¿ … vais juntos esta vez? Yo me quedo con Océano; podemos llevarlo a casa con Kaiden, y lo cuidamos.

—Oh, cariño. —Su madre ronroneó como un gatito y la miró con puro amor—. Eres un tesoro, lo sabes, ¿verdad?

—¿Qué hemos hecho para merecer esta familia? —se preguntó Charles.

—¿Quizá ser padres buenos y comprensivos que saben escuchar a sus hijos? —rio la chica —. Sé que no es una cita romántica, pero el hecho de ir juntos y daros apoyo puede ayudaros. Así papá no se sentirá solo.

El hombre sacudió la cabeza, sonriendo.

—¿Sabes? —comentó—. Puede que en verano. ¿Qué dices, Sandra? Dejamos a Océano con este trío y nos vamos tú y yo un par de semanas de vacaciones.

—Eso suena muy bien —asintió la mujer—. Así tendrán tiempo de ocuparse de todo, y podremos olvidarnos.

Y, supuso Kaiden, también esperaban tener encarrilado el problema de Océano, su poder y cómo controlarlo. Lluvia sonrió, conforme con aquel plan, y asintió.

—Me parece bien —dijo—. Me gusta cuidar del pequeñajo.

Su madre le devolvió la sonrisa y se acercó para besarla en la cabeza.

—Maleta —le ordenó a su marido, que lanzó una risita—, vosotros quedaos aquí un rato con los pequeños. Yo voy a pedir esos días libres.

—¿Sandra? —llamó Kaiden al verla salir disparada hacia el dormitorio.

—¿Mhmm?

—Puedo ayudar y eso. Si te sirve, o tienes problemas con lo de tomarte los días. Puedo ocuparme por las mañanas, e igual por las tardes nos podemos quedar en la residencia. —Miró a Lluvia, buscando su confirmación, y ella asintió.

—Podéis seguir como hasta ahora —propuso—. Al fin y al cabo, Kaiden tiene libre por ahora.

—Exacto. Así que, no sé. Tenlo en cuenta y eso.

Los adultos se miraron.

—Mira que tenemos suerte —suspiró Sandra.

Lunes 29 de abril: Nuevos deberes

Charles se marchó en coche el domingo muy temprano, dirección al aeropuerto y de allí a Roma. El nuevo caso era relativamente urgente: un chico estaba desarrollando poderes piroquinéticos en plena adolescencia, su familia no sabía nada, y estaba aterrorizado. Solo confiaba en una amiga a distancia, que, por suerte, pertenecía a Santuario y sabía lo que debía hacer. Definitivamente, necesitaba la buena mano de Charles.

Tras la partida del hombre, el resto de la familia pasó el día en el establo. Sandra dejó a los chicos con Océano varias veces, ultimando detalles. En algunas ocasiones, regresaba solo para consultar con ellos, como si fueran mayores.

Finalmente, se gestionaron entre todos. En lunes y el jueves por la mañana, Kaiden solía quedarse en la residencia mientras Luka estaba en la guardería, así que Sandra haría su trabajo y el muchacho cuidaría de Océano. Martes y miércoles, porque lo que estaba haciendo con la pesadilla era importante, el chico iría al establo, y la mujer se quedaría en casa. Por las tardes se quedarían en lugar de ir a la casa, para que Sandra tuviera mayor flexibilidad.

—Y el viernes libráis. Porque también os lo merecéis.

Así pues, el lunes siguiente Luka y Kaiden fueron a la residencia temprano para despedir a Lluvia, como cada mañana. Entonces el pequeño fue a la guardería, acostumbrado ya a los demás niños, a los monitores y las actividades, y el muchacho, finalmente, se encontró con Océano sentado en la cadera, mirándolo con gran seriedad, como si se preguntara por qué era él quien lo tenía en brazos y no su madre.

—¿Podrás hacerlo? —preguntó Sandra, y Kaiden le echó una mirada.

—Sabes a qué edad comencé a criar a Luka, ¿no? —replicó, y la mujer lanzó una risilla.

—Sí, lo sé, lo siento. Sé que lo harás bien. Gracias, Kaiden. No siempre es fácil gestionarnos, sobre todo ahora.

—Bueno, yo solo… haré lo que pueda, ¿vale?

—Bien. Deja que te lo diga.

—Vale.

—Llama si necesitas cualquier cosa. Llevaré el teléfono encima. Los monitores pueden ayudarte si tienes una emergencia. No es un niño problemático, pero a veces no come tan bien como nos gustaría; déjalo estar unos minutos y luego insiste.

El chico se limitó a asentir ante cada instrucción. Ya se las sabía todas. No era tan complicado. Además, conocía bastante bien a aquel crío; sabía que no lloraba mucho ni con estridencia, que le gustaba el contacto, que lo miraba todo como si tuviera cien años y no diecisiete meses, que estaba totalmente hermandado, y que a veces podía pasar días durmiendo casi sin parar, con un cansancio muy poco natural.

Cuando Sandra se marchó tras muchos arrumacos, Kaiden se quedó mirando al cielo, calibrando el clima. Era un día de buena temperatura; se notaba que abril daba paso a mayo, y que pronto estarían en verano. Le habían advertido que los veranos españoles no tenían nada que ver con los escoceses.

—Bien, chaval —le dijo, procurando usar el español de una manera entendible—. Vamos a hacer algo contigo, ¿eh?

Sabía que con los bebés de aquella edad no se hacía gran cosa, sobre todo si tenían necesidades especiales como Océano. Aunque ya podía gatear y jugar con juguetes más o menos grandes, no mostraba interés por ellos, y sí por mantitas y muñecos a los que mantener en la mano, en el regazo o entre los brazos mientras miraba el mundo pasar. Era como si estuviera siempre en ahorro de energía.

—¿Sabes, pequeño? —comentó, haciéndolo brincar sobre una rodilla—. Creo que tienes que, eh, ponerte en contacto con tu poder, ¿sí? Porque tus padres se preocupa. *Fuck, I'm so bad at this*.

}.{

—¿Se sabe si ha visto ya a ese chico? —preguntó Silvia a la hora del recreo, mirando a Lluvia con preocupación.

La chica negó con la cabeza.

—Lo último que sé es que se fue a Roma —explicó, apoyando la barbilla en la mano—. Pero irá bien. Otra cosa no, pero mi padre sabe manejarse. El chico estará bien.

—Estás ya acostumbradísima a estas cosas, ¿eh? —rio su amiga.

—¿Lo adoptará también? —inquirió Valentino con una sonrisa divertida.

—Lo dudo, tiene su propia familia. —Lluvia ladeó la cabeza—. Si son buenos, no necesitará nada más.

—No sé por qué lo intentas, a nuestra Lluvia no se la puede picar —comentó Silvia.

—Lo sé, pero es tan divertido…

Cuando bajó del autobús aquella tarde sobre las seis, no había bicicletas esperándola en la puerta, pero sí su novio y dos niños. La muchacha se acercó, sonriendo, y primero se puso de puntillas para besar a Kaiden en los labios.

—Ey, ¿qué tal ha ido el día? —preguntó.

—Oh, ya sabes, de niñero —respondió él, y entre tanto Océano estiró los brazos para colgarse del cuello de su hermana—. Hermandadísimo.

—¿Qué pasa, peque? ¿Me has echado de menos?

Abrazó al pequeño y lo estrechó contra sí, besándolo en la nariz. Después bajó una mano para acariciar el pelo de Luka, que sonrió, encantado por la atención.

—Hola a ti también, guapo —dijo.

—Hola —respondió el niño.

—Tu madre está dándose una ducha —explicó Kaiden—, ha llegado hace, pff, nada. Dame la mochila, anda.

—¿Eh? No te preocupes, puedo. Océano no pesa mucho, y la mochila es… ya una costumbre.

—Qué me vas a contar. Pero dámela igual.

El chico se movió para ayudarla a descargarse sin soltar al niño, que se había aferrado al cuello de su hermana con más fuerza de la que parecía tener. Emulándolo, Luka se agarró a su cintura. Riendo, la muchacha sostuvo a su hermano con un brazo para usar el otro con el niño.

—Vamos, coge mi mano —le recomendó—, así será más cómodo para andar.

—Vale.

}.{

Kaiden los observó mientras iban entrando, colgándose la mochila de su novia al hombro. Pesaba más de lo que debería, en su opinión, pero, claro, él casi ni se acordaba de lo que era llevar libros al colegio.

—¿Qué, cómo ha ido? —preguntó, poniéndose a su altura.

—No ha estado mal —respondió ella, riendo—. Se aprende, claro. Pero es mejor estar aquí, con vosotros.

El chico resopló, avanzó y la besó en la mejilla. Justo entonces bajó Sandra, que se notaba más fresca y descansada.

—Hola, cariño —saludó con dulzura, y le revolvió el pelo a su hija—. ¿Cómo ha ido? ¿Tienes muchos deberes?

—Algunos, de eso siempre hay —respondió Lluvia con una media sonrisa—. ¿Cómo estás tú? ¿Qué tal ha ido el día?

—Oh, traigo fotos de los cachorritos. Te vas a derretir cuando los veas.

Martes 30 de abril: Cachorros y sombras

Kaiden se derritió al día siguiente, cuando llegó a la cuadra de los cachorros y lo recibió un coro de ladridos, gañidos y saltitos. Los bebés definitivamente reconocían a las personas que les daban de comer, y saludaban igual a Kaiden, a Sandra, Héctor o cualquiera de los cuidadores, pero era bonito, se dijo el chico, agachándose.

El primero en alcanzarlo fue Rush, buscando morderle los cordones, su afición favorita en aquellos momentos. El muchacho lo apartó con delicadeza y recibió un bocado en el dedo, que, por suerte, no dolía mucho. Coco llegó a su rescate y embistió contra su hermano.

—Vale, vale, en serio —suspiró Kaiden, y agarró a cada uno con una mano—. Controlaos, ¿vale? ¿Por qué no podéis portaros bien, como Reina? Hola, Reina.

La dócil y tímida cachorrita se tambaleó contra su pierna, y el chico se sentó para ponérsela en el regazo. Claro que entonces acabó con prácticamente todos los cachorros encima.

Suspiró, porque le encantaban aquellos momentos, y le encantaban los bebés, pero sabía que no podía quedárselos… no todos, al menos.

Había hecho cuentas, y económicamente podía permitirse una mascota: comida, juguetes, collar, correa… y también empapadores. Por supuesto, debía tener en cuenta el tiempo.

Durante el verano iba a dedicarse a educar lo mejor posible a la pequeña bola de pelo que se viniera a casa, y tendría que enseñarle dónde hacer sus necesidades y con qué entretenerse cuando estuviera solo, porque de siete de la mañana a seis de la tarde la pobre bestia estaría sola. Al volver, Kaiden tendría que sacarlo a pasear, jugar con él, los deberes, prepararle la cena a Luka, y posiblemente debería hacer algunas tareas de casa.

Suspiró, con dolor de cabeza y el corazón dividido. Por un lado, su hermano había estado enamorado de la idea de tener un perro prácticamente desde que llegaron en marzo. Por otro, Lluvia nunca había tenido una mascota, por normas de la residencia, y él no podía llevarse a Brownie al patio, pero sí podía darle un cachorro. Y por otro lado más…

Kaiden estiró los brazos y cogió a sus dos favoritos, de los que se había enamorado sin remedio. Bruma todavía se movía con torpeza, y se le notaba la sangre husky en las pequeñas orejas y las manchas blancas de las cejas. Coco era más despierto y activo, con los ojos más abiertos y las orejas caídas, y muy claramente rottweiler. Era difícil adivinar que pertenecían a la misma camada.

Eran preciosos, pero si no sabía cómo iba a gestionar tener uno, mucho menos dos.

—¿Qué voy a hacer con vosotros, pequeñajos? —suspiró, acercándoselos para frotar la mejilla contra el suave y mullido pelaje de uno y dejar que el otro le lamiera la nariz.

Poco después, las tareas de Kaiden exigían su atención. No es que le molestara. Su principal función en el establo era, desde hacía algún tiempo, ocuparse de la pesadilla. Pasaba buena parte de la mañana poniéndole la comida, sacándola al corral… pero el objetivo, suponía, era hacerle compañía.

—Hola, guapa —saludó al abrir la puerta del pequeño edificio—. ¿Qué tal esta noche? Siento llegar tarde. Los cachorros. Joder, si es que son monísimos. Sandra dice que pronto tocará socializar y eso, así que… ¿querrás ayudar?

No hubo ningún golpe contra el suelo o contra las paredes, lo cual significaba que le daba lo

mismo. Kaiden había aprendido a entender los estados de ánimo de aquella peligrosa criatura.

—Eh. —Se acercó a la puerta de la cuadra y metió la mano entre los barrotes, dejando que la burüka estirara el cuello y frotara el morro contra su palma—. Eso es. Hola, guapa, sí. Joder, el domingo casi no pude ni pasar a saludar, ¿eh? Espero que no estés enfadada. Sandra te ha contado cómo están las cosas, ¿no? ¿Te ha dicho que Charles se ha ido? Pues ya ves.

Abrió para acariciarle la quijada y el cuello con más soltura, y después abrió la puerta trasera, dándole libre paso al corral.

—Total —continuó, cogiendo las herramientas de limpieza—, que el pobre ha tenido que irse pitando, y Sandra está haciendo malabares con el crío y eso. El pequeño, quiero decir, Océano.

Le habló sobre los arreglos que habían hecho, y confesó estar orgulloso, sentirse útil al ayudar en lo que pudiera. Temía la falta de tiempo cuando fuera al colegio, le explicó, pero no era algo de lo que pudiera librarse.

—Voy a seguir con visitas periódicas del señor Mendoza hasta que me gradúe, seguro —dijo con una mueca—. Soy un menor. Igual para ti eso no significa mucho, pero, vaya, aunque esté independizado, soy un niño a ojos de mucha gente. Es igual. ¡Eh! Se me había olvidado.

O puede que lo hubiera estado retrasando. Incómodo, terminó de cubrir el suelo de heno y salió al corral para palmear el lomo de la burüka.

—Sandra me dijo, ya sabes, eso de que tu gente no tiene nombre hasta que se hace mayor. —La pesadilla lo observaba con la cabeza de medio lado, clavando en él uno de sus oscuros ojos castaños; tenía las crines rojizas, pero no era un rojo ira, de eso estaba bastante seguro—. En fin, que le dijiste que te parecía bien tener uno y eso. Y que yo, eh… Te estás riendo de mí, ¿verdad? Eso significa ese color de pelo, te estás cachondeando.

La criatura movió la cola en un gesto muy ufano y le dio un golpe en el hombro con el hocico. Kaiden resopló y le acarició el cuello.

—Sombra —suspiró al final—. No se me ocurre nada mejor. Sombra. Es español. Significa… pues eso, sombra. Ya sé que no es muy original, e igual no te gusta. A ver, pisa una vez dos veces si es que te gusta, una si es que no te…

La pesadilla pateó dos veces contra el suelo. Kaiden resopló.

—Eres muy lista, ¿eh? Igual deberíamos tener, no sé, algunas claves. Cierto número de golpes, un movimiento, no sé, ¿tú qué opinas? Porque no siempre podemos tener a Sandra por aquí, y yo sigo igual de sordo, chica. Por cierto, ¿eres realmente chica? O sea, hembra. A ver, quiero decir, sé que primero te traté de chico, y luego me dijeron que eras una pesadilla y todo el mundo te trataba de hembra, y yo ya no sé. Sombra es un nombre para todo, no obstante.

La criatura apoyó la cabeza en su hombro. El chico, un tanto sorprendido, le palmeó el cuello y después se lo abrazó.

—Cómo me gustaría poder oírte —masculló—. Sé que hay un animalito por aquí… un cuervo. Se llama Mugin. Está adiestrado para repetir ciertas frases, me han dicho, para llamadas de emergencia y eso. Pero no creo que sirva para una conversación, ¿eh? —Sombra golpeó el suelo una vez—. Eso me parecía.

Viernes 3 de mayo: Exorcismo

Kaiden estaba saliendo del supermercado cuando le sonó el teléfono.

—Maldita sea —masculló, con las manos cargadas y el móvil vibrando en su bolsillo—. A ver, *troich*, un momentito.

Dejó las bolsas en el suelo, sacó el aparato y se sorprendió al ver el nombre de Charles en la pantalla. Intercambió una mirada de circunstancias con Luka, que sonrió, y descolgó.

—¿Qué hay? —saludó Kaiden.

—Hola —respondió el hombre, y lo hizo con una risita cansada que lo puso en alerta.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Por ahora, nada. Confieso que he tenido mis dudas a la hora de llamarte.

—Bueno, me alegro de que lo hayas hecho. ¿Qué va a pasar?

—Oh, Dios.

Carlos suspiró e hizo una pausa. El chico, preocupado, cogió las bolsas con una mano y fue hacia un banco para sentar a su hermano y apartarse del camino. Aquello parecía serio.

—¿Templarios? —preguntó Kaiden, muy serio.

—No. Todavía, al menos.

—Mierda, Charles. ¿Dónde estás? ¿Y qué ha pasado?

Lo oyó reír, muy débilmente. Tardó un instante en darse cuenta de que no estaba preocupado por sí mismo o por Luka; sabía que allí no había Templarios, había estado cerca de los santuarios y era consciente de que no eran más que lugares de culto y descanso para turistas y residentes. Pero ¿fuera de Liétor?

—¿Sabes? —musitó el hombre—. Tuve mi primer encargo a los veinte años, recién terminada la instrucción. Llevo mucho tiempo dedicándome a esto. He perseguido ya cuarenta y tres cargos. Me harán una fiesta cuando llegue a los cincuenta, figúrate.

—Ya ves.

—Hasta hace poco, todo se basaba en alguien que había oído algo, o un evento extraño en las noticias. Tenemos agentes por todo el mundo vigilando la posible aparición de un dotado en el mundo natural.

—Hasta que llegó Yves, que tiene ojos en todas partes.

—Exacto —rio Charles—. Exacto. Lo hace mucho más fácil, mucho más claro. Nos da mucho más trabajo, también, y nos… señala todo lo que nos habíamos perdido.

—Bueno, pero ya no.

—No, ya no. Lo siento. Lo que quiero decir es que hemos hecho lo que hemos podido durante décadas, siglos, pero es evidente que se nos han pasado muchos casos. Casos que… que quizá habríamos podido detectar, si no hubiéramos tenido tanto miedo.

—Charles, por Dios, vale ya. ¿Qué?

—Exactamente eso. ¿Crees en Dios, Kaiden?

«Joder», pensó el chico.

—Ya no lo sé —respondió con cuidado—. Crecí haciéndolo. Todo gira en torno a Dios, la lucha de los ángeles, combatir el mal… Todo eso. Los Templarios no rezan mucho, pero es algo que siempre está ahí, que lo que haces es por Dios. No sé si nunca creí, de todos modos, o era algo, ya sabes, impuesto. ¿Y tú?

—Mmm. Soy agnóstico; ni creo ni dejo de creer, porque ¿no es acaso algo demasiado grande para realmente entenderlo? Pero la variedad religiosa dentro de Santuario podría sorprenderte. Quizá un día quieras investigarlo.

—Quizá sí.

—Hay muchos cristianos entre nosotros, pero es un cristianismo, digamos, separado de la Iglesia. Porque sabemos muy poco de los Templarios, pero algo que está claro es su afiliación con ella.

—Sí.

—Supongo que todo esto viene a una pregunta. Si una familia muy cristiana descubre en un hijo una habilidad… si se asustan tanto que llaman a un sacerdote para hacer un exorcismo…

«Oh, mierda». Kaiden respiró hondo y se sentó.

—¿Tu cargo? —preguntó con cuidado.

—Sí. Va a venir un sacerdote mañana. Voy a suponer que no va a conseguir nada.

—No, claro. Muchos exorcismos son solo una confirmación de la presencia demoníaca… para ellos, quiero decir. Es como la estupidez de las brujas.

—O sea que si el chico se queda en casa y pasa el exorcismo…

—Vendrán a matarlo.

—Oh, Dios —suspiró Charles—. ¿Cuántos habremos perdido así?

El chico no se atrevió a responder, aunque el número estaba en la punta de su lengua. El récord registrado estaba en ciento cuarenta y un vástagos asesinados en el año 1984. Se lo había aprendido de memoria. Lo usaban para motivar a los futuros Templarios a superar a sus antepasados.

—Si han avisado ya al sacerdote —dijo—, será mejor que salgas pitando de allí. No se toman a broma estas cosas.

—No, lo sé. Lo sé.

—¿Qué vas a hacer?

—Darle a elegir. Es decisión suya si quiere… intentar convencer a sus padres, ¿sabes? Pero le diré lo que me has dicho. Le diré a lo que se arriesga.

—Vale. Pero, Charles, hablo en serio. Lárgate de ahí. Si mañana viene el sacerdote, mañana tienes que estar fuera de esa ciudad. ¿Entiendes?

—Sí. Gracias, Kaiden. Y siento haberte llamado.

—Déjate de tonterías. Me alegro de que lo hayas hecho. Ten mucho cuidado.

—Lo haré. —El hombre hizo una pausa—. Te diría que no se lo dijeras a las chicas, pero de todos modos se lo voy a contar a Sandra a la primera oportunidad, seguro. Así que solo te pediré que te asegures de que entiendan que estoy bien, ¿de acuerdo?

—Dejaré que se lo digas a Sandra cuando quieras. Yo cuidaré de Lluvia.

—Ese es mi chico.

Martes 7 de mayo: Comer pesadillas

El experto en evaluación llegó el sábado a la residencia. Mario Padilla era un hombre de ojos caídos y mirada amable que hablaba con cierta languidez, como si estuviera cansado. Se dirigió sobre todo a Sandra —aunque los chicos estuvieron presentes en todo momento—, explicándole un proceso que a Kaiden le costó bastante seguir. Les contó que cada habilidad manipulaba las energías del individuo de una manera particular, y su don trataba sobre observar esas energías y compararlas con una especie de catálogo.

Al muchacho todo aquello de las corrientes, la energía y ver lo que no se podía ver le sonaba a chino, pero el experto era tranquilo y simpático, de una manera lánguida y un poco distraída, y trataba bien a Océano.

«Joder», pensó el lunes por la mañana, vigilándolo interactuar con el niño. «Aquí estoy, a cargo de dos niños a falta de uno».

El más pequeño, con su mirada sabia, su silencio y sus constantes fiebres, despertaba un renovado instinto protector. Otro hermanito, suponía, una criaturita a la que tenía que cuidar. Luka, en cambio, seguía siendo un niño pero estaba saliendo del cascarón. Con cuatro años y cada vez más sociable, jugaba en la guardería, se quedaba con Charles o con Sandra cuando hacía falta, y no había vuelto a tener un episodio de terror… al menos, no uno grave.

Luka tenía a sus padres —aunque sabía que no lo eran—, y tenía a sus abuelos, por decirlo así. Reconocía las caras y los nombres de personas a las que podía pedir ayuda si tenía un problema, aunque no lo fuera a tener, y eso hacía que se sintiera seguro. Etiénne estaba satisfecho con el desarrollo del niño, casi tanto como lo estaba al saber que las pesadillas de Kaiden eran cada vez menos frecuentes.

—Tal vez tu nueva amiga se las come cuando no miras —comentó el empático con una sonrisa en la voz.

—Oh, cállate —había sido la respuesta del muchacho.

Pero… las pesadillas comían pesadillas, ¿no?

—¿Te has estado comiendo mis pesadillas, guapa? —le preguntó aquel lluvioso martes—. Qué cachondo es Etiénne. Es lo que dijo.

Se acercó a la cuadra, sacudiendo la cabeza y salpicando agua por todas partes. La carrera hasta allí había sido corta, pero estaba empapado.

—Bueno, Sombra, esta es la cuestión —anunció, abriendo la puerta sin miramientos para estirar la mano y acariciarle el hocico—. El pronóstico del tiempo es una mierda, o sea, que va a llover a mares un par de días. O te mudamos ya y te mojas un poco, o te toca seguir aquí, y sin corral, hasta que pase la tormenta, que está siendo buena.

La criatura lo miró con interés, estiró el cuello y le probó el pelo con los labios, saboreando el agua adherida en él.

—Sí, lo sé, estoy empapado —aceptó Kaiden, palmeándole la quijada—. Pero es un paseo corto. Y cuando lleguemos, te seco. ¿Qué opinas? ¿Nos vamos a una cuadra grande?

Tras unos momentos, Sombra se limitó a pisar dos veces para indicar un asentimiento.

—Estarás bien ahí —aseguró el chico—. He visto la cuadra. Un poco más grande que esta, hay luz en el pasillo todo el día, y ventanas, no te lo pierdas, y hay otros animales. Ya sé que no

te gusta mucho eso de socializar, pero es bueno para ti, ¿vale? Y, además, el corral es mucho más grande. Eh.

Kaiden le cogió la cabeza para bajársela un poco. La pesadilla era grande como un caballo adulto, pero sabía que todavía crecería más. Lo observó detenidamente con un ojo rojizo, sus crines lisas y oscuras, tranquilas.

—El corral tiene valla baja —advirtió el muchacho—. No es como este. Así que, chica. No asustes a la gente, ¿vale? Porque ya están bastante preocupados. Ahora mismo ahí atrás hay dos personas cuchicheando en español, decidiendo cómo proceder con este transporte. Una viene de parte de Sandra, diciendo que te vas a portar genial. La otra está cagada y dice que no-sé-qué-coño de cabezal de hierro. No me gustaría que te pusieran eso, pero, en serio, entonces tienes que portarte bien. ¿Vale?

En lugar de patear, la criatura apartó la cabeza de sus manos para asentir en un movimiento amplio y repetido.

—Joder —masculló Kaiden—. Lista hasta decir basta. Pues vamos, anda.

Retrocedió tres pasos, esperando que Sombra lo siguiera, y la pesadilla lo hizo. Le palmeó el cuello y después abrió la puerta que daba fuera. Seguía lloviendo a mares, y Sofía, una de las encargadas logísticas del establo, lanzó un gritito al verlo salir con la criatura sin atar.

—¡Kaiden, no! —exclamó, y continuó en español—: ¡Todavía no hemos decidido cómo proceder! ¡Además, la lluvia…!

—La *iubia* no molesta a *eia* —replicó, todavía con abundantes dificultades con el idioma, pero capaz de unir dos frases entendibles—. Decir… Decir…

—Dice —corrigió Héctor con una sonrisa guasona.

—Dice que va al, eh, cuadra grande. *So*… —Kaiden encogió los hombros y se volvió hacia la pesadilla—. *Coming, gorgeous*?

Con un elocuente y altivo movimiento de su ahora rojiza melena, la criatura salió a la lluvia y siguió a su humano favorito fuera del establo pequeño. Sofía se quedó sin palabras, boqueando igual que un pez. Héctor se echó a reír.

Miércoles 8 de mayo: Socialización y vacunas

El miércoles, igual que había hecho el martes, llovió a mares. Los alumnos no esperaban con anhelo la hora del recreo, puesto que no podían salir al patio. Para muchos, los días como aquellos, húmedos y grises, eran incómodos, tristes y aburridos, y algunos incluso se ponían de mal humor. Para Lluvia, no obstante, no suponía un problema. Era algo bueno para las plantas, así que le resultaba agradable.

Sonó el timbre, y la muchacha, en lugar de apresurarse como otros días, miró afuera para ver cómo caía el agua. Sonrió, estirando los brazos, y bostezó mientras se desperezaba. El mero hecho de tener una pausa de las clases ya estaba lo bastante bien.

Su primer instinto, por supuesto, fue sacar el teléfono de la mochila y escribir a Kaiden.

[11:01] Lluvia: Guapo, ten cuidado con la que está cayendo
[11:01] Lluvia: Si te vas a ir por ahí
[11:02] Lluvia: Coge un paraguas :D

—¿Qué, algún mensaje del novio? —preguntó Valentino, asomándose por encima de su hombro.

—No, qué va —respondió ella, alzando las cejas, y lanzó una divertida risita—. Soy yo quien lo molesta a él.

—A ver, démosle un minuto más —recomendó Silvia—. Siempre te escribe a la hora del recreo. Es puntual como… —La pantalla de Lluvia cambió— … un reloj.

[11:04] Kaiden: Qué me vas a contar
[11:04] Kaiden: Ya me empapé suficiente ayer muchas gracias
[11:04] Kaiden: hoy estoy bajo techo todo el tiempo, que se mojen otros

—Y que lo digas —respondió la muchacha, divertida—. Somos igual de pegajosos.

[11:05] Lluvia: Más vale, no vayas a coger un resfriado :(
[11:05] Lluvia: ¿Qué estás haciendo hoy? :D

Mientras el estado de su novio cambiaba a «escribiendo», la chica recibió un mensaje de otra conversación, una en la que no solía tener movimiento, puesto que Héctor era más bien un amigo de su madre. El hombre no dijo nada, pero le había mandado una fotografía.

Ahí estaba Kaiden en su pantalla, mirando con el ceño fruncido su propio teléfono móvil, concentrado a pesar de tener dos perros en el regazo, otro durmiendo contra sus caderas, y un cuarto mordiéndole los cordones.

Lluvia no pudo contener la risa. Envió un corazón y dio las gracias; después volvió a la fotografía, sonriendo ampliamente.

—Qué idiota es —comentó justo antes de recibir respuesta.

[11:06] Kaiden: aquí con los enanos
[11:07] Kaiden: tengo noticias y eso

[11:07] Lluvia: Dime :D

Mientras su novio escribía, la muchacha guardó la fotografía en la memoria de su teléfono y después sacó el desayuno: galletas caseras que comenzó a compartir con sus amigos, que ya acercaban sus pupitres.

[11:09] Kaiden: hoy ha comenzado la socialización de los bebés
[11:09] Kaiden: han conocido a Brownie, Lori y también a Sam
[11:09] Kaiden: y bueno que pronto tocan las vacunas
[11:10] Kaiden: dicen que hay que afirmar las adopciones y todo eso

—Ah —musitó Lluvia, abriendo mucho los ojos—. Oh, chicos, comienza la época de adopciones. ¿Al final qué haréis? —preguntó, mirando a sus amigos.
—¡Ay, Dios! —exclamó Silvia—. ¿Ya?

[11:12] Lluvia: No vale cogerlos a todos para casa xD

—Mis padres me han dado toda la chapa de si la responsabilidad y lo demás —respondió Valentino, y levantó un pulgar—. Pero las fotos son fantásticas para evadir cualquier problema. Quieren verlos y eso. ¿Ya se pueden hacer, pues eso, visitas importantes?
—Si ya hay que hablar de adopciones, imagino que ya empiezan las vacunas y a… —supuso Silvia—. ¿Cómo era?
—Socializar —la ayudó Pablo con esa voz baja y casi inexistente que a veces ponía.
—Eso es —asintió Lluvia—, están comenzando a socializar.

*[11:15] Lluvia: Danos fotos *3* queremos verlos*
[11:15] Kaiden: no se que hacer la verdad
[11:15] Kaiden: uy fotos vale ahora voy
[11:15] Lluvia: ¿No sabes qué hacer?
[11:16] Lluvia: ¿Por qué?
[11:16] Lluvia: Es fácil
[11:16] Lluvia: Adoptar a Coco y Bruma :D

El chico tardó un par de minutos en responder, el tiempo suficiente para hacer cuatro fotografías de los perros jugando, comiendo o dormitando, como era el caso de Reina.

[11:19] Kaiden: joder rain en serio?
[11:20] Lluvia: claro :O ¿Qué pasa?

Entre tanto, la muchacha enseñó las imágenes a sus amigos.
—¡Mirad!
Y en otra parte, rodeado de cachorros, Kaiden resopló y sacudió la cabeza.
—Joder, Rain —repitió entre dientes, y la idea de tener dos perritos comenzó a dar menos miedo.

Viernes 10 de mayo: Visita sin preaviso

El viernes lloviznaba, lo que era mejor que la intensa lluvia de los días anteriores, pero también bastante molesta. Además, las temperaturas habían bajado. De los más de veinte grados que les había permitido ir en manga corta a todas partes, de pronto habían bajado a menos de quince, y Kaiden se encontró poniéndole a Luka un jersey que empezaba a venirle corto de los brazos.

«Nota para mí mismo», pensó aquella mañana. «Medir al crío».

—Cómo creces, ¿eh, cabroncete? —le dijo, revolviéndole el pelo, y su hermano pequeño sonrió ampliamente.

—*Tha*.

—O igual estás encogiendo.

El niño rio y volvió a asentir. Que dijera que sí a todo formaba parte de su encanto.

A pesar de la llovizna, salieron a comprar después de comer, y a la vuelta se pasaron por la residencia, donde Sandra les aseguró que todo iba perfectamente. El experto seguía estudiando a Océano; el día anterior había visto un cambio en sus corrientes, significara eso lo que significara, pero hoy estaba mejor y sin fiebre.

—O sea —supuso el chico—, que ayer, digamos… él provocó aquel poco de lluvia. ¿No?

—Es una posibilidad —asintió la mujer—. También es posible que estuviera intentando evitarla. No lo sabemos.

—¿Pero se sabe que es cosa del tiempo?

—Kaiden. —Sandra le puso una mano en el hombro—. Todavía no se sabe nada, pero estamos en camino. Es un proceso, ¿de acuerdo?

—Joder.

Se marcharon poco después. Con el arreglo de turnarse para cuidar a Océano, lo cierto es que el tiempo que el chico tenía para ocuparse de la casa se había reducido drásticamente, así que aprovechaba el viernes después de las compras.

Luka estaba pasando el trapo por todas las superficies que alcanzaba, estuviera limpia o no, y Kaiden se ocupaba de los cristales del baño. Eran las once y media, y estaba sonando el timbre.

—Maldita sea —masculló el muchacho en escocés, bajando a trompicones hasta el recibidor y abriendo la puerta sin mirar—. Hostia. Joder. Señor Mendoza.

—Hola a ti también —respondió el hombre, en inglés pero con fuerte acento.

—¿Qué hace aquí?

—Bueno, sabes que vas a recibir visitas sin…

—Ya, ya, ya, sin preaviso, ya lo sé. Me pilla un poco mal. Pase. ¡*Troich*, el señor Mendoza!

Su hermano vino desde el comedor, con los ojos muy abiertos, y saludó sin acercarse demasiado.

—Hola, chico —saludó el supervisor—. Veo que alguien está haciendo la limpieza.

—¿Tiene las manos sucias? —Kaiden echó un vistazo al niño y se le cayó el alma a los pies al verle toda la ropa llena de polvo—. Joder. ¿Qué, has vuelto a intentar limpiar bajo los muebles?

—Noooo…

—*Troich*.

—Vale. *Tha*. *Quero aiutá*.

—Ya lo sé, hijo, ya lo sé. Anda, toca cambiarse. ¿Necesitas ayuda?

—Nooo. Soy *mayó*.

—Ya lo veo.

Luka trotó escaleras arriba. Posiblemente se pondría la camiseta del revés, pero al menos dejaría la ropa sucia en el cubo. Eso lo hacía bastante bien.

—Lo siento, estamos de limpieza —suspiró—. Eh, a ver…

—¿Por qué no te echo una mano mientras me cuentas qué tal todo? —propuso él.

—¿Qué? No. Sí, hombre. No va a venir a limpiar.

—Créeme, en mi casa limpio bastante a menudo.

Inseguro, el muchacho encogió un hombro, pero no era tonto del todo, y si le ofrecían ayuda, la aceptaba.

—Vale. ¿Cree que puede acabar con los espejos mientras limpio la bañera?

—Claro.

Mientras le enseñaba las cosas y lo llevaba al baño, el hombre se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa. Se pusieron a limpiar, y Kaiden se sorprendió con unos minutos de silencio. Después Luka se asomó, mirándolos con sorpresa.

—¿Papa?

—Dime, *troich*.

—He *oldenado mi* cuarto.

—Joder, muy bien.

—¿*Podo* hablar con Yves?

—Claro, el señor Mendoza me ayuda. Anda, largo.

El niño se acercó para darle un fuerte beso en la mejilla y luego trotó hasta su habitación.

—Están con una especie de proyecto secreto o algo —le explicó al supervisor—. Yves me dijo… A ver cómo era. Algo así como que tiene un encargo de los dirigentes tecnológicos, sean quienes sean, no sé, y está aprovechando para entrenar a Luka mientras lo ayuda. Todavía no sé de qué es el encargo. Dice que es una sorpresa. Lo dice Luka, no Yves. Claro que Yves sigue el juego. Pero no es nada peligroso, seguro, quiero decir que…

—Sé que es su maestro —respondió el hombre al verlo cada vez más apurado—. Un tema interesante, el de los tecnópatas. Me informé un poco al respecto antes de venir a conoceros. Aparte de Luka y de Ahti, cuyo caso es francamente especial…

—Joder, y tanto.

— … solo hay tres otras personas con esta habilidad que estén asociadas con Santuario. Es una habilidad muy rara.

—Qué me vas a contar. Perdón.

El supervisor sonrió de medio lado.

—Bueno, y aparte del misterio proyecto de tu hermano, ¿cómo van las cosas?

—Pues bien. A ver. —Kaiden titubeó—. Ya que ha venido, pues me gustaría hablar con usted. O sea, hablaría con Charles, pero es que no está, y de todos modos usted es mi supervisor y también querría comentarlo.

—Esta es una buena oportunidad.

Así que, mientras limpiaban, el muchacho le habló de los perros. Se había estado informando sobre adiestramiento canino, explicó, tanto en su tiempo libre como en el trabajo, preguntando a Sandra y a Héctor sobre el tema, y había empezado a poner en práctica algunas cosas con los cachorros, por pequeños que fueran.

—He echado las cuentas —continuó cuando cambiaron de habitación y fueron a limpiar el cuarto de invitados—. En cuanto a números, nos lo podemos permitir. Vale, ayuda el hecho de que en el establo me van a conseguir un buen precio por el pienso, precio de trabajador o alguna chorrada así, vamos, que me lo rebajan porque sí, pero no voy a decir que no. El veterinario también tiene unos precios razonables, y, salvo una emergencia que espero no tener, las revisiones anuales y los antiparásitos entran en el presupuesto, y holgadamente. Además, de las vacunas iniciales se encarga el establo, también, así que tampoco tengo que pensar en eso.

»Lo que más me preocupa es el nivel de tiempo, y eso no es algo que pueda calcular, ¿no? Porque cada perro tiene sus necesidades, sus niveles de energía y todo eso. Pero lo tengo pensado. Vale, a partir de septiembre pasarán mucho tiempo solos, pero si llego a las seis o así del colegio, vengo, y nos vamos a pasear, no sé, una hora. Recojo a Luka de la guardería, bueno, de la residencia, volvemos con los perros. Cenas, duchas, y el crío a la cama, y puedo jugar un rato con ellos antes de ir a acostarme yo también. Y como no duermo mucho, me levanto temprano, a las cinco o así, y los saco a pasear otra vez, y a las siete estamos Luka y yo de nuevo en la residencia.

El señor Mendoza lo escuchaba sin interrumpir, y cuando Kaiden se quedó callado, expectante, el hombre todavía se tomó un minuto para responder.

—¿Has pensado en pedir ayuda a un vecino, un amigo… alguien de la residencia, tal vez? —preguntó—. Alguien que venga a sacarlos un rato.

—Sí, pero no.

—O tal vez llevarlos a la residencia cuando cojas el autobús, para que la señora Aldana los lleve al establo, donde podrán hacer ejercicio a placer.

Kaiden se quedó callado.

—No —confesó—. No se me había ocurrido. Joder. Esa es buena. Quizá en verano podamos enseñarles, no sé, a ayudar, incluso. Han pasado semanas ahí, o sea que les gustará el sitio. Joder. ¿Y se puede? O sea…

—Lo que quieres preguntarme es si eso es hacer trampa.

—Ya, sí, supongo.

—Mira, Kaiden. En primer lugar, tu independencia no es igual a tu capacidad para no necesitar nada de nadie en ningún momento del resto de tu vida. Tenlo en cuenta. En segundo lugar, tu evaluación hasta ahora es positiva, y no veo por qué iba a cambiar por dejar a tu perro… o tus perros… con un adulto disponible mientras estás en clase. Y en tercer lugar, chico, eres el único que puede tomar esta decisión. ¿Quieres a esos perros?

—Más de lo que debería, seguro.

—¿Consideras que vas a tenerlos bien cuidados y atendidos?

—Yo… Creo… que sí. Es decir, dos no suponen una diferencia tan grande con uno, y puedo ocuparme de uno, lo tengo claro. Además, tiene muchos beneficios para el pequeñajo, como el desarrollo de la responsabilidad, el compañero de juegos, y además hay estudios, bueno, Yves dice que hay estudios indicando que la presencia de uno o varios animales en casa ayuda al sistema inmunológico de los niños.

—Kaiden.

—¿Sí?

—No necesitas mi permiso ni mi bendición, pero si tanto empeño tienes, sí, creo que puedes, e incluso es una buena idea, adoptar a los dos perros.

—Joder. Gracias.

Sábado 11 de mayo: Sábado de afirmación

Sandra conocía a las familias de Valentino, Silvia y Pablo; de hecho, una de sus mejores amigas era Irati, la madre del más tímido de los chicos, con quien había forjado una buena amistad durante su adolescencia en Valencia, y después habían mantenido el contacto vía Invisibilia hasta descubrir que sus hijos iban al mismo colegio.

No obstante, llevaba tiempo sin ver a la mayoría de aquellas personas, de modo que el «sábado de afirmación», como lo había llamado para sus adentros, le parecía una oportunidad estupenda no solo para que los padres conocieran a los cachorros que tarde o temprano iban a unirse a sus familias, sino para verlos y charlar con ellos cara a cara.

«¡Dios!», pensó, divertida, con Océano en brazos y los chicos haciendo las pertinentes presentaciones en la cuadra. «Qué vidas tenemos, que nunca hay tiempo para tomar un café con los amigos».

—Tengo que admitirlo —confesó Irati, mirando con afecto al grupo de muchachos con sus cachorros, hablando con padres, madres y hermanos, buscando terminar de convencer a los más escépticos—. Son adorables, pero sigo sin estar segura del todo.

—Bueno, es una responsabilidad, pero Pablo es un chico responsable, ¿no es verdad? —repuso Sandra.

—Tú estás del lado de los niños, ¿verdad que sí?

—Y a mucha honra. —La mujer rio, acariciando distraídamente la espalda a su hijo pequeño —. No creo que ninguno estuviéramos buscando un cachorro, pero, sinceramente, creo que es bueno para todos.

—En especial para tu adoptado.

—Irati…

Su amiga sacudió la cabeza.

—Lo sé, lo siento —se disculpó con gesto cansado y un suspiro—. Lo confieso, me dio un poco de reparo cuando oí cosas sobre este asunto. Cosas que, por cierto, no me dijiste tú.

—No me parecía importante.

—Sandra, por favor.

—Irati, lo digo en serio. Lo que menos me preocupa de estos dos chicos es el pasado del que vienen. Míralos, por favor. Solo míralos.

Sandra sabía que mucha gente tendría prejuicios hacia Kaiden. Incluso sin anunciar a bombo y platillo que sus padres biológicos *eran* templarios, se sabía. Que los amigos de Lluvia hubieran estado dispuestos a conocerlo antes sería una gran ayuda cuando comenzara el instituto.

También aquel día era algo bueno para Kaiden. No solo por el tema de las adopciones, sino porque los preocupados padres podían observar y darse cuenta de que era un buen chico.

—No, lo sé —suspiró su amiga—. Ya lo sé. Pablo dice todo cosas buenas. Supongo que me esperaba algo diferente. Es difícil imaginar de dónde vienen. Es solo…

Irati apretó los labios y suspiró. Sandra se cambió a Océano de lado y usó una mano para acariciarle el hombro a la mujer.

—¿Es por tus hermanos? —preguntó con afecto.

—Más por mi madre —respondió ella—. Se niega rotundamente a abandonar su casa, no importa cuántas veces le digamos que…

Se le trabó la voz y le tembló el aliento. Sandra sabía que estaba pasando por un momento difícil: hacía tres meses que la guarda había detectado un movimiento inusual en la iglesia de San Pedro de Ariznoa, a apenas diez minutos de la casa donde Irati había nacido y pasado su infancia, y donde ahora volvía a vivir su madre y dos de sus cuatro hermanos.

Por supuesto, uno no detectaba templarios a simple vista. Se movían entre ellos, eran vecinos y amigos, a veces, hasta que era demasiado tarde. Quizá por eso daban tanto miedo. Y quizá por eso, también, Irati estaba tan angustiada: porque había *algo* cerca de la casa de su madre, y ese *algo* era difícil de ver venir.

Sandra pensó en el modo en que Kaiden había detectado aquel templario en Carcassonne. La guarda no había notado nada, así que posiblemente solo estaba de visita en un templo importante, pero de todos modos había sido una llamada de atención.

Por primera vez, la mujer dejó que se formara aquel pensamiento, un tanto egoísta: ojalá se uniera a la guarda. No ahora, naturalmente, pero al crecer…

—Conoce los riesgos —supuso Sandra, volviendo a centrar su atención en su amiga.

—Claro que los conoce. Mi padre era guarda, sabe cómo trabajan, y que, cuando hay sospechas de algo…

—Es que lo hay. Lo sé.

—Tengo miedo por ella, Sandra. Y por mis hermanos. Tienen que salir de ahí.

—Lo sé. Sería lo más prudente.

—Así que igual estoy siendo prejuiciosa con tu chico. Es un tema que me pone los pelos de punta, con todo lo que está pasando.

—Bueno. ¿Te sigue poniendo los pelos de punta?

Sandra hizo un elocuente gesto hacia los muchachos. Kaiden tenía expresión resignada y un cachorro sobre la cabeza; Valentino se reía a mandíbula batiente, seguido por su hermano mayor, y Luka, divertido, se tiró sobre él para recibir un abrazo.

—No, la verdad —aceptó Irati—. Es buena gente, como dice Pablo. Y sé que no lo querrías tanto, ya sabes, si no lo fuera.

—¿Crees que puedes compartir tu opinión con otras madres y padres preocupados, de cara a septiembre?

—Oh, claro que sí. De hecho, espera. —La mujer sacó la pesada cámara que llevaba colgada al hombro—. Voy a llevar pruebas.

Cuando Irati se puso a grabar, Sandra tuvo un momento de inspiración y le hizo un gesto elocuente a su hija, señalando a su amiga.

}.{

Siguiendo el gesto que le hacía su madre, Lluvia vio que Irati había comenzado a grabar. Eso no era extraño: era el equivalente Santuario de un periodista, y solía ir con la cámara encima para documentar… bueno, casi de todo.

—Kai —llamó, sonriendo, y su novio cogió delicadamente a Bruma, que llevaba un rato descansando en su cabeza, y lo dejó en el suelo antes de mirarla.

Ella se tocó los labios con un dedo en un gesto tan elocuente como lo había sido el de su madre, y después cerró los ojos. No le hizo falta mirar para ver que Kaiden se ponía rojo, porque se conocía sus reacciones al dedillo. En seguida, el chico le acarició la mejilla y le dio el beso que estaba pidiendo, con suavidad, con ternura y con familiaridad.

Un segundo después, hubo un silbido y unas risillas burlonas, y el chico se apartó rodando la mirada, resoplando y levantándole un dedo a Valentino, que se echó a reír. Entonces vio la

cámara, y se le pusieron las orejas rojas como tomates.

Martes 14 de mayo: ¿Cómo lo preguntas?

—Tengo una pregunta muy seria que hacerte —le dijo Kaiden a su novia aquella tarde de martes cuando subió unas galletas y té para comer algo antes de la cena.

Lluvia alzó las cejas, curiosa, y preguntó:

—Claro, ¿qué es?

—A ver. Resulta que hace un rato va y aparece el supervisor. Otra vez. Aquí. Porque sabe que me ocupo de Océano a mediodía y eso.

—¿Ajá?

—Entonces le digo que se quede a comer y tal… No me disgusta tanto el hombre. Total, que estamos a medias cuando le suena el teléfono, mira y dice que es una emergencia y tiene que irse.

El chico se sentó junto a ella, pasándole una galleta. Su novia la aceptó y comenzó a mordisquearla, todavía sin entender el quid de la cuestión.

—¿Sí…? —Lo instó a seguir.

—Pues que coge y… desaparece. —Kaiden sacudió la cabeza—. Así, pum, se pone de pie, sonríe y desaparece. Ya no está. Aire.

—Claro, ya te lo dijo, tenía algo más urgente que hacer.

—Sí, claro, pero no. O sea… Desapareció. Ahí mismo. —El chico rodó la mirada—. No sé por qué insisto. Que alguien se teletransporte en tus narices debe ser normal para ti, pero yo no lo había visto nunca.

—Debía ser muy urgente para que lo hiciera —asintió Lluvia, ladeando la cabeza—. Pero es otra clase de habilidad, sí.

—Ya, ya, lo veo, vale. Mi pregunta es… A ver. Yo no lo sabía, ¿no? Así que… ¿Cómo se supone que le pregunto a alguien cuál es su habilidad, sin que parezca que me meto donde no me llaman?

—Pues de la misma manera en que preguntas la edad, la sexualidad o el género. —Su novia, era evidente, no lo estaba entendiendo—. O simplemente observando.

—Rain, en la vida le he preguntado a nadie por su sexualidad, no es asunto mío.

—Ah, pues yo sí. Así puedo ayudarles a encontrar pareja, o hablar de alguien que pueda interesarles.

El muchacho sacudió la cabeza, entre frustrado y divertido.

—O sea que en una conversación casual con un desconocido, puedo introducir un… «Oye, por cierto, ¿y tú qué habilidad tienes?».

—Pues claro, ¿por qué no? Yo te dije la mía.

—Ya, pero…

No llegó a insistir con lo raro que le resultaba hacer aquella pregunta que parecía tan personal: se oyó la puerta al abrirse, y Kaiden frunció el ceño, mirando la hora. Eran apenas las seis y media.

—Qué pronto —masculló, levantándose—. ¿Sandra?

Su novia se puso en pie para recibir a su madre, terminándose la galleta por el camino. No obstante, quien entró en el semi apartamento no era ella.

—Hola, mi niña —saludó Charles.

—¡Papi!

Lluvia corrió a abrazarlo con fuerza, y él, riendo, la estrechó antes incluso de soltar la maleta. A Kaiden le gustaba verlos juntos. Con el corazón encogido, fue a coger a Océano, que estaba en el moisés con los ojos bien abiertos, y se acercó cautelosamente mientras oía a su novia:

—¿Cómo estás? ¿Cómo ha ido? ¿Estás cansado? ¿Quieres un té? ¿Galletas?

—Estoy bien —rio su padre—. Me alegro mucho de verte, cariño. A todos —matizó, mirando también a los demás—. Estoy bien. Sí, cansado. Me gustaría un té. Tu madre no está, ¿verdad?

—Llegará sobre las ocho o así —explicó Kaiden—. No sabíamos que venías.

—Quería daros una sorpresa.

Sonriendo ampliamente, Lluvia dijo:

—Y lo has hecho. Vamos, siéntate —indicó, señalando el salón—. Ponte cómodo, yo me hago cargo de tu maleta.

—Por Dios, debería irme más a menudo —rio el hombre, evidentemente en broma.

—Yo me ocupo —repuso el muchacho, y dejó el niño en brazos de su padre—. Solo es ponerlo a lavar, ¿no? Tú siéntate con él, anda, Rain.

—¿Qué? No —replicó ella, frunciendo los labios—. Ponle un té a papá, y galletas. Yo hago eso, no tardaré nada, y así además aprovecho para prepararle un baño.

—Chicos… —rio el hombre, sacudiendo la cabeza.

—Tú a sentarte y a disfrutar del descanso —insistió su hija, y luego apoyó las manos en la espalda de Kaiden, que suspiró—. Y tú a servirle té.

—Vale, vale…

Rendido, el muchacho fue con Charles de vuelta al salón, donde Luka, sonriendo ampliamente, corrió a recibir al hombre con un abrazo. Eso, pensó el chico, también le gustaba mucho.

—Siéntate, o tu hija me mata —dijo Kaiden, haciendo reír al empático.

—Tiene carácter, ¿eh? —respondió, encantado, y se sentó—. Ah, es un alivio estar en casa.

—Ha sido un viaje… bueno, rápido, ¿no?

—Bastante, dadas las circunstancias. El chico fue muy receptivo a hablar, e influencié… muy poco. Necesitaba que lo escucharan, y sus padres… Bueno, no estaban por la labor. Ah, gracias.

El hombre aceptó el té y suspiró al tomárselo. Era posible que no se hubiera relajado en serio desde que se marchó. Kaiden no insistió para que hablara.

Entre tanto, Lluvia se había ocupado de la colada y de preparar el baño, y regresó unos minutos después.

—¿Cómo vais? —preguntó.

—Tu padre está a punto de quedarse frito —respondió el muchacho.

—Eso no es verdad —replicó el hombre, riendo.

—Entonces es buen momento para tomar un baño —rio la chica—. Ya te lo he preparado todo. Anda, ve.

—¿Qué haría sin mis chicos? Está bien. Prefiero parecer una persona normal cuando llegue vuestra madre.

Charles se levantó, dejando el té a medio tomar sobre la mesa, revolvió el pelo de varias cabezas y después se fue al baño. Un tanto azorado, Kaiden esperó unos momentos y masculló:

—¿La madre de quién?

—Nuestra —respondió Lluvia con completa sencillez, alzando las cejas—. Tuya, mía… de Luka no, pero de Océano sí.

—Joder, Rain. Al menos admites que la madre del *troich* eres tú, ¿eh?

Con una sonrisa encantada, el pequeño rodó en el sofá para apoyar la cabeza en el regazo de la muchacha.

Martes 14 de mayo: Santino

Sandra estuvo extasiada de ver a su marido por sorpresa, y muy orgullosa de ver que sus chicos —todos ellos— lo habían obligado a descansar y ponerse cómodo. Aunque era martes, Luka y Kaiden se quedaron a dormir, y escucharon las anécdotas de Charles, que les habló del chico italiano.

—Al final, su familia no pudo aceptarlo —explicó con pena—. El pobre muchacho lo intentó, pero su madre tuvo una crisis nerviosa y llamó a un exorcista.

—Pobrecillo —suspiró su esposa.

—Sí. El tema me preocupaba, así que llamé a Kaiden. —El hombre le dedicó una sonrisa y le palmeó la rodilla—. Santino tuvo que elegir si quedarse y afrontar las consecuencias, fueran cuales fueran, o ponerse a salvo… sin sus padres.

—¿Y? —preguntó el muchacho.

—Ahora está en una casa de acogida, y está bien. Triste, pero aceptando su nueva situación. Se mudará a Francia en junio.

—¿Qué idiomas sabe? —preguntó Lluvia con curiosidad, siempre la más pragmática y bienintencionada—. Tal vez podamos escribirle para que no se sienta solo. Kai podría apoyarlo, sabe lo que se siente.

—Joder, Rain —masculló el muchacho, y Charles se echó a reír.

—Santino se defiende bastante bien con el inglés —aseguró—, así que sería posible que contactarais con él, si queréis.

—Vamos, Kai, tienes contacto con Michael, y a este chico seguro que le vendrá muy bien tu apoyo. ¿Qué? ¿No quieres?

Kaiden, por supuesto, quería, no porque significara nada para él, o porque necesitara contacto con nadie más, sino porque, como Lluvia había dicho, sabía lo que se sentía. Sus padres también lo habían rechazado, en cierto modo, y había perdido a su familia. Que el muchacho fuera nuevo en Santuario y no tuviera ni idea de lo que eran los Templarios también era un plus.

—Bueno —aceptó, encogiéndose de hombros—. Pero, no sé, que diga él si quiere o algo.

—Tú puedes hablarle, él siempre tiene la opción de no responder. ¿Tú crees que lo pensé mucho cuando quise hablar contigo?

—No. Siempre pensé que Charles te lo había pedido.

La chica lo miró con una ceja alzada.

—¿En serio? —replicó—. ¿Crees que mi padre me habría pedido eso? ¿Que me habría forzado?

—¡No, joder! —respondió Kaiden, escandalizado—. Claro que no. Pero pensé que te habría dicho que, eso, que había un chaval de tu edad y si te apetecía saludar, que el viaje era muy largo.

—Pues no, te hablé porque me dio la gana.

Lluvia le apretó la nariz con un dedo. Resoplando, el muchacho le cogió la mano, se la llevó a los labios, y después la besó en la boca.

—Vale, vale.

Sonriendo, ella lo correspondió.

—Así que tenemos esa opción abierta con este chico, si quieres —insistió, y Kaiden suspiró

y miró a Charles.

—Díselo —le pidió—. Y si le apetece… pues bueno. Supongo que le vendrá bien una mano amiga o dos.

}.{

A casi dos mil kilómetros de Liétor, Santino, de dieciséis años, miraba el techo desconocido de la casa de acogida. Tenía hambre, pero le daba vergüenza levantarse y pedir algo de comer.

Giraba el teléfono entre sus dedos. Le daba tres vueltas y entonces encendía la pantalla y miraba aquella aplicación extraña, nueva, aquel contacto con un mundo que parecía salido de una novela de fantasía.

Santuario. Poderes. Brujas. *Angeline*.

Abrió la conversación con su amiga, la única que tenía. Angeline, que siempre había sido bruja… de verdad. En realidad, nunca lo había engañado; cuando fue el momento, lo introdujo a la verdadera *realidad* de su vida. Le habló de su gente, de su poder. De Santuario, otra vez.

Aquel mundo no le resultaba ajeno. Lo conocía desde hacía más de un año. Pero nunca había sido *suyo*.

Saltó una notificación sin sonido. Carlos Aldana. El estómago se le encogió. Santino retrocedió en la aplicación, buscó el chat con el hombre y vio el nuevo mensaje.

[21:46] Carlos: ¿Cómo te va?

Con muchas dudas y dedos torpes, el muchacho tecleó la respuesta. No era fácil escribir con el teléfono.

[21:49] Santino: estoy bien, en cama
[21:49] Carlos: ¿Es así? Entonces no te molestaré
[21:50] Carlos: Mañana me gustaría presentarte a un par de personas
[21:50] Carlos: ¿Está bien?
[21:52] Santino: a quien?
[21:52] Carlos: Mis chicos, ya te he hablado de ellos, ¿verdad?
[21:52] Carlos: Hemos pensado que puede venirte bien
[21:53] Carlos: Solo si quieres, naturalmente

Santino titubeó. Suspiró, apagando la pantalla, y volvió a mirar al techo. Sí, le había hablado de sus chicos. Su hija, y también un acogido, como él. Se preguntó si también tenía un poder que lo asustaba.

Se miró la mano, extendiendo los dedos, y no vio nada raro. Pero lo había. Quemaba cosas. Parpadeó con lentitud, cansado y asustado, pero más tranquilo que antes. Más, desde luego, que cuando su madre lo miró con los ojos desorbitados y las mejillas blancas de pavor. Más, sin duda, que cuando le dijo que vendría un sacerdote.

Santino sabía que había mucho más que un exorcismo que no funcionaría. No estaba poseído, por Dios. Pero el hombre se había preocupado mucho, y el chico pensó que si alguien como él estaba tan asustado, más le valía ponerse a salvo.

Ahora estaba a salvo. Y seguiría estándolo, primero allí, en Trieste, y después, muy pronto, con Angeline. Suspirando de nuevo, volvió a coger el teléfono. Cansado a niveles que no deberían afectar a un chico de dieciséis años, respondió:

[21:58] Santino: vale

Viernes 17 de mayo: Indicaciones

A la mañana siguiente, los chicos tenían el contacto de Santino. Kaiden titubeó durante un rato, preguntándose qué acercamiento era más apropiado. Al final, no obstante, le escribió:

[11:46] Kaiden: Sé que Carlos te ha hablado un poco de mí, y que te ha preguntado si te apetece que contactemos contigo. Sabes que soy, como tú, un huérfano metido en el sistema de Santuario. Estuve en casa de acogida y todo, y, bueno, mi situación fue complicada. Por lo menos tenía a mi hermano pequeño, pero aun así, no es fácil. Si quieres hablar de ello, comparar experiencias, o, no sé, quejarte de tus padres de acogida… pues te escucho. Yo también tengo quejas y experiencias que compartir si quieres oírlas.

Santino era evidentemente un chico tímido, pero estaba claro que Lluvia tenía razón: le venía bien hablar. Puede que lo hiciera poco, con cierta torpeza, pero conocer a Kaiden le hacía bien para entender su situación en un mundo que le resultaba tan raro.

Además, qué demonios, pensó el muchacho aquella mañana mientras revisaba el teléfono. A él también le gustaba. Explicarle a Santino lo que sabía sobre las residencias o la educación en Santuario hizo que se diera cuenta de sus propias carencias, y comenzó a anotar preguntas para hacerle a su novia, o a Charles, o a Sandra.

Ahora era consciente de que no solo había colegios e institutos: también tenían escuelas para adultos, universidades propias —si bien escasas—, y academias especiales. Y que —aquello sí lo sabía— lo más normal era trabajar dentro del propio Santuario, pero uno podía optar por no hacerlo.

—Hola, perdón.

Luka le apretó la mano, y Kaiden alzó bruscamente la mirada. El chico miró con recelo a la pareja, pero en seguida determinó que no eran una amenaza. Rondarían los cuarenta o cincuenta años, eran dos hombres, y llevaban mochilas, un mapa y también una guía.

—Lo siento —se disculpó uno de ellos con una sonrisa—. No nos aclaramos con el mapa.

—Te dije que era una mala idea —refunfuñó el otro.

—Oh, cállate, Bernardo, de verdad. Perdona. ¿Crees que podrías orientarnos?

Toda la conversación fluía en español, y Kaiden tuvo que hacer un esfuerzo para seguirla. No obstante, no era muy complicada.

—Puedo intentar —respondió.

Evidentemente, los hombres detectaron su extraño acento.

—Ay, ¿también estás de turismo? —preguntó el primero.

—No, no, yo vivir… vivo aquí —respondió el chico—. Soy, estoy aprendiendo.

—¡Qué bonito! Es un pueblo precioso, ¿verdad? ¿De dónde eres?

—Estados Unidos.

—¿De verdad? Qué interesante.

Antes de que intentaran preguntarle nada más, Kaiden hizo un gesto hacia el mapa.

—¿Puedo ayudar? —preguntó.

—Ay, sí, si puedes darnos indicaciones sería estupendo. ¿Sabes llegar adonde las momias?

—Convento de San Juan, sí. *Let's see…*

Unos minutos después, Juan y Bernardo —se habían presentado con confianza— se alejaban

calle arriba, satisfechos con las indicaciones. El modo en que se movían el uno hacia el otro, cómo se tocaban la mano y se lanzaban miradas, era un indicativo de su relación.

El chico sacudió la cabeza y miró a su hermano.

—¿Qué te parece, *troich*? —le dijo—. Hemos dado indicaciones, y en español. Figúrate.

—*Mu* bien, papa —respondió el niño con orgullo, abrazándolo.

}.{

Aquella tarde de viernes, mientras sus padres charlaban en la cocina, Luka trabajaba con Yves y Ahti en la tablet.

Su maestro se lo presentaba como un juego y un reto, y le servía para practicar su poder, aprender cosas nuevas y relacionarse con las dos únicas personas a las que se sentía conectado, aparte de su familia. No obstante, no dejaba de ser un trabajo, un proyecto que los superiores de Yves le habían propuesto, y que este estaba utilizando para ejercitar a «sus tecnópatas favoritos».

Luka no sabía ni cuánto más podía practicar Ahti, que había sido un niño como él y ahora era un programa en lo que llamaban «plano digital», ni tampoco quiénes eran los superiores de Yves, pero el proyecto le parecía maravilloso. Sería estupendo cuando lo terminaran.

Su trabajo, por ahora, pasaba por leer. En la pantalla había letras y símbolos, pero no era en español ni en inglés; por eso lo leía con soltura, porque en realidad no era un lenguaje *humano*. Aquel idioma era el código más elemental del plano digital, un código que para él resultaba tan claro como si hubiera nacido con él.

Quizá lo había hecho. De nacer, no se acordaba.

—Luka —lo llamó Ahti desde el auricular que llevaba al oído.

—Uy. —El niño parpadeó varias veces, notando los ojos secos, y rio—. *Pedón*.

A veces se concentraba tanto que se le olvidaba parpadear. También se le olvidaría comer, suponía, si su padre no se asegurara de llamarlo a horas regulares. Luka sabía que lo vigilaba a veces por detrás, sin entender nada de lo que hacía, pero cuidando de que estuviera bien. No era consciente —todavía— del modo en que su trabajo podía absorberlo, pero Kaiden sí.

Musitó una exclamación en gaélico, palpó la pantalla dos veces, y la sección del código se amplió para eliminar las molestias. Pasó el dedo y editó la línea, una redundancia innecesaria que provocaría un error en determinadas circunstancias.

No sabía cómo lo sabía. Buena parte de lo que conocía sobre el código y su funcionamiento le venía por instinto. Lo que quedaba, lo aprendía de Yves y Ahti. Y le encantaba aprender, y leer, y ahondar en el código, y jugar con las luces y con la tablet y el televisor.

Pero no importaba lo que estuviera haciendo: cuando sus padres llamaban, él respondía, como en aquel momento, cuando su madre se acercó, diciendo su nombre antes de revolverle el pelo. Luka la miró con una gran sonrisa.

—Hola —saludó el pequeño en español.

—¿Qué te parece si comemos un poco? —sonrió Lluvia—. Y pasamos un rato juntos, no sé, ¿viendo la tele?

Con las prioridades muy claras, el niño respondió:

—Vale. —Se giró hacia la tablet—. Adiós.

—Hasta mañana, peque —rio Yves a través del pequeño altavoz.

Miércoles 22 de mayo: Secretito

El miércoles por la tarde, Kaiden parecía un poco nervioso. Era normal en él moverse y hacer cosas todo el tiempo, pero Lluvia lo conocía suficiente para saber que había algo más.

—No —negó con sencillez, encogiendo un hombro mientras fregaba los platos—. Nada de lo que preocuparse. He hablado esta mañana con el supervisor y todo bien, he hablado con Santino y todo bien, y con Mike y todo bien, los perros están bien, Sombra está bien. Todo está bien.

—¿Entonces qué te pasa, culo inquieto? —replicó ella, alzando una ceja y tocándole el costado.

—Te lo diré luego. Esto ya está. ¿Lista para coger la bici?

—¿Secretitos? —Lluvia levantó ambas cejas esta vez, ladeando la cabeza—. Me comeré la cabeza pensando qué puede ser. Pero sí, claro, a la bici. Me dejo llevar.

Kaiden la miró de medio lado, con una leve sonrisa en una de sus comisuras. Oh, algo estaba pensando. El chico le dio un rápido beso en la mejilla y salió de la cocina.

—¿*Troich*? ¿Está Yves?

—¡*Tha*!

—Vale. ¿Yves?

—Aquí estoy, Kaiden.

La voz de la inteligencia artificial sonaba serena y afable como de costumbre, ligeramente distorsionada por los altavoces de la tablet. Preguntándose qué se estaba perdiendo, Lluvia siguió a su novio, que se inclinaba para besar la cabeza de su hermano… su hijo, o ambas cosas.

—Yves, vigila al crío, ¿vale? —pidió—. Yo llevo a Rain y vuelvo enseguida.

—Fíjate, Luka, nos dejan solos —respondió la voz en los altavoces—. ¿Deberíamos desmelenarnos?

—No te atrevas —resopló Kaiden—. Ya vuelvo, ¿vale, *troich*?

—Vale.

—Ah, pero… —musitó Lluvia, sacudiendo la cabeza—. Puedo… Puedo ir sola, no te preocupes. No me gusta la idea de dejar a Luka solo por casa, por muy bien acompañado que esté.

—Está enganchado con su trabajo, y sabe que hay que plegar en cuanto yo llegue, ¿verdad? —respondió Kaiden.

—*Tha*.

—No pasa nada. —El chico se inclinó y besó a su novia en los labios, suavemente—. Me encanta lo mucho que te preocupas.

—Creo que es lo normal —repuso la muchacha, apretándole las mejillas—. ¿Seguro que quieres venir? Puedo ir, no me va a pasar nada.

—Claro. Son solo unos minutos. Vamos.

Kaiden revolvió el pelo de Luka, que sonrió ampliamente, y después fue hacia el recibidor. Cogió las llaves y la cartera, que siempre llevaba cuando salía, y luego abrió la puerta para cederle el paso a su novia.

—Oh, gracias, caballero —rio ella, acariciándole el mentón al pasar.

—A vuestros pies, princesa —respondió él, muy serio, y después cerró para ir a por la bicicleta… pero la chica se quedó atrás, mirándolo con los ojos desorbitados y las mejillas rojas

—. ¿Qué? ¿Qué pasa?

—Repítelo —dijo Lluvia, acercándose—. Vuelve a tratarme como una princesa.

Él la observó, entre sorprendido y curioso.

—Um… —Un poco turbado, buscó las palabras—. ¿Me… haríais el honor de viajar conmigo esta noche, mi princesa?

La muchacha se estremeció por completo, y una amplia sonrisa floreció en sus labios.

—Sí —respondió—. Sí, te lo concedo.

Ella le tendió la mano, y Kaiden, con un brillo divertido en los ojos, se la tomó, haciendo una profunda reverencia para besarla en los nudillos. A Lluvia se le escapó un soñador suspiro.

—Te queda tan bien el papel de caballero… —musitó.

—Pensaba que era más bien el bárbaro *highlander* —repuso él, encogiendo un hombro, y montó en la bicicleta para dejarle sitio detrás.

—No, para nada —replicó la chica, y subió tras su novio, cogiéndose a su cintura—. Eres el caballero perfecto con armadura brillante.

—Joder, Rain. Te gusta ponerme nervioso.

—Sí, pero no es lo que buscaba ahora. Solo dije lo que pienso.

—Siempre has pensado cosas buenas sobre mí. Todavía me atonta. Agárrate.

Kaiden se dio impulso y comenzó a pedalear. Aunque en febrero no sabía montar en bicicleta, ahora lo hacía como si hubiera nacido sobre ella. Lo mismo había pasado con los caballos: ahora cabalgaba con la misma soltura que un jinete con años de experiencia.

—Te diría que son ojos de enamorada, pero todo el mundo ve que eres un buen chico, así que digamos… que son ambas cosas. —Lluvia apoyó la mejilla en su espalda, y suspiró—: Calentito.

El chico respiró hondo. Le acarició brevemente la mano, pero después volvió a coger el manillar con las dos, manejándolo con cuidado. En pocos minutos ya estaban en la puerta de la residencia. El viaje se hacía corto, y había ayudado mucho a que tuvieran más tiempo para ellos.

Kaiden se detuvo y plantó los pies en el suelo, pero su novia hundió la cara en su espalda, negándose a dejarlo escapar.

—No quiero bajar —sentenció, y lo notó resoplar entre sus brazos.

—Ya, bueno, ni yo quiero que bajes —respondió—, pero tienes que dormir.

—Lo sé. —Con cierta decepción, Lluvia dejó la bicicleta y se acercó de nuevo para besar al chico en los labios—. Ten cuidado a la vuelta.

—Mhmm. —Él le devolvió el beso, la tomó de la mano y la miró a los ojos—. ¿Rain?

—¿Sí? —sonrió ella.

—El sábado hay un plan nuevo. No voy a decirte cuál es, pero para que lo sepas.

—¿Forma parte del secretito? ¿O *es* el secretito?

—Es.

—Entiendo… Intentaré no darle mucha vuelta.

—Vale. —Kaiden la besó de nuevo—. Ahora vete adentro. Hasta mañana.

Sábado 25 de mayo: Coqueta

Lluvia cumplió con su palabra: no pensó demasiado en aquel pequeño secreto. Pasaron los días, y el sábado, como el resto de sábados, fueron temprano a la residencia para desayunar con sus padres… salvo que en esta ocasión, Sandra, con una sonrisa guasona, se inclinó para decirle a su hija al oído:

—Igual te interesa cambiarte y ponerte algo coqueto. Solo es una idea.

—Sandra —masculló Kaiden, que la había oído.

«Oh, espera», pensó Lluvia, abriendo mucho los ojos. «¿¡Vamos a tener una cita!?».

Como en las novelas, entendió, porque, de lo contrario, ¿para qué ponerse coqueta? Así que asintió.

—Tomo nota, voy a ello.

Sonrió, pensando ya en una falda. Había descubierto recientemente que a su novio le gustaba mucho cuando las llevaba. Era un pequeño fetiche, por lo visto, uno que no le importaba cumplirle muy a menudo.

Hablando de su novio… Pensándolo mejor, la chica se levantó y se puso frente a Kaiden, tendiéndole las manos.

—Vamos a hacer una cosa, ¿te parece? —dijo.

—Um… vale —respondió él, cogiéndoselas—. Pero no hace falta que te cambies. En serio. Estás guapa.

—Vas a elegir tú mi ropa —anunció la chica—. ¿Qué te parece?

—Que no tengo ni idea de ropa, Rain, por Dios.

—Es tu secreto, así que tú escoges cómo debo ir, y no, no vale lo que llevo ahora. Piensa qué te gustaría verme puesto, y otro día puedo elegir ropa para ti.

—Joder.

Pero Kaiden se dejó llevar hasta el semi-apartamento y al dormitorio de la chica, y, viéndose inundado por la ropa femenina, le pidió a Yves el pronóstico del tiempo —media de 22º— y eligió, con cierto reparo, una falda marrón por las rodillas y una camisa de manga tres cuartos, lo bastante fresca para un día de finales de primavera, pero que podía acompañarse de una delgada chaqueta.

—¿Vale? —musitó.

Su novia alzó los pulgares, sonriendo, y acto seguido bromeó:

—Ahora mismo diría que eres mi sirviente, más que mi caballero. ¿Quieres seguir con el juego?

—Te gusta, ¿eh?

—Me gusta tener cualquier excusa para que me toques. Te haré una propuesta más directa: ¿me ayudas a cambiarme?

—Joder, Rain.

Más que tocarla, Kaiden la asaltó y la besó con fervor. Fue algo breve. Tras robarle el aliento, gruñó y se apartó.

—Tenemos que estar fuera en diez minutos —masculló—. En serio. Hay un plan, ¿vale?

—Está bieeeeenn… —aceptó ella, estirando un brazo y apretándole las mejillas—. Me cambiaré solita para ir más rápido.

—No, igual… igual puedo ayudarte. O algo.

—Oh, ¿de verdad? —Lluvia ladeó la cabeza—. ¿Debería estirar los brazos? ¿Sentarme?

Kaiden resopló, le cogió el borde de la camiseta y se la levantó para quitársela.

Diez minutos después, los chicos volvieron al comedor. La muchacha estaba cambiada y puede que un poco más acalorada que cuando habían subido, pero seguían según el horario establecido.

—Ay, qué bonita está —ronroneó Sandra, y Charles, divertido, sacó el teléfono e hizo una foto; Lluvia posó, riendo al coger la punta de la falda.

—La ha elegido Kai —explicó, arrimándose a su novio—. Haz una ahora, pa, y otra con Luka, claro.

Hubo unos minutos de fotografías. Después, no obstante, el hombre se acercó para besar a su hija en la cabeza, despidiéndose.

—Pasadlo muy bien —dijo con una gran sonrisa.

—Gracias, vosotros también —respondió Lluvia—. Tengo curiosidad por adónde iremos, pero no preguntaré.

—Uy, mamá se va con vosotros —replicó su padre—. Nos quedamos Océano, Luka y yo.

La chica no se lo esperaba. Sorprendida, miró al niño rubio, y luego a Kaiden, confundida.

—¿Eh?

El chico encogió un hombro.

—El crío dice que se queda —respondió.

—Me voy a *potá* bien —prometió el niño con gran solemnidad.

—Eso no lo pongo en duda —aseguró Lluvia—, pero ¿no quieres venir?

—No.

—Oh, vale, eso ha sido directo. ¿De dónde lo habrás sacado?

Luka rio. Después se acercó para abrazarla.

—*Aios*, mama —se despidió.

Ella todavía se estremecía cuando la llamaba así. Le devolvió el abrazo.

—Hasta pronto, Luka —respondió—. Diviértete tú también, ¿vale?

—*Tha*.

El niño fue a estrechar a Kaiden, que le revolvió el pelo y lo besó en la cabeza. Se despidieron en lo que sonaba a gaélico, y después Luka volvió con Charles y se cogió a su mano, confirmando que iba a portarse como un ángel y no se iba a separar de su lado.

—¿Listos? —preguntó Sandra, sacando las llaves del coche familiar.

Su hija asintió.

—Creo —respondió, riendo—. No sé adónde vamos.

—Tranquila —sonrió su madre—, te gustará.

La mujer condujo durante más de dos horas y media, con una parada entre medias para que todos pudieran estirar las piernas. Eran cerca de las doce cuando llegaron a su destino, el lugar que Kaiden había elegido para su primera cita con Lluvia.

Era el jardín botánico de Valencia.

Sábado 25 de mayo: Parque Botánico

Cuando uno pensaba en una cita, se le ocurría que irían al cine, a comer, pero no que su novio hubiera preparado un viaje de horas para visitar el Parque Botánico de la Universidad de Valencia, terminado hacía menos de dos años. Lluvia había querido ir a visitarlo desde que supo de él, lo que no era un secreto para nadie.

La muchacha cerró los ojos y respiró hondo, sintiendo aquel lugar lleno de vida, el murmullo sutil de aquella miríada de voces susurrando cerca de su mente, no de sus oídos. Se preguntaba cómo cuidarían de ellas, si recibían la atención necesaria, si eran felices. Si no lo eran, ¿había algo que la chica pudiera hacer por ayudar?

Se volvió y los abrazó a los dos, a su madre por llevarlos, a su novio por pensar en aquello.

—Gracias —dijo.

—Oh, bueno —musitó Kaiden, avergonzado—. Yo solo… Bueno.

—Estás extasiada, ¿verdad? —sonrió Sandra, y su hija asintió repetidamente.

—No puedo esperar al momento de entrar. Quiero saber cómo se sienten, si han crecido lo suficiente, si…

—Vas a pasártelo en grande.

La mujer los estrechó a los dos juntos y después le pasó a Kaiden su mochila… en realidad, la de Charles.

—Tenéis comida, dinero, y un botiquín, solo porque insististe —explicó.

—Gracias —respondió el chico, colgándosela.

—Le daremos buen uso —rio Lluvia, pero después miró la mujer, un poco preocupada, y preguntó—: ¿Qué harás tú en este rato?

—Uy, ¿sola durante horas en mi Valencia natal? Uff, no lo sé.

Su hija lanzó una risilla, rodando la mirada. Puede que la ironía se le escapara a veces, pero no con su madre.

—Vale, lo pillo… Disfruta.

—Lo haré. —Sandra los besó a ambos—. Avisadme si pasa cualquier cosa. Estaré aquí a las seis.

—Gracias, Sandra —dijo Kaiden.

—Vale, mama.

Lluvia se despidió, y la mujer les guiñó un ojo a los chicos y volvió al coche. La muchacha cogió la mano de su novio y lo miró, emocionada.

—¿Vamos? Hay muchas amigas nuevas que quiero conocer.

—Claro, por eso estamos aquí —respondió él.

}.{

En cierto modo, las plantas tenían mente colmena. Un solo individuo tenía una voz tan débil que apenas se oían entre ellas, así que se reunían en racimos que llegaban a abarcar grandes extensiones de territorio donde había mucha vegetación.

No formaban una sola voz. Aunque los más débiles tendían a seguir las ideas de los más fuertes —una amapola creciendo en una grieta se unía al racimo de un roble—, los fuertes en ocasiones hablaban entre sí, o contrastaban ideas antes de unirse en una voz más potente.

Su identidad era laminada: la amapola era vagamente consciente de sí misma, pero formaba parte de un «yo» mayor, y este quizá también de otro todavía más grande. Funcionar como individuo no negaba la realidad de hacerlo como parte de otro.

El «yo» que abarcaba el Jardín Botánico de Valencia tenía muchos visitantes a lo largo del día. Iban y venían, algunos se aburrían, o tenían alergias, pero la mayoría lo admiraban con fascinación e incluso con reverencia. Le gustaba aquella reverencia, aquel respeto, aunque muchas veces se traducía en intentar arrancar una flor bonita. Los humanos, consideraba, eran como cachorros. Eternos y a menudo molestos cachorros.

En todo caso, no prestó particular atención a la llegada de los dos chicos en aquel cálido mediodía de primavera; no, al menos, hasta que una presencia se hizo notar, no en un cuerpo sino en la mente colectiva. Traía consigo un mensaje.

‹¿Necesitáis algo?›.

Con sorpresa, el «yo» mayor volvió su atención hacia la humana que, sorprendentemente, podía comunicarse con él.

‹Qué extraña criatura eres›, le respondió, examinando los límites de su mente con curiosidad.

La humana acarició la corteza de uno de sus árboles, emitiendo un sonido vibrante, una risa.

‹Oh, gracias›, contestó. ‹A mí me parece interesante cómo os habéis unificado en una voz tan fuerte. Normalmente no puedo comunicarme con tanta claridad›.

‹Somos muchos y estamos juntos, y aquí no hay peligros salvo el cachorro ocasional arrancando una flor. ¿De dónde has venido tú?›.

‹De lejos, pero vine a veros. Creo que es algo a lo que estáis acostumbradas aquí, ¿no? Que os admiren›.

‹Es una grata experiencia. Los insectos y los pájaros son como un distante sueño, pero a cambio los humanos van y vienen›.

‹Sí, ciertamente. ¿Se portan muy mal con vosotras?›.

‹Oh, no. Son traviesos, a veces, y muy callados. Eres la primera con la que podemos conversar›.

‹Sí, no pueden evitarlo. De hecho, como puedo comunicarme con vosotras… ¿Necesitáis un empujoncito? Alguna que necesite más fuerza para crecer, o…›.

Qué interesante humana, pensó la mente colmena, y comenzó a valorar dónde se podría beneficiar de aquella ayuda. Carecía de modestia o cortesía: si se le ofrecía, la tomaba.

Sábado 25 de mayo: En silencio

A ojos de un profano, Lluvia se limitaba a mirar con atención aquellos árboles y aquellos arbustos, dejando caer una caricia aquí o allí. En completo silencio, Kaiden sabía que estaba escuchando. Él, por su parte, no podía oír nada.

El joven, con la mochila colgada al hombro y una mano en el bolsillo, miraba alrededor con atención, asegurándose de que no viniera un guarda, o que otro visitante los mirara de un modo peculiar. La gente estaba demasiado ocupada admirando el paisaje —que era francamente bonito —, pero aun así, al cabo de unos minutos, Kaiden se acercó a Lluvia y la abrazó por la espalda para disimular un poco.

—Alguien estaba mirando —se disculpó antes de besarla bajo la oreja—. ¿Cómo va? ¿Ya te has presentado? ¿Debería decir algo?

—¿Eh? —Lluvia había perdido el hilo, y además estaba ruborizada—. Oh, sí. Es muy interesante. Tienen una única voz. ¿Quieres saludar? Son bastante simples, no entienden muchos conceptos… o mejor dicho, no les importa.

—¿Debería saludar?

—A ellas les basta con que las admires y no arranques las flores —rio la chica—. Supongo que un buen saludo sería verter un poco de agua a alguna planta que lo necesite.

—Vale, tenemos agua. ¿Como cual? ¿Te han dicho que necesitan ayuda en algo?

—Sí, las plantas carnívoras. —Lluvia suspiró con lentitud, y Kaiden le acarició el estómago distraídamente—. Ya sabes cómo es la gente, se piensa que son juguetes… y pierden energía cada vez que juegan con ellas.

—Qué simpáticos. Pues… bueno, damos un paseo de camino y les echamos una mano o algo. A las plantas, no a la gente.

La chica lo miró divertida por encima del hombro.

—Sí —asintió—. Solo tengo que darles un poco de mi energía para que crezcan fuertes. —Luego Lluvia hizo una pausa—. ¿Estabas preocupado? Dijiste que alguien nos miraba.

—Me preocupa que piensen que pasa algo raro. No es como si pudieras explicar que hablas con las plantas. Me sé lo del secreto de Santuario, en los Templarios era igual.

—Oh, eso… ¿Estaba en trance o algo así? No me doy cuenta. Además, es de las pocas veces que tengo la oportunidad de hablar con una voz tan clara y directa. Son felices aquí, les gusta que las admiren, y están cuidadas, salvo cuando a alguno se le va la mano y toca lo que no debe.

—Supongo que este es tu paraíso, ¿eh?

—Hmmm… Hace poco te habría dicho que sí, pero… —Con las mejillas encendidas y desviando la mirada, Lluvia puso sus manos sobre las de Kaiden, quietas en su estómago—. Mi paraíso está donde estéis Luka y tú.

El chico sintió calor en las orejas y en el cuello.

—Joder, Rain —masculló, entre avergonzado y emocionado, y la besó bajo la oreja.

—Es la verdad —rio ella—. No debería sorprenderte.

—Igual no. Vale, igual no. Pero me siento raro de todos modos. Es que… A ver. A veces… me sorprende que tú… ya sabes.

—¿Qué? No sé, explícame, soy tonta.

Kaiden resopló y le pinchó el costado, haciéndole cosquillas. Ella se encogió, riendo, y se

quejó:

—Eeeeeh, no, eso noooo, prefiero besitos y abrazos, gracias.

Por supuesto, el chico se detuvo en el acto. Suspirando, la abrazó con fuerza y la besó en el cuello.

—Todavía me sorprende que me quieras —confesó con cierta timidez—. Ya está, eso es todo.

—Bueno, porque eres tonto del todo —se mofó Lluvia, y él rodó la mirada—. A mí me sorprende que te sorprenda. Hasta mi padre vio que eras un partidazo, si he salido ganando.

—Anda ya, Rain…

—¿Ves? No se puede hablar contigo de esto porque sigues con una autoestima horrible.

—Eh, no es verdad. Bueno. —El chico hizo una mueca—. Un poco. Pero, quiero decir, eres una persona maravillosa. No sé.

—Claro, porque tú no. Eres el villano de la película.

—Uy, sí. Soy el leñador que tala pobres e inocentes árboles.

—Desde luego, eso te convierte en el villano de villaplanta.

Kaiden resopló y la besó en el hueco del cuello.

—Anda, vamos a echar un cable a tus carnívoras —dijo.

—Claro —rio su novia—. Luego podemos comer algo nosotros, ¿no?

—Elige la sección que quieras y nos paramos ahí. Tu madre nos ha puesto bocadillos y tal.

Lluvia asintió.

—Les preguntaré dónde hay más flores —propuso.

—Vale. —Finalmente, Kaiden se apartó un poco, pero solo para cogerla de la mano—. Vamos, entonces.

Sábado 25 de mayo: La Cita

Fueron a la zona de plantas carnívoras, donde Kaiden no podía ver nada particularmente llamativo —salvo, claro, que las flores eran muy exóticas y se podían mover—, pero Lluvia sí detectó algunas de ellas, las más cercanas al límite, en baja forma. Estaba claro que los visitantes más pillos se aseguraban de que nadie los viera y ponían palitos o cosas peores en las plantas, lo que provocaba la reacción de cerrarse. El problema era, por supuesto, que cuando no había nada que comer, como un insecto, los jugos que generaban les hacían daño: se quemaban y digerían a sí mismas.

Un empujoncito de energía ayudaba a sanar las heridas y reponer fuerzas, pero no evitaba el problema. No obstante, poco podían hacer aquel par de chicos, salvo denunciar discretamente que habían visto a alguien molestando a las carnívoras, aunque no fuera del todo verdad. Con suerte, eso significaría un poco más de vigilancia.

Se quedaron por allí para comer. No era un mal lugar, y las flores estaban la mar de agradecidas por la energía, por el aviso, y también porque la presencia de un par de visitantes evitaba que otros hicieran travesuras.

Por lo que el chico entendía, que no era mucho, las plantas se unían en grupos cada vez más grandes, lo que implicaba que Lluvia podía estar hablando con la gran mente que contenía toda la vida vegetal del recinto, o tener una charla lateral con la flora de una única sección. Hacía que le doliera la cabeza.

El chico cogió el teléfono y comprobó los mensajes, y distraídamente acarició la espalda de su novia con la mano libre. Aquello le gustaba. Quizá no era una cita de manual —nunca confesaría que había cogido la tablet de Luka para buscar ideas en internet—, pero ir a un lugar mágico para Lluvia y disfrutar de la compañía del otro era un buen plan, incluso si su chica se distraía con todos los nuevos amiguitos que estaba haciendo.

Tuvo la idea de un viajecito campo a través, donde la flora no era un cuidado jardín, sino algo salvaje, vibrante. Pero primero se aseguraría de que Luka estuviera bien quedándose solo un par de días… o tres.

—¿Qué? —preguntó Lluvia en tono bromista, y notó que lo observaba—. ¿Mirando si Luka ha dicho algo?

—Como Luka me mande un mensaje, me va a dar un infarto —replicó Kaiden—. Pero no, tu padre no ha dicho nada, si quieres saberlo, así que todo va bien. Estaba mirando en general, no sé. Tenía un mensaje de Mike.

—Oh.

Adoraba el modo en que la chica se interesaba por alguien a quien no había llegado a conocer. Lo miró con curiosidad ahora, preguntando:

—¿Cómo le va? No debe ser fácil su situación.

—Bueno. —Kaiden leyó el mensaje otra vez—. «Esta noche he oído llorar a Élena. Talya está durmiendo con Sonja. Quiero que se acabe de una vez». Hasta julio o así no se pueden ir a Turquía. Es como que esto es peor, ¿no? Saber que se van, pero esperar a terminar el curso y eso.

—No puedo imaginarme la situación. Quiero decir, me hago a la idea de cómo debe ser, pero… Me alegra que al menos confíe en ti, que tenga alguien para desahogarse.

—Sí, yo también. —Suspiró y dejó el teléfono—. Eh, ¿cómo van las plantas?

Lluvia rio.

—Felices, la verdad —respondió—. No bromeo cuando digo que son seres simples, pero en su simpleza es donde tienen esa grandeza. —Su novia se acercó entonces y se apoyó en su pecho, y Kaiden sintió que se le disparaba el corazón igual que el primer día—. Me gustaría poder compartirte mi habilidad, de alguna forma. ¿Sabes? De pequeña no quería comer verduras, porque… sentía que las habían asesinado. Y, en fin, sí, realmente sí, pero…

—Supongo que todo forma parte del mismo… ciclo y eso, ¿no? —supuso Kaiden, acariciándole el pelo—. O sea… Es duro cuando puedes, ya sabes, hablar con ellas, pero es algo… natural. Y supongo que si se hace… con respeto y tal. No sé. ¿Has hablado con algún bosque o algo al respecto?

—No, no me atreví nunca a hablar de algo así. Sé que la fruta no es un problema, pero… ¿Te imaginas lo que sería hablar con un bosque sobre eso? En parte, me daría miedo, sobre todo porque a muchos los talan…

—Ya. —El chico la estrechó con un brazo—. Supongo que el mundo es un lugar aterrador si eres una planta.

—Y si eres un animal también —suspiró Lluvia—. La humanidad puede ser aterradora. O más bien egoísta. No escuchar te hace pensar que no hay voz, y por tanto no hay dolor, y sienten que pueden tomar cuanto quieran.

El muchacho se sintió mal por pisar hierba. Era un sentimiento tonto.

—Supongo que ser sordo nos hace un poco imbéciles —aceptó, pero después pensó en la… sordera voluntaria del ambiente en el que había crecido—. O igual es más por ser humano que sordo.

Lluvia tenía un detector para la más mínima señal de autodesprecio, eso estaba claro. Lo tomó del rostro, y Kaiden la miró con desconcierto, perdiéndose un momento en sus profundos ojos azules.

—No a todos los hace imbéciles ser sordos a la naturaleza —aseguró la chica—. No todos son malas personas, o destrozan cuanto pisan. Es lo que aprendí con el tiempo. Como has dicho, todo tiene un ciclo, y hay que aceptar que es así: tomar lo necesario, y cuidar lo que nos rodea.

—Parece un buen plan —aceptó él, y levantó la mano para acariciar la de su novia—. Como, no sé, formar parte de ese ciclo, ¿no?

—Somos parte de él —rio Lluvia por lo bajo—. Pero sí, lo ideal es estar en el ciclo de forma natural, sin alterarlo. Es complicado, sobre todo por cómo es… el mundo, las comodidades que tenemos. Que, por cierto, me gustan, en su mayoría.

—Hombre, admitamos que el móvil es bastante cómodo.

—Y tener una cama, y casa, comida en la nevera…

—Joder, la comida es muy importante. Y que se conserve, más.

—¿Verdad? Así que, bueno, hay cosas a las que no se puede renunciar, aunque no sean muy… naturales. Al menos, yo no puedo. Sé que hay gente que se acoge a la naturaleza del todo.

—Bueno, es una decisión personal y eso. He vivido en el bosque. Está bien para un rato, no para siempre.

—Digamos que tu situación tampoco fue la más ideal. —Lluvia alzó una ceja, hablando con guasa, no con pena, y eso era algo que a Kaiden le producía más alivio que malestar.

—No, desde luego. ¿Has acampado alguna vez?

—Lo cierto es que no, y creo que tú tampoco, no en condiciones; ya sabes, con tranquilidad.

Posiblemente. El chico encogió un hombro.

—Igual un día —respondió—. Anda, nos quedan tres horas. ¿Dónde quieres ir ahora?

Jueves 30 de mayo: Rumiando

La cita terminó incluso mejor de lo que Kaiden había planeado. Al salir, Sandra le permitió invitar a los helados, aunque ella no tomó ninguno. Eran pasadas las siete cuando pusieron rumbo de vuelta a Liétor, y alrededor de las nueve cuando llegaron a la residencia.

Luka estaba en la cama, explicó Charles, pero debía haberlos oído, porque salió corriendo de la habitación de la pareja y saltó felizmente sobre sus piernas mientras las luces titilaban. El muchacho se vio catapultado al pasado por un instante: la alegría de su hermanito, las bombillas parpadeando, el cansancio de pasar el día fuera. Salvo que allí nadie discutía, el abuelo no estaba, y Luka lo llamaba «papá». Kaiden se agachó para levantarlo en brazos y estrecharlo con fuerza. Todo era perfecto.

Los días siguientes transcurrieron con normalidad, pero el chico ya pensaba en una nueva cita. Quizá algo menos drástico que el parque botánico, rumiaba, pero tampoco podía negar que en Liétor había pocos entretenimientos. Podría llevar a Lluvia a merendar algo, pero el cine más cercano estaba en Albacete.

Podría hacerlo, supuso aquel jueves mientras entrenaba distraídamente en el jardín de la residencia. Y esta vez, con Luka. Un día en el centro comercial, como ya habían hecho en una ocasión: comer fuera, ir al cine, inflarse a palomitas.

Lo prepararía para junio… No. Era un mes complicado con los exámenes. Además, las adopciones se acercaban, e iba a tener un gasto importante en comida de perro, empapadores, collares, cuencos y juguetes. Julio, entonces. Y quizá, pensó con cierta inseguridad, en agosto podrían hacer otra con los amigos de Lluvia. Sabía que los apreciaba mucho.

Sus pensamientos se detuvieron al ver que Charles se acercaba.

—¿Cómo va? —preguntó el hombre con una sonrisa.

Kaiden encogió un hombro, señaló a los dos niños que le seguían el ritmo —uno de ellos era Luka— y después a una pareja sentada en una mesa alejada que echaba miradas.

—Creo que me estoy acostumbrando —comentó—. Pero todavía… A ver.

—A ver —lo animó él.

—Todavía me pregunto si están pensando en lo simpático que es un chaval haciendo ejercicio, o si piensan que son artes templarias.

Charle sonrió con simpatía y le palmeó la espalda.

—Con el tiempo —dijo—, llegará a dar lo mismo.

—Sí, con el tiempo.

—Solo venía a decirte que por la tarde hemos quedado con Mario; por lo visto, ya ha llegado a una conclusión.

—Joder, ya era hora. ¿Quieres que…?

Kaiden titubeó, sintiéndose tonto. A veces se sorprendía pensando en aquella como su familia de verdad, y se sentía involucrado en cualquier decisión, en cualquier aspecto. Y entonces recordaba que ni aquellos eran sus padres, ni Océano su hermanito, y que los asuntos sobre el niño no eran cosa suya.

Pero Charles sonrió dulcemente y le puso la mano en la nuca, atrayéndolo para besarlo en la cabeza.

—Sí, quiero —respondió—. Anda, quedaos a comer.

Cuando Lluvia llegó aquella tarde, ya sabía que había una cita importante con respecto a su hermanito, y que Luka y Kaiden se habían quedado. No era sorprendente que la estuvieran esperando cuando llegó el autobús. El niño miró hacia la puerta con ojos chispeantes, y el mayor, sentado en el muro bajo que rodeaba los parterres, no se perdía detalle.

Cuando bajó, la chica tomó en brazos a Luka, sin preocuparse por cargar también con la pesada mochila del colegio, y fue hacia su novio con una sonrisa.

—Eh, ¿qué tal todo? —saludó.

El muchacho estiró los brazos y la atrajo con suavidad. Incluso con el pequeño entre medias, inclinó la cabeza para besarla en los labios, suave, lentamente, y después le acarició la mejilla. Luka rio.

—¿Qué, tú también quieres, *troich*? —dijo Kaiden, y le mordisqueó la cara—. Anda, dame la mochila, Rain.

El chico bajó del murete y cogió una de las asas. Lluvia rio y dejó que lo hiciera, porque llevar a Luka en brazos —y parecía muy cómodo allí— era cada vez menos fácil. Era delgado y huesudo cuando fueron encontrados, pero ahora pesaba sus buenos quince kilos y casi había alcanzado el metro de altura.

—Gracias —sonrió la muchacha—. ¿Sabes qué? Pensé que el día de hoy estaría más nerviosa, ya sabes, por lo de Océano. Pero estoy más aliviada que otra cosa.

—Joder, sí. Ya era hora de que dijera algo. El tipo llegará en media hora o así.

—Entonces vamos arriba, así tenemos tiempo de relajarnos y adecentarnos.

—Como si te hiciera falta. —Kaiden la besó en la mejilla—. *Troich*, sabes que pesas, ¿verdad?

—*Tha* —sonrió el niño alegremente, pero bajó al suelo.

Jueves 30 de mayo: Conclusión

Saludaron a Charles y Sandra, y después subieron al apartamento para que Lluvia se pusiera cómoda. La chica se metió en la ducha, y, entre tanto, Kaiden trajo té con miel y unas galletas.

No irían a casa hasta la noche; además, tampoco había traído la bicicleta para llevar y traer a Lluvia, y, aunque lo hubiera hecho, había un tema pendiente.

—Ya se vienen los exámenes, ¿no? —preguntó cuando la vio salir del baño.

La chica suspiró con lentitud y se revolvió el pelo, componiendo un mohín que Kaiden preferiría estar besando.

—Sí… —asintió su novia.

—No lo digas así. Si no paras de estudiar, los llevarás genial.

—Ya, pero nunca me siento lo suficientemente preparada.

Lo dijo riendo, pero completamente en serio. El muchacho rodó la mirada. Ya sabía lo aplicada… hasta la obsesión… que podía ser Lluvia.

—Hoy, no, claro, con lo de Océano —dijo—, pero de aquí a que acabes, no sé, ¿quieres venir igualmente a casa, estudiar allí y eso? ¿O prefieres quedarte aquí?

—Claro, quiero seguir yendo a mi segunda casa —sonrió ella—. Al final estudio igual aquí que allí.

—Vale. —Kaiden se inclinó para darle un suave beso en los labios—. Come algo. Nos quedan como diez minutos o así.

—Oh, galletas. —Lluvia se tocó el estómago, emocionada con la merienda—. Y encima huele a té recién hecho.

—Endulzado. —El chico le pasó una taza.

}.{

Poco después, los jóvenes ya estaban abajo, y el experto había llegado. La resolución, desde luego, era breve.

—Estabais en lo cierto —asintió el hombre con un gesto de simpatía—. Es un niño muy especial, con un poder… complicado. La climatología no es fácil de gestionar.

—Ay, Dios —suspiró Sandra, frotándose la frente.

En el acto, Lluvia le puso una mano en la espalda.

—No te preocupes, mamá —dijo—. Todo irá bien. Océano sabrá manejarse, buscaremos a alguien que lo ayude.

—Claro que sí —asintió ella, le sonrió con afecto y volvió a prestarle atención al experto.

—¿Lo activa? —preguntó Charles.

—Lamentablemente, no —negó el experto—. Está en constante sintonía con el clima, pero, por suerte, no es una conexión que mantenga en constante movimiento sus energías. Es más bien que está siempre influenciado. Es una habilidad muy rara.

—¿Y qué hay que hacer? —inquirió Kaiden, a quien las vueltas no le estaban sentando muy bien.

—Bueno. —Mario se frotó el mentón—. He hecho algunas indagaciones, pero la situación no es fácil. El centro de climatólogos de Europa está en Praga; podrían hacerse cargo de él, en caso de necesidad, pero no es un lugar para niños. Otra opción es enviarlo con un maestro. El más

cercano está en Grecia, por desgracia.

—En pocas palabras —resumió Lluvia con más serenidad—, que cuando tenga la capacidad suficiente para razonar, o el maestro viene aquí, o nosotros allí.

—Eso es —asintió el hombre—. Entre tanto, lo único que se puede hacer es enseñarle a mantener su poder lo más pasivo posible, y darle medios para reponer energía más rápidamente. Tónicos, elixires, infusiones, gemas… todo lo que se os ocurra. He pedido copias de un par de libros sobre la climatología. Uno está en checo, pero me han dicho que tenéis buenas conexiones que pueden ayudar con la traducción, así que…

—Un amigo de un amigo de un amigo —respondió Charles con una media sonrisa, y revolvió el pelo de Luka.

Lluvia sonrió ligeramente, pero después suspiró. La entristecía saber que su hermano no iba a tenerlo tan fácil como ella o como su padre. No obstante, iban a apoyarlo en todo.

Kaiden le puso una mano en la espalda y la besó en el hombro.

—Eh —la llamó por lo bajo.

La muchacha todavía se sentía azorada ante sus muestras de cariño. No es que no fueran bienvenidas.

—¿Hm? —musitó, mirándolo.

—Aquí el crío también es de los que se pasan la vida con el pajarito activo —explicó—. Y nos hemos apañado bien, ¿no? Océano va a ser un chavalín sensato.

—Sí, lo sé —sonrió ella—. Lo que me preocupa es, ya sabes, lo enfermo que se pone.

—Lo sé. —Él le acarició la espalda, y luego, con cierta torpeza, miró al resto—. Pero, bueno, hasta ahora ha ido bien. Y seguro que va a entender muy rápido a, pues eso, controlarlo un poco.

—Un poco —rio Charles—. Sí, vamos a estar bien. Somos una gran familia, ¿eh?

Lluvia asintió con la cabeza.

—Al menos —dijo—, ya sabemos qué le ocurre.

—Y nos arreglaremos —asintió Sandra—. Gracias, señor Padilla. Nos ocuparemos a partir de aquí.

Miércoles 5 de junio: Tardes de estudio

Las cosas no cambiaron mucho, al fin y al cabo. El experto volvió a marcharse, y los libros llegaron al lunes siguiente. Sandra y Charles se pusieron de inmediato a estudiar uno de ellos; el otro lo escanearon para que Ahti, que hablaba diez lenguas en aquel momento y estaba estudiando checo, lo tradujera.

Entre tanto, los exámenes finales de Lluvia iban a comenzar, y ella dedicaba las tardes a los últimos repasos.

Kaiden sabía que era una estudiosa casi obsesiva. La muchacha llegaba a casa sobre las seis y cuarto, y el chico no se molestaba en decirle que no se pusiera a estudiar de inmediato. En cambio, le preparaba un té y la dejaba hacer lo que quisiera.

Él, mientras tanto, hacía la cena. Puede que no fueran grandes cenas, pero eran decentes. Había tenido que aprender a defenderse en la cocina desde que llegaron allí.

«Más de dos meses ya», contó, dándole la vuelta al pollo a la plancha. «Joder».

Bajó el fuego e hizo su ronda. Subió las escaleras para ver a Luka en su dormitorio, con la tablet en un soporte nuevo que le había comprado el viernes anterior, los ojitos concentrados en la pantalla. Justo en ese momento, Ahti le recordaba de nuevo que parpadeara. Kaiden tenía suerte de que tantos ojos estuvieran pendiente del niño.

Sacudió la cabeza, volvió a la cocina, dio otra vuelta al fuego y después fue al comedor. Lluvia tenía los apuntes desperdigados sobre la mesa y estaba haciendo un nuevo esquema.

El chico suspiró y se acercó, sentándose a su lado, con un oído puesto en la sartén. Solo quedaba que la piel se tostara un poco. A Luka le encantaba cómo crujía.

—Rain —la llamó con suavidad.

Ella dio un respingo como si acabara de despertarse. Parpadeó, desorientada, antes de mirarlo.

—¿Sí?

—¿Por qué no recogemos y pongo la cena? —propuso Kaiden—. Son las ocho y diez.

—¿Ya? —Parecía muy aturdida—. Lo siento, ni siquiera te he ayudado con la cena.

—Anda ya, Lluvia. Soy completamente capaz de hacer un pollo a la plancha. Recoge, voy a sacarlo del fuego.

Se inclinó para besarla en los labios, y después volvió a la cocina. Desde el salón, no obstante, ella dijo en voz alta:

—Mañana te ayudo, ¿vale? No puede ser que te hagas cargo tú solo.

—¿Tienes quejas de mi comida? —preguntó Kaiden, muy serio, mientras emplataba.

—¿Qué? No, pero me gusta innovar en la cocina contigo. ¿Es malo?

El chico dejó los platos en la encimera y la sartén en la pica. Después volvió a salir, solo para besar otra vez a su chica.

—Igual podemos innovar algo… no muy complicado… el sábado —propuso—. O sea… he atrasado bastante lo de invitar a tus padres y eso.

—Gracias —respondió Lluvia, sonriendo, y cuando terminó de recoger sus apuntes le devolvió el beso—. Por cierto, huele rico.

—No es gran cosa, solo pollo a la plancha. Al crío le encanta la piel tostada. Dudo que sea sano. ¿Por qué no lo vas a buscar mientras pongo la mesa?

—Tampoco creo que sea malo —rio ella—. Claro, voy a buscarlo.

Pero antes le acarició la punta de la nariz, haciéndolo sentir calor en las mejillas y en el estómago.

«Joder», pensó el muchacho cuando la vio marchar hacia las escaleras. «Si es que me vuelve loco con todo».

Para cuando su novia volvió con el niño, Kaiden ya no sentía aquel calor, pero sí una indudable ternura por su familia. Al pollo lo acompañaba una ensalada, pero el chico había aprendido a hacerlas de lo más variadas.

—Ah —exclamó mientras comían—. Me ha escrito Santino.

Lluvia lo miró con las cejas alzadas.

—¿Sí? Me alegra mucho, le vendrá muy bien tu apoyo.

—Ya, bueno, solo son un par de mensajes y eso. Ya está con Angeline. Está enamorado hasta las trancas.

—Como tú de mí —bromeó la chica, pero lo cierto es que estaba totalmente en lo cierto.

—Básicamente. —Kaiden se encogió de hombros, sin avergonzarse mucho—. También he hablado con Mike. Qué tarde.

—Me gusta que estés tan sociable y hagas amigos.

El muchacho se preguntaba cómo había llegado a ese momento de su vida. Al crecer, lo de tener amigos era secundario. Se tenían rivales y compañeros con los que uno congeniaba mejor o peor. Se tenían, en cierto modo, hermanos… pero eran hermanos de armas. ¿Amistad? No es que estuviera prohibida, pero no se nutría.

—¿Todo bien con Mike? —continuó Lluvia.

—Ah, sí —asintió Kaiden—. Está muy agobiado. También está con los exámenes finales, y con el asunto del divorcio y todo… y aprender turco, que por lo visto no es fácil.

—Lo imagino… No entiendo por qué no pueden quedarse allí. Tienen su hogar hecho, a pesar de que esté… ya sabes.

—Bueno, es que no tienen a nadie más. En Turquía están los padres de Talya, que ayudarán a cuidar de Sonja cuando ella trabaje y eso. —Kaiden sacudió la cabeza—. Es una puta mierda. No repitas eso, *troich*.

—Si no repite «joder», no creo que repita eso.

El chico resopló. Entonces vio el brillo en la mirada del niño, una cierta travesura ya gestándose.

—Pobre de ti —le advirtió, y Luka, sonriendo como un ángel, dijo:

—¿Yooo? Yo soy *beno*. Joder.

—Ya la hemos armado.

—Lo hemos provocado un poquito —razonó Lluvia, riendo—. Voy a tener que lavarte la boca con jabón. Eso me decían a mí de pequeña en la guardería, y me daba miedo que lo hicieran de verdad.

Kaiden sabía que nunca en la vida, pero aun así miró a su hermano, muy serio, y lo señaló con un dedo.

—¿Eso quieres? ¿Que te lavemos la boca con jabón?

—Noooo.

—Pues no hagas lo que hace p-papá, porque la lías y mucho.

Luka sonrió, se levantó y le dio un rápido abrazo. Después volvió a su sitio para seguir comiendo. Lluvia aprovechó para tirarle de la mejilla… a su novio, no al niño.

—No —dijo con picardía—. Lo del jabón iba para ti, papá.

—Ay, joder, Rain…

Sábado 8 de junio: Comida en familia

Decidido a dejar de retrasarlo, el jueves invitó a Charles y a Sandra a comer a casa. Podrían pasar la tarde, razonó, y quedarse a dormir. Admitió, aunque con ciertos reparos, que el dormitorio de invitados no se usaba, de todos modos. Todo el mundo sabía que Lluvia no dormía sola cuando estaba allí.

La chica estuvo en casa desde el día anterior… y menos mal, porque su recomendación era hacer *cock-a-leekie*, una sopa escocesa que Kaiden, francamente, no había comido desde que era un niño. Ella encontró la receta y la abrió en su teléfono. Pero no se ocupó sola de los fogones.

Cuando sus padres llegaron, el muchacho fue a abrir, y se encontró con la ventolera y una ligera llovizna.

—Menudo día —resopló Charles, entrando con la bolsa de las cosas de Océano—. ¿Quién se cree que estamos a las puertas del verano? Porque yo no mucho.

—Estábamos a quince grados cuando hemos salido —explicó Sandra, con el niño cubierto por un abrigo en sus brazos.

—Pues aún vais a tener suerte —supuso el chico.

Lluvia se asomó desde la cocina, con un mohín divertido en la boca.

—¿A que ya no suena tan mal la sopa? —replicó.

—¡Sopa! —exclamó la mujer, riendo—. Vaya, eso es apuntar alto.

—Ya, ya, ya —masculló Kaiden—. Anda, poneos cómodos y eso. La ubicación de las habitaciones no ha cambiado.

Regresó con su novia, acariciándole distraídamente la espalda.

—¿Cómo va? —preguntó con cierta ansiedad, mirando el líquido que hervía en la olla—. ¿Cuánto se supone que falta?

—Ya la hemos dejado una hora haciendo *chup chup* y las patatas están listas. Ahora tenemos que coger la carne y hacerla trocitos, ponerla de nuevo en la sopa y ajustar sal y pimienta. —Lluvia sonrió; estaba en su salsa—. Luego será servir y poner un poco de perejil picado y pan tostadito.

—Y tú tan tranquila —masculló Kaiden—. Eres increíble, Rain.

—¿Por qué no iba a estarlo? Huele genial.

—Porque has metido mano. Yo no sabría qué hacer con todo esto. Pero sé desmenuzar carne, no es tan complicado.

—Kai, podrías haberlo hecho solo. Te puede la inseguridad.

—Ya, ya, ya.

Se inclinó para besarla y comenzó a sacar la carne para desmenuzarla. No, eso no era tan difícil. Se llevaba bien con los cuchillos.

Kaiden no podía mentir: no se acordaba de cómo sabía la *cock-a-leekie*. Pero lo cierto es que, cuando estuvieron a la mesa y dio el primer sorbo, descubrió que había salido bien.

—¡Pero chicos! —exclamó Charles, alzando las cejas—. Qué bueno está esto.

Lluvia suspiró, encantada.

—La verdad es que sí —coincidió, riendo—. Está muy bueno. Hay que probar comida de otros países.

—Y hay que saberla cocinar, también —repuso Sandra—. Lo habéis hecho genial.

—Kai, que es un manitas ahí donde se le ve, con una autoestima por los suelos.

—Joder, Rain. —Él rodó la mirada—. No, en serio. En realidad, ella eligió la receta y ha hecho lo difícil. Al final he sido más pinche que otra cosa.

—No es verdad —replicó su novia—. Deja de quitarte mérito.

Por toda respuesta, Kaiden le hizo cosquillas.

—¡Eso no vale! —se quejó ella, brincando, y él paró solo para inclinarse, besarla en la mejilla y luego sentirse muy avergonzado, porque sus padres miraban.

—Bueno —dijo Charles con una sonrisa bromista—. ¿Y cómo van las cosas? ¿Qué tal te fue ayer en clase, Lluvia?

Charlaron mientras disfrutaban de la sopa escocesa. Fuera, el viento rugía con fuerza, pero ya no llovía, aunque el cielo seguía gris. Era un día sorprendentemente fresco para principios de junio, así que a todo el mundo le sentó bien el guiso, y el té de después, junto a la tarta de fresa que había traído la pareja.

En general, Kaiden estaba aliviado. Después de comer, subió para arreglar la cama del cuarto de invitados, y sacó algo que había comprado el día anterior: el juego de cartas UNO.

—Para entretenernos y eso —explicó, y entonces notó que Luka le daba un tironcito a los pantalones—. ¿Qué pasa, *troich*?

No paró hasta que se agachó para hablarle al oído. Eso no era muy normal.

—Yves y Ahti y yo queremos *desir* algo —explicó su hermanito en voz muy baja—. ¿Podemos ahora?

—Que si pod… —Kaiden sacudió la cabeza—. Claro, tonto. Cuando quieras.

Luka sonrió ampliamente y corrió a su cuarto.

—Creo que va a por la tablet —explicó—. Por fin parece que nos van a desvelar ese misterioso encargo.

—Oh, ya me había olvidado y todo —se sorprendió Lluvia—. Bueno, no realmente, pero maté la curiosidad.

—¿Cómo demonios se hace eso? Yo no puedo quitármelo de la cabeza.

—¿En serio? Pues pensando en otras cosas, como por ejemplo… ¿Qué puedo hacer para azorar a mi novio? ¿Qué examen tengo mañana?

—Joder, Rain —masculló Kaiden.

—Sí, bueno, esas cosas.

Él le hizo cosquillas otra vez, solo porque su lengua no era tan afilada, ni su mente tan aguda, para lanzarle una respuesta a la altura. Pero verla reír y retorcerse era suficiente.

El niño volvió a bajar, con los ojos chispeantes.

—Anda, todos al sofá —propuso el muchacho.

—Qué nervios —rio Charles.

—Qué será, seráá… —canturreó Lluvia.

Sábado 8 de junio: Actualización beta

Todos fueron a sentarse, y Luka puso la tablet en su soporte frente a ellos, en la mesa, y en la pantalla aparecieron dos imágenes. Una era evidentemente una fotografía, y, pese a los retoques, se notaba que era antigua; se veía a un chico de unos doce o trece años, con el pelo rubio platino y ojos grises. El otro era un hombre de unos treinta, con ojos amables, sonrisa ladina y pelo negro.

Kaiden conocía bien aquella imagen.

—¿Qué hay, Yves? —saludó—. Ahti.

—Hola —respondió la voz casi infantil del muchacho que vivía como un programa en la red… pero no lo era.

—Vaya, tenemos compañía de los dos —se sorprendió Lluvia—. ¿A qué debemos este honor?

Hubo un momento de expectante silencio. Luego Luka declaró:

—*Hemo tabajado* mucho. Y ya está.

Lluvia estaba perdida.

—¿Eso es que quieres que juguemos todos al UNO? —preguntó, desorientada—. Con ellos, quiero decir.

—Nooo. Bueno, *shi*. Pero nooooo.

—La cuestión es que hemos terminado el proyecto en el que estábamos trabajando —explicó Yves con esa voz serena y agradable que tenía… o que confeccionaba, en todo caso—. Y, previa exposición de los avances a nuestros superiores, tenemos el visto bueno para… hacer algunas pruebas con sujetos seleccionados.

—Conejillos de indias —supuso Sandra.

—Mmm. Sí. Conejillos de indias.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Lluvia.

—Dar vuestro permiso para… ¿Luka? —animó Yves.

—Para una *actalisasón*…

—Actualización.

—Actua… *lis.*.. liza… ción… beta. De Invisibilia.

—¡Eso es genial! —exclamó la chica—. ¡¿Qué tiene de nuevo?! De por sí ya es muy guay.

La imagen de Yves sonrió, pero se quedó callado. Finalmente, el que habló fue Ahti, aunque se notaba que lo había ensayado, porque de normal tartamudeaba mucho:

—Invisibilia trata de conectar en conversaciones uno-a-uno.

—¡Ya noooo! —exclamó Luka, excitado.

—Espera. —Charles se inclinó un poco hacia adelante—. ¿Os han pedido…? No. —Miró directamente a Yves—. Te han pedido que desarrolles una función para crear grupos de trabajo.

—Por ejemplo —asintió la IA—. Pero no lo habría hecho tan pronto sin mis chicos.

—No entiendo —musitó la muchacha—. Dices que… ¿podemos crear un grupo llamado «familia» en el que estemos todos conectados?

Yves cubrió la pantalla con una lluvia de emojis, algunos de ellos aplausos, otros corazones, y otros grandes sonrisas. Ella se echó a reír, divertida.

—¿Va en serio? —dijo—. O sea, puedo coger y llamar y… ¿Charlar por voz, vídeo y

escrito?

—¡Wow! —exclamó Ahti—. Quiero de-eh, *ég meina*, *nahn.*…

—Estamos trabajando en las funciones de vídeo y audio —tradujo Yves—. Por ahora, hemos programado con éxito la conversación escrita instantánea con varios usuarios a la vez.

La muchacha aplaudió, emocionada.

—¡Eso es genial! ¡Me encanta!

—Es increíblemente útil —aceptó Charles—. Para organizarnos… para mantenernos en contacto. Nada de «dile esto a tal persona». Qué maravilla.

—Os enviaré la petición de permiso ahora. Cuando aceptéis, veréis temporalmente a otros usuarios con un color distinto; son los que también pueden pertenecer a grupos.

Mientras los teléfonos sonaban y todo el mundo revisaba sus notificaciones, Kaiden atrajo a Luka, lo sentó en su regazo y lo abrazó con fuerza. Estaba impresionado. Apenas entendía las implicaciones de aquella actualización, y en cambio su hermano pequeño, que todavía tenía cuatro años, no solo lo comprendía sino que había trabajado en ello.

Formaba parte de su habilidad, suponía el chico, pero ¡Dios! No dejaba de parecerle increíble.

—Chico, qué orgulloso estoy de ti —musitó—. Con lo pequeñito que eres, y ya haciendo estas cosas. ¿Qué harás cuando seas mayor?

—¡Videojuegos! —exclamó él con una sonrisa, y el mayor lanzó un resoplido divertido, porque se lo podía imaginar.

Miércoles 12 de junio: Tutoría

No solo ellos obtuvieron la actualización. Se formó el grupo «familia», donde estaban Charles, Sandra, Lluvia, Kaiden y también Luka; pero también Silvia, Charles y otros tres agentes formaron un selecto chat de trabajo; y, para tener un mayor público de prueba, se unieron los amigos de Lluvia en un grupo de «amigos».

Kaiden estaba en dos conversaciones de grupo, y no sabía seguir el ritmo de ninguna. Entusiasmado por probar, Valentino escribía constantemente, incluso en clase. Si sumaba el grupo de familia —en el que se hablaba poco, pero algo había—, y las charlas con Lluvia, con Mike y con Santino, el muchacho sentía que no daba abasto.

Pero aquella cosita, aquel sencillo teléfono móvil, era una prueba física de que estaba conectado con muchísima gente, y de una forma que le resultaba desconocida. Aquellos vínculos eran más reales, suponía, que lo que había sentido en el pasado.

Sombra le azotó la oreja con la cola.

—Ay —se quejó Kaiden, frotándosela—. Vale, vale, sí, no te ignoro. Serás exigente. Que me han dicho que estás vagueando mucho y eso no puede ser. ¿Por qué no corremos un rato, tú y yo? Venga, va, ¿a que no me sigues el ritmo?

El chico echó a correr, y la burüka, después de resoplar, se puso a trotar para alcanzarlo. Pero era evidente que no lo hacía a gusto.

—¿Qué es, el calor? —preguntó el muchacho sin detenerse—. ¿El sol? ¿El aire? Venga, hombre, échame una mano. Cuéntaselo a alguien, que me pueda enterar, por Dios.

Sombra resopló de nuevo y lo azotó con la cola, pero apretó el paso, y Kaiden tuvo problemas para seguirla. Era muy rápida… y era evidente que se estaba controlando.

}.{

El director González estaba en la puerta del aula cuando sonó el timbre del recreo a las once. No entró, pero todos lo vieron cuando salió la profesora de ciencias naturales y hablaron en el pasillo. Después, la mujer volvió.

—¿Lluvia? —llamó—. ¿Puedes venir un minuto?

La chica dio un respingo, preguntándose en el acto si había hecho algo mal.

—Sí, voy —respondió, y se levantó como si tuviera un resorte en las piernas para ir nerviosamente hacia el pasillo.

—Siento robarte tiempo del recreo, Lluvia —dijo el hombre con una sonrisa simpática—, pero sospecho que esto te va a interesar. Puedes traer tu almuerzo, si quieres.

Pero a la muchacha ya no le apetecía probar bocado. A una no la llaman todos los días a hablar con el director.

—Ah, no hay problema, tampoco tengo hambre —rio con esfuerzo—. ¿En qué puedo ayudar? ¿Ha pasado algo?

—Nada que tenga que preocuparte —aseguró el hombre—. Me consta que has hecho un buen trabajo con tu amigo, Kaiden, poniéndole deberes y demás.

—Lo he intentado, sí. Pensé que era buena idea que mantuviera el ritmo, para que, cuando se incorporara de nuevo en los estudios, no fuera tan difícil para él.

—El círculo educativo coincide contigo. Tus profesores están terminando de preparar unos

dosieres para asegurar que tenga un nivel mínimo en cada asignatura de cara a septiembre. Tendrá que trabajar durante el verano.

—Sin problema, no creo que le importe, lleva todo el año con ello.

—Hablo contigo porque naturalmente va a necesitar un tutor, y, como creemos que lo estás haciendo bien, queremos saber si te interesa. Sería pasar el verano estudiando tú también, pobrecita, pero has estado trabajando con él de todos modos. Y me consta que hay una relación especial.

La idea de que su director supiera de su relación con Kaiden hizo que se ruborizara. Aun así, dijo:

—Y precisamente por eso, ¿le parece bien que sea yo la tutora? ¿No cree que pueda distraerle?

—Bueno, he querido esperar antes de comentártelo para ver qué tal van tus exámenes, y comprobar la… distracción.

El hombre sonrió. Lluvia dio un respingo.

—Entiendo… —musitó.

—Esto, naturalmente, cuenta puntos extras para tus propios estudios. Se trata solo de seguir los ejercicios de los dosieres, y en un par de ocasiones tendrá que hacer unos cuestionarios para evaluar y ajustar lo necesario.

—Claro. Tal vez sería mejor idea hacerle uno ahora, para comprobar su nivel y luego seguir con su evaluación.

El director alzó las cejas. Otros desestimarían la idea por venir de una alumna, por inteligente que fuera, pero él no: Eduardo González era la clase de director que escuchaba todas las ideas, vinieran de donde vinieran.

—¿Crees que podría venir a la escuela? Mañana, tal vez pasado —propuso hacia la muchacha—. Podríamos ponerle los exámenes de recuperación —razonó, mirando ahora a la profesora, que parecía insegura pero asintió.

—Podríamos hacerlo —asintió—. Serían varios, y sin estar preparado.

—Solo sería una prueba de nivel.

—En mi opinión, sería buena idea para saber por dónde empezar —insistió Lluvia—. Así se puede modificar el dossier y ajustarlo para que se adapte a sus necesidades.

—¿Mañana? —le preguntó el director.

—¿Puedo llamar para preguntarle? Me quiero asegurar de que pueda asistir. Ayuda a mi madre, normalmente.

—Vaya, qué bien. Por supuesto, llámalo. Si no puede ser, entonces que sea pasado. Si queremos que tenga una evaluación previa, tenemos que darnos prisa. Edmundo se va a volver loco.

}.{

Kaiden cepillaba el lustroso pelaje negro de Sombra cuando le vibró el bolsillo.

—Espera —pidió, dejando el cepillo a un lado, y frunció el ceño al mirar la pantalla del teléfono—. ¿Rain? —Descolgó y se lo acercó al oído—. ¿Va todo bien?

—Sí, no te preocupes —respondió su novia con una sonrisa en la voz—. Quería preguntarte ¿haces algo mañana? Quiero decir, estoy en clase hablando sobre tu futuro en el insti, y nada, que, a ver, te lo digo tal cual. Es hora de saber tu nivel para poder meter caña si hace falta en verano.

—Que si hago… —El chico no fue capaz de seguir el hilo—. ¿Qué pasa?

—Estoy con el director y mi profesora, y estamos hablando de pasar todo lo que hacemos al siguiente nivel, es decir, hacerlo oficial.

—¿El qué? ¿No era ya obligado que en septiembre vaya al instituto?

—Sí, pero es bueno saber tu nivel y ver si puedes ir, ya sabes, conmigo a clase, seguro de que no vas a sentirte perdido.

—Ahora sí que me siento perdido. Yo pensaba que todo eso era ya… o sea… definitivo.

—¿Qué quieres decir? Oh, Kaiden, es solo una prueba para ver tu nivel, nada más, porque este verano quizá tenemos que achuchar más.

Por alguna razón, se le encogía el estómago cuando lo llamaba por su nombre completo. Se preguntó si se echaría a temblar si usaba también el apellido.

—¿Me quieren hacer un examen? —comprendió finalmente—. Joder. ¿Cuándo? Espera, ¿mañana?

—Sí, y si no mañana, pasado.

—Joder.

Se frotó la cara. Sombra lo miraba con un ladeo de cabeza, y el chico, sintiéndose tonto y angustiado, le frotó el cuello.

—A ver, espera. Soy lento, ¿vale? O sea. ¿Mañana, ir a hacer un examen… a tu instituto? En plan, ¿contigo?

—Sí, venir, hacer un examen en el instituto y ver cómo vas. Nivel académico. Porque quieren ponerte un tutor este verano, para asegurarse de que tienes el nivel que toca a nuestro curso. Hola, la tutora seré yo, si va todo bien.

El creciente nerviosismo se redujo un poco.

—Ah. Eso… es bueno, ¿no? —musitó.

—Sí, lo es. Y simplemente se te hará esa prueba para ver si las clases que tengo que darte son más o menos intensas. Ese es el resumen.

—Joder. Mañana.

—Sí, Kai, sí. Mañana.

—Listilla.

—¿Por qué? —preguntó Lluvia, confusa.

—Por nada. Vale. Pues… supongo que mañana puedo coger el autobús contigo y eso.

Jueves 13 de junio: Colegio Pedro Alonso

En una tarde tuvo que preparar un día muy completo. Kaiden se aseguró de explicarle a Luka que tardaría en ir a buscarlo, pero que pasaría el día en la residencia, con Charles, y que llegaría con Rain por la tarde. Les escribiría, prometió, y al niño le encantó la idea de probar la función nueva.

El jueves no fue día de entrenar y hacer tareas de casa: cuando Lluvia subió a su autobús, él también lo hizo, con el corazón en la garganta y una mochila que pesaba poco. ¿Qué iba a llevar, al fin y al cabo? Un estuche con algunos bolígrafos, el teléfono móvil… y, solo por sentirse más seguro, pero también bastante más tonto, su pequeño botiquín. No le había dicho a nadie que llevaba el cuchillo de caza bajo los pantalones.

Sentada a su lado, mucho más relajada, Lluvia se movió para mirarlo.

—A ver, Kai, ¿qué te pasa? —preguntó—. Llevas toda la mañana tontito… o lo que llevamos de ella.

—Todo esto me coge de nuevas —respondió él—. O sea, no sé ni en qué idioma me van a hacer los exámenes. Por Dios.

—Ah, esa es buena. —La chica alzó las cejas—. No me acordé de preguntarlo. Pero no importa, tienes buen nivel de español.

—Qué dices, sigo sin saber conjugar. ¿Y si me descuentan por no saber responder en castellano?

—Sabes que no es un examen real, ¿no? Que es solo para ver tu nivel.

Kaiden respiró hondo y se recostó en el asiento, mirando al techo del autobús. Pese a la hora que era, ya había algo de ruido en el fondo.

—No me lo esperaba —confesó—. Eso es todo. Estoy bien.

—¿Puedo hacer algo para animarte?

Él abrió un ojo y la miró.

—Quizá —respondió con lentitud.

—Pídeme, entonces.

Kaiden aprovechó la ocasión. Se irguió, solo para inclinarse hacia ella y besarla lentamente en los labios. Ella se lo devolvió, con los ojos cerrados y acariciándole el pelo. El chico la rodeó con un brazo y la estrechó.

—Ya me siento un poco mejor —dijo en voz baja, pero no se apartó.

—Me alegra —musitó Lluvia—. Es fácil hacerte sentir bien —comentó, riendo—. Y mira, estás experimentando ya una especie de primer día. Los dos en el bus, de charla…

—Ya, también lo he pensado. Es una… bueno, una primera prueba. —Dejó caer un beso sobre su mejilla.

—No es tan malo, ¿verdad? —sonrió ella—. Vamos a pasar más tiempo juntos, como un par de… adolescentes normales. Como en las pelis que vemos.

—Un par de chavales normales y corrientes yendo al cole juntos. Ya ves.

Lluvia asintió repetidamente. Después le tocó la oreja a su novio, diciendo:

—Pero quitando las fiestas con alcohol y tonterías típicas. Me gusta la idea de que, después de clase, vayamos a casa con Luka, hagamos la cena y nos acurruquemos un rato.

—Joder, sí. —Él le acarició el mentón y el cuello, lentamente—. Igual para entonces

tendremos que cambiar un poco el horario. No lo sé.

—¿Tú crees? —inquirió la muchacha, alzando las cejas.

—No sé. Igual puedo dejar la bicicleta en la residencia antes de coger el bus. O podemos quedarnos allí. O podemos venirnos los dos a casa.

—Pensé en alternar ir a casa y quedarnos con mis padres.

—Ja. No suena mal. Unos días aquí, otros días allí. Y los perros. Hostia. Hay que pensar en los perros.

—Los perros… Eso sí me preocupa, que estén solos. Pero tenemos un buen patio.

Aquello fue una flecha directa al corazón; una más, sin duda, de todas las que ya le había clavado. «Tenemos», porque aquella era su casa tanto como de ella.

—¿Qué tal enseñarles a jugar allí? —continuó Lluvia, ajena al brinco que le había dado el pecho—. Con caseta, toboganes y… cosas así. Puedo tirar de ahorros para comprarlo.

—No seas boba. Esos perros van a tener de todo. Sí, supongo que podemos enseñarles a jugar. Igual les compro… compramos, ¿eh?, una caseta para el patio, para que, mientras no estemos, no estén a la intemperie. O poner una puerta para perros que dé al jardín. O sea, habría que cambiar la puerta entera, creo, pero sería útil para que entraran y salieran a gusto.

—Claro. Y sí, me parece bien compartir gastos —sonrió Lluvia—. Sería lo justo, en realidad. Tenemos que pensar qué necesitarán para no sentirse mal. Al ser dos, no creo que se aburran.

—Sabes, sé lo que ganas de paga. Te dejo comprar chuches.

La chica le lanzó una mirada achicada.

—Deja de hacerte tan amiguito de mis padres —lo regañó, pero después se echó a reír—. Tengo dinero ahorrado, ¿sabes? Y creo que es justo que los cuidemos por igual, somos un equipo.

—Joder.

La besó de nuevo, con cierta brusquedad y sin pensarlo, porque le encantaba pensar en ellos como un equipo.

Llegaron a las puertas del instituto sobre las ocho menos cuarto. Kaiden sabía que aquella era la hora normal, y estaba preparado para el alud de chavales que había en la puerta, incluso para las miradas curiosas. Al fin y al cabo, eran menos de cien alumnos, así que todos se conocían aunque solo fuera de vista.

Era raro cómo se parecía a lo que conocía. Los chicos seguían siendo chicos: aprovechaban los últimos minutos antes de entrar a las aulas para reunirse en grupos, para hablar, para ponerse al día, incluso para comparar los deberes… o copiarlos.

Kaiden los observó durante un minuto. Sabía que asistían todos los jóvenes de entre seis y dieciocho años. En Muirhead, atendían a los alumnos de seis a dieciséis, y eran solo diez o quince menos. El currículo variaría mucho, claro. Allí había educación física dos veces por semana; con los Templarios era una hora cada día. En el colegio Pedro Alonso, llamado cariñosamente «Cetro», las clases de criptozoología trataba sobre entender la historia, la biología y el comportamiento de criaturas consideradas mitológicas, mientras que en Muirhead solo se estudiaba cómo matarlas.

—¿Kaiden?

El desconocido se acercó por entre los chicos. Llevaba en la mano una carpeta y las gafas se sujetaban precariamente en la punta de su nariz.

—Soy yo —respondió el muchacho con un vacilante español, y el hombre sonrió con alivio.

—Oh, sí, ya lo veo. Te sienta bien el corte de pelo, casi ni te reconozco.

—¿Perdón?

—Disculpa, soy el conserje, Emmanuel, aunque todo el mundo me llama Emma. Me han encomendado venir a buscarte. Di adiós, nos vamos a ver al director.

«Joder». Había captado lo necesario para entender que empezaba la aventura… por llamarla con algo de afecto. Se volvió hacia Lluvia.

—Nos vemos… luego, creo —dijo—. O quizá en el recreo. No sé. Te aviso.

La chica asintió, tomándolo de la mano para darle un suave apretón.

—Vamos, irá todo bien —aseguró su novia—. Sabes más de lo que piensas y eres inteligente, aunque creas lo contrario.

—Todo lo que voy a poner en ese examen me lo has enseñado tú, seguro.

—Bueno, cosecha propia también habrá. —Lluvia rodó la mirada—. Pero… ¿gracias? —dijo, riendo—. Anda, buena suerte.

Ella lo besó ligeramente en los labios, y él, suspirando, le devolvió el beso en la mejilla y después en la frente.

—Nos vemos luego —se despidió, y se marchó con el conserje.

Jueves 13 de junio: Vamos a empezar

Eduardo siempre había disfrutado metiéndose, hablando en plata, donde no lo llamaban. De niño no hacía más que meterse en los asuntos de los demás, a veces hasta el hartazgo, pero al ir creciendo redirigió sus energías hacia la búsqueda de maneras de ayudar.

También le gustaban los críos. Fue vigilante de guardería durante casi veinte años, y se enorgullecía de decir que sus niños habían pasado muy buenos ratos con él. Después, uno de sus primeros chicos había crecido para convertirse en profesor, y había recomendado «un amigo morfo» para el puesto de maestro en criptozoología.

Así fue como también se había convertido en maestro. Durante casi treinta años, enseñó ciencias naturales y habilidades, y también fue el guía de otros krüvson de forma humana, como él. Su chico creció, formó una familia, llegó a director y empezó a envejecer, y entre tanto Eduardo se mantenía vivaracho, por lo menos.

Los de su especie —puesto que no era humano, aunque lo pareciera— podían llegar a vivir más de dos siglos. Por eso no solían quedarse en comunidades humanas mucho tiempo, porque la pérdida llegaba pronto, y dolía.

Pero a él le gustaba su trabajo. Estaba acostumbrado a que la vida pasara, los niños crecieran y los polluelos volaran del nido. El colegio era perfecto para él. Ayudaba a los chicos, les daba alas, se involucraba en sus vidas… pero los dejaba ir, porque así debía ser.

Hacía siete años que era el director de Cetro. El círculo de educación tuvo dudas a la hora de permitirle relevar a su antecesor —que también era su alumno, en cierto modo—, pero tenía un secretario muy eficiente que se aseguraba de controlar sus ideas más disparatadas.

Aquella no era una idea disparatada, y tampoco era suya, así que no le preocupaba que Edmundo estuviera enfurruñado por la falta de preparación. De hecho, cuando el hombre le echaba miradas hurañas, Eduardo se aseguraba de devolverle una sonrisa y lanzarle un beso.

—Ah, ya están —anunció, emocionado como si tuviera diez años en lugar de ciento diez.

La puerta del despacho se abrió y entró Emma, con su alegre —y un tanto desconcertante— parloteo, acompañado de un muchacho de anchos hombros y mirada escrutadora. Con el pelo más corto que en la fotografía tomada en Carcassonne, parecía mayor pero menos salvaje. El morfo sonrió.

—Hola, Kaiden. Soy Eduardo, el director del colegio. Bienvenido.

}.{

El hombre hablaba en un inglés perfecto, lo que resultaba un alivio, porque Kaiden había perdido la capacidad de entender dos palabras seguidas en español. En parte, claro, por los nervios, pero en buena medida porque el conserje hablaba por los codos, muy deprisa, y de cosas muy raras. El chico temía que le hubiera fundido el cerebro.

—Señor —saludó, tendiendo la mano, y el director rio y se la estrechó; tenía un apretón firme y alegre—. Gracias por, eh… por la prueba. El examen. La oportunidad. Lo que sea. Perdón.

«Idiota, idiota, idiota».

—Bueno, eso son muchos agradecimientos —comentó el señor González con una guasa desconcertante—. *Gracias, Emma, ya puedes irte*. Este es Edmundo.

Se volvió hacia el otro hombre presente, alto y elegante y con una tablet en la mano, y cuando continuó hablando, lo hizo gesticulando de un modo muy particular:

—Todo el mundo lo llama Ed.

—Eso no es correcto —replicó este en un tono raro, lento.

—No, es verdad, disculpa, solo lo hago yo cuando estamos en la cama.

Edmundo cerró los ojos con expresión sufrida, pero Eduardo no parecía arrepentido. Sonrió, pero, como el otro ya no lo estaba mirando, no siguió signando. El hombre alto y elegante, supuso el muchacho, era sordo: hablaban por señas.

—Y tú eres Kaiden —continuó el director—. Vaya, chico, la tuya sí que es una historia interesante.

—No tanto —replicó Kaiden, intentando guardar la compostura, y el hombre sonrió.

—Bueno, acordemos que no estamos de acuerdo. En fin, ¿cómo estás? ¿Nervioso?

—Un poco.

—No te preocupes. —Edmundo ya miraba otra vez, y con atención, de modo que el director comenzó a signar de nuevo, aunque no lo mirara ni hablara con él—. Estos exámenes van a ser solo para comprobar dónde estás. Tus profesores… los que tendrás en septiembre, al menos… van a terminar de arreglar los dossieres con el temario. Ejercicios, autoevaluaciones y todo eso. Se trata solo de pulirte para que entres sin muchos problemas al colegio.

—Vale.

—Como hemos tenido poco tiempo para prepararlo, vas a hacer los exámenes de recuperación. Los que hace un alumno que suspende, bueno, todo el curso.

—Ya.

—Son en español, pero estaré todo el rato contigo para traducirte lo que necesites. Y puedes responder en el idioma que te resulte más cómodo. Sabemos que estás trabajando en tu castellano. —El director sonrió—. No vas a tener examen ni de español ni de inglés, pero el resto, bueno, tenemos que ver dónde estás.

—De acuerdo. —Kaiden comenzaba a sentirse mareado.

—¿Por qué no te sientas y te pones cómodo? Vamos a poner todos los puntos sobre las íes, y a empezar.

Jueves 13 de junio: Dos y uno

Kaiden se alegró al ver que el primer examen era de matemáticas. No es que fuera su asignatura favorita, pero al menos los números eran iguales en cualquier parte del mundo, y las sumas, divisiones y ecuaciones. Ni siquiera los enunciados eran demasiado complicados. Además, Lluvia llevaba desde enero azuzándolo con deberes y ejercicios, así que no se sintió particularmente atrasado.

Cuando terminó, le dieron un zumo y diez minutos de descanso, que el chico aprovechó para hacer estiramientos, sintiéndose acartonado y muy incómodo por la presencia de los dos hombres.

Luego comenzó el examen de tecnología. Tampoco fue demasiado difícil. Se sentía casi tranquilo cuando repasó por tercera vez y después, sin saber qué más poner, se enderezó y apartó los papeles.

—¿Estás seguro? —preguntó el director, sentado junto a la ventana.

—No se me ocurre nada más —respondió Kaiden, encogiendo un hombro—. Lo siento.

—No hay nada que sentir. Y falta media hora para el recreo. Todavía no has visitado el colegio, ¿verdad?

—Eh… No, pero…

—¡Vamos! Seguro que te vendrá bien estirar las piernas. Y a las once estarás en la puerta de la clase de Lluvia para pasar el recreo con ella. ¿No te parece bien?

—Eh…

—¿En qué clase estará?

La pregunta no iba para Kaiden, sino que se dirigía a Edmundo, puesto que el director se había vuelto y gesticulaba de nuevo. El hombre consultó su tablet y signó con la mano libre.

—Perfecto —respondió el señor González con soltura—. Allí estaremos. Vamos, será solo un tour pequeñito, y como todo el mundo está en clase, no tendrás que preocuparte de cuchicheen.

El chico lo miró. El director sonrió amablemente.

—Sabes que lo harán, ¿verdad? Como dije antes, la tuya es una historia interesante.

—¿Es que todo el mundo se ha enterado?

—Bueno, oficialmente no, pero ya sabes cómo son estas cosas. Todo el mundo conoce a alguien que conoce a alguien que ha oído hablar de ti. Además, el chico nuevo siempre destaca.

Kaiden suspiró. Sí, ya lo suponía. Había sabido que en septiembre sería la atracción principal durante unos días. Sencillamente, el espectáculo se adelantaba.

Con suerte, pensó, todos estarían demasiado ocupados con su racha de exámenes para preocuparse por ese muchacho extraño que rondaba por los pasillos.

}.{

Sonó el timbre, y con él, el fin del primer examen de la racha de junio. Los últimos rezagados jadearon de sorpresa e intentaron arañar unos segundos antes de que la profesora, con una sonrisa compasiva, les arrebatara las fichas de inglés de las manos.

Lluvia suspiró con nerviosismo. Notaba las mejillas y las orejas ardiendo, y le temblaban las manos. Los exámenes le daban calor, daba igual que supiera todo el temario, o, en aquel caso,

hablar inglés, simplemente era una prueba, y esas pruebas le revolvían el estómago de los nervios.

Sí, suponía que estaba mal por su parte animar a Kaiden como si no pasara nada cuando ella era la primera en ponerse mal por esas cosas.

Cuando dejó de tener las hojas en las manos, lanzó un lento suspiro. No, no quería ni mentarlo con nadie, así que recogió la fiambrera, donde llevaba también algo para su novio, y se levantó para irse. No estaba segura de que el muchacho pudiera hacer parada para comer, pero…

Salió zumbando, y lo encontró allí en el pasillo, entre la marabunta de gente que ya salía. Kaiden la miró y se apartó de la pared. La muchacha dio un respingo. Sin esperar nada más, se tiró sobre él, aliviada de verlo, de sentirse un poco más libre después del examen.

—Hola, princesa —saludó el chico, abrazándola—. Joder, te veo enérgica. ¿Cómo ha ido?

—No, enérgica no —negó ella—. Desesperada por estar en mi hogar. Hueles a hogar, eres mi zona de confort. Te necesitaba.

Él la estrechó un momento, mascullando entre dientes. Después su abrazo se hizo más suave, más amable, y la besó en la frente y en la sien.

—Estoy aquí —respondió.

—Odio la sensación que me deja hacer un examen. —Lluvia lo miró—. ¿Cómo es que estás aquí? ¿Has terminado?

—No, qué va, solo he hecho dos. Pero me han dicho que a las once y media y eso.

—¿Cómo te han ido?

—Creo… que bien. O sea, no eran muy difíciles. Me has enseñado bien. Y es eso, las mates son siempre iguales, no importa dónde aprendas, así que…

—Eso es cierto —sonrió la chica—. Me alegra que hayas venido, porque llevaba yo la comida.

—Ni siquiera pensé en la comida. ¿Qué comida?

—El desayuno —explicó ella, alzando las cejas—. En la hora del patio hacemos una pausa, y llevo desayuno escocés en la fiambrera. Para los dos. Tiene dos plantas, y… Bueno, que da igual. ¿Vamos al patio a comerlo? ¿Quieres ir con los chicos, o a solas?

Kaiden alzó la cabeza. Desde la puerta, Valentino movió los dedos a modo de coqueto saludo, y Silvia le dio un capón.

—No quiero meterme en la normalidad —respondió el muchacho—. Así que… como lo hagas siempre.

Lluvia sonrió y se puso de puntillas para besarlo en la mejilla. Después lo tomó de la mano suavemente.

—Vamos con ellos, entonces —dijo—. Aunque frío, estará rico. Lo hice con cariño.

—Claro que estará rico.

Jueves 13 de junio: Descanso en el recreo

—¿Qué, está todo listo para el domingo? —preguntó Silvia cuando se sentaron en el banco de madera, cerca de la entrada.

Kaiden no pudo evitarlo: siseó entre dientes y se tapó la cara. Domingo. Cachorros. Lo había puesto a un lado con todo aquello del examen, no porque no se acordaba de que por fin era día de adopciones, sino porque había olvidado que todavía tenía que repasar la lista de «necesario» y tenía que ir a comprar.

«Es jueves. Mañana toca compra», se recordó. «Que se acabe ya este día, por Dios».

Cuando alzó la cabeza otra vez, no pudo evitar notar la mirada curiosa de un pequeño grupo a dos bancos de distancia. Las caras nuevas despiertan interés. ¿Cuántos relacionaban ya la suya con el chico templario que tenía que llegar en septiembre? ¿Cuántos lo sabían, en realidad?

—No lo sé —respondió Lluvia mientras tanto—. Quien pasa más tiempo con los cachorros es aquí el chico mudo.

La chica le dio un codazo, y Kaiden resopló y sacudió la cabeza, centrándose.

—Los perros están bien —dijo—. Yo no sé, pero parece que saben que se acerca el momento. ¿Todo el mundo lo tiene claro? Todos vais a venir y eso.

—Nada evitará que me lleve a mi cabroncete —aseguró Valentino con una gran sonrisa.

Lluvia rio por lo bajo. Después comentó:

—Tengo ganas de volver a verlos. Además, como todo somos personas cercanas, podremos verlos cuando queramos. ¡Se podría hacer hasta quedada perruna!

—¡Eso suena genial! —exclamó Silvia—. Quizá podríamos quedar algunos domingos en el establo, para que no se olviden de nadie. O llevarlos a pasear a alguna parte, todos juntos. Hay un parque muy bonito en el pueblo, ¿verdad, Pablo?

—Uy, eh, sí —respondió él tímidamente.

—Me parece genial —asintió Lluvia—. Además, así Luka también podrá jugar con todos ellos.

—Yo espero que acabe exhausto jugando solo con dos —aceptó Kaiden—. Y ellos también. Nos ahorraría muchos problemas.

—No te preocupes, será así —rio la muchacha, y él, sin pensar, estiró un brazo y le acarició la espalda, solo porque su contacto lo hacía sentir bien… y creía que a ella le pasaba lo mismo.

—Mañana iré a comprar lo que falta. ¿Quieres, no sé, algo en concreto?

—No, coge lo que creas oportuno, esta noche te daré parte de mis ahorros.

—Joder, Rain. No hace falta. Lo tengo todo calculado. Tengo un presupuesto preparado. —Se sentía extrañamente mal rechazándolo—. Bueno, está bien. Sé que quieres hacerlo y… no sé.

—Di algo como «vale, gracias». —Lluvia rio, tirándole de la mejilla, y Kaiden rodó la mirada.

—Vale, gracias —respondió, aunque lo hizo en escocés, solo por chinchar.

—Guau, ¿qué ha sido eso? —se sorprendió Valentino.

—Un idioma sensual —respondió la muchacha, divertida.

—A ver, a ver, di algo.

Kaiden frunció el ceño y le lanzó una mirada al chico. Se quedó callado. Lluvia, en cambio, alzó las cejas y le puso las manos en las mejillas, apretando para que sus labios se arrugaran en

un gesto muy poco halagador.

—*Troich, troich*… —dijo en su lugar—. *Chan, chan*…

—Igual hay que pulir el acento, pero no está mal —comentó Kaiden.

—Eras tú quien hablaba —rio ella.

—Sí, seguro…

Entonces sonó el timbre. El chico hizo una mueca. Al parecer, en todas partes era igual de estridente.

—Pues… parece que vuelvo a los exámenes —supuso.

—Irá bien —aseguró Lluvia, y le acarició el pelo, lo que le resultó muy relajante.

—Sí, irá bien. Bueno… Nos vemos para comer, ¿no?

—No, si te parece…

Su novia alzó una ceja en actitud elocuente. Kaiden se sintió tonto y se inclinó para besarla.

—Entonces, hasta luego —se despidió.

Ya había explorado el colegio, así que el chico encontró fácilmente el despacho del director. Llamó primero, por cortesía, y Edmundo le abrió. Saludó con un cabeceo, y después dijo, de aquel modo lento y peculiar:

—Pasa. El director vendrá en un minuto.

—Ah.

Titubeando, Kaiden lo siguió dentro. Su mochila seguía junto a la silla, y esta, frente al escritorio. Salvo que ahora los papeles no eran de su examen de tecnología, sino de ciencias naturales.

—¿Puedo…? —El chico se interrumpió y miró al secretario, inseguro.

—Leo los labios —respondió—. Sí, puedes empezar.

Jueves 13 de junio: La profesora

El conocimiento que Kaiden tenía del mundo natural era fragmentario, en el mejor de los casos, y buena parte de él venía gracias a Lluvia. Entre los Templarios, no era tan importante saber las partes de una célula como los biomas… y solo porque estos podían ser utilizados para rastrear con mayor eficacia.

Su novia se había ocupado de llenar alguno de los vacíos, pero el chico podía admitirlo: aquel tenía que estar siendo, a la fuerza, su peor examen. Y solo era la primera parte. ¿La segunda? Criptozoología.

Sintió que algo retorcía su estómago cuando vio la primera pregunta. «¿En qué bioma puedes encontrar el kuna?». Apenas recordaba el nombre, pero era suficiente. Entre los Templarios, se llamaba «demonio de espinas», y era una prueba de que el mal se esconde en las criaturas más inocentes.

Miró con inseguridad a Edmundo, que trabajaba en su tablet, pero alzó la vista como si detectara que había levantado la cabeza.

—¿Tienes dudas? —preguntó.

Kaiden sacudió la cabeza. ¿Dudas? No. Pero aquel examen no le gustaba. Inseguro, marcó la respuesta «todas son correctas», y continuó con el test sobre criaturas sobrenaturales que le habían enseñado a matar.

El siguiente examen fue incluso peor que aquel, en parte porque de geografía e historia españolas tenía poca idea, pero también porque ignoraba por completo la historia intrínseca de Santuario. Tuvo que dejar más de la mitad de las hojas en blanco, y supuso que se pasaría el verano estudiando ciencias sociales.

Sentirse ajeno, fuera de lugar o un farsante no era algo nuevo, pero esa sensación desagradable no se marchó cuando se rindió y fue a esperar a Lluvia frente al aula. Cerró los ojos, intentando centrarse en todo lo demás, en lo que era verdad.

Kaiden no era un templario, aunque hubiera sido educado como uno. Hacía mucho tiempo que había rechazado el Credo. Allí, en Santuario, aprendería —ya estaba aprendiendo— cómo eran las cosas de verdad. ¿No tenía un extraño vínculo con una pesadilla?

Eso lo alivió un poco. Suspirando, cogió el teléfono y revisó los mensajes. Luka había enviado una cara sonriente a la conversación de «familia». Sonrió débilmente.

—¿Qué haces tú con la tablet, *troich*? —murmuró.

Pero respondió con otra cara, lanzándole un beso a su hermanito, a su niño. Se preguntó si debería conseguirle un teléfono, uno muy sencillo, solo para lo más básico, en caso de una emergencia… pero supuso que hasta eso era susceptible de ser un juguete muy interesante en manos de un tecnópata.

Oyó pasos, y Kaiden alzó la cabeza. Una mujer joven terminó de subir las escaleras y lo miró con las cejas alzadas.

—¿Se puede saber qué haces ahí parado? —preguntó en tono acusador, y, naturalmente, en español.

—Eh… Esperar —respondió el chico lo mejor que pudo.

—No me digas que te han echado de clase.

—Que te han echado… No, no. *Let's see*. No. Acabo… acabé. Acabé mi examen.

La mujer lo miró con el ceño fruncido.

—¿Tú quién eres? —preguntó, y en lugar de parecer menos molesta, era más.

—Kaiden. Lo siento. Kaiden Aldana, estoy, ah, hago *examens* aquí.

—No eres un alumno.

—No todavía.

—Vamos a ver al…

El chico supuso que se refería al director, pero entonces las ideas conectaron. Lo miró de arriba abajo una vez, dos veces, tres, y entonces respiró hondo.

—Oh. —Y cambió a un inglés algo torpe pero entendible—. No sabía que llegaste tan pronto. Soy Mónica, la profesora de español. Tu curso no empieza, ¿no?

—No, no. El director me llamó para que hiciera algunas pruebas —explicó Kaiden con más soltura—. Para ver mi nivel y eso. He acabado con ciencias sociales, y, bueno, estoy esperando a… a mi novia para comer juntos.

—Ya. No sé si deberías estar por los pasillos en horas de clase, Kaiden.

—Pues no lo sé, pero he acabado mi prueba, así que…

—Vamos con Emma. Puedes quedarte en la conserjería hasta que sea la hora.

La mujer se volvió para guiarlo hacia las escaleras, pero el chico se quedó quieto.

—¿En conserjería, o bajo vigilancia? —preguntó, y la profesora se detuvo y lo miró—. Supongo que todos los profesores del centro saben quién soy.

—¿Eso te han dicho?

—No, pero lo imagino. Son menos de cien alumnos, así que una novedad siempre llama la atención. Y todo el mundo tiene que estar al tanto de que esa novedad es diferente a lo acostumbrado.

Mónica se volvió del todo para encararlo.

—Si quieres saberlo —dijo—, el aviso habla de un chico natural de nacionalidad inglesa que entró en Santuario en septiembre de 2001 y llegó a España en marzo de 2002. Hay poca información más. El resto no consta en los informes… al menos, no los que recibimos los profesores.

—Pero se oyen historias —supuso el chico.

—Pero se oyen historias.

Sonó el timbre. La mujer sonrió ligeramente.

—Que pases un buen día, Kaiden —se despidió.

—Vale. Igualmente, profesora.

Mónica rio.

—Los alumnos, como mucho, te llaman *profe* y tan campantes —comentó—. No está mal el cambio.

Jueves 13 de junio: La cafetería del colegio

—Uuuuhhh, la Sánchez —siseó Valentino cuando Kaiden, en la cola de la cafetería, les explicó lo sucedido en el pasillo—. No veo heridas, o sea que la has manejado bastante bien.

—Venga ya —resopló el muchacho.

—A mí me parece maja —replicó Lluvia, poniendo un ligero mohín—. Lo que es verdad que es estricta.

—La gente como Valentino le tiene miedo porque no se amedrenta con los rebeldes —explicó Silvia con una sonrisa guasona—. Pero es eso, es buena gente. Debió pensar que eras de otro colegio… o igual un adulto que se había colado.

—Claro, porque parezco de veinte —terció Kaiden con sarcasmo.

—Hay adultos que parecen jóvenes —repuso su novia, riendo—. Pero no nos engañemos, estás grandote. Comparado con ella, puedes parecer un adulto.

Él le pinchó las costillas.

—Creo que no le ha gustado encontrarse conmigo, y ya está —dijo después—. No sé. Supongo que la mayoría de profesores pensarán así.

—¿Por qué?

—Rain.

—Eso, Rain —se burló Silvia, apoyándose en la barandilla de metal a su espalda—. Vamos a ver cómo lo explica esta vez.

—No entiendo —aseguró Lluvia—. ¿Porque es nuevo? Todo el mundo cuchichea con lo nuevo, ¿es por eso?

—Vale, vale —pidió Kaiden, y suspiró, rodando la mirada y sabiendo que se había metido él solito en aquello—. Porque siempre habrá una Éléna, ¿vale? No creo que… No es algo que se pueda borrar. Mi pasado, quiero decir. Me ha dicho que no sale nada en los informes, pero se sabe de todos modos, así que… Y es lo que hay, ¿no?

Llegar a aquel precario equilibrio no estaba siendo fácil, pero tenía que resignarse a que su pasado iba a seguir ahí, y tenía que vivir con él. Si lograba llegar a esa aceptación antes de septiembre, mejor para todos.

—Creo que tú le das más importancia que nadie de aquí —repuso Lluvia con ligereza.

—Eso espero —suspiró Kaiden—. Es igual. ¿Cómo funciona la cafetería? O sea… ¿Se puede elegir, o… hay menús, o…?

—Oh, hay donde elegir, sí. Más o menos. Tienen dos menús, a veces tres, por si alguien es vegano, o tiene una alergia, o…

—Vale. —El chico miró a su novia y le acarició un mechón de pelo—. Bueno, a ver. ¿Cómo ha ido?

—¿Eh? ¿El qué?

—A ver, Rain. Tu día. Estas horas. Las clases.

—Creo que está demasiado ocupada fantaseando con un besito de su novio —comentó Silvia.

La muchacha se ruborizó intensamente, exclamando:

—¡No! ¡No es eso! Si lo quiero, lo tomo. Es… ¡Es solo que fue un cambio de tema muy bestia!

—Uy, no lo sé, quizá deberíais haceros mimitos.

Kaiden rodó la mirada. Sabía lo que pasaría, pero de todos modos se inclinó y besó a su novia. Valentino silbó. Lluvia había dicho que no era eso, pero cuando se separaron boqueó, totalmente roja.

—Ah —musitó, y el chico se derritió de ternura y la besó otra vez.

—Ya nos toca.

En la cafetería había platos donde elegir, y el servicio de comedor era un pequeño suplemento que los padres pagaban. Kaiden no era un alumno todavía, pero le habían dado permiso para utilizar los servicios. Era un detalle. De entre las opciones, escogió el pollo rebozado, bajo la promesa de que era muy jugoso, y una ensalada, para la sorpresa de la encargada, que lo miró como si tuviera dos cabezas. Pero por lo menos no se preocupó por ver una cara nueva.

Los chicos llenaban sus bandejas y se reunían en el comedor o el patio, dependiendo del clima. No había mesas numeradas ni con asignaciones, pero todo el mundo parecía tener su sitio.

El muchacho, claro, se unió a Lluvia y sus amigos en un rincón interior, al lado de la beaucarnea de la esquina; junto al árbol de elefante, que crecía alto y recio, colgaban un par de macetas de violeta africana, y había un espatifilo en la punta de la mesa. No, las mesas no tenían nombre, pero estaba muy claro que aquella, como mínimo, era para las personas con una conexión especial con las plantas.

Kaiden se quedó callado al principio, comiendo poco y observando mucho. Había ruido alrededor, pero era lógico. Y aquel pequeño grupo de amigos intercambiaban anécdotas, comentaban sucesos y hablaban de los exámenes, los estudios, los preparativos para la llegada de los cachorros. Y todo era muy normal, muy cómodo. Incluso aunque había algún despistado mirando. Incluso cuando una chica, que debía tener diecisiete años, se acercó con su bandeja.

—Hola, chicos —saludó con confianza—. ¿Puedo sentarme con vosotros?

—Claro —sonrió Lluvia—. Mientras no haya nadie con poderes de pirotecnia, seré feliz —bromeó.

—Uy, no, Alfie está enfermo. —La joven se sentó junto a Pablo, dejando su comida en la mesa, y después miró directamente a Kaiden—. No nos conocemos.

Kaiden tenía problemas para seguir la conversación, pero captaba lo esencial. La desconocida hablaba en español, deprisa y con contundencia.

—No —respondió.

—Mi novio, Kaiden —sonrió Lluvia con todo desparpajo, haciendo que a él, por lo menos, se le calentaran las orejas y el estómago—. El ser más adorable del mundo.

—Pero bueno, ¿cómo has colado a tu novio en el instituto? ¿Y por qué no sabía yo que tenías novio?

Pablo suspiró con expresión atormentada.

—Bueno, vale —continuó la chica—. En realidad sí lo sabía.

—Ya se me hacía raro. —Lluvia sacudió la cabeza—. Comenzará oficialmente en septiembre.

—Pues está muy bonito que haya aparecido ya, porque, a ver, el año que viene yo ya no estaré. ¿Cómo lo has colado? En serio.

—No lo he colado, está haciendo exámenes para ver su nivel.

—¿Por qué? —La chica miró a Kaiden con fijeza—. ¿Qué ha pasado con tu otro instituto?

—Me echaron —respondió él, muy serio, y Lluvia, divertida, le apretó las mejillas.

—Malote —bromeó, y el joven encogió un hombro.

—Vale, no —rectificó—. No pueden, eh… ¿Cómo es? *Transfer*.

—Transferir —ayudó Silvia.

—Transferir mi *curriculum*.

—Tú no eres de aquí —supuso la desconocida.

—No.

—Es escocés —explicó Lluvia—, así que le toca ponerse las pilas.

—Uuuy, por eso el acentaco. Es interesante. ¿Y cómo lo llevas? ¿Te enteras de todo?

—Más o menos… —respondió Kaiden.

—Está aprendiendo rápido y bien, aunque no lo admita —repuso su novia.

—Ya lo veo, bueno, lo estoy oyendo. Eso está muy bien, la verdad, se nota que eres listo. ¿Qué te va pareciendo por ahora?

Cuando se acabó la comida, la muchacha los siguió para pasear por el patio o arrinconarse para charlar. Cuando se fue, Kaiden todavía no sabía ni cómo se llamaba, pero suponía que era una amiga.

Jueves 13 de junio: Cucharillas

El último examen de Kaiden, a las tres de la tarde, era inusitadamente sencillo… y muy perturbador.

La asignatura de habilidades estaba pensada para que los jóvenes estuvieran en contacto con la mayor parte de poderes con los que podían encontrarse en Santuario o fuera de él. El chico no reconocía la gran mayoría de los términos usados, pero se hacía una idea. No le sonaba el término «hidrópata», pero sí «hidrógono»: era el vástago de un demonio de agua. Por lógica, entonces, el primero tenía que ser una persona que controlara el agua.

Tampoco sabía la diferencia entre mentalista y telépata, o entre telekinético y telekineo, pero pese a todo, el examen procedió bien. Y eso es lo que le revolvía el estómago.

}.{

Lluvia terminó con la clase de las tres. La última hora era la mal llamada «hora libre», que en realidad trataba sobre nutrir el propio poder. Recogió, como sus compañeros, y al salir no vio a Kaiden. No debía haber acabado su último examen.

La chica se sintió tentada de ir a buscarlo, pero posiblemente no era buena idea. De todos modos, tenía que ir a cuidar y nutrir unas amigas. ¿Qué iba a hacer, esperar a que el muchacho acabara? ¿Y entonces qué? Pero le gustaría llevarlo consigo a su zona de confort.

Durante el día, Lluvia gastaba algo que la habían ayudado a llamar «cucharillas», una forma de llamar a su energía. Normalmente se gestionaba bien, porque conocía su rutina y no se alteraba, pero Kaiden la había roto. No era algo malo, porque lo adoraba, pero… la distribución de su tiempo y sus cucharillas estaba hecha un desastre. En aquellos momentos, sin ir más lejos, estaba agotada. Ni siquiera sabía si podría utilizar su poder.

Fue a clase de todos modos, como debía, y el maestro Almeida la recibió con su habitual calma.

—Te veo un poco cansada hoy, *broto* —le dijo—. Pon esto en tu rincón y no te esfuerces mucho.

Le dio una prehnita verde, una de las gemas asociadas con la naturaleza, y la dejó para que hiciera lo que quisiera. Eso era lo normal en él. La muchacha no debería sorprenderse de que su profesor hubiera notado algo; había aprendido con el tiempo que las personas afines a las plantas eran más sensibles en general, y detectaban fácilmente los cambios en la vibración, la energía, o falta de ella.

¿Era ella como esas personas sensibles? Bueno, Lluvia no estaba segura. Le parecían muy complicadas. Giró lentamente la gema entre sus dedos, preguntándose por qué aquella y no otra. Nunca había sido una gran aficionada a ellas, quizá por falta de tiempo, pero eran bonitas. Quizá era buena idea comenzar a estudiarlas.

La muchacha fue hacia los libros de consulta, dispuestos en la estantería nacida del propio árbol. No había ninguno que hablara de gemas, pero aquella tenía que tener alguna relación con las plantas, así que, falta de energía que gastar, pasaría la hora investigando.

Llevaba pocos minutos cuando el profesor se acercó a ella y le tocó el hombro con ligereza.

—Lluvia, creo que tienes una visita —le dijo.

La pobre, que se centraba mucho en lo que hacía, dio un respingo y ahogó un grito. Perdía el

mundo de vista cuando hacía algo que le interesaba. Lo miró con los ojos desorbitados, y parpadeó, intentando recuperar la noción de lo que la rodeaba.

—¿Visita? —repitió, y después se levantó de golpe—. ¿Kaiden?

—Está claro que os conocéis —rio el maestro Almeida, poco preocupado por la reacción de su alumna, y señaló hacia la entrada del jardín.

El chico estaba allí, con la mochila colgada de un hombro y las manos en los bolsillos. Tenía los hombros y la cabeza baja, y parecía agotado. No había entrado.

—¿Puedo enseñarle cómo trabajamos aquí? —preguntó la chica—. Pronto comenzará a asistir al instituto. Es un chico natural, pero me gusta que aprenda sobre otras habilidades.

Especialmente la suya y la de su hermano. El profesor sonrió suavemente.

—Que pase —respondió—. De todos modos será poco más de media hora, y sospecho que su compañía te hará bien, viendo cómo hablas de él.

Lluvia lo miró, emocionada.

—Gracias —dijo, sonriendo, y después fue a la entrada—. Kai —lo llamó, aunque no demasiado alto, para no molestar a los demás.

Él alzó la cabeza. Respiró hondo, levantando ligeramente los hombros. También parecía haberse quedado sin cucharillas.

—Eh, guapa —saludó, y le acarició la cintura—. ¿Molesto mucho? Le pregunté a tu profesor si podía quedarme por aquí.

—No molestas en absoluto. —La muchacha lo tomó de la mano con suavidad—. Ven, entra. Deja tu mochila con la mía y te enseñaré lo que estaba haciendo.

—Vale. Um… ¿Puedo…? A ver. ¿Puedo abrazarte un momento?

Lluvia se sonrojó, pero estaba segura de que nadie se molestaría: todos estaban entretenidos, practicando. Así pues, ella misma se acercó para abrazarlo, y lo notó suspirar entre sus brazos.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí. No. No lo sé. Estoy cansado. —Kaiden la rodeó también, apoyando la mejilla sobre su cabeza—. Ha sido… duro.

—Oh, lo sé. Entiendo bien ese gasto de energías. —La chica le acarició la nuca—. Pero ya está.

—Sí —suspiró su novio, respirando hondo—. Ya está. Se ha acabado.

Lluvia lo llevó hasta los estantes y le enseñó el libro que estaba mirando y la gema que el maestro Almeida le había dado. En poco rato, Kaiden parecía estar menos apagado. Para cuando sonó el timbre, se sentía bastante mejor, y los dos salieron para coger el autobús.

Domingo 16 de junio: Adopciones

El domingo por la mañana, hasta Charles y Sandra estaban nerviosos. Era contagioso: Luka no había pegado ojo porque sabía que aquel era un día muy especial, y estaba ansioso por llevar a casa a los perritos.

La familia se reunió con amigos y familiares de estos. La emoción era como el zumbido en un panal: ni siquiera Pablo podía estarse quieto, quizá porque había estado a punto de no conseguir su cachorrito.

—No te arrepentirás, de verdad —le aseguró a su madre por enésima vez, y esta, sonriendo, sacudió la cabeza.

—Eso espero, cariño —respondió, y se agachó para acariciar la cabeza de Reina, que la miraba con ojos soñadores.

A Valentino lo acompañaban sus dos hermanos mayores, no sus padres; por lo visto, ella era piloto y él el azafato de un avión privado de los tantos que Santuario utilizaba para viajes internacionales. El chico estaba acostumbrado a ese ir y venir, y lo habían criado sus hermanos, de los que había aprendido a hablar en broma de casi todo.

En cuanto a Silvia, venía con su bisabuela, una mujer pequeñita y arrugada que despertó todos los instintos protectores de Kaiden, que le trajo una silla en cuanto la vio. La chica cogió a Joy y la puso en el regazo de la anciana, que reía y acariciaba a la cachorra como si fuera una niña.

No era un proceso demasiado serio. Allí no había papeles que firmar, pero Sandra y Héctor hablaban con todo el mundo, solventaban dudas y daban consejos. Y mientras tanto, Kaiden, con el corazón latiendo con fuerza, les ponía los collares a sus chicos. Desconcertado, Bruma se tiró al suelo como fulminado por un rayo, y Coco se puso a rascarse.

—Sí, vale, son nuevos, pero hay que apañarse, ¿no? —les dijo—. Venga, que ya habéis llevado collares otros días. No por nada llevamos una semana entera acostumbrándoos a estas cosas.

—Oh, pero es como si yo te pongo una gargantilla —replicó Lluvia, tocándole el cuello con un dedo que le provocó un escalofrío más bien agradable—. Seguro que al principio te molesta.

—No sé, hazlo otra vez.

Ella rio por lo bajo y lo repitió.

—O quizá sí te guste —comentó, divertida, y Kaiden encogió un hombro.

—Me gusta que me toques. Joder, qué mal suena eso.

—Uy, no —se metió Valentino—. Seguid, por favor.

—Mirón —acusó la muchacha con un ligero mohín, y su amigo se echó a reír.

Pablo y su madre fueron los primeros en marcharse… con la elegante y cariñosa Reina con su collar, su correa y toda su curiosidad por el coche. Poco después, el padre de Silvia vino a recogerlas, y era innegable que se quedó prendado de Joy. El último en marcharse fue Valentino. En la cuadra de los cachorros quedaron los tres restantes.

—¿Preparados? —preguntó Sandra—. ¿O queréis ir a saludar por ahí antes de irnos?

—Estoy bastante segura de que Kai quiere pasarse a saludar a su amistad especial —dijo Lluvia, y el chico rodó la mirada.

—Podemos ir a ver a Brownie —comentó.

—Eso también lo daba por hecho.

Ella rio, tranquila, y él se inclinó para besarla en el hombro.

—Volvemos ahora y nos vamos a casa —aventuró el muchacho, mirando a Charles y a Sandra.

—Claro, nosotros nos quedaremos por aquí un rato —respondió el hombre.

—Vale. *Troich*, ¿vienes?

Luka se lo pensó, intentando coger a Bruma en brazos con un éxito más bien relativo, pero al final dejó al cachorro en el suelo y se enganchó a la pierna de su hermano.

—No te preocupes, Luka —lo animó Lluvia—. A partir de ahora, podrás estar siempre que quieras con tus dos mejores amigos.

Al niño le brillaron los ojos cuando sonrió. Estaba extasiado con lo de los cachorros.

—Anda, vamos —dijo Kaiden—. Igual hasta pasamos a saludar a Cachivache.

—¡Vale! —exclamó el niño, a punto de explotar de contento.

}.{

Los caballos estaban en el corral grande, pero Brownie, con un sexto sentido para presentir a su chica favorita, ya corría hacia ellos en cuanto se acercaron al cerco. Lluvia no pudo evitar emocionarse al verla acudir de aquel modo. Corrió a recibirla, abrazándose a su cuello en cuanto la tuvo a su alcance.

—Hola, guapa —saludó—. ¿Te están mimando mucho?

La yegua manoteó con entusiasmo, resoplando, y frotó la cabeza contra la espalda de la muchacha. Entre tanto, Kaiden subió a Luka a la barandilla y cruzó los brazos a su alrededor para evitar que se cayera.

Lluvia besó a Brownie en la frente y después se puso a hablar con ella:

—¿Sabes? Hemos venido a buscar unos cachorritos. Vamos a cuidarlos, pero, aunque tengamos nuevos miembros en la familia, no significa que no vaya a venir a verte. Cuando tengamos un rato, vendremos y montaremos largo y tendido.

—Quizá cuando se acaben los exámenes podríamos ir a una excursión a caballo o algo —propuso Kaiden.

—Eso sería genial. —La chica lo miró—. Quién sabe, quizá tu amistad especial te deja montar.

—Buff. ¿Sombra? Buff. Me tira.

Pero la idea estaba plantada.

Domingo 16 de junio: Madre e hija

Los cachorros se volvieron locos en el viaje de camino a casa. Fueron a pie, en parte para quemar energías, y en parte porque la idea de subirlos a un coche era… bueno, demasiado, yendo toda la familia.

No estaban absolutamente nada cansados cuando llegaron. Por recomendación de Sandra, los dejaron explorar el edificio a su antojo, y entre tanto ella y Lluvia se ocuparon de hacer la comida. La casa estaba llena del ruidito de las pisadas, los gemidos y ladridos, las risas de Luka.

—Está bien esto de tener una mascota en casa, ¿eh? —comentó la mujer—. O dos.

—Desde luego, no será por cachorritos —repuso su hija—. Ya tenemos cuatro.

—Sí, creo que es hora de parar, ¿no crees?

—Un poco, sí, al menos hasta que alguno de ellos sea un poco mayor —rio Lluvia—. Pero es bueno para Luka tener mascota, podrá socializar más. Y me da en la nariz que también lo será para Océano.

Sandra sonrió y le acarició la espalda con suavidad.

—¿Sabes? —dijo—. Una vez estuve a punto de traerte un pájaro.

—¿En serio? Hubiera sido divertido. Tienen un canto agradable, algunos, al menos.

—Algunos. Este en concreto, no mucho, pero podía hablar. Más o menos. Era el padre de Munin, un cuervo, pero era blanco. Un caso especial. Era muy poquita cosa, y pensé… «¿Qué daño puede hacer? Aunque las normas de la residencia digan que no a los animales, nadie se enterará». —La mujer sacudió la cabeza—. Cuando dejo de pensar con claridad, tengo a tu padre para que me ancle.

—Hubiera estado bien no hacerle caso por una vez —repuso la chica, divertida.

—Oh, eso te hubiera gustado, ¿eh? ¿Tener un cuervo blanco como mascota?

—Me habría encantado. Y a ti también. Tendrías otro amigo con quien hablar.

—Nunca me he sentido falta de amistades, cielo. ¿Y tú?

—No. A veces he sentido que me sobran… No por nada, porque a veces no puedo gestionarme bien, y…

Era complicado, pensó Lluvia. A veces, hablar con ciertas personas gastaba su energía, por mucho que las quisiera, y con otras no, porque formaban parte de su día a día. Eso, su madre lo sabía. Con una sonrisa comprensiva, volvió a acariciarla, y después recuperó la espátula para dar una vuelta a la olla.

—¿Estás bien? —le preguntó, no obstante.

—Sí, solo que hoy hemos socializado… mucho. Ahora me siento bien, cansada pero bien. Estamos en casa.

—Sí que lo estamos. ¿Quieres que me ocupe yo de la cocina, e ir al jardín un rato? Me consta que tienes un buen montón de amigas ahí fuera. Kaiden no ha dejado morir ni una.

Lluvia rio, pero dijo:

—Me gusta pasar tiempo contigo también, y últimamente no estamos tanto juntas.

—¡Qué me vas a contar! Mientras tu padre estuvo fuera, antes de todo esto, el trabajo en el establo era ligero y podía pasar casi todas las tardes contigo. Las cosas cambian. Pero, eh. —Sandra la empujó ligeramente con la cadera—. Podemos disfrutar de estos ratitos… y siempre que lo necesites.

—Oh, vamos, no hables como si solo los necesitara yo —repuso la chica, haciendo un mohín, y después bromeó—: ¿O es que no me quieres?

—¡Ay, cariño, más que a mi vida! No sé qué haría si algo os pasara a ti o a Océano. —La mujer alzó las cejas—. Qué dramática me he puesto, ¿no?

—No, solo una mami preocupada.

Lluvia la abrazó. Como pasaban juntas menos tiempo que antes, ahora notaba su olor con más claridad. Era como en casa, pero… ya no exactamente *su* casa. En cierto modo, aquello la entristecía.

Una ristra de ladridos interrumpió el momento. Bruma derrapó desde el comedor hasta la cocina y se estrelló contra sus piernas, comenzando a dar saltitos en busca de un poco de cariño.

—Me da la impresión —dijo Sandra con una sonrisa— de que a alguien le gustas mucho.

—Oh, yo creo que le gustamos todos —aseguró la chica, agachándose para coger al cachorro y frotar la cara en su suave pelaje gris.

—Eso también, pero sospecho que eres su favorita. Le gusta tu tranquilidad.

—¿Tranquilidad? —se sorprendió Lluvia, con los ojos abiertos de par en par—. ¿Yo?

—Claro que sí. Transmites mucha paz a los animales. Y a la gente. —Sandra alzó la vista—. Seguro que Kaiden coincide conmigo.

El muchacho estaba bajo la puerta, con los brazos cruzados y un hombro apoyado en la pared.

—Muy apropiado —respondió—. Creo que Bruma quería ver a su humana favorita antes de seguir corriendo por ahí. Voy a llevarlos al patio. Protegeré tus plantas con mi vida.

Lluvia rio por lo bajo y le alargó al cachorro. Kaiden lo cogió con un brazo, y el perro le lamió la cara.

—Qué buen caballero —comentó la chica.

—Más me vale, princesa —respondió él.

}.{

Sandra se ofreció a quedarse aquella primera noche, para facilitar las cosas, pero Kaiden se negó.

—Más me vale demostrar que puedo hacerlo, ¿no? —respondió, y aquella era posiblemente la palabra adecuada, «demostrar» que podía—. Tranquila. Nos apañaremos bien. Y si pasa algo, te llamo.

Todos se marcharon, y en casa solo quedaron los cachorros, Kaiden y Luka. Los más pequeños parecían todos exhaustos después de un día de emociones, y el chico los encontró a todos juntos en una de las camas caninas.

—Qué demonios —suspiró—. Es la primera noche.

Trajo una manta para arropar a su hermano, y él se echó en el sofá.

[22:17] Kaiden: creo que va a ser una noche muy larga
[22:17] Kaiden: espero que la tuya no
[22:18] Lluvia: Larga por qué? XD

Kaiden se sentó e hizo una fotografía al rincón donde dormían los dos perros y el niño. Después se la mandó a su novia.

[22:19] Lluvia: Ya veo… mientras no pille tortícolis

[22:19] Lluvia: No creo que pase nada más que eso
[22:19] Lluvia: Intenta dormir, grandullón
[22:20] Kaiden: tu tambien princesa

Lunes 17 de junio: Noche de perros

Fue una noche complicada. Bruma fue el primero en despertarse, lloriqueando al verse en un lugar desconocido. Esto despertó a Coco y también a Luka, aunque Kaiden ya estaba ahí para cogerlo y mimarlo.

Se volvieron a dormir en seguida, pero después el otro cachorro se levantó con ganas de hacer pis, y el chico lo sacó al patio. Después, el niño se despertó con un puchero, diciendo que «le dolía dormir», y su hermano lo llevó a la cama. Luego, los dos perros se levantaron y comenzaron a moverse por todas partes, inquietos, y Kaiden tardó una hora en ponerlos a dormir otra vez.

A las seis y media, el chico estaba demasiado cansado para pensar, pero la idea de no ir a despedir a Lluvia lo hacía sentir desleal. Le gustaba darle un beso por la mañana cuando subía al autobús.

Con un agotado suspiro, cogió el teléfono. No recordaba haber estado tan exhausto en la vida. Pero no escribió a su novia.

[06:28] Kaiden: Hola
[06:28] Yves: Buenos días :)
[06:28] Yves: Madrugador como siempre.
[06:29] Kaiden: hoy desearia no serlo la verdad
[06:29] Kaiden: crees que puedes conectart a la tablet de luka y vigilar durante un rato?
[06:29] Yves: Naturalmente
[06:29] Yves: Si se despierta, me aseguraré de decirle que no haga mucho ruido.
[06:30] Kaiden: no o sea
[06:30] Kaiden: quiero salir un momento para despedir a lluvia pero no quier despertarlo y eso
[06:31] Yves: Oh, comprendo.
[06:31] Yves: Discúlpame.
[06:31] Yves: Si dejas el teléfono junto a los perros, también puedo asegurarme de vigilar.
[06:31] Yves: Puedo reproducir esos sonidos que tanto les gusta y que solo oyen ellos, así estarán entretenidos unos minutos, al menos :)
[06:32] Kaiden: me salvas la vida

}.{

Kaiden estaba en la puerta de la residencia cuando Lluvia salió, sentado en la bicicleta pero apoyado en la pared y con los ojos cerrados. La muchacha fue hacia él, ladeando la cabeza, y le tocó suavemente el cabello, llamándolo:

—¿Kai?

—Sí. —El chico se enderezó bruscamente—. Hola. ¿Cuánto llevas ahí? No estaba dormido. ¿Qué hora es?

Ella lo miró, preocupada.

—¿No has podido descansar?

—No, la verdad. Cualquiera diría que después de pasarme meses robando cabezadas en casas

ajenas y en pleno bosque, una noche con un niño y dos perros no me supondría un problema. Joder. —Kaiden se frotó la cara—. Hola.

—¿Qué tal si hablas con mi padre…? Quizá pueda quedarse en casa con Luka y los perritos, y tú dormir.

La posibilidad resultaba increíblemente tentadora. El muchacho sacudió la cabeza.

—¿Cuándo me he vuelto así de blando? —se quejó, y después se inclinó para darle un beso en los labios a su novia—. Gracias, Rain. Estoy bien, en serio.

—No, díselo a mi padre o no me quedaré tranquila. Por cierto, no, no eres blando, es que confías en otras personas, que es muy diferente.

Eso, supuso, era algo bueno.

—Vale. Se lo diré.

Charles llegó con Océano mientras Kaiden le ponía el desayuno a Luka. Lo hizo cargado con una bolsa llena de golosinas para perro, juguetes nuevos y un libro de cuentos en español.

—Por Dios, pero si solo necesito una hora para cerrar los ojos —musitó el chico, sintiéndose terriblemente mal.

—Que sean dos —respondió el hombre con buen ánimo—. Yo me ocupo de todo. Uy, qué ganas tengo de pasar la mañana con todo este montón de pequeñajos. Por cierto. —Le pasó un pequeño paquete, y en su interior había tapones para los oídos—. Sospecho que haremos ruido.

Kaiden resopló, con una sensación agradable en el pecho, y fue a despedirse de su hermano.

}.{

Luka sintió un momento de desconcierto al ver a su padre marcharse a dormir, pero no estaba preocupado. Lo dejaba a salvo, pensaba, en casa, con alguien en quien confiaba, y con los cachorros. Así que le dio las buenas noches, dándole un fuerte abrazo, y se volvió hacia Charles.

El hombre era siempre alegre y muy bueno. Luka lo quería mucho. El niño apenas recordaba el pasado, salvo flashes, súbitas sensaciones, una imagen parpadeando tras sus ojos. Se acordaba vagamente de Bélgica, y un poco más de Carcassonne, y ya casi nunca se despertaba asustado.

Charles sonrió, y el pequeño le devolvió el gesto y se lanzó a sus brazos. Riendo, el empático lo levantó del suelo, y los perros se pusieron a saltar a sus pies.

—¿Qué, vamos a jugar? —preguntó el hombre animadamente.

—¡Sí! —respondió el niño en español, y Charles se echó a reír.

—Mírate, si ya pareces nativo y todo.

Luka amplió la sonrisa y se abrazó a su cuello. Le gustaba su vida. Le gustaba la casa, los cachorros, visitar el establo y pasar alguna noche en la residencia. Le gustaba la guardería, aunque no había sido fácil acostumbrarse, y también saber que Kaiden se iba a veces, pero siempre volvía.

Le gustaba, sobre todo, su familia. No podría ser un niño más feliz.

}.{

Kaiden despertó desorientado y con un súbito momento de pánico. ¿Dónde estaba Lluvia? ¿Y Luka? ¿Qué hora era? Se sentó y fue a buscar el cuchillo bajo el colchón, pero se detuvo cuando sus dedos rozaron la empuñadura. Oía risas y ladridos. El alivio lo ablandó como si fuera mantequilla al sol.

—Ay, Dios —suspiró, enderezándose, y se frotó la cara, mirando el reloj—. Joder, las doce.

Mierda.

Se levantó de un salto. Mientras se ponía los zapatos y salía de la habitación, era muy consciente de lo bien que le habían venido aquellas tres horas de sueño. Y del tirón, además, lo que era raro… y también algo bueno.

Bajó al comedor, donde vio a Charles atrapado bajo los cachorros y el niño. Luka reía como un condenado, haciéndole cosquillas al hombre. Si lo hacía con éxito, Kaiden no lo sabía, pero el empático se reía. Océano estaba sentado en el moisés, mirándolo todo con aquellos ojos sabios y serios.

Entonces el pequeño lo detectó, como si tuviera un sexto sentido, y se giró. Se le iluminaron los ojos.

—¡Papa! —exclamó, abandonó a Charles y corrió a abrazarlo.

—Hola, *troich*, buenos días —saludó él, agachándose para estrecharlo—. ¿Qué, te lo pasas bien?

—¡*Tha*! ¡*Emo* hablado *epaniol*!

—¿Ah, sí? A este paso lo hablarás mejor que yo, me voy a quedar atrás.

—Como no te pongas las pilas, no te quepa duda —comentó el hombre, sentándose en el suelo con una sonrisa guasona—. Estaba pensando en preparar macarrones.

—Yo lo hago. ¿Te quedas a comer?

—Si me invitas.

—Claro que te invito.

Estrechó a su hermano y luego se levantó. Coco trotó a sus pies y se sentó, mirándolo con solemnidad.

—¿Qué hay, *cú*? —saludó, inclinándose para acariciarle las orejas—. ¿Vigilando que todo marche bien? Así me gusta. Sigue así y te ganarás un hueso. ¡No! Nada de huesos, joder, Sandra me dijo que los huesos no son tan buenos como los pintan. —Kaiden sacudió la cabeza—. Macarrones. Voy.

}.{

Cuando fueron a buscar a Lluvia a la puerta de la residencia, el chico se veía mucho mejor que por la mañana, y en aquella ocasión, aunque iba sin bicicleta, llevaba a los dos perros y al niño. La muchacha se alegró de la mejoría: se notaba —y eso la ponía muy feliz— que confiaba en otros, que delegaba. Eso, en Kaiden, era una victoria.

Cuando bajó del autobús, Lluvia se colocó mejor la mochila y después tendió los brazos, muy consciente de que tenía una familia extremadamente cariñosa. Luka rio y corrió a abrazarse a su cintura. Los perros tiraban de las correas, y Kaiden, con una ligerísima sonrisa en la boca, se agachó para coger a Bruma y acercárselo a su novia. El cachorro, extasiado, comenzó a lamerle la cara. Ella cerró un ojo, divertida.

—Sois todos unas lapas pegajosas —bromeó—. Pero os quiero igual.

—Bueno, más vale —respondió el chico, y bajó al perro para inclinarse y besarla en los labios—. Bienvenida. ¿Hace un paseo?

Miércoles 19 de junio: Carrera de caballos

El miércoles, Kaiden llevó a Luka a la guardería, y el niño tuvo lo que era, posiblemente, su primera pataleta.

—¡Noooooooo! —lloriqueó sin lágrimas, dando brincos—. ¡*Quero quedame co lo perito*!

Posiblemente, el mayor estaba tan sorprendido como el pequeño, que se dio cuenta en seguida del berrinche que estaba teniendo y bajó la cabeza.

—*O sento* —musitó, hablando peor que de costumbre.

—No pasa nada, Luka. —Kaiden se agachó para ponerse a su altura—. Pero solo voy a llevar a los cachorros a ver a Rayo y los demás animales, y tú tienes que jugar con tus amigos, ¿no te parece? ¿No los has echado de menos?

—No…

—Bueno, igual ellos a ti sí. Eh, *troich*. —El chico le acarició la cabeza, y el niño, frunciendo los labios, lanzó un lento, teatral suspiro—. A mediodía, los perritos y yo estaremos aquí, como siempre. ¿Vale?

—*Tha*…

Luka lo abrazó largamente, y también a los cachorros. Después se marchó, cabizbajo y arrastrando los pies, a reunirse con los monitores.

—¿Es normal que se me parta el alma? —preguntó Kaiden, muy serio, y Charles se echó a reír, meciendo el carrito de Océano.

—Uy, y espera a que vaya al colegio. Tendrás dos dramas: cuando se va muy triste porque no quiere, y cuando se va muy contento porque va loco por reunirse con los amigos.

—Mierda.

—La vida de los padres es muy dura, chico.

Los perros habían estado como locos al dejar el establo y pasear por el pueblo; al regresar, estaban igual de locos. Se oían los ladridos de Rayo prácticamente desde la entrada, y, para cuando Kaiden llegó al corral pequeño, le dolía el brazo de los tirones de correa, pero no podía evitar una pequeña sonrisa tirándole de la comisura de la boca.

—No se olvidan de sus hermanitos, ¿eh? —comentó Héctor, que estaba limpiando la cuadra más cercana.

—Qué va —respondió el chico—. ¿Puedo meterlos?

—Pues claro. El corral está listo para que corran y jueguen, y no se escapen hasta que sean un poco mayores, ya sabes.

—Eso me ha dicho Sandra. —Rayo saltaba como loco contra la reja, y, por encima, el pony gris asomaba la cabeza, moviendo los belfos en una mueca divertida—. Hola a ti también, Cachivache.

Kaiden repartió caricias y algunas chuches, tanto caninas como de zanahoria, y después metió a los dos cachorros en el corral, despidiéndose. Bruma se puso a olfatear a Rayo, ambos muy contentos, pero Coco se sentó, mirándolo con solemnidad, y el muchacho se sintió rastrero por segunda vez en lo que llevaba de día.

«Joder», pensó, y se agachó para cogerlo en brazos de nuevo y frotar la cara contra su lomo.

—No me mires así —masculló—. Vuelvo a las once. Hay que ganarse el pienso, ¿sabes?

Mira, esa es una buena idea. Cuando te hagas mayor, tú también te pones a trabajar.

Lo volvió a dejar en el corral, y esta vez resistió su mirada. Frotó el hocico de Cachivache una vez más y después se acercó a Héctor, que, sonriendo con simpatía, le dio una pala para ayudar con la limpieza de las cuadras.

Kaiden acarreó heno sucio y limpio, barrió y fregó, y estaba poniendo comida en el enorme cajón de lo que parecían cerdos —pero, por sus colores, definitivamente no lo eran— cuando se le acercó Celia, que siempre corría a todas partes y parecía muy nerviosa.

—¡Hola! —exclamó la mujer en español—. ¿Tienes un minuto?

—Claro —respondió el chico.

—Estás a punto de acabar, ¿verdad? Siempre vas rápido.

—Cuando termine con esto voy a ver qué más me pide Sandra.

—¿Crees que podrías darle un paseo a Lori? Ha pedido montar un rato, pero Manu está enfermo, así que estamos cortos de manos.

Kaiden tuvo que pedir que se lo repitiera, y Celia, sabiendo que estaba aprendiendo español, lo hizo con más lentitud, aunque era evidente que le costaba. El chico dio un respingo.

—Sí, claro. Um… —Se miró el reloj de muñeca—. Sí, creo que puedo sacarla media hora. ¿Está bien eso?

—Claro, todo le vendrá bien, solo quiere un rato. Contra lo que la gente cree, a muchos caballos les gusta pasear con humanos.

El chico estuvo analizando la frase mientras terminaba sus tareas, porque la mujer se había ido antes de pedirle que la repitiera. Lluvia le había dicho algo parecido, una vez. Lo había aprendido ya de niña, cuando su madre la enseñó a cabalgar. Igual que muchos perros querían compartir sus vidas con las personas, muchos caballos disfrutaban de la conexión que se forja con un jinete.

Mientras se despedía de los no-cerdos y trotaba hacia el establo grande, se repetía las palabras en español en su cabeza, sobre todo las que eran más diferentes. «Humano» era bastante fácil. «Cabalgar» era totalmente nueva, porque en inglés se «cabalgaba» tanto un caballo como una bicicleta, pero no en español.

—Hola, bonita —saludó al llegar—. Me han dicho que necesitas un poco de compañía.

Lori estaba en su cuadra, y Kaiden le dio unos trozos de manzana mientras la sacaba, le ponía el cabestro y la llevaba a la puerta para cepillarla y ponerle la silla y las riendas.

—Creo que te vendría mejor un paseo por el campo, pero no tengo mucho tiempo —se excusó—. ¿Te parece dar unas vueltas al grande? Y nos echamos a correr, ¿qué me dices?

La llevó al picadero más grande, el que cubría grandes pastos próximos al establo. Allí había otros caballos, vacas, y unos animales que le habían parecido toros pequeños pero no lo eran.

Montó con soltura, y por un momento se quedó sorprendido. Recordaba el primer día, cuando le había dado cierta aprensión. Pero montar… *cabalgar* era muy fácil. Había pensado que exigía un mayor equilibrio, pero en realidad el lomo de un caballo era muy estable, e incluso al galopar todo era cuestión de armonía.

Chasqueó la lengua, tal y como le habían enseñado, y Lori comenzó a caminar. Calentarían un minuto, supuso, y después apretarían el paso. Andar también estaba bien, pensó, mirando al cielo y palmeando el firme cuello de la yegua. Era un día despejado y caluroso.

De pronto la yegua dio un brinco y se estremeció entre sus piernas. Kaiden aferró las riendas y apretó las rodillas, pero se relajó en seguida.

—Oh, tranquila, chica, solo es Sombra —le dijo, acariciándola—. Hola, Sombra. Pórtate bien. Lori es una chica sensible. No la vayas azuzando.

La burüka se puso de lado y parpadeó repetidamente, con inocencia. El chico sabía que era una potrilla traviesa, lo había dejado claro, pero no era mala. Estiró el brazo y le acarició la roja, juguetona crin.

—Lori necesitaba un paseo, así que aquí estoy —explicó—. ¿Qué, te quieres venir? Aquí donde la ves, es bastante rápida. Mucho más que yo. ¿Hace una carrera?

Sombra giró sobre sí misma y alineó su cuerpo con el de la yegua mayor, que, por el movimiento de las orejas, no estaba muy segura con su compañía. Pero eso, pensó Kaiden, también era algo normal. Le habían explicado que la mayoría de animales estaban nerviosos cerca de la pesadilla.

—Tranquila —le susurró, palmeándole el cuello—. Ya verás que Sombra es una buena chica. Solo quiere un poco de caso, ¿verdad, cabronceta? Venga, vamos a correr. A la de una… a la de dos…

Chasqueó la lengua y taloneó con suavidad, y Lori, reconociendo las instrucciones, cambió de paso a galope en un instante. Se echó a correr hacia el olivo que había al otro lado del picadero, y Sombra, con un grave relincho, la siguió.

Kaiden estaba completamente seguro de que la burüka los había dejado ganar… aunque fuera solo por una cabeza. Cuando llegaron al árbol, incluso él resollaba.

—Tenemos que hacer esto más a menudo.

Miércoles 19 de junio: Santana

El timbre sonó mientras Kaiden estaba en la ducha.

—¡Mierda! —exclamó, apresurándose a apagar el agua.

—¡Papa, la *puelta*! —llamó Luka desde su habitación.

—¡Ya lo sé! ¡Joder! ¡Ve tú, pero no abras, ¿eh?! ¡Di que ahora voy!

—¡Vale!

Oyó los apresurados pasos del niño en dirección a la planta inferior, y se recordó que tenía que explicarle, otra vez, que no se corría por las escaleras. Se puso los calzoncillos y los pantalones sin secarse y se echó la toalla al cuello para salir a toda prisa, descalzo.

Su hermano estaba en el recibidor, haciendo lo que le habían mandado, con los cachorros saltando a su alrededor y olfateando la puerta.

—¡Ah! —exclamó el pequeño—. Ya *ta qui*.

—Joder, joder, joder —masculló Kaiden, yendo a abrir, intentando que los perros no salieran disparados—. Lo siento, yo… —Se quedó quieto—. Hola, señor Mendoza. Estaba en la ducha.

—Eso nos han dicho —asintió el supervisor con una leve sonrisa, y el chico estaba casi seguro de que había venido a aquellas horas completamente adrede—. Me preguntaba si tienes espacio para un par de invitados imprevistos. La señorita Santana acaba de llegar de Salamanca.

Kaiden miró a la mujer que lo acompañaba, una joven vestida con blusa liviana y vaqueros ajustados, de pelo suelto y ondulado y ojos seguros.

—Tenía que llegar a media mañana, pero mi autobús se retrasó bastante —dijo… y lo hizo completamente en español—. He llegado cansada y famélica.

—Claro —respondió el chico en el mismo idioma, titubeando, y les cedió el paso—. Hay *salada*, eh, ensalada de pasta, pero puedo hacer otra cosa o algo.

—Eso suena bien, hace mucho calor —aseguró el señor Mendoza—. Gracias, Kaiden.

Al entrar, el supervisor saludó a Luka con normalidad, y el niño hizo lo mismo, porque estaba acostumbrado a sus súbitas apariciones. La mujer le dedicó una sonrisa al pequeño y se agachó para tenderle la mano y comenzar a acariciar a los cachorros, que recibieron a los extraños con curiosidad.

—Estos son los chicos, ¿eh? —comentó el hombre con su inglés de fuerte acento.

—Bruma y Coco. Ya ve. Son muy buenos, no muerden ni nada, pero son unos cotillas.

—Ya lo veo.

Sintiéndose muy torpe, Kaiden los llevó al comedor, sacó la ensalada de la nevera, corrió a arreglar el baño y volvió a bajar para poner la mesa para cuatro. Y entre tanto, aquella mujer comenzó a interrogarlo en español.

—¿Cuánto hace que vives aquí?

—Cuánto hace… um, *tri*… tres meses. Más o menos.

—No hablabas el idioma antes de llegar, ¿verdad?

—No.

—Pero hablas otros.

—*Yeah*, dos. Inglés y *scots*… escocés. Gaélico.

—Tengo entendido que el escocés es muy difícil.

Kaiden se encogió de hombros. Terminó de poner la mesa, pero la señorita Santana lo siguió

a la cocina con una sonrisa.

—Hablas otras cosas, ¿no? —continuó.

—No. —Coco se apretó contra sus piernas, así que el chico las abrió un poco más para dejar que se sentara entre sus pies.

—¿No? Vaya, me habían dicho que te defendías un poco con el francés.

Cada vez estaba más claro quién era ella. Posiblemente, aquello no era más que una prueba.

—Solo una… una… —Kaiden se frotó la frente—. Una poca palabras.

—Ah, ya. Pasaste un par de meses en Carcassonne, ¿no es verdad?

—*Yeah*.

—Entiendes el español bastante bien, de todos modos, ¿no?

No estaba seguro de que la mujer se hiciera una idea de lo mucho que le costaba. Sirvió dos platos y, impotente, se los pasó para que los llevara. Ella los cogió, pero no se fue.

—Me han dicho que has estado en inmersiones, con tu novia y su familia —continuó como si tal cosa, sin perder la sonrisa—. Debe haber sido difícil.

—Un poco —respondió Kaiden, incómodo, y sirvió los otros dos—. No tanto ya.

Salió de la cocina, y la mujer lo siguió. Pusieron los platos a la mesa, y el chico ayudó a Luka a sentarse, pero la señorita no se callaba.

—Y dime, ¿qué es lo que más te gusta de esta nueva vida? —inquirió.

El muchacho miró al supervisor en busca de auxilio, pero el hombre encogió un hombro, sonriendo ligeramente, y cogió el tenedor.

—Qué buena pinta —comentó el señor Mendoza.

—Es solo *salada* de pasta —masculló Kaiden, y vio que la mujer lo seguía mirando, esperando que respondiera—. *Holy shit, man. I don't know*, no sé. Te gus… Me gusta la casa, y, ah, trabajo, no, el, ah, *stable*, establo. Me gustan gente.

—Estarás contento de vivir cerca de tu novia. Os conocíais de antes, ¿no es así?

—*Conosco*, no, *conose*… ¿mos? … de, ah, *October*. Octubre.

—Hace tiempo, ya. Las relaciones a distancia son muy dulces, ¿no es verdad, tío Pedro?

El señor Mendoza rio con suavidad.

—Deja de atosigar al chico, se está poniendo nervioso —pidió—. Siéntate y come. Está bueno.

—No me dejas divertirme.

Pero por fin la mujer se sentó, y el muchacho pudo respirar. Su supervisor lo miró con simpatía.

—Ya te imaginas quién es, ¿no? —preguntó en inglés, y Kaiden hizo una mueca.

—Sí —respondió—. Ya me imagino.

Aquella era, sin lugar a dudas, su profesora de español.

El señor Mendoza y la que resultó ser su sobrina se quedaron hasta las cinco, cuando el chico salió con los perros y el niño a recoger a su novia. Lo acompañaron hasta la residencia, y cuando por fin se despidió de ellos, ya tenía tareas para todo el verano con la señorita Santana.

Jueves 20 de junio: Deberes de verano

—Tres veces a la semana, ¿tú te crees? Me siento agotado solo de pensarlo, chica. Además, es muy avasalladora. No para de hacer preguntas.

Sombra movió la cabeza al otro lado, mirándolo con uno de sus ojos rojos, y Kaiden suspiró.

—Qué te voy a decir a ti —comentó—. Oye, ¿has crecido?

Saltó la valla del corral grande para ponerse de pie junto a la burüka y se midió desde el hombro. Estaba casi seguro de que, en efecto, la criatura había crecido al menos una pulgada más. Era la tercera vez que lo notaba desde que la conocía.

—Como sigas así, no cabrás en la cuadra —comentó, y lo dijo en broma solo a medias—. En fin, voy a seguir trabajando. Limpio un par de cosas más y vuelvo para despedirme, ¿vale?

Kaiden se subió a la valla de nuevo, y entonces se giró.

—¿Quieres saludar a los perros esta vez? —preguntó—. No seas borde. Solo son cachorros y quieren conocerte. En realidad, creo que les gustas… o les gustarías si no los amenazaras con esos dientes.

Sombra le amagó un mordisco, juguetona, pero el chico, que ya no se asustaba, le acarició los belfos.

—Anda, no me entretengas más. Vuelvo en un rato.

}.{

Mientras Kaiden terminaba con sus tareas, Lluvia se quedaba sin nada que hacer hasta después de comer. Su último examen había sido el día anterior: ahora estaba en ese momento en que iba al colegio porque debía, para recoger deberes de verano y seguir las prácticas comunes de su habilidad, pero a efectos prácticos, el curso había terminado.

Aunque, claro, oficialmente no sería así hasta al día siguiente.

La muchacha apoyó el mentón en su mano y lanzó un suspiro, mirando distraídamente por la ventana. No estaba mal no hacer nada, pero era aburrido, sobre todo sabiendo que Kaiden estaba por ahí, correteando… seguramente de forma literal.

Comenzó a tarearar en su cabeza, imaginando a su novio montando a su mejor amiga. Esa idea la hizo sonreír. La tarde anterior, el chico le había explicado que había corrido con Sombra a lomos de Lori, y la experiencia había estado bien. ¿Sería posible que montara a la pesadilla?

Se oyeron pasos, y el secretario Membrado tocó ligeramente el libro de gemas junto al codo de Lluvia, llamando su atención. Ella dio un respingo, preguntándose a qué venía. La biblioteca no era un lugar muy concurrido, precisamente.

—Oh, eh, hola —saludó en voz baja, para no molestar al bibliotecario—. ¿En qué puedo ayudar?

El hombre señaló hacia la salida.

—¿Puedes venir? —preguntó.

Lluvia asintió, levantándose, y luego señaló los libros.

—Voy… en un momento.

El secretario cabeceó y salió para esperarla fuera. Cuando ella lo siguió un minuto después, lo encontró consultando algo en su tablet, pero un sexto sentido lo hizo alzar la cabeza en ese momento.

—Te llevaré con el director —explicó—. Los exámenes de tu amigo ya están corregidos.

Lluvia boqueó, confundida. Asintió.

—Sí, claro —dijo—. Eh… Gracias.

Él cabecéo de nuevo —era sabido por todos que si podía evitarlo, no hablaba— y lo llevó a través del colegio hasta el despacho, donde el director González estaba al teléfono.

—Si, este sábado a las dos —decía—. Muchas gracias, Helena, muy amable. —Colgó y se giró para mirarlos—. Lluvia, un placer verte de nuevo. Debes estar aburridísima. No consigo gestionar estos últimos días de curso, ¿sabes? No hay manera de que todo el mundo quede contento.

—No, está… Está bien —repuso ella, confusa—. Aprovecho para ir a la biblioteca.

Siempre se le hacía raro que el director fuera una persona tan cercana. No era una imagen común, pero, claro, normalmente solía ser un humano normal y corriente, y aquel no era el caso en absoluto.

El hombre fue a su mesa y palmeó un fajo de carpetas.

—Esto es para Kaiden —explicó—. Ya tenemos el temario, los ejercicios y los cuestionarios. Ha sido un trabajo contrarreloj, pero ha salido bastante bien. Por si le interesa, también hay una ficha con la puntuación de los exámenes. Le fueron bastante bien, por cierto.

—Es un alivio —sonrió Lluvia—. Eso significa que solo hay que mantener el ritmo. Se alegrará de saberlo.

—¡Eso espero! Hemos decidido no ponerle nada de matemáticas ni de tecnología, puesto que tiene un nivel estupendo para su curso —enumeró el director, y después cogió las tres carpetas, una de ellas bastante llena—. Tiene algo de temario en ciencias naturales, y otro tanto en habilidades. Vas a estar enseñándole historia y geografía la mayor parte del tiempo. —Sonrió a la muchacha con simpatía.

—Está bien, no es un problema —asintió ella, tocándose el mentón—. Tal vez me enfoqué demasiado en otras asignaturas y muy poco en esa.

—Bueno, que un chico escocés tenga problemas para ubicar el río Tajo… —rio el morfo—. Con la ficha de calificaciones está también mi contacto personal y el de Edmundo, y una hoja de instrucciones, pero nada nuevo: al final de julio vas a tener que enviar los cuestionarios de autoevaluación, veremos si hay que perfilar alguna cosa, y otro cuestionario a finales de agosto. ¿Todo correcto?

—Lo entiendo perfectamente.

Lluvia ya pensaba en adaptar sus horarios. No podía tener a Kaiden todo el día entre libros, y menos con Luka. Eran tal para cual, uno pegado a la tablet y el otro que no paraba quieto. Quizá podría organizar el tiempo de estudio para los dos, alternar con ejercicio, con ocio…

Sí, la muchacha ya tenía el resto del día ocupado comenzando a trabajar en su tarea de tutora.

Jueves 20 de junio: En la ducha

Cuando Lluvia llegó a la residencia, Kaiden estaba fuera, con Luka y los dos perros. Los cachorros se levantaron, Coco con más serenidad, y Bruma jadeando, con la cola sacudiéndose con tanta fuerza que parecía que se le iba a caer. Pero estaban con la correa, así que el que echó a correr hacia el autobús cuando la vio bajar fue Luka, al grito de «mama».

«Sí», pensó ella, agachándose para abrazarlo con una risita. «Demasiado mamá, creo yo, porque voy a organizaros un horario de estudio que vais a matarme».

—Hola-hola —canturreó.

Kaiden se acercó, dejando que los perros se pusieran a dar brincos y a olisquearla como si llevara seis años lejos, y no menos de veinticuatro horas.

—Bueno, cada vez me cuesta más darte un beso —se quejó el chico.

—Claro que no —repuso ella—. Mira.

Lo agarró de la camiseta —de tirantes, lisa y gris— y lo atrajo para besarlo en la boca. Él se estremeció y ablandó.

—¿Ves? —dijo Lluvia al separarse, y Kaiden lanzó un gruñido.

—Ya, bueno, hay niños delante y eso. Trae la mochila, tú llevas un perro.

—Nunca pensé que «niños delante» fuera algo que detuviera un beso —rio su novia—. Sí, claro, dame a Bruma. Aunque debería llevar los dos, o la mano de Luka, y él llevar uno de los perros y yo el otro.

El chico la observó, ladeando la cabeza.

—¿Qué, *troich*, vas con mamá? —preguntó.

El niño se retorció un segundo. Luego sonrió ampliamente y cogió a cada uno de una mano, contentísimo con la resolución.

—También —supuso Kaiden, y le pasó a la chica una de las correas, la del cachorro gris.

Llegaron a casa treinta minutos después. Con los perros no era un paseo tan rápido, pero, esperaba el muchacho, tenía que ser relajante. Después llevaría a Lluvia a la residencia en bicicleta, y sería el último día… por ahora.

Al día siguiente, su novia acababa el curso. Llegaría a mediodía, en lugar de por la tarde, y las cosas cambiarían. Ahora tenían que ver dónde quería pasar el verano, y qué quería hacer. Era algo que tenían que hablar.

Pero no en ese momento, pensaba. Llegaron, desató a los perros y se descolgó la mochila del hombro.

—¿Quieres darte una ducha? —le preguntó.

—Claro, será agradable y refrescante —sonrió Lluvia—. Sería mejor si tuviera compañía, pero…

La bendita se encogió de hombros como si no acabara de provocarle más calor que el verano español.

—Si quieres compañía, se puede arreglar —respondió con tanta seriedad como pudo reunir.

—¿Oh? ¿De verdad? —Su novia alzó las cejas, interesada.

—Llamo a Yves en un minuto y entretiene al crío.

—Qué buen niñero.

Ella se acercó un poco más y le acarició el cuello. Sintiendo un escalofrío, Kaiden la tomó de la cintura y sintió que sobraban capas de ropa.

—Vale —aceptó Lluvia—. Te espero arriba. No tardes.

La ducha se alargó cuarenta y cinco minutos, y fue una experiencia… diferente. No hubo accidentes, y sí muchas risas, entre otras cosas. Pero Kaiden, tras comparar la experiencia, prefería la seguridad de la cama y no la angustia de tener un resbalón.

Mientras terminaba de secarse, observó a Lluvia y se inclinó para besarla en el hueco del cuello. Aquellos gestos ya le resultaban naturales, y —casi— no tenía miedo de incomodarla.

—Qué rápido se escapan las tardes —se quejó en voz baja.

—Es cierto —aceptó ella, sonriendo—. Pero a partir de mañana tenemos muchas horas para pasar juntos.

Bendito fuera el fin de curso, pensó el chico.

—Y mucho que organizar —continuó la chica, secándose—. De hecho… Sé las notas de tu examen.

Y Kaiden sintió un súbito aguijonazo de malestar como no le había pasado desde la escuela. Era una clase de ansiedad especial para estudiantes.

—No me jodas. ¿Desde cuándo? ¿Qué?

Ella alargó el brazo y recogió una camiseta… que no era suya, sino de su novio. Tenía una cierta afición a vestirse con ropa del muchacho, y él no podía quejarse. Le quedaba grande y le servía de corto vestido para estar por casa. Solo entonces, Lluvia se giró para mirarlo.

—Tranquilo, ha ido bien —aseguró.

—¿Cómo de bien?

—Al salir te enseño las notas. —La chica le acarició la mejilla, y luego bromeó, chisposa—: Pero tan bien como cuando tenemos relaciones juntos, como ahora.

—Qué dem… —Kaiden resopló, le cogió la mano y la besó en la palma—. Anda, vamos. Vamos.

Jueves 20 de junio: Horario de verano

Entre unas cosas y otras, eran casi las siete y media cuando Kaiden puso a la sartén unas hamburguesas de pollo y unos espárragos verdes. Entre tanto, el niño seguía intentando explicar a los perros cómo se leía el lenguaje digital que en realidad solo él podía ver, e Yves lo supervisaba e incluso animaba, así que Lluvia tuvo libertad para sacar las carpetas y las fichas que el director le había dado.

—Veamos, de más a menos —dijo la muchacha, apoyándose en la encimera a su lado—. Tienes un notable en mates y tecnología; si quieres ser puntilloso, un siete con dos en el primero, y un siete con cuatro en el segundo. Así que está muy, muy bien. —Le dedicó una sonrisa, y el chico, vigilando la sartén, pareció relajar un poco los hombros pero no el ceño—. De hecho, tu dossier de trabajo es como el mío.

—¿Hasta tú tienes deberes en verano? Joder.

—Sí, todos tenemos —aceptó Lluvia, encogiéndose de hombros—, por desgracia. Qué más… —Miró las hojas—. Tienes un aprobado alto en habilidades, un seis con cinco, y otro aprobado en ciencias naturales, cinco con tres. Tienes un poquito más de deberes que yo, pero no demasiado.

—Pensaba que, no sé, había ido peor. Había mucho que no entendía.

—Lo imaginé. Eres horrible juzgándote a ti mismo. —La chica alzó un dedo y le tocó el mentón, instándolo a mirarla—. Eres muy inteligente, Kai.

Un tanto azorado, él se revolvió y después se inclinó para besarla suavemente en los labios.

—Pero si vamos de más a menos, significa que estoy jodido en sociales —adivinó.

—¿Te extraña? Apenas le dediqué tiempo a esa asignatura… y aun así, no fue tan horrible como piensas. Un tres con cinco.

La nota escocía, pero Kaiden ya la había previsto. No sabía ni por dónde empezar a responder las preguntas de aquel examen.

—Técnicamente, no tenías que dedicarle nada de tiempo —respondió—, así que ya es mucho haberme ayudado a sacar eso. Gracias.

—Oh, no, cariño. —Lluvia le tocó la punta de la nariz—. Dame las gracias cuando saques un excelente o un notable alto. En todo.

—¡Por Dios! Eso no lo voy a sacar nunca, ¿sabes?

—Lo sacarás. —Su novia lo besó con ligereza—. Ya lo verás.

—Ya verás tú que no. ¿Cuándo empiezas a machacarme?

—A partir de pasado mañana, tanto física como mentalmente, a ti y a Luka.

Kaiden alzó una ceja. Dio un respingo y dio la vuelta a las hamburguesas, y entre tanto dijo:

—Vamos, que ya lo tienes planeado.

—Más o menos. Mientras comemos, haremos un horario de lunes a domingo, con sábado como día de descanso.

—Menos mal.

Ella se echó a reír.

—No soy tan malvada —aseguró—. Además, solo tengo pensado dedicar cuatro horas a estudiar y una al deporte.

Parecía razonable. El chico emplató la comida.

—No suena mal —aceptó—. Y como no vas a clase, deja tiempo para muchas cosas. Me gustaría hablarlo, como, no sé… ¿Quieres venir al establo? ¿Quieres estar con tus padres? ¿Quieres dormir aquí, allí? ¿Turnar?

—Iré al establo a ayudarte, pero con Luka. Nada de guardería para él en verano, pobrecito.

Casi se le cayó el vaso. Cómo llegaba a querer a esa chica, pensó, cada día un poco más.

—Además —continuó Lluvia—, podemos pasear los perros allí. Es decir, mi novio trabaja y nosotros lo vemos —rio, tranquila, y él rodó los hombros.

—Vaya, hombre, me voy a sentir muy observado.

—Es una broma. Sé que Luka no querrá quedarse de brazos cruzados, y yo tampoco, así que, sí, te ayudaremos, como dije al principio.

—¿Seguro? Es tu verano. Deberías descansar. O montar. Podrías dedicarte a montar a Brownie.

—A eso podemos dedicarnos los sábados, como ocio —repuso su novia, señalándolo.

—Bueno. ¿Estás segura?

—Claro —sonrió ella, y Kaiden sacudió la cabeza y la besó en el hombro.

—Vale. Lo preparamos mientras cenamos.

Hablaron al respecto hasta las nueve. Incluyeron a Luka, que tenía muchas ideas —algunas un tanto estrambóticas— y pensaron también en apartar tiempo para estar en familia. Con tres tardes a la semana ocupadas con las clases de español, Kaiden sentía que estaba haciendo malabares.

Era fácil hacer malabares con Lluvia. Ya lo tenía todo medio preparado. Apartaron tiempo para estar con sus padres, invitarlos a dormir el sábado, y a comer un par de veces por semana. Tres mañanas las ocuparían en el establo; el resto, tocaba estudiar.

Y un día de español —aquello lo derritió como si fuera un muñeco de nieve en primavera—, Lluvia planeaba llevarse a Luka a pasear, a jugar con otros niños, o a visitar un parque u otro.

No era un mal plan, suponía el chico. De hecho, prometía ser un estupendo verano.

—¿Rain? —dijo aquella noche al dejarla en la puerta de la residencia, sentado todavía en su bicicleta, mirándola.

—¿Hm? —Ella le devolvió la mirada, sonriendo, ladeando la cabeza.

Kaiden se inclinó y la besó en los labios.

—*Tha gaol agam ort* —respondió.

Ella se estremeció y batió las pestañas, encantada.

—Sigue sonando muy seductor que me hables en escocés —comentó—, aunque no entienda nada.

—Mierda. No hemos incluído un rato para enseñarte este nuevo idioma del amor.

Lo dijo en broma, claro, estirando un brazo para acariciarle el cuello.

—Nos vemos mañana —concluyó—. A dormir, que te espera un gran día, ¿eh?

Pero Lluvia se había quedado un poco atrás en la conversación.

—Tengo que hacerle sitio al escocés —musitó la chica, repasando mentalmente—. Sí, ya sé. Mientras tú haces español los otros dos días. Así Luka, si está conmigo en vez de contigo con el español, puede repasar, y… —Cuando vio que él la miraba, se sonrojó—. Me callo, sí. Hasta mañana.

—Te quiero —repitió Kaiden, completamente enamorado de aquella chica de pelo negro y ruborizadas mejillas.

—Y yo a ti. —Lluvia se acercó para besarlo de nuevo—. Anda, ve a casa, es tarde.

—Mhmm. Que duermas bien, princesa.

Viernes 21 de junio: El Gran Día

El «gran día» fue más corto que el resto, y mucho menos intenso que los exámenes. Entraron una hora más tarde, y algunos alumnos solo acudieron porque, tras la pequeña ceremonia, se entregaban las hojas de calificaciones.

—Bueno, pues se ha acabado —comentó Silvia cuando salieron—. No sé vosotros, pero a mí volver al verano siempre me resulta raro. Luego me acostumbro y vuelve a tocar ir a clase otra vez.

—El drama estudiantil —suspiró Valentino teatralmente.

Lluvia rio ante la exageración, y después dijo:

—Es cierto. Siento que en verano tengo mucho más tiempo, aunque en esta ocasión creo que no va a ser el caso… —Se tocó el labio inferior, pensativa—. Al tener que hacer las tutorías…

—Bueno, también es más tiempo con tus chicos, ¿no? —repuso su amiga—. Pero procura no olvidarte de nosotros, ¿vale? Tenemos que hacer cosas. Reunir a los perros, ir a la piscina. Acordarnos los unos de los otros.

—Aunque hemos hecho una agenda apretada, nos apañaremos —asintió Lluvia con una sonrisa—. De hecho, teníamos pensado ir bastante al establo. Allí podríamos montar a caballo, y los perros se verían.

—Hace tiempo que no vamos a montar —aceptó Valentino, al que le gustaba bastante cabalgar—. Es verdad, el colegio nos roba la vida. ¡Boicot!

—Oh, cállate, pesado —rio Silvia.

Tuvieron que separarse poco después, porque el autobús ya se iba, y Lluvia comenzó su viaje de regreso a casa por última vez en varios meses. Una hora después, alcanzaba la residencia.

Allí estaba ya su familia: su padre, con una mano en el carrito de Océano, y Luka levantando a Coco del suelo, que aguantaba con paciencia mientras Bruma olisqueaba, buscando atención; los perros con la correa, porque Kaiden era responsable y no los dejaba sueltos, por si acaso. Y, claro, ahí estaba su chico, agachado y acariciando al cachorro gris, pero con la cabeza levantada y los ojos atentos, fijos en el bus que ya aparcaba delante.

Era una imagen bonita, pensó Lluvia, y sería la última vez que la vería así. Al fin y al cabo, a partir de septiembre, su novio iría a clase con ella. Las cosas cambiarían un poco, entonces.

Cuando bajó, sonrió y saludó con la mano, emocionada.

—¡Hola! —exclamó.

—¡Mama!

Luka, con el perro negro en brazos, echó a correr hacia ella, y Kaiden fue tras él para no soltar la correa. Charles se echó a reír. Lluvia también lanzó una risilla y se agachó para abrazar al niño, Coco incluido. Después le acarició la cabeza y se levantó para mirar a su novio.

—¿Ocupado, guapo? —preguntó.

—No lo suficiente —replicó Kaiden, inclinándose para darle un beso—. Bienvenida, princesa.

Como siempre que él la llamaba así —y lo hacía completamente adrede—, la chica apretó los labios y se sonrojó.

—Gracias, caballero —respondió, acariciándole la mejilla, y después fue a saludar a los chicos que le faltaban—. Casi la familia al completo.

Abrazó a su padre, y de nuevo la sobrevino aquella sensación, ese modo en que sus sentidos se saturaban de un olor que siempre le había resultado tan conocido, tan familiar. ¿Así se sentía cuando la familia crecía?

—Tu madre se reunirá con nosotros en una hora —explicó Charles, acariciándole la espalda —. No se va a perder la celebración. Otro año superado, y por todo lo alto. ¿De dónde hemos sacado una niña tan lista?

—No soy tan lista… —repuso ella, riendo, y su mente, como solía pasar, hizo una serie de conexiones que poca gente seguía—. Pero sí que dedico bastante horas a estudiar. ¡Y soy ahorradora!

Para muchos, aquellos abruptos cambios de tema podían ser desconcertantes, pero la muchacha tenía sus razones para hacerlo. En su cabeza, era evidente: de lista a sus notas, de sus notas a la celebración, y de la celebración a la idea que llevaba fraguándose en su cabeza desde hacía un tiempo. Había estado ahorrando, y, como no lo había gastado todo con los accesorios de los cachorros, podía permitirse el lujo de invitar a su familia a una buena comida.

Por suerte, ellos estaban acostumbrados a su forma de pensar, así que nadie se sorprendió demasiado.

—¿Ah, sí? —preguntó su padre con una sonrisita, y entre tanto, Kaiden le cogió la mochila de la espalda; a cambio, Lluvia tomó una de las correas, en un intercambio que ya estaba volviéndose una costumbre.

—¡Ajá! —exclamó la chica—. Por eso, hoy se celebrará a lo grande, ¡pero de mi bolsillo!

—A ver, ¿qué estás planeando ya? —inquirió su novio.

—Pues ir a comer a la masía cuando venga mamá.

Su padre alzó las cejas.

—¿En serio? —preguntó—. ¿Nos invitas a todos a la masía?

—¡Sí! —respondió ella con una gran sonrisa—. Creo que lo merecemos.

—¿No deberíamos invitarte nosotros? —repuso Charles, divertido—. Eres la que se ha esforzado por sacar estas buenas notas, encima de todas las demás responsabilidades que has aceptado.

—No, es cosa mía. Quiero hacerlo. Me hace ilusión y puedo, estuve haciendo números.

El hombre sonrió, orgulloso de su pequeña, y le acarició el pelo.

—Eres un tesoro, Lluvia —aseguró—. ¿Qué tal si aviso a tu madre y vamos yendo hacia la masía? Necesitaremos mesa fuera, con este par de fieras.

Viernes 21 de junio: Algunos nacen para ser padres

Kaiden se quedó mayormente callado mientras iban a la masía, en las afueras de Liétor. Era una casa grande, con terraza, mesas y sombrillas, las puertas abiertas y el olor de las brasas ya fluyendo por el aire.

Charles entró primero, con confianza, preguntando por la que debía ser la dueña. Aquello no era de Santuario, el chico estaba casi seguro; era un restaurante normal y corriente, natural, pero eso no evitaba que el hombre fuera tan sociable como siempre. Conocía a la mujer, la llamaba por su nombre, charlaba en la entrada preguntándole por sus hijos.

—¿Sabes? —musitó el muchacho.

A su lado, Lluvia lo miró, ladeando la cabeza.

—¿Qué?

—No estoy nervioso.

—No pensé que lo estuvieras hasta ahora.

—No, ya lo sé. Pensé que lo estaría. Pensé que… No sé. —Desconcertado, se frotó el pecho —. No tengo… miedo.

Le costaba poner en palabras aquella extraña, desconcertante paz, la capacidad de ir a un restaurante con su novia y sus suegros sin pensar en los desconocidos de las otras mesas, los oídos atentos, los ojos experimentados buscando la más mínima señal de lo sobrenatural.

No era tonto. Aunque quería, nada lo convencería de que no había *ningún* templario en las proximidades. Estaban en todas partes. Podía ser un turista, cualquiera. Pero la residencia de Liétor se había mantenido a salvo durante décadas, y eso no iba a cambiar porque ellos estuvieran allí.

—Ya, ya, estoy pensando tonterías —dijo.

—No, no lo estás —negó Lluvia, y era una sorpresa, porque era la primera en decirle que a veces sí era tonto del todo—. Pero supe que estabas bien desde que te vi dormir y delegar responsabilidades, así que a mí no me sorprende.

Tenía razón. Kaiden respiró hondo y le pasó un brazo por la espalda, inclinándose para besarla en la sien.

—Gracias, Rain —susurró.

—¿Por qué? Aún no te he invitado a comer.

Con un corto resoplido, el chico le hizo cosquillas. Después, no obstante, la miró con seriedad.

—Porque —explicó—, de no ser por ti, yo no estaría aquí, ni tal y como estoy.

Lluvia se ruborizó evidentemente y apartó la mirada, avergonzada.

—No es… —musitó—. No es para tanto.

—Rain. —La tomó de la mano—. Seamos francos.

—No fui solo yo. Lo único que hice fue estar ahí, nada más.

—Y fue… justo lo que necesitaba. ¿Sabes? No habría venido aquí. Quizá no habría ni llegado a Carcassone.

—No creo que sea…

La chica calló. Qué curioso le resultaba a veces, pensó Kaiden, que ella también tuviera esos momentos de no sentirse tan importante, tan válida, como si lo que hacía nunca fuera digno de

mención.

—Lo único que importa —se corrigió Lluvia, mirándolo— es que estás bien.

El muchacho no repitió que era gracias a ella. Se inclinó y la besó.

—Anda, vamos. Tu padre debe tener liado a todo el mundo.

Les dieron una mesa en el jardín interior, donde los perros podían estar a la sombra, e incluso les trajeron sobras para ellos. Sandra llegó media hora después, acalorada pero muy contenta. Abrazó brevemente a su hija, en buena medida porque no había tenido tiempo de pasar por una ducha.

Comieron bien, el precio era razonable, y los platos estaban llenos. Se agradeció el paseo cuando salieron, casi a las cuatro, para ir a casa cruzando todo Liétor. Hasta los perros estaban soñolientos cuando llegaron, y Luka se echó con ellos en la camita grande, en un rincón del comedor.

—A veces no sé si tengo un niño o un tercer cachorro —comentó Kaiden, y se dio cuenta de que así lo llamaba su abuelo, «cachorro», aunque con un desprecio hiriente.

—Un niño no deja de ser un cachorro, de hecho —repuso Lluvia, alzando un dedo—. Tú eres uno, también. Bueno, uno grandote…

—Entonces, supongo que tú también.

—Eeeeh… Sí.

—Ahá. —Kaiden se inclinó para besarla en la cabeza—. ¿Y este pequeñajo? —dijo, levantando a Océano del carrito, y frunció el ceño—. ¿Es que no se queja nunca?

—No, ¿por qué? —preguntó Charles.

—Porque necesita un cambio.

El chico lo hizo sin pensar. Se colocó al niño en un lado de la cadera y cogió un pañal de la bolsa que colgaba del carrito con toda la intención de ocuparse del asunto. Hacía algún tiempo desde que cambió a un bebé por última vez, pero no se le había olvidado.

Cuando se dio cuenta, Lluvia lo miraba, divertida, y dijo:

—Hay algunos que han nacido para ser padres.

Súbitamente avergonzado, el muchacho resopló. Miró a los padres, inseguro, pero el hombre le guiñó un ojo.

—Anda a jugar a algo o lo que sea —masculló Kaiden—. Ahora vuelvo.

Subió para cambiar a Océano en paz.

—¿Tiene juegos de mesa ya? —preguntó Charles.

—Pues algo hay —respondió su hija, que sabía todo lo que había en la casa—. ¿Lo saco?

—Suena bien. Tarde de juegos en familia.

—La mejor tarde —sonrió Sandra.

Viernes 21 de junio: Algo a valorar

Kaiden regresó en seguida, con un niño limpio y tranquilo apoyado en su hombro, y se lo entregó a su madre. Océano, que nunca había sido quejica, estaba igual de cómodo con él como con sus padres o su hermana, y había una cierta complicidad con Luka.

Charles era empático; su labor era hacer que sus protegidos estuvieran cómodos con él durante la transición, fuera la que fuera. En ese sentido, había hecho un trabajo impecable. Pero no solo se había ganado la comodidad de aquellos chicos: confiaban en él, no como niños confiaban en los adultos, sino como hijos en sus padres. Puede que no los hubiera adoptado, razonó el hombre mientras los miraba, pero eran suyos.

Había tenido muchos cargos a lo largo de su carrera, y de muchas edades. En una ocasión, fue un niño de solo seis años; había provocado un tremendo accidente, y otros agentes tenían miedo de ocuparse de él. Se encargó el empático, lo tuvo consigo durante tres semanas y supo en seguida que lo dejaba en buenas manos; mantenía contacto con el muchacho, como con la mayoría de sus cargos, pero no se formó la misma… conexión.

A veces, sobre todo en esas tardes solo en casa con Océano, antes de que Sandra llegara y antes de que Lluvia volviera, Charles se encontraba lamentando haber apoyado la decisión de que los chicos tuvieran su propia casa. La alternativa era que tuvieran una habitación en la residencia, puede que un semi apartamento, así que hubiera sido como si vivieran bajo el mismo techo. Los vería todos los días.

Qué tontería, se repetía. Ya los veía casi a diario, aunque fuera a ratos fugaces. ¿Quién iba a pensar que un par de niños estarían siempre tan ocupados?

—¿Quieres que me lo lleve?

Charles dio un respingo, volviendo a la realidad, y notó que Kaiden le había puesto una mano en el hombro. Bajó la vista y miró a Luka derretido en su regazo, con la nuca sobre su brazo y la cabeza hacia atrás. Estaba profundamente dormido de nuevo.

—Se duerme en cualquier parte y de cualquier manera, ¿eh? —comentó el hombre, divertido, y trató de acomodarlo mejor.

—Ya ves —respondió el chico—. En serio, puedo llevarlo a su cama.

—Qué dices, anda. Mientras no le moleste el ruido, todo va bien.

Kaiden sacudió la cabeza, acarició el pelo de su hermano… su hijo adoptado, por lo visto… y fue hacia la cocina. Al pasar por detrás de Lluvia, se detuvo un momento para besarla en la cabeza. Era muy dulce ver el modo en que se buscaban, se apoyaban y se querían. Había padres que se preocupaban al ver a sus hijos tener relaciones, pero él no podría estar más contento.

El chico regresó con refrescos y patatas fritas.

—No traigo mucho porque en nada me pongo a hacer la cena —explicó, sentándose—. ¿Os quedáis?

—¿Podemos? —preguntó Charles con guasa, pero Kaiden no lo miró divertido.

—¿Tú qué crees?

El hombre sonrió.

—Gracias —respondió, y echando un vistazo a su mujer, dijo—: Sí, creo que nos quedamos. ¿Qué hay?

—Fideos con gambas. —Se encogió de hombros—. Pensaba hacerlos para comer, pero mira.

Lluvia lo miró con los ojos chispeantes de emoción.

—Oh, Dios… —jadeó, relamiéndose—. ¿En serio? No puedo pedir nada mejor.

—Bueno, bueno, tampoco esperes ahí… gran cosa —musitó el chico, súbitamente avergonzado.

—Perdón, pero son fideos con gambas, un manjar.

—Mientras te gusten.

Era bonito de ver, definitivamente, cómo pensaban el uno en el otro.

—Oh, por cierto —dijo Charles de pronto—. Supongo que no habrás conocido a tu vecina.

Kaiden lo miró como si le hubiera salido una segunda cabeza. Uno de los encantos de la casa, suponía el hombre, era que la más cercana estaba varios metros calle abajo, y entre ambas había una parcela de tierra un tanto asilvestrada.

—Qué dices —masculló—, ni siquiera sé qué cara tiene.

—No me extraña, porque la pobre mujer ha estado ausente desde antes de que llegarais. Es una anciana muy simpática, por cierto, con un manzano en el jardín. Hace unos años, Lluvia, te dejó entrar para visitarlo y le curaste una plaga, ¿te acuerdas?

—Oh, aquella mujer —recordó su hija—. Tenía pinta de bruja piruja.

Charles tuvo que aceptar que tenía razón. La señora Acosta era ya muy mayor cuando Lluvia tenía ocho años, pero también era muy agradable. Una mujer natural, solitaria, con la familia viviendo lejos, en ciudades importantes, sin acordarse mucho de la anciana que se apañaba sola en el pequeño y olvidado Liétor.

—Se ve que se marchó a pasar las Navidades con su hija, y no ha vuelto hasta hoy —explicó el hombre—. Cogió la gripe, y desde ahí, pobrecita, cuesta abajo. Parece que la han convencido para vender la casa. Ha venido con una de sus hijas a empezar a recoger.

—Vaya —musitó Lluvia, y compuso un mohín—. Me preocupa un poco quiénes puedan ser los vecinos.

—Bueno, el círculo de residencia está valorando la compra. Con suerte, Kaiden, vivirás al lado de gente de Santuario. Menos preocupaciones, ¿eh?

El chico encogió un hombro. Puede que las cosas cambiaran en el futuro, pero en aquel momento, para él no había mucha diferencia entre vecinos naturales o vecinos dotados. Todavía se sentía vigilado y juzgado, aunque seguía luchando contra esa sensación cada día.

Acomodándose en el sofá, su hijita dejó caer la bomba:

—Estaría bien que vivierais vosotros. Es decir, nosotros.

Sandra, que estaba intentando que Océano comiera algo de fruta, alzó la cabeza.

—¿Eso te gustaría? —preguntó con ternura.

—Claro, así no tendría que estar batallando entre dos hogares, los tendría ambos cerca. No me gusta alejarme de vosotros, pero me resulta complicado estar… en todas partes.

La mujer miró a su marido. Charles la miró a ella, y después a su hija, y al muchacho sentado a su lado, que tenía los hombros tensos y los labios apretados.

—Yo puedo ocuparme de Océano si tenéis que salir los dos —propuso, y estaba claro que la idea le resultaba tan atractiva como a Lluvia.

El hombre suspiró.

—Cuando nos casamos —explicó, volviéndose hacia su esposa—, nos decantamos por la residencia porque no creíamos tener tiempo de… bueno, de todo. La residencia tiene facilidades: limpieza, cocina, contactos, la guardería en la puerta de casa.

—La parada del bus —añadió Sandra—. Y en aquel momento yo tenía muchos más viajes que ahora.

—Algunos hasta los hicimos juntos —rio Charles.

Pero cuando Lluvia tenía cinco o seis años, ambos acordaron reducir aquellos viajes. Otros zoópatas tomaron los trabajos fuera de España, por lo que Sandra empezó a pasar cada vez menos tiempo fuera de Liétor, y el empático comenzó a dedicarse a la formación de nuevos agentes y a las misiones exteriores más indispensables.

Después llegó Océano.

—Todavía tengo que irme, a veces —explicó el hombre—. El caso de Santino, sin ir más lejos.

—No sé si esto ayuda —comentó Kaiden con tacto—, pero yo crecí en una casa donde… bueno, donde mis padres iban y venían de misiones todo el tiempo. Mucho más de lo que lo haces tú.

—No hemos salido nada mal, ¿eh? —bromeó Lluvia, y él le cogió la mano.

—Y si fueran, bueno, si fueran las dos casas… como de la familia… —Estaba sonrojado, y era adorable—. En fin, ese terreno que hay entre las dos y que no crece nada, pues quizá se podría convertir en algo. Un jardín compartido o algo así. Para Lluvia y sus plantas.

—Ah, apelando a la hija —comentó Charles, divertido—. Eres más listo de lo que opinas, ¿sabes?

—Yo no he dicho… No he apelado…

El hombre se echó a reír, y notó que la chica se quedaba pensativa. Si la conocía bien —y estaba seguro de que así era—, ya estaría rumiando qué plantar en aquella parcela. Suspiró y se volvió hacia su mujer.

—¿Tú qué opinas? —preguntó.

—Opino —dijo ella con lentitud— que es algo que podemos valorar.

Lunes 24 de junio: Nuevo primer día

Aquel lunes por la mañana, mientras esperaba a que Lluvia se cambiara, Kaiden miró hacia el muro que daba a la parcela vacía, y se lo imaginó rebajado, quizá con algunas macetas, una puerta, y vistas a un jardín compartido. Al otro lado estaría la casa de los Aldana.

Los perros tendrían más espacio. El patio sería como el triple de grande, perfecto para su novia. Ella no tendría que sufrir aquella tensión de estar aquí y allí, con él y con sus padres. Añoraba a su familia, y él lo sabía. Lo que no sabía era cómo arreglarlo.

No es que se hubiera vuelto a mencionar el tema. Habían pasado el sábado en casa y el domingo en la residencia, y, obviamente, nadie sacó a colación lo de una posible mudanza. Ni siquiera era seguro que Santuario fuera a comprarla, ¿no? ¿Y en qué se basaban para hacerlo, de todos modos? ¿Había una estrategia detrás?

Alzó la cabeza y miró al cielo despejado. Eran las ocho y media, y aquel era el primer día del nuevo horario de verano. Eso significaba ejercicio, estudio, hacer la comida… Dios, y después español. Kaiden no tenía ni pizca de ganas.

Oyó los pasos de Lluvia saliendo al patio, y de pronto sus dedos le tocaban la nariz.

—¿Kai? —lo llamó, y el chico la miró—. Estás como… en las nubes. Y no son cómodas ni blanditas como dicen, ¿sabes?

Ella rio, y el muchacho se inclinó para besarla.

—Nada, solo estaba pensando en las muchas ganas que tengo de ver a la señorita Santana —confesó—. Es igual, será más tarde. ¿Estás lista?

Su novia asintió con la cabeza.

—¿Lo estás tú? —inquirió.

—Claro. Nada nuevo. ¿Y tú, *troich*, preparado?

Se agachó para levantar a Luka del suelo, que rio y lo besó en la mejilla.

—¡*Tha*!

—Pues vamos allá. Como es la primera vez en serio con Rain, vamos a tomárnoslo con calma, ¿vale? No la vayamos a asustar.

Kaiden se decantó por una rutina ligera de movimientos lentos y algunas posturas mantenidas. Aun así, el calor comenzó a apretar muy pronto —el verano español, estaba descubriendo, era infernal—, y media hora después estaban todos acalorados.

El chico bañó a Luka primero, y después, con el niño fresco y con su tablet, se dio una ducha con su novia. No repitieron la experiencia de la otra vez, pero, en cierto modo, fue mejor. Le gustó besar por sorpresa el húmedo hueco de su cuello o frotarle la espalda.

—Estaría guay que pudieran coger la casa de al lado —comentó mientras le echaba agua por los hombros.

—Sí, a mí también me gustaría —aceptó ella—. No sé cómo sacar el tema, o saber qué piensan al respecto.

—Lo tienes fácil. Mamá, ¿habéis pensado en eso de mudaros a la puerta de al lado?

Lluvia rio y sacudió la cabeza. Kaiden le pasó la piña y le escurrió el pelo.

—Sí, supongo que sí… —dijo la muchacha—. Es que me da miedo que me digan que no.

—En el peor caso, pues bueno, todo sigue igual.

—Lo sé, pero me hice un poco de ilusiones.

—Ya, lo entiendo. Yo también. Anda, vamos a terminar, que te toca torturarme tú a mí, ¿no?

Después de la ducha, llegó el momento de la verdad, y lo cierto es que Lluvia no se andó con chiquitas. Si la peor asignatura era ciencias sociales, ahí es por donde empezó a trabajar.

Lo cierto es que el dosier que los profesores habían preparado estaba bien organizado y contenía extractos, apuntes y ejercicios para cada uno. Estaba en español, pero el chico suponía que todo formaba parte de lo mismo.

El primer tema era un repaso superficial a la historia de Santuario. No le sorprendió leer que nació en el siglo quince, una fecha que ya le resultaba conocida: para los Templarios, fue cuando un grupo de guerreros cedieron a la tentación de lo sobrenatural y se unieron a los demonios.

—Es curioso, ¿sabes? —comentó—, el modo en que hay tantos… paralelismos.

—En parte, esa es una ventaja para ti —razonó su novia—, para acordarte de los sucesos, aunque con otro punto de vista.

—Otro punto de vista, sí.

Según la historia de Santuario, los guerreros no se vieron tentados por el mal, sino por la amabilidad: un pequeño contingente salió malherido en una batalla, y fueron cuidados por sus mismos enemigos. Aquel, por lo visto, era el primer germen que acabaría por romper la llamada Mano de Dios.

Kaiden se sentía motivado a creer aquella versión de los hechos, y no porque fuera más bonita, en línea con lo que sabía de Santuario, sino porque la historia había sido dictada por un testigo directo que todavía se acordaba de lo sucedido: el fénix Tibaste había sido el primer líder de la nueva organización, y seguía siéndolo.

Puede que le acabara gustando aquella asignatura, pensó el chico.

Lunes 24 de junio: Clase de español

María llegó a la casa diez minutos antes de su hora, pero esperó en la calle a que fueran las cuatro menos dos minutos. Sabía que el chico se ponía nervioso. A pesar de las apariencias, no quería agobiarlo más.

Cuando fue el momento, se acercó al pequeño porche y llamó a la puerta. Se oyeron los pasos y ladridos de los perros, unos cachorros adorables, consideraba la mujer, y luego su alumno mayor le abrió con su mejor cara de paciencia.

—*Seniorita* Santana —saludó en un español torpe pero encantador.

—Hola, Kaiden —respondió, sonriendo, y se agachó para acariciar a los animales—. Y hola a vosotros también. Qué guapos y buenos sois. Se portan bien, ¿verdad?

El muchacho tardó un momento en captar que la pregunta era para él.

—Ah, sí —dijo—. Eh… Pasa. No. Pase. ¿Pase? —Miró por encima del hombro, y María se dio cuenta de que había un actor nuevo.

—Si quieres ser formal, sí, «pase» —rio la chica, y movió su mano a modo de saludo—. Hola.

—Oh, tú debes ser Lluvia —sonrió la mujer—. Es un placer conocerte, me han dicho muchas cosas buenas sobre ti. Soy María Santana.

—El placer es mío. Por favor, entra; mientras os ponéis a trabajar, traeré un té.

—Vaya, muchas gracias. Qué buenos amigos tienes, Kaiden.

El muchacho encogió un hombro.

—Nosotros tener, eh, ¿tengo? suerte —dijo.

—Casi —rio María—. Vamos a empezar, si te parece. He traído fichas, y también un pequeño test para Luka. Aunque no creo que le haga falta gran cosa.

}.{

Lluvia estuvo a punto de replicar: no, amigos no, novia. No obstante, al final se limitó a sonreír e ir a la cocina. Se sentía como si fuera su casa: sabía dónde estaba todo e incluso la comida que había. En un momento tenía el té preparado; negro y con miel, por supuesto.

Cuando salió al comedor, vio que el viejo ventilador estaba encendido —hacía calor, aunque menos que los aborrecibles días anteriores—, y que Luka estaba sentado en el regazo de Kaiden, mirando a la mujer nueva como si fuera un ser extraño. Ella intentaba hablar con él, aunque sin mucho éxito.

—Es un, eh… —musitó el muchacho—. Tímido. ¿Tímido?

—Sí —asintió Lluvia, sirviendo el té—. O más que tímido, reservado.

—Reservado —paladeó su novio.

—Está claro que has hecho un buen trabajo con ellos —comentó la señorita Santana con una gran sonrisa—. Habla mucho español para llevar aquí solo un par de meses. Y tiene más paciencia que un santo. ¿Eres un santo, Kaiden?

—¿Qué?

—Lo es —respondió la chica con calma—. Bueno, un ángel. A veces encuentro plumas en la cama.

—¿De verdad? ¡Qué bonito! Debe dejártelas de regalo. ¿Se las dejas de regalo?

Kaiden miró a Lluvia, pidiendo auxilio.

—*Oh, yeah* —supuso—. *I mean*, sí. Claro.

—Oh, me gusta. *At least, you finally admit that you* are *an angel* —sonrió su novia.

—Oh, *come on*! *I'm no…* —El chico miró a la profesora y suspiró—. Vosotros divierte… divierto… divertís… de mí.

—Es adorable, pero creo que tenemos que pulir un poco las formas verbales —comentó la señorita Santana—. ¿Tú qué opinas, Lluvia?

—No soy una profesional como tú, pero… definitivamente, sí.

—No son divertidas, pero procuraremos no aprender como si fueran las tablas de multiplicar. ¿Te acuerdas de las tablas de multiplicar, Kaiden?

—*Baremente*.

—Vagamente.

—Ah. *Yeah*, sí. Vagamente.

—Bueno, pues las conjugaciones son mucho peores. La buena noticia es que se puede aprender mediante conversación. La mala noticia… es que se aprende mediante conversación.

Lluvia apartó la mirada, divertida, y luego comentó:

—Creo que os dejaré a solas estudiando tranquilamente. No sé si será buena idea que haya mucha charla por aquí y le explote la cabeza.

—Que le explote la cabeza es justo lo que me gustaría que pasara —respondió la profesora —. Ah, pero empecemos con calma, entonces, pobrecito.

—¿Dónde…? —musitó Kaiden—. Um. Tú poder, eh, puedes quedar. Yo solo… *Fucking God, that's so hard*. Yo voy a… ¿Ejercicios?

—Muy bien —rio la señorita Santana, pasándole unas hojas—. Es bastante básico, de relacionar verbos, por ahora.

—Vale.

Lluvia le acarició el pelo a su novio.

—Vendré con mis propios apuntes —le dijo—, pero de escocés.

—Ah, *yeah*. *That sounds fine*.

La profesora, divertida, tocó la hoja con una uña, y Kaiden hizo una mueca y se puso a trabajar.

Miércoles 26 de junio: Tarde con mamá

El miércoles siguiente, la señorita Santana regresó para continuar con sus clases de inglés. En esta ocasión, no obstante, Lluvia optó por llevarse a Luka a dar una vuelta.

El niño tuvo un minuto de desconcierto, intentando comprender la idea de irse solo con mamá, sin papá, pero estaba claro que Kaiden se quedaba, y que la profesora le ponía más deberes. También estaba claro que el pequeño ya no sentía el mismo miedo que antaño. Estaba a salvo y tranquilo, y confiaba en su familia.

De modo que la muchacha se lo llevó y pasearon un rato, pero hacía mucho calor, así que se desviaron a la residencia. Allí, Luka reconoció a los monitores y a algunos de los niños, pero había bastantes que no conocía, y mayores, además. La guardería se llenaba de chiquillos de cuatro, cinco y hasta diez años que pasaban las tardes —y a veces las mañanas— donde adultos pudieran vigilarlos… sin atosigarlos demasiado. En Santuario no se estilaban demasiado las niñeras.

Lluvia le habló en aquel nuevo idioma, el que sonaba raro, vibrante como el motor de un coche. Le parecía muy divertido.

—¿Te apetece ir a conocer a nuevas personas? Quizá puedas hacer más amigos.

Luka frunció los labios y se abrazó a la cintura de la chica. No obstante, una de las niñas, Margarita, lo vio y saludó efusivamente, y él le devolvió el gesto con una sonrisa.

—¿Quieres ir? —repitió mamá, pero esta vez en inglés.

—No sé —respondió el pequeño, alzando la cabeza para mirarla—. ¿Te vas?

—No, me quedo, y de hecho llevo galletitas y zumo, por si quieres compartir con tus amigos.

El niño sonrió y la abrazó.

—Vale —dijo.

}.{

Luka se llevó el zumo y las galletas y se reunió con los demás. En cinco minutos ya había empezado a jugar con Margarita y su hermano mayor, que, por lo visto, tenía complejo de guardaespaldas. En cuanto a Lluvia, se sentó en una mesa cercana, a la vista del niño tanto como para poder verlo ella. Sacó el libro que llevaba en la mochila —uno de lectura por placer, no la obligatoria del colegio— y se limitó a estar pendiente de lo que el pequeño hacía.

No estuvo sola mucho tiempo. Apenas veinte minutos después, alguien se acercó a su mesa y le tocó el hombro con gentileza. La muchacha se volvió, curiosa, y encontró a su padre.

—Qué bonito verte por aquí —comentó Charles con una sonrisa—. ¿Y Kai? Pensé que tenía español.

—Hola, pa. —Lluvia sonrió y puso el marcapáginas en el libro para cerrarlo—. Sí, tiene español, pero pensé que era mejor para Luka salir y socializar un poco, y de paso darle espacio a Kai.

—En ese caso, ¿te parece si me siento?

—Vaya pregunta, pues claro. ¿Y Océano?

—¿Él también se puede sentar? Vaya, qué generosa.

Riendo, el hombre levantó al niño, que llevaba de la mano, y lo puso en el regazo de su hermana. En el acto, el pequeño apoyó la cabeza en su hombro y se acurrucó.

—Como lleva un par de días bastante bien, pensé en ponerlo a caminar —explicó Charles, sentándose—. Se mueve tan poco que a veces me preocupa que se le olvide que tiene pies.

—Eso es verdad —aceptó Lluvia, frotando la mejilla contra el esponjoso pelo de su hermano —. Hola, guapo. Creo que prefieres esto a caminar, ¿eh?

La respuesta de Océano fue un suspiro satisfecho. Habían estado a punto de llevarlo al logopeda porque no hablaba, para acabaron descubriendo que el niño lo hacía sin problema, pero, muy sabiamente, solo cuando tenía algo que decir. Y eso no era a menudo.

Charles sacó el teléfono y aprovechó para echarles una fotografía. La chica se ruborizó, cogida por sorpresa.

—Oye… —rio con un mohín—. No vale hacer fotos achuchando a mi hermano.

—¿Por qué? Si son las más bonitas. Mira qué monos. —El hombre no tuvo problemas en enseñarle la imagen.

—Océano adorable; su hermana, no tanto. Papa.

Lluvia se puso seria, y, notándolo, también lo hizo su padre. Charles era alegre, simpático y bastante bromista, pero sabía muy bien cuándo dejar todo eso de lado.

—Realmente… me gustaría que viviéramos más cerca —confesó la muchacha—. Echo de menos pasar tiempo así.

—Lo sé —asintió él—. No está siendo fácil, ¿verdad?

—No, no lo está siendo. —La chica sacudió la cabeza—. Y ahora tendré más tiempo libre, pero…

—Pero las vacaciones no duran mucho.

—Sí, ahí quiero llegar.

—¿Sabes, Cielo? Lo normal es que los adolescentes estén deseando pasar tiempo lejos de sus padres.

—Supongo que para algunos puede ser así, sí —aceptó Lluvia, jugueteando con los lánguidos dedos de su hermano pequeño.

Charles suspiró.

—Tu madre y yo hemos estado hablando —comentó.

—¿Sí?

—Iba a ser una sorpresa. —Lo dijo con ligereza, moviendo el teléfono entre los dedos y sin alzar la vista.

—Me tienes en ascuas.

—¿Ah, sí?

—No sé, has dicho que iba a ser una sorpresa. ¿El qué?

—¿Debería esperarme? —Charles sonrió y después sacudió la cabeza—. ¡Qué malo soy con los secretos! Bueno, parece que al final el círculo de residencia sí va a comprar esa casa la semana que viene.

Daba igual que aquellas palabras solo significaran que formaría parte de la red de Santuario: Lluvia lo entendió perfectamente.

—¡¿En serio?! —exclamó—. ¡Oh, sí, sí, sí!

Riendo, su padre se acercó para echarle el brazo sobre los hombros, tan contento como ella con la perspectiva de, de nuevo, pasar más tiempo juntos. Y quién sabía. Posiblemente, aquel cambio sería bueno para todos.

}.{

Kaiden nunca había sido un chico efusivo, solía ser contenido, controlado y serio. No

obstante, no pudo evitar dar un salto, alzando los puños y exclamando:

—¡Sí!

Se avergonzó de inmediato, pero el calor no desapareció de su pecho ni de sus mejillas. Charles y Sandra se iban a mudar a la puerta de al lado. Todo estaba ya apalabrado: Santuario adquiriría la casa el miércoles, a más tardar, y durante la semana se haría el traslado. Había papeleo, pero sucedería.

Cuando había dejado Carcassonne para mudarse a Liétor, había sentido que la Residencia estaba lo bastante cerca. No obstante, las cosas no eran como las había anticipado. Le gustaba la idea de que Lluvia fuera a vivir en la puerta de al lado. Era mejor que ese ir y venir constante, solo viendo a sus padres al acostarse. También le gustaba saber que los tenía cerca.

Quizá podría salir hacia el establo con Sandra por las mañanas. Invitarlos a comer a menudo… o a cenar, cuando empezara el colegio. Y tenía sus ventajas: Charles podía echar un vistazo a los perros, si no tenía que salir, o Sandra se los podría llevar al trabajo. Y si el hombre tenía una misión, serían más para ocuparse de Océano.

No se sabía nada respecto a la parcela entre las dos casas, puesto que no era algo específicamente a la venta. Era «terreno no edificable», o sea que no se podía construir en él. Bueno, la idea no era construir nada, solo plantar algunas hierbas, flores, un árbol o dos… puede que poner una barandilla. ¿Eso se podría? Tendría que consultarlo.

Incapaz de contenerse, dejó la comida a medio emplatar y salió al comedor para abrazar a su novia y a su hijo.

—Esto va a ser genial. De verdad que sí. Genial.

Viernes 28 de junio: Mirando por la ventana

Sandra y Charles se quedaron a dormir en su casa el viernes por la tarde. De inseguros y meditabundos habían pasado a estar emocionados. Como Kaiden, por lo visto, habían estado pensando en todas las ventajas.

—Tampoco vamos a mentir, cuando nos conocimos no había ninguna casa disponible —explicó la mujer—. Al menos, no cerca del establo, que era mi lugar de trabajo. La más próxima estaba, ¿qué, en el propio Albacete? Se perdía mucho tiempo en el viaje.

—Y de todos modos no se pueden negar las comodidades de la residencia —comentó Charles—. Va muy bien para personas que viven solas, o para parejas. Y quizá el semi apartamento no es perfecto para una familia, pero no ha sido tan malo, ¿no crees, Lluvia?

Su hija negó con la cabeza, sonriendo.

—No, no lo fue, tranquilo —aseguró—. Pero claro, no podemos compararlo con… bueno, estar con mi chico todo el tiempo, y a la vez con mis padres, y…

—También hay que tener en cuenta las desventajas —razonó Sandra, no obstante—. Piensa que ahora no tendrás el autobús en la puerta de casa.

—Lo sé, pero ir en bicicleta está muy bien, así que me copio de Kai.

—De todos modos —dijo este—, tendríamos que ir juntos, así que… También podríamos dejar a los críos en la guardería, si hiciera falta, de camino al bus.

—Os encanta este plan —rio Charles.

—No voy a mentir —respondió su hija—: sí.

}.{

El matrimonio se quedó a dormir, como habían hecho otros viernes; Yves les puso la película de Monstruos S.A. y Luka aguantó hasta el final, lo que era mucho decir para él. Eran apenas las diez cuando todo el mundo recogió: los chicos llevaron al niño a su cama, y después se retiraron a su propia habitación.

Sandra pensó, sonriendo, que había sido una buena idea ponerle una cama grande a Kaiden. Lo habían hecho pensando en Luka, pero… bueno, estaba claro que su hija pasaba más tiempo en ella que el pequeño.

Era una mujer inteligente, así que sabía muy bien lo que los muchachos hacían, a veces, en aquella cama. Confiaba en que tomaran medidas; no se preocupaba. Sabía que eran conscientes y responsables.

Sacudió la cabeza y recorrió el corto pasillo desde el cuarto de baño hasta el dormitorio de invitados. El moisés estaba a los pies de la cama, con Océano dormido, y Carlos estaba a oscuras junto a la ventana, apoyado en la pared, mirando fuera. Mirando, reconoció la mujer con una sonrisa, hacia el edificio de al lado.

Se acercó a él y le abrazó la cintura. Él echó un brazo atrás para acariciarle el pelo.

—No nos vamos a engañar —dijo su esposo—. Esto es raro. Esa va a ser nuestra casa.

—¿Te acuerdas de cómo se llevaba una casa? —preguntó Sandra con cierta guasa.

—Casi nada. ¿Y tú?

—Algo se nos ocurrirá.

Besó a Charles en el hombro, y él se volvió para abrazarla.

—¿Sabes? —murmuró él—. Kaiden está… en el fondo, aunque no lo diga en voz alta, está agradecido. Siente que hemos hecho mucho por él, por los dos, y también siente vergüenza por ello, como si no pudiera compensarnos.

—¿Has estado echando un vistazo?

—Es parte del trabajo. Pedro me pidió que lo hiciera ocasionalmente, para comprobar que todo fuera bien, al menos mientras dure la supervisión. Le pedí permiso a Kaiden, obviamente, aunque sospecho que se le ha olvidado. O lo intenta.

Sandra asintió.

—¿Está mal que aún me sorprenda lo bien que encaja cualquier rasgo sobrenatural? —preguntó—. Todo lo que para nosotros es algo normal, algo con lo que hemos crecido, pero para él no solo es nuevo, sino… Bueno, creció pensando que era malo. Y aun así lo acepta con más naturalidad que muchos naturales.

—A mí también me sorprende, a veces. —La besó en la frente—. Me gustaría que entendiera que no hay nada que compensar. Yo me siento… igual de agradecido por tenerlos en nuestras vidas.

—Conectaste con ellos desde el principio. Sobre todo con Kaiden. Pero va un poco más allá, ¿verdad? —La mujer apoyó la cabeza en su pecho, dejándose abrazar y mecer—. Ayuda siempre que puede, y tiene tantas ganas de ser útil. De estar con nosotros.

—Tiene casa y vida propia, y quiere estar con nosotros. Como Lluvia.

—Como Lluvia. Y por eso, por nuestra hija, por nuestro niño adoptado, ahora estás mirando la casa por la ventana.

Charles se echó a reír y se tocó la sien.

—Sabes cómo pienso, ¿eh?

—Tesoro, llevamos casados veinte años. Algo tengo que saber.

Sábado 29 de junio: Cepillo y teléfono

Al día siguiente hacía menos calor que el anterior; no obstante, no bajarían de los treinta grados hasta bien entrada la tarde. Aun así, la familia lo preparó todo y fueron hacia el establo para pasar el día con los animales.

Los perros se volvieron locos al encontrarse con Rayo de nuevo, casi como si hiciera meses desde la última vez en lugar de un par de días. Si pudiera, pensaba Kaiden, se lo llevaría también, solo por esa explosión de alegría, pero aquel era con diferencia el cachorro más enérgico, y no podría cansarlo lo suficiente.

No. Rayo estaba bien allí, donde en poco tiempo camparía a sus anchas por todo el establo, saldría a correr con las cabras y los caballos, y posiblemente se uniría a los pastores. Y casi seguro que Bruma y Coco ayudarían de vez en cuando.

—De hoy no pasa —anunció Sandra—. Nos vamos a dar un paseo a caballo.

Primero sacaron a Cachivache y a Brownie. No obstante, estaban terminando de cepillarlos cuando sonó el teléfono de Charles, y, cuando Lluvia montó a su yegua, regresaba con cara de circunstancias.

—Tengo una llamada larga —explicó—. Será mejor que esta vez salgáis sin mí. Pero contádmelo todo, ¿eh?

—¿Todo bien? —le preguntó su mujer.

—Uno de mis compañeros está teniendo problemas. Es empático como Etiénne, con lo que tiene problemas para separar sus propias emociones de las de su cargo. Solo necesita un poco de conversación.

}.{

Lluvia no pudo evitar una mirada apenada, pero sabía que sus padres eran personas ocupadas y aquellas cosas podían pasar en cualquier momento.

—Espero que vaya bien —dijo.

Charles la miró con una sonrisa de disculpa y se acercó para besarla en la cabeza y darle un rápido abrazo.

—Me reuniré con vosotros en un rato —aseguró.

—Lo sé —asintió ella con una sonrisa.

Que fueran personas tan vitales en sus puestos la hacía pensar que debía trabajar muy duro para serlo, también. No obstante, Lluvia tenía dudas. Con su poder, ¿cuán lejos podía llegar?

El hombre le revolvió el pelo y repartió palmadas, caricias y besos por todas partes antes de marcharse con el teléfono ya en la mano.

—Bueno, ¿qué tal si sales con Brownie ya? —le propuso Sandra a su hija—. Y Luka ya está listísimo para montar a Cachivache, así que podéis dar una vuelta por el cerco mientras terminamos por aquí.

—¿Segura? No me importa esperar.

—Uy, pero a Brownie sí. Está deseando echar a galopar contigo.

La muchacha rio. Sí, suponía que sí… Le dio una palmadita a su compañera, y la yegua movió las patas y las orejas, prestándole atención y mostrando su entusiasmo.

—Anda, id —los animó Sandra—. Nos reunimos en unos minutos.

Lluvia y Luka estuvieron poco tiempo solos. El niño montaba con soltura, manteniendo el equilibrio sobre el pony como si fuera un profesional, y se echó a reír cuando Cachivache comenzó a trotar junto a Brownie.

Poco después, llegó Kaiden montando a la dócil Lori, y unos minutos más tarde, lo hizo Sandra, que montaba a un caballo que la chica no conocía: tenía las crines y la cola negras, y un pelaje dorado meloso que rozaba el castaño, y se movía con brío y evidente recelo.

—Este es Norrix —los presentó la mujer cuando llegó al cerco—. Llegó hace unos días y se está habituando a las compañías.

—Oh, tiene sentido —sonrió Lluvia—. No había visto a este guapetón. Seguro que pronto se llevará bien con todos.

—Eso esperamos. Tiene mucha energía, así que va a darnos guerra, ¿verdad, guapo? —Sandra palmeó el cuello del caballo con confianza—. Es un jovenzuelo, además, apenas habían comenzado a domarlo cuando su humano… bueno, hubo algunos problemas.

—¿Mejor si no pregunto?

La mujer rio.

—No entiende la mayoría de lo que decimos, cielo —respondió—. Su humano era un novato que no sabía lidiar con caballos tercos. Contrató a alguien con mano dura que acabó con varias fracturas en las costillas por una coz. Después de eso, lo pusieron a la venta.

—Joder —masculló Kaiden, frunciendo el ceño.

—Santuario no salva animales por norma, pero qué puedo decir. También somos personas. Héctor dijo que era injusto, y Tania coincidió. Con un currículo semejante, el pobre Norrix no hubiera encontrado un buen hogar fácilmente, y aquí, en cambio, va a encontrar paz, equilibrio, y eventualmente lo transferiremos a una de las escuelas de equitación, porque va a ser un chico muy bueno.

—Seguro que sí —asintió su hija—. Es bueno que encuentre un buen hogar donde lo aprecien.

—Y así va a ser. ¿Qué, queréis dar unas vueltas, o vamos a pasear?

—La jefa decide —rio Lluvia.

—Uh, ¿es así? Vamos a dar unas vueltas por el picadero, entonces, a ver si tu padre se nos une, y si no, salimos y comemos fuera.

Sábado 29 de junio: La Carrera

Cuando llegaron al cerco grande, Brownie comenzó a tensar y relajar el cuello, ansiosa por echar a galopar, esperando las instrucciones de su humana. Era una yegua con mucha energía, y le encantaba correr con Lluvia.

—¿Qué, una carrera? —propuso Kaiden—. Aunque Luka tendrá que quedarse. No creo que esté listo para correr por ahí.

—Yo me quedo con él y paseamos con calma —respondió Sandra.

Su hija la miró con una sonrisa.

—Gracias, ma —respondió, poniendo una mano en el cuello de Brownie—. Creo que lo necesita.

—Le gusta correr contigo. Y a ti con ella.

—Lo cierto es que sí, es más fácil conectar con animales que con personas —rio Lluvia— . Claro que, qué te voy a decir a ti, ¿verdad?

—Oh, cariño, conectas tan bien como el zoópata más experimentado.

Sonrojándose, la muchacha apretó los labios y musitó:

—Gracias…

Aunque no creía que fuera así. No obstante, era cierto que flora y fauna eran sencillos y directos, expresaban sus necesidades claramente. En cambio, las personas eran mucho más complicadas.

Entender lo que los humanos sentían o querían decir era un misterio para Lluvia. Ella era como una planta: si necesitaba algo, lo pedía; si alguien le pedía un consejo, se lo daba sin tapujos. La muchacha no comprendía la necesidad de la dulce mentira piadosa. Aunque sabía que se hacía para no dañar, siempre había creído que, si quería a alguien, era mejor decir la verdad.

De pronto Sandra la distrajo poniéndole una mano en la espalda. Lluvia sonrió de nuevo.

—¿Cielo? —la llamó—. Sabes que no te lo diría si no lo pensara, ¿verdad?

—Lo sé, perdona, me distraje un momento.

—Mhmm. —Su madre le dio un golpecito en la sien, le revolvió el pelo y después movió las riendas de Norrix, guiándolo para alejarse un poco—. ¿Qué, os cuento?

—Oh, si hiciéramos una carrera, ganaría Brownie —replicó su hija, y alzó las cejas varias veces hacia su novio, que encogió un hombro.

—Bueno, vamos a ver, estás enfrentando a una potranca con una digna señora —dijo—. Además, aquí Lori dice que correr, bien, pero no hay que pasarse, ¿o no?

Sandra se echó a reír.

—Tú también conectas bastante bien —comentó, divertida—. Vamos, a la de tres.

Lluvia suponía que por eso conectaba con Kaiden, y definitivamente también con Luka. La muchacha se consideraba muy afortunada. Sonriendo para sus adentros, sacudió la cabeza y oyó a su madre comenzar a contar.

—Uno… dos…

Su novio le echó una mirada, inclinándose ligeramente hacia el cuello de Lori. Brownie manoteaba, reconociendo la cuenta. Lluvia se acomodó, respirando hondo, pero no pudo dejar de notar que Kaiden hacía poco no sabía ni montar, y ahora era como si llevara toda la vida a caballo. Oh, y espera, pensó, divertida: Luka era exactamente igual. Quizá deberían ir a la pista

de hielo aquel invierno.

—¡Tres!

Lluvia acarició a Brownie, y la yegua entendió perfectamente la instrucción. Reconocía perfectamente una carrera, así que solo era… dejarse llevar. Y así lo hizo.

La criatura salió disparada, tomando su máxima velocidad en cuestión de segundos. Era fuerte, era rápida y tenía muchas ganas de ganar. Montura y amazona galoparon con ímpetu como si fueran una sola, pasando junto a un grupo de ovejas que balaron por la sorpresa, hasta que el árbol de la meta no solo estuvo cada vez más cerca sino que prácticamente podían tocarlo. Solo entonces Brownie aminoró el paso, con calma, y rodeó el tronco tres veces antes de parar.

Riendo, Lluvia le palmeó el cuello suavemente a su compañera.

—¿Qué? ¿Te gustó? Uuh, realmente esto es… —Respiró con lentitud—. Vaya, a ti te dan alas y serías un pegaso inquieto.

Kaiden y Lori las alcanzaron un momento después.

—Es como una bala —dijo el chico, con el pelo más revuelto que de costumbre y los ojos brillantes; a él también parecía gustarle correr.

Lluvia no pudo contener una risilla divertida.

—Quizá un día puedas montar tú a Brownie —propuso—, y quedar primero. O quizá tu mejor amiga pesadilla.

—¿Sombra? Pfff. —El chico resopló varias veces, mirando a todas partes, y acabó encogiendo un hombro—. En primer lugar, no creo que quiera que la monten. En segundo lugar, si llega el día, me caigo del caballo. Es… Cómo te diría. Veloz.

—Es tu amiga —le recordó su novia—, seguro que se portaría bien, y te haría el honor.

—No creo. —Kaiden alzó la mirada—. Hablando de ella, parece que tenga orejas en todas partes.

La criatura, negra y grande con las crines castañas y apagadas, se acercaba con lentitud. Bajo sus jinetes, tanto Brownie como Lori se estremecieron. Sombra todavía no se llevaba del todo bien con los demás.

Sábado 29 de junio: Miedo

‹Claro que puedes ir›, había dicho la humana Sandra, y Sombra había trotado detrás de los otros dos hasta que se detuvieron en el árbol, al otro lado del cerco.

Reconocía la ruta, porque la había recorrido. En esas ocasiones, Kaiden también había montado a la yegua, y la burüka se había mantenido a su altura. No estaba interesada en la carrera, en esencia porque la velocidad de un caballo y una pesadilla no podían compararse. Eso era algo que ella sabía por instinto.

El humano la detectó, y Sombra se sintió mejor. Caminó con calma, ladeando la cabeza en ademán inocente, un lenguaje corporal que era más propio de su gente, y que sabía que el muchacho no entendía del todo. Aunque las yeguas se estremecían, Kaiden estiró el brazo, y la burüka apoyó la nariz en su palma para recibir sus caricias.

—Hola, guapa —saludó—. No sabía que estabas levantada ya. Bueno, a ver, que ya sé que no duermes, pero pensé que estarías a la sombra. Hace un calor de mil demonios.

La otra humana sonreía. Sombra no estaba interesada en ella —ni en la mayoría—, pero era una persona especial para el chico, así que la miró de medio lado cuando dijo algo.

—Bueno, creo que el momento en que compartáis un momento de intimidad cabalgando no está tan lejos ni es tan imposible como piensas.

—Anda ya, Rain —resopló Kaiden—. ¿Qué, tú qué dices, quieres montar y echar a correr?

No se molestó en responder. Era entre divertido y frustrante ver que él siempre le hacía preguntas aunque no podía oír sus respuestas. Formaba parte de su encanto, suponía Sombra, que dejó sus afectuosas manos y se acercó a la otra humana. La yegua entre sus piernas dio un respingo y movió las patas, pero no se alejó.

—Eso es porque no lo preguntas en serio —repuso esa a la que él llamaba Rain—. Lo ves imposible, pero no lo has propuesto siquiera.

—Ya, ya, ya. Estira la mano.

—Si quieres que acaricie a Sombra —repuso la humana con las cejas alzadas, pero hizo lo que le pedían—, deberías preguntarle primero. Tenéis un código de comunicación sencillito para sí o no.

La burüka puso la nariz en su palma, como había hecho con Kaiden, solo para demostrar su curiosidad, su interés, su aceptación. El chico encogió un hombro.

—Sí —respondió—. Estoy empezando a entender un poco lo que quiere cuando se acerca así.

}.{

Lluvia abrió mucho los ojos. No, la pesadilla no la asustaba, aunque debería, pero siendo amiga de Kaiden era difícil tenerle miedo. No obstante, era distinto que la propia Sombra la quisiera cerca, o que le hiciera unos mimos. Sí, desde luego, fue toda una sorpresa.

—O-oh… —tartamudeó.

La burüka frotó el morro contra su palma y después levantó la cabeza, ladeándola para observarla con uno de sus rojos ojos. La muchacha le devolvió la mirada con cierta timidez, aunque era más fácil mirar a los ojos a un animal. Eran más directos, y aquella era la única manera en que podían expresarse con personas como Lluvia.

—Vaya, gracias —le dijo, acariciándola, y Sombra parpadeó con lentitud y apartó la vista, alineando el cuello para permitirle un mejor acceso.

—Le gustas —comentó Kaiden en voz baja, con ojos enternecidos—. Eso está bien. Está guay hacer amigos, ¿no?

—Oh, Sombra podría tener los amigos que quisiera —aseguró la muchacha, sonriendo con suavidad—. Una vez se acostumbren a su presencia, el primer instinto de miedo se disipa.

—Sí. Tu madre dice que es que las pesadillas no son muy sociables, y por eso no se lleva con los demás animales.

—Pues creo que Sombra es más sociable de lo que dicen de su especie.

Kaiden hizo aquel gesto, subiendo un poco una comisura de los labios, y palmeó el lomo de la burüka con afecto.

—Anda, vamos a ver si tu madre se apaña con el crío —propuso—. ¿Nos acompañas, guapa?

}.{

Volvieron al paso hasta la entrada del cerco, donde Sandra estaba entreteniendo a Luka, dejándolo trotar con Cachivache. Al verlos con la pesadilla, la mujer sonrió, y Kaiden sintió aquel calorcito en el pecho, contento de ver que, muy lenta pero sin pausa, Sombra se iba haciendo a la gente y a los animales.

—¿Qué, te portas bien, *troich*? —le preguntó al niño, que tiraba de las riendas como un maestro y hacía girar al pony en círculos.

—¡*E divertito*! —exclamó Luka.

—Ya lo veo. Vas a marear a Cachivache. ¿Quieres que demos un paseito al trote?

—¡*Tha*!

Justo entonces, Sombra inclinó la cabeza para hacer lo mismo que había hecho con Lluvia, pero el pony era mucho más pequeño que Brownie, y no tenía una conexión tan fuerte con su jinete. La pobre criatura se alejó con un traspiés y pateó al aire.

Kaiden saltó de lomos de Lori para agarrar las riendas. Luka, muy sabiamente, se aferraba al cuello del pony, con los ojos desorbitados por el susto. Sabía que Sandra, con el brazo extendido como si fuera a cogerlo, hacía su trabajo calmando a Cachivache, pero de todos modos el muchacho le frotó la quijada.

—Pero bueno, ¿cómo te asustas? ¿No ves que es muy grande pero muy buena?

Lluvia había desmontado a toda prisa, con evidente nerviosismo.

—Todo bien, ¿verdad? —dijo Kaiden, y le ofreció a su novia una mano—. Coge las riendas.

—Quizá habrá que hacer esto más poco a poco… —musitó ella, obedeciendo.

—Aquí Sombra tiene el don de gentes de, no sé, de un avestruz. ¿A que sí, guapa?

El muchacho acarició la cabeza de la pesadilla, cuyas crines se habían vuelto rojas y estaban muy calientes. Estaba ofendida. El chico lo entendía, así que la hizo girar un poco, se arriesgó a acariciar esa larga melena y la alejó ligeramente de los demás.

—Lo sé, ¿vale? —le susurró, notando el modo en que movía las orejas hacia él—. Solo quieres hacer amigos. —Ella manoteó—. Vale, no. Quieres hacerte amiga de mis amigos. Y te lo agradezco. Y creo que es bueno para ti. Pero ¿es que no ves que Cachivache es muy pequeño? Lo pisas por error y le rompes algo. Hay que ser un poco más amables con los pequeñajos, ¿no te parece?

Las crines estaban tibias ahora, y más castañas.

—Buena chica. —Le frotó la frente—. Vale, falsa alarma, que todo el mundo se calme.

—Bueno —respondió Lluvia—, eso es solo porque tienes una conexión fuerte con tu amiga.

Era difícil negarlo, así que ya no lo hacía. Por alguna razón, Sombra había conectado con él… y Kaiden se sentía muy orgulloso de ello.

—¿Qué, *troich*, quieres hacerle un mimo? —le preguntó al niño, que asintió con lentitud.

—Vale.

No era la primera vez, a aquellas alturas, pero nunca había notado el miedo de un pony al verse tan cerca de una mole como aquella. Aun así, Lluvia acercó a Cachivache con mucho cuidado.

—No hay que tener miedo —dijo suavemente, y el animal avanzó, con cierto recelo, hasta estar cerca de Sombra.

—¿Ves? —susurró Kaiden, alargando un brazo para palmear el cuello del pony—. No te va a hacer nada, tonto.

Luego cogió la mano de Luka, y dejó que la pesadilla inclinara la cabeza sobre ella. El niño sonrió al notar su nariz en la palma. Comenzó a acariciarla, e incluso Cachivache se relajó.

—Qué tensión —comentó Sandra de pronto, y se echó a reír.

—Sí —rio su hija—. Debe ser estresante eso de hacer de intermediaria.

—¡Buff! Pero os habéis apañado muy bien. Mira, si ya está todo tranquilo.

El pony apoyó el morro contra la pata de Sombra. La burüka, por lo menos, se limitó a ignorarlo. Ya era un paso.

Sábado 29 de junio: ¿Quieres intentar algo?

Charles llegó unos minutos después, con Océano sentado a un lado de la cadera y el teléfono en silencio en el bolsillo; no quería más interrupciones, por mucho que adorara su trabajo.

Encontró a la mitad de la familia sin montar, y a Sombra olisqueando a los caballos como si fuera la primera vez que los veía. La visión de la pesadilla le seguía provocando un cierto tirón en el estómago —una conducta aprendida, se repitió por enésima vez—, así que se permitió el lujo de abrir un poco sus emociones y empaparse de la tranquilidad de su mujer y su hija, e incluso del orgullo de Kaiden.

—¿Qué me he perdido? —preguntó el hombre, apoyándose en el cerco de madera.

—Poca cosa —respondió Sandra—. Hemos tenido un pequeño susto con Sombra, pero ya somos todos amigos, ¿no es verdad? Está socializando.

—Ya lo veo. Pensé que ya estaríais por ahí, con lo que me ha tomado.

—¿Has podido tranquilizar a tu compañero?

—Oh, sí, ya está. Más o menos. Y le he dado el número de Étienne. Sabrá orientarlo mejor que yo, de todos modos. —Charles palmeó la pierna de su mujer y el flanco del caballo bayo—. ¿Cuál es el plan? ¿A quién traigo?

—Mmm. —Sandra miró a los chicos—. Kaiden, ¿te parece dejar que Carlos monte a Lori? Los caballos tienden a tomarle el pelo.

El hombre sonrió, culpable. Sabía montar, pero los animales se ponían a pastar, galopar o parar cuando les apetecía.

—Quizá porque es poco estricto —repuso Lluvia con una sonrisa, y el chico sacudió la cabeza—, por eso le toman el pelo.

—Lo sé —asintió su novio—. Es un blando. Iré a preparar a Emilio. ¿Está bien?

—Suena bien —respondió Sandra—. Esperaremos aquí.

—Vuelvo en nada.

Kaiden se acercó a la muchacha para darle un suave beso. Ella, azorada, lo miró sonriendo.

—Vale —musitó.

Él la besó otra vez, ahora en la frente, y después se acercó para revolverle el pelo a su hermano, para abrazarlo con afecto. Luego trepó al cerco y saltó al otro lado. Echó a correr, y Sombra, sin perderlo de vista, comenzó a trotar por su lado del corral, dejando a los humanos atrás.

—Bueno —suspiró Charles—, ¿quién me desocupa las manos para que pueda montar?

}.{

Kaiden sabía que Sombra lo estaba acompañando, así que volvió a saltar la barandilla cuando llegó al edificio.

—Será solo un momento —le dijo a su amiga, entrando en su cuadra, que ya estaba limpia, con paja nueva y agua en el bebedero—. Ni siquiera sé dónde está Emilio, pero prepararlo será solo un momento y ya. ¿Te vienes de paseo con nosotros? —El chico ladeó la cabeza, pensativo, metió la mano entre los barrotes de la puerta y la abrió—. Oye, ¿has salido ya de los terrenos del establo?

Sombra pisó una vez, negando con su sencillo sistema de comunicación.

—Pues entonces sí que tienes que venirte. —Kaiden se giró para acariciarle el hocico—. Eh. Gracias por hacer el esfuerzo. Sé que no te resulta fácil, ¿sabes?, acercarte a la gente… o a los demás animales.

A él tampoco le había resultado fácil entablar relación con los amigos de Lluvia. Lo había hecho porque sabía que era lo mejor, pero, como la burüka, él estaba marcado por sus propios estigmas. Templario, pesadilla, todo era lo mismo.

Ahora, el muchacho escribía de vez en cuando en el grupo, en Invisibilia, y comenzaba a sentir un cierto afecto por aquellos chicos. Hasta por Valentino. No podía decir que fueran sus amigos —todavía, suponía—, pero se llevaba bien con ellos.

Sombra estaba haciendo el mismo esfuerzo. Ella intentaba parecer accesible, buscar esa conexión… y quizá lo hacía de verdad. Quizá, sin su manada, aquello era lo que anhelaba: conectar, aunque no sabía cómo.

Le acarició la frente y se la besó.

—Eh —musitó—. ¿Quieres intentar algo? No pasa nada si no te apetece. O si no te gusta. Pero no me pegues un mordisco, ¿vale?

}.{

Kaiden tardó algo más de media hora en salir de las cuadras. Cuando lo hizo, su montura no era el viejo castrado de pelaje moteado de gris, sino una yegua negra de crines de color rojo oscuro. La silla era ligera, y en lugar de una cabezada completa, llevaba un cabestro y una sencilla cuerda a modo de riendas.

Sombra se movía con cierto reparo, nada acostumbrada a los accesorios o al peso. Pero habían acordado comunicación. Se lo diría a Sandra si prefería no seguir. Aquel era un experimento, una prueba. Y había visto a los caballos con sus jinetes. Sabía que algunos lo disfrutaban. La pesadilla no era igual, pero conforme pasaban los minutos, más se daba cuenta de que aquello… encajaba.

—¿Cómo vas? —le preguntó en voz baja, acariciando su largo cuello y sus calientes crines —. ¿Estás tan nerviosa como yo? Igual no ha sido buena idea. Joder, que nunca te has puesto ni una silla.

Pero conforme avanzaba, la criatura comenzó a andar con más soltura. Sí, pensó, encajaba. Y comenzó a trotar.

}.{

Cuando Kaiden regresó, lo hizo al trote y a lomos del animal que Lluvia ya esperaba. La muchacha alzó la ceja, divertida, y se burló de él riendo:

—No, no voy a subir en Sombra porque… blablablá. Cielo, eres un cliché.

—¿Y eso por qué? —se quejó el chico; no tiró de las riendas, pero la pesadilla aminoró el paso al acercarse al grupo.

—¿En serio? —Lluvia suspiró—. Extranjero en un país desconocido, guapo, sabe idiomas, es atlético, se le da bien todo lo que hace…

Kaiden rodó la mirada.

—No soy nada de eso —se quejó, evidentemente avergonzado—. No sé idiomas. Me tropiezo con el español. Y tú te estás burlando de mí. ¿Debería hacerte cosquillas? Puedo saltar en cualquier momento.

—Oh, calla, chico de novela adolescente —replicó ella, y le sacó la lengua—. Y vamos a seguir con el paseo.

Sábado 29 de junio: Agua va

Para sus adentros —y los de su esposo, posiblemente—, Sandra se preocupó al principio. Procuró no mostrarlo, sonrió con entusiasmo y le dijo a Sombra, de mente a mente, que aquella era una buena elección. Pero se preocupó de todos modos. La burüka no había recibido instrucción, y su especie, adrede o no, podía ser muy temperamental… con terribles consecuencias.

Kaiden había tomado buenas decisiones, de todos modos. La silla era ligera, puesta sobre una manta delgada para evitar roces, y no había apretado demasiado la cincha. El cabestro limitaba el control del jinete, pero claramente el muchacho no pensaba en utilizar las riendas para nada que no fuera sujetarse.

Sombra caminaba con creciente confianza, siguiendo al grupo hasta el otro lado del cerco grande, y luego a través de la puerta abierta que daba a los campos próximos. No tropezó, ni se desvió, ni se encabritó. No echó a correr en busca de libertad —habían hecho todo lo posible para que se sintiera como en casa—, ni tiró a su jinete. Oh, no. La conexión que había entre aquellos dos era la envidia de todos los trabajadores del establo.

¿Qué pasaría cuando se convirtiera en una adulta y fuera trasladada a Castillo Pesadilla, con otras de su especie? Para eso quedaban todavía varios años, pero era algo que no quería dejar al azar. Consultaría con algunos colegas, y averiguaría si una burüka podía sentirse realizada sin una manada… convencional.

}.{

Se alejaron hasta una arboleda cercana, solo porque el sol comenzaba a picar y necesitaban su sombra. Desmontaron y les quitaron sillas y cabezadas a los caballos, para que vagaran libres si querían.

Con Sandra en el equipo, los animales no se alejaban mucho, y desde luego no se escapaban. Sin jinete ni ataduras, Brownie se puso a galopar por placer, con Cachivache a la zaga, y Lori comenzó a mascar hierba junto a un árbol. Los humanos dispusieron el mantel y la cesta del picnic, con sándwiches vegetales, y té, zumo y agua en termos.

Luka descubrió que se estaba bien echado en la hierba, brazos y piernas bien abiertos, porque la sombra mantenía fresca la tierra debajo. A su hermano le hubiera gustado imitarlo, pero se contuvo.

—¿Todos los veranos son así? —preguntó Kaiden, estirándose un poco la camiseta para intentar que entrara un poco de aire; sin la brisa provocada por el trote de los caballos, el calor golpeaba con fuerza, seco y pesado como un ariete.

Lluvia le echó un vistazo de arriba abajo, y no logró contener una lenta sonrisa. Sí… aquella imagen estaba bien, aunque fuera porque el pobrecito pasaba calor. Lo que iba a hacer, se decía, no era por el espectáculo —para nada—, sino para aliviar un poco la situación. Se echó agua en la mano y se la tiró encima.

Kaiden dio un respingo y la miró.

—Ah, esas tenemos —comentó en voz baja.

—Ahora estás más fresquito, ¿verdad? —rio ella.

Muy serio, el chico estiró el brazo para que le diera la botella. Lluvia parpadeó, confundida,

pero se la dio. Él la cogió y miró a su novia.

—Uy, uy… —murmuró Charles, divertido, y se alejó un poco.

La muchacha comenzó a captar la amenaza implícita. Boqueando, los miró a los dos, a su padre y a su novio. No lo haría, ¿verdad? Era *mucha* agua. Lentamente, Kaiden destapó la botella de nuevo.

Lluvia se abalanzó sobre él y apretó el plástico. El agua salió disparada… y los dos quedaron empapados. Luka se echó a reír.

—Ah, bueno —comentó el chico—. También me vale.

Y se inclinó para besarla. Ella se lo devolvió. Húmedo… pero agradable.

De improviso, Kaiden levantó el brazo y echó el resto del agua sobre ellos. Lluvia dio respingo y se apartó, sobresaltada.

—¡Eeehh! —se quejó.

—¿Qué? Así también estás mejor, ¿no?

—Sí, pero estaba felizmente disfrutando del beso.

—Mhmm.

Cuando ella le tiró de la mejilla, él se inclinó para besarla otra vez, rodeando su cintura para atraerla hacia sí. Lluvia lo perdonó solo por eso.

}.{

Pasaron allí la mayor parte del día. No se mojaron de nuevo, pero sin duda compartieron besos, una corta siesta, y después cabalgaron otro rato, conforme el sol bajaba. Kaiden subió a lomos de Sombra, y puso a Luka frente a él. Charles intentó montar a Brownie, y la yegua, con cierta guasa, ignoró sus instrucciones.

Ya declinaba la tarde cuando volvieron al establo. Bañaron a los caballos con agua fría y los cepillaron a consciencia, y luego, en sus cuadras, les pusieron extra de heno y algunas manzanas; bueno, en lugar de esas chucherías, la pesadilla recibió un cuenco con carne troceada y sanguinolenta.

—No sé si me admira o me revuelve —confesó el chico al cerrar la puerta de su cuadra—. Pero, bueno, desde luego lo disfruta.

—¿Hm? —musitó Lluvia a su lado—. ¿A qué te refieres?

—A los premios. La carne. ¿No es raro ver a un caballo con los morros chorreando sangre?

—Prefiero imaginar que es sopa de tomate.

Kaiden sonrió un poco y sacudió la cabeza. Le echó un brazo por los hombros a su novia y cogió la mano de Luka, y fueron a reunirse con Charles, que los esperaba en la entrada del establo, mientras Sandra, un poco más allá y con su hijo en el carrito, hablaba con uno de los trabajadores.

—Qué día, ¿eh? —comentó el hombre, sonriendo, satisfecho.

—Productivo y muy movido —asintió su hija—, justo lo que a Kai le gusta.

—Y mojado.

El chico sintió un ligero tirón de incomodidad. Quizá se había pasado. Quizá no debería haber estado besuqueando a Lluvia delante de sus padres. Y ella debía pensar igual, porque se sonrojó intensamente, apartando la mirada, y Kaiden sintió el impulso de besarla otra vez.

Divertido, Charles los miró con guasa, pero no los azuzó… por suerte.

—Vamos a por los perros —indicó, yendo a reunirse con su mujer.

}.{

Fueron hasta Sandra, que se despidió de su compañero y los recibió con una sonrisa. Junto a ella estaba el corral, donde había en aquella ocasión algunos cabritillos, un par de potros, gallinas, y los perros, que se habían reunido junto al cerco con las colas sacudiéndose y ojos atentos, buscando caricias o golosinas, lo que se prestara.

Como de costumbre, el más tranquilo era Coco, que en lugar de jadear y ladrar mantenía el hocico cerrado y las patas —más o menos— quietas. Bruma se revolvía más, caminando un metro aquí y un metro allá, buscando la mano más cercana para lamerla y recibir unos mimos. Y luego estaba Rayo, que corría al centro del corral y volvía otra vez, ladrando como si le fuera la vida, saltando sobre los otros dos.

Cuando lo veía así, jugando con sus hermanos, intentando llamar la atención, Lluvia tenía dudas. Al fin y al cabo, de los cachorros él era el único que había quedado.

—Ah, ma… —llamó—. ¿Rayo te dice algo? Está… ¿Está realmente feliz aquí?

Sandra la miró con simpatía.

—Bueno —dijo con suavidad—, a veces se siente un poco solo, sobre todo por la noche. Las noches son siempre complicadas.

—Joder —masculló Kaiden a su lado.

—Es algo muy normal. Intentamos ponerlo con otros perros, pero no es lo mismo.

Lluvia lo suponía. Se frotó el brazo, nerviosa, y miró a su novio. ¿Podrían adoptar un tercer cachorro? Él parecía tener las mismas dudas. Hundió las manos en los bolsillos.

—No sé —musitó.

—No quiero dejarlo solo —dijo la chica.

—Oh, cielo —suspiró su madre.

Kaiden se inclinó sobre el cerco y acarició cabezas y orejas antes de coger a Rayo en brazos. Extasiado y moviéndose como una serpiente, el cachorro intentó mordisquearle los dedos y la cara, pero el muchacho se apañaba bastante bien con él. Lluvia lo miró mordiéndose el labio inferior.

—Me lo quiero llevar… —confesó.

—Ningún cachorro sin su casita, ¿eh? —comentó Charles, apoyándose junto a ella—. Es una bola de pelo llena de energía. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé, pero… —Lluvia suspiró—. No quiero que se quede solito. Intenté pensar en alguien que se lo llevaría, pero verlo siempre aquí, y saber que se siente solo, me rompe el corazón.

—Lo sé. ¿Te digo algo?

—¿Hm?

—A tu madre le pasa igual.

—¡Carlos! —se quejó Sandra.

—Es la verdad —rio el hombre—. Supongo que el animalito se hará a la vida de establo, y todo el mundo aquí lo adora, pero da mucha pena.

—No quiero que se haga a la vida del establo… —se lamentó Lluvia.

Kaiden suspiró. Fue un suspiro de derrota.

—A la porra —espetó—. Ya está, nos lo llevamos. Ya nos apañaremos, joder.

—¿Otro *pedito*? —preguntó Luka con esperanza.

—Sí, hijo. Otro *pedito*.

Viernes 5 de julio: ¿Eres feliz?

Se llevaron a Rayo aquel mismo día, y menos mal, porque necesitaron todo el domingo para calmarlo y acostumbrarlo un poco al cambio de vida. El lunes por la mañana, el ejercicio constó de quince minutos de estiramientos y dos horas de jugar con los cachorros. Después de estudiar, Kaiden volvió a dedicarse a los perros, y Lluvia hizo la comida.

Comprendió que no podría hacerlo sin ella. Los tres cachorros, Luka, los estudios, el español, trabajar en el establo… no hubiera podido hacerlo solo. Por suerte, no lo estaba. Tenía a su novia… y esperaba que ella se sintiera igual. Que supiera que podía contar con él para todo, sin importar el qué.

Pero tenía que admitirlo: sentía que no hacía lo suficiente por ella. Que Lluvia estaba para todo, siempre, y él no tenía nada que ofrecer. La miró aquella mañana, apoyado en un codo y observándola mientras dormía, y sintió aquel familiar pinchazo en el pecho. «Insuficiente».

Suspiró, luchando contra aquella sensación, y se inclinó para acariciar el hombro desnudo de su novia con los labios, dejándolos allí, sobre su piel, solo sintiendo el contacto, el calor, el olor de la muchacha.

Fuera por la hora o por el roce, Lluvia se despertó, y lo hizo con una sonrisa.

—Buenos días… —musitó la chica, y él se movió para besarla en la boca.

—Hola. ¿Te he despertado?

—De la mejor forma posible —rio Lluvia—. Me gusta.

—Ah, bueno. Lo siento, creo.

Pero en lugar de levantarse, se acomodó junto a ella y le pasó un brazo por la cintura. Todavía tenían unos minutos.

—No me molesta —sonrió ella—. ¿Sabes qué hora es?

—Falta un poco para las ocho. Vamos bien de tiempo. Tus padres y demás no llegarán hasta las diez.

—Vale…

Lluvia se acercó un poco más y la punta de su nariz tocó la de Kaiden. Él suspiró, acariciándole la espalda.

—Te quiero, Rain —susurró.

—Y yo a ti.

Él la besó ligeramente en la frente. Después la miró.

—¿Rain?

—¿Sí? —respondió ella, alzando las cejas.

—Me gustaría preguntarte algo. Y me siento más tonto de lo normal, pero…

—¿Por qué? Sabes que puedes decirme lo que necesites y quieras.

—Sí. Lo sé. Y tú también.

—Lo sé. —Lluvia parpadeó con lentitud, y Kaiden, un poco perdido en el movimiento, le besó el pómulo, frotando los labios contra su piel—. ¿Qué intentas decirme?

—Quiero saber si eres feliz.

—¿No lo parezco? —preguntó su novia, confundida—. Porque lo soy, más que nunca.

—No, es… A ver. —Kaiden se tomó unos momentos—. Sabes que si necesitas algo, si quieres algo, estoy para ti. Y que puedes hablar conmigo. De todo. Haré todo lo que esté en mi

mano y eso.

—De hecho —musitó ella, entrecerrando los ojos—, siento que tengo demasiado.

—¿Pero qué dices? ¿Por qué?

—Sois todos mucho mejores que yo, en todos los sentidos, y aun así, aquí estoy. Intento luchar por mejorar, pero… es complicado cuando tienes tantas personas que destacan.

Había algo intrínsecamente mal en aquellas palabras, pensó Kaiden. La observó con el ceño cada vez más fruncido.

—¿Quién es mejor que tú? —preguntó en voz baja.

—Mis padres —respondió Lluvia con sencillez— son importantes en su trabajo, y muy buenos en ellos. Tú, viniendo a un lugar lejos de todo lo que conoces, reconstruyéndote como persona, adaptándote cuando todo se derrumbó y…

—Eso no me hace… Rain.

Kaiden giró en la cama. Puso un brazo a cada lado de su novia, cubriéndola con cuidado, mirándola fijamente a la cara.

—Eres la persona más inteligente —dijo—, más buena, más tierna y más divertida que he conocido en la vida.

Lluvia tenía las mejillas rojas y los labios apretados.

—Sé… Sé que me ves así —murmuró—, y… me gusta.

—Pero tú no te ves de la misma manera.

Lluvia negó lentamente. No, claro que no. Kaiden sentía un pinchazo de rabia por ello, pero no contra ella. Era una impotencia difícil de definir.

—Creo que es algo que habría que cambiar —comentó—, porque no es como yo te veo: es como eres. Pregúntale a quien quieras y te dirá lo mismo que yo.

—¿Tú no te sientes igual? —preguntó Lluvia, y su tierna caricia en la mejilla lo desconcertó —. A pesar de lo que yo te diga, o lo que digan los demás…

—Es diferente. Yo soy… muy consciente de mis defectos. Tú… Tú eres maravillosa. Y todos lo sabemos. No es justo que te sientas menos. No es justo, Rain, porque eres preciosa y perfecta.

—Nadie es perfecto, y está bien que así sea. Así como yo no quiero que tú pienses nada negativo sobre ti, entiendo cómo te sientes al respecto.

A veces, Kaiden detestaba lo razonable que podía llegar a ser. Gruñó un poco y se inclinó, apoyando los codos en el colchón, junto a ella, para acariciarle la melena negra y las mejillas rojas.

—Así que eres lista —murmuró, y la besó delicadamente en el pómulo—, bonita —y en el otro—, estudiosa, responsable… —Siguió repartiendo ligeros besos sobre su piel— … Eres atenta, razonable, buena con los niños, con los mayores, con los animales, con las plantas… Eres comprensiva, dulce y trabajadora… Pero no eres perfecta. —Terminó besándola en la boca—. ¿Cómo te atreves?

Lluvia rio, visiblemente azorada.

—Sí —musitó—, cómo me atrevo.

El chico sabía que no iba a solucionar aquella injusticia. No ahora, y tal vez nunca… aunque eso no evitaría que lo intentara. Se inclinó de nuevo para besarla, y después suspiró.

—Se nos acaban esos minutos libres. Pero quiero que sepas que esta conversación no ha acabado.

—Lo sé, como tampoco la mía contigo.

Ella rio, y él, resoplando, le dio un ligero mordisco en el cuello.

—Eh, no sabía que tenías tanto en común con los vampiros —bromeó su novia.
—Un caballero vampiro. Ya ves.

Viernes 5 de julio: Día de mudanza

A las diez menos cuarto llegaron a la residencia con Luka y los cachorros, donde se reunieron con Charles y Sandra. Ya traían cajas y bolsas con sus cosas.

—Es increíble lo que uno llega a acumular viviendo en un hotel —comentó el hombre, entre fascinado y sorprendido.

Kaiden encogió un hombro y se descolgó la mochila, la misma que el empático le había comprado poco después de encontrarlos y que los había acompañado desde entonces. Ya no llevaba «el kit de supervivencia», como lo llamaba Lluvia. Este descansaba sobre la cama.

Aquella era otra declaración de intenciones, suponía. Su mochila estaba vacía, para ayudar a transportar las cosas de la familia a su nueva casa.

—Bueno, pero tendremos ayuda, ¿no? —repuso, dejándola en el suelo.

—El autobús está por llegar —asintió Carlos.

—Estoy emocionada —sonrió Lluvia—. Me encanta la idea de poder decorarlo todo.

—¿Todavía tienes energías, con toda la limpieza de ayer? —rio Sandra—. Eres imparable, cielo. Y me alegro, porque durante un tiempo vamos a necesitar mucha ayuda. Tendréis que ayudarnos a elegir el resto de los muebles. Tenemos una casa muy desnuda.

—¡Me encanta la idea!

Su madre rio con ella y le acarició la espalda. Fue entonces cuando llegó el autobús, y, en pocos momentos, Silvia, Pablo y Valentino bajaban con grandes mochilas para ayudar con el traslado.

—Bueno, bueno, bueno, qué comité de bienvenida —rio el más grande, con un guiño coqueto hacia nadie en particular, pero de todos modos Kaiden rodó la mirada y le dio un codazo cuando se acercó.

—No entiendo mucho la camaradería que os traéis —comentó Lluvia, divertida—. No sé si os lleváis bien u os odiáis.

—¿Amor-odio? —aventuró Valentino—. Eso se estila mucho, ¿verdad?

—Payaso —suspiró Silvia, pero se reía.

—Oh, eso da para escribir una novela —dijo la otra—. «El romance de amor-odio entre Kaiden y Valentino».

—De romance, nada —gruñó su novio, y se inclinó para besarla y dejar clara su postura—. Anda, vamos a empezar.

—No te preocupes —respondió ella—, no tenía intención de compartirte. No en realidad.

—Bien.

}.{

Se pusieron manos a la obra. Charles decía que tenían muchas cosas, pero en el primer viaje, con las mochilas bien llenas, se llevaron la mayor parte de ellas a la nueva casa.

Tenían los muebles más básicos, incluyendo una mesa plegable, la cama y un par de cajoneras. Tenían cajas, y en ellas podían empezar a organizar sus pertenencias, hasta que tuvieran armarios, cómodas y estanterías.

—Quizá podríamos ir a comprar muebles la semana que viene —propuso Charles mientras servía una limonada que su hija y Kaiden habían preparado por la mañana.

—Me gustaría mucho ir —asintió Lluvia.

—¿Al taller de Marco? —propuso, mirando a su mujer.

—Tiene poca variedad, y tardará en hacer el resto, pero es bonito.

Pablo musitó algo. Como no se le oía, Silvia le acarició la espalda para animarlo a hablar más alto.

—Siempre está IKEA —murmuró al fin.

—Es verdad —asintió la dendrópata—. Y tienen muebles además de accesorios.

—Es una idea —aceptó Sandra—. ¿Qué, chicos, os queréis venir?

—Ay, ojalá —suspiró Silvia—. Pero la semana que viene es cuando mis padres se van de vacaciones, y me quedo con la abuela, así que… Aunque sí que me gustaría que fuéramos a hacer algo antes. —Miró a sus amigos—. En serio, no hemos celebrado todavía el fin de curso.

—Podríamos ir a la piscina —comentó Valentino, y se volvió hacia Luka—. Sabes nadar, ¿verdad, pequeñajo?

—Claro que sabe —aseguró Lluvia, riendo—. Lo vi nadar en Francia.

—Oh, entonces tú también —repuso su amigo, mirando a Kaiden.

—Sí, sé nadar —replicó este—. Supongo que podemos… No sé. Ir a la piscina o algo. ¿Dónde?

—Han abierto la pública hace un par de semanas —comentó Sandra—, aquí en Liétor.

—Claro. —Lluvia, ligeramente azorada, tosió por lo bajo.

—Sí, te inflaremos la rosquilla flotadora —aseguró Silvia con paciencia, y su amiga se sonrojó.

—Gracias —dijo.

La otra chica se inclinó para hablarle al oído, pero no lo bastante bajo como para que el resto no la oyera decir:

—Y también puedes apoyarte en esos fuertes hombros que tiene tu novio para que te lleve nadando por todas partes. Con él seguro que no te ahogas.

—Uuuuhhh… —rio Valentino.

Lluvia se sonrojó todavía más.

—A-aaah… —tartamudeó, y Silvia, riendo, le acarició la espalda.

—¡Bueno! —exclamó—. ¿Qué? ¿Piscina? ¿Mañana?

Sábado 8 de julio: Flotador de purpurina

Cuando llegaron a la piscina, Kaiden tuvo un breve momento de ansiedad. Aferró la mano de Luka, solo para asegurarse de que no lo perdía de vista. Había cometido el error de coger la tablet durante la noche, cuando todos dormían, para buscar información sobre piscinas públicas, y había tropezado con toda clase de secuestros, accidentes y ahogos.

También estaba el asunto de que aquel no era un espacio de Santuario, sino del mundo natural. Antes de marcharse, Sandra y Charles les habían dado la charla que todos los jóvenes conocían desde niños, pero era la primera vez para él.

—Es fácil encantarse un poco cuando se va con los amigos por ahí —había dicho la mujer—, así que tened siempre mucho cuidado. Nada de levitar cosas…

—¡Vaya, pero si hace casi siete años de aquello! —se quejó Silvia.

— … ni tampoco darle chispazos a nadie. Estaréis todos mojados y en el agua, y eso puede ser peligroso.

—Juro solemnemente que no haré ninguna travesura —aseguró Valentino, levantando la mano.

No había mucho que recordarle a Pablo, puesto que su poder era la hipnosis, y tenía problemas para activarlo. Tampoco se molestaron en darle una advertencia a su hija… ni había nada que decirle a Kaiden.

—¿Qué, todo bien? —le preguntó Valentino.

—Sí —respondió el muchacho con tirantez—. Todo bien.

Había bastante gente, y también mucho ruido, pero no dejó que lo apresaran sus antiguos miedos —¿Antiguos? ¿Tanto tiempo había pasado?—. Aquel no era un lugar donde los Templarios fueran a pasar el rato: ni Liétor, ni la piscina pública.

—¡Es hora de estrenar flotador! —exclamó Lluvia, distrayéndolo.

Kaiden se inclinó hacia ella y le rozó el hombro con el suyo.

—También podría enseñarte a nadar —comentó—. No te costará.

—Sí, claro. Es… otra opción, no dejar tiradas las clases que empezamos, ¿eh?

}.{

A Lluvia le gustaba la piscina, siempre que no tuviera que dejar marchar el flotador. Era de las que se pasaban en el agua horas y horas… pero desde un sano respeto. En su opinión, era un elemento agresivo: sacaba los dientes primero, y después, cuando te relajabas, elegía no comerte. Al final, la perspectiva de aprender a nadar la atraía y repelía al mismo tiempo.

El grupo se puso a la sombra de un árbol, estirando las toallas, y comenzaron a perder prendas hasta quedarse en bañador. Kaiden llevaba el mismo que aquel febrero en Carcassonne; Luka, en cambio, tenía uno nuevo de color amarillo que había elegido él solito. Lluvia fue la última en quitarse el vestido, porque estaba más preocupada por inflar su flotador; solo entonces se desvistió y se colocó la rosquilla de goma con brillante rosado por dentro, muy contenta con ella.

—Joder, Lluvia —rio Silvia entre dientes, y esta hizo un mohín, azorada.

—¿Qué? —preguntó—. Es mono. Tiene purpurina.

—No, si eso no… Ay, eres tan inocente. Quítate eso y ven aquí un momentito, anda.

La muchacha miró su flotador. No quería dejarlo, pero lo hizo de todos modos y se acercó a su amiga, que le cogió el brazo y la hizo girar. Valentino ya estaba en una de las duchas, diciéndole algo a Pablo. Kaiden miró a las chicas.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Uy, sí —respondió Silvia—. Adelantaos.

Lluvia estaba totalmente perdida.

—Ah…. —musitó, parpadeando—. Ahora iré.

Su novio la miró un momento, y después a la otra chica, que sonrió. Asintió con la cabeza y llevó a Luka hacia otra de las duchas.

—Vamos a ver, Lluvia —dijo Silvia—. ¿De verdad quieres esconderte detrás del flotador de purpurina cuando tu novio se te está comiendo con los ojos?

—No me escondo —se quejó ella—. Me gusta ir en flotador…

—¿Por qué eres tan mona? A veces no lo entiendo.

—No soy mona, solo… es verdad, me gusta ir en flotador. Es como si las nubes pudieran ser reales, de alguna manera, aunque en realidad son vapor y todo eso, pero…

—Vamos a ver, Lluvia, céntrate. Entonces, ¿te da igual que el novio se te coma con los ojos?

Silvia señaló con un gesto. Kaiden ya estaba mojado e iba hacia la escalera.

—Ah, pero… —musitó la muchacha, siguiendo al chico con la mirada—. No me come con los ojos. Me quiere, y quiere ayudarme, y sí, haré un ratito de clase con él, pero… ¡También quiero jugar con vosotros! Y para eso necesito mi flotador.

Su amiga sacudió la cabeza, con una sonrisa en la boca, y la soltó levantando las manos.

—Te doy por imposible —anunció—. Anda, ponte el flotador y vamos al agua, que se nos va el día.

Lluvia parpadeó, completamente confundida. No entendía lo que se estaba perdiendo, pero no insistió. Sacudió la cabeza y recogió su rosquilla con purpurina, emocionada de nuevo, antes de seguir a Silvia hacia las duchas.

Sábado 8 de julio: Seducción

Kaiden entró primero en el agua y después se volvió para recibir a Luka, animándolo a meterse. No era la piscina de los pequeños, pero su pececillo se apañaba bien, y de todos modos no quería perderlo de vista. El niño entró con cuidado, un poco intimidado primero, pero se relajó cuando su hermano lo cogió de la cintura y lo ayudó hasta que empezó a manotear y patalear por su cuenta. Entonces se puso a reír.

—Sí, te acuerdas de esto, ¿no? —comentó el chico—. No sé, igual deberíamos ir a la piscina más a menudo, ¿no?

Estaba siempre lleno de ideas, de posibilidades, de actividades por hacer. Quizá se debía a haber pasado su infancia sujeto a normas muy rígidas que no daban espacio a esas cosas. A jugar, a divertirse, a buscar pasatiempos, a hacer algo por el mero placer de hacerlo.

Se giró para ver que Valentino se tiraba como una bomba y salpicaba a todo el mundo. Hubo risas, y hasta Pablo sonrió. Algunas de aquellas personas, supuso, ya se conocían. Era un pueblo pequeño, con poco más de mil quinientos habitantes, más visitantes y turistas.

Se volvió de nuevo hacia la escalera, para ver que las chicas ya venían.

—Eh, *troich,* agárrate un momento ahí, ¿vale? —le pidió al niño.

Luka obedientemente se cogió al borde, y Kaiden tuvo las manos libres para ofrecerle una a Silvia para que bajara.

—Desde luego, el caballerito —comentó esta, divertida.

—Sí, sí, sí —replicó el muchacho con desinterés, y después hizo lo mismo por su novia, pero ella lo miró con guasa.

—No voy a usar la escalera —dijo.

—Bueno, vale. ¿Qué hago? Nunca he estado en una piscina pública.

—Nada, voy a tirarme. Ten cuidado que no te de.

—Ten cuidado con el frío.

Pero Kaiden recogió a Luka, subiéndoselo a los hombros, y retrocedió. Y estaba claro que Lluvia no había elegido las palabras correctas, porque se sentó en el borde y se deslizó delicadamente hasta el agua. Para ser tan literal, a menudo también era un poco exagerada.

—Uy, casi vacías la piscina —comentó, acercándose otra vez.

—¿Qué? —se quejó la muchacha—. ¡Me he tirado! No he usado las escaleras.

—Tu definición de «tirarse» difiere mucho de la mía. —Valentino volvió a lanzarse en modo bomba—. *Eso* es tirarse.

—No, eso es ser un burro desconsiderado.

Kaiden encogió un hombro. Posiblemente tenía razón. Y, también posiblemente, el chico lo hacía adrede.

—Eh —dijo, acercándose, y bajó a Luka de nuevo al agua para poder besar a su novia libremente… a pesar del flotador.

Ella se sonrojó. Podía pasar todo el tiempo del mundo, que Lluvia seguía ruborizándose… y a Kaiden seguía encantándole.

—Húmedo —musitó su novia.

—Podría serlo más —supuso él, y ella dio un respingo.

—¿En qué… sentido?

El muchacho le echó un vistazo a Luka, que comenzaba a patalear. Lo dirigió hacia el borde de la piscina y después se sumergió por completo. Cuando volvió a salir, empapado, no se sacudió antes de inclinarse para besarla de nuevo.

—Oh. —Estremeciéndose, Lluvia se lo devolvió—. Es… Sí. Pensé que te referías a otra cosa. Más… de otro tipo.

—Bueno, igual hay mucho público, pero…

—No, no… Tienes razón. Es… Es mejor en casa. Supongo que Silvia me ha trastocado ligeramente, en cierto modo, con lo que dijo.

Kaiden alzó una ceja y miró a la otra chica, un poco más lejos, animando a Pablo a nadar con ella.

—¿Qué dijo? —preguntó.

—Pues que debería seducirte. Algo así.

—Mmm. —El chico frunció el ceño—. Vale. ¿Me vas a seducir?

Lluvia parpadeó varias veces, con lentitud.

—¿Así? —inquirió.

Kaiden suspiró. ¿Cómo podía hacerlo suspirar con algo tan tonto? Se inclinó de nuevo, besándola sobre esos párpados coquetos.

—Estoy perdido.

Sui novia se echó a reír.

—No pensé que fuera tan fácil —comentó, cogiéndole la mano suavemente—. Aunque sentí que no era necesario seducirte, puesto que… Bueno, en mi caso, solo con mirarte ya me siento seducida. Solo por existir.

Él gruñó ligeramente. Volvió a besarla en los labios.

—¿Sabes qué? —comentó, y empujó el flotador con un dedo—. Este trasto es un incordio.

—Puede —rio Lluvia—. Para besarse y eso sí, pero es una buena manera de poder vigilar a Luka sin tener que sufrir por mí.

—Te enseñaré a nadar sin esto. —Kaiden hizo una pausa—. Si es que quieres. Te prometo que no dejaré que te ahogues.

—No dudo de ti ni desconfío de ti, sino del agua. Es mala, saca colmillos.

—Qué dices. Solo es un poco asustadiza. Refleja lo que le dan. Fíjate, mete la mano con cuidado bajo la superficie.

Lo hizo él primero para enseñárselo, y ella lo imitó.

—Vale —asintió Kaiden—. Es fácil, ¿verdad? No se resiste ni nada. Es poco más que aire. Y tú te mueves por el aire.

—Es… diferente, porque ahí no puedo respirar.

—¿Pretendes quedarte bajo la superficie mucho tiempo?

—Sería más fácil si no me ahogara.

—Rain.

—¿Uh?

—No voy a dejar que te ahogues.

—Lo sé, perdona si te hice entender lo contrario.

—¿Qué? No. Rain. Que… Yo solo… A ver. — Hizo una pausa, y aprovechó para asegurarse de que Luka seguía justo detrás de ellos, chapoteando—. Solo quiero que sepas que vas a estar bien. ¿Vale?

Ella solo asintió con una leve sonrisa. Kaiden sacudió la cabeza y se inclinó de nuevo para besarla, con el flotador de por medio.

—Valentino acaba de sacar las pistolas de agua —informó—. ¿Qué, a la guerra?
—Claro —asintió Lluvia—. A Luka le gustará también, seguro.

Sábado 8 de julio: Tiempo de calidad

Aunque se lo calló —formaba parte de la experiencia de la piscina—, a Kaiden no le gustaba la idea de utilizar armas, aunque fueran de juguete, lo cual era irónico porque casi siempre iba armado. En cambio, Luka estaba extasiado. Chillaba y disparaba a todo el mundo. Tenía una puntería pésima, pero se lo estaba pasando en grande.

Le gustaba verlo así, pensó mientras se hacía el muerto por cuarta vez, flotando a la deriva en el agua. Le gustaba verlo jugar, chillar y correr por todas partes. Era algo que no había hecho en Escocia, porque el abuelo no lo consentía, y ahora estaba aprendiendo. Y estaba disfrutando como el niño que era.

Noto un tironcito en el brazo, y después un peso en el estómago.

—¿Papa? —lloriqueó Luka, y él abrió los ojos.

—¿Qué pasa, *troich*?

—¿*Tas* bien?

—No, me has matado, ¿recuerdas?

—Yo no quiero.

Divertido, se sumergió y volvió a salir, derecho ahora, para demostrarle que estaba bien. Luka le echó los brazos al cuello, y Kaiden lo levantó para abrazarlo.

—Qué tontito eres —dijo, acariciándole la espalda—. ¿Qué, tú, Rain y yo contra los demás?

—¡*Vale*!

Qué raro le resultó, pensó el chico, que respondiera en español y no en escocés. Pero eso también formaba parte de la evolución y del cambio en sus vidas.

}.{

Siguieron jugando a la guerra, y cuando se hartaron, algunos fueron a las toallas a descansar un poco. No Lluvia, no obstante; cuando ella entraba en el agua, era difícil que saliera, en especial con su cómodo flotador alrededor. Tampoco Kaiden ni Valentino: el segundo retó al primero a una carrera, y luego siguieron haciendo largos por el placer de hacerlo. Y Luka se quedó con mamá.

Al niño le gustaba el agua, pero sobre todo le gustaba chapotear con su familia y sus amigos. Añoraba a los cachorros, no obstante. Había pedido que vinieran a la piscina, pero, por lo visto, no podían entrar. Eso era muy injusto. Luego Kaiden le dijo que quizá, solo quizá, para el verano siguiente podrían comprar una piscina pequeñita para casa, y todos podrían bañarse en ella, incluyendo los cachorros.

Tenía solo cuatro años, así que no estaba seguro de cuán tarde sería el verano siguiente, pero había aceptado la idea con entusiasmo. Los perros se habían quedado con Sandra y con Charles, y estaba siendo un día divertido igualmente. Habían peleado, pero no en serio, y habían nadado. Se había olvidado de que le gustaba mucho nadar. Daba miedo al principio, pero Kai siempre estaba ahí para asegurarse de que no pasaba nada. Y ahora estaba el flotador de mamá.

Divertido, volvió a empujar con el dedo, notando que el plástico era firme, y debajo había purpurina rosa. Con eso, Lluvia no se ahogaba, porque todavía no sabía nadar.

La chica lo miró, divertida, siempre con una sonrisa para él.

—¿Quieres probar? —preguntó—. Aquí no cubre, así que… si no te vas muy lejos, puedes

jugar un rato con él.

—¿Aquí *podes* nadar? —se sorprendió el niño, que, naturalmente, era demasiado bajito para hacer pie incluso allí, en la parte menos profunda de la piscina.

Lluvia negó.

—Pero a diferencia de ti, hago pie —dijo, riendo.

—Mmm. ¡Vale!

Así que la muchacha se quitó el flotador y se lo puso al niño por la cabeza. Le dio instrucciones para apoyarse en él, y luego, pensativa, propuso:

—Como tiene asas… ¿Qué te parece la idea de que te lleve por ahí?

—¡Vale! —repitió Luka, al que le valía cualquier cosa con su familia.

—Agárrate fuerte —indicó ella, asintiendo—, que nos vamos de excursión. ¡Chu-chúúú!

Lluvia giró el flotador para que el niño mirara hacia adelante, cogió las asas y comenzó a empujar por detrás hacia el otro lado. El pequeño se echó a reír.

—¡Chuuuu! —exclamó, levantando las manos, y se escurrió por el agujero.

}.{

Lluvia se asustó por un momento. No obstante, Luka sacó la cabeza del agua en seguida, riendo:

—¡Uy!

La chica dejó escapar un suspiro, dejando que el miedo se diluyera en diversión.

—La idea es que te agarres —comentó—. Si no, pues… sí, pasa esto. Estás bien, ¿verdad?

—*Caro* —respondió él con una gran e inocente sonrisa.

La muchacha lo besó en la cabeza, ahora empapada.

—¿Quieres volver a intentarlo? —preguntó.

—¡*Vale*! —respondió, y lo hizo en español, algo que cada vez sucedía más a menudo.

}.{

Fue un sábado movido, pero cuando volvieron a casa, agotados, incluso Kaiden sentía que le pesaban los músculos.

—Ha sido guay, ¿eh, *troich*? —le dijo al niño, arropándolo, y el niño sonrió con los ojos casi cerrados.

—Me *guta* la *pishina* —respondió Luka.

—Sí, creo que a mí también. Volveremos a menudo, ¿vale?

Jueves 11 de julio: Mensaje a casa

El martes fueron todos a Albacete, y pasaron el día en Ikea. Fue casi tan agotador como el sábado en la piscina, y además volvieron más cargados. La mayoría de las compras, no obstante, llegaron el jueves.

Aquel día, Kaiden no fue al establo: parecía más importante ayudar a montar los muebles. Nunca había cogido una herramienta ni construido un armario, pero sabía seguir instrucciones. Primero se ocuparon de un par de estantes, y luego, de la mesa del comedor, que además se desplegaba.

Después de comer, Lluvia le hizo un pequeño test mientras ella y el muchacho montaban las sillas, que por suerte precisaban de más maña que martillos. Iban por la tercera cuando le vibró el bolsillo, y Kaiden le hizo un gesto a su novia para parar un momento.

Procuraba estar atento al teléfono, en parte porque su supervisor lo llamaba de vez en cuando, pero en buena medida porque hacía una semana que Mike se había mudado a Turquía, y por lo visto estaba siendo más duro de lo que habían creído. Vivían con los padres de Talya, y la relación… no era buena. En todo caso, a Kaiden le gustaba estar ahí para él, aunque no pudiera ayudar a que la transición fuera más fácil.

No obstante, no era Mike quien había escrito. Se sentía en la libertad de ignorar los mensajes del grupo de amigos si estaba ocupado —y suponía que eso era algo bueno—, pero se sintió obligado cuando vio que era de Santino.

El italiano estaba bien. Hacía un mes que vivía con su amiga, ahora novia, y con la abuela de esta, y estaba recibiendo clases particulares de pirotecnia para controlar su poder. Empezaría en un nuevo colegio en septiembre, igual que Kaiden, y en una lengua a la que estaba poco acostumbrado, también como él. Se sentía muy afín a Santino. Quizá había muchos casos como ellos dos.

[16:14] Santino: puedo hacerte una pregunta? Es un poco rara
[16:16] Kaiden: Claro dispara
[16:19] Santino: sabes algo de tus padres?

—Joder —masculló el muchacho.

Lluvia alzó la mirada hacia él.

—¿Qué pasa? —preguntó, y Kaiden le enseñó la pantalla de su teléfono—. No lo entiendo, ¿por qué te pregunta por eso?

—Supongo que quiere saber si se puede. Voy a hablar un poco con él, ¿vale? ¿Por qué no te tomas un respiro tú también?

—No te preocupes, seguiré con esto, pero tú tómate el tiempo que necesites.

El chico chasqueó la lengua y se acercó para besar a su novia en la mejilla. Se sentó junto a ella, solo para estar en su compañía, y volvió a mirar a la pantalla.

[16:21] Kaiden: no la verdad, por qué?
[16:22] Santino: no tienes curiosidad?
[16:22] Kaiden: a ver santino qué es lo que me quieres preguntar en realidad?

El italiano guardó silencio durante unos minutos. Mientras esperaba, el muchacho se entretuvo distrayendo a Lluvia. Gruñó cuando el teléfono vibró de nuevo y tuvo que dejar de besarla.

[16:27] Santino: me gustaría saber cómo están mis abuelos
[16:27] Santino: mis padres no me preocupan demasiado, pero sí los abuelos. Ellos eran buena gente, creo, y quizá estarán preguntándose qué fue lo que me pasó. O no.
[16:28] Santino: todavía son buena gente, supongo.
[16:28] Kaiden: te gustaría escribirles?
[16:29] Santino: para que sepan que estoy bien
[16:29] Santino: supongo que tu caso no es el mismo, pero no sé
[16:30] Santino: no te gustaría mandarles un mensaje? algo?

Kaiden recordó la carta que había escrito, una vez. Le parecía que hacía una eternidad desde aquello. Nunca la había enviado, aunque sabía que podía; sabía que Yves era capaz de evitar todos los rastreos y cortafuegos.

También sabía que había un informe, en alguna parte, sobre sus padres. No era tonto del todo, decía a menudo, y sabía que en Santuario no se dejaban las cosas al azar. No era fácil seguir la pista a los Templarios, puesto que utilizaban más el papel que los ordenadores, pero Kaiden estaba convencido de que, como mínimo, habrían tenido un ojo puesto en Muirhead. Yves, Silvia, o posiblemente Charles, alguno de ellos tenía información sobre su familia.

[16:32] Kaiden: sé que hay maneras de enviar un mensaje
[16:32] Kaiden: lo consultaré, ¿vale?

Se lo preguntó a Yves poco después. La IA no puso obstáculo alguno; de hecho, mostraba aquella faceta un tanto pícara que desconcertaba y fascinaba al chico.

[17:11] Yves: Puedo hacer llegar por vías seguras aquella carta que escribiste, si es lo que quieres.
[17:12] Kaiden: joder Yves no es eso no quiero mandar eso
[17:12] Kaiden: no quiero mandar nada
[17:12] Yves: ¿Estás seguro?
[17:12] Kaiden: es por santino
[17:13] Kaiden: sí, estoy seguro
[17:13] Kaiden: no tengo ningún interés en ellos

Pero el gusanillo ya lo había picado, y era difícil volver a cerrar los ojos.

Se reunió con Charles aquella noche, mientras Lluvia se daba una ducha y Luka ya estaba dormido. El empático le sonrió con simpatía y le palmeó la mano. Después, no obstante, abrió la tablet del niño y se la pasó.

El informe comenzaba con un resumen que Yves actualizaba periódicamente:

Fecha: 7 de abril de 2002
Cadogan Knight
Última ubicación conocida: Mánchester, Reino Unido [7 abril 2002]
Situación: continúa la búsqueda. Sin desplazamiento desde febrero de 2002

E-mail: sin respuesta

Bertha Bane
Última ubicación conocida: Aberdeen, Escocia [12 mayo 2001]
Situación: potencialmente encarcelada. Posible ejecución.

Oghan Bane
Última ubicación conocida: Québec, Canadá [19 mayo 2002]
Situación: desconocida

El resto del informe contenía actualizaciones más antiguas y algunas fotografías mal enfocadas, posiblemente de cámaras de seguridad. Una era de su padre pasando frente a un hotel, con barriga falsa bajo la camiseta de Metallica y una mochila al hombro. Una misión, posiblemente. El resto de imágenes, igual de indirectas, eran de su abuelo, y Kaiden sintió un pinchazo en el estómago al ver su expresión dura, como siempre, su postura rígida y sus ojos afilados, inteligentes.

—Sigue buscándonos —supuso, leyendo su situación.

—No tiene pistas —aseguró Charles—. La situación cambió por completo en Tow Law, ¿recuerdas? De dos chicos solos pasamos a ser cuatro personas, y cambiamos de transporte y ubicación muchas veces durante varias semanas.

—No, lo sé. Seguirá preguntando por mí. Seguirá enseñando fotos.

—Pero no saliste a la vista de nadie durante mucho tiempo.

Mucho, reconoció el muchacho. Luka y Kaiden solo habían sido vistos en público al coger un autobús, y después, un tren. Incluso el avión hasta Bélgica había sido privado. Aun así, saber que su abuelo estaba en Mánchester —un lugar donde ellos habían parado— le producía malestar.

—Kaiden. —El hombre le acarició la mano—. ¿No vas a preguntar por tu madre?

—No —negó él con calma—. Pero deberíais cambiar su situación. Está muerta.

—¿Cómo lo sabes?

Kaiden deslizó los dedos sobre la pantalla hasta encontrar el e-mail que habían enviado desde Aberdeen hasta el correo de su abuelo, el que Cadogan no se había molestado en contestar.

—«Encontrar la paz antes de la ejecución de su sentencia» —leyó sin inflexión—. Por eso lo sé.

Jueves 11 de julio: Simplemente: estar

Cuando Lluvia salió de la ducha, su padre se había ido y Kaiden estaba en la habitación, echado en la cama, vuelto hacia la pared. Ella se acercó a su espalda y le sopló suavemente en la oreja, provocándole un escalofrío. Después de un rato con aquella sensación entumecida en el estómago, le vino bien la cálida ternura que le invadió el pecho.

—¿Kai? —lo llamó su novia, y el muchacho se volvió, sintiéndose pesado.

—Hola —saludó en voz baja.

—¿Qué ha pasado? ¿Tengo que pegar a alguien?

—Me vale con que vengas aquí y te acurruques conmigo.

—Oh, eso es fácil.

Lluvia se acostó en la cama, junto a él, se puso a su espalda de nuevo y lo abrazó así, frotando la mejilla contra su cuerpo. Kaiden suspiró y cerró los ojos.

—¿Me cuentas? —preguntó la muchacha, sin presionar, y el chico cabeceó.

—No tienen mucho —confesó—. Tampoco lo esperaba. Creo que solo quería que me confirmaran un par de cosas.

—¿Hm? ¿Sobre qué?

—Quería saber si todavía nos buscaba. Mi abuelo, quiero decir. Lo hace, pero no va a encontrarnos. —El chico abrió los párpados de nuevo—. No sabes cómo me ha costado decir eso.

—Aunque lo hagan, ¿qué? No estamos indefensos. Aunque esa posibilidad exista, no significa que vayas a entregarte así como así.

La idea le resultó casi divertida. Por un momento lo vio en su cabeza: los Templarios tan cerca que estaban al alcance de su mano, en la puerta de la residencia, sospechando que era un nido de demonios. Si entregándose pudiera evitar que les hicieran daño, lo haría. Pero era una tontería.

—De todos modos, sigue por Mánchester —continuó—. Cabezota como un pitbull, pero no tiene ni idea de dónde estamos. Mi padre está en Canadá.

—No ha pasado tanto tiempo, si lo piensas. En algún momento se cansarán.

—Rain. —Sorprendentemente divertido, Kaiden se volvió para poder abrazarla él también—. Sabes que hace más de un año, ¿verdad?

Lluvia se ruborizó.

—N-no es tanto —tartamudeó; era evidente que no se había dado cuenta de que había ido pasando el tiempo.

—Mmm. Bueno, tú y yo nos conocimos bastante después. O sea que en realidad… ¿siete? Joder, Rain. Hace como ocho meses que nos conocemos.

Su novia respondió apretándole las mejillas.

—Lo que intento decirte es que… —continuó—. Todo acaba pasando.

—Mhmm —asintió Kaiden, y movió la cabeza para besarle la mano—. Lo sé. No… A ver. Tengo ese… miedo, ¿sabes?, por dentro. Pero sé que no es lógico. Que el abuelo no nos va a seguir hasta aquí.

—No, lo que tienes que hacer es seguir el hilo de pensamiento. «Es muy probable que no me vaya a seguir hasta aquí, pero, si lo hiciera, lo pararíamos».

—Eso es bonito. —El muchacho la besó en la frente—. Sí, es bonito.

—¿Estás mejor? —sonrió Lluvia—. ¿Quieres mimitos?

—Eso siempre está bien.

Él mismo la abrazó con fuerza, hundió la cara en su hombro y aspiró su olor, su familiaridad, su calor. Suspiró después.

—Han ejecutado a mi madre —musitó.

La muchacha se quedó callada y se limitó a acariciarle la espalda. Posiblemente no sabía qué decir. Kaiden lo entendía.

—Tener a un hijo con poderes tiene una serie de implicaciones para ellos —continuó a pesar de todo—. Quizá lo mantuvieron en secreto tanto como fue posible, pero era evidente que tarde o temprano la mandarían llamar desde Aberdeen. Es donde está la sede más grande de Escocia. Yves no ha podido… En el informe no pone nada, pero yo lo sé. Su última ubicación conocida fue Aberdeen, y el último mensaje que la menciona habla de la ejecución de la sentencia, así que…

Los Templarios tenían lo que llamaban «periodo de penitencia», un año en que los prisioneros eran invitados a arrepentirse de sus pecados. El informe dejaba entrever que su madre había empezado el periodo en mayo del año anterior, pero… ¿acaso tenía un pecado que confesar?

—No sé si le fue infiel a mi padre —murmuró—. Tampoco es que me importe mucho. Pero sé que no hubo un demonio involucrado en la concepción de Luka, y ese es el cargo por el que la habrán acusado. Porque una mujer no tiene a un vástago si no es por haber tenido relaciones demoníacas.

Lluvia lo apretó contra sí. Kaiden apoyó la frente en su hombro, preguntándose por qué se sentía tan sacudido por algo que ya había sospechado… y que en realidad no tendría que importarle.

Pero se acordaba de su madre. Obsesiva con el espectro que resultó ser su hijo, sí; una espía, una asesina y una manipuladora, también; pero su madre, la que sonreía con dulzura al enseñarlo a acunar a Luka, la que lo miraba cuando le daba el biberón, la que una vez confesó estar tranquila porque sabía que su bebé estaba a salvo mientras tuviera a su hermanito.

Y ahora estaba muerta. Habría muerto en mayo, posiblemente, al terminar su periodo de penitencia. Un año de encierro y tortura para arrancarle una confesión que no podía hacer, y después la encerraron en una celda y tiraron la llave. La ejecución era lenta y enloquecedora: aislamiento e inanición. No habría vivido más de tres días.

—El miedo a lo desconocido suele hacer actuar a las personas de forma muy errática —dijo Lluvia, sacándolo de aquellos pensamientos.

—Sí —aceptó Kaiden en voz baja—. Supongo que entonces los Templarios son unos cobardes.

—Hmm… Humanos, como el resto de nosotros, pero ciegos. No tanto cobardes como ciegos a la verdad. Ellos creen hacer lo correcto, y nosotros también.

—¿Por qué eres siempre tan buena persona?

—¿Buena? —se sorprendió ella—. ¿Por qué? Es… lógico pensar así. Tienen miedo porque no conocen la verdad. Es difícil cambiar de idea, dar el salto cuando no sabes lo que hay al otro lado salvo oscuridad. Podría no haber nada, o una sala de torturas. Puedo entender sus razones, aunque no esté de acuerdo.

Ojalá, pensó Kaiden, los Templarios fueran un poco más como Lluvia. Solo un poco. La besó en la frente.

—Gracias, Rain —suspiró.

—No tienes que agradecerme nada, solo lamento no poder hacer más por ti.

—Rain. —El chico se apartó un poco para poder mirarla a la cara—. Haces… mucho por mí. Mucho más de lo que yo hago por ti.

—Eso no es verdad —suspiró ella.

—¿Ah, no? Vale. ¿Qué he hecho yo por ti últimamente?

—Estar, simplemente estar.

—¿Sí? ¿En qué te ayudo?

—Kaiden.

Lluvia se apartó con un suspiro y se sentó. El chico se giró para ponerse boca arriba, observándola mientras su novia decía muy seria:

—Solo estar ahí, apoyar en todo, en el día a día, sin juzgar, es más de lo que piensas. Lo es todo. Dando una palmada cuando es necesario, esperando al llegar del colegio, preparar la comida con cariño… Simplemente: estar.

En realidad, Kaiden lo sabía. En buena medida, se sentía igual, pero seguía sin parecerle suficiente; no para ella, en todo caso.

—Y siempre voy a estar —aseguró, estirando un brazo para acariciarle la cintura.

—Lo sé, tengo esa certeza contigo.

El chico la atrajo para recostarla sobre su pecho. Le rodeó la espalda y le acarició el pelo, mirándola con ternura, cada día un poco más enamorado.

—Ven aquí —murmuró.

—Pensé que querrías mimos tú —comentó ella, riendo.

—Estos son mis mimos.

Pero de todos modos le levantó el mentón para poder besarla en la boca.

Martes 16 de julio: Parque Natural

—Firmaron el resto del papeleo ayer.

Kaiden cepillaba el lustroso pelaje negro de Sombra mientras hablaba, como hacía tan a menudo. Le gustaba charlar con la pesadilla mientras se ocupaba de su cuadra… o, como venía haciendo últimamente, cuando cabalgaba con ella.

—La casa ya está casi completamente amueblada, figúrate —continuó—. Parece ser que no tenían tantas cosas como pensaban. También es que tiraron trastos con la mudanza. Y ahora, con el último papel firmado, hasta la parcela forma parte de Santuario. No he entendido la mitad, pero parece ser que es un arreglillo con el ayuntamiento.

Dejó el cepillo sobre el estante y comenzó a trabajar en la crin. Había notado que era mucho más suave y fina que la de los caballos. Se la había intentado trenzar alguna vez, pero se deshacía en seguida, posiblemente porque respondía a las emociones de Sombra, moviéndose, calentándose y cambiando de color.

En aquel momento, la melena de la burüka era de un tono rojo oscuro que significaba calma, bienestar. Kaiden comenzaba a preguntarse cuándo había empezado a identificar tantos tonos de un mismo color.

—Las condiciones de la parcela es que puede ponerse una valla que limite el terreno —dijo —, pero no se puede edificar nada más, y está ahí para hacer bonito, vaya. La idea es hacer un jardincito para que los perros corran de una casa a la otra, pero que esté majo. Eso cumple con las condiciones, ¿no? Lluvia se lo va a pasar en grande. Mañana nos vamos a por semillas. Te voy a poner la manta, ¿vale?

Sombra siguió inmóvil mientras se la colocaba sobre el lomo, y solo sacudió la cola cuando le puso la montura.

—¿Pesa demasiado? —preguntó Kaiden—. Buscaré otra más ligera.

}.{

A la mañana siguiente pusieron rumbo a Tranco, en Jaén. Mientras subían, Charles se había reído y había hecho notar que, si no fuera porque Sandra tenía que quedarse en el establo, no cabrían todos en el coche.

—No sé, quizá deberíamos comprar uno más grande —había reído su mujer.

El viaje duró algo más de dos horas, hasta adentrarse en el Parque Natural de las Sierras de Cazorla, donde se desviaron de la carretera, aparcaron y comenzaron a caminar campo a través: Carmen Terrazas vivía muy aislada, pero también era la principal dendrópata de Andalucía.

Mientras crecía, Lluvia había ayudado a desarrollar una gran cantidad de semillas y esquejes, pero casi todas habían sido parte de su enseñanza en la escuela. Como el jardín de la residencia era comunitario, lo había mimado, pero como quien mima a la mascota del vecino. Ahora, no obstante, las cosas eran distintas: iba a tener no uno, sino tres jardines.

El desarrollo y cuidado de aquellas plantas le serviría como proyecto escolar de dendropatía, sobre todo si reunía flora poco común, delicada, o de gran utilidad. Si lo hacía bien, era posible que pudiera prescindir de su último año en la asignatura. Eso le daba igual, porque disfrutaba de sus clases, pero sí le resultaba excitante llevar a cabo un proyecto de aquel calibre.

Y además hacía poco que había descubierto las gemas y sus aplicaciones en el trabajo de las

flora. Sabía que algunas favorecían a las plantas, y quería comprobar hasta qué punto era cierto. La botánica era más completa de lo que muchos creían, porque las plantas podían ser como las personas, con gustos y necesidades.

Ansiosa por aprender, con la cabeza burbujeando de preguntas, Lluvia llevaba una libreta en la mochila, y planeaba sacarle todo lo que pudiera a la dendrópata: lo que supiera de plantas medicinales, cómo extraer sus efectos y fabricar medicina, cómo cuidarlas a pesar de la extracción…

Tenía que calmarse, reconoció. Puede que no estuviera dando saltos por el camino, pero su mente divagaba con facilidad. Movió la mano, miró la hora —doce y media, todavía— e inspiró hondo. Sintió el contacto de unos dedos en la espalda, y Kaiden le acarició la columna. No dijo nada, solo estuvo ahí, calmado, a su lado, y la muchacha le dedicó una emocionada sonrisa.

—¿Qué tipo de plantas debería hacer crecer? ¿Cuáles podrían ser más felices? No, espera. ¿Qué tipo de plantas os gustaría ver?

—¿Se puede trasladar tu melocotonero? —preguntó su novio—. Todavía es jovencito, no sé. He estado mirando esta noche.

—Eso me gustaría —rio Lluvia, y de pronto captó el mensaje completo—. Oye. ¿Cómo que esta noche? Por la noche se duerme.

—Y duermo. A veces.

—Quizá debería preguntarle cómo hacer infusiones de valeriana, pero no comerciales, sino con plantas que tengamos, y…

—Igual puedes dedicar una parte a hierbas para infusión y esas cosas. Eso te encantaría.

—Lo cierto es que sí —aceptó la chica, riendo por lo bajo, y su novio le pasó un brazo por la cintura.

—Ya tienes algo. ¿Dónde lo pones?

Charlaron el resto del camino sobre hierbas medicinales, aromáticas, especias, flores decorativas, árboles y arbustos. Pensaron qué poner en qué jardín, en qué posición, rodeado de qué, porque las plantas, como las personas, se beneficiaban según sus compañías.

De pronto el camino giró entre los árboles y se abrió a una amplia pradera. Para la mayoría, no era más que eso: un prado. No obstante, Lluvia reconoció el sutil patrón de la hierba y las flores, que no crecían al azar sino en una disposición muy estudiada.

Allí, junto a un manzano, estaba la casa, una cabaña de madera con múltiples ventanas y la puerta abierta. La mujer salía de ella, con el pelo corto y entrecano, vestida con camisa y pantalones de jardinería. Los miró con una sonrisa leve, serena, y Charles alzó la mano como saludo.

—Bienvenidos —dijo la desconocida—. Soy Carmen. Debéis ser los Aldana.

Lluvia apenas podía centrarse en ella, pero aun así respondió:

—Es un placer.

También lo era conocer el lugar y sus habitantes… no solo la mujer, sino todos los demás. El parque natural formaba una macro-consciencia que se dividía en otras más pequeñas. El prado formaba una de ellas, y le daba la bienvenida, la tanteaba con curiosidad.

Carmen sonrió un poco más.

—No hace falta preguntar quién es la señorita —comentó—. Aminah dice que eres «especial».

Lluvia dio un respingo, azorada.

—¿Aminah? —inquirió—. ¿Así se llama la consciencia aquí?

—¡Ja! —rio la mujer en una seca carcajada—. Anda, ven, pequeña. Te presentaré.

Martes 16 de julio: Aminah

Carmen Terraza ofreció bebida y refrigerios para sus invitados, y les dijo que, si querían, podían quedarse a comer. Pero luego dedicó su atención casi enteramente hacia la joven dendrópata.

—Como has sospechado —le dijo mientras rodeaba la casa con ella—, Aminah es el nombre de esta conciencia. Específicamente, la que envuelve la cabaña, es decir, la de la pradera. Aunque de vez en cuando se le suman los árboles más próximos. Y no, las conciencias no tienen nombre propio, puesto que no lo necesitan; no es así como se identifican. No obstante, cuanto más se relacionan con los humanos, por ejemplo, más rasgos adoptan. ¿Cuál es tu plan?

Se lo preguntó sin más, mientras la llevaba a la parte trasera, porque no era una mujer que se andara con conversaciones triviales. Allí, la pradera se extendía un par de kilómetros, y contenía plantas que no podrían vivir en otra parte de España… o en casi ninguna parte del mundo, ya puestos. Si el humano medio sentía una morbosa fascinación por las sencillas florecillas carnívoras, la mayoría sufrirían un infarto al encontrarse con algunos de sus especímenes.

—Lo cierto es que pensé en jardines que pudieran ayudarse entre ellos —respondió la muchacha—. Quiero decir, plantas, flores y árboles que vivan en simbiosis y se sientan a gusto con la tierra. Pensándolo, quizá debí haber analizado el estado del suelo antes de ponerme con ello, pero… —Suspiró—. También quería enfocarlo a la medicina con plantas, pero no tengo mucha idea de si sufren en el proceso.

—A veces —aceptó Carmen—. Por eso es importante que ese jardín… o esos varios jardines… te conozcan bien. En la escuela has aprendido a utilizar tu don para impulsar el crecimiento, curar las enfermedades y, hasta cierto nivel, comunicarse con ellas. ¿Es verdad? —Lluvia asintió—. Debes tener relación con el jardín de tu escuela. Tiene que haberlo, ¿no?

—Pero siempre fue atendiendo las necesidades individuales. La primera vez que vi una mente conjunta y bien formada fue en otro lugar, y no hace tanto.

—Pues con un poco de tiempo verás que las mentes conjuntas tienden a formar vínculos especiales con sus cuidadores; a mejor cuidado, más fuerte ese vínculo. Aminah comenzó a plantarla mi predecesora, pero nos hicimos pronto grandes amigas.

—Comprendo. Pero… ¿Cómo puedo lograr algo así?

—Con cuidado. Las plantas, Lluvia, no son tan distintas a los animales. Dales cariño y asegúrate de que no les falte de nada, y harán lo que sea por ti. Cuando tengas tus jardines, cuando esa consciencia sea tu amiga, podrás pedirle esas raíces para medicina, esas hojas para infusión, o esas bayas para un emplasto.

—Pero eso podría herirlas y tampoco quiero que sufran —insistió la muchacha, evidentemente dividida, tanto como ella lo había estado a su edad—. Lo cual es una contradicción, porque hacen falta, pero…

—¿Sufres por tu pelo cuando te lo cortas?

—No, claro, pero el pelo está… muerto, de alguna manera.

—Mhmm. A veces, lo que tomamos de ellas también lo está. ¿Y qué dices de cuando te analizan la sangre? ¿Es muy duro ese pinchazo?

—Sé por dónde vas… —La chica sonrió, y también lo hizo Carmen.

—La consciencia colectiva es como tú: un enorme conjunto de sistemas más pequeños, hasta

llegar a las células y más allá. A Aminah no le preocupa mucho desprenderse de un puñado de hojas… de un puñado de individuos, incluso. Sigue existiendo.

—Pero dudo que sea sencillo llegar a esto.

—Oh, pequeña —rio la mujer—, ¿y qué relación lo es?

}.{

Lluvia se lo estaba pasando en grande. Kaiden la miraba desde la entrada de la cabaña, apoyándose en el quicio de la puerta abierta, observando a su novia agacharse, observar, hablar y utilizar su poder con alguien como ella.

¿Cuántos otros dendrópatas conocía? Había dicho que había dos en su clase… ¿o eran tres? Y estaba su maestro. No era mucho, en realidad. El chico suponía que no era fácil encontrar personas con el mismo poder, la misma edad y la misma ubicación. En eso, de nuevo, eran distintos a los Templarios: en la escuela todos eran iguales, solo divididos por clase según su inteligencia y su fortaleza. Antes de marcharse, había compartido clase con los mismos jóvenes desde los doce años, y antes de eso, había estado con el mismo grupo desde los cinco.

Recordarlo le hizo pensar en Lauren, la persona con la que tendría que haberse casado al cumplir los dieciocho para unir antiguas castas tanto como unir fuerzas.

Las cosas habían cambiado mucho desde entonces. Ya no tenía nada que ver con los Templarios, ni con sus antepasados, ya puestos. Él no cazaba demonios ni sus vástagos, ni tampoco iba a casarse con Lauren.

Sintió un pequeño tirón en el estómago, y luego calor en las orejas. Por alguna razón, pensar en el matrimonio lo hizo sentir turbado, lo cual era una tontería. Sabía perfectamente que quería casarse… con Lluvia.

Tardó unos momentos en darse cuenta de que notaba un roce extraño en la pierna. Al bajar la mirada, vio una enredadera subiéndole por el pantalón.

—¡Mierda, joder!

Dio tal salto que se estrelló con el otro lado de la puerta, trastabilló y cayó al camino de tierra. La planta, tan inocente y tan normal, *se movió* arrastrándose de vuelta a la pared, trepando unos centímetros hasta agarrarse, literalmente, a una argolla.

Luka se reía. Charles procuraba no hacerlo. Y Carmen, hablando en un español lento y claro, sonrió y comentó al acercarse:

—Veo que has conocido a una trepadora. Tranquilo, es inofensiva, solo quería unos mimos.

Como si la hubiera oído, la enredadera onduló como una serpiente y abrió las hojas como si fueran abanicos. Eran lisas y de un verde intenso.

Lluvia ya estaba a su lado, ofreciéndole las manos.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, sí, no, estoy bien. Cosas peores me han pasado. ¿Seguro que no pica? —dijo él, inseguro, y se levantó del suelo con su ayuda.

—Solo en primavera —respondió Carmen—, y cuando son muy pequeñas… y cuando los niños traviesos intentan molestarlas.

Luka, que acariciaba una de las vibrantes hojas, escondió las manos. La mujer se echó a reír, y la planta, casi ofendida, se estiró hacia el chiquillo para que siguiera.

Viernes 26 de julio: Tres jardines

Lluvia se puso a trabajar en sus jardines en el acto. Cada uno tendría una función diferente, pero formarían, con un poco de tiempo, una sola consciencia.

Una de las casas tendría un huerto propiamente dicho: especias, hierbas aromáticas y algunas hortalizas y verduras serían toda la decoración que necesitaría. En la otra estaría el melocotonero, y habría, sobre todo, plantas medicinales, muchas de las cuales le enseñó Carmen Terraza, que se ofreció a asistirla siempre que lo necesitara.

La mujer no lo había dicho, pero en el aire flotaba un cierto interés especial por la muchacha. Kaiden sospechaba que la quería como sucesora: era evidente que habían conectado bien al conocerse.

El tercer jardín, el de la parcela, necesitaba más trabajo, pero sería algo vistoso, relajante. Las vallas estuvieron construidas en un par de días, pintadas de colores, y la pequeña charca estuvo excavada y delimitada poco después. En aquel espacio habría plantas delicadas, flores y arbustos decorativos que se arremolinarían a los lados del pequeño camino y alrededor del sauce llorón que llegaría a primeros de agosto.

—La idea es, eh, abrir puertas en el, no, los pati… os —explicó el chico en un español vacilante, haciendo gestos hacia la pared de su jardín—. Para, um, para pasar *from*, de uno al otro. En el final, es como una casa sola, pero con patio en medio.

—Tu vida sigue creciendo, ¿no es verdad? —sonrió María Santana con una alegre sonrisa—. Apuesto a que no es lo que esperabas cuando decidiste mudarte aquí.

—«Decidir» es mucho… mucho suponer —replicó él—. *I mean*, es como cada paso me ha… me hubo… me…

—Hubiera.

—Hubiera. Cada paso me hubiera traído hacia aquí.

—Hacia tu familia.

Kaiden encogió un hombro y observó a Rayo correr por todas partes con la pelota en la boca. Bruma lo perseguía, siempre demasiado lento para atraparlo, y Coco, demostrando su habitual serenidad, se había sentado entre los pies del chico y observaba atentamente para que sus revoltosos hermanitos no se desmadraran más de la cuenta.

Adoraba a ese perro. Adoraba la casa y los jardines que Lluvia estaba construyendo. Adoraba a su novia y a los padres de esta. Hasta le gustaba el señor Mendoza… o la incómoda, risueña y un poco agobiante profesora de español.

—Supongo —aceptó—. Yo no quiero, um, no quería… nada para mí. Solo quería que Luka estuvo… no. Estu… no. *If it's* hubiera, *then it's like*… ¿Estuviera?

—Aprendes deprisa, Kaiden. Eso está muy bien.

—Solo quería que Luka estuviera seguro. No. A salvo.

—Bueno, claramente lo está. Y muy contento. Creo que le has dado la vida, ¿no te parece? Casa, una gran familia, cachorritos para jugar. Y tiene muchos amigos, ¿no es verdad? En la guardería, pero también por su cuenta. ¿Cómo lleva sus habilidades? ¿Las controla?

—Ah, *well, I kinda*… Yves escribe a mí cada semana con un, eh, resumen. Es casi siempre igual. Pone tareas, pequeñas cosas, *except* los grupos.

—¿Los grupos?

—*No matter*. Con Yves y Ahti, no hay, eh, *acsidentes*. Antes él, eh, afectaba las luces, *tiví*, todo. Ahora no.

—Ahora sabe lo que debe hacer y lo que no.

—*Yeah*.

—Pero supongo que también habrá aprendido de su hermano. Perdona. Su papá.

María sonrió con inocencia y Kaiden ignoró el calor en las orejas. Todavía lo turbaba un poco, pero cada vez menos. Aquel era su niño.

—*There's little*… Hay… Hay poco que él puede aprender de mí —dijo.

—¿Tú crees? Querido, no hace mucho que nos conocemos, pero me hago una idea de cómo eres. Y estoy seguro de que ya antes de todo esto, Luka estuvo sacando de ti su afecto y su lealtad.

—Antes de todo esto, no hay… no había de dónde más sacarlo.

}.{

—Me duele la cabeza cuando acaba conmigo, como si me hubiera pegado una paliza —suspiró Kaiden aquella noche, después de comprobar una última vez que Luka estaba dormido.

Lluvia rio y le acarició la espalda con suavidad.

—Es normal —asintió—. Solo quiere que aprendas lo antes posible, y para ello hay que llevarte al límite, supongo.

El muchacho gruñó y ajustó la puerta del niño. Después se volvió para besar a su novia en la frente e ir hacia el dormitorio.

—Por lo visto vamos a pasar a conversacional —continuó—. Que relea y tal y tal, pero que sobre todo nos vamos a dedicar a hablar. ¿No es lo que hacíamos ya? Pero si no se calla. ¡Y no me deja callarme a mí!

—Para que aprendas.

—Sé hablar, ¿vale?

—Con soltura —matizó Lluvia—, para estar acostumbrado al instituto, que será todo el tiempo hablar, escribir, leer y oír español.

Kaiden suspiró. Le dolía la cabeza solo de pensarlo, pero suponía que era parte del proceso. Cuando llegó a Liétor, no esperaba ser capaz de conversar razonablemente bien en menos de seis meses, y ahí estaba.

Se volvió para acercarse a su novia y la rodeó con cuidado, besándola en la sien. Ella sonrió, cerrando los ojos.

—¿Estamos mimosos? —bromeó.

—¿Y cuándo no? —respondió él—. Eres mi paz.

—Y tu la mía —respondió Lluvia, ampliando la sonrisa—. Aunque también quien despierta mis pasiones.

Kaiden notó el ya muy familiar tirón en el estómago. Inclinó la cabeza y la besó de nuevo, en los labios ahora.

—Sí, eso me suena —musitó.

Jueves 1 de agosto: Verano abrasador

Julio pasó y vino agosto… y con él, un calor que parecía no tener fin.

—No sé, chica —suspiró Kaiden aquella mañana de jueves, apoyando la frente en la barandilla del corral con la esperanza de recibir un solo soplo de aire—. Me he duchado dos veces antes de venir, y solo quiero volver a casa para meterme en el agua otra vez.

Sombra le mordisqueó el pelo en un ademán cariñoso, y él movió el brazo para palmearle la quijada. Estaba agotado.

—Los veranos en Escocia no son así —aseguró—. Para nada. He visto el termómetro al venir. No sé si voy a aguantar el resto del verano, de verdad te lo digo.

—¿Qué, sufriendo?

Sandra se apoyó a su lado, fresca como una lechuga. Kaiden la envidió por ello. La mujer, vestida con tirantes y pantalones largos, le ofreció a Sombra un trozo de manzana que la burüka rechazó.

—Vamos, chica, también tienes que comer fruta —insistió ella, y la criatura al final aceptó la golosina—. En fin. En Escocia las cosas eran distintas, ¿no?

—Y mucho —aceptó el muchacho—. Había mucha humedad y eso, pero mucho más frío. Mucho. Mucho más frío.

—¿Como a qué temperatura llegan en verano?

—No sé. Veinte. Como mucho.

—Ay, Dios. —Riendo, Sandra le palmeó la espalda afectuosamente—. Bueno, por lo menos en invierno estarás en tu salsa.

—Ahora sí que estoy en mi salsa.

Con simpatía, la mujer le acarició el hombro.

—¿Por qué no nos vamos pronto a casa hoy? —preguntó—. Hay poco trabajo. Hasta los animales están en modo vegetal en las horas más calurosas, de todos modos.

—Todavía tengo que sacar a Sombra.

—Bueno, Sombra dice que te vayas a «meterte en el agua otra vez».

Kaiden suspiró y alzó la cabeza por fin. La pesadilla empujó su frente con los belfos, como un mimo, y él le acarició el cuello.

—Vale —musitó—. Lo siento. No sé cómo aguantar esto.

—Ya te acostumbrarás —aseguró Sandra—. Con tiempo. Siempre podemos volver un día de estos por la noche, ¿qué opinas? Estará más fresco. Quizá podríamos hacer una salida en familia para cenar y dar un corto paseo a caballo.

—Eso estaría bien, creo. La pobre no sale nunca de noche, y, sin poder dormir, es una putada.

—Sí que lo es. Quizá podamos hacer algún arreglillo al respecto.

}.{

Para Lluvia, la vida había dado un cambio radical desde que había conocido a Luka y a Kaiden, y esos cambios se habían prolongado durante meses. No solo se había enamorado, sino que le había salido un niño al que quería como si fuera su hijo, ahora ya no vivía en la residencia sino en una casa, y tenía no una sino dos cocinas.

Desde pequeña le había gustado cocinar, pero nunca había tenido mucho acceso a una. Ahora podía deleitarse a placer. Más aún: con sus jardines en lento pero firme crecimiento, pronto iba a tener hortalizas de temporada y abundancia de especias, solo para empezar.

A pesar de la temperatura —treinta grados, y todavía eran las doce—, a la muchacha no le importaba estar entre hornos: estaba haciendo galletas. Las hacía de miel o de jengibre, y la mayoría con formas de animales, utilizando moldes que su padre, contento de verla feliz, le había comprado.

Su madre y Kaiden llegarían pronto. El chico estaba teniendo serios problemas con el calor. A ella la sorprendía, porque ¿tan grave era? Se sentía bien, aunque tal vez porque las casas estaban bien aisladas y solían ser frescas. Estaba acostumbrada a los veranos de Albacete. Al fin y al cabo, había vivido siempre allí.

Si lo estaba pasando tan mal, razonó, sería una buena idea preparar una ensalada, y quizá huevos rellenos.

—¡Mama!

Luka llegó como un torbellino y se paró en seco justo a su lado, con los ojos brillantes y las manos extendidas. Le estaba ofreciendo una piedra. Aquella estaba siendo esa clase de mañana en que el niño encontraba piedrecitas por todas partes y se las traía como regalo. Sabía muy bien que a mamá no se le regalaban flores.

La muchacha se agachó para coger el regalo y examinarlo.

—Hmmm, ¿qué tipo crees que es? —preguntó, poniéndose junto al pequeño—. ¿Crees que deberíamos tener un libro para saber cómo se llaman?

—¡Sí!

Lluvia sonrió y asintió con la cabeza.

—Es bonita, gracias —dijo, inclinándose para besarlo en la frente—. Mientras no sabemos cómo se llaman, deberíamos ponerle uno nosotros.

—Oh. *Creag*.

—¿Oh? ¿Significa algo, o lo inventaste?

—Piedra —rio Luka, y entonces, como si tuviera un sexto sentido, se volvió al mismo tiempo que se oyeron los primeros ladridos en la calle.

—Vaya, parece que llegan —supuso Lluvia—. ¿Quieres ir a avisar a tu abuelo? Yo acabo las galletas y salgo.

El niño la miró primero con susto, después con confusión. Luego parpadeó, como si le costara entenderlo, y al final exclamó:

—¡Charles!

Se le iluminaron los ojos, sonrió ampliamente y se fue corriendo.

Jueves 1 de agosto: Ideas para el futuro

Aunque hacía buen día, comieron dentro, con los dos ventiladores puestos en el comedor. Después de la ducha y estando a la sombra un rato, Kaiden se volvía a sentir un ser humano.

—A tu madre se le ocurrió que igual podríamos salir a cabalgar de noche un día —le dijo a su novia mientras la ayudaba a emplatar—. Podríamos salir y cenar todos juntos. No suena mal.

—No soportas el calor, ¿eh? —bromeó Lluvia—. Claro, sois todos una panda de vampiros. Pero por suerte anochece pronto.

—¿Yo, un vampiro? —El chico le puso una mano en la mejilla, haciendo notar la palidez de su piel.

—Un vampiro un poco morenito —repuso ella, haciendo un mohín con los labios—: no has perdido melanina.

—Y en cambio tú eres blanca como la leche. No sé.

—Pero no soy nocturna.

—Entonces te hace falta tomar más el sol.

Kaiden se inclinó para besarla, y después recogió los platos para llevarlos al comedor.

—Quizá eres un licantropillo —rio Lluvia, siguiéndolo—. Nocturno, salvaje, apasionado…

Él resopló.

—Recuerdo una vez en que me dijiste algo como que ser licántropo no era tan divertido. Te pensabas que me lo estaba planteando.

No había pretendido que la chica dejara de reír. Se sintió mal cuando la vio apartar la mirada.

—Como broma puede ser gracioso —comentó su novia—, como cualquier otro poder o ser sobrenatural, pero cuando hablamos de la realidad con todas sus facetas…

—Lo sé. —Kaiden estiró el brazo y le acarició la espalda, besándola en la cabeza—. No se me pasaría por la cabeza, ¿vale? Estoy muy bien como estoy, siendo un tipo normal y corriente.

—Eres más que un tipo normal y corriente, pero sí, te prefiero con latido del corazón, y también sin extra de pelo.

—Oh, bueno, eso no sé, mi padre tenía mucho…

Ella rio. Eso estaba mejor, pensó Kaiden. Y también estaba mejor poder hablar de ello, poder bromear, incluso recordar a su padre —en Canadá todavía, suponía— sin sentir aquella presión en el pecho, aquel dolor, aquel miedo.

—No me molestaría que fueras un hombre de pelo en pecho —aseguró Lluvia.

—Todavía estoy a tiempo. Me queda mucho por crecer.

Aunque se sentía raro al pensar así. Al fin y al cabo, a sus quince ya tenía casa propia, un hijo, y una mujer preciosa… aunque fueran de la misma edad.

—Anda, llama a tus padres —dijo—. Voy a servir la bebida.

—Claro. Hmmm… ¿Podrás sacar la limonada que hicimos? *Porfi*.

Lluvia se acercó y le dio un beso antes de marcharse. Kaiden, con un familiar y agradable calor en el pecho, volvió a la cocina y sacó la limonada de la nevera.

Se reunieron todos en el comedor de los chicos, con los ventiladores encendidos y los perros correteando alrededor de la mesa, buscando que alguien les diera un trocito de lo que fuera. Eran unos glotones. Charles decía que estaban en la edad de crecer. Sandra le golpeaba el hombro

cuando lo veía intentar echar un poco de comida bajo la mesa.

—Ah, hace un rato me ha llamado Silvia —recordó el hombre mientras terminaban—. ¿Te acuerdas de esa charla que siempre me dice que tengo que dar?

—Ay, Dios, ya era hora —rio su mujer.

—Bueno, dice que está todo preparado. Es una reunión de jóvenes empáticos. Son chicos con un poder como el mío o el de Etiénne —explicó hacia los muchachos—, que acaban de terminar el colegio y están buscando un destino. Un futuro.

—Supongo que es más fácil aclararse con lo que vas a hacer de mayor si te habla alguien que te entiende —comentó Kaiden.

—No lo había pensado así —comentó Lluvia, alzando las cejas—. Pero es verdad que nuestro poder nos guía un poco sobre lo que haremos.

—Suele hacerlo —asintió su padre—. Hay muchas opciones, y los chicos de cualquier habilidad o naturaleza llegan a los dieciocho preguntándose qué demonios hacer con sus vidas.

—Siempre le decía a Kai sobre esto, pero… —La chica apartó la mirada, y después rio nerviosamente—: Realmente no tengo claro qué quiero hacer yo tampoco.

—El año que entra empezarán a azuzaros con esas cosas —sonrió su padre—. ¿O es al siguiente? ¿Lo han cambiado?

—El siguiente se pondrán serios —explicó Sandra—, cuando tengan dieciséis. De todos modos, cielo, ¿qué te gustaría?

—No tengo la menor idea. Quiero decir, siempre he tenido claro que quería trabajar con plantas, pero…

—Es un buen comienzo. Podrías ser botánica.

—O la aprendiz de la señora Terraza —repuso Kaiden, y la mujer lo miró con las cejas alzadas—. ¿Qué? Estaba muy claro que Lluvia le gustaba. Y es un trabajo, ¿no?

—Pero significa mudarse —respondió la chica.

Su novia señaló alrededor con un elocuente gesto de las manos. Su casa, no solo de él, sino también de ella, de sus padres. El muchacho apretó los labios.

—*Troich*, ¿me dejas tu tablet? —preguntó, y el niño sonrió.

—¡*Tha*!

—Vuelvo en seguida.

Jueves 1 de agosto: Confesiones

Kaiden bajó la tablet para abrir Google Maps. Había esperado que la ruta en coche desde Liétor hasta Tranco diera un rodeo al Parque Natural, pero, aunque así era, la cantidad de kilómetros seguía siendo algo insalvable: eran más de cien. Eso equivalía a más de veinte horas caminando, y a caballo —la idea que se le había ocurrido— el viaje no bajaba de catorce.

—Me hubiera gustado que fuera más fácil —suspiró, sentado en el sofá con su novia—. Lo siento, Rain.

Ella sonrió y se acercó para cubrirle el rostro de besos.

—Eres adorable —dijo.

—Bueno, pero no lo he conseguido. —Kaiden le pasó el brazo por los hombros—. Aunque, no sé. Quizá pueda, bueno, cuando cumpla los dieciocho, sacar el carné de coche. Nunca lo había pensado, pero quizá así podría llevarte. Si es que ser la sucesora de la señora es algo que te interesa, claro.

—Sigo pensando que está demasiado lejos —suspiró Lluvia.

—Supongo que sí. Pero, mira, como que tenemos tres jardines. Igual puedes ser su aprendiza a distancia. No sé.

No obstante, ella negó.

—La idea era cuidar de aquella mente colectiva —explicó—, pero es cierto que voy a formar una aquí. O eso quisiera.

—Bueno, ya estás empezando, ¿no? Y con medicinas y todo.

—Sí —asintió Lluvia, y se colocó el pelo detrás de la oreja en un gesto tímido—. A veces pienso en abrir una herboristería.

—¿Para vender tés y hierbas medicinales y eso? —Ella asintió sin mirarlo—. Oye, pero si es una idea estupenda. Todas tus plantas estarían aquí. Igual hasta podríamos reestructurar, no sé, el recibidor o algo, para que fuera como una tienda. ¿Se puede hacer eso?

La muchacha parecía tímida y nerviosa al mover las manos. Kaiden le acarició la espalda.

—¿Y si mezclo la herboristería con unas cuantas mesitas para servir té, y unos libros para leer? —musitó ella, muy bajito.

—¿Un sitio para leer, descansar y tomar un té súper casero? Joder, Rain, eso suena muy bien.

Por fin, pensó cuando Lluvia lo miró de nuevo, con timidez y mordiéndose el labio inferior.

—¿De verdad? —preguntó—. ¿No sería…? No sé, tener un trabajo poco adecuado… Mis padres son…

—Tus padres son tus padres —replicó él—, y hacen muy bien su trabajo y todo eso, pero ¿y qué? ¿Por qué un lugar de descanso y naturaleza va a ser poco adecuado?

—Ellos ayudan directamente. —La muchacha se frotó el brazo, mostrando aquel complejo de inferioridad que volvía loco a Kaiden—. Mi padre busca personas con problemas, y mi madre lo mismo pero con animales.

Trató de contener las ganas de gruñir, porque claramente no era lo que Lluvia necesitaba. No era la primera vez que hablaban de aquello, de esa especie de… sentimiento de inferioridad. Para él no tenía sentido, pero eran los sentimientos de la muchacha. Eran válidos, aunque le parecieran injustos e inmerecidos.

Se alegró de que Sandra y Charles se hubieran metido a la cocina para fregar los platos.

Posiblemente, a Lluvia no le gustaría hablar de aquello con ellos. Del resto sí, pero ¿de cómo se sentía inferior a ellos? Sería doloroso para todas las partes.

—Vale —asintió Kaiden, y le acarició lentamente la espalda—. Rain, aclárame esto. Quieres tener un lugar donde la gente pueda relajarse, tomar un té, leer un poco, comprar hierbas medicinales o infusiones o, yo qué sé, esquejes, semillas. ¿Verdad? —Ella asintió lentamente—. O sea, que quieres dar un lugar de descanso y curación a gente que quizá se encuentre mal, tenga problemas, necesite un poco de paz.

—Sí, eso quisiera.

—Sí, ya veo que eso no está a la altura. —El chico la miró fijamente—. ¿Se ha entendido el sarcasmo o…?

—No es lo mismo, Kai —resopló Lluvia, que, por lo menos, sí que lo había entendido—. Ellos van a ayudar. En mi caso, tendrían que venir a buscarla, ser conscientes de que necesitan esas hierbas o ese momento de descanso.

—O sea que te gustaría, ya sabes, tener un trabajo más activo.

La muchacha se encogió, frotándose las manos con nerviosismo.

—¿Qué pasa si quiero estudiar algo que no tiene que ver con plantas? —inquirió—. Para… poder complementarlo con ellas.

El chico no había crecido en Santuario, de modo que no tenía ni idea, pero no le parecía algo malo.

—¿Es que no tienes derecho a estudiar lo que te apetezca? —preguntó—. ¿Qué quieres hacer? En serio, Rain. Da igual tu poder o tus padres. ¿Qué quieres? ¿Qué te gustaría?

}.{

A Lluvia le daba miedo incluso decirlo en voz alta, expresar lo que en el fondo quería hacer con su futuro.

Habían tenido ya aquella conversación, pero normalmente el tema giraba alrededor de Kaiden y lo que quería para sí mismo, para cuando terminara de estudiar. Él, que acababa de llegar y todavía se sentía perdido en Santuario, nunca sabía; ni siquiera conocía sus opciones. La muchacha sí tenía una idea de lo que quería, y no obstante huía de ella. Lluvia, que siempre había tenido cierta dificultad para entender a los seres humanos, lo que quería era…

—Quiero ser psicóloga —confesó al fin.

Decirlo en voz alta no la hizo sentir mejor.

Jueves 1 de agosto: Psicóloga… ¿o no?

Desde que era niña, Lluvia había admirado a su padre: él socorría a las personas, las entendía mejor que nadie. Ella se entendía con las plantas, que eran sus amigas, tan sencillas como se veía a sí misma: aunque podían ser muy complejas al unificarse en una sola mente, solían ser sinceras, directas, igual que ella.

En aquel caso, no obstante, la muchacha no era ni directa ni sincera. Mantenía aquel secreto escondido, y no quería ni verlo. Había mantenido aquel anhelo encerrado en un cajón, lejos de la vista, porque… ¿Cómo iba a plantearse siquiera algo así? ¿Qué ganaba siendo psicóloga? Siempre había tenido problemas para comprender a las personas, y le costaba entender sus sentimientos. Al contrario que Carlos, ella no podía leer las emociones de los demás, ni tampoco sus mentes, como hacían otros dotados.

Lluvia hablaba con las plantas, y adoraba su poder y su conexión con la flora, pero en el fondo quería ser como su padre. Salvo que no podía, era imposible, y, mientras él era ideal para su trabajo, ella no servía.

La joven apretó los labios, con ganas de llorar. Su sueño, su estúpido sueño era tener una consulta donde entender y ayudar a las personas. Las plantas eran su día a día, sus amigas, pero no las veía como un trabajo; las cuidaba porque sí, porque las quería, no para hacer de ellas un oficio. Podría ofrecer remedios florales para calmar a sus pacientes, para ayudar a procesar sus emociones como una herramienta más, pero no eran su centro laboral.

«Cielos, ¿no puede ser todo un poco más fácil?», pensó.

De pronto, Kaiden la besó. Fue un gesto delicado y amable en la mejilla, un roce cálido, lento y suave mientras la estrechaba, atrayéndola con un brazo sobre sus hombros.

—Lo… Lo siento —musitó Lluvia, frotándose los ojos, y él le cogió la mano para apartársela y limpiarle las lágrimas—. Se supone que pensar en quiénes seremos debería ser positivo, ¿verdad? Siempre te dije eso.

—No tienes nada que sentir —aseguró el muchacho—. Rain, anda, mírame.

Ella inspiró hondo. Le costó mucho hacerlo, pero, de nuevo, era algo normal. ¿No era irónico? Quería ser psicóloga, pero mirar a los ojos a alguien le resultaba incluso aterrador. Las personas decían mucho, demasiado con una mirada, tanto que no se sentía capaz de procesarlo por completo.

Era un poco distinto con Kaiden, no obstante, quizá porque siempre era sincero y abierto, o tal vez porque lo conocía bien. O ambas cosas. Él la observaba ahora, serio y fijamente, pero con esa habitual gentileza que se le ponía en los ojos cuando la observaba. El muchacho le acarició la mejilla, y dijo:

—Pues yo creo que vas a ser una psicóloga estupenda.

Lluvia no pudo evitarlo: se echó a llorar. Buscó su abrazo, y Kaiden la estrechó con fuerza, apoyándola en su hombro, acunándola con suavidad.

¿Cómo podía verlo tan simple? ¿O es que realmente era así de fácil? Lo había dicho como si fuera un hecho, algo que iba a suceder, pero ¿cómo estaba seguro? ¿Cómo podía?

Claramente, el muchacho no compartía sus dudas. La abrazaba, acariciando su espalda, y la besó con delicadeza en la cabeza y en la sien.

—Ya, ya —le susurró—. Está bien, *mo ghraidh*. Menuda revelación has tenido, ¿eh?

Ella rio nerviosamente.

—¿Sabes? —musitó—. Cuando quise hablar contigo, al principio, fue porque quería ser un poco como mi padre. Quería ayudarte, o intentarlo, dar esa mano amiga que alguien en tu situación podría necesitar. Pero al final fui yo la ayudada, porque tú me aceptaste como era, sin huir. Y eres tú quien me apoya todo el tiempo, quien me quiere por como soy.

—Ay, Rain. La pregunta es más bien, ¿cómo no te iba a querer como eres, si eres maravillosa?

—Porque no a todo el mundo le gustan las personas como yo. —Y por eso, pensaba, ser psicóloga era una idea ridícula—. O no todas están preparadas.

—Bueno, ¿preparadas para qué?

—¿Mi sinceridad aplastante? Por poner un ejemplo.

—Mhmm. Yo no he recibido una formación especial ni nada, y, no sé, no me parece tan grave.

Esta vez, la risita que se le escapó fue más clara, más divertida.

—Porque tú eres tú —repuso, y después, entrecerrando los ojos, le cogió la mano a su novio —. Pero muchas personas me han dejado, Kai, por mi brusquedad, mi falta de delicadeza, mis prontos… Sé que no soy como todo el mundo. Tampoco soy especial, hay otros como yo. He pasado mucho tiempo siendo otra persona; controlaba mis obsesiones, evitaba parlotear sin parar, intentaba solo escuchar y sonreír, siendo una cara amable y divertida. Pero no siempre podía mostrar esa cara, porque no era… real. No obstante, si era real, si era yo misma, entonces se iban.

»Mis padres se dieron cuenta de que algo pasaba con mis relaciones, y me llevaron a un especialista. Eric me recomendó ser yo misma, al menos con ciertas personas, así que poco a poco empecé a ser… quien soy. Los amigos que conoces, aunque no sean muchos, son quienes me quieren por como soy. Pero tú… Lo tuyo es otro nivel. Una cosa es tener por amiga a la chica… bueno, yo. Y otra es amarla y convivir diariamente con ella.

—Me gusta convivir contigo —respondió Kaiden por lo bajo—. Y me gustan tus prontos, hasta cuando recibo.

—Eres masoquista —rio Lluvia—. Pero por todo eso no creo que sirva como psicóloga, Kai.

—O sea que como eres una persona diferente, has ido al psicólogo… doy por sentado que a eso te refieres con «especialista»… has superado diversas dificultades personales y sociales, y has llegado al equilibrio emocional suficiente para tener una vida y relaciones satisfactorias… eso espero, vaya… Por todo eso, entonces no serías buena psicóloga. Lo siento, princesa, pero no lo entiendo.

Con evidente nerviosismo, Lluvia se frotó el brazo.

—Dicho con tus palabras, suena todo tan… diferente a cómo lo veo en mi mente —aceptó.

—Lo que no lo hace menos cierto, ¿no? ¿Sabes? Creo que es algo que tendrías que hablar con Charles. Te ayudaría mucho más que yo.

—No quiero decepcionarlo. Kai, mi don es con las plantas.

—¿Qué, crees que no tienes un don con la gente, también?

—Pues no.

—Claramente. Oye, y, así, como… no sé, como duda… ¿Qué hacen los naturales? ¿Ninguno puede ser psicólogo? Total, ninguno es empático tampoco.

—¡Claro que pueden! Tienen técnicas, estudian para comprender la mente humana y…

«Ah», pensó Lluvia, y se ruborizó. Kaiden alzó las cejas y asintió sabiamente.

—Ya veo —dijo—. Está claro que eso no es algo que tú puedas hacer, con las notas que

sacas. Ah, espera…

—No es… —La muchacha se detuvo y suspiró—. Precisamente por lo que hablamos antes, la habilidad guía un poco quién…

—La habilidad guía, da una idea, un empujón, supongo. Pero no significa que tengas que dedicarte a eso. Quiero decir, Talya es telekinética, y trabaja… trabajaba, vaya… en la oficina de mensajería de Bruselas, y no, yo qué sé, levantando peso en una construcción.

La imagen la hizo sonreír.

—Eso sería raro, estaría demasiado… a la vista —respondió Lluvia, divertida—. Supongo que tienes razón. Pensé que no tenía otra alternativa, por… todo eso que te dije. Además, paso muchas horas profundizando en mi poder en clase, charlas, y… en fin.

—Bueno, si es que ¿para qué aprendes a usar las manos, si total no vas a ser mimo? —Kaiden ladeó la cabeza—. Creo que es una comparación horrible, pero espero que la entiendas.

La muchacha no pudo contener la carcajada. Se apoyó en él, buscando más contacto, y su novio le frotó la espalda con afecto, con confianza y familiaridad.

—Me gusta cómo lo ves —confesó Lluvia.

—Bueno, no sé si hay otra manera de verlo. Si lo hay, no me gusta.

—Gracias. —Ahora más seria, la chica dijo—: supongo que esta vez necesitaba yo el mazazo.

—Oh, bueno, cuando quieras.

Martes 4 de septiembre: Compras escolares

Las discusiones en casa habían empezado pocas semanas después de su llegada a casa de unos abuelos a los que Mike no conocía. Talya le había advertido que sus padres tenían problemas con su orientación sexual y religiosa, y el chico lo había visto de primera mano cuando llegaron. Apenas habían mirado a su hija, y le hablaban con mucha frialdad.

Eran buenos con él y con Sonja… hasta que la abuela comenzó a leerles el Corán cuando su madre no miraba. Talya montó en cólera al enterarse, y aquella fue la primera de muchas, muchas peleas.

Había empezado septiembre, y discutían casi a diario. Mike no entendía ni la mitad, porque, pese a un curso intensivo de turco que lo había dejado con dolor de cabeza y una rara sensación de impotencia, no entendía la mayor parte del idioma. Todo le sonaba a la misma algarabía.

No estaba seguro de querer aprender, de todos modos. ¿Para qué, para que la abuela siguiera intentando convertirlo? Apretó la mano de su hermana, y aflojó los dedos en el acto. La niña lo miró, sin sonreír pero sin quejarse. No le había hecho daño, entonces. Mike suspiró y le acarició el dorso con el pulgar.

—Bueno, ¿qué es lo primero de la lista? —le preguntó.

La niña sacó un papel del bolsito y se lo dio sin decir nada. El muchacho ya no esperaba que lo hiciera, aunque su silencio lo hacía sentir incómodo, turbado. Culpable. Sonja, que siempre había sido callada pero hablaba bien, no había pronunciado palabra desde abril.

Los psicólogos —uno en Bruselas y otro allí, en Sultanhani— decían que el mutismo selectivo era su manera de lidiar con el divorcio y la mudanza. Mike suponía que era cierto. Kaiden le decía que no era culpa suya, y el chico sabía que tenía razón. Los dos eran conscientes de quién había originado todo aquello.

Pensar así también lo hacía sentir culpable, incluso enfermo, porque había querido a su madre desde el día en que la conoció, y siempre había sido buena con él, pero eso no había evitado que intentara manipularlo a él y después a Sonja para que se quedaran con ella. Éléna había utilizado todas las artimañas posibles, y para la niña había sido muy difícil ponerse ante un agente de acogida y decir con quién quería vivir. Aquellas fueron las últimas palabras de su hermanita.

Mike sacudió la cabeza y se centró en la lista que tenía en la mano. La apretada letra de Talya contrastaba con los garabatos de Sonja. Una había sido práctica en lo que iban a necesitar: bolígrafos, estuches, libretas, y todos los libros para la nueva escuela. La niña había añadido: bolígrafos *de colores*, libretas *de estrellas* y libros *de cuentos*. Había incluido dibujos por todas partes.

Dudaba que los libros del colegio fueran a incluir cuentos, pero se había prometido comprarle al menos uno a su hermanita.

—Bueno, pues vamos de compras —dijo, y trató de no agobiarse al utilizar una moneda que entendía tan bien como el idioma.

}.{

Ese mismo día, pero con un par de horas de distancia, los Aldana viajaban a Albacete para hacer lo mismo: las compras de inicio de curso. Y lo hacían en un coche alquilado de ocho

plazas. ¿Cómo, si no, iban a entrar todos?

—El pobre se ha equivocado tres veces pagando —le explicó Kaiden a su novia, enseñándole el móvil donde se veía su conversación con Michael—. Joder, pobrecito.

—Me gustaría poder ayudarle —respondió Lluvia—. Pero no entiendo ese idioma, tampoco. —Después se lo pensó mejor, y musitó—: aunque ese no parece ser el problema principal…

—No, la verdad es que no. Lo están pasando mal. La relación de Talya con sus padres es bastante mala.

—¿Por qué están allí, entonces?

—Pues… Bueno, por el divorcio.

—Después de divorciarse —explicó Charles desde el asiento del conductor—, es normal regresar a algo conocido, aunque no sea algo bueno. Talya nos contó que volvía a casa porque necesitaba recuperar pie, y a alguien que cuidara de los niños mientras trabajaba.

—Aunque no parece haber sido la mejor decisión —aceptó Sandra, sentada detrás de todo con Océano.

—Es que volver a lo que conoces no significa que sea bueno —resopló Lluvia—. Quizá debieron irse a otro lugar… empezar de cero.

—Solos, sin ayuda y después de lo que había pasado… —Su padre suspiró—. No es fácil. Y va a seguir siendo complicado. Es otra cultura, otro idioma. Quizá Talya pensó que, después de tantos años, sus padres preferirían tener de vuelta a su hija, lesbiana o no.

—Claramente no —respondió Kaiden—. Bueno, al menos es lo que dice Mike. Y no lo entiendo.

—¿No tiene ningún otro amigo en Santuario? ¿Algún otro familiar?

—Amigos seguro que tiene —aseguró Charles—. Y recurrirá a alguno de ellos tarde o temprano.

Lluvia miró a su padre, ladeando la cabeza.

—Son tres en total, ¿verdad? —preguntó, y el hombre le echó un vistazo por el retrovisor, divertido.

—¿Qué barruntas ya?

Atrapada con las manos en la masa, la muchacha se sonrojó.

—Que está la residencia —dijo con un puchero—. Nuestra antigua casa.

—¿Qué, seguimos adoptando cachorritos? —bromeó Sandra.

—No puedo evitarlo si miran con ojitos tiernos —suspiró su hija—. Además, ese lugar está vacío, tarde o temprano alguien va a ocuparlo. Mejor que sea alguien que conocemos y a los que podemos ayudar, ¿no?

La mujer sacudió la cabeza.

—Anda, Carlos, ofréceselo a Talya cuando lleguemos —indicó—. Al menos, saber que tiene esa opción le hará bien.

}.{

Talya recibió la oferta con una sensación de impotencia que no lograba superar, no desde el divorcio. Con lágrimas en los ojos, solo pudo responder: gracias.

Puede que aquello hubiera empezado antes. Sí, antes de decidir que no podía seguir con ella, las cosas ya habían empezado a malograrse. Tal vez desde que supo que su mujer no podía aceptar en su corazón a un huérfano por el pasado, por la sangre que tenía.

Ella sabía mucho de sangre, de cultura y del deber familiar, y sabía que no era fácil romper con todo eso, pero tampoco imposible. Se había mudado con apenas dieciocho años, dejando

atrás a unos padres que no la entendían, y una religión en la que se sentía prisionera. Éléna había aceptado todo cuanto Talya era, con su esfuerzo y su sacrificio. No obstante, no había podido hacer lo mismo por Kaiden.

—Oh, Éléna —musitó, cubriéndose los ojos para contener las lágrimas que estaban siempre ahí, a punto para derramarse—. Te echo de menos.

La añoraba, pero al mismo tiempo había elegido dejarla, porque ya no podía conciliar a la mujer dulce y amable con la que se había casado y la que estaba llena de rabia y prejuicios. La peor parte era lo convencida que estaba de que tenía la razón, y le daba igual lo que dijeran los demás. Lo que dijera la mismísima Asamblea.

Talya respiró hondo y se frotó la cara, fortaleciéndose una vez más antes de levantarse de la cama. Puede que tuviera el corazón roto y el ánimo por los suelos, pero todavía tenía mucho por lo que luchar. Con aquella idea en mente, salió para enfrentarse, una vez más, a unos padres que ni la querían ni la aceptaban, pero que eran la única familia que tenía.

Lunes 16 de septiembre: Primer día

Kaiden tuvo un ataque de ansiedad en la madrugada del lunes 16 de septiembre, mientras paseaba a los perros —que ya tenían seis meses y habían crecido mucho— y antes de ducharse, desayunar y coger el autobús.

Llevaba unos días sintiendo la tensión, el ronroneo en el estómago, el dolorcillo en el pecho, así que casi se lo estaba esperando cuando comenzó a faltarle el aire y le temblaron las rodillas. Sabía que volver al colegio iba a ser difícil, por muchas razones, y lo tenía asumido.

Se sentó lentamente, controlando la respiración. En el acto, Coco se dio la vuelta y se le subió al regazo, lo cual era todo un hito, porque casi había alcanzado su talla adulta y pesaba más de treinta kilos. Kaiden lanzó una risilla entrecortada cuando el perro comenzó a lamerle la cara.

—Ya, ya, estoy bien, estoy bien —aseguró—. Ala, el otro también. —Bruma comenzó a olisquearle la oreja, y el muchacho les echó un brazo al cuello a cada uno, sintiéndose un poco mejor—. No pasa nada. Solo un pequeño susto. No pasa nada.

Luego Rayo se echó sobre todos ellos. Coco le lanzó un gañido, Kaiden le chistó, y el ataque se fue deshaciendo. Respiró hondo, más tranquilo, y se frotó el pecho, allí donde la bola de ansiedad se había hecho mucho más pequeña.

—Todo bien —suspiró—. Tenía que pasar, ¿no? Porque, chicos, me vuelvo al cole, y todo el mundo sabe lo que me espera ahí. Las clases de español van a ser un chiste en comparación con la gente.

Pero había tenido meses para hacerse a la idea, y estaba preparado para lo que pasara. Tenía que estarlo.

Eran las siete cuando Kaiden subió al autobús con Lluvia y dejó a Luka a cargo de Charles, que había prometido, con guasa, hacer lo posible por no tirarlo al guiso. El niño se había reído. El chico, sentado junto a su novia, tenía la mochila entre los pies y cogía la mano de la chica mientras veía el paisaje comenzar a correr al otro lado de la ventana.

—Cuando te hagas al lugar y al ruido, acabará por gustarte —aseguró ella, estrechando sus dedos con suavidad—. Creo que educación física te gustará mucho.

—Eso seguro —aceptó él—. ¿Es verdad lo que dice Valentino, que el profesor es un sádico? No me fío de la mitad de lo que le sale por la boca.

—Para mí lo es, pero porque no me gusta mucho ejercitarme. —Lluvia se apoyó en su pecho, y Kaiden cómodamente le pasó un brazo por los hombros—. Soy una plantita delicada. A ti te gustará.

—Vamos, no será tan duro. Has estado haciendo ejercicio este verano, y con el calor.

—Pero porque a ti te gusta mucho —suspiró su novia—, y trato de seguir un poco tu ritmo, pero no estoy hecha para esto.

El muchacho la besó en la cabeza.

—Gracias, Rain.

Ella lo miró, sorprendida, con las cejas alzadas, y preguntó:

—¿Por qué?

—Por ser tú.

Llegaron al colegio un poco antes de las ocho, y en la puerta se reunieron con Silvia y los

demás. Había mucha gente, chicos de todas las edades, saludando a viejos amigos, quejándose de madrugar, o de los profesores, o de no tener ganas de ir a clase.

—Pues nada, vuelta al infierno —suspiró Valentino con un gesto teatral.

—Ya podríamos entrar más tarde —tuvo que aceptar Silvia, con los párpados caídos porque, posiblemente, había trasnochado—. Me muero de sueño.

—Deberías ir a dormir pronto —le recordó Lluvia, dándole un ligero golpecito en la frente.

—No todas podemos ser tan buenas chicas como tú, *Rain* —repuso su amiga.

Ella dio un respingo.

—Hay muchas cosas raras en esa frase —confesó—. No sé por cuál empezar.

La otra chica rio y le frotó la espalda con afecto. Valentino las miraba, divertido, pero luego se acercó un poco a Kaiden.

—Eh —lo llamó por lo bajo.

—¿Qué?

—¿Estás bien?

No pudo evitar lanzarle una mirada desconfiada, pero con el paso de los meses había llegado a apreciar, aunque a regañadientes, el humor del muchacho, y lo sabía cuando estaba serio.

—Sí —le aseguró finalmente.

—Vale. No te diré que no hay problema, porque, bueno, ninguno aquí somos idiotas. Pero si alguien te mira mal, dímelo. Igual no soy medio templario, pero sé dar un buen puñetazo.

—Preferiría no tener que pegar a nadie, pero gracias.

Lunes 16 de septiembre: Educación física

Lejos de como sucedía en las películas, Kaiden entró en el aula con su novia y sus amigos, en lugar de esperar fuera a un profesor. Suponía que no habría presentación especial, y casi lo agradecía; no sabía si era por su caso especial, o en general no se molestaban en aquellas trivialidades.

Daba igual, porque su llegada al instituto era un secreto a voces, igual que su pasado. Lo supo cuando se sentó junto a Lluvia, adueñándose del pupitre junto a ella, y varias personas se volvieron a ver esa cara nueva. Solo habían pasado dos minutos cuando se acercaron dos chicas.

—Hola —saludó la más alta, dirigiéndose, suponía, a todos—. ¿Qué tal las vacaciones?

En el acto, Lluvia miró de reojo a su novio, y después a las muchachas. Él trató de estar tranquilo.

—Ah, hm, bien —respondió la chica—. ¿Debería… hacer presentaciones?

—No sé si hace falta —rio una de las otras—. Estoy casi segura de que eres Kaiden. Vamos, no puedes fallarme.

—Soy Kaiden —suspiró él—. Un placer.

—¡Lo sabía! Ts, paga. —La más callada de las dos suspiró y le dio una piedrecita morada a su amiga.

—¿Esta era la verdadera razón para venir a hablarnos? —inquirió Lluvia con frialdad, poniéndose el pelo detrás de la oreja—. Podrías haberlo preguntado directamente. Y, de todos modos, ¿qué pasa con él? ¿Hay algo que debamos saber? ¿Mera curiosidad? ¿O algo oculto que os interesa?

—Vamos, Lluvia, no seas así —pidió la chica que llevaba la voz cantante—. Todo el mundo lo sabe. Espero no haber ofendido —le dijo a Kaiden—. Vas a ser la comidilla del colegio.

—Me hago una idea —aceptó él, estirando una mano hacia su novia para acariciarle la rodilla —. No quiero líos con nadie.

Lluvia respiró hondo varias veces antes de volver a la carga.

—Bueno, voy a ser más directa —dijo—. ¿A qué viene la apuesta?

—¡Ay, Aldana! —se quejó la otra—. Pues a saber si esta cara nueva tan mona era la cara que todos sabemos que tiene que venir, ya está. Jo, en serio, nadie pretendía ofender a nadie.

—Es que no habéis pensado que podríais hacerle sentir incómodo —replicó Lluvia, apartando la mirada y mordiéndose el labio inferior, y Kaiden, enternecido por su preocupación, se inclinó para besarla en la mejilla.

—Uy, sí —musitó la chica de la clase, divertida—. No, en serio, no queríamos, ¿vale? Es que, bueno, teníamos curiosidad. —La puerta se abrió entonces—. ¡Un placer conocerte, Kaiden! ¡Ya hablaremos!

Los alumnos comenzaron a dispersarse para sentarse, y la profesora entró en el aula.

—¿Estás bien, Rain? —le preguntó el muchacho en voz baja.

Ella lo miró, suspirando. Rio por lo bajo al decir:

—Me parece increíble que seas tú quien me pregunte esto. Pero lo cierto es que no: deberías estar incómodo, y aun así soy yo quien ha sobreactuado. Lo siento.

—Qué dices, si me siento muy halagado.

—No deberías. Ha sido un poco bruto por mi parte. A veces… A veces no puedo controlarlo,

no aún.

—Rain. —Kaiden echó un rápido vistazo a la profesora, que estaba pidiendo silencio para presentarse, por lo visto—. Si fuera al revés, yo habría sido bastante más bruto. Respira. Te quiero. Ssh.

Su novia sonrió y le acarició la mejilla.

—Gracias —susurró, y él le besó la mano antes de enderezarse para intentar prestar atención a su primera clase de lengua castellana.

Kaiden se había esforzado mucho por mejorar sus español, así que podía seguir la clases con relativa soltura y hablar bastante bien, aunque a veces se equivocaba al conjugar los verbos, tenía problemas para pronunciar la erre doble, y mantenía un fuerte acento que hizo sonreír a la profesora, la señorita Sánchez.

Con el timbre, la clase se llenó de gemidos y lamentos: tocaba educación física.

El profesor era, como Mike, un alkeísta, y su poder aumentaba su fuerza y su resistencia hasta límites sobrenaturales. Y su sonrisa de guasa dejaba muy claro que disfrutaba atormentando a sus alumnos.

—Aquí ya nos conocemos… —dijo cuando todos salieron de los vestuarios—… bueno, casi todos… así que vamos a dejarnos de tonterías. Habéis tenido todo el verano para vaguear, así que ¡vamos a ver cómo de fofos llegáis a clase! A ver a quién tengo que darle más caña.

Hubo un coro de lamentos y quejas, pero el profesor Lozano, firme como un soldado, ordenó que todo el mundo se pusiera a correr. Lluvia también suspiró, frotándose la cara.

—No me gusta correr —confesó—. En fin, disfruta de tu rato de tortura.

Kaiden le acarició la espalda.

—Iremos con calma —aseguró—. Igual hasta podemos charlar mientras tanto, no sé. ¿Tú qué dices, tu padre ha llevado a los niños ya a la guardería? Es el primer día de Océano.

Cogió a su novia de la mano antes de comenzar a correr. Lo hizo a un ritmo bajo primero, para calentar. Aquello no era una carrera, de todos modos.

Lluvia lo miró, divertida, siguiéndolo, y respondió:

—Seguramente. A Océano le viene bien. Como Luka, no es muy sociable. Aunque, bueno, Luka ahora…

—En los diccionarios, justo al lado de «sociable», sale su foto —asintió Kaiden—. Joder. Era igual, antes. Hablaba con cualquiera y hacía amigos en todas partes. Más o menos, vaya, para un crío de dos años. ¿Ahora? Ahora creo que cuando tenga siete, no pisará la casa más que para dormir, estará todo el tiempo con amiguitos.

—Es bueno. Al menos, cuando crezca no tendrá traumas sobre lo que ocurrió.

Kaiden hizo una mueca.

—No, eso es verdad —aceptó—. Al menos tenemos eso, ¿no? El pequeño enano va a crecer sano y feliz.

—Gracias a ti.

—No he hecho gran cosa. En realidad, es todo gracias a vosotros.

—¿Tenemos que discutir esto? ¿Ahora? —Lluvia lo miró con una ceja alzada, divertida—. Porque puedo sacar la lista.

—Y yo también. —El muchacho se dio cuenta de que, pese a que no estaban corriendo demasiado, ya habían alcanzado la cola de los alumnos más lentos—. ¿Estás bien?

—¿Qué? Sí, ¿por qué?

—¿Estamos yendo demasiado rápido? —Pero había otros que corrían más, como si fuera un reto—. Estas cosas son iguales en todos los colegios, ¿eh?

—Creo que no te sigo, ¿qué quieres decir?

—Que hay gente corriendo como si esto fuera una carrera, y hay gente ahogándose en la cola. Un momento.

Kaiden la soltó y se detuvo junto a un muchacho que se apoyaba en las rodillas y parecía a punto de vomitar. No sabía cómo se llamaba, pero le recordaba un poco a Pablo, aunque con el pelo rubio platino.

—Tranquilo —le dijo, agachándose a su lado—. Parar del todo puede no ser buena idea. Ven, te acompaño a andar.

Le puso una mano en la espalda. Debería haber esperado que su ayuda no sería bienvenida. El chico se retorció, gritó algo, y de pronto Kaiden sentía que le ardía la mano.

Lunes 16 de septiembre: Primer incidente

—¡No me toques, templario! —espetó Fran con voz asfixiada, ronca y aterrorizada, todo a la vez.

Lluvia se detuvo en seco.

«Contrólate», se dijo, «contrólate». Pero apretaba los puños.

—¡Cuidado con lo que dices! —espetó, y corrió junto a Kaiden, preocupada.

Su novio estaba quieto, con la mandíbula apretada y protegiéndose la mano, pero se la dejó ver cuando se acercó. Tenía una quemadura bastante fea en el dorso, una provocada por una descarga eléctrica.

—Estoy bien —gruñó el chico.

El profesor llegó junto a ellos.

—¡Ya está bien! —gritó, poniéndose entre los dos muchachos como si se estuvieran peleando—. ¿Qué está pasando aquí? ¡Francisco!

El chico, que tenía las mejillas muy rojas por el esfuerzo —y posiblemente la vergüenza— boqueó y hundió la cabeza entre los hombros.

—Ha sido un accidente —repuso Kaiden con calma, pero muy, muy serio.

Lluvia sabía perfectamente que no lo había sido. ¿Por qué mentía? Se mordió el labio inferior e intentó centrarse.

—Tenemos que ir a la enfermería… —musitó, y el profesor agarró la mano de Kaiden.

—Vaya que sí —aceptó—. Lluvia, acompáñalo, ¿quieres? Y tú, Francisco, te vienes conmigo a ver al director.

—No… —lloriqueó el muchacho—. Pero si yo… Si yo no… Ha sido…

No tuvo valor de repetir que era un accidente. Lluvia lo miró, estrechando la mirada.

—Vamos, te llevo —le dijo a su novio—. Lo bueno de que te hiera un dotado es que hay otros que pueden ayudar a regenerar las heridas.

—Lo sé —asintió Kaiden, y cuando salieron del gimnasio lanzó un suspiro—. Lo siento.

—Como repitas «lo siento», vuelvo atrás para colgar a Fran, te lo juro. No has hecho nada para pedir perdón.

El muchacho compuso una mueca y se protegió la mano contra el pecho.

—Supongo que le he dado un susto. Soy un imbécil. Y no, no vuelvas atrás a colgarlo.

—El simple hecho de que te asocien con un templario es horrible de por sí. Si fueras peligroso, no estarías aquí, y todos lo saben.

Lluvia no podía evitarlo: estaba enfadada.

—Por eso tiendo a odiar las relaciones —continuó mientras entraban en el edificio principal; los pasillos estaban vacíos—. No tienen nada de razonamiento, no pueden pensar más allá del miedo que les provoca la palabra «templario». Bueno, y si solo fuera eso…

—Rain.

—No —lo cortó ella antes de que pudiera tranquilizarla, y le echó una ceñuda mirada—. Ya que no te enfadas tú, deja que me enfade yo. Por todas las flores del mundo, no entiendo cómo puedes estar tan tranquilo.

—Rain, ya sabíamos que esto iba a pasar —insistió él—. Igual no en la segunda jodida hora del primer puñetero día, pero este no va a ser ni el primer ni el último incidente.

—Da igual que este sea un lugar para dotados. A veces son tan idiotas como…

La chica se guardó lo que iba a decir: como templarios. Pero en realidad no era exactamente así; era mucho más complicado que eso.

—No —negó—. De dónde procedemos no tiene nada que ver para ser un imbécil. Por un momento pensé que serían más tolerantes, pero luego caí en que tampoco han soportado mi forma de ser, así que… ¿Qué podía esperar? ¿Tolerancia nada más empezar? A veces peco de inocente.

—A veces —aceptó Kaiden, y se inclinó para besarla suavemente en los labios—. Pero eres adorable. Y como alguien se ponga tonto por tu forma de ser, yo sí que me voy a enfadar.

La lección de que los Templarios eran malvados había calado demasiado hondo, incluso en la propia Lluvia. Había aprendido que no era tan fácil y tenía que ser un poco más empática; al fin y al cabo, también ella necesitó un periodo de aceptación. Puede que fuera más fácil, más simple, porque siempre había querido hablar con Kaiden, pero lo hizo precisamente porque había dejado atrás su procedencia para ser quien era: una persona mucho mejor que la mayoría de los dotados.

La muchacha sacudió la cabeza.

—Preocúpate primero por ti —pidió—. Esa herida debe doler horrores y ahí estás, sin derramar una lágrima y sin culpar a nadie.

—Oh, la culpa es… —El chico se detuvo y luego carraspeó—. La enfermería es esa, ¿no? —Señaló una puerta con la mano sana; sobre ella rezaba un cartel muy elocuente al respecto.

El disimulo fue horrible, pero al menos fue capaz de contenerse. Era un éxito, suponía, así que Lluvia se limitó a alzar una ceja acusadoramente antes de dejarlo pasar.

—Sí —respondió—. Anda, vamos.

Le puso una mano en la espalda y le abrió la puerta, haciéndolo entrar. El sanador, un hombre joven, de pelo largo y gafas finas, se levantó de su escritorio. Una sola mirada pareció decirle todo lo que necesitaba.

—Mmm —fue toda su respuesta, con una lenta sonrisa—. Ya veo. Anda, siéntate.

Lluvia se vio tentada a decir el nombre del culpable, pero se contuvo.

—Fue un dotado eléctrico —explicó—, por eso la herida tiene ese aspecto. No sé si servirá de algo saber lo que lo ha originado.

—Ayuda —asintió el enfermero mientras le indicaba una silla a Kaiden—. ¿Te han sanado alguna vez? Con poder, me refiero.

—Una vez —asintió él.

—Entonces ya sabes cómo va. Notarás un picorcito, alivio, y luego estarás un poco cansado. Va a ser un primer día complicado.

—Qué me va a contar.

—No debería —suspiró Lluvia—. No debería serlo.

—No debería —aceptó el enfermero, que calmadamente cogió la mano de Kaiden y la cubrió con la suya—, pero es. No veo al otro por aquí.

El chico le lanzó una mirada acerada.

—El otro está bien —replicó.

—O sea que no ha sido una pelea —supuso el hombre.

—Kaiden, precisamente por ese entrenamiento que tantos temen —explicó la muchacha—, tiene más autocontrol que muchos de nosotros. Cuando otro hubiera respondido con un golpe ante un ataque gratuito, él… solo se preocupó por su compañero.

—Venga, tampoco es eso —masculló él.

—Es un hecho —insistió Lluvia—. Fuiste a ayudarle y te pagó con una descarga, muy

lógico.

El enfermero rio y retiró las manos. Kaiden flexionó los dedos. De la quemadura no quedaba más que una rojez que se pasaría en poco tiempo.

—Con una defensora así —dijo el hombre—, estás a salvo.

Lluvia dio un respingo.

—No necesita que lo defienda —replicó—. Es la mejor persona que he conocido, y me da rabia que vean solo lo que ni siquiera forma parte de él. —Suspiró, cansada, y bajó la cabeza—. Pero soy consciente de que lo verán, a la larga. A las personas les cuesta ir más allá de sus miedos.

—Eres muy sabia—asintió el enfermero—. Si estás bien, Kaiden, ya podéis iros.

Lunes 16 de septiembre: Segundo asalto

Kaiden le había pedido consejo a Charles, así que tenía la cabeza llena de habla asertiva, resolución de conflictos y temperamento calmado. Tenía menos idea que antes sobre cómo lidiar con su primer enfrentamiento, en especial uno en el que se había sentido tan herido. Había esperado hostilidad de cara, pero no intentar ayudar a alguien y acabar quemado, literalmente.

Sin saber muy bien lo que hacía, se había acercado a Francisco en el vestuario.

—Espero que no te abroncaran mucho —le dijo con toda la amabilidad que pudo, pero el chico, con la cabeza gacha y los hombros tensos, lo rodeó y salió disparado—. Vale, buena charla.

—Yo hablo con él, si quieres —propuso Valentino—. Iba a esperar al recreo o a la salida, sin testigos.

El chico alzó las cejas repetidamente y Kaiden sacudió la cabeza.

—Déjalo, solo está cagado —negó, y luego miró al resto de chicos que terminaban de cambiarse—. Si alguien quiere repetir, por favor, que sea mañana, y por turnos. Hay mucho tiempo para dar por culo.

Lo alivió oír risitas. Puede que los problemáticos fueran menos de los que había creído.

Por desgracia, no todos habían oído su petición de que vinieran a buscar problemas de poco a poco. Kaiden llevaba apenas cinco minutos en el recreo y solo tres mordiscos a su bocadillo cuando detectó el brusco movimiento en su dirección.

Tuvo tiempo de suspirar y apartarse un poco de sus amigos para que no salieran salpicados.

—¡Hijo de puta!

Se negó a dejarse golpear. Kaiden esquivó y giró.

—¡Me cago en la hostia, Ernesto! —espetó Valentino.

El chico era alto y ancho de hombros, con el mismo pelo rubio platino de Francisco y unos ojos azul glaciar a juego con unas manos anormalmente pálidas.

}.{

Lluvia sabía que Ernesto era mayor y también peligroso, y no iba a tolerar un abuso de su habilidad. No pudo controlarse, se dejó llevar totalmente por el impulso. Contactó con las plantas cercanas, con las raíces bajo el suelo, y les transfirió su energía. El cemento se resquebrajó, y esas raíces brotaron rápidamente para envolver el cuerpo del chico, atrapando sus piernas y sus puños.

Fue solo unos segundos, el tiempo en que el chico se equilibraba y trataba de atacar otra vez. Ernesto gruñó y se revolvió, y luego le lanzó una acerada mirada a Lluvia, que se levantó, frunciendo el ceño.

—¿De qué vas? —espetó ella, más que enfadada—. ¡Contrólate! Se supone que eres mayor y debes dar ejemplo.

—Tú no te metas —gruñó él, visiblemente cegado por la ira.

Sus manos se volvieron todavía más blancas, recubiertas de lo que parecía ser escarcha, y la raíz que sujetaba su muñeca se vio afectada por el frío. A Lluvia no le gustó nada.

—¡Eh! —gritó Kaiden, dando un paso—. Como toques las plantas de mi novia, vas a saber tú

bien lo que es un puto templario.

—¿Qué pasa, gallito, es que no te atreves a enfrentarme solo? —replicó Ernesto con acidez —. ¿Necesitas ayuda?

—Buenoooooo… —musitó Valentino.

La muchacha respiró hondo, llevándose la mano al pecho y diciéndose que tenía que mantener la calma. Estaba claro que Ernesto estaba lleno de ira.

Se puso entre su novio y el atacante, muy, muy cerca del muchacho mayor, mirándolo fijamente a los ojos. No era algo que hiciera a menudo, pero era lo necesario en aquel momento, ¿no? La cercanía era incómoda incluso para él, en aquellas circunstancias —y peligrosa para ella, admitió para sus adentros—, pero Lluvia confiaba en sus amigas para ayudarla si era necesario.

—Te comportas igual que aquello que desprecias —espetó—. Cálmate y te soltaré. Nos enseñan a no ser irracionales precisamente por el daño que podemos hacer al dejarnos llevar por la ira. Por actitudes así *hay* templarios. La comunicación es clave: explica qué ha pasado para actuar así.

—Mira, Lluvia, este no es tu problema —replicó Ernesto con furia, pero al menos ya no estaba congelando las plantas—. Suéltame y…

—¿Qué está pasando? —La voz parecía más dolorida que firme, pero todo el mundo sentía aprecio y respeto por el profesor Almeida, que se abrió paso a través del corrillo de alumnos que se había formado—. ¡Santo Dios!

Atrapado, literalmente, con las manos en la masa, Ernesto dio un tirón, pero siguió sin utilizar su poder, porque sabía que Almeida era muy dócil y tranquilo hasta que alguien hacía daño innecesario a una planta.

Lluvia sabía que él no aprobaría lo que había pasado… quizá ni siquiera lo que ella había hecho. La muchacha dejó que sus amigas soltaran al chico, bajando la mano al suelo, inspirando hondo varias veces al enviarles un mensaje:

‹Siento haberos pedido esto, chicas. Por favor, volved a vuestro hogar›.

El profesor la miró con aprobación, pero estaba muy serio.

—¿Alguien quiere explicarme esto? —pidió.

—Ernesto venía a pegarse con Kaiden —dijo Valentino rápidamente.

—Cabrón —espetó el mayor, poniéndose rojo cuando el hombre lo miró.

—¿Es eso cierto?

—Para controlarlo, impulsé las plantas —explicó Lluvia—. Lo siento.

—Querida, detener una pelea es siempre mejor idea que dejar que pase —respondió él—. Pero me intriga cómo ha llegado a este punto. ¿Alguien me lo quiere contar? ¿Ernesto?

Ernesto estaba claramente en contra de comunicarse, pero al final, con los puños apretados, gruñó:

—El nuevo molestó a mi hermano en clase de gimnasia, pero Fran es el que acabó en el despacho del director.

—Me vas a perdonar —espetó Silvia—, pero al mismo tiempo Kaiden estaba en la enfermería por una quemadura que el pobrecito Fran le había hecho.

—Y ni siquiera fue a molestarlo —matizó Lluvia—. Tu hermano no parecía sentirse bien y Kaiden fue a ayudar. Entiendo que entró en pánico por el miedo que causa el desconocimiento, pero que le deis la vuelta para que suene como un villano…

—¡Es-un-templario! —insistió Ernesto, hablando con lentitud por si a alguien se le había escapado el detalle, y Kaiden lanzó un agotado suspiro.

La muchacha se acercó para acariciarle el brazo, y su novio le devolvió el gesto en la cintura,

dándole las gracias con la mirada. Luego, no obstante, Lluvia volvió a enfrentarse a Ernesto, tomándole el rostro.

—Dime qué ves cuando me miras —pidió—. Dilo. ¿Una estudiante? ¿La chica planta? ¿Me ves peligrosa? Porque creo que solo me ves como Lluvia, no como un potencial peligro. ¿Y tú? ¿Quién eres tú? ¿El chico hielo, o Ernesto? Él es Kaiden, un chico que dejó todo cuanto creía por su hermano, para darle la vida que merece otro ser humano, un *dotado*. Grábatelo en la cabeza.

Lunes 16 de septiembre: Una historia

Por el modo en que Ernesto —y las al menos veinte personas que estaban allí mirando— desvió la mirada hacia él, estaba claro que la mayoría no habían captado esa parte de la historia.

Kaiden contuvo las ganas de suspirar otra vez, y también las de dar media vuelta y salir de allí. Rechazó el pensamiento de que el colegio había sido una mala idea, porque en el fondo sabía que no lo era. Solo era agotador.

—Me gustaría contar algo sobre esto —pidió, mirando al profesor—. Si… Si está bien y eso.

—Por favor —asintió él con un gesto amable que no lo sorprendió, porque su novia le había hablado de Almeida.

Lluvia soltó a Ernesto, que se enderezó y metió las manos en los bolsillos, y la muchacha se volvió hacia Kaiden. Había mucha gente vuelta hacia él. El chico respiró hondo.

—Sé que… —comenzó, después carraspeó—. Perdón por mi español. Ya sé que muchos habéis oído algunas cosas sobre «el chico nuevo», así que, bueno, ya que estamos aquí y todo eso, va a ser mejor que os enteráis, no, enteréis de la historia completa antes de seguir, *how was it*, buscándome las cosquillas. O buscándoselas a ella. O a la Asamblea… los que me han mandado al colegio, igual que a vosotros.

»*Anyway*, um. Supongo que debería contaros una historia y eso, y sinceramente espero que es, no, sea la última vez que tengo que repetirla. Pero igual los más pequeños quieren irse. No quiero provocarle pesadillas a nadie.

Hubo un murmullo. Dos niños del fondo se fueron corriendo. Cinco se acercaron, y más venían desde las gradas.

«Joder», pensó Kaiden.

Lluvia se acercó a él y le cogió la mano. El chico se sintió un poco mejor.

—*Right* —dijo—. Pues sí, mis padres eran templarios. Y mis abuelos. Y… todos los… antes de ellos. Y sí, fui a una escuela de pequeños templarios donde nos enseñan a reconocer y cazar gente como vosotros, y a *minimise* daños si me lanzas esa bola de fuego, chaval —matizó, haciendo un gesto hacia un muchacho que, con los ojos desorbitados, cerró el puño e hizo desaparecer las llamas que habían brotado de su palma—. Entonces nació mi hermano, que tenía tres años cuando descubre, no, descubri… mos que era un dotado. Aunque en casa eso era «demonio». Y, bueno, entonces el abuelo quier, no, quiso matarlo.

Hubo un jadeo colectivo, una corriente de rabia en el público. Kaiden se sentía torpe y contento a la vez, porque al menos aquellas personas que querían buscar problemas con él sentían aquella empatía por Luka antes incluso de conocerlo.

—Así que —continuó— me lo llevo, y, um, durante un tiempo estamos, no, estuvimos huyendo. Fue complicado. Tuvi… mos que robar, dormir fuera, comer cualquier cosa, y nos perseguían, *so*… Al final el padre de Lluvia nos encontró, y estuvimos en residencias, y en casas, y al final estamos aquí, y somos parte de esto. Somos parte de Santuario, *in spite of*, a pesar de nuestros padres. O la educación. O que no tenga un poder como la mayoría de vosotros. Y esa es la historia completa. Por si queréis cotillear con toda la información en la mano.

A su lado, Lluvia rodó la mirada y le acarició la espalda.

—Um… —musitó un niño que no debía superar los diez años y que lo miraba con los ojos muy abiertos—. ¿Pero cómo que te lo llevaste?

—Uy, sí —asintió Kaiden—. Saltamos por la ventana y todo, ya ves. Era eso o dejar que lo… ya sabes.

—Para quien se haya perdido entre los titubeos, las conjugaciones y el acento —dijo Valentino, y el escocés rodó la mirada—: que a ver quién es el guapo que encuentra a alguien con más ganas de proteger dotados que este chaval. Y no vale mencionar a la guarda.

Nadie dijo una palabra. Kaiden suspiró y miró a Lluvia, que lo observaba.

—Bueno —musitó, y dio gracias al cielo cuando sonó el estridente timbre—. Pues a clase, ¿no?

—Sí, vaya primer recreo —suspiró ella, y después señaló a Ernesto con un dedo, moviéndolo lentamente como en alguna clase de encantamiento—. Voy a perdonarte por esta primera experiencia traumática para mi chico. Más vale que os hagáis amiguitos y recordemos este evento como algo divertido, en unos años.

Ernesto los observó con el ceño fruncido y los hombros tensos. No dijo nada, sino que dio la vuelta y se fue.

—Podría ser peor —aceptó Kaiden.

—Y mejor —resopló ella—. Pero, en fin. ¿Preparado para seguir estudiando? En español.

—No. Me duele la cabeza.

Pero fueron a clase, porque tocaba tecnología, que podría ser peor, y después inglés. El muchacho tenía muchas ganas de esa asignatura; por lo menos no se sentiría como si viviera en otro planeta.

Apenas se hubo sentado, vio a Fran. El chico se acercó a ellos con paso decidido, y Kaiden se preguntó si aguantaría un tercer enfrentamiento el mismo día. Colocada a su lado, Lluvia los miró con la barbilla en la mano, esperando. Los demás estaban cerca, igual de atentos.

El muchacho se sentía muy seguro con su pequeño grupo. Quién le iba a decir que realmente tendría amigos, más y mejores de los que había tenido en el pasado.

Fran respiró hondo. Luego, lentamente, le ofreció su mano. No dijo nada, pero lo miraba. Kaiden, con ciertas reservas —todavía tenía la piel enrojecida—, se la estrechó.

La apartó bruscamente al notar un chispazo, pero el chico sonreía. No había sido un ataque, sino una broma.

—Qué gracioso —dijo Kaiden.

—Lo sé —respondió Francisco—. Lo siento, ¿vale? Soy un idiota.

—Todos tenemos momentos así.

Lluvia le dio un ligero empujoncito a su novio. Sonreía. El muchacho supuso que lo peor —al menos de aquel primer día— había pasado.

Miércoles 2 de octubre: Ruidos nocturnos

Los problemas no acabaron aquel primer día, pero lo cierto es que cualquier pequeño tropiezo con otros alumnos más duros de mollera se dieron poco y fueron esporádicos. Kaiden pasó sus primeras semanas en el colegio siendo objeto de curiosidad más que de odio, lo que era un paso, y poco a poco sus compañeros de clase, por lo menos, comenzaron a relajarse a su alrededor. Lo reconocían como uno más: tenía deberes, le llamaban la atención en clase, se desesperaba con las materias que no entendía y, si podía, echaba una mano con lo que sí.

Septiembre se deslizó hacia octubre en un torbellino de asignaturas, viajes en autobús, paseos con los perros y noches en que Kaiden dormía cada vez más del tirón.

Claro que «más» no significa «del todo». Pero aquella madrugada, cerca de las tres, no se despertó por una pesadilla sino por un ruido, y el corazón se le disparó con tanta fuerza que creyó que le rompería las costillas.

Los viejos miedos regresaron. Templarios. Caza. Peligro. Se deslizó fuera de la cama, con la vieja y confiable navaja en la mano, antes siquiera de despejarse del todo y darse cuenta de que si fueran templarios, no harían tanto ruido.

—¿Qué demonios? —susurró.

En la cama, Lluvia se movió, adormilada.

—¿Kai…? —musitó.

—Sssh, lo siento. Hay un ruido. No te levantes.

El muchacho salió de la habitación, tenso y dividido entre la preocupación y la curiosidad. Su novia, por supuesto, lo ignoró y lo siguió. Coco estaba sentado en la cama de Luka, con la cabeza levantada y muy serio.

—¿Todo bien, chico? —le preguntó Kaiden, y el perro se relamió la nariz—. Vale, cuida del pequeñajo.

Los otros dos perros no estaban en el pasillo ni en el comedor, donde estaban las camas —que no usaban nunca—, y en cambio el ruido persistía, un golpeteo rítmico que parecía un impacto contra la madera. Pareció aumentar cuando abrieron la puerta que daba a su jardín, y venía acompañado del lloriqueo de Rayo, más juguetón que dolido.

No tenía sentido.

—¿Te esperas aquí si te lo pido? —preguntó Kaiden en voz baja.

Su novia se cruzó de brazos, claramente a punto de negarse, pero al final se limitó a musitar:

—Si pasa algo, grita.

—Lo haré.

El chico se inclinó para besarla en la cabeza y después salió al jardín. Las temperaturas habían bajado notablemente, pero nada a lo que no estuviera más que acostumbrado. Fue hacia la puerta lateral, la que daba a la parcela. De ahí venían los golpes y los lloriqueos: algo estaba golpeándola.

Y Kaiden tuvo un momento de claridad.

Abrió sin pensar y se encontró de cara a un enorme caballo negro.

—¡Pero por el amor de Dios, Sombra! —espetó, y el corazón se le hundió en el estómago antes de volver a su sitio, mucho más tranquilo.

Lluvia, cogida por sorpresa, salió tras él.

—¿¡Cómo!? —exclamó, y vio a la yegua asomar la cabeza por el quicio de una puerta demasiado pequeña para ella.

—¡Que tenemos visita! —resopló Kaiden—. Joder, chica, ¿sabes el susto que me has dado? ¿Qué haces ahí? ¿Cómo has entrado?

Ahora entendía que Rayo lloriqueara de contento: estaba jugueteando con Bruma alrededor de las patas de la pesadilla, y ella, que se había acostumbrado a ignorarlos, se limitaba a darles coletazos de vez en cuando. Sombra estiró el cuello y apoyó los belfos en el hombro del chico.

—Sí, sí, muchos mimos, pero no deberías estar aquí —replicó él, pero hundió los dedos en su cálida melena rojiza—. Debe haber saltado la valla de fuera, es muy baja para ella. ¿Pero cómo demonios ha salido del *establo*?

—Digamos que no es una criatura ordinaria —respondió Lluvia, encogiéndose los hombros con un gesto divertido—. Y dice mucho de ella que esté aquí. ¿Quizá deberíamos adoptarla también?

Aunque sabía que su novia estaba bromeando, Kaiden respondió mortalmente serio:

—Si supiera dónde meterla, ya estaría hecho. Pero es que mírala. No entra ni por la puerta. Si es que ya eres más grande que un shire.

—Te echa de menos —aseguró Lluvia—. Está claro.

—Sí, está claro. —El chico suspiró y frotó la mejilla contra la quijada de la yegua—. El cole está siendo duro, chica, qué te voy a decir. Anda, ¿por qué no me quedo un rato contigo y luego Sandra te lleva al establo?

Sombra parecía conforme. Intentó entrar en el jardín, pero, como no podía, retrocedió y se puso a beber de la fuente que había en el centro. Kaiden se frotó la frente y miró a Lluvia.

—Ve a dormir —pidió—. Te quedan un par de horas por lo menos.

—Iré a traerle algo de pollo a tu amiga —respondió ella, no obstante—, y a ti te prepararé el desayuno, uno abundante y que ponga de buen humor. Ya sabes, para lidiar con la situación de forma más… agradable.

«Cada día la quiero un poco más», pensó, enternecido.

—¿Ves? —le dijo a Sombra—. Aquí está Lluvia, dándonos de comer. Dale las gracias. —La burüka sacudió la cola—. Supongo que vale.

Sombra se quedó en el jardín del centro como si aquella fuera su casa, pero se abstuvo de mordisquear ninguna de las plantas de Lluvia, algo que Kaiden le advirtió casi de inmediato. Cuando Sandra se levantó y vio a los chicos, al niño, a los tres perros y a la yegua, todos en la parcela, se echó a reír.

—Bueno, esto no me lo esperaba —confesó—. ¡Eres una lianta, Sombra!

La mujer convenció a la pesadilla de marcharse con ella, pero se abstuvo de prometer que aquello no se repetiría, porque no podía. En general, aquel animal iba por libre.

Cuando la yegua se marchó, los muchachos se prepararon corriendo para coger el autobús. Kaiden miró el teléfono por costumbre, y se quedó parado al ver que no tenía un mensaje de Mike o de Santino, que era lo normal, sino que era de Pablo. Había escrito al grupo de amigos, y su mensaje era escueto y preocupante:

[04:41] Pablo: Hoy no iré a clase, me voy con mi madre a casa Vergara

Y aquel fue el último mensaje suyo en los días siguientes.

Domingo 6 de octubre: Miedo

Pablo no se comunicó en el grupo ni con ninguno de sus amigos durante el resto de la semana. No envió ni respondió mensajes, ni tampoco contestó a las llamadas. Silvia llamó a su madre, con el mismo resultado. Oihana, la prima de su amigo, tampoco había ido a clase, y Alfonso, el novio de esta, no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

Comenzaron a crecer las dudas, el miedo y las sospechas. Había pocas razones para una desaparición semejante, y todos sabían cuál era la más probable de ellas. Los chicos siguieron adelante como pudieron, dejando mensajes en el grupo para cuando su amigo los leyera.

Cuando el chico apareció, no lo hizo en el colegio, sino en casa de Lluvia y Kaiden. Lo acompañaban sus padres, y Pablo estaba ojeroso, pálido y muy cansado.

—¡Joder! —exclamó el escocés al verlos—. Mierda, Pablo, ya era hora, chaval. ¿Qué ha pasado?

Abrió la puerta para dejarlos pasar, pero su amigo, que parecía haber menguado al menos diez centímetros en menos de una semana, solo se acercó y le echó los brazos a la cintura. Sorprendido y algo turbado, Kaiden lo abrazó.

—Vale —musitó.

—Siento que aparezcamos sin avisar —dijo la madre, Irati, con una sonrisa agotada y ojos vidriosos—, pero Pablo quería estar con sus amigos. Y a mí me vendría bien hablar con Sandra.

—Por supuesto, um, llegará en seguida. Por favor, pasad. ¿Rain?

—Voy a prepararos algo de té y sacaros alguna pasta —respondió ella, asomándose con una mirada de clara preocupación.

—Cielo, gracias. Cariño. —La mujer puso la mano en el hombro de Pablo, pero el chico, que de pronto parecía apenas un niño, no se apartó.

—Yo me ocupo —le dijo Kaiden—. Tranquila. Por favor, pasad.

—Sí —suspiró Irati—. Gracias. Y lo siento.

Seguida de su esposo, que parecía cansado pero al menos más entero, fueron hacia la cocina para seguir a Lluvia, y el muchacho logró cerrar la puerta.

—Pablo, tranquilo —susurró, acariciándole el pelo—. ¿Qué ha pasado? ¿Me lo quieres contar?

Él tardó unos momentos en responder.

—La han matado —dijo al final, y Kaiden, que no estaba sorprendido, cerró los ojos y respiró hondo.

—Lo siento.

}.{

Pablo estaba exhausto. Llevaba así desde el principio. Primero, las noticias, el cómo, el cuándo. ¿El quién? Eso nadie lo mencionó, pero todos lo sabían. Luego, el entierro. Su abuela habría querido un buen funeral, le gustaban las cosas bien hechas, pero no era fácil si tenías que hacerlo a escondidas, porque si los Templarios detectaban a la familia de una víctima, estos se convertían en nuevas presas.

La guarda blanca había hecho un trabajo impecable cubriendo las huellas. A ojos del mundo natural, no era más que una anciana que se había caído por unas escaleras, y cuyo cuerpo no fue

reclamado por familia alguna. Los Templarios no descubrirían fácilmente que tenía varios hijos y multitud de nietos que lloraban su pérdida.

A veces, Pablo se preguntaba si algo cambiaría si supieran lo que quedaba detrás de un asesinato, pero siempre llegaba a la conclusión de que no.

El velatorio se disimuló en la residencia de Éibar, y solo asistieron los familiares más directos. Y empezaron a volar las acusaciones. Todos creían que otro hermano podría haber ejercido más presión para que la anciana se mudara, y entonces habría vivido más. Pocos aceptaban que su abuela había querido morir en la casa donde había tenido a sus hijos, y la que había abandonado por más tiempo del que quería.

Pablo había querido escapar y esconderse en un agujero en alguna parte, lejos de todo aquello, pero se había quedado, porque era lo que debía hacer. No había tenido fuerzas para responder los mensajes de ánimo de sus amigos.

Durante el viaje de regreso, su madre se había derrumbado cuatro veces. Había sido incapaz de conducir, así que su padre se había ocupado de todo, incluyendo las paradas y conseguir que comiera y bebiera algo. Pablo se había sentido como un espectador.

Después se habían detenido en la puerta de casa, y ninguno había sido capaz de entrar. «Casa» ya no parecía sinónimo de «seguro».

—Podríamos ir a ver a algún amigo —había propuesto con un hilo de voz, y aunque su madre había rechazado molestar a nadie, al principio, luego lo había pensado mejor.

Se alegraba de que hubiera elegido a Sandra, de entre sus amistades, y no sabía si lo había hecho por la misma razón que él: que Kaiden, que había sobrevivido a la cacería de los Templarios, estaría allí si algo iba mal.

Pablo se sentía más tranquilo junto a su amigo. Y también un poco mal. Solo quería sentirse a salvo por un rato, eso era todo.

Luka se había sentado a su lado, mirándolo con preocupación, y le había ofrecido su consola. Era un niño adorable. Aunque no tenía fuerzas, jugó con él y se centró en esas pequeñas cosas que hacía en la pantalla y que no venían incluídas en el sencillo juego de Kirby.

Los perros hacían maravillas con su madre. Bruma prácticamente se le había sentado encima, y ella podía abrazarse a su cuello y llorar en silencio hasta que llegó Sandra. Luego los adultos se ocuparon de los demás adultos, y sus amigos llamaron a sus otros amigos.

}.{

Una hora después, Silvia y Valentino habían llegado, y todos hacían piña en el cuarto de Lluvia y Kaiden.

—Lo siento —se disculpó Pablo por tercera vez, cabizbajo y sentado en medio de la cama.

—No entiendo por qué pides perdón, así que… déjalo, ¿vale? —respondió Lluvia, acariciándole la cabeza y después apoyándolo en su hombro.

—Lo siento. Perdón. Vale.

Hubo una risilla cansada, y luego, un suspiro.

—No me dejaron ir a la casa —explicó el chico con un hilo de voz—. Porque estaba muy mal. La abuela era… era… una peleona. No se fue sin más.

—Era una gran mujer —asintió Silvia—. De las que no se dejan pisar por nada ni nadie.

—Es mejor quedarse con el buen recuerdo —repuso Lluvia—. En parte, está bien no haber estado allí.

—No, lo sé —aceptó Pablo—. Lo sé. Siento… no haber respondido. Y… haber venido así.

—Pablo, tío —replicó Kaiden—. Para eso estamos, ¿no?

—Imaginamos que no estarías bien —explicó Lluvia—. No estamos enfadados, ni mucho menos. Lo que importa es que te desahogues y no sientas, ya sabes, miedo.

A Kaiden lo habían apartado un minuto para explicarle que era muy normal tras una pérdida que los familiares pasaran un tiempo bastante asustados. Aunque no lo hubieran hecho, no obstante, él lo sabía. Ahora, todos los conectados con la anciana pensaban en quién sería el próximo.

Pablo asintió, apoyado en el hombro de su amiga, y después tragó saliva. Se oyó el nudo que tenía en la garganta, y el chico pensó en ofrecerle otro té… o quizá una infusión relajante.

—¿Kaiden? —musitó el muchacho, y el escocés rezó para que no le pidiera detalles secretos sobre cómo habían rastreado y asesinado a su abuela, porque ni los conocía ni los querría compartir si lo hiciera—. ¿Podrías…? Quiero… Quiero decir…

—Respira y luego habla —le recomendó.

Pablo obedeció. Entre tanto, Lluvia le acariciaba la espalda y la cabeza, animándolo.

—Me gustaría —dijo al final, con lentitud y la mirada baja, avergonzada— aprender a defenderme.

Kaiden se sintió súbitamente aliviado.

—Ah, ¿eso? —respondió con sencillez—. Claro. Si quieres, algo te puedo enseñar.

—Sí. Me gustaría.

—Podemos, no sé, quedar en el recreo, o… sábado por la tarde, quizá. Después de estar en el establo. —Miró a su novia en busca de consenso.

—Tal vez sería algo bueno para todos —repuso ella, volviéndose hacia Silvia y Valentino—. ¿Os gustaría? Creo que nos ayudaría contra el miedo.

—La verdad es que sería estupendo —asintió la chica.

—Yo sé una cosa o dos —replicó el otro chico, y por su expresión era difícil decir si lo decía en serio o en broma—, pero siempre está bien comparar opiniones.

—Eres un chulito —comentó Kaiden—. Vale. Pues podemos hacer eso. —Tocó el hombro de Pablo—. ¿Te parece bien?

—Sí. —Por fin, después de varios días de angustia y cansancio, el muchacho sonrió un poquito—. Gracias.

Domingo 19 de octubre: Salón

Aunque quedar fue fácil, llevar a cabo el entrenamiento no lo era tanto. Tenían tres jardines, pero estaban separados, de modo que no se sumaban espacios, precisamente. El patio tenía un buen tamaño para dos o tres personas haciendo ejercicio, pero no para seis y tres perros que querían participar, como Luka, aunque no tuvieran idea de qué.

A eso había que sumar una visita imprevista: el supervisor eligió justo aquella tarde de sábado para aparecer sin avisar. Kaiden tenía los nervios a flor de piel, pero se esforzó por ser civilizado y ofrecerle té y galletas, como solía, mientras le explicaba lo que estaban haciendo y por qué.

—Me parece una gran idea —asintió el señor Mendoza—. Está claro que no sabes estarte quieto, ¿verdad?

—Será cosa de familia, porque este es igual —comentó Valentino, que tenía a Luka colgando boca abajo de su hombro y riéndose a mandíbula batiente.

—Igual el rollo estirpe guerrera tiene algo que ver —supuso Silvia.

Lluvia se encogió de hombros.

—No sé, pero es buena idea que lo hagan —respondió—, así descargan energía y me dejan tranquila en el sofá, leyendo sin culos inquietos.

—Eh —se quejó Kaiden, y le echó un brazo a la cintura—. ¿Y cuándo te he molestado yo mientras lees?

—No te das cuenta de lo enérgico que eres, estás a mi lado y noto cómo te mueves. —Su novia lo miró, alzando las cejas con inocencia, y él se sintió mal—. Y Luka igual, menos cuando tiene una pantalla en la cara, que no hay niño. Hiper focus.

—Ya, ya. ¿En serio? ¿Te molestamos?

—Ya la has liado —se burló Silvia.

—No me molestáis —aseguró la chica—. Me distraéis. No es lo mismo.

—Ah, bueno, si no es lo mismo…

Kaiden la besó brevemente. Luego carraspeó y volvió a atender a su supervisor, que los observaba con una leve sonrisa semi oculta tras la taza del té.

—Lo cierto es que la idea es interesante —continuó como si nada—, pero, en efecto, no hay mucho sitio. ¿Por qué no pedís un espacio en la residencia? Solo hay que hablar con el gerente.

—¿Sin más? —se sorprendió el muchacho—. No sé… ¿No son salones para fiestas o para la guardería y eso?

—Es más, pensaba que era para más gente —matizó Lluvia—. Somos cuatro gatos, por así decirlo, si comparamos con el salón.

—Nadie dice que no haya más interesados en esto —repuso el señor Mendoza—. Si tuviera veinte años menos, yo me apuntaría.

—Anda ya —replicó Kaiden, y no sabía si era por la posibilidad de que hubiera interesados, o por la alusión a la edad.

—¿Es que querrías…? —La muchacha se detuvo y corrigió—: ¿Es que querría que fuera una enseñanza organizada? ¿Con más personas? Como si Kai fuera… ¿maestro?

—No está diciendo eso —aseguró el chico, avergonzado.

—Bueno, está claro que tiene mucho por enseñar, ¿no te parece, señorita? —respondió el

supervisor—. Además, es algo que ya hace con sus amigos, contigo. Y que hizo con la familia de acogida. Tengo entendido que Michael todavía practica.

—Hmmm, creo que sí va por ahí, Kai. —Lluvia lo miró, divertida, y el muchacho resopló, farfulló y se levantó a preparar más té.

Kaiden casi olvidó el asunto, pero su novia no tanto. Estaba llena de ideas, como, por ejemplo, llevar las lecciones a internet, tal vez con ayuda de Michael; también opinaba que Santino podría beneficiarse, ya que eran amigos y aquellas prácticas servían, entre otras cosas, para ganar autocontrol.

El chico tenía serias dudas al respecto, pero aun así fueron a la residencia al día siguiente para hablar de las condiciones para un salón, un par de horas a la semana. Una cosa llevó a otra: charlas, peticiones, amigos avisando a amigos, y al sábado siguiente, Kaiden se encontró en una sala con al menos quince personas.

—Socorro —le dijo a Lluvia en voz baja, muy serio.

Ella lo miró, con los ojos muy abiertos y las manos en sus hombros.

—Bienvenido a la adultez por segunda vez —respondió—. Te independizaste, y ahora tienes tu trabajo.

—Tengo un trabajo. Lo tenía. En el establo. Y ahora tengo dos, y ¿qué se supone que tengo que hacer? ¿Cómo voy a enseñarle yo nada a nadie? ¿Por qué demonios hay tanta gente aquí?

—Lo llaman «boca a boca». —Lluvia le dio unos golpecitos en el hombro—. Vamos, vamos, te irá bien. Eres bueno en lo tuyo.

—¿Y qué es lo mío? Si solo hago ejercicio, y es para mí. Y es de los Templarios, ¿se acuerdan de eso?

—La gente quiere aprender a *defenderse* de los Templarios —comentó Valentino, acercándose y apoyándole un codo en el hombro—. Por eso están aquí. Y, mira, porque es el primer día; cuando lleves cinco sesiones, esta sala se nos queda pequeña, qué te apuestas.

—Cierra la boca.

—Qué envidia, cuántas profesiones le están saliendo —continuó Lluvia como si tal cosa—. ¿Cómo he acabado con el chico perfecto?

Kaiden la miró, ceñudo, y se mordió la lengua el tiempo suficiente para darle un abrazo y un beso, y susurrarle al oído:

—Dijo la futura psicóloga herbolaria.

Ella se sonrojó intensamente y frunció los labios por la vergüenza.

—N-no se sabe, puede, no sé —musitó—. ¡Tienes una clase que atender!

—Sí, sí, huye, huye…

La soltó, pero no antes de besarla otra vez, suavemente, para alterarla un poco más… y para tranquilizarse él. Quince personas estaban observando.

Jueves 31 de octubre: Cumpleaños

Cuando mamá le preguntó qué quería por su cumpleaños, Luka no supo qué responder. Veían poco la televisión, así que no veía los anuncios de juguetes; la abuela —todavía no se había atrevido a llamarla así, pero era como la veía en su cabeza— había traído un catálogo de la juguetería de Albacete, y al niño le gustaba todo… pero ¿necesitarlo? ¿Quererlo? No sabía.

Luka tenía bicicleta y tablet, y perritos, y montaba en pony cada semana. Jugaba con sus amigos por las mañanas, mientras el abuelo —a él lo llamaba «abu», porque «yayo» le parecía raro— hacía llamadas y hablaba con gente, y luego jugaba con sus *otros* amigos, con Yves y Ahti, aquellos con los que se entendía… a otro nivel. Tenía una cama cómoda, y Rayo se acostaba a sus pies por la noche, y Coco le lamía la cara si se despertaba asustado.

En definitiva, era un niño feliz, así que no quería nada, porque no había nada que pudiera pedir. Aun así, se despertó ilusionado el día de su cumpleaños. Se sentó como un resorte, y Rayo, notando el movimiento, se levantó de un brinco, con un gañido de felicidad, y comenzó a manotear. Luka rio y lo abrazó. Luego, excitado, salió de la cama y corrió al dormitorio de sus padres.

La puerta estaba abierta, lo que significaba que podía pasar. Coco y Bruma se habían enroscado a los pies de la cama, y papá y mamá estaban acostados, abrazándose. Luka se acercó de puntillas.

—¿Papa? —llamó en voz muy bajita, debatiéndose entre despertarlos o no, pero como no recibió respuesta, insistió más alto—: ¿Papa?

Finalmente, Kaiden abrió un ojo y lo miró.

—Buenos días, *troich* —saludó—. Qué madrugador estás hoy, ¿no? ¿Qué hora es?

—Es mi cumple —anunció Luka con orgullo.

—¿Ah, sí? ¿Estás seguro? —El niño asintió con convicción—. Pues nada, habrá que hacer algo al respecto. Anda, vente aquí con mamá y conmigo un ratito.

El niño sonrió, encantado, y se metió en la cama para acurrucarse entre los dos. Le encantaba hacer eso. Aquel, suponía, era un buen regalo de cumpleaños.

La alarma sonó poco después, muy temprano porque sus padres tenían que ir al colegio. Mientras mamá preparaba el desayuno, papá sacó a los perros a pasear, y después vinieron los abuelos. Luka recibió montañas de besos y abrazos. Mucho más tarde, cuando sus padres ya no estaban y la abuela se había llevado a los perros a trabajar, el niño fue con el abuelo hasta la residencia, donde los monitores y los niños lo recibieron con un gran «feliz cumpleaños» escrito en una pancarta.

Charles le dio chucherías y le guiñó un ojo. Luka sonrió ampliamente y compartió las golosinas con sus amigos.

Un rato después, el abuelo lo llevó a pasear con Océano en su carrito, y luego comieron macarrones con tomate, un plato al que el niño se había aficionado mucho. Tras la comida, Luka se fue a jugar con Ahti e Yves, que lo felicitaron y le regalaron un videojuego para la tablet, uno que habían hecho ellos dos y era una mezcla de pokémon y tamagotchi.

El niño chilló cuando la puerta se abrió y oyó las pisadas de los perros. Se levantó corriendo y se lanzó a por sus cachorros, que ya eran casi tan grandes como él. Rayo se puso a dar brincos

y correr por todas partes, y Luka se echó a reír.

—¡Para, tonto! —le dijo, divertido, y lo abrazó con fuerza.

—¿Y para mí no hay abrazo? —preguntó la abuela, agachándose, y el niño, divertido, se lanzó a sus brazos.

Era más tarde de lo habitual cuando llegaron sus padres. Para entonces, Luka estaba acurrucado con Bruma en la cama de los perros, viendo dibujos en la tablet, pero se enderezó cuando el animal levantó la cabeza, atento, y corrió hacia la puerta. El niño se puso en pie y lo siguió.

—¡Papa, mama! —exclamó, y su padre levantó en alto una caja para recibir el fuerte abrazo de Luka.

—¿Qué tal, *troich*? —saludó, revolviéndole el pelo—. ¿Has comido muchas golosinas?

—*Tha*… ¡Nooooo!

—No, ¿eh? Entonces tendrás sitio para pastel.

No pudo evitarlo, le brillaron los ojos. Siempre tenía sitio para esas cosas, así que asintió rápidamente con la cabeza. Mamá se echó a reír, divertida, y comentó:

—Qué preguntas. Para un dulce, siempre.

Luka le sonrió, encantado, y fue a abrazarla a ella también. La chica le devolvió el abrazo, acariciándole la cabeza.

—Entonces, vamos a la cocina a preparar el picoteo —dijo.

—¡Picoteooo! —canturreó el niño felizmente.

En la caja había tarta de chocolate, y traían fanta y nestea. Cocacola, no; papá decía que no le daría hasta que tuviera al menos cuarenta. Luka no sabía lo que eran cuarenta, todavía, pero no le preocupaba mucho, la fanta estaba buena.

Así que comieron pastel y dulces, y tomaron refrescos mientras sonaba música. Le cantaron el cumpleaños feliz, y no le dejaron dar tarta a los perros.

—Eres un bicho —resopló su padre, y luego le dio un paquete.

—Qué va —replicó Lluvia, divertida—. Apenas.

Luka los miró a los dos, luego a los abuelos, después a sus padres y al paquete.

—Sí, *troich* —dijo él con suavidad—. Es para ti. Y hay más de donde viene este, así que… a trabajar.

Mamá le dio un empujoncito juguetón, bromeando:

—Sh, que quitas la sorpresa.

A Luka le gustaba mucho verlos jugar. Sonriendo tímidamente, abrió el paquete. Lo reconoció en el acto. Era un casco como los que llevaban los mayores en el establo cuando montaban.

—Así igual hasta puedes correr con Cachivache —comentó papá—. Pero primero haremos que Sandra y mamá te den unas lecciones extras, ¿eh?

El niño se puso el casco en el acto. Le venía un poco grande, pero Kaiden se lo ajustó bajo el mentón, y Luka sonrió ampliamente, encantado.

El siguiente regalo era enorme, y al pequeño le costó un poco desenvolverlo. Entonces notó que era blandito, y tocó el suave pelaje, lanzó un jadeo y arrancó el papel con mucho menos tiento. Era un peluche gigante en forma de achuchable unicornio.

Luka chilló y se le tiró encima. Su padre resopló y acarició la mano de su novia.

—Pues ha sido un acierto, ¿no? —comentó.

—¡Unicornioooooo! —gritó el niño.

—Pues eso parece —sonrió Lluvia—. Aunque creo que a Luka le gusta todo.

—Sí, es un crío feliz, ¿verdad?

Viernes 20 de diciembre: Fin de semestre

Solo cuando el timbre sonó aquel viernes, dando por finalizado el semestre para empezar las vacaciones, Kaiden comprendió que lo había aprobado todo.

Vale, era solo el primero; y vale, se lo debía a Lluvia más que nada; pero había superado el infierno de ciencias sociales, y hasta castellano, que no era solo saber hablar y escribir, precisamente.

Mientras la mayoría de alumnos saltaban de sus asientos y lanzaban gritos de júbilo, el muchacho suspiró, súbitamente aliviado, y apoyó la cabeza en el pupitre. Todo aprobado. Las notas ya estaban dadas, algunas desde hacía un par de días, pero no había sido capaz de aceptarlo, no del todo, hasta entonces. Estaba todo aprobado, y tenía vacaciones.

Eran sus primeras navidades en Liétor.

A su lado, Lluvia se apoyó en él, sonriendo.

—¿Kai? —llamó.

—Estoy vivo —respondió el chico.

—¿Y feliz?

Kaiden resopló y se enderezó lo suficiente para poder abrazarla.

—Sentarán bien unas vacaciones, ¿no? —comentó—. Joder. Qué semestre.

—Imagino que debió ser duro para ti, pero lo has hecho muy bien. ¿Quieres que te prepare alguna comida en específico para celebrarlo?

—Aquí estás, celebrando mis aprobados, y tú con notables y excelentes. Eres increíble.

—Oh, lo tuyo tiene mucho más mérito —repuso ella, acariciándole el pelo—. Y merece una recompensa.

—¿Qué tal si llamamos a tus padres en el bus y les pedimos que vayan a buscar pizza? Así lo celebramos los dos.

—Vale. —Lluvia rio—. Me parece bien. Pero me gusta cocinar.

—Cocinaremos la cena.

Por ser el último día, a la una menos cuarto ya estaban en el autobús. Sandra había dejado el establo en las capaces manos de sus compañeros y esperaba a los chicos, con Charles, los niños y tres pizzas.

—¿Qué tal sienta estar de vacaciones? —preguntó el hombre con cierta guasa mientras comían.

—Ya no me acordaba —respondió Kaiden con sinceridad.

—Yo me acuerdo de que me gusta hacer planes en vacaciones —repuso Lluvia, alzando las cejas—, ya sabes, para hacer de todo, y luego no hago ni la mitad.

—Igual porque te exiges demasiado. —El padre y el chico dijeron lo mismo y en un tono parecido, de paciencia y afecto, y después Charles se echó a reír.

Lluvia se sonrojó y lanzó un resoplido.

—Encima a dúo —se quejó.

—Es la verdad —insistió Kaiden, y se acercó para besarla en la cabeza—. Voy a fregar los platos. Quedaos por aquí.

—Eh, no, voy a ayudarte.

El chico se levantó y la besó otra vez.

—Quédate —repitió, recogiendo platos para llevárselos.

—Oye, así no van las cosas.

Lluvia no se dejó mimar, pero Kaiden ya estaba acostumbrado. Se ocuparon juntos de la limpieza, al final, como hacían a menudo, y después se reunieron con el resto en su primera tarde de vacaciones.

Eran casi las siete cuando el muchacho recibió un mensaje. Era de Santino. Se enderezó en el sofá, estirando una mano para acariciar la cabeza de Coco, que lo miraba interrogante.

—Al final ha escrito a sus abuelos —explicó.

—¿Qué tal le ha ido? —preguntó Lluvia con preocupación, mirándolo.

—Bueno, solo ha enviado una carta por correo postal. O sea, correo postal de Santuario y todo eso, para que no lo puedan rastrear, pero dice que se siente mejor. Solo quería que supieran que estaba bien. El tema Navidad y todo eso.

—Sí, supongo que esta época pone sentimentales a muchos. Tengo suerte de tener a todos los que quiero cerca. —La chica hizo una breve pausa—. Tú… ¿Cómo te sientes con este tema?

Kaiden echó un vistazo a Luka, que estaba un poco más allá, hablando con Yves. Escribiendo, más bien; tenía que acordarse de pedirle que llamara al niño en lugar de chatear siempre, para mejorar el habla… o al menos que no perdiera la costumbre.

—Nunca tuvimos una familia muy festiva —respondió finalmente—. Los últimos años, alguno de mis padres no estaba, de todos modos, y el abuelo estaba en contra de un intercambio de regalos y eso. Mi madre siempre traía algo, aun así.

—Así que esta va a ser tu primera celebración a lo grande.

El chico sintió un pequeño tirón en el estómago, y respondió con un casual encogimiento de hombros:

—Y con la familia que importa.

—Siempre voy a ser tu familia.

Kaiden se inclinó y la besó suavemente en los labios. Después apoyó su frente en la de Lluvia, suspirando.

—Lo sé —asintió—. Te quiero, Rain.

—Y yo a ti, Kai —sonrió ella—. Y yo a ti.

Sábado 21 de diciembre: Visita sorpresa

Enseñarle a Pablo algo de autodefensa se había convertido en un taller con todas las letras: cada sábado por la tarde, Kaiden se enfrentaba a un grupo de entre diez y veinte personas en el despejado salón de la residencia de Liétor.

Sin contar a Lluvia y a sus amigos, había otros tres regulares que venían casi cada semana; reconocía sus caras, sus nombres y también sus flaquezas. Uno era un matrimonio local, vivían en la residencia desde hacía tres años y veían esas clases —si así podían llamarse, aunque el chico tenía sus dudas— como algo entretenido que hacer los sábados. El otro era un hombre de unos sesenta años que no participaba, pero observaba con gesto serio; a Kaiden le recordaba un poco a su abuelo, y eso lo había preocupado al principio, pero se había acostumbrado a él.

El señor Márquez, así se llamaba, no se metía con nadie ni hacía comentarios, aunque alguna vez, al acabar una clase, se había acercado para recomendarle uno u otro cambio.

—Ese movimiento está muy bien —le dijo en una ocasión, con un espeso acento andaluz que al muchacho le costaba descifrar—, pero puede que quieras enseñarles qué pasa cuando se lo bloquean.

Kaiden no sabía todavía que el señor Márquez era un veterano retirado de la guarda, y estaba siempre con un ojo puesto en las escuelas y gimnasios en busca de nuevos reclutas para el círculo defensivo de Santuario. En aquel momento, no era más que un hombre curioso, tal vez jubilado, que quizá no se veía capaz de hacer los ejercicios, pero quería verlos de todos modos.

En todo caso, el chico escuchó sus consejos y los puso en práctica. Todavía lo agobiaba bastante estar enseñando a tanta gente a defenderse, pero había encontrado una secuencia que le parecía… cómoda, por lo menos.

Además, no le faltaban ayudantes. Valentino se apañaba más que bien, y estaba allí por pasar el tiempo más que porque necesitara aprender a dar puñetazos. Pablo, por su parte, aprendía deprisa y era escurridizo como una anguila. En cuanto a Silvia, no le daba miedo dar codazos, rodillazos o cabezazos. A Lluvia no le gustaba demasiado servir de ejemplo, así que Kaiden no se lo pedía, pero estaba allí cada día, sin falta, y practicaba igual que el resto.

Aquel era otro sábado como los demás. Fran saludó con un gesto al entrar, pero se quedó cerca de la puerta con su tía, una mujer bajita, gruesa y simpática que tartamudeaba en seis idiomas y se tropezaba con el aire. Kaiden se limitó a devolverle el saludo y se giró para pelearse con el reproductor de música, con el que ponía un CD de sonidos de bosque.

Los pasos acercándose no lo cogieron por sorpresa, pero se quedó helado al ver una cara conocida.

—¿Mike?

El niño había crecido al menos un palmo desde la última vez que lo vio, y parecía tener trece años y no once. Con una enorme sonrisa como no se la había visto antes, Michael se le echó encima y le dio un fuerte abrazo, tan fuerte que le hizo crujir la espalda.

—¡Chico! —exclamó Kaiden, casi sin aliento—. ¿Qué haces aquí? ¿De dónde has salido? ¿Cuándo has llegado? Ey. Mike.

Cuando lo soltó, el más pequeño tenía los ojos brillantes y la cara roja, pero no estaba llorando.

—Sorpresa —dijo con voz temblorosa, y Kaiden, enternecido, lo abrazó otra vez, con más

suavidad.

—Y tanto.

—Nos hemos venido a pasar las navidades.

El chico sabía que las cosas estaban muy tensas con los abuelos, y la idea de pasar las fiestas lejos de ellos era la mejor que podían haber tenido. Por supuesto, eso no lo comentó.

—Me alegro —respondió en su lugar—. ¿Y Talya? ¿Y Sonja?

Mike se volvió y señaló hacia la entrada. La mujer estaba cerca de la puerta, con la niña cogida de la mano, y la pequeña se apretaba contra su pierna mirando a todas partes con evidente inseguridad. Era un país desconocido, un idioma desconocido, lleno de gente desconocida.

Kaiden buscó a Lluvia con la mirada. Ella, no muy lejos, los vigilaba con sorpresa y una sonrisa, y el chico le hizo un gesto para que se acercara.

Notó el nerviosismo en la chica cuando fue hacia ellos. El muchacho sabía que conocer gente nueva suponía un reto para su novia, así que le pasó un brazo por la espalda y le dio un beso en la sien, intentando ayudarla.

—Este es Mike —le dijo—. Mike, Lluvia.

—Vaya —musitó el chico, apenas un niño, con las manos en los bolsillos y las orejas rojas —. Hola.

Con un poco más de confianza que él, la muchacha respondió:

—Hola, me alegra que hayas venido. Espero que estés a gusto aquí.

—Nos han hablado muy bien de esto… eh… la residencia, el pueblo y eso. Y se ve guay. Está majo.

—Es mejor cuando te lo enseña un amigo —aseguró Lluvia, y le dedicó una sonrisa a Kaiden —. ¿Os apetece quedaros en la clase? Y después podemos, o… puede, depende de lo cómodos que os sintáis con más compañía, enseñaros el lugar.

—Claro, estaría bien. Gracias.

El escocés besó a su novia en la cabeza otra vez, y luego en la mejilla.

—Saludo a Talya y empezamos —dijo—. Joder, me han pillado por sorpresa.

—Creo que esa era la idea —rio ella.

—Ya, ya, ya.

Kaiden la besó otra vez y luego revolvió el pelo de Mike. El corazón le golpeó con fuerza contra las costillas cuando fue hacia la puerta, donde esperaban la mujer y la niña cogida de su falda.

Talya sonrió como siempre había hecho, pero había cansancio en su boca y en su mirada. Se la notaba agotada, después de todo, y Kaiden no podía evitar sentirse mal por ello. Nadie podía convencerlo de que no había sido una parte decisiva en el divorcio de aquella pareja que era tan bien avenida hasta que él llegó.

—Talya —saludó con un suspiro—. No esperaba veros.

—De eso se trataba —respondió la mujer—. Sorpresa.

El muchacho resopló y, acercándose con cierta cautela, vio que ella tendía los brazos. Con el corazón en un puño, hizo lo mismo y la abrazó. Se preguntó si Talya siempre le había parecido tan pequeña; después, si la había abrazado alguna vez, en realidad.

Notó un tironcito en el jersey, alguien que también reclamaba un saludo.

«Ay, Dios», pensó, y se frotó la cara antes de agacharse para mirar a la niña.

—Hola, Sonja —saludó, ofreciéndole la mano, y ella tímidamente se la cogió sin decir nada.

Sábado 21 de diciembre: Punto medio

Mike estuvo muy nervioso durante los primeros minutos, pero volver a estar con su profesor favorito lo ayudó bastante. Pronto estaba en su salsa. Sirvió de ejemplo para los ejercicios y practicó con Kaiden, que le tomó la medida en seguida. Parecía que el tiempo no hubiera pasado y siguieran entrenando juntos en el patio de casa.

Salvo que sí había pasado tiempo, claro, y ya no estaban en el patio, ni en aquella casa. Mike tampoco se sentía en casa cuando estaba con sus abuelos. No estaba bien en ninguna parte, no desde todo aquello.

Talya y Sonja no practicaron, sino que se quedaron fuera, mirando de vez en cuando. Luka necesitó un rato para sentirse cómodo, pero luego fue hacia ellas y se sentó con la mujer, y comenzó a parlotear con la niña. Aquella imagen hizo que le doliera el corazón: Sonja sonreía como si encontrara por fin un remanso de paz.

Después llegó Charles, al que apenas conocía, pero que era simpático y muy animado; estaba sorprendido y los invitó a su casa. Mike sabía que vivían más o menos todos juntos, pero no estaba preparado para ver las dos casas unidas por el jardín a la vista, ni tampoco para los tres perros que corrían a saludarlos.

}.{

Lluvia y Kaiden se pusieron a cocinar. Sandra ponía a su marido al día sobre los eventos del trabajo, y él le contaba que había recibido una nueva oferta de dar una charla, esta vez en Albacete, después de Navidad.

Talya desvió la mirada. Los más pequeños estaban en el suelo, sobre unas mantas, rodeados de cojines y de cachorros muy grandes. Se había preocupado durante un momento, pero se había recordado que esos tres enormes perros vivían con Luka, y el niño no estaba ni un poquito asustado.

¡Qué dulce era! Parecía notar que Sonja lo había pasado mal, y llenaba el silencio con su incesante parloteo, hablándole de todo. Y a la niña le venía bien ser la mayor, para variar. Siempre había sido una buena hermana mayor.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y notó un nudo en la garganta. Cuidadosamente se levantó y salió al jardín, ese bonito jardín que Lluvia cuidaba con mimo. Había abundantes flores y arbustos, y sobre la valla se veía la copa de un sauce llorón. Talya no sabía nada de plantas, solo sabía que era precioso, y que olía bien, y que al otro lado de la puerta de cristal había una familia llena de amor y energía.

Impotente, la mujer se cubrió la cara y derramó las primeras lágrimas. Le temblaban los hombros cuando oyó a alguien a su espalda, pero no se volvió. Sandra se acercó y le echó un brazo por los hombros.

—Ya, ya —susurró la española con dulzura—. Lo sé, cariño.

—Lo siento —se disculpó Talya, avergonzada—. Esto es tan absurdo. No debería estar así. No debería…

—Sientes lo que sientes, y es perfectamente válido, ¿de acuerdo? ¿Quieres hablar de ello?

—No sé cómo hacerlo.

—¿Quieres hablar con Carlos?

—No. —Pero Talya rio a su pesar—. Ay, qué tonta soy.

—No lo eres.

—Es que los veo tan felices, ¿sabes? A Kaiden y a Luka, y me alegro tanto. Pero también me pongo triste. Me siento mal, porque esto, lo que tienen, lo que vosotros le habéis dado, yo no pude. No pudimos.

—Lo sé, Talya. Los querías.

—Los quiero. Y todavía quiero a Héléna. Oh, Dios. —La mujer se frotó la cara, avergonzada por un amor que todavía no se iba—. Quiero lo que fue, lo que era. Lo que creía, supongo. Quiero a esa mujer dulce y entregada que hacía lo que fuera por los niños, que estaba dispuesta a adoptarlos a todos. A todos menos a uno. Y ese uno, ¿sabes?, ese uno es lo que lo destrozó todo. Dios, parece que esté culpando a Kaiden, pero no lo hago. De verdad que no.

—No fue más que un vehículo para descubrir algo no te gustaba en tu mujer.

—No me gustaban muchas cosas. Eso es normal. Todas las parejas tienen sus más y sus menos, ¿no es verdad?

—Yo aborrezco lo absurdamente sociable que llega a ser mi marido. Si por él fuera, tendríamos gente a cenar cada noche.

—Pero no tenéis.

—No, porque sabe que no soy como él, así que lo hablamos con antelación, hacemos planes para estar juntos o para estar separados.

—Soléis estar juntos.

—Sí. —Sandra sonrió—. Acepto que Charles es un animal social, y Charles acepta que yo no. Encontramos un punto medio. No todas las parejas pueden encontrar ese punto medio, Talya.

—No, supongo que no. Lo intenté, ¿sabes?, juro que lo intenté. Es solo que no podía, no puedo ver más allá de ese… rechazo, esa horrible aversión de Héléna hacia un chico que necesitaba una familia. Pero todavía quiero todo lo demás. No lo suficiente, no obstante, no lo bastante para perdonarla.

—Estás pasando por un duelo muy difícil. Necesitas un poco de paz. Espero que la encuentres aquí.

—Yo también.

Martes 24 de diciembre: Cena de Navidad

El lunes, todos fueron a Albacete, en parte para enseñarles la ciudad a sus visitantes, pero en parte, y todo el mundo lo sabía, porque eran fiestas y había que conseguir un detalle u otro. Fue un día intenso, donde se separaron varias veces para ir a hacer compras de última hora sin ojos cotilleando.

A solas con Luka, Kaiden pasó un buen rato en una librería. Lluvia, en cambio, se detuvo en una joyería, y se dejó llevar por el impulso del momento.

Y luego llegó Navidad.

Eran tres bocas más de las que habían planeado, así que utilizaron las dos cocinas. Hicieron caldo casero, croquetas y un montón de lo que en España llamaban «pica-pica». La mesa estaba puesta en la casa de los chicos, con toda la decoración navideña que habían reunido: había guirnaldas, luces, muérdago, casitas nevadas con música… y hasta los perros llevaban cuernos de reno. Coco estaba ridículo, pero lo llevaba con dignidad; en cambio, a Rayo le sentaba como un guante. Bruma, por su parte, se había agobiado con tanto jaleo y se había metido bajo la mesa, donde Sonja lo había encontrado y abrazado.

Kaiden había pasado las navidades anteriores con Mike y su familia, pero no podían ser más radicalmente distintas de aquella noche. El año pasado, las fechas habían estado recubiertas de malestar, y las sonrisas y buenos deseos parecían falsos; todos sabían que los chicos se irían después de las fiestas.

Ahora estaba en casa, con Lluvia y con su familia, y con amigos que habían venido por sorpresa. El chico llevaba todo el día corriendo de una cocina a la otra, tropezando con perros y con niños, llevando ingredientes, platos o mensajes, y le encantaba.

—Cómo cambian las cosas en un año, ¿no? —le comentó Charles con una sonrisa, adivinando lo que le pasaba por la cabeza.

—Ya ves —aceptó Kaiden.

—No sé, para mí sigue siendo estresante —admitió Lluvia, no muy lejos, y después rio—. Bueno, puede que más. Mucho que cocinar.

—Eso ya es algo nuevo —respondió su padre—. Que no nos cocinen, tener que hacerlo todo.

—Se siente más… hogareño. Eso me gusta. Y estar con la familia al completo —añadió la muchacha, dirigiéndole una azorada sonrisa a su novio, que sintió un calorcillo en el pecho y se inclinó para besarla en la frente.

—Y ya casi estamos —dijo—. Joder. Qué largos son los preparativos.

Fueron largos, pero acabaron, y todos se reunieron en el comedor, con música de fondo y una miríada de platos en la mesa —croquetas, empanadillas, hojaldres, gambas—. Algunos de los aperitivos más españoles sorprendieron a los más nuevos, y Mike se negó rotundamente a probar los mejillones tigre.

Eran apenas las once cuando Luka le tiró a Kaiden de la ropa y le dijo al oído que Sonja se había dormido. La niña, acurrucada con Bruma en el sofá, hacía rato que se había rendido.

—Igual va siendo hora de recoger —comentó el chico—. Creo que ninguno sois muy trasnochadores que digamos.

Lluvia se sonrojó, componiendo un mohín.

—Calla, chico malote —replicó, y él le acarició el pelo.

—Yo me pongo a recoger —propuso Kaiden—, y entre tanto cambiad a los críos y ponedlos a dormir.

—Espero que yo no forme parte de los críos —bromeó su novia.

—Me gustaría que te quedaras levantada un poquito más, si es posible.

Ella jugueteó, haciendo ver que lo pensaba, pero en seguida se le escapó la sonrisa. No aguantaba mucho tomándole el pelo.

—Por ti, lo que sea —respondió.

El chico se inclinó, la besó en la frente y se levantó para comenzar a recoger la mesa.

}.{

Hubo muchos platos, pero también mucha ayuda. A las once y media, los más pequeños ya estaban cambiados y acostados. Sonja compartía dormitorio con Luka y con Rayo, y Talya, insegura, le prometió que estaría muy cerca si tenía miedo.

Pero la niña no lo tenía. Habían sido unos meses muy malos en que las palabras no salían de su boca, en que los gritos la obligaban a taparse los oídos y los rostros familiares parecían haberse distanciado. Pasaba mucho tiempo con los abuelos, y a Sonja no le gustaban. En cambio, allí, en España, se sentía a salvo. No había estado así desde las navidades anteriores. Parecía una eternidad.

Así que Talya la arropó y se fue. Después vino Mike, Sonja se aferró a su cuello, y él la abrazó también. Le gustaba que lo hiciera. Antes, su hermano había tenido mucho miedo, pero ya no, y la niña se daba cuenta.

—Descansa, pequeña —susurró el chico, pero Sonja no se soltó—. ¿Estás bien?

—Mmm. —Ella empujó las palabras por su cuello, a través de ese muro que a veces se formaba en su garganta, una bola que no dejaba pasar más que aire—. ¿Mike?

Mike la estrechó un poco más, pero sin hacerle daño.

—Dime, cielo —murmuró.

—No… —musitó Sonja—. No quiero volver. ¿Podemos quedarnos? ¿Por favor?

}.{

Los adultos se retiraron a la casa de al lado, aunque Talya lo hizo con reservas.

—Es Navidad, deja que los niños se desmelenen —le recomendó Charles, y con cierta guasa, porque allí no se desmelenaba nadie y todos estaban preparándose para acostarse.

Los menores se quedaron solos. Lluvia y Kaiden llevaron a Mike al dormitorio de invitados, donde pasaría la noche.

—¿Necesitas más mantas? —preguntó el chico.

—Tío, que he pasado muchos inviernos en Bélgica —replicó él.

—Eso es verdad. Las temperaturas aquí no bajan tanto.

—Pues para mí sí hace frío —terció Lluvia, frunciendo los labios—. Estáis hechos de hielo.

Kaiden le puso una mano en el cuello, pero la tenía caliente. La casa estaba bien equipada con calefacción.

—O quizá eres una estufa humana —continuó ella, riendo—, y por eso estás bien.

La muchacha cerró los ojos, disfrutando del contacto, y su novio se acercó para besarla en la frente y rodearla con un brazo. Mike hizo una mueca, algo muy típico en un niño que, pese a su aspecto, solo tenía once años.

—Sí, sí, pon las caras que quieras —le dijo Kaiden—. Avísanos si necesitas algo, ¿vale?

—Sí, vale. Gracias.

—Y si te apetece alguna bebida nocturna, como leche caliente, sírvete —sonrió la muchacha —. También hay infusiones; si te cuesta dormir, puedes tomar una de tila y melisa.

—Ya, ya he notado que tenéis de todo, jo.

—Y si falta alguna cosa, puedes decírnoslo que nos encargaremos de que no te falte.

—Ya vale —masculló Mike, un poco abrumado.

—Te dejamos dormir —dijo Kaiden—. Buenas noches.

El niño se despidió con un gesto y fue hacia la cama. Los mayores fueron hacia su dormitorio, aunque al pasar junto al cuarto de Luka, el chico se asomó para comprobar que estaban profundamente dormidos, con Rayo panza arriba a los pies de la cama. Con una sonrisa, Lluvia pasó tras él, acariciándole la espalda antes de entrar en su cuarto.

Kaiden la siguió, pero fue hacia su mochila y se agachó para sacar un paquete.

—Santa Claus te adelanta un regalo —advirtió.

Su novia se sentó al borde de la cama y estiró las piernas, divertida.

—Es un poco trampa por su parte —bromeó.

—Se le debió caer —respondió el chico con completa seriedad, y le ofreció el regalo envuelto con un sobrio papel marrón.

—Pero me siento mal… —Lluvia estiró las manos para cogerlo—. No he adelantado ninguno.

—Ni falta que hace. Anda, ábrelo.

La muchacha desenvolvió el paquete con cuidado para encontrarse con un libro de psicología.

}.{

Lluvia sintió de inmediato que le picaba la nariz, el preámbulo a las lágrimas. Se llevó la mano a la boca, intentando contener la quemazón, las ganas de llorar, pero no era fácil. Estaba emocionada.

Kaiden seguía apoyándola, aunque pareciera una locura… pero con el paso de las semanas, había empezado a ver que quizá no lo era. Él ampliaba su forma de ver el mundo.

—Kai… —musitó, y el chico se sentó a su lado, echándole el brazo por los hombros para apoyarla, para acunarla.

—Estuve un rato en la librería en Albacete, mirando los mil libros distintos —explicó—, y al final cogí el que parecía, bueno, más «para empezar». Así puedes comenzar a estudiar, si quieres.

—Gracias —musitó la muchacha, y lo abrazó con fuerza—. Gracias…

—No tienes por qué darlas, Rain. —Kaiden le acarició la espalda—. Pero quizá podrías aprovechar esta oportunidad para contárselo a tus padres. No sé.

—Lo sé… Siempre me han apoyado, y debería compartir mis inseguridades, o más que eso, lo que… quiero hacer.

—Es Navidad. Igual es una buena ocasión. Solo dímelo y yo me llevo a Mike y los demás.

Sintiéndose afortunada, Lluvia lo estrechó.

—No sé qué haría sin ti —murmuró, y su novio la besó en la frente, en la sien y luego en los labios.

—Ser igual de maravillosa que siempre —respondió.

Miércoles 25 de diciembre: Regalos navideños

Luka se quedó boquiabierto cuando vio todos los paquetes a la mañana siguiente. No había árbol, pero sí muchos, muchos regalos.

—¿Qué, *troich*? —dijo Kaiden, revolviéndole el pelo—. Parece que nos hemos portado bien, porque Santa nos ha dejado muchas cosas. ¿Por qué no me ayudas a poner chocolate para todo el mundo mientras llegan Charles y los demás?

El niño asintió con lentitud y lo siguió a la cocina. Kaiden lo distrajo para dejar que el resto pusieran los paquetes sobre la mesa. Hicieron chocolate caliente, sirvieron las tazas, y, cuando Sandra y Talya entraron, lo hicieron con bolsas de cruasanes humeantes.

Cuando todos se reunieron en el comedor, la montaña de paquetes había crecido bastante más, y Kaiden comenzó a mostrar una cierta incomodidad parecida a la de Luka, que ya estaba mucho más tranquilo y expectante.

—Bueno —suspiró Charles con una sonrisa—. Vamos a votar. ¿Desayunamos primero, o desayunamos *mientras*?

—Yo opto por ir comiendo mientras los más pequeños comienzan a montar follón —propuso Lluvia.

—Suena perfectamente razonable. ¡Pequeños, a montar follón!

Por lo visto, Mike se consideraba demasiado mayor para entrar en aquella orden, porque se sentó con los demás a tomar su chocolate y sus cruasanes mientras Luka llevaba a Sonja de la mano y atacaba los paquetes. Kaiden y Talya tuvieron que ponerse con ellos y echar una mano en la elección de los regalos.

Y mientras tanto, Lluvia no perdía de vista un pequeño paquete, casi invisible entre la multitud de otros mucho más grandes. Quizá no debería haberla puesto allí, razonaba ahora, porque lo normal era empezar por los paquetes más pequeños, ¿no? ¿Y cómo debería actuar cuando la abriera?

«Malditas compras impulsivas», pensó de todos modos, sin saber si se arrepentía o no.

Lluvia se dio unos golpecitos en las mejillas, acallando el hilo de pensamientos para limitarse a disfrutar de aquella mañana de Navidad. Si había podido aguantar sus inseguridades hasta entonces, podía hacerlo hasta el final del día.

Luka recibió una colección de cuentos clásicos metidas en un cofre de cartón, unos cuantos libros interactivos sobre críptidos, y bastante ropa, porque había crecido varios centímetros en pocos meses, y si su hermano era un indicativo, todavía le quedaba mucho.

En cuanto a Sonja, las prisas —y el gasto del viaje a España— habían reducido sus regalos a un par de libros y un nuevo peluche, pero alguien se las había ingeniado para comprarle una casita de muñecas lo bastante grande como para que todos supieran que no la subirían a un avión de vuelta a Turquía.

Por la expresión atribulada de Talya, no era cosa suya, así que tenían que haber sido Charles o Sandra… o los dos. Una manera más de decirle que su familia estaba a salvo allí.

—Para tus regalos —comentó Charles, inclinándose hacia su hija—, quizá quieras empezar por el patio.

La chica parpadeó, riendo por lo bajo.

—¿Voy a tener una amiga nueva? —preguntó.

—Más bien una vieja —respondió su madre.

—¿Vieja? —No podía ser, ¿verdad? —. ¿Mi melocotonero?

Sus padres sonrieron, y Kaiden se levantó para ir a abrir las cortinas. A través de la puerta de cristal se veía el árbol plantado en el centro del jardín, un poco tocado por el viaje, pero claramente feliz de estar cerca otra vez. Lluvia no pudo contenerse. Salió corriendo para acariciar a su árbol, dándole un poco de energía extra. Le daba igual el frío: era su amiga y se merecía un abrazo.

}.{

—Ha sido una buena idea, ¿eh? —comentó Charles—. ¿Tú qué, Kaiden, no vas a abrir tus paquetes?

El chico apartó la mirada de su emocionada novia hacia la montaña de regalos con su nombre, y notó el nudo en el estómago.

—¿Por qué no empezáis vosotros? —propuso.

—Bueno… Oh, parece que no hace falta.

Lluvia entró de nuevo y fue directamente hacia Kaiden, echándole los brazos alrededor para buscar su calor.

—Kaaaaiii… —musitó, y él la estrechó.

—Frío, ¿eh? —comentó.

—Sí, y tú estás calentito, lo siento.

—Yo encantado. ¿Te ha gustado tu regalo? Tienes más.

—¿Más? Pero si traer a mi amiga aquí ya debió costar mucho.

Kaiden no le habló de la escapada nocturna de sus padres, o de que él se había levantado de madrugada para ayudar a replantar el árbol.

—Pues ya ves —respondió como si tal cosa, y señaló el montoncito de paquetes que eran para ella.

Lluvia le apretó las mejillas, riendo, y después se separó para sentarse en el suelo.

—¿Cuál cojo? —preguntó, y entre tanto Bruma se le echó al regazo como si todavía pesara un kilo y no dieciocho.

—¿Qué le damos primero a mamá, *troich*? —dijo Kaiden, y el niño corrió a ofrecerle un paquete al azar, que resultó ser un juego de semillas raras.

—Vaya, tengo que informarme bien sobre cómo cuidarlas —musitó ella, observando la colección con atención—. Nunca había visto de este tipo. ¿Querrás aprender conmigo, Luka?

—*Shi* —asintió el niño con una gran sonrisa, echándole los brazos al cuello.

Lluvia se esforzó por sentar al pequeño en su regazo sin descuidar al perro, tarea nada fácil, porque los dos estaban ya muy grandes.

—¿Me ayudas a abrir el siguiente regalo? —propuso, y Luka cabeceó con entusiasmo.

El siguiente paquete de la muchacha era un libro de botánica sobrenatural; no era el primero, sino uno de los más avanzados, y lidiaba con plantas muy poco comunes incluso para ella. El siguiente regalo era un llavero de plata con la forma del árbol de la vida, y el último, un videojuego: Los Sims.

—Me encantan todos —dijo lluvia, emocionada, y frotó su mejilla contra la de Luka—. Muchas gracias. ¿A ti también te han gustado los tuyos?

—¡*Shi*! —aseguró el niño—. Me *guta* la *Navidá*.

—Sí, a mí también —rio ella—. ¿Quién es el siguiente?

—¡Papa!

—Igual puede empezar Talya o Mike —respondió Kaiden.

—Algo me dice que lo estás alargando adrede… —comentó Lluvia, y el chico se revolvió un poco, mirando su montaña de regalos.

—Puedo esperar.

No tuvo que hacerlo mucho. Pronto el montón de paquetes de Charles, Sandra, Talya y Mike estuvieron abiertos, y la mayor parte del desayuno había desaparecido. Un tanto incómodo, el muchacho volvió a mirar sus regalos.

—Son muchos, y muy grandes —dijo al final—. En serio.

—No te quejes tanto —replicó su amigo.

—Solo empieza a abrir regalos, anda —insistió Lluvia, y lo hizo con un cierto nerviosismo que le llamó la atención.

—¿Sí? —dijo—. ¿Como cuál? ¿Este? —preguntó Kaiden, cogiendo uno grande y alargado pero bastante ligero.

—Igual deberías empezar por ese de ahí —repuso Charles, señalando el que era, con diferencia, de mayor tamaño.

—Sí, pienso igual —asintió su novia—. Deberías empezar por ese y dejar el de… tamaño más pequeño para el final, ¿vale?

El muchacho la miró, y después a la pequeña e inocente cajita de elegante envoltura. Estuvo tentado a cogerla solo para ver qué la tenía tan nerviosa, pero decidió hacerle caso. Decidió, supuso, dejar lo mejor para el final.

Claro que lo demás no estaba mal en absoluto. Su loca familia había decidido conseguirle un ordenador con todos sus periféricos.

—Estáis locos —musitó al ir descubriendo la torre, la pesada pantalla y el teclado—. ¡Estáis locos!

Lluvia y sus padres sonreían.

—Ahora tendrás que hacerte a la tecnología sí o sí —comentó—, y creo que Luka podrá ayudarte.

—Luka se va a volver loco con esto. Mira, *troich*, un ordenador enterito para nosotros.

El niño se sentó en su rodilla para comenzar a toquetear los periféricos, y Kaiden supuso que iba a necesitar un manual para montarlo todo. Lo pondría en el escritorio, claro… o quizá en la mesa del comedor… y ya puestos, quizá, Lluvia podría traer el suyo. No lo usaba mucho desde que vivían juntos, y había descubierto que iba muy bien tener ordenador para el colegio.

Cuando alzó la mirada, vio a su novia observándolo con una sonrisa. El joven cogió la última cajita que quedaba, cuadrada y pequeña, y se la enseñó con gesto interrogativo. Ella tosió. Los nervios volvían a sus mejillas.

Lluvia respiró hondo, levantándose.

—¿Me permites un momentito? —preguntó, tendiendo la mano, y Kaiden se la dio y palmeó la espalda de Luka para que se bajara.

La chica volvió a respirar.

—¿Rain…?

Cuando él hizo ademán de levantarse, ella se puso de rodillas. El muchacho se quedó sentado, pero el corazón se le subió a la garganta. Miró alrededor, a todo el mundo callado y expectante, y luego a su novia, que estaba roja y nerviosa. Y, con ese pequeño regalo en la mano, Kaiden tuvo un presentimiento.

—Kaiden Aldana —dijo Lluvia con voz clara—. Sé que aún tienen que pasar unos cuantos años para poder hacerlo oficial, pero…

Rasgó el papel y abrió la pequeña cajita para mostrarle el grueso anillo de plata con motivos de hojas.

—Me gustaría que aceptaras este anillo —continuó—, porque quiero casarme contigo y pasar el resto de mi vida a tu lado, siempre que me quieras. —Lanzó una risita, y Kaiden solo podía verla a ella, oírla a ella—. Diría que falta la pregunta más importante, así que… ¿Quieres casarte conmigo?

—Oh, joder, Rain.

Sin aliento y con las manos temblando, el chico se echó adelante para tomarla del rostro y besarla en la boca. Ella respondió con dulzura, y se separó demasiado pronto, sacando la joya de su caja y diciendo:

—Imagino que eso es un sí, así que… ¿Me permites tu mano?

—*Tha* —masculló Kaiden con el corazón en un puño—. Joder, Rain. *Gu sìorraidh is gu bràth*. Siempre.

Lluvia se echó a reír. Le tomó la mano y le puso el anillo. Estaba frío, pero le sentaba bien.

—Vale, prometido mío, no he entendido nada de lo que has dicho —comentó, divertida, y él resopló.

—Otro día te lo traduzco —replicó, y la besó otra vez, con fervor.

Miércoles 25 de diciembre: Confesiones navideñas

Charles no estaba sorprendido con el giro de los acontecimientos. Siempre había sabido que los chicos se querían con sinceridad, de verdad, y la edad tenía poca importancia. Oh, suponía que tendrían peleas y desavenencias, en algún momento, pero lo suyo era más firme que lo que tenían muchos adultos que había conocido.

Era bonito verlos enamorados. Hacía lo posible por no echar un vistazo con «sus otros ojos», pero no hacía falta ser empático para ver los gestos tiernos, las miradas atentas o los distraídos besos. Orbitaban el uno alrededor del otro. Eran adorables.

También Luka había sido adorable. Necesitó unos minutos para procesarlo, porque en su cabeza sus padres ya estaban juntos, pero bastó con decir que un día habría una boda, y que una boda era una fiesta, para que el niño se pusiera a chillar de contento. Y Mike había puesto una mueca de «¿pero estáis todos locos?», pero se había callado.

La más preocupada era Talya, para la que aquello resultaba… raro. Bueno, no todos los días se ve a un par de chavales comprometerse. Pero lo cierto es que la mujer no había visto la relación que tenían, ni lo mayores que eran.

«Con suerte, tendrá tiempo para verlo», pensó Charles con una sonrisa.

—¿Pa? —la llamó su hija, y el hombre se volvió, con las manos ocupadas en terminar de limpiar las tazas del chocolate—. ¿Estás ocupado?

—Para ti, nunca —respondió él, y vio que traía un libro y parecía nerviosa—. ¿Estás bien?

—Sí, solo… —Lluvia se mordió el labio inferior, y su padre, preocupándose, cerró el grifo y cogió un trapo para secarse las manos—. ¿Es mal momento para hablar sobre mi futuro?

—Ese siempre es un tema interesante. Cariño, ¿qué te pasa?

Charles se giró y le puso una mano en el brazo, un gesto de afecto y apoyo para demostrarle que estaba para lo que hiciera falta.

—¿Crees que las personas con habilidad deberían dedicarse a trabajar en torno a ella? Mamá lo hace, y tú también. Si no hubieras sido empático, te habrías dedicado a otra cosa, ¿verdad?

—¿Eso crees? —rio Charles, y le indicó la mesita de la cocina para que pudieran sentarse y hablar cómodamente; ella lo hizo, asintiendo con lentitud, pero parecía muy tensa y apretaba el libro contra su pecho.

—¿Me equivoco?

—Bueno, en mi trabajo menos de la mitad de los agentes son empáticos.

—¿Hubieras trabajado en lo mismo a pesar de no serlo? —insistió su hija, mordiéndose el labio—. Pensé que… lo hacías porque podías ayudar a las personas con tu habilidad.

El hombre lo pensó detenidamente. Como sucedía con la mayoría, sus primeras opciones en cuanto al futuro se habían basado en su poder, y, también como muchos, tenía la suerte de haberse sentido motivado por alguna de ellas. Charles tomó la mano de Lluvia con gentileza.

—¿No quieres dedicarte a las plantas, cariño? —preguntó.

—Son mis amigas, no mi trabajo… —respondió ella, apartando la mirada.

—Me parece bien.

Lluvia dio un respingo, evidentemente cogida por sorpresa.

—Pero no dije lo que… —La chica sacudió la cabeza, desconcertada—. ¿No te enfada que no quiera dedicarme a las plantas? Yo… He estado toda la vida con ellas, y siempre he estado a

gusto a su lado. Forman parte de mi día a día, y… simplemente no puedo asociarlas al trabajo, y… ¿En serio te da igual?

—Completamente —rio Charles—. ¿De verdad es esto lo que te preocupa? Cariño. Tienes que dedicarte a lo que tú quieras, no a lo que opinen los demás, o a lo que te digan por tu habilidad. ¡Qué tontería! Uno de mis compañeros del colegio, empático también, es piloto. ¿Qué tiene que ver? Nada.

Tímidamente, su pequeña, que ya no lo era tanto, dejó el libro sobre la mesa y lo deslizó hacia él. El título rezaba: Psicología para principiantes.

«Oh, entiendo», pensó el hombre.

—Siempre me gustó cómo veías a las personas y cómo querías ayudarlas —musitó Lluvia—. Siempre quise ser como tú, y, debido a cómo soy, también comprender más a las personas y ayudar a otras que pasen por lo mismo que yo.

Le brillaban los ojos, pobre criatura. Siempre había tenido algún problema para expresar sus sentimientos más profundos. Formaba parte de su condición, suponía Charles, y sonriendo le acarició la mano.

—Mi vida, me parece muy loable que quieras dedicarte a ayudar a la gente —aseguró—. Pese a tus propias reservas, ¿sabes?, siempre se te han dado muy bien las personas. Eres empática aunque no tengas ese poder, y sabes tratar a los demás y darles lo que necesitan.

—Pero soy muy directa —replicó ella, mordiéndose el labio inferior—, y sé que a las personas eso no les gusta. Es más fácil con las plantas, son siempre claras y simples, pero hay gente como yo, que son un poco como las plantas, y quizá… No, *quizá* no. Necesitan ayuda para sentirse bien con lo que les rodea. No todos son tan afortunados como yo.

—Oh, bueno, supongo que tu madre y yo hemos conseguido formar un ambiente lo bastante cómodo, ¿no es verdad?

Habían hecho cuanto habían podido para conseguirlo, con sus limitaciones y sus trabajos. Quizá su poder había ayudado, porque le había permitido entender un poco más las emociones de una niña que no funcionaba como el resto, pero no había sido solo eso. Charles estrechó los dedos de su hija.

—Nosotros también hemos tenido mucha suerte —aseguró—, igual que las personas, presentes y futuras, que puedan contar con tu ayuda.

Lluvia comenzó a desbordarse y derramó las primeras lágrimas. Mientras ella agradecía a media voz, el hombre cambió de asiento para ponerse a su lado y pasarle un brazo sobre los hombros.

—Ya, ya, cariño —susurró, acariciándole el pelo—. Estoy muy orgulloso de ti. Y también muy contento. Vas a ser estupenda.

Martes 31 de diciembre: Uvas en Año Nuevo

Como la cena de Navidad fue en casa, convinieron reunirse en la residencia, como todos los años, para celebrar el Año Nuevo con amigos y vecinos. Era algo bastante normal, en la experiencia de Talya; es como lo habían hecho casi todos los años desde que comenzó a verse con Héléna, y la única excepción había sido el año anterior, cuando supusieron que sus dos nuevos niños —esos que iban a marcharse en poco tiempo— no estarían cómodos con aquel barullo.

Parecía haber pasado una eternidad de aquellas decisiones, de aquel evento en sus vidas. Luka había hecho amigos en la guardería, y, como todos los pequeños estaban recogidos, se dedicaba a hacer presentaciones y parlotear para que Sonja estuviera cómoda.

Sonja —su pobre niña— no hablaba, pero parecía estar a gusto con él. Un poco abrumada, tal vez. De vez en cuando miraba alrededor para buscar a su hermano, o a su madre, o a uno de los perros. Coco, el que parecía un enorme y peligroso rottweiler, estaba siempre listo para dejarse abrazar. Era un animal precioso y sereno que tan buen punto jugaba con los demás como se plantaba entre Sonja y cualquier cosa que la estuviera abrumando.

Había otros perros por allí, aunque no muchos. Un puñado de niños, algún muchacho, muchos adultos. El español era la lengua que se hablaba, y Talya se sentía un tanto fuera de lugar, pero se contentaba con ver que Mike no se despegaba de Kaiden, y que este le había presentado a sus amigos.

Charles pululaba por todas partes, completamente en su salsa. Sandra, en cambio, permanecía cerca del rincón de los niños, vigilando a su pequeño, que tenía dos años y era igual de sociable que Sonja. La mujer hablaba, y parecía contenta de hacerlo, pero no tenía problemas con guardar silencio durante un rato, observando a los críos.

Por supuesto, puede que estuviera teniendo interesantes conversaciones con los perros dentro de su cabeza. A Talya siempre le había parecido un poder precioso. Ella, en cambio, no tenía mucha mano con los animales, aunque siempre había querido tener un loro, quizá porque podía enseñarle a vocalizar.

Suspiró, sintiendo un denso cansancio al recordar que una vez estuvieron a punto de comprar uno. Héléna había estado llena de ilusión ante la idea. Podría hacer compañía a los niños, y le enseñarían a decir cosas bonitas, y pondrían perchas y cuerdas por todas partes para que pudiera desplazarse a placer. Había estado dispuesta a todo.

Casi.

Habían dejado el asunto con la llegada de Curtis, y nunca lo retomaron. En aquel momento, lo agradecía. Había sido muy difícil pelear por la custodia de tres hijos; no hubiera querido sumarle una mascota.

Alguien al micrófono avisó de que era la hora. El ruido bajó mucho de intensidad, y todo el mundo se volvió hacia el reloj que coronaba la puerta al jardín. Al otro lado del cristal se veían caer los copos de nieve; eran falsos, una ilusión, pero le daban al fin de año un toque muy especial.

Sonaron los carrillones. Había gente con cuencos de uvas, pero otros tenían lacasitos, gominolas o pipas. Talya, que encontraba aquella tradición rara y divertida a la vez, había elegido la versión más purista, y llevaba uvas peladas y sin pepitas. Se sintió extrañamente

emocionada cuando sonó la primera campanada y se metió la primera fruta en la boca.

Cuando llegó a la sexta, ya no conseguía tragar. A la novena, se echó a reír.

No logró tomarse las doce uvas ni de lejos, pero reír, disfrutar, presenciar el súbito alarido de júbilo de todo el mundo, eso la hizo sentir viva, plena. Feliz. Vio a Charles abrazar a su mujer, los niños despertar de un susto, Kaiden con las manos sobre los oídos de Lluvia, protegiéndola del estruendo y besándola a la vez. Algunos se acercaron a ella con abrazos y felicitaciones, y, aunque no entendía la lengua, sonreía.

Le vibró el bolsillo. Cogió el teléfono pensando en Adèle, su hermano Nadir, o incluso sus padres. Pero no. El nombre en pantalla era uno que todavía no había tenido valor de borrar, por los niños, se decía, pero también por sí misma. No obstante, fue la primera vez en semanas que realmente se sentía capaz de responder.

Miró alrededor y después salió a la recepción de la residencia, descolgando.

—Hola, Héléna —saludó con un suspiro en el neendarlés que había comenzado a añorar.

—Talya —musitó su exmujer al otro lado de la línea—. Oh, amor.

—Feliz año.

—Sí.

Héléna respiró profunda, temblorosamente, y Talya creyó que estaba llorando. Apretó el teléfono entre sus dedos.

—Me he equivocado —susurró la mujer justo cuando estaba a punto de decir algo, lo que fuera—. No tendría que haberlo hecho. He sido una tonta.

—Todos cometemos errores —respondió Talya, aunque dudaba que hubiera reparo para todo lo que había sucedido.

—Sí. Tienes que venir a recoger a Curtis.

—¿Curtis? ¿Está bien?

—Echa de menos a su mamá, y yo… Creo que estará mejor contigo. Sí. He cometido un error. Estará… mejor… contigo.

—Héléna, ¿qué dices? ¿Qué te pasa? ¿Héléna?

}.{

A más de mil seiscientos kilómetros de distancia, el teléfono se deslizó entre los dedos de Héléna y cayó al suelo. La mujer yacía tendida en la cama mientras su hijo de cinco años lloraba al otro lado de la puerta, asustado por el ruido, necesitando a su madre.

Ella no podía levantarse. La cabeza le daba vueltas y le pesaban los párpados. Había blisters de calmantes y antidepresivos en la mesita de noche, sobre la colcha, en el suelo. No sabía cuántos había tomado.

El dolor en su pecho no se había ido. Tampoco su rabia. Pero ahora se daba cuenta de que se había equivocado. Estaba dejando solo a Curtis. Solo esperaba que Talya llegara pronto para recogerlo.

Viernes 3 de enero: Firma y custodia

Charles llegó a Bruselas el jueves dos de enero, tras una preparación a toda prisa y un viaje más rápido aún. Para entonces, Curtis ya había pasado dos noches en una casa de acogida y no lo reconoció cuando fue a verlo, así que pasó la tarde con él, ganándose su confianza, y prometiendo volver pronto.

A la mañana siguiente, con dolor de cabeza y ganas de volver a casa, Charles acudió al psiquiátrico Jerome Renard a visitar a la mujer que llevaba días ingresada.

Héléna estaba muy desmejorada, y no parecía que se debiera al abuso de pastillas de los últimos días. Se había cortado el pelo, que llevaba desarreglado, tenía profundas ojeras y había perdido más que unos pocos kilos. Demacrada y de aspecto cansado, se sentaba erguida frente a la mesa blanca, junto a la ventana, y no miró a Charles hasta que él se sentó al otro lado. Entonces se volvió.

—Carlos —saludó con un suspiro.

—Héléna —respondió él, sintiendo compasión, por lo menos, si no simpatía—. ¿Cómo estás?

—Mejor. El lavado de estómago no fue bonito, pero era necesario. Ahora controlan todo lo que como y todo lo que tomo, y me están evaluando. Pero seguro que eso ya lo sabes.

—He hablado con tu médico.

—Y yo también, cuando me dijo que mi visitante era un hombre. Talya no ha venido.

—Parecía más apropiado que lo hiciera yo. De todos modos, un empático tenía que examinar a Curtis, y a mí me conoce.

—Apenas. —Héléna suspiró—. Perdona. Hace tiempo que estoy tan… tan enfadada. Es lo más apropiado, desde luego, hay que pensar en Sonja, pobrecita, y en Mike. Pero se lo llevarás, ¿verdad? Curtis estará con su madre.

—Sí, es lo más seguro.

—Bien. Es donde debe estar, ¿sabes? Con Talya, y con sus hermanos. Echa mucho de menos a sus hermanos. A veces pienso que debí haber luchado por ellos, pero entonces pienso en esa noche, y me preocupa que hubiera pasado lo mismo. No lo creo, pero me preocupa.

—¿Quieres hablar de ello?

—Ya lo he hecho, y lo haré muchas más veces antes de que me dejen marchar. —La mujer encogió los hombros y se pasó la mano por el revuelto pelo rubio—. No estaba intentando… Es una palabra muy fea. No intentaba matarme. No quería acabar con todo. Por Dios, tengo… tenía… un niño pequeño. No *pretendía* dejarlo solo. Era Año Nuevo y estaba sola, me sentía triste y abandonada y muy enfadada, y las pastillas me hacían sentir mejor.

—¿Has ido a terapia antes de esto?

—No. No pensaba que me hiciera falta. Está claro que sí, y voy a seguir yendo. Quizá un día…

Héléna pareció atragantarse. Cerró los ojos, dolida, y respiró hondo. Charles no pudo evitarlo y le cogió la mano por encima de la mesa. Ella lo miró y sonrió ligeramente.

—Sé que, para recuperar la custodia de los niños, Talya tendría que hacerlo muy, muy mal —dijo—. Y ella no lo hará mal. Es una gran madre, una gran mujer y una gran esposa. Tal vez, cuando me recupere, por lo menos pueda recuperar el contacto con ellos. ¿Crees que sería

posible?

—Tal vez. Es algo que tendréis que hablar vosotras, y también los niños, pero no creo que el círculo de acogida ponga ningún reparo.

—No, es cierto. No se puede ser ex-madre. Se es, o no.

—Eso es. Quizá podáis arreglar vuestras diferencias, por lo menos para tener una relación cordial.

—Quizá. Me gustaría. Tal vez, ¿sabes?, tal vez, si me pongo mejor, podamos recuperar lo que teníamos. La echo mucho de menos. Nunca debimos habernos separado. Todo fue tan absurdo, tan tonto. Escaló y no supe cómo pararlo, pero, quién sabe, quizá ahora, con la terapia… Puede que todos la necesitemos.

—Una buena terapia nunca está de más. —Pero Charles dudaba que aquella relación tuviera arreglo—. Héléna, necesito que firmes estos papeles para confirmar que renuncias a la custodia de Curtis.

—Ah, claro, sí. Por supuesto.

La mujer leyó solo por encima antes de firmar. Tenía en mente la seguridad y el bienestar de su hijo, y eso era muy loable. En aquel momento, era más importante que Curtis volviera con su familia, en lugar de esperar en una casa de acogida a que ella se recuperara. Nadie sabía cuándo sería eso. Lo que había hecho, a consciencia o no, era muy serio, y en el círculo de acogida no estaban seguros de querer mantener a un niño a su cuidado, en especial uno tan pequeño y tan vulnerable.

—¿Cuándo te vas? —le preguntó al devolverle los papeles.

—Es posible que hoy mismo. Haremos noche en Madrid, y por la mañana veremos si cogemos otro avión a Albacete o nos van a buscar en coche.

La mujer lo miraba con extrañeza mientras el hombre se aseguraba de que todo estuviera firmado.

—Lo sé, está todo un poco en el aire —comentó él con una sonrisa, guardando los papeles—, pero es lo mejor que hemos podido hacer. Irá bien, Héléna. Solo tienes que preocuparte de tu recuperación, ¿de acuerdo?

—Pero no entiendo. ¿Albacete? ¿Madrid? Pensaba que ibas a llevarlo con Talya.

—Así es. Talya y los niños han pasado las vacaciones con nosotros, en Liétor. Ya sabes cómo se lleva con sus padres, y prefirió pasar la Navidad entre amigos.

—Pero…

La mujer se quedó callada. Charles casi pudo ver los engranajes de su cabeza haciendo conexiones, y tardó un segundo más de la cuenta en comprender su error. Lo supo cuando los ojos azules de Héléna, tan dulces y cansados, se endurecieron como el acero.

—Kaiden —espetó entre dientes, con tanto asco que Charles sintió un retortijón.

—Claro —respondió, no obstante, e intentó hacerle ver el punto de vista de Talya—. Las cosas en el colegio no estaban yendo bien y los niños no estaban haciendo amigos, precisamente; la relación con sus abuelos tampoco es buena. Talya decidió llevarlos de vacaciones a alguna parte donde se sintieran un poco más recogidos.

—Podría haberlos traído a casa. Podrían haber venido. Se lo dije. Le dije que volvieran a casa.

—No lo sabía, pero tienes que entender que ha sido una separación difícil para todos, Héléna.

—Oh, sí, claro, pero coge y lleva a *nuestros hijos* con ese *templario*.

—Héléna. —Charles se puso firme—. Eso que dices es muy cruel, y lo sabes. Kaiden…

—Ese mocoso os ha engañado a todos. ¡A todos! —La mujer se levantó airadamente, y él se

puso en pie—. ¡Sois unos idiotas! ¡Mis niños! ¡Mis niños están con ese bastardo, y a todos os parece bien! ¡¿Os parecerá bien cuando se deslice por las habitaciones y les corte el cuello?!

—¡Héléna!

—¡No lo voy a consentir! ¡No lo quiero cerca de mis hijos! ¡Trae!

Trató de robarle la carpeta, pero Charles retrocedió, y el celador rodeó a la mujer con sus brazos, impidiéndole moverse. Ya había perdido los estribos. Gritando y pataleando, exigía que le devolviera los papeles, porque no consentiría que Curtis se fuera a España. Cuando el hombre salió de allí, lo hizo oyendo insultos contra él, contra Kaiden y contra Talya.

Decidió que lo mejor para todos era no hablar de aquel altercado. Héléna no estaba bien… No lo había estado desde hacía mucho tiempo. Quizá, con la ayuda adecuada, mejoraría por fin.

Viernes 3 de enero: Culpa

—¿Seguro que estarán bien?

Sandra sonrió con paciencia, sin apartar la mirada de la carretera ni las manos del volante.

—Perfectamente, Talya —aseguró a la angustiada madre—. Lluvia sabe cuidarse, Kaiden es independiente, los dos se ocupan de Luka, Mike es mayor para su edad, y Sonja nunca da un problema. Podemos confiar en que puedan pasar una noche solos. Mañana a estas horas estarás con ellos, y con Curtis, además. ¿No tienes ganas?

—Ay, Dios.

La mujer volvió a mirar al frente, retorciéndose los dedos. Hacía apenas media hora que habían salido de Liétor, pero ya estaba oscureciendo. Los niños se quedaban atrás, y ellas iban a pasar la noche en Madrid. Cuando llegaran al hotel, Talya podría abrazar a su hijo después de meses sin verlo.

Héléna había intentado suicidarse.

Talya no podía quitárselo de la cabeza. Había vuelto a llamar a su ex-mujer tres veces, y luego a su agente de acogida en Bruselas para que lo intentara también. Eran las tres de la mañana cuando le informaron de lo que había pasado, y las cuatro cuando le dijeron que Curtis estaba en una casa temporal.

Y llegaría a Madrid en dos horas.

No dejaba de dar vueltas a muchas cosas. Curtis llorando mientras su madre se dormía rodeada de pastillas. Héléna, tan sola, tan rota que había pensado en quitarse la vida. Sus padres en Turquía, reprobando sus decisiones, todas ellas, incluídas las de adoptar en lugar de parir. Sonja, que había empezado a susurrar al oído de personas en las que confiaba. Mike, su autoestima resurgiendo al volver a estar con su mejor amigo, su hermano mayor.

Algo rozó su mano, y Talya vio que Sandra le pasaba un pañuelo. Avergonzada, lo cogió y se secó las lágrimas.

—No puedo más —musitó.

—Claro que sí —aseguró la otra mujer—. ¿Por qué no me hablas de tu trabajo?

—¿Qué?

—Bueno, es uno de mis temas favoritos, aunque sé que no pasa lo mismo con los demás.

Talya lanzó una risita húmeda y temblorosa.

—Tengo un trabajo administrativo del círculo logístico —le recordó a su amiga—. No es muy interesante.

—Pruébame.

—Oh, bueno.

Sandra la distrajo pidiéndole que hablara de su trabajo y de su último encargo antes de las vacaciones, y después le contó anécdotas sobre el establo, los animales, sus propias querellas y cómo los trabajadores tenían que solucionarlo. Siseó ante la mención de la pesadilla, y se admiró al saber que no era cosa de niños aquello de que Kaiden «la había domado».

Y así pasaron las horas de viaje, y llegaron a Madrid sin más llanto, sin pensar en Héléna, sin preguntarse qué debía hacer o cómo debía hacerlo. Así, con la mente calmada, tuvo las ideas mucho más claras.

}.{

Eran las once pasadas cuando sonó el teléfono de Mike. El niño estaba medio dormido en el sofá, pero se levantó en el acto para coger el aparato y mirar. Su expresión lo decía todo.

—Está bien, ya lo tienen —suspiró con absoluto alivio—. Dios.

Ese alivio barrió las defensas tras las que el muchacho se escudaba: ser fuerte por su madre, por su hermana, ayudar en lo posible, no ser otra cosa de la que preocuparse. Ahora que Talya estaba ya en Madrid, con Curtis, Mike no aguantó más.

Cuando comenzó a llorar, Kaiden le pasó un brazo por la espalda y lo atrajo hacia su hombro. Era fácil olvidar que aquel niño de ceño fruncido y anchos hombros tenía solo once años, y su madre, con la que tenía una relación complicada, había estado a punto de morir. Así que le acarició la cabeza y lo dejó tranquilizarse un minuto, siendo su apoyo y conteniendo su propio malestar.

—¿Qué tal si das una cabezada? —le propuso—. Venga, has aguantado hasta ahora. Tu madre se va a dormir, y tú también.

—Vale. Sí, vale. Lo siento. Dios. Es que… Es que yo…

—Lo sé. Todo está bien, chaval. Vamos, a la cama.

Tardó media hora en dejarlo en la cama. Era casi medianoche cuando comprobó que Luka y Sonja seguían durmiendo en su cuarto, y después fue a su habitación, donde habían dispuesto el moisés de Océano y Lluvia ya se preparaba para dormir… por fin.

—Parece que llegó la paz —suspiró Kaiden, acercándose a ella para acariciarle la nuca—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien —aseguró ella—. Me preocupa más cómo vaya a afectar todo esto a los demás. Y a ti. Esa cosa llamada «culpabilidad» es fácil de ver en tus ojos; te sientes responsable de lo que pasó, en parte.

Al chico le hubiera gustado negarlo, como se lo había negado a Mike cuando este, con los ojos vidriosos y expresión perdida, había musitado que si hubiera respondido al teléfono de Héléna, nada de aquello hubiera pasado. Pero Kaiden no era Mike, y creía ser capaz de ver las cosas con un poco más de perspectiva.

—Todo se vino abajo porque yo llegué —dijo en voz baja—. Y ahora una mujer se ha quedado tan sola que se ha llenado de pastillas. Joder, Rain. Sé que no se las he puesto en la mano, ¿vale? Y sé que se ha quedado sola por sus propias decisiones. Pero, mierda.

—Solo fue el detonante de un problema que ya existía.

—Lo sé, ya lo sé. —Kaiden suspiró, se frotó la cara y después abrazó a su novia… su prometida—. Intento no pensar en ello.

—Lo lamento si he sido yo quien te lo ha hecho recordar. —La chica le devolvió el abrazo —. Solo estaba preocupada.

—Ya lo sé, tonta. Estoy bien. —La besó en la frente—. Estamos bien.

}.{

Eran las doce cuando llegaron a casa, con su familia, pensó Talya al mirar por la ventanilla. Sabía que aquellos dos edificios con el jardín entre medias no eran suyos, pero se sentía más en paz al regresar allí que al volver con sus padres.

La puerta se abrió y uno de los perros, Rayo, salió disparado antes incluso de que lo hiciera Mike. Su hijo fue tras él, mirando con ansiedad al coche, y la mujer sonrió con cansancio.

Acarició el pelo de Curtis, que permanecía sentado en su regazo, mirando solo de refilón

mientras se abrazaba a su cuello. Si había tenido alguna duda, se esfumó al ver salir también a Sonja, mover la boca como si hablara con alguien. Kaiden le acarició la cabeza y fue a saludar a Charles, que ya había salido.

Talya se tomó un momento más para cerrar los ojos y respirar hondo, porque sabía que se venía una odisea de papeleo. Debería volver a Turquía para empacar y recuperar sus cosas. Iba a necesitar una casa, o un apartamento. No conocían el idioma, por Dios. ¡Y el trabajo! Sería su segundo traslado en un año. No sabía nada de las oficinas locales. ¿Había una en Liétor? ¿Tendría que ir a Albacete?

Pero estaba bien. Mudarse a España, se dijo, era la decisión correcta. Compuso una sonrisa, le hizo cosquillas a Curtis y salió del coche con él en brazos, y rápidamente se vio envuelta en el fuerte —pero controlado— abrazo de su hijo mayor.

—Ya estoy en casa —dijo la mujer con dulzura—. Y también tu hermanito.

Miércoles 8 de enero: Primer día

La odisea afectó a todo el mundo, incluyendo a los Aldana. Charles fue a Turquía con Talya para recoger sus cosas y calmar los revueltos ánimos, y Sandra comenzó el papeleo para el semi-apartamento y el colegio de los niños. En cuanto a los jóvenes, comenzaron un intensivo de español a lo grande.

Mike se iba a dormir cada noche con dolor de cabeza, por eso y por muchas otras cosas. El idioma, los nervios, enfrentarse a lo desconocido, una casa nueva, clases, compañeros. Pero no estaba del todo solo, se recordaba. Tenía a su madre, y a sus dos hermanos, de nuevo. Y tenía a sus amigos.

Era el día siete cuando pasaron la primera noche en la residencia, en el apartamento que sería su casa de ahora en adelante. Al día siguiente, muy temprano por la mañana, él y Sonja estaban en la parada del autobús, con Lluvia y con Kaiden. Curtis, Océano y Luka se quedaban en la guardería y con Charles; Talya se iba a Albacete, donde tenía una entrevista con su posible nuevo jefe. Tendría que comprar un coche.

Mike no podía pensar en eso cuando subió al autobús y comenzó a notar pinchazos en el estómago. Kaiden se sentó con él, le frotó la espalda y le habló de su primer día. Ya lo había hecho antes, pero le sentó bien escuchar sus historias, sus anécdotas, y sobre todo cómo se había enfrentado a ellas.

El niño no tendría las mismas dificultades, además. Él había nacido en Santuario, y no tenía un pasado oscuro como su amigo. Solo eran nervios, nervios completamente normales de alguien que había cambiado de vida dos veces en menos de año y que ahora se enfrentaba a un colegio nuevo lleno de gente nueva, y sin saber nada del idioma salvo «gracias» y «lo siento, no entiendo».

Cuando llegaron, el conserje llevó a Mike y a Sonja con el secretario, y este con el director, que los saludó con entusiasmo, dándoles la bienvenida y sus nuevos libros, todos en inglés para que pudieran seguir las clases mientras aprendían a defenderse en español.

Iba a ser muy, muy difícil. Eso lo sabían todos. Pero también era para bien, se recordaba Mike: para tener un hogar, tener paz, estar seguros, tranquilos. Estar lejos de los insistentes abuelos… y de lo que había pasado en Bruselas.

El niño tuvo que dejar a su hermana sola en su clase, sintiéndose desleal y cruel al ver cómo Sonja lo miraba con ojos desesperados mientras su profesora la tomaba de la mano para entrar en el aula. Después, él mismo tuvo que enfrentarse a una puerta cerrada, y el secretario, el señor Membrado, fue el que llamó con los nudillos. Sabía que Kaiden no había tenido que enfrentar aquella vergonzosa situación, pero, claro, él no había llegado con el curso empezado.

Su profesor de sociales abrió y lo miró con una sonrisa.

—¡Ah, aquí estás! —saludó en el exótico inglés de los españoles—. Te estábamos esperando. He avisado a los chicos de que llegaba alguien nuevo y están emocionados. Vamos, entra; te aseguro que no muerden.

Mike sentía un insistente dolor en el centro del pecho cuando lo siguió al interior del aula. Le quemaban las orejas y sentía las manos sudorosas. Mantuvo la vista en el suelo, y el profesor —¿cómo se llamaba?— lo plantó delante de sus nueve compañeros y explicó algo en español, posiblemente quién era y que no entendía una palabra del idioma.

Como si se hubiera pinchado, un niño de la primera fila levantó el brazo. Tenía el pelo completamente blanco y los ojos grises. Puede que aquellos rasgos no fueran del todo raros en Santuario, pero no dejaba de llamar la atención.

El maestro, con una sonrisa paciente, le indicó que hablara.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —preguntó el chico, y lo hizo en inglés, con lo que Mike prestó más atención.

—Por supuesto —asintió el profesor en el mismo idioma.

El niño albino lo miró con una enorme sonrisa.

—¿Dónde has vivido? —comentó, y acto seguido—: ¿Qué idiomas hablas? ¿Te gusta la idea de estar aquí? Ah, perdón, eso fue más de una…

De inmediato, Mike pensó que le gustaba ese niño, y no solía pasarle. No lo miraba como al chico nuevo, sino como a alguien interesante. Avergonzado, tartamudeó y luego consiguió decir:

—Bélgica, inglés y neerlandés, y sí.

—¡Neerlandés! No he oído nunca ese idioma. ¿Cómo se dice «encantado de conocerte»?

—Um. *Aangenaam kennis te maken*. Bueno, *aangenaam* para abreviar y eso.

El niño se frotó el pelo y después lo miró, diciendo:

—*A… aege… aegenam*. ¡Soy Álvaro!

Definitivamente, pensó, le caía bien. Y con una torpe sonrisita, él respondió:

—Mike. Un placer.

}.{

Por deber y por lealtad, Kaiden quiso ir a recoger a Mike para el recreo, porque era un niño nuevo en un colegio nuevo y sin saber el idioma. Tenían que hacer lo mismo por Sonja, a la que se le sumaba su naturaleza tímida, pero, puestos a elegir, el chico prefirió no acercarse a la clase de ocho años. Si cundía el pánico, mejor que fuera entre los que ya eran un poco mayores.

Lluvia fue a recoger a Sonja. Él, como estaba previsto, se detuvo en el pasillo frente al aula de los de once, y en seguida vio salir a Mike, cuya cabeza sobresalía entre las de sus compañeros por un palmo, por lo menos. Era alto para su edad, pero seguía siendo un niño.

Con cierto reparo, Kaiden levantó la mano a modo de saludo, procurando no hacer movimientos bruscos. Llevaba ya un semestre en Cetro, y todo el mundo le conocía la cara, por lo menos, pero aun así prefería no darle un susto a nadie, muchas gracias.

Un crío albino estaba a su lado, y vio al chico que esperaba fuera antes de volverse hacia Mike.

—Tío —dijo, lo bastante alto para que Kaiden lo oyera—. ¿Eres amigo del ex-templario?

El escocés sintió un pinchazo en el estómago.

—Ya ves —respondió su amigo—. ¿Quieres… um…?

—¿Puedo conocerlo?

Había emoción en la voz del niño, y el… sí, ex-templario… se sintió raro. Mike encogió un hombro —un gesto que había adoptado de Kaiden— y luego fue hacia él. Lo hizo sin ninguna vergüenza, aunque el chico casi lo había esperado. No era lo mismo ser su amigo en privado que en público, suponía.

—¿Qué hay? —le preguntó, no obstante, cuando llegaron hasta él—. ¿Cómo va el primer día?

—Buff —resopló Mike.

—Sí, me suena.

El albino, que no aparentaba once años sino como mucho nueve, alzó las cejas y tendió la

mano a modo de saludo.

—Hola, soy Álvaro —se presentó, sonriendo animadamente—. El… ¿segundo…? Amigo de Mike.

—Kaiden —respondió el escocés, estrechándole la mano—. Qué bien, amigos ya.

—Ah, y tendrá dos más si quiere acompañarme —comentó el tal Álvaro, para nada incómodo—. Mis amigos son lo mejor.

—Ya veo. —Kaiden miró a Mike—. Bueno, le he pedido a Lluvia que vaya a recoger a Sonja. Si quieres, podemos ir a buscarla y luego os vais los dos.

—Um… —El chico miró a su nuevo amigo, dudando.

Álvaro movió las manos.

—No, no quiero hacerte elegir bando ni nada —aseguró—. Otro día podemos quedar todos juntos, si os parece bien. —Sonreía como si le encantara la idea, y Kaiden, igual que Mike un poco antes, decidió que el niño le caía bien—. Además, tengo que conocer a la hermanita, seguro que es adorable.

—Sí que lo es —asintió Kaiden—. Vamos a buscarla.

Viernes 14 de febrero: San Valentín

Aquel primer mes del nuevo semestre fue una odisea, y los chicos no tuvieron mucho descanso, precisamente. Entre las clases y los deberes, las visitas al establo, los perros, los niños… y el español, de nuevo, aprendiendo el idioma o ayudando a aprender, lo cierto es que el tiempo libre era un bien escaso.

Pero se apañaron. Mike hizo amigos, para sorpresa de todo el mundo, y Talya consiguió un trabajo en Albacete. Curtis, sumido en un mutismo todavía más cerrado que el de Sonja, comenzó a jugar y a sonreír, aunque no hablaba, y la niña, encontrando un cierto sosiego en tener a su hermano pequeño con ella otra vez, comenzó a comunicarse con más facilidad y encontró apoyo en algunas niñas de su clase, que protegían a fuego y espada su necesidad de sosiego.

Juntos, trabajando sin parar, superaron enero y llegaron a febrero.

Era el día catorce, y Kaiden se sorprendió dándose cuenta de que era su primer cumpleaños en Liétor. Habían pasado muchas cosas desde el anterior… y todavía más desde el anterior a ese.

Hacía dos años había querido pedir un teléfono móvil, recordaba, un contacto con sus padres o con Luka. No lo había hecho, porque había «algo» en casa, algo preocupante, algo con las máquinas. Y luego…

Sacudió la cabeza, se giró en la cama y abrazó a su chica. Todavía quedaban cinco minutos para que sonara la alarma. Ella se despertó de todos modos y abrió lentamente los ojos.

—Hmmm, hola… —saludó, soñolienta—. ¿Ya es la hora?

—Todavía no —respondió Kaiden, besándola en la frente—. Perdona. Tengo que aprender a salir de la cama cuando me despierto.

Lluvia rio por lo bajo, negando.

—No, qué va —musitó—. Eh, Kai.

—¿Mmm?

—Feliz cumpleaños, tontorrón.

El chico encogió un hombro y besó los sonrientes labios de su novia.

—Gracias. Me siento raro.

—¿Por ser mayor que yo durante menos de veinticuatro horas? —bromeó ella.

—Son unas horas muy raras. —Kaiden movió la cabeza y abrazó a la chica—. Estaba pensando en el cumpleaños de antes de todo esto. La locura había empezado, pero no lo sabía.

Lluvia le acarició la espalda suavemente.

—Qué diferente a ahora, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. —Pensó en lo inestable del año anterior, incluso estando ya en Santuario, saltando de una casa a una residencia, sin saber dónde iría a parar—. Todo ha cambiado. Menos tú.

Ella sonrió de nuevo. Fue una sonrisa dulce, derretida.

—Y eso no cambiará —prometió.

Sonó la alarma, y con ella llegó el principio de la jornada. Había que levantar a Luka, y, como era su cumpleaños, Kaiden se dejó abrazar y besuquear, y su hermanito —su hijito— le dio un par de piedras que llevaba dos semanas escondiendo en el cajón. El chico se prometió comprar una cajita para guardarlas todas.

Mike casi le rompió la espalda al felicitarlo con un manotazo y una sonrisa guasona. Sonja le

dio un tierno abrazo. Sus amigos se hicieron los interesantes, porque de todos modos «se celebra mañana», pero a la hora del recreo Pablo le dio un libro sobre la historia de las artes marciales de oriente, Silvia le regaló un brazalete de cuero con motivos celtas, y Valentino lo sorprendió con unos cupcakes caseros.

—¿Qué? —dijo el chico con un teatral encogimiento de hombros—. Estoy lleno de sorpresas.

—¿Seguro que no es venenoso? —preguntó Kaiden.

—¿Qué? ¡No!

—No le habrás echado sal en lugar de azúcar.

—Guapo, mis cupcakes no llevan azúcar. Son sanísimos.

Llevaban azúcar a toneladas, pero estaban muy buenos.

Volvieron a casa por la tarde, pero no había ni niños ni perros: Charles y Sandra se los habían llevado para darles a los chicos, por lo menos, un par de horas a solas.

—Me siento como un señor de cuarenta que de pronto se toma un día libre —confesó Kaiden, mirando el comedor vacío y en silencio.

Lluvia se rio, echándole una divertida mirada.

—Lo parece, es verdad —aceptó, bromista—. ¿Cómo hemos acabado viviendo una vida de viejos?

—No lo sé, ha sucedido sin más. —El chico sacudió la cabeza—. ¿Preparo un té?

—Claro, y de paso voy a por tu regalo de señor entrado a los cuarenta.

—Ay, Dios. Rain. ¿Por qué?

—Porque es tu cumple —rio ella.

—No hacía falta. —Se acercó y la besó—. Gracias.

—No es… No es para tanto —aseguró Lluvia, sonriendo levemente—. Ahora vengo.

A Kaiden le valía si era una piedra como la de Luka. Sacudiendo la cabeza, conectó el hervidor y preparó el té. Para cuando lo estaba sirviendo, la muchacha regresó con una caja en brazos. El escocés volvió a besarla en cuanto la tuvo a mano.

—Gracias —repitió.

—Cuando veas lo que es —replicó ella con un mohín—. Porque no es… la gran cosa. Eres un chico de pocas necesidades. Normalmente, a tu edad se quieren muchas cosas.

—¿Ah, sí? ¿Y tú qué quieres?

Kaiden abrió la caja y encontró rápidamente un fajo de papeles cuadrados y ropa por debajo. La levantó para ver que era un pijama.

—Pues juegos y libros, nunca me canso de ellos. Pero tú eres feliz con nada y menos.

—Soy feliz con estar aquí —confesó el chico, y hundió la cara en el pijama, notando su suavidad—. Gracias. ¿Ahora sí?

Ella se rio.

—Sí, ahora sí —aceptó, dándole un beso en la mejilla—. Con ese pijama no pasarás nada de frío.

—Entonces igual debería prestártelo.

Dobló de nuevo la prenda y cogió el fajo de papeles. Era reciclado, se notaba en el tacto, pero era algo muy normal en Lluvia. Con curiosidad, el chico revisó algunos de ellos, y notó una ligera sonrisa en los labios. Eran vales: uno valía por un masaje, otro por un rato de caricias en el pelo…

—Oh, Rain… —suspiró Kaiden, enternecido.

Ella, muy roja, musitó:

—Lo sé, es muy cursi…

—Qué dices. Me encanta.

Se dijo que robaría la idea. Se acercó y la abrazó para darle un profundo beso. Ella respondió con un suspiro de alivio.

—Me alegra que… parece que te ha gustado —comentó con una risita nerviosa—. Parece que cada vez soy más cursi. El anillo, los vales…

—Eres preciosa.

—Oh, calla.

Avergonzada, quizá, o apasionada, también, Lluvia se lanzó a por otro beso, uno bastante más ferviente. Kaiden se lo devolvió con el mismo entusiasmo.

Sábado 15 de febrero: Cumpleaños

Al día siguiente, quince minutos antes de que sonara la alarma, Kaiden se sentó junto a su novia y se inclinó para despertarla con besos. Ella sonrió, todavía dormida, y alzó los brazos para abrazarlo. No sabía si estaba soñando, pero le gustaba.

—Kai… —musitó.

—Hola, *mo ghraidh* —susurró él.

Lluvia abrió lentamente los ojos, suspirando, y el chico le acarició la mejilla.

—¿Estás despierta? —preguntó.

—No lo sé… ¿lo estoy? —Ella le devolvía las caricias, y él, levantando solo una comisura de los labios, la besó otra vez.

—Pues me parece que sí.

—Entonces, me alegra.

Lluvia lo besó esta vez. Kaiden le pasó una mano bajo el cuerpo para estrecharla, recostado sobre ella, acariciándola con suavidad. Al separarse, suspiró de aquel modo especial que significaba «estoy intentando controlarme».

—Feliz cumpleaños —dijo.

—Sí, eso… —replicó la chica, preocupada por otras cosas—. Ven aquí, anda.

Lo atrajo hacia sí para volver a besarlo. Su prometido no se resistió, precisamente. Solo se distrajeron cuando comenzó a sonar el despertador.

—Ah, joder —masculló Kaiden, estirando el brazo para pararlo—. Ya voy tarde.

—¿Tarde? ¿Por qué?

—Porque hemos quedado con tus padres a las diez y ya son las nueve.

El chico se inclinó para besarla otra vez, pero luego se separó, con expresión de dolor, y fue al escritorio para traer una bandeja con el desayuno. Lluvia se sentó, ahora completamente despierta, con los ojos muy abiertos.

—Oh… —musitó—. ¿Cuándo…?

—Llevo un rato despierto —respondió él, encogiendo un hombro—. Para que desayunes en la cama y eso.

Las tortitas estaban acompañadas de un cuenco de fruta y un zumo de naranja. Había una flor de plástico en un vasito, y un fajo de papeles rectangulares, tamaño tarjeta, muy parecidos a los que ella le había dado la tarde anterior.

—¿Cómo tengo tanta suerte de estar con un chico como tú? —se preguntó Lluvia, tocando la flor con una sonrisa.

Cogió el fajo de papeles y notó que también eran vales.

—Lo sé, te he copiado —aceptó su novio.

Riendo, la muchacha se puso a buscar uno que fuera a cambio de un beso. Había varios. Sacó uno y se lo dio a Kaiden, sonriendo.

—¿Porfi? —pidió.

—Joder, Rain —resopló él, y apartó la bandeja para poder besar a su chica; ella se lo devolvió, y después le acarició la mejilla.

—Gracias.

—Un placer. Ahora come, y luego voy a despertar al crío para que venga corriendo a darte

piedras.

Lluvia asintió, divertida. Mientras ella se tomaba el desayuno, Kaiden se levantó y regresó para dejarle al lado un par de paquetes envueltos en papel verde. Ella parpadeó con sorpresa.

—¿Oh? ¿Para mí?

—A ver, Rain. ¿Es o no es tu cumpleaños?

—Sí, claro, sí, pero…

Kaiden tocó los paquetes con la punta del dedo.

—No es gran cosa —advirtió—, pero, bueno.

—Estás usando mis frases en mi contra…

Riendo, Lluvia cogió uno de los paquetes y encontró la primera expansión de los Sims, Animales a Raudales. El otro regalo, más grande y más blando, era una chaqueta de trenca.

Encantada, la muchacha se lanzó para abrazar a su chico con fuerza.

—¡Gracias, me encanta! —exclamó—. Además, ¡la trenca la puedo usar hoy!

—Más vale —respondió Kaiden razonablemente, rodeándola con sus brazos—, porque adonde vamos hará un frío que pela, y tú te me congelas en seguida.

—Bueno, ya veo que lo preparas todo para que no me pase nada.

—Por supuesto.

A las nueve y media se reunieron con los padres de Lluvia, y a las diez llegó Talya con sus hijos y el coche. Sandra se fue con ellos para que hubiera suficientes plazas para el resto en el de los Aldana.

Condujeron hasta Albacete, donde habían quedado con sus amigos. Pablo y Silvia ya estaban en el punto de encuentro. Diez minutos antes de la hora, llegaron Álvaro y sus amigos; conducía el padre del kryópata, pero dejó a los niños para volver al trabajo, no sin antes darle un fuerte abrazo a su hijo.

A Mike le brillaron los ojos —y las orejas— cuando los vio llegar. También el niño albino estaba muy contento cuando uno de sus amigos le echó el brazo por los hombros para acercarse.

—¡Hola! —exclamó Álvaro—. Gracias por invitarnos.

—Bueno, vaya cosas —rio Charles—. Va a ser un cumpleaños increíble, ¿verdad?

—Habéis venido al mejor sitio para celebrarlo —aseguró el niño con una sonrisa, y su amigo Luis rio.

—Para ti, enano, para ti.

—Eh, para todos. —Álvaro sonrió a los cumpleañeros—. Felicidades. Hemos traído regalos para los dos. No sabemos si os gustará, pero…

—Joder —masculló Kaiden—. No hacía falta. Bueno. No hacía.

—Es muy malo para regalar —explicó Silvia—. No le hagáis caso. ¡Qué buenos sois!

Fue Luis el que les alargó la bolsa.

—Gracias —musitó Lluvia con timidez—. ¿Podemos?

—Sí, claro, abridlo —asintió el albino, moviendo las manos.

La pareja se encontró con un kit de juguetes para perros, algo útil y divertido, y camisetas a juego para los dos.

—Ay, qué monos —rio Silvia—. Igual podríais estrenar… luego. Cuando salgamos del hielo.

—Sí, seguramente para vosotros este lugar es bastante frío —aceptó Álvaro.

—Muchas gracias —dijo Lluvia, abrazando la camiseta, y el niño se frotó la nariz con una nerviosa sonrisa.

Valentino llegó diez minutos tarde, con bastante nerviosismo, pero lo compensaba con una segunda tanda de cupcakes… aunque esta vez daba a uno por cabeza.

—Somos mucha gente y el horno de mi casa es una miseria —se excusó.

—¡Cupcakes! —exclamó Álvaro, emocionado—. Y encima para todos, qué guay. ¡Me encantan los dulces, hmm!

—Gracias, Valentino —dijo la cumpleañera—, no tenías que haberte molestado tanto.

—¿Cómo que no? —repuso él con una sonrisa, y le echó un brazo a la espalda—. No quiero que te pongas celosa, bonita.

—Quita esas manos, bicho —lo regañó Kaiden, pero se notaba que no lo hacía seriamente, y tampoco Lluvia estaba molesta, porque se reía.

—Uy, sí, me estaban comiendo los celos… —repuso, divertida.

—Pues claro que sí.

El escocés rodó la mirada y se puso entre medias.

—Anda, vamos adentro —dijo—. O igual Álvaro se nos derrite aquí fuera.

El albino dio un respingo y negó con las manos, azorado. El frío era algo innato para él: aunque era un sábado de febrero que no alcanzaba los cinco grados de temperatura, el niño iba en tirantes y parecía muy cómodo.

Mike le frotó el brazo y resopló.

—Fuff, cubito —masculló con guasa, y le revolvió el pelo.

Con una sonrisa divertida, Sandra se volvió y fue a comprar las entradas para la pista de patinaje sobre hielo.

Sábado 15 de febrero: Patinaje sobre hielo

En cuanto puso la cuchilla del patín en la pista, Kaiden se encontró con el culo en el hielo. Se quedó quieto, sorprendido, mientras Luka corría hasta la puertecilla, descalzo.

—Eh, eh, no vayas así —le advirtió, poniendo el brazo para que no se metiera —. Te vas a congelar los pies, tonto.

Lluvia dio un respingo y se apresuró a coger al niño, riendo y levantándolo en brazos. No era fácil. Con cinco años, el pequeño ya no lo era tanto.

—Vamos a ponerle los zapatos —dijo, divertida—, y tú… Intentaré enseñarte a ir en patines.

—Esto resbala mucho —masculló Kaiden, y se deslizó unos centímetros hasta la barandilla para intentar agarrarse.

—¿Todo bien, grandullón? —preguntó Mike con guasa, deslizándose con soltura.

—Eres un cabrón.

Parpadeando sorprendida, la chica rio y comentó:

—Podrías ayudar.

De inmediato se acercó Álvaro, con una amplia sonrisa en los labios.

—A mí no me importaría —aseguró—, es fácil cuando sabes cómo.

—Solo necesito saber cómo no dar con el culo en el suelo —respondió Kaiden, tirando de sí para ponerse en pie sobre unas no muy firmes cuchillas.

—Mientras estás con el pequeñajo —ofreció el albino, riendo pero ayudándolo—, nos hacemos cargo del grandote.

Lluvia asintió con una sonrisa.

—Vamos, Luka —dijo, y el niño, un poco preocupado, se abrazó a su cuello.

Como solía pasar, el chiquillo le cogió el truco en seguida. Sonja, que también tenía buena mano con los patines, lo llevaba de la mano por la pista, bajo la atenta mirada de Talya, y entre tanto Kaiden se deslizaba un metro adelante y medio hacia atrás.

—Pues anda que si tuviera que correr con esto… —suspiró.

—Con calma —respondió Lluvia—. Es la primera vez que estás sobre hielo, es normal.

—Ya, ya. —Él la miró—. Tú lo llevas bien.

—No es la primera vez —replicó ella, divertida.

—Eres una caja de sorpresas, ¿eh, Rain?

—¿Yo? ¿Por qué? —La muchacha ladeó la cabeza—. Coge mis manos, vamos a pasear juntos.

Kaiden se las cogió. Después se arriesgó a inclinarse y darle un beso. Se deslizó más de la cuenta, pero se sujetó a la barandilla. Juró no separarse de ella mientras estuviera en la pista.

—Todo irá bien —sonrió su prometida, sin preocuparse—. Confía en mí.

—Ay, Rain. Te confiaría la vida. Vamos, intenta enseñarme algo.

—Por ahora, no es necesaria la vida… solo tus piernas. Vale, vamos a ver. Iré de espaldas, para que puedas usarme como un trocito de madera al que aferrarte.

—Suéltame si te voy a tirar.

—Claro que no voy a soltarte. Te enseñaré a caerte, que es tan importante como saber levantarse y estabilizarse.

—¿En serio, *m'eudail*, me quieres tirar de culo?

—No te quiero tirar —rio su chica—. Pero si pasa, intentaremos que sea de la mejor forma posible.

—Está bien. Vamos a ver.

Se cayó algunas veces más… cada vez mejor, al menos. Después de dos horas de práctica, cuando Charles comenzó a llamar para que todo el mundo saliera a comer algo, Kaiden ya era capaz de deslizarse con relativa soltura, aunque cogiendo la mano de Lluvia en todo momento.

—¿Lo ves? —dijo ella cuando salieron—. En la siguiente ronda serás el dueño de la pista.

—Me vale con no caerme otra vez —respondió el chico—. Pero al menos vas a poder soltarme y corretear.

—No lo necesito —sonrió Lluvia—. Me gusta ir de la mano contigo.

—Puff. —Con las orejas calientes, él se terminó de quitar las botas de patinaje y después rodeó a la muchacha con un brazo—. Vale, pues nos quedamos pegados.

—Y feliz por ello. —La chica entrecerró los ojos; a su alrededor, su grupo casi había terminado de reunirse, y los desconocidos iban y venían de la pista—. Además, Luka se lo está pasando muy bien sin necesidad de estar encima.

—Está contento, el pequeñajo. A veces se para y mira alrededor, pero si nos ve a ti o a mí, o a tus padres, sigue a la suya. Está a salvo.

—Sí, estáis a salvo.

Kaiden suspiró. Descalzo todavía, rodeó a Lluvia con los brazos y la besó en la frente suavemente, y después en los labios.

—Sí que lo estamos —susurró—. ¿Sabes qué?

—¿Hmm? —musitó la chica, ladeando la cabeza.

—No he vigilado las entradas. Lo he pensado, pero no lo he hecho.

Ella lo acarició. El escocés inclinó la cabeza sobre su mano, cerrando los ojos con un suspiro.

—Y duermes mejor —respondió Lluvia—, y hasta sonríes de vez en cuando.

—¿Ah, sí? Nunca lo hice mucho.

—Ahora sí, y me alegra. Me gusta mucho cuando sonríes.

Tímida, ligeramente, él levantó una comisura de los labios. Besó la mano de la chica y después se la cogió.

—Vamos. No digas que te lo he dicho, pero creo que tu madre se ha escapado para comprarte un pastel.

—Tomo nota —rio ella—. Pero es nuestro pastel.

—Mmm. Supongo que sí.

Kaiden la besó otra vez. Después, fueron hacia los demás.

Jueves 6 de Marzo

Estaba bien.

Kaiden iba al colegio cada día. En el recreo, observaba a toda esa gente que eran ahora sus amigos. Notaba la diferencia de edades. Sonja y sus dos pequeñas amigas eran las más jóvenes, y la niña se quedaba cerca de Mike, que, un poco como él con Luka, estaba siempre pendiente de su hermanita. Estaban Álvaro y los demás, once años y todo energía. Y estaban Pablo, Silvia y Valentino, claro.

Francisco saludaba con una sonrisa de zorro. Hacía meses que Kaiden no tenía que defenderse de un chico con demasiado miedo. Una chica intentó hacerle una jugarreta con ilusiones, pero otras tres las deshicieron para que lo dejara en paz. Todos sabían algo de él, de su historia. Le daba vergüenza, pero también era un alivio no estar en constante guerra.

Había estado en guerra demasiado tiempo, y apenas estaba empezando a soltar ese peso.

El curso avanzaba y había exámenes, trabajos y deberes. Ayudaba a Mike con el español, porque le estaba costando, pero también sus amigos le echaban una mano. Tenía su taller cada sábado por la tarde, pero por las mañanas visitaba a Sombra, y algunas madrugadas era ella la que aparecía en su jardín. Paseaba a los perros, a los que adoraba. Había empezado a jugar a videojuegos, cuando tenía un rato.

Ya no se tensaba al notar movimiento por el rabillo del ojo. Hacía mucho tiempo desde que tuvo pesadillas por última vez… al menos, pesadillas vívidas. No soñaba con ese otro yo, el yo templario, porque no era esa persona, aunque a veces creía ver su sombra en el espejo, solo un atisbo, una fría mirada en sus propios ojos, y de pronto ya no estaba. Si despertaba de pronto con una rara sensación en el pecho, Kaiden abrazaba a Lluvia y se sumergía en su olor y en su calor. No se levantaba —no siempre— para rebajar los nervios.

El muchacho suspiró, acomodándose en el banco de madera que adornaba aquel jardín intermedio. Cerró los ojos un momento, acariciando la espalda de Luka, que permanecía recostado en su regazo, y después los volvió a abrir.

—Estamos bien, ¿eh, *troich*? —le susurró.

—*Tha* —asintió el niño, que estaba medio dormido, y Kaiden sonrió, muy consciente de que Lluvia tenía razón: lo hacía más a menudo que antes.

Rayo pasó corriendo entre los dos patios, tal vez porque había olido la cena en una cocina. Eran casi las siete, y el día era bastante cálido, en su opinión. Coco vio pasar a su hermano otra vez y resopló con impaciencia, apoyando la cabeza sobre el pie de su humano favorito. Bruma estaba en la cocina, siguiendo a Lluvia por todas partes. La chica estaba preparando una cena especial.

Irónicamente, Kaiden sentía que era más especial que su cumpleaños.

El chico sacudió la cabeza. Acarició y besó la cabeza de Luka y lo empujó con cuidado. El niño se bajó de su regazo y le dedicó una enorme, un poco soñolienta sonrisa. Le revolvió el pelo a su hermanito, su hijo, y el niño se fue trotando hacia la casa de la izquierda, la de Sandra y Charles. Coco miró a su humano un momento, pero luego, suspirando de nuevo, siguió al crío. Era como su perro guardián.

Kaiden, por el contrario, entró en la casa derecha, en el jardín y después en el comedor y la cocina. Ya olía la comida. El perro se movía todo el tiempo entre los pies de Lluvia, y la chica,

protegida con un delantal, procuraba no pisarlo al desplazarse entre los fogones y las encimeras.

El chico los observó un momento, hasta que ella notó su presencia. La muchacha lo miró con una sonrisa, ladeando la cabeza.

—¿Tienes hambre? —le preguntó.

Él se acercó, procurando no tropezar con un perro. Le quitó el cucharón de las manos para poder abrazarla.

—Oh. O quizá no —bromeó ella, divertida.

—Te quiero, Rain.

—Y yo a ti, Kai. —La chica movió la cabeza para besarlo—. Y yo a ti.

Era 6 de marzo del año 2023. Hacía dos años, su vida había acabado. Hacía uno, había vuelto a empezar. Aquel era, definitivamente, su aniversario.

Cronología

Miércoles 6 de marzo: Olor a Hogar
Miércoles 6 de marzo: Pastel de chocolate
Miércoles 6 de marzo: Hijo de Santuario
Miércoles 6 de marzo: Citronela
Miércoles 6 de marzo: La Cena
Miércoles 6 de marzo: Fiesta de Pijamas
Jueves 7 de marzo: Sueño
Jueves 7 de marzo: Confusión
Jueves 7 de marzo: Sorpresa
Jueves 7 de marzo: Noticias frescas
Jueves 7 de marzo: Solos
Jueves 7 de marzo: Vuelta a casa
Jueves 7 de marzo: Fotografías
Jueves 7 de marzo: Primera Noche
Viernes 8 de marzo: Supervisor
Viernes 8 de marzo: En definitiva…
Viernes 8 de marzo: Tercera Noche
Viernes 8 de marzo: Cicatrices
Sábado 9 de marzo: Pesadillas
Sábado 9 de marzo: Desayuno
Sábado 9 de marzo: Inmersión
Lunes 11 de marzo: Échame de menos
Lunes 11 de marzo: Nueva identidad
Lunes 11 de marzo: El lenguaje de las flores
Lunes 11 de marzo: Aldana
Miércoles 13 de marzo: Paseo
Sábado 16 de marzo: Fin de semana
Sábado 16 de marzo: Amigos
Sábado 16 de marzo: La Conversación
Domingo 17 de marzo: ¿Tú qué dices?
Lunes 18 de marzo: ¿Lo echas de menos?
Lunes 18 de marzo: Establos
Lunes 18 de marzo: Más que hablar
Lunes 18 de marzo: Planes
Martes 19 de marzo: Niños
Martes 19 de marzo: Ya estaba yo preocupado
Martes 19 de marzo: Un día de Luka
Viernes 22 de marzo: Mike
Sábado 23 de marzo: Viaje en autobús
Sábado 23 de marzo: Corte de pelo
Domingo 24 de marzo: ¿Me lo puedo quedar?

Domingo 24 de marzo: Cachivache
Domingo 24 de marzo: Lori
Domingo 24 de marzo: Brownie
Domingo 24 de marzo: Aprender a montar
Martes 26 de marzo: Guardería
Martes 26 de marzo: Miedo
Martes 26 de marzo: El rostro del miedo
Miércoles 27 de marzo: Contingencia
Viernes 29 de marzo: Viernes en familia
Domingo 31 de marzo: A correr
Domingo 31 de marzo: En una caja
Lunes 1 de abril: Familia
Martes 2 de abril: Investigación
Martes 2 de abril: Un día con Charles
Miércoles 3 de abril: Aislamiento
Miércoles 3 de abril: Pesadilla
Miércoles 3 de abril: Buena idea
Jueves 4 de abril: Biblioteca
Sábado 6 de abril: El otro «yo»
Sábado 6 de abril: Sábado de residencia
Sábado 6 de abril: Negociación
Domingo 7 de abril: ¿Cuál es tu favorito?
Lunes 8 de abril: Pensando pensamientos
Martes 9 de abril: Más tonto de lo que me gustaría
Martes 9 de abril: Incógnitas infantiles
Miércoles 10 de abril: ¿Qué he hecho?
Miércoles 10 de abril: No das tanto miedo
Viernes 12 de abril: Está decidido
Domingo 14 de abril: Bruma
Domingo 14 de abril: Presentaciones
Martes 16 de abril: Hastiada
Miércoles 17 de abril: No puedo oír
Domingo 21 de abril: Visita canina
Martes 23 de abril: Un poco de sol
Martes 23 de abril: Sant Jordi I
Martes 23 de abril: ¿Te molesta?
Martes 23 de abril: Sant Jordi II
Viernes 26 de abril: ¿Qué hacen los adolescentes?
Sábado 27 de abril: El Despertar
Sábado 27 de abril: El empático observador
Sábado 27 de abril: Llamada indeseada
Lunes 29 de abril: Nuevos deberes
Martes 30 de abril: Cachorros y sombras
Viernes 3 de mayo: Exorcismo
Martes 7 de mayo: Comer pesadillas
Miércoles 8 de mayo: Socialización y vacunas

Viernes 10 de mayo: Visita sin preaviso
Sábado 11 de mayo: Sábado de afirmación
Martes 14 de mayo: ¿Cómo lo preguntas?
Martes 14 de mayo: Santino
Viernes 17 de mayo: Indicaciones
Miércoles 22 de mayo: Secretito
Sábado 25 de mayo: Coqueta
Sábado 25 de mayo: Parque Botánico
Sábado 25 de mayo: En silencio
Sábado 25 de mayo: La Cita
Jueves 30 de mayo: Rumiando
Jueves 30 de mayo: Conclusión
Miércoles 5 de junio: Tardes de estudio
Sábado 8 de junio: Comida en familia
Sábado 8 de junio: Actualización beta
Miércoles 12 de junio: Tutoría
Jueves 13 de junio: Colegio Pedro Alonso
Jueves 13 de junio: Vamos a empezar
Jueves 13 de junio: Dos y uno
Jueves 13 de junio: Descanso en el recreo
Jueves 13 de junio: La profesora
Jueves 13 de junio: La cafetería del colegio
Jueves 13 de junio: Cucharillas
Domingo 16 de junio: Adopciones
Domingo 16 de junio: Madre e hija
Lunes 17 de junio: Noche de perros
Miércoles 19 de junio: Carrera de caballos
Miércoles 19 de junio: Santana
Jueves 20 de junio: Deberes de verano
Jueves 20 de junio: En la ducha
Jueves 20 de junio: Horario de verano
Viernes 21 de junio: El Gran Día
Viernes 21 de junio: Algunos nacen para ser padres
Viernes 21 de junio: Algo a valorar
Lunes 24 de junio: Nuevo primer día
Lunes 24 de junio: Clase de español
Miércoles 26 de junio: Tarde con mamá
Viernes 28 de junio: Mirando por la ventana
Sábado 29 de junio: Cepillo y teléfono
Sábado 29 de junio: La Carrera
Sábado 29 de junio: Miedo
Sábado 29 de junio: ¿Quieres intentar algo?
Sábado 29 de junio: Agua va
Viernes 5 de julio: ¿Eres feliz?
Viernes 5 de julio: Día de mudanza
Sábado 8 de julio: Flotador de purpurina

Sábado 8 de julio: Seducción
Sábado 8 de julio: Tiempo de calidad
Jueves 11 de julio: Mensaje a casa
Jueves 11 de julio: Simplemente: estar
Martes 16 de julio: Parque Natural
Martes 16 de julio: Aminah
Viernes 26 de julio: Tres jardines
Jueves 1 de agosto: Verano abrasador
Jueves 1 de agosto: Ideas para el futuro
Jueves 1 de agosto: Confesiones
Jueves 1 de agosto: Psicóloga… ¿o no?
Martes 4 de septiembre: Compras escolares
Lunes 16 de septiembre: Primer día
Lunes 16 de septiembre: Educación física
Lunes 16 de septiembre: Primer incidente
Lunes 16 de septiembre: Segundo asalto
Lunes 16 de septiembre: Una historia
Miércoles 2 de octubre: Ruidos nocturnos
Domingo 6 de octubre: Miedo
Domingo 19 de octubre: Salón
Jueves 31 de octubre: Cumpleaños
Viernes 20 de diciembre: Fin de semestre
Sábado 21 de diciembre: Visita sorpresa
Sábado 21 de diciembre: Punto medio
Martes 24 de diciembre: Cena de Navidad
Miércoles 25 de diciembre: Regalos navideños
Miércoles 25 de diciembre: Confesiones navideñas
Martes 31 de diciembre: Uvas en Año Nuevo
Viernes 3 de enero: Firma y custodia
Viernes 3 de enero: Culpa
Miércoles 8 de enero: Primer día
Viernes 14 de febrero: San Valentín
Sábado 15 de febrero: Cumpleaños
Sábado 15 de febrero: Patinaje sobre hielo
Jueves 6 de Marzo
Cronología